

Dedícase esta edición a la memoria  
de Mauricio Prelooker,  
maestro de la humanidad  
y maestro de los argentinos.

# HISTORIA DEL PUEBLO ARGENTINO

I

El dibujo que ilustra la tapa  
pertenece a Rocambole. Gracias maestro.

Milcíades Peña



Primera Edición  
Impreso en Argentina  
ISBN: 987-21611-2-7

Ediciones Montevideo  
Av. de Mayo 1370 4º of. 211  
Ciudad de Buenos Aires

Queda hecho el depósito  
que marca la ley 11.723

Ninguna parte de esta publicación puede ser  
reproducida, almacenada o transmitida  
por ningún medio, ya sea electrónico,  
químico, mecánico, óptico, de grabación o  
por fotocopia, sin previa autorización del editor.

## Palabras del Editor

### ¿Porqué una nueva edición de Milcíades Peña?

Porque da felicidad. Infinita felicidad. Infinita dicha. Felicidad intelectual. Porque da felicidad hacer justicia en un mundo de injusticia. Porque da felicidad reivindicar a los olvidados. A los sepultados bajo la ignominia de una detestable conspiración de silencio, porque no convienen. Porque molestan. Porque no se los quiere. Porque es demasiada verdad. Demasiada claridad. Demasiado trabajo. Demasiada perfección. Entonces son demasiados los enemigos.

Claro: palos para los liberales, palos para los revisionistas, palos para los rosistas, palos para los católicos, palos para los radicales, palos para los peronistas, palos para los stalinistas, palos también para algún que otro estructuralista, y claro, el pobre y bueno de Milcíades se quedó medio solo. Era un EXCESO de verdad.

Y la verdad, que es tierna, sucumbe. La verdad perece. Las fuerzas de las tinieblas se le coaligan en contra. Ello por uno de los flancos. Por el otro la incomprensión. La dolorosa, decepcionante, amargante, tan frecuente incomprensión. Lastimando. Hiriendo el espíritu. En el medio, débil, frágil, tierna, la verdad. La pobre verdad. Pobre pero tenaz. Que logra a veces sobrevivir en los intersticios de las civilizaciones podridas, putrefactas, inmorales, desiguales, violentas.

Milcíades Peña: el maldito, el olvidado, el GENIO.

El genio con mayúsculas. El superdotado. Esta maravilla de la inteligencia humana, esta maravilla de la agudeza, de la penetración y de la erudición histórica, esta maravilla que rescatamos de las catacumbas de la injusticia, del olvido, para felicidad y dicha de la argentinidad, de sus provincias, de su gente, de sus multitudes, todos hambrientos de verdad, de explicación, de conocimiento de comprensión de su historia verdadera, de recuperación de su identidad, todo esta maravilla decía fue producida por este prodigio intelectual de los argentinos, en tan solo sus productivos, heroicos, 35 años, antes de su tragico final.

Porque así dan ganas de leer la historia. Aquí sí que hay cantidad de verdad. Verdades verdaderas. Verdades grandes. Verdades poderosas. Poderosa porque explica más y mejor que todas. Todo se aclara. Todo se vuelve transparente. Todo se entiende. ¿Qué pasó? ¿Porqué pasó? ¿Porqué tal o cuál proceso fue de tal manera o de tal otra?. Porqué somos como somos y cómo es que llegamos a ser esto que somos y qué conjunto de fuerzas y circunstancias hicieron que los resultados fuesen estos y no otros

Cada cosa encuentra su lugar. Cada hecho su explicación. Cada circunstancia su porqué. Cada período histórico su balance. Cada hombre su juicio certero. Cada proceso su evaluación.

Y nosotros dichosos. Agradecidos.

Lo necesitábamos tanto. Tanto como el aire para respirar. Porque el único territorio en el que el espíritu respira es el de la verdad. No se puede vivir ni respirar ni sentir ni construir sino es sobre el suelo sagrado de la verdad. Entonces el objetivo es Milcíades. Rescatarlo. Recuperarlo. Cumplir con él. Con su misión.

Editarlo. Agua bendita. En medio de la sed el manantial. La pausa. El descanso. Un baño de verdad.

Sea pues esta edición también un acto de homenaje a la memoria de su autor. Que este su mejor legado de su paso por esta tierra viva inmortal entre todos los argentinos a los que él su obra dedicó.

Descansa Milcíades. Algunos velaremos por tus restos. Algunos, mientras nos queden fuerzas, cuidaremos de tu obra. Ejecutaremos tu legado.

Descansa, descansa junto a todos los que dejan algo que no sea saqueo y devastación en su paso por este mundo. Los Lao Tsé, los Sócrates, los Jesucristo, los Mahoma, los Shakespeare, los Marx, los Osho, los Gregory Bateson, los René Girard, los Mauricio Prelooker, etc.

Te reivindicaremos. Cuidaremos de tu nombre y de tu obra.

Hamlet

## UNIDAD I

### ANTES DE MAYO

#### Formas sociales del transplante español al nuevo mundo

#### CAPITULO I: ESPAÑA Y AMERICA

##### ¿Porqué Estudiar a España?

Durante decenas de siglos las diferencias en el nivel de vida de las distintas comarcas del mundo civilizado fueron comparativamente pequeñas. Existían aquellas, por cierto, pero el incremento de la población, que la falta de medios de producción adecuados no permitía enfrentar con incrementos iguales o mayores en la producción, mantenía una mediocre igualdad entre la mayor parte de los habitantes de las distintas regiones. Había, eso sí, desniveles abismales entre el bienestar de unos muy pocos privilegiados y la zaparrastrosa miseria de la gran mayoría. Pero hace unos trescientos años este cuadro comenzó a cambiar, de modo lento al principio, vertiginosamente después.

Algunos contados países acusaron un aumento paulatino de población y también de capacidad productiva. Ellos devinieron entonces -combatiéndose entre sí y sucediéndose en el centro hegemónico— las potencias directoras del mundo, las más prósperas y las más poderosas. Hablamos de Inglaterra, de Francia, de Alemania y de Estados Unidos. Su progreso fue producto del capitalismo industrial, esto es, de la ordenación de toda la sociedad en torno a los intereses de la burguesía creadora de ese poder mayor que todas las coronas juntas: la industria moderna.

La burguesía desempeñó un papel innegablemente revolucionario en el curso de la historia. Hasta que ella no lo reveló, no supimos cuánto podía llegar a dar de sí el trabajo del hombre. La burguesía produjo maravillas más ciertas y mayores que las

pirámides de Egipto, los acueductos romanos y las catedrales góticas. La burguesía no podía existir a no fuer de ir revolucionando incesantemente los instrumentos de la producción, vale decir el sistema de la misma, y con él, todo el régimen social. Al contrario de cuántas clases sociales la precedieron, que tenían todas por condición primaria de vida la intangibilidad del régimen de producción vigente, la época de la burguesía se caracteriza entre todas las demás por la intensificación y modificación de la capacidad productora y sus métodos, por una inquietud y una dinámica incesantes. Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba a sí mismo, prescindiendo de todo aporte forastero. Ahora la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones. La burguesía somete al campo al imperio de la ciudad. La burguesía va aglutinando cada vez más los medios de producción, la propiedad y los habitantes del país. Territorios antes independientes, o apenas aliados, con intereses distintos, distintas leyes, gobiernos autónomos y sistemas aduaneros propios, se asocian y refunden en una nación única, bajo un gobierno, una ley y un interés nacional de clase y una sola línea aduanera. A mediados del siglo XIX, a un siglo apenas de haber logrado su plena soberanía sobre la sociedad, la burguesía había creado energías productivas más grandiosas y colosales que todas las pasadas generaciones juntas. Nadie en los siglos pasados hubiera podido sospechar siquiera que en el regazo de la sociedad fecundada por el trabajo del hombre yacían soterradas tales energías y tantos elementos creadores (Manifiesto Comunista, 65).

Para tomar en sus manos el poder económico y político, y estructurar la sociedad a su imagen y semejanza, la burguesía industrial tuvo que desalojar a los maestros de los gremios artesanos, a los señores feudales, en cuyas manos se concentraban las fuentes de riqueza. Su ascenso fue fruto de una lucha victoriosa contra el régimen feudal. A medida que crecían los medios de producción y transporte sobre los que cabalgaba la burguesía industrial, resultó que las condiciones en que la sociedad feudal producía y comerciaba, la organización feudal de la agricultura y la manufactura, en una palabra, el régimen precapitalista de la propiedad, no correspondía ya al estado de las fuerzas productivas. Obstruía la producción en vez de fomentarla. Habíase convertido en una múltiple traba para su desenvolvimiento. Era menester hacerla saltar y saltó. Vino a ocupar su puesto la libre concurrencia, con la constitución política y social más o menos democrática a ella adecuada, que permitía la hegemonía económica y política de la clase en ascenso (Manifiesto, 66). Tal fue la mentada revolución democrático burguesa.

El proceso se manifestó en distintas formas en los distintos países, y su expresión política fue diferente en cada uno. La consolidación política de la burguesía se expresó como violenta revolución popular en Francia en 1789 y 1848, y en Inglaterra como guerra civil primero y luego, en el siglo XIX, como lucha por la reforma electoral y arancelaria. En Estados Unidos la lucha se produjo en torno a la evolución de la esclavitud y culminó en la guerra civil de Norte contra Sur. En fin, en Alemania hubo conciliación y mutuo acomodamiento de burguesía, nobleza y realza bajo la dirección bonapartista de Bismarck.

Ni en España ni en América Latina ocurrió nada comparable. De allí proviene la esencial identidad entre España y América Latina. En el mundo moderno, la ex metrópoli y las ex colonias se caracterizan por su atraso y dependencia respecto a otras potencias. Ni una ni otras pudieron desarrollarse hasta hoy como naciones capitalistas industriales, vale decir, no han podido realizar lo fundamental de la revolución democrático-burguesa.

Sin embargo, tanto España como América Latina sirvieron a la expansión mundial y el triunfo del capitalismo industrial en Europa dónde estuvo confinado hasta fines del siglo XIX. El descubrimiento de América abrió nuevos horizontes e imprimió nuevos impulsos a la burguesía, atizando con ello el elemento revolucionario que se escondía en la sociedad feudal en descomposición. Con el crecimiento de la burguesía brotaban necesidades nuevas que ya no bastaban a satisfacer los frutos locales sino que requerían productos coloniales y muy especialmente oro y plata. Y estos productos provenían de América latina. Metrópoli y colonias sirvieron así al florecimiento del capitalismo industrial; entraron para beneficio en el remolino de la acumulación capitalista. Ambas fueron engranajes decisivos en la estructuración del moderno mercado mundial, en la difusión del intercambio mercantil por los cuatro confines de la tierra. Pero ni en España ni en América hispana jamás hizo pie firme el capitalismo industrial. En su ausencia, la revolución democrático-burguesa se quedó en ideal teórico o caricatura política, sin llegar jamás a una realidad triunfante.

Esa es, en sus fundamentos la famosa herencia que España dejó en sus posesiones de América, herencia de la que la misma España no se ha desprendido todavía. Una función periférica en la platea del capitalismo mundial, un raquitismo insuperable del capitalismo industrial interno. Y por lo tanto atraso, dependencia, estancamiento.

Por eso debemos estudiar a España como capítulo primero de la historia latinoamericana. Las fuerzas históricas que generaron su fracaso como nación moderna son las mismas que con igual resultado actuaron —y actúan— sobre Latinoamérica.

## Los Mitos Respecto a España

Toda realidad ofrece cierto grado de resistencia al conocimiento. Pero en el proceso del conocimiento éste engendra a su vez para compensar su debilidad un andamiaje de mitos que a su turno contribuyen a hacer más inaprensible a la realidad. Este proceso es particularmente activo en el campo histórico, y en el caso de la historia española reviste un carácter extraordinario. El binomio grandeza-decadencia de España es un mito puro, y sin embargo todas las interpretaciones españolas se aferran a él con inusitado fervor. Pocos quieren ver que en España no hay ninguna decadencia, sino un permanente raquitismo de su desarrollo económico. Apenas habría que asombrarse de que los historiadores burgueses, untuosos de óleo sacro, llenen sus páginas con nostálgicas visiones de la grandeza española. Y lo malo es que hasta

escritores marxistas han pisado el garlito y pretenden que «Completada por la unificación de Granada, la unificación nacional correspondía verdaderamente al adelanto técnico y cultural del país. Ningún otro estaba en esa época (fines del siglo XV) tan uniformemente preparado como España para lanzarse al torbellino de la acumulación capitalista que siguió al descubrimiento de América». Y que «por los años del descubrimiento de América el progreso económico de la península era uno de los mejores de Europa» y que España fue «el primer imperio manufacturero y la primera organización centralista y burocrática de la historia a partir de Roma» (Munis, p. 11-13). Todo esto pertenece al reino de la fantasía químicamente pura, sin la menor impura partícula de realidad.

Por lo pronto, la unificación nacional de España todavía no se había logrado en el siglo XV, recién comenzó con los Borbones (Larraz, 17). Como lo advirtió Marx, pese a la unificación puramente externa realizada por los Reyes Católicos, «España, como Turquía, siguió siendo una aglomeración de mal dirigidas repúblicas, con un soberano nominal a la cabeza». En las distintas regiones subsistieron distintas leyes, distintas monedas, pabellones militares de distintos colores y distintos sistemas de tributación (Marx, España, 20). Bajo los Austrias, España, era una federación de cinco reinos autónomos —Aragón, Castilla, Cataluña, Navarra y Valencia— dotados de parlamentos, constituciones, sistemas monetarios y aranceles aduaneros separados. Todavía en 1700 estaba prohibido transportar metales preciosos de un reino a otro, porque estos se consideraban extranjeros entre sí. (Hamilton, 192 y 204). Hay un fenómeno que caracteriza —entre tantos otros— el bajo grado de integración económica entre las distintas provincias de España. La economía vasca estaba tan desintegrada del resto, que se llegó al punto de que en el siglo XVII el Fuero de Vizcaya prohibía la exportación de mineral de hierro no solamente al extranjero sino al resto de España» (Salyer, Mercantilismo).

«Cada uno de los reinos —cuenta el impagable don Manuel Colmeiro en su verbosa, pero útil Historia de la Economía Española— se encerraba en su territorio, ponía aduanas, fijaba derechos de entrada y salida y decretaba prohibiciones. Las mercaderías provenientes de Aragón eran extranjeras en Castilla, Navarra, Cataluña y viceversa, de suerte que los mercaderes debían pagar derecho de peaje cuantas veces pasaban de una a otra zona fiscal.

La exuberancia de la vida municipal, que en los primeros años de la reconquista aislaba a las ciudades hasta el punto de parecer hijas emancipadas de la patria, se había debilitado con el tiempo, formando pequeñas naciones llamadas a formar una monarquía poderosa. Entretanto cada pueblo se gobernaba a su modo, sin hacer causa común con los demás pueblos peninsulares; aunque obedeciendo al mismo soberano, celebraban cortes separadas, gozaban de distintos fueros, y en fin, conservaban su autonomía» (Colmeiro). Verdaderamente, si se tiene en cuenta la realidad de España bajo los Reyes Católicos, bajo Carlos V y aun después, se observa «la supervivencia inalterada de las economías autónomas de cada uno de los cinco reinos peninsulares, sin que ninguna organización superpuesta y asimiladora abriese camino a la idea de que formaban

parte de una economía nacional unitaria, se comprueba que la de cada reino no llegó a fundirse en el crisol de la única nacionalidad. El aragonés era considerado extranjero por el castellano, y viceversa. Si las barreras aduaneras interpuestas los disociaban económicamente, el trato fiscal que se daban entre sí no difería del que dispensaban a los extranjeros. Aun dentro del territorio de un mismo reino nuevas aduanas dificultaban el tránsito de los mercaderes y los sobrecargaban, sin averiguar si se trataba de mercancías obtenidas dentro del mismo país. Si la diversidad de aduanas escindía a los reinos, los regímenes fiscales monetarios y rentísticos eran también distintos» (Carande, 101).

Faltaba, pues, en España, antes, durante y después de la conquista de América —época en que se ubica el comienzo de su supuesta «decadencia»— ese requisito básico y a la vez consecuencia primarísima del desarrollo industrial capitalista, es decir, la unificación nacional. Inglaterra y Francia, en cambio, ya habían avanzado largamente en este camino.

Causa y consecuencia de la falta de unidad nacional, en un círculo vicioso que se perpetuaba automáticamente, era el atraso general de España en el desarrollo del capitalismo industrial. Había en España, a no dudarlo, tantos o cuantos miles de tejedores, tantos o cuantos miles de pañeros. Con enumeraciones de ese género consuelan sus inquietudes los nostálgicos de un pasado esplendor que nunca fue. Pero lo concreto es que en la incipiente división internacional del trabajo que ya comenzaba a estructurarse, España aparecía como un gran corral de ovejas abastecedoras de lana para la crecientemente próspera industria textil de Inglaterra. No es cierto que España «pasó a depender de la industria extranjera» recién después de la conquista de América (Puiggrós, Colonia, 14). Siempre fue así.

La superioridad industrial de los flamencos durante la Edad Media es un hecho irrefutable de la historia económica. Llegaron a crear la primera industria textil de exportación a base de lana extranjera. Al iniciarse el siglo XVI Flandes comienza a ser desplazada por Inglaterra, que emprendía la industrialización de su lana desbordando el mercado interno. Cuando se producía esta lucha industrial entre Inglaterra y Flandes, España, bajo los Reyes Católicos, convertía el eje de su política económica en la exportación de lana en bruto. El contraste es suficiente para comprender que la Edad Media había legado a Inglaterra y a los Países Bajos una superioridad industrial que la España del 1500 no recibiera de su pasado histórico. Económicamente, España tuvo una Edad Media inferior a Inglaterra o Francia (Larraz, 100). «A excepción de Barcelona y Valencia la industria de España en el siglo XV fue muy escasa, teniendo apenas desarrollo. A consecuencia de esto le eran necesarios los productos de la industria extranjera. La lana que salía de España en vellones tenía que volver a adquirirla, a precio elevado, bajo la forma de paños flamencos, franceses y florentinos» (Haberler). En 1548 las cortes de Valladolid se quejan de que la industria textil no es capaz de abastecer a la mayoría de la población y confían en la importación de telas extranjeras {Carande, 163}. Pese a una enorme producción de lana «fabricaban los españoles los

géneros de lana con poco arte —cuenta Colmeiro— llevándoles mucha ventaja en bondad y baratura Francia, Inglaterra y Holanda».

Un nuevo hecho confirma el atraso del desarrollo capitalista español. La mayor parte de las actividades comerciales e industriales se hallaban en manos de extranjeros, judíos sobre todo, hasta su expulsión. «Como los asuntos financieros se hallaban en manos de los judíos antes de 1492 y en ellos se encontraba también circunscripto el pequeño comercio, quedó a los españoles sólo el cambio de sus productos brutos con las manufacturas del extranjero y el transporte de estos tejidos por mar» (Haberler). «Los judíos formaban en España el mayor y más poderoso grupo comercial, pasando por sus manos casi todas las operaciones de cambio con el extranjero» (Klein). Los judíos eran los financistas de los reyes, y disfrutaban por eso de privilegios que la raquítica burguesía española jamás soñó. Gozaban los judíos el privilegio de no ser apresados por deudas, y, como abusaban de ese privilegio para estafar a sus colegas cristianos, estos reclamaron en las cortes el retiro de tal privilegio a los judíos, pero el Rey Enrique II rechazó su pedido. Ahora bien: en todas las naciones, al comienzo de su desarrollo, los comerciantes son sobre todo extranjeros, y esta característica perdura cuanto menos progresa el país en el sentido capitalista industrial. En Inglaterra, por ejemplo el comercio exterior fue acaparado por extranjeros mientras el país fue principalmente un exportador de materias primas. Esto cambió radicalmente al compás del progreso industrial británico (Brentano, cit. por León). Fue precisamente el retardo económico de España lo que les permitió a los judíos conservar su posición dominante mucho más tiempo que en Inglaterra y Francia (León, 81). Y la permanencia de los judíos está indicando el atraso precisamente por que lo que caracteriza al capitalismo judío es su carácter comercial y usurario, es decir, explotador de un proceso de producción ya existente y no, como el capitalismo industrial, portador de un nuevo y progresivo sistema de producción, capaz de arrasar con el feudalismo (Marx, Capital, 2).

Y la expulsión de los judíos no obedeció en lo fundamental a la presión de la burguesía española, ni fue ésta quien los sustituyó. A principios del siglo XIV Inglaterra expulsó a judíos e italianos, depositarios casi exclusivos hasta entonces de las empresas más lucrativas, pero «los oficios más remunerativos de las finanzas inglesas pasaron a las manos de los ingleses mismos. Aquí nosotros sorprendemos un momento esencial de la formación capitalista» (Labriola, Capitalismo). Por el contrario, en Castilla, a partir de la expulsión de los judíos se produjo un caótico vacío en las transacciones comerciales, hasta que su lugar fue ocupado por italianos y flamencos (Klein). La burguesía española era demasiado atrasada y débil para tomar en sus manos la herencia dejada por los expulsados. Después de la conquista de América el predominio de los extranjeros se acentuó más todavía, porque comerciar con España resultaba más lucrativo que nunca. Las cortes de Segovia de 1532 denunciaron que los genoveses tenían el monopolio del comercio del jabón; y las cortes madrileñas de 1552 protestaron porque los Fucar monopolizaban el azogue y toda la industria que en torno a él giraba. «De modo que —concluye Colmeiro— no le faltaba razón a Sancho de Moncada cuando decía que los extranjeros negociaban en España de 6 pares los 5» [Colmeiro].

El florecimiento de algunas ciudades se inserta también —aunque parezca contradictorio— en el cuadro del atraso general de España. El privilegio de las ciudades de llevar una vida autónoma es la simétrica contrapartida del idéntico derecho de los señores feudales, y, como tal, es un elemento característico de la Edad Media. La autonomía de las ciudades fue progresiva en tanto sirvió de apoyo a las monarquías para poner en vereda a los nobles. Pero devino reaccionaria cuando intentó perpetuarse contra la monarquía absoluta, que iniciaba la unificación nacional, superando la autonomía local de nobles y ciudades en la unidad general de la nación. El crecimiento del poder independiente de las ciudades —por muy democrática que sea su organización interna— equivale en síntesis a la desintegración del Estado Nacional, sin el cual no hay revolución democrático-burguesa posible. La independencia de las ciudades significa que a sus puertas es preciso pagar derechos de aduana, exactamente igual que en los puentes o caminos controlados por los señores feudales. Por eso, en más de una ocasión, los señores feudales hicieron frente común con las ciudades contra las monarquías absolutas defendiendo sus privilegios locales contra los intentos de unificación nacional (Mercantilismo). Al aparecer el capitalismo —señala Marx— no sólo se liquida la servidumbre de la gleba, sino que declina y palidece la existencia de ciudades soberanas, que es una de las manifestaciones del esplendor de la Edad Media (Capital, I, 2).

Era tan agudo el espíritu separatista de las ciudades españolas que cobraban impuestos hasta sobre los artículos que los ganaderos trashumantes llevaban sobre el lomo de sus ovejas. Ciudades como Sevilla y Cádiz, ciudades de depósito de mercancías, defendían a toda costa sus privilegios particulares oponiéndose a la integración de la economía nacional (Mercantilismo). Por otra parte, ninguna de las ciudades había logrado transformarse en el centro económico del país, como ya lo era Londres en Gran Bretaña. Todo esto revela, no el poderío de la burguesía española, sino su atraso, el que le impedía superar sus privilegios municipales para así lanzarse a la conquista del estado nacional. «Mientras en Francia e Inglaterra el desarrollo del comercio y de la industria tuvo como consecuencia la creación de intereses generales en el país entero y con esto la centralización política, Alemania no pasó de la agrupación de intereses por provincias, alrededor de centros puramente locales» (Engels, campesinos, 12). Estas palabras de Engels referentes a la Alemania del siglo XV sirven también como descripción adecuada de la situación española.

El exclusivismo local de las ciudades se vinculaba indisolublemente al régimen corporativo y gremial, característico del sistema de producción medieval e insufrible para la industria capitalista. Es sintomático que los adelantos industriales capitalistas surgieran siempre en ciudades nuevas, no corporativas, o en la industria campesina explotada por los empresarios capitalistas (Mercantilismo). «Las nuevas manufacturas habían sido construidas en los puertos marítimos de exportación o en lugares del campo alejados del control de las ciudades y de su régimen gremial» (Capital, I, 2). En Inglaterra y Francia la creciente burguesía industrial fue capaz de ignorar o socavar las reglamentaciones corporativas que trababan su desarrollo (Jaurés, I, 79). En España, en cambio, lo exagerado de las trabas corporativas parecen estar en relación directa

con la incapacidad de la burguesía para derribarlas. Los fabricantes extranjeros que abastecían la mayor parte del mercado español elaboraban sus telas con entera libertad, de acuerdo a las conveniencias técnicas y las preferencias del consumidor, especialmente de los nuevos consumidores americanos. En cambio la atrasada industria española seguía fabricando estilos anticuados con técnicas envejecidas rigurosamente fijadas por las reglamentaciones artesanales (Colmeiro). Por otra parte las industrias españolas más celebradas, como la de Sevilla, se caracterizaron siempre mucho más por la calidad artesanal de su producción que por su gran volumen y baratura (Carande, 254). Mas la revolución industrial que multiplicó el desarrollo capitalista se dejó sentir precisamente en lo que España no tenía: en la industria textil productora de artículos baratos en gran cantidad.

### La Debilidad de la Burguesía y la Ausencia de una Política Mercantilista

Nada revela tanto la extrema debilidad de la burguesía española como su incapacidad para influir decisivamente en la política del Estado inclinándola a su favor, al menos en esa variante conciliable con la monarquía, que era el mercantilismo. Lo que Adam Smith llamó impropriamente «sistema mercantil» era en realidad, como indicó List, un sistema industrial. La esencia de la política mercantilista era unificar la nación. Como indica el mejor estudioso del problema, el mercantilismo procura disolver los exclusivismos locales de la Edad Media en un poderoso exclusivismo nacional que fortalezca al país frente a sus competidores extranjeros. Proponiendo una rigurosa reglamentación y planificación de la economía nacional para sus transacciones con el exterior, el mercantilismo bregaba en todo momento por la libertad de comercio en el sentido de eliminar los particularismos localistas que dificultaban el tráfico interno. Pese a la falsa versión acuñada por Adam Smith, el mercantilismo no buscaba el oro por el oro mismo sino como medio de fortalecer la economía nacional, y por ello, mediante una balanza de pagos favorable, estimulaba el desarrollo industrial que permitía exportar artículos manufacturados y comprar materias primas. «Es evidente,— decía un ministro inglés ante el Parlamento en 1721— que nada contribuye tanto al aumento del bienestar público como la exportación de manufacturas y la importación de materias primas» (List, 63).

En España jamás existió una política mercantilista. No hubo por de pronto unificación real del país ni liquidación de los particularismos locales. «A pesar de las protestas de los mercantilistas, cada uno de los cinco reinos discriminaba muy poco entre los otros 4 y las naciones extranjeras. De hecho, Castilla recaudaba el mismo tributo sobre las mercancías introducidas en el arzobispado de Sevilla desde el interior que sobre las traídas desde afuera» (Hamilton, p. 196). Y una protección a la industria, base del mercantilismo, menos todavía. Los reyes católicos —de quiénes se ha repetido, sin el menor fundamento, que se inspiraban en principios mercantilistas— estimularon con reconocido fervor la ganadería pensando en la exportación de lana como principal instrumento de su política económica. Una concepción mercantilista no se hubiera

contentado con vender al extranjero la lana castellana; hubiera procurado que se la industrializase en España, tanto más cuanto que la producción de géneros era insuficiente, al grado de requerir la importación desde el exterior (Carande, 163). «La política comercial de España en el siglo XVI era la tradición viva de la Edad Media, cuando las aduanas tenían un carácter puramente fiscal. Por eso la autoridad en vez de seguir la regla mercantilista de promover la exportación y embargar la importación, observamos que de ordinario se allana la entrada y entorpece la salida de géneros y frutos. Varias son las cosas que las leyes no permiten sacar del reino: pocas las que no pueden introducirse y muy raras veces se encuentra una palabra o se descubre un pensamiento del sistema mercantil» (Colmeiro).

El único elemento presuntamente mercantilista de la política española fue el afán por conservar los metales preciosos dentro de las fronteras del reino. Pero el parecido es sólo aparente. El mercantilismo no sólo buscaba acumular metales; explicaba que para lograrlo había que exportar más que lo que se importaba y para ello era preciso vender artículos manufacturados e importar materias primas. En cambio la política española no hacía sino continuar la tradición metalista de la Edad Media, que procuraba atesorar dentro de cada reino, feudo o ciudad, los metales preciosos por medios escuetamente policiales. «Para los verdaderos mercantilistas, partidarios teóricos y prácticos de la doctrina de la balanza de comercio, el derrame ininterrumpido de los metales preciosos de España era prueba infalible de que su política superaba a la anterior, la cual se contentaba con prohibir la exportación de metales preciosos, sin preocuparse del equilibrio de la balanza de comercio o del superávit de exportaciones. En efecto, España seguía aferrada a la vieja política «metalista» y por último vióse obligada a dejar que la plata fluyese de ella «como la lluvia fluye del tejado» (Mercantilismo). Mucho antes de este testimonio reciente del mejor conocedor del mercantilismo, Colmeiro había observado ya que el afán de los Reyes Católicos por conservar los metales preciosos no tenía nada de mercantilista sino que significaba perseverar «en la política comercial de la Edad Media».

Nada demuestra mejor la ausencia de una política mercantilista y la debilidad de la burguesía española —efecto y causa operantes en acción recíproca— que la política ante las industrias de las colonias americanas. Para los mercantilistas las colonias no podían ser otra cosa que fuentes de materias primas requeridas por la metrópoli y mercado de las industrias metropolitanas. Por ello siempre que las colonias inglesas trataron de fomentar las empresas industriales, el Departamento de Comercio de la Gran Bretaña se hizo presente para impedirlo. Cuando Pennsylvania pretendió fomentar la industria del calzado, Inglaterra lo prohibió en virtud de que «no podía esperarse la concesión de protección por las leyes a una manufactura que compitiera con la de Inglaterra por la desventaja que ello suponía para ese país». También se vetó una ley de Nueva York que trataba de fomentar el desarrollo de la industria de lienzos para velas de barcos, porque era «más ventajoso para Inglaterra que se importara a la metrópoli todo el cáñamo recogido en las plantaciones con el objeto de elaborarlo». Y luego se vetó una ley de Massachussets con el argumento de que «la aprobación de leyes para el fomento de las manufacturas que causaran desventajas en cualquier

modo a las de este Reino ha sido considerada siempre como impropia». En este rubro nada era trivial para el Departamento de Comercio de Inglaterra, ni escapaba a su celo protector de la industria metropolitana. Así llegó hasta prohibir la aprobación de las leyes sancionadas en Virginia y Maryland que preveían la fundación de nuevas ciudades, por cuanto las mismas debían conducir al establecimiento de industrias y atraer hacia sí a hombres del campo dedicados hasta entonces a la producción tabacalera (Haecker p. 148). Detrás de todas estas medidas estaba la burguesía inglesa, pronta a defender su industria y acrecentarla mediante la explotación de las colonias.

Nada de eso ocurría en España. Al contrario, cuando la afluencia de los metales preciosos extraídos de Potosí y la insuficiencia de la industria española provocó un colosal aumento de los precios y escasez general, las Cortes de Valladolid (1548) pedían a la Corona que se permitiese la libre importación de productos extranjeros para España y se prohibiese la exportación de artículos españoles a América, para que así se aliviara la escasez en España y se desarrollase la industria en América... (Larraz, 62-4). Por cierto que no existía preocupación alguna por proteger a la industria española, y las cortes —presuntos órganos de la burguesía— demostraban el acangrejado atraso de la burguesía española. Este criterio de combatir la escasez hundiéndose a la industria en vez de aprovecharla para acelerar la acumulación de capital, revela claramente la supervivencia del espíritu de las ciudades medievales, cuya política comercial procuraba por sobre todo evitar la escasez y el alza de precios (Caranda, 161). Evidentemente, España ejerció una política liberal para con la industria de sus colonias (Hamilton, 196). Las cortes continuaron reclamando en todo momento que se prohibiera la exportación de géneros para América, y a esas peticiones obedeció la política de poner trabas al comercio con las colonias, habilitándose un solo puerto y limitando los envíos a las pocas oportunidades de flotas y galeones (Levene). De todo esto no se desprende, evidentemente, que las cortes tuviesen interés en fomentar la industria nacional (Haberler), ni que la burguesía española se sintiese demasiado ligada al desarrollo industrial de España.

## España, Intermediaria Comercial

El monopolio del comercio con sus colonias que España se reservó, sólo sirvió para enriquecer al comercio de Sevilla o Cádiz y a la industria y el comercio extranjeros que se movían detrás de aquél. «Llegaron a ser las Indias propiedad de una sola ciudad del reino, y las provincias interiores de España y las que ocupaban el litoral del mar Cantábrico o del Mediterráneo apenas podían gozar los beneficios del comercio de América por el recargo de los tributos al paso de las aduanas de tierra, de los derechos municipales y otras gabelas (Colmeiro). Y era fatal que así ocurriera, dada la escasa capacidad de la industria española y la ausencia de cualquier política favorable a su desarrollo. En el archivo de negocios extranjeros de Francia se encontró una memoria sobre el Comercio de Cádiz con las Indias en 1691, que contiene datos reveladores. La participación de los españoles era cinco veces menor que la de los franceses y tres veces menor que la de los ingleses. Tan corriente se volvió el empleo de comerciantes

españoles como testaferros de los capitalistas extranjeros que, dice la memoria, «ni las cortes de Madrid ignoran estas secretas inteligencias, mas lo disimulan por política» (Larraz, 144). Por otra parte muy poco tiempo demoraron Inglaterra y Francia en mantener relaciones directas con las Indias y abastecer la mayor parte del mercado colonial vía contrabando. El comercio con las Indias vía Sevilla-Cádiz se redujo extraordinariamente, y cuanto subsistió quedó sojuzgado por los extranjeros» (Larraz). Pretender que el monopolio ultramarino le permitiera a España acaparar el comercio con América, no fue más que una ilusión. España no tenía industria con qué abastecer ese mercado; apenas podía servir de intermediaria, y muy pronto el contrabando redujo su importancia incluso en esta función (Carande, 157).

Casi con unanimidad los folletos mercantilistas señalaban que la política económica de España se basaba en principios radicalmente opuestos a los que el mercantilismo consideraba exactos (Mercantilismo). Para los mercantilistas, España era el exacto modelo de lo que no había que hacer. He ahí una prueba terminante de la ausencia de toda política mercantilista en España, consecuencia de la debilidad de la burguesía hispana, que se expresaba también en la composición social de las débiles corrientes de opinión que propiciaban en España una política mercantilista. En Inglaterra y Francia los teóricos del mercantilismo eran en su gran mayoría hombres de negocios, exponentes lúcidos de la pujante burguesía (Mercantilismo). Lo contrario sucedía en España, donde los escasos mercantilistas se reclutaban en los alrededores de la Corte y en el clero (Hamilton, 197). La burguesía española era incapaz de elaborar el pensamiento burgués. La tarea recaía en otras clases y grupos sociales que estaban demasiado lucrativamente vinculados al estancamiento de España para intentar nada serio en el sentido de superarlo.

Como ha observado Carande, «al estudioso de las ciudades medioevales de Castilla y de los otros reinos peninsulares le sorprende el exiguo peso que tuvo, en comparación con otros países, el tipo de ciudadano patricio enriquecido con el ejercicio de actividades industriales o mercantiles. Sedes de floreciente economía, cuyo comercio estuviera, exclusivamente, en manos españolas, no se encuentran en el país. El gobierno local de las ciudades de Castilla lo detentaban caballeros o hidalgos, agricultores o artesanos, algunos letrados, pero rara vez mercaderes, debido a su exiguo número, más que a una eliminación sistemática». Es sabido que cuando los judíos fueron expulsados, sus puestos pasaron no a la burguesía española sino a los comerciantes extranjeros.

El estudio de la política de los representantes de las ciudades ante las cortes denuncia con mayor nitidez todavía la debilidad de la burguesía española. No sólo hay incoherencia total en la política propuesta por las ciudades, sino que hay una permanente desorientación que tiende a resolverse en el apoyo a la tradicional política de las ciudades medievales, completamente opuesta al desarrollo del moderno capitalismo industrial.



## El Raquitismo Estructural de España

No puede hablarse seriamente de decadencia de España ni de que «la raíz de la decadencia se encuentra en los cargamentos de metales ricos procedentes de América» (Munis, 17) o de que su pobreza se debió «a los metales preciosos que ahogaron el desarrollo manufacturero español» (Puiggrós, Colonia, 118). Cabe preguntar porqué no lo ahogaron en otros países. Hubo en realidad raquitismo estructural, crisis de estructura, que indudablemente fue agravada por la inflación que originaron los metales procedentes de América. Pero también Inglaterra y Francia soportaron la inflación. Sólo que en ellos sirvió para acelerar vertiginosamente la acumulación del capital, mientras que en España arruinó a la endeble industria. «Si los cimientos de su economía se resintieron fue por su propia debilidad» (Carande, 59). Esta debilidad de la economía española era la de su burguesía. Y esto explica el fortalecimiento de la nobleza y la Iglesia, que perpetuaron los obstáculos al desarrollo capitalista industrial — democrático-burgués—. El mayorazgo, que impedía la comercialización de la propiedad de una familia o de una orden religiosa fue una institución política que fortaleció a la nobleza y a la Iglesia en detrimento del desarrollo capitalista. El clero fue ganando de grado en grado el privilegio de la inmunidad de sus bienes hasta hacerlo extensivo a todos los que pertenecían a las iglesias y los monasterios.

«Protegido por esta inmunidad, el clero continuaba aumentando sus heredades y posesiones en virtud de mandas y legados de personas piadosas, de donaciones entre los ricos y compras que hacían con el sobrante de sus rentas, de su derecho a heredar a la multitud de hombres y mujeres que entraban en las congregaciones religiosas, y por último, con el beneficio de sus tratos y comercios, pues negociaban en ganados y lanas, abrían boticas y tabernas (Colmeiro). Durante el siglo de decadencia la Iglesia parece haber sido la única institución que creció. Mucho antes del final de la Edad Media la extensión de la mano muerta y el aumento del número de conventos fueron condenados en las cortes y en los escritos de los filósofos morales; pero a lo largo del siglo XVI la Iglesia ganó terreno y en el XVII progresó a trancos de gigante. En 1619 el Consejo de Castilla informaba que el excesivo número de clérigos e instituciones eclesiásticas estaba arruinando a España, y los economistas españoles del siglo XVII concuerdan casi unánimemente en este juicio. Hay razón para creer que la cifra conjunta de sacerdotes, religiosos y monjas se duplicó aproximadamente en ese siglo, y se elevaba al final del periodo a casi 180.000 en una población total de menos de 6 millones de habitantes. El celibato eclesiástico contribuía a la despoblación, y la distribución indiscriminada de limosnas agravaba el ya grave problema de la ociosidad y la vagancia. Aunque se ha exagerado generalmente la incompetencia de la Iglesia como terrateniente, el aumento de la mano muerta que acompañaba a la expansión eclesiástica fue probablemente uno de los factores de la decadencia agrícola. Durante el siglo XVII la censura religiosa sobre la palabra escrita y hablada sofocó sin duda en todos los países europeos el progreso intelectual, del cual ha dependido siempre en gran medida el progreso económico; pero debido a la dura mano de la Inquisición, la interferencia de la Iglesia en el saber fue en España dónde alcanzó mayores Proporciones» (Hamilton, 128).

El creciente predominio de la Iglesia perpetuaba el estancamiento de la economía española. Y este estancamiento dejaba sin trabajo productivo a grandes núcleos de población, cuyas únicas ocupaciones posibles eran la vagancia a secas o la vagancia religiosa untada en óleo. Y esto, a su turno, reforzaba el peso de la Iglesia. «Debemos en justicia disculpar la inclinación de los españoles refugiarse en lo sagrado. Pocas eran las profesiones que convidaban con esperanzas de fortuna» (Colmeiro). La potencia que así ganó el catolicismo fue una traba suplementaria de tipo superestructural para el desarrollo capitalista porque es bien sabido que en contraposición al protestantismo verdadera ideología» del capitalismo en la etapa de la acumulación primitiva, la religión católica fue en su esencia y apariencia la religión del feudalismo. Marx señaló que la confiscación de los bienes eclesiásticos fue una de las fuentes de la acumulación primitiva. «El patrimonio eclesiástico era el baluarte religioso detrás del cual se atrincheraba el régimen antiguo de propiedad territorial. Al venirse aquél a tierra éste no podrá mantenerse en pie» (Capital I, 2).

Así ocurrió efectivamente en Inglaterra, y posteriormente en Francia. Pero en España fue la Iglesia quien confiscó a la nación para afianzar su propia acumulación. (Ver Bagú, 43, sobre lo sucedido en Inglaterra, dónde «la Iglesia romana era como en todo el continente europeo el más grande propietario territorial y el principal sostenedor del régimen territorial»).

Junto a la Iglesia crecieron también los latifundios de la nobleza a causa de los mayorazgos, y las vinculaciones (Hamilton y Colmeiro). De este modo quedó efectivamente bloqueado el camino de la revolución democrático-burguesa. La mendicante burguesía española, como su colega rusa o polaca, no tenía fuerza alguna que oponer a las potencias del pasado. Todavía a comienzo del siglo XIX la iglesia española poseía 9.000.000 de fanegas, la nobleza 28.000.000 y la clase plebeya 17.000.000, pero la mayoría de las tierras nobles y plebeyas estaban amayorazgadas y, por tanto, imposibilitadas de enajenación, lo cual cerraba el camino para aumentar la clase de pequeños propietarios. Muy pocas eran, en efecto, las localidades dónde estos predominaban». (Altamira cit. por Bagú, Economía 152).

Se ha afirmado muchas veces que la insurrección de las comunidades de Castilla contra Carlos V fue la eclosión de la revolución democrático-burguesa, en que la supuestamente progresista burguesía española (Puiggrós, Colonia, 13) se levantó frente al feudalismo y cayó derrotada. Recién entonces habría comenzado la decadencia de la burguesía hispana. La insurrección de los comuneros sería —se afirma— «un movimiento de la burguesía manufacturera» impregnado «de gran vigor y clarividencia en cuanto al progreso del país» (Munis, 20) «extirpando así no sólo los fundamentos económicos del desarrollo nacional sino los derechos políticos del tercer estado y de las masas populares» (Ramos, América, 25). No hay un solo hecho que sustente estas generalizaciones apresuradas. Con su clarividencia habitual, Marx observó que en el fondo de la insurrección castellana «se agitaba la defensa de las libertades españolas medievales» (España, 17). Pero estas libertades, precisamente por ser medievales, nada tenían que ver con la burguesía manufacturera ni con el progreso del país en

sentido capitalista. Eran libertades no sólo de reunión y asociación, sino también de gravar en las puertas de la ciudad los productos «extranjeros» provenientes de otras regiones de España. Es decir, la libertad del separatismo y el localismo contra la unificación general de la nación. El desarrollo capitalista recién entra en su fase moderna —propicia al desarrollo de la burguesía industrial— cuando obtenida la unidad nacional bajo la férrea dirección de la monarquía absoluta, los elementos varios de la sociedad quedan mezclados y unidos hasta permitir a las ciudades el cambio de la soberanía e independencia local de la Edad Media por el gobierno general de la burguesía (Marx, 19). La insurrección de Castilla en cambio no tenía otro objetivo que el puramente negativo de defender sus privilegios medievales contra el absorbente centralismo de la monarquía.

Pero el centralismo absolutista de la monarquía española sólo tenía una semejanza aparente con el absolutismo inglés o francés. «Fue en el siglo XVI cuando se establecieron las grandes monarquías, que se constituyeron, en todas partes, sobre la decadencia de las clases feudales en continuos conflictos, la aristocracia contra las ciudades. Pero en los otros Estados europeos la monarquía absoluta se presenta como un centro civilizador, como la iniciadora de la unidad social. En España, por el contrario, mientras la aristocracia se sumergía en la degradación sin perder ninguno de sus peores privilegios, las ciudades perdían su poder medieval sin ganar en importancia moderna. Por lo tanto, la monarquía absoluta en España sólo superficialmente parecida a las monarquías de Europa, debe más bien ser incluida dentro de las formas de gobierno asiáticas. España, como Turquía, siguió siendo una aglomeración de mal dirigidas republiquetas, con un soberano nominal a la cabeza. El despotismo cambió de carácter en las distintas provincias; pero por despótico que fuese el gobierno, no impidió que en las provincias subsistiesen distintas leyes y costumbres, distintas monedas, pabellones militares de variados colores y variados sistemas de tributación. Este despotismo oriental atacó el gobierno propio de los municipios sólo cuando se oponía a sus intereses directos, pero permitía alegremente a estas instituciones perdurar, siempre que tomaran sobre sí la carga de hacer algo y le ahorrasen la complicación de la administración popular» (Marx, 19-20).

El carácter peculiar del absolutismo centralista español se corresponde perfectamente bien con la naturaleza especialísima del grupo social en que respaldó su política de unificación burocrática de España. Desde luego, la monarquía, a partir de los Reyes Católicos, aprovechó el antagonismo entre la nobleza, las ciudades y la Iglesia para debilitar a los tres. Pero su respaldo directo fueron los ganaderos trashumantes, agrupados en el Honrado Concejo de la Mesta. «La vida pastoril trashumante tuvo una evidente influencia en la destrucción de las fronteras de la Edad Media, que habían impedido todo progreso en las actividades comerciales.

Las marchas de los pastores con sus rebaños, largas y metódicas, extendieron el mercado de los productos pastoriles más allá de los límites locales e incluso allende las fronteras.» (Klein). Pero las ciudades —y las órdenes eclesiásticas, y la nobleza — oponían toda clase de trabas a la peregrinación de los ganados mesteños, sea para

obtener fondos, sea para proteger a la agricultura y ganadería locales agrupadas en torno a la ciudad. Desde luego, los ganaderos mesteños aspiraban a la neutralización. «El nacimiento de un fuerte poder central fue un bálsamo para los maltratados ganaderos, pues les proporcionó un aliado y un defensor contra las constantes exacciones de los recaudadores de arbitrios locales» (Klein). Y a su vez la monarquía no disponía de instrumento más adecuado para derribar el localismo que migraciones de la Mesta «esa gran marea de la única riqueza del país con su flujo y reflujo a través de la península» (Klein). La monarquía delegó en la Mesta en forma de privilegios, funciones administrativas y hasta judiciales y fiscales que correspondían al Estado central, y de este modo «las ciudades, los monasterios, las casas mobiliarias, las órdenes militares, descubren en la Mesta, con razón, un poderoso freno de las inmunidades y mercedes que tradicionalmente gozaban».

De este modo la Mesta fue sin duda un instrumento centralizador favorable a la unidad nacional. Pero el sólo hecho de que la monarquía delegase en una institución particular —de ámbito nacional, a diferencia de las ciudades— funciones propias del Estado, demuestra la debilidad de la propia monarquía en cuanto moderna monarquía absoluta, en cuanto estado soberano nacional, independiente de todo otro poder dentro de las fronteras en que ejercía su autoridad. Pero hay más. Si la Mesta impulsaba a España hacia adelante en el sentido de la unificación nacional, tendía en cambio a detenerla en el sentido del desarrollo industrial. Su interés básico era la exportación de lana, y la industria textil española le resultaba un estorbo, igual que a los comerciantes que vivían de la exportación de lana y la importación de manufacturas extranjeras. Cuando Carlos V intentó limitar la exportación de lana a la mitad de la producción anual, propiciando así la industria pañera nacional, surgieron tales protestas por parte de la poderosa Mesta —de quién la Corona dependía para obtener empréstitos— y de los gremios de Burgos donde se almacenaba la lana para la exportación que se restauró la antigua proporción de 2/3 para la exportación y 1/3 para el consumo nacional» (Klein).

El doble papel de la Mesta y la naturaleza asiática del centralismo regio —manifestaciones de la debilidad de la mendicante burguesía española— ponen de manifiesto la tragedia de España; tragedia en el sentido hegeliano: situación que no tiene ninguna salida hacia adelante. No hay en España ninguna clase con intereses y fuerza como para emprender el camino de la revolución democrático-burguesa. La débil burguesía sólo acierta a defender sus privilegios locales, medievales, revelando así su incapacidad para elevarse a clase nacional. Pero el centralismo monárquico —que no se respalda en la burguesía contra los nobles sino predominantemente en los ganaderos trashumantes contra los nobles y las burguesías locales— tampoco busca una real unificación nacional basada en el desarrollo capitalista. Apenas le interesa el absoluto control burocrático para expoliar a todas las regiones y satisfacer las voraces necesidades de sus camarillas. En fin, la organización que más potentemente se interesa en realizar la unidad de la nación —la Mesta de los ganaderos— es por su misma naturaleza hostil al desarrollo del capitalismo industrial. Ningún grupo social actúa acorde a las tareas que el desarrollo del capitalismo industrial les habría asignado; sus

intereses los orientan hacia otra cosa, hacia una peculiar combinación de intereses progresivos y regresivos que las neutraliza como motores de la revolución democrático-burguesa. El caso más patético de esta combinatoria endiablada lo dan la burguesía, que defiende sus libertades locales, pero se opone a la unificación de la nación y el desarrollo consiguiente de un gran mercado interno, y los ganaderos trashumantes, que presionan intensamente por la unificación nacional, pero se oponen al desarrollo de la industria asignando a España la función de exportador de lana supeditados crónicamente al industrialismo foráneo

Desde luego, no es sólo en España dónde se da esta situación sin salida en que los intereses nacionales de todas las clases se entrecruzan y combinan para perpetuar el estancamiento y bloquear el camino hacia la revolución democrático-burguesa. Igual situación encontramos en Rusia, en Italia, en China, en general en todos los países que comenzaron el siglo XX sin haber logrado los objetivos de la revolución antedicha.

## Los Reinos de España eran solo «Indias de Extranjeros»

Posiblemente el factor más importante en la modelación del carácter peculiar del desarrollo histórico español sea la reconquista, esa obstinada lucha de casi ocho siglos contra la dominación árabe. Por de pronto la reconquista -convirtiendo a España en un gigantesco campamento durante siglos— impidió el desarrollo de una agricultura próspera, y estable, ocasionando el predominio de la ganadería. Pero el capitalismo industrial sólo puede surgir de las entrañas de la economía agrícola en evolución, nunca del pastoreo. «Los moros y los cristianos se hacían una guerra cruel taladrando los árboles, incendiando las mieses, robando o destruyendo los ganados, poniendo a saco los lugares desguarnecidos, haciendo cautivos y llevando la tierra a fuego y sangre. Estos saltos y correrías se repetían alternativamente por una y otra parte, y entonces el labrador perdía su hacienda y quedaba arruinado» (Colmeiro). Cómo extrañar entonces la predilección por la ganadería. Y el predominio de ésta a su turno dejó libre una gran masa de población —la ganadería demanda mucho menos mano de obra que la agricultura —que hubo de volcarse a la guerra y la aventura conformando así el gusto español por las hazañas heroicas y su desapego por las actividades productivas (Carande, 102-6).

Por otra parte la reconquista, consumiendo las energías de la población, no fue clima propicio para el surgimiento de una clase capitalista nacional, en el doble sentido de que fuera española —es decir, no extranjera— y de que sus intereses abarcaran todo el país y no fueran puramente locales. Hasta su expulsión, los judíos fueron el sector más fuerte. Luego esta posición la ocuparon otros extranjeros. Además —otro aspecto del mismo problema— las mayores inversiones de capital en España no pertenecían a la burguesía española sino a los grandes banqueros internacionales de la época. En Francia la burguesía fue dueña rentista del Estado antes de apoderarse de él políticamente (Jaurés I, 56). En España los dueños del Estado eran rentistas extranjeros,

cuyo interés era sostener a la monarquía —como la sogá sostiene al ahorcado— en detrimento de cualquier aspiración de apoderarse del Poder que pudiera alimentar la burguesía española. Si el crédito del Estado fue uno de los primeros medios de desarrollo político de la burguesía (Jaurés, I, 58), en España, puesto en manos de banqueros extranjeros, sirvió precisamente para anonadar el desarrollo político de la enclenque burguesía nacional.

Todo eso quiere decir que España —ya en la época de su esplendor imperial— era una nación semicolonial, abastecedora de lana para la industria extranjera y cuya economía se hallaba controlada por extranjeros y en manos de ellos. La similitud con Rusia es en este sentido pasmosa. Como ocurría en Rusia, las líneas magistrales del comercio y las finanzas españolas conducían al extranjero, asignando un papel dirigente al capital comercial y bancario del exterior, dando un carácter colonial a todo el movimiento capitalista en España (ver Trotsky, Historia, I, 26).

Las operaciones de crédito, concertadas por Carlos V, decidieron, con su larga serie de empréstitos, que camino seguirían muchos de los tesoros de las Indias. Hacia Flandes, Alemania e Italia, pasando o no por Medina, salieron, en pago de capitales anticipados por los banqueros, sumas inmensas acompañadas de cantidades tan grandes de intereses y de cambios acumulados durante varios años, en ocasiones muchos años, que llegaban con creces a duplicar el volumen del capital recibido (Carande, 225). Los comerciantes españoles tuvieron que padecer la concurrencia forastera en buen número de sus propias actividades, desplazados por los extranjeros que las ejercían dentro del país. El dictamen de las Cortes de Valladolid en 1548 merece ser transcrito: «Que «habiendo sido socorrido V.M. en Alemania y en Italia, ha sido causa de que vengan tanto número de extranjeros que, no satisfechos con los negocios de V.M. de cambios y consignaciones, y no contentos con que no hay maestrzgos, ni obispados, ni Estados que no arrienden y disfruten; compran todas las lanas, sedas, hierro y cueros y otras mercaderías y mantenimientos que es lo que había quedado a los naturales para tratar y vivir». Desde luego, «si los extranjeros acaparan tantas manifestaciones del comercio en la península y tan grande es la parte de beneficio obtenida en España» (Carande, 168), la debilidad de la burguesía española es, pues, algo más que una presunción

Ya en 1528 se quejaban las cortes de que los genoveses fueran dueños de los grandes negocios, haciendo préstamos en gran escala que recaudaban luego con réditos inconcebibles y fabulosos (Cortés, 1528). Las casas genovesas eran dueñas absolutas de la industria del jabón, producto que a principios del siglo XV alcanzó una gran importancia, así como también del tráfico de la seda de Granada, la mas famosa de su tiempo. Las Cortes de 1542 hablan de los siguientes artículos que se hallaban monopolizados por los genoveses; «cereales, lanas, seda, acero, etc.» (Haberler).

En su Memorial al Rey para que no salga dinero del Reino, Luis Ortiz podía explicarle a Enrique II que con las materias primas de España y de América adquiridas por las naciones extranjeras por un ducado, manufacturaban esos países artículos que

intereses los orientan hacia otra cosa, hacia una peculiar combinación de intereses progresivos y regresivos que las neutraliza como motores de la revolución democrático-burguesa. El caso más patético de esta combinatoria endiablada lo dan la burguesía, que defiende sus libertades locales, pero se opone a la unificación de la nación y el desarrollo consiguiente de un gran mercado interno, y los ganaderos trashumantes, que presionan intensamente por la unificación nacional, pero se oponen al desarrollo de la industria asignando a España la función de exportador de lana supeditados crónicamente al industrialismo foráneo

Desde luego, no es sólo en España dónde se da esta situación sin salida en que los intereses nacionales de todas las clases se entrecruzan y combinan para perpetuar el estancamiento y bloquear el camino hacia la revolución democrático-burguesa. Igual situación encontramos en Rusia, en Italia, en China, en general en todos los países que comenzaron el siglo XX sin haber logrado los objetivos de la revolución antedicha.

## Los Reinos de España eran solo «Indias de Extranjeros»

Posiblemente el factor más importante en la modelación del carácter peculiar del desarrollo histórico español sea la reconquista, esa obstinada lucha de casi ocho siglos contra la dominación árabe. Por de pronto la reconquista -convirtiendo a España en un gigantesco campamento durante siglos— impidió el desarrollo de una agricultura próspera, y estable, ocasionando el predominio de la ganadería. Pero el capitalismo industrial sólo puede surgir de las entrañas de la economía agrícola en evolución, nunca del pastoreo. «Los moros y los cristianos se hacían una guerra cruel taladrando los árboles, incendiando las mieses, robando o destruyendo los ganados, poniendo a saco los lugares desguarnecidos, haciendo cautivos y llevando la tierra a fuego y sangre. Estos saltos y correrías se repetían alternativamente por una y otra parte, y entonces el labrador perdía su hacienda y quedaba arruinado» (Colmeiro). Cómo extrañar entonces la predilección por la ganadería. Y el predominio de ésta a su turno dejó libre una gran masa de población —la ganadería demanda mucho menos mano de obra que la agricultura —que hubo de volcarse a la guerra y la aventura conformando así el gusto español por las hazañas heroicas y su desapego por las actividades productivas (Carande, 102-6).

Por otra parte la reconquista, consumiendo las energías de la población, no fue clima propicio para el surgimiento de una clase capitalista nacional, en el doble sentido de que fuera española —es decir, no extranjera— y de que sus intereses abarcaran todo el país y no fueran puramente locales. Hasta su expulsión, los judíos fueron el sector más fuerte. Luego esta posición la ocuparon otros extranjeros. Además —otro aspecto del mismo problema— las mayores inversiones de capital en España no pertenecían a la burguesía española sino a los grandes banqueros internacionales de la época. En Francia la burguesía fue dueña rentista del Estado antes de apoderarse de él políticamente (Jaurés I, 56). En España los dueños del Estado eran rentistas extranjeros,

cuyo interés era sostener a la monarquía —como la soga sostiene al ahorcado— en detrimento de cualquier aspiración de apoderarse del Poder que pudiera alimentar la burguesía española. Si el crédito del Estado fue uno de los primeros medios de desarrollo político de la burguesía (Jaurés, I, 58), en España, puesto en manos de banqueros extranjeros, sirvió precisamente para anonadar el desarrollo político de la enclenque burguesía nacional.

Todo eso quiere decir que España —ya en la época de su esplendor imperial— era una nación semicolonial, abastecedora de lana para la industria extranjera y cuya economía se hallaba controlada por extranjeros y en manos de ellos. La similitud con Rusia es en este sentido pasmosa. Como ocurría en Rusia, las líneas magistrales del comercio y las finanzas españolas conducían al extranjero, asignando un papel dirigente al capital comercial y bancario del exterior, dando un carácter colonial a todo el movimiento capitalista en España (ver Trotsky, Historia, I, 26).

Las operaciones de crédito, concertadas por Carlos V, decidieron, con su larga serie de empréstitos, que camino seguirían muchos de los tesoros de las Indias. Hacia Flandes, Alemania e Italia, pasando o no por Medina, salieron, en pago de capitales anticipados por los banqueros, sumas inmensas acompañadas de cantidades tan grandes de intereses y de cambios acumulados durante varios años, en ocasiones muchos años, que llegaban con creces a duplicar el volumen del capital recibido (Carande, 225). Los comerciantes españoles tuvieron que padecer la concurrencia forastera en buen número de sus propias actividades, desplazados por los extranjeros que las ejercían dentro del país. El dictamen de las Cortes de Valladolid en 1548 merece ser transcrito: «Que «habiendo sido socorrido V.M. en Alemania y en Italia, ha sido causa de que vengan tanto numero de extranjeros que, no satisfechos con los negocios de V.M. de cambios y consignaciones, y no contentos con que no hay maestrzgos, ni obispados, ni Estados que no arrienden y disfruten; compran todas las lanas, sedas, hierro y cueros y otras mercaderías y mantenimientos que es lo que había quedado a los naturales para tratar y vivir». Desde luego, «si los extranjeros acaparan tantas manifestaciones del comercio en la península y tan grande es la parte de beneficio obtenida en España» (Carande, 168), la debilidad de la burguesía española es, pues, algo más que una presunción.

Ya en 1528 se quejaban las cortes de que los genoveses fueran dueños de los grandes negocios, haciendo préstamos en gran escala que recaudaban luego con réditos inconcebibles y fabulosos (Cortés, 1528). Las casas genovesas eran dueñas absolutas de la industria del jabón, producto que a principios del siglo XV alcanzó una gran importancia, así como también del tráfico de la seda de Granada, la más famosa de su tiempo. Las Cortes de 1542 hablan de los siguientes artículos que se hallaban monopolizados por los genoveses: «cereales, lanas, seda, acero, etc.» (Haberler).

En su Memorial al Rey para que no salga dinero del Reino, Luis Ortiz podía explicarle a Enrique II que con las materias primas de España y de América adquiridas por las naciones extranjeras por un ducado, manufacturaban esos países artículos que

vendían después a España por 10 ó 100 ducados. Ortiz se lamentaba de que los españoles habían sufrido mayores agravios de los europeos que los que había sufrido América de España. A cambio de los metales preciosos los españoles les daban a los indios bienes o brujerías de mucho o poco valor; pero mediante la compra de productos manufacturados con sus propias materias primas, España estaba enriqueciendo a otros países y convirtiéndose en el hazmerreír de las naciones» (Hamilton, 198).

El capital extranjero siguió manejando las finanzas y el comercio de la nación aun mientras la corona se empeñaba en dictar reglamentaciones de exaltado nacionalismo económico. En 1772 —época de Carlos IV— los franceses tenían en sus manos el mayor volumen de las transacciones mercantiles que se realizaban en Cádiz, corriente principal del comercio hispano; 79 casas de comercio mayorista pertenecían a capitalistas franceses, después de los cuales venían en importancia los capitalistas italianos y los ingleses (Altamira, cit. por Bagú, Economía, 152).

Las Cortes de Valladolid de 1548 expresaron muy concisamente la realidad de la situación al manifestar que los reinos de España se empobrecían cada vez más «y vienen a ser como Indias de extranjeros» (Levene).

Las deudas públicas de las monarquías absolutas fueron uno de los motores más importantes de la acumulación primitiva. Los tipos exorbitantes de interés permitieron cosechar beneficios fabulosos a los banqueros internacionales. Esas ganancias «fueron factores importantes en la acumulación del capital, la mayor parte del cual buscó probablemente salida en la industria, el comercio y las finanzas» (Hamilton, 5). En España las ganancias fueron astronómicas, pero las inversiones en su economía nulas. «Los banqueros no se contentaban con cobrar caros sus anticipos. Más pedían y más obtenían. Como grandes comerciantes, monopolizaban ciertos negocios; como acreedores de la corona administraban sus rentas; como industriales acaparaban las materias primas y las importaban transformadas, a expensas de las fuerzas productivas del país» (Carande, 5).

Marx señaló que los empréstitos obtenidos por Inglaterra en Holanda arruinaron a Holanda y favorecieron la acumulación del capital inglés. Con España ocurrió lo contrario. Se arruinó ella y enriqueció a los banqueros internacionales. En pleno esplendor imperial fue en realidad un país semicolonial. Sus colonias de América no tendrían un destino mejor que el de la Madre Patria.

## Esquemas y Criterios

La raíz de los mitos en torno a la supuesta prosperidad capitalista de España es en el fondo una incapacidad para pensar dialécticamente y soportar esta contradicción: que un país atrasado en el desarrollo burgués capitalista haya descubierto y conquistado América. ¿Cómo de una nación tan atrasada podía nacer el Imperio?

Si España hubiera sido atrasada el descubrimiento debió haber sido realizado por Inglaterra. Tal es el esquema del sentido común que no puede comprender que el desarrollo histórico no es armonioso y lineal sino contradictorio y desigual, con el resultado de que las superestructuras políticas nunca se corresponden mecánicamente como dientes de engranajes. El desarrollo de la joven burguesía europea, que cabalgaba sobre las crecientes fuerzas productivas, demandaba con urgencia la apertura de nuevas rutas sobre el globo, en lo cual ya estaba implícito el descubrimiento de América. Lo «lógico» —si por lógica entendemos la ausencia de contradicciones y el esquematismo preestablecido— hubiera sido que el descubrimiento corriera a cargo de las potencias con mayor desarrollo burgués y no de España, que marchaba a la retaguardia. Pero semejante lógica abstracta es extraña a la historia. Fue España quien por una combinación de procesos superestructurales descubrió América, lo que no es sino una temprana manifestación de la ley del desarrollo desigual, común a toda la historia, y particularmente visible en el capitalismo. Pero a la larga la estructura económica hizo sentir su acción y España perdió bien pronto el monopolio de sus colonias y se transformó en agente intermediario de Inglaterra y Francia, que luego habrían de heredarla como metrópolis económicas de América Latina.

Pero el pensamiento formalista esquemático —aunque hable lenguaje marxista— no puede comprender ese entronque desigual de estructura y superestructura. A la grandeza imperial de España necesita inventarle una base de prosperidad capitalista que nunca tuvo. Del mismo modo, fosilizado su pensamiento por el esquema general de la revolución democrático-burguesa en los países donde triunfó antes de finalizar el siglo XIX, no comprende que en los países atrasados se da una combinación de intereses de clase completamente distinta. Y no puede ni imaginarse que en España no es la burguesía —raquítica y mendicante, aferrada todavía a los privilegios locales de la Edad Media—, quien se esfuerza por lograr la unidad del país sino los ganaderos trashumantes. Pero una unidad a su modo, desvinculada del desarrollo industrial interno, teniendo así un carácter simultáneamente progresivo-regresivo.

El marxismo enseña a buscar las claves para entender el proceso histórico en los intereses de clases y grupos. Ese método permitió advertir que en Inglaterra, Francia y Alemania, la burguesía, llegada a cierto grado de desarrollo, tenía tales y cuales intereses, entre ellos la unidad del país. El esquematismo disfrazado de marxismo saca de allí la conclusión de que en todo el mundo todas las burguesías tuvieron iguales intereses y se dedica —lupa o telescopio en mano— a descubrir o inventar «burguesías progresistas», y cada vez que aparece una realización política que en Francia o Inglaterra fue impuesta por la burguesía grita: «he ahí la burguesía», aunque en el país en cuestión ella se haya opuesto a tal política. Los elementos peculiares de cada situación nacional se les escapan por entero y no ven nada de lo que es sin embargo característica de los países atrasados: el desarrollo combinado, es decir, la coexistencia de etapas distintas del desarrollo histórico, la trasposición de tareas y clases, la realización de tareas «progresivas» por clases reaccionarias que dejan su sello de reacción en todos los elementos de progreso y la temprana ordenación reaccionaria de las clases

«progresistas» de acuerdo al esquema clásico trazado por el Manifiesto Comunista en base al desarrollo de la revolución democrático-burguesa en Inglaterra y Francia.

Para esta gente será siempre un misterio tan impenetrable como el de la Santísima Trinidad ese método concreto de análisis histórico —el único verdaderamente marxista— que le permite a Engels descubrir que al comienzo del siglo XVI la clase más nacional — «de mayor espíritu nacional»— en Alemania no era la burguesía sino la nobleza: ya que ésta era poderosa cuando era poderoso el Imperio y Alemania estaba unida. (Engels, Campesinos, 20, 97).

## CAPITULO II: LA COLONIZACION DE AMERICA Sangre, Lodo y Civilización

América estaba fuera de la civilización propiamente dicha cuando don Cristóbal Colón pisó su tierra por primera vez. Ciertamente es que los mayas quizá hubieran podido enseñarle astronomía a los europeos. Ciertamente es que los caminos y acueductos incásicos eran admirables. Pero en su conjunto las más avanzadas sociedades indígenas de la América precolombina se hallaban recién en el estado medio de la barbarie. Aún no sabían laborar el hierro, y por eso no podían prescindir de sus armas e instrumentos de piedra. La colonización española cortó, desde luego, toda posibilidad de ulterior desarrollo autónomo, pero aportó, simultáneamente, un sistema de producción superior, incorporando América al mercado mundial. Por eso pudieron triunfar un puñado de conquistadores contra las multitudes indígenas que se les opusieron. Aunque ese sistema de producción traído por España se alimentaba de carne indígena masacrada en minas y obrajes.

Algunos teóricos populistas «condenan» a posteriori la colonización española (o inglesa) partiendo de la lamentable tontería de que la misma fue inhumana. Pero no se puede «condenar» la colonización —ni tampoco la esclavitud que prevaleció en la antigüedad— dado el hecho irrefutable de que resultaba económicamente necesaria. Era en su momento el único camino abierto a la humanidad para que una parte de ella pudiera ascender explotando al resto, a un creciente dominio sobre la cultura; preparando así, objetivamente y pese a sus deseos, las bases para la emancipación de toda la humanidad.

«Condenar» la colonización española es moneda corriente entre las corrientes «indoamericanas» como el aprismo, que pretenden dar a la lucha por la emancipación de América Latina el carácter de reconquista de un supuesto esplendor precolombino, que la colonización habría truncado. Pero semejante grandeza pretérita y semejante frustración no es más que una ilusión antihistórica: la ilusión que la piedra, la llama, y el maíz eran superiores al hierro, la rueda, el caballo, la vaca, el trigo, la vid que

trajeron los españoles. Y, como toda ilusión, esta constituye una traba para la acción eficaz.

Por otra parte, sólo el cinismo "ensotanado" de un católico como Sierra puede suponer que España «quería elevar al indio {Ideas, 105} o que «los negros eran bien tratados en Hispano América» (Historia, 3,26). Si hubo pocos negros fue sencillamente porque las civilizaciones indígenas que los españoles encontraron en América proveyeron suficiente masa de hombres para explotar. «suerte» que no tuvieron los ingleses a quienes no quedó más solución que llevar negros a sus colonias.

En cuanto a los indios, el testimonio de Tupac Amaru —entre tantos otros— escribe con propiedad cuáles eran las alturas evangélicas hasta dónde los indios eran elevados por España.

«Nos oprimen en obrajes, chorillos y cañaverales, cocalas, minas y cárceles en nuestros pueblos, sin darnos libertad en el menor tiempo de nuestro trabajo; nos recogen como a brutos y ensartados nos entregan a las haciendas para laborar, sin más socorro que nuestros propios bienes y a veces sin nada». Es la pintura de un sistema de explotación de quince y más horas de labor cotidiana, abonadas con dos reales miserables y a veces con simples «vales» que ni siquiera se pagan. Y entre los vejámenes salen a relucir los tratos brutales en la mina de Potosí, donde «los indios rinden la vida con vómitos de sangre». En fin, bastará citar algunos párrafos de una condena de muerte dictada por la Real Audiencia de Caracas para borrar cualquier duda. Dice la cristianísima y muy católica condena: «que sea sacado de la cárcel, arrastrado a la cola de una bestia de albarde y conducido a la horca... «que muerto naturalmente en ella por mano del verdugo, le sea cortada la cabeza y descuartizado; que la cabeza se lleve en una jaula de hierro al puerto de La Guaira. ... que se ponga uno de los cuartos a la entrada del pueblo de Macuto» y así los demás en distintos lugares (citado en Guinazú, Epifanía, 46 y 53).

Todo esto quiere decir que los españoles demostraron ser tan buenos como cualesquiera otro, incluso tanto como los ingleses, para explotar brutalmente el trabajo humano que encontraron en América (así como el que importaron de África). Resultaría un exceso de candidez polemizar aquí con Sierra quien sostiene la ocurrencia de que la revuelta encabezada por Tupac Amaru se debió a los excesos de un inspector (Historia, 3) o con la opinión de otro defensor de la piadosa España para quien todo fue obra de las intrigas que llevaban a cabo los agentes británicos (Palacio I, 142).

Igual que toda la etapa de la acumulación primitiva capitalista —de la cual fue parte integrante y principalísima— la conquista y colonización de América derraman sangre y lodo por todos sus poros. Como afirma Marx en El Capital «del sistema colonial cristiano dice un hombre que hace del cristianismo su profesión: "Los actos de barbarie y desalmada crueldad cometidos por las razas que se llaman cristianas contra todas las religiones y todos los pueblos del orbe que pudieron subyugar no

encuentra precedentes en ninguna época de la historia universal ni en ninguna raza, por salvaje e inculta, por despiadada y cínica que ella sea» (1, 2).

Esto demuestra el carácter esencialmente inhumano del capitalismo, pero no puede servir de argumento para negar el tremendo salto adelante de las fuerzas productivas que la humanidad logró mediante este sistema de explotación. Y la conquista y colonización de América —calificada por Marx como «cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento de la población aborigen en las minas»— no fue más que un eslabón en la expansión mundial del naciente capitalismo.

## El Mito de la Colonización Feudal

Durante muchos años se ha repetido que la colonización española en América tuvo un carácter «feudal» (Mariátegui fue, entre los marxistas, uno de quienes más temprano y con mayor énfasis insistió en esta tesis. (Siete Ensayos, 12). Aparte de que Colón descubrió América esa es quizá la afirmación más repetida acerca de la colonización española. Nosotros en cambio, sostenemos que el contenido, los móviles y los objetivos de la colonización española fueron decisivamente capitalistas. ¿Vale la pena discutir al respecto? Si se tratara de una cuestión académica (tal como el origen exacto de la palabra gaucho, por ejemplo) no valdría la pena detenerse en la cuestión. Pero determinar el exacto carácter de la colonización española tiene una importancia nada académica. Baste decir que la conocida teoría sobre el carácter «feudal» de la colonización sirvió durante largo tiempo a los moscovitas criollos como telón de fondo para afirmar que la Argentina «muestra aún hoy en su estructura rasgos inconfundiblemente «feudales» (Puiggrós, Colonia, 23) y para enrollar la madeja de una fantasmagórica revolución «antifeudal» que abriría el camino a una supuesta «etapa» capitalista.

Atados a sus dogmas y compromisos políticos y frenados por su propia incapacidad, los teóricos comunistas posteriores a Puiggrós usan su definición de la colonia como sociedad feudal sólo para oponerse al socialismo en la Argentina de hoy, puesto que significaría «proponernos hoy tareas históricas inexistentes» (Paso, Colonia, 9.). Y su negativa al socialismo se extiende no sólo a América Latina sino incluso al África donde Leonardo Paso (curioso ejemplar «marxista») ve negativamente el paso a las formas colectivas de propiedad de la tierra porque es un salto «de etapas históricas muy importantes para ponerse a la altura de los pueblos más adelantados» (idem, 118). ¡Y esto fue escrito cuatro años después de la Revolución Cubana!

Sergio Bagú ha señalado correctamente que «las colonias hispano-lusas de América no surgieron a la vida para repetir el ciclo feudal, sino para integrarse en el nuevo ciclo capitalista que se inauguraba en el mundo. Fueron descubiertas y conquistadas como un episodio más de un vasto período de expansión comercial del

capitalismo europeo. Muy pocos lustros después de iniciada su historia propiamente colonial, la orientación que van tomando sus explotaciones mineras y sus cultivos agrícolas descubren a las claras que responden a los intereses predominantes entonces en los grandes centros comerciales del viejo mundo» (Bagú, Economía, 104).

Nadie, ni aun los obcecados teorizantes del «feudalismo» colonial, han negado que el descubrimiento y conquista de América tuvieron objetivos perfectamente comerciales. Efectivamente, cuando castellanos y portugueses tocan las costas americanas la existencia de un activo mercado internacional europeo es un hecho desde hace mucho tiempo. Las explotaciones del extremo oriente, las factorías que se establecen en las costas de la India, el reconocimiento y después el tráfico con las costas africanas, el descubrimiento y colonización de América, son meros episodios de esa formidable revolución comercial que está conmoviendo a Europa. Hay en el viejo mundo un mercado internacional que absorbe con avidez una cantidad de productos de otros continentes. Castellanos y portugueses, al ponerse en contacto con esta nueva realidad americana, estuvieron movidos por una misma necesidad, por un igual propósito: hallar algo que pudiera ser vendido en el mercado europeo con el mayor provecho posible (Bagú, Economía, 66). De modo que el objetivo de la colonización y conquista fue eminentemente capitalista: producir en gran escala para vender en el mercado y obtener una ganancia.

Hay por lo tanto, una neta diferenciación con los procesos de colonización realizados en el seno del feudalismo europeo, tales como el desplazamiento de los germanos hacia el Este, cuyo único propósito era obtener tierra para subsistir. La pequeña economía agraria y el artesanado independiente —indicó Marx— forman en conjunto la base del régimen feudal de producción. El régimen feudal en la agricultura supone que el señor no puede explotar toda la tierra por sí mismo o por un administrador, entonces concede parcelas a los campesinos, que se convierten en pequeños propietarios, pero sometidos a una multitud de censos y apretados con lazos personales innumerables. La producción feudal se caracteriza por la división del suelo entre el mayor número posible de tributarios. Por eso estaba salpicado de pequeñas explotaciones campesinas, interrumpidas sólo de vez en cuando por grandes fincas señoriales. El siervo de la gleba, aunque sujeto a tributo, era dueño de una parcela de tierra (Marx, Capital, 2, 3). Es decir que por paradójico que esto resulte a primera vista, el régimen feudal supone la pequeña propiedad de la tierra. De ahí la pequeña escala de la producción disponible para el mercado y el reducido volumen del intercambio.

Ahora bien, el sistema de producción que los españoles estructuraron en América era francamente opuesto a esta estructura básica del feudalismo. Si alguna característica bien definida e incuestionable es posible encontrar en la economía colonial es la producción en gran escala (minas, obrajes, plantaciones) para el mercado. Desde los primeros tiempos del régimen hasta sus últimos días, ella condiciona toda la actividad productiva (Bagú, Economía, 117). Es posible que las primeras encomiendas hayan tendido a ser autosuficientes, pero en todo caso, ello estuvo perfectamente

condicionado al hallazgo de metales preciosos. Descubierta el metal, la unidad autosuficiente se quiebra, con estrépito. Los indios comienzan a producir para el mercado europeo o local, y el señor vive con la mente puesta en el mercado. Además de metales preciosos, Potosí y la zona adyacente no producían prácticamente nada. De otras regiones del virreynato le enviaban alimentos y los más diversos productos. De todas partes del mundo le llegaban objetos de lujo. No puede darse un caso más claro de producción para el mercado.

Es falsa incluso la suposición de que el monopolio comercial español impedía a las Américas comerciar en gran escala. Como se sostiene en un trabajo reciente, «las colonias recibían toda clase de mercaderías europeas y a precios bajos; podían exportar sus productos a otras naciones sin más prohibición que para el oro y la plata; que efectuaban el comercio de trueque con las colonias extranjeras; que recibían en sus puertas a naves negreras de cualquier país y comerciaban con ellas; que utilizaban naves de potencias amigas y neutrales, y que, en general el mercado americano estuvo saturado de manufacturas europeas» (Villalobos, Comercio, 10). La corriente comercial no se detenía en los puertos, sino que penetraba profundamente en el interior del continente. En 1786 señalaba un comerciante que en Chuquisaca «todas las plazas se hallan abarrotadas de género» (citado en Villalobos, 57). Los trabajos de Levene (Investigaciones) así como otros más recientes (Halperin, Río de La Plata) señalan claramente las fuertes vinculaciones de todas las regiones de la América Española entre sí y con las potencias extranjeras.

Buenos Aires fue otra ciudad colonial que en el siglo XVII había adquirido la tonalidad de una típica concentración urbana de la época del capitalismo comercial en Europa. Era la puerta de entrada de una incesante corriente de mercaderías que se distribuían después en una vasta zona que alcanzaba al Alto Perú (Bagú, Economía, 129). En el Noroeste argentino, que se ha querido presentar como prototipo de colonización feudal, los obreros fabricaban tejidos que llegaban a exportarse por los mercados de Chile, Potosí, Buenos Aires, e incluso Brasil (Levene, Investigaciones, 1,7).

Buenos Aires fue fundada por segunda vez en 1580 para «abrir puertas a la tierra» como solicitaba el licenciado Matienzo una década antes (Fitte, Hambre, 264). Siete años después, la aldea que apenas contaba 60 pobladores, enviaba sus primeras exportaciones de géneros confeccionados en Tucumán con destino al Brasil. Aunque ese 2 de setiembre se recuerda ahora como el día de la industria fue en realidad el primer esbozo de la pujante fuerza comercial de Buenos Aires y el origen de una poderosa burguesía intermediaria.

## Característica del Capitalismo Colonial

Pero —se dirá— aunque la sociedad colonial producía para el mercado, las relaciones de producción de donde brotaba la mercancía (es decir, las relaciones entre

los trabajadores y los propietarios de los medios de producción) eran feudales, puesto que se basaban en la sujeción personal del trabajador. El error de este criterio reside en que la servidumbre no era el régimen predominante en la colonia. La obra de Bagú y las investigaciones de Silvio Zabala (amén de otras) revelan categóricamente que «en las colonias españolas predominó la esclavitud en forma de salario bastardeado, siendo de menor importancia la esclavitud legal de los negros y el salario libre» (Bagú, Economía, 127). Es justo señalar que Mariátegui reconoce esto parcialmente (Siete Ensayos, 356), pero el «predominio de la esclavitud y el salario, a la vez que la poca importancia de la servidumbre —en el sentido histórico-económico— nos confirma en la creencia de que el régimen colonial del trabajo se asemeja mucho más al capitalismo que el feudalismo» (Bagú, Economía, 102).

Bien entendido, no se trata del capitalismo industrial. Es un capitalismo de factoría, «capitalismo colonial», que a diferencia del feudalismo no produce en pequeña escala y ante todo para el consumo local, sino en gran escala, utilizando grandes masas de trabajadores, y con la mira puesta en el mercado; generalmente el mercado mundial. o, en su defecto, el mercado local estructurado en torno a los establecimientos que producen para la exportación. Estas son características decisivamente capitalistas, aunque no del capitalismo industrial que se caracteriza por el salario libre.

En este sentido la colonización española anticipó la obra que el capital imperialista realiza en África, en Asia y en algunas zonas de América durante las últimas décadas del siglo 19 y primeras del 20, cuando los grandes consorcios imperialistas levantan sistemas de producción híbridos, que siendo en lo esencial capitalistas, se asemejan bastante a la esclavitud. Pero si la ocupación del mundo por el capital en el último siglo colaboró en impedir el surgimiento de las zonas atrasadas de la humanidad, no puede menos que recibirse con sorna la teoría avanzada por ciertos católicos que «mientras los pueblos civilizados por España y Portugal son baluartes de la civilización occidental, los pueblos conquistados por las naciones protestantes —en aquellos en que no hubo sustitución de poblaciones— la civilización occidental sólo ha penetrado en las élites» (Puiggrós, Historia, 15). Pretender que la explotación a sangre y fuego de los indios fue una obra piadosa para incorporar pueblos a la religión católica, y nada parecida a los crímenes que cometían los protestantes, será una teoría que podrá convencer a las señoritas de la Universidad del Salvador, pero de ninguna manera al más tímido bicho pensante.

Por supuesto, el capitalismo comercial posee una variedad de rasgos feudales que se combinan con él sin modificar empero su estructura capitalista. «Hay una etapa en la historia capitalista en la cual renacen ciertas formas feudales con inusitado vigor: la expansión del capitalismo colonial. En las colonias la posesión de la tierra, aparte del lucro que se busca en el tráfico de sus productos, va acompañadas de ciertas reminiscencias feudales. El poseedor, compañía o individuo, aplica allí su ley sin apelación, gobierna sobre la vida y los bienes sin preocupación jurídica o ética alguna, inventa en su beneficio todos los impuestos que su imaginación y las posibilidades del lugar le permiten» (Bagú, Economía, 102).



Que a lo largo de toda la historia colonial hay en la América Española un tipo de señor cuyos hábitos, cuya actuación y cuya mentalidad guardan estrecha semejanza con el señor del Medioevo no puede haber la menor duda. El *senhor do engenho* y el *fazendeiro de ganado o de café*, en Brasil; el *encomendero*, el *minero*, el *latifundista*, el *cultivador de cacao y de azúcar*, el *obispo*, el *ranchero*, el *estanciero* en las colonias españolas, tienen una marcada tendencia a considerarse señores absolutos dentro de sus dominios territoriales, jefes militares locales con menosprecio de la autoridad central, y a ejercer sobre sus subordinados una justicia de inspiración feudal. También puede decirse lo mismo de los propietarios de ingenios de las Antillas británicas y de los plantadores de tabaco de Virginia y las Carolinas. Pero los «señores feudales» americanos tienen con los europeos algunas diferencias dignas de notarse: las bases materiales de sus riquezas no son feudos cerrados, unidades autosuficientes, sino minas que producen para el exterior, o indios encomendados, o ingenios, o estancias, o ranchos cuyos productos se exportan. Como dijera Bagú, América fue una «concepción de casta sobre una realidad de clases» (Estructura, 102). Por su parte Aldo Ferrer, que siguiendo a Bagú reconoce que la producción en América se destinaba al mercado mundial, explica el atraso argentino en los siglos XVII y XVIII por la falta de productos exportables y la consiguiente ausencia de capitalización (Economía, 32). Lo que ni siquiera se pregunta es por qué ninguna zona de América española vinculada al mercado mundial y con abundante población tuvo impulso para desarrollarse como sucedió en la América del Norte. Definir la sociedad colonial como «economía primaria de subsistencia» es, además de falso, una manera de sustraerse mediante abstracciones económicas, del estudio de las formas de producción y propiedad. Que ese método en Ferrer no es una casualidad lo prueba el hecho que para él el rasgo distintivo de la sociedad feudal era «la ausencia de progreso técnico y el consiguiente estancamiento de la productividad» (Ferrer, Economía, 17).

Rodolfo Puiggrós, historiador de formación stalinista que hace años escribió historia argentina con el propósito de encontrar en ella —o, en todo caso, inventar— los elementos feudales a los cuales contraponer la correspondiente burguesía progresista, hizo un descubrimiento que, guardando las distancias, es por lo menos tan trascendental como el de América. Se trata de que «La conquista colonizadora trasladó las formas de producción... del feudalismo ibérico en decadencia» y que luego «América dio oxígeno al agónico feudalismo... de la península ibérica» (Puiggrós, España, 3). Siguiendo a Puiggrós, Leonardo Paso dice también que en América «la colonización fue feudal» pero con injertos esclavistas (Colonia, 46 y 50). Y un apóstol del disparate que escribió un libro titulado «América Latina un País» dice que las colonias españolas desarrollaban su economía sobre bases feudales» (Ramos, 26).

Pese a las afirmaciones sobre la colonización feudal, el mismo Puiggrós reconoce que «el descubrimiento de América fue una empresa llevada a cabo por comerciantes y navegantes» y tuvo objetivos perfectamente comerciales (Coloma, 9). Hay una evidente contradicción entre esa afirmación y la tesis sobre el carácter de la colonización, que Puiggrós esquiva con la teoría del «puente» según la cual los objetivos comerciales de la conquista de América sirvieron de pasarela para que en estas tierras arraigara el feudalismo español. Evidentemente, Puiggrós y Cía. entienden por feudalismo la

producción de mercancías en gran escala con destino al mercado mundial, y mediante el empleo de concentraciones de mano de obra semiasalariada, similares a las que muchos siglos después acostumbra levantar el capital financiero internacional en las plantaciones afroasiáticas. Si esto es feudalismo cabe preguntarse con cierta inquietud qué será entonces capitalismo. Pero esta pregunta no preocupa a Puiggrós, quien explica el «carácter eminentemente feudal del dominio español en América» en base a que «la Corona consideraba al nuevo continente feudo directo suyo y vasallos a sus habitantes, y no colonias en el sentido que desde el siglo XVII les ha ido dando a sus dominios comerciales» (Puiggrós, Colonia, 16). Aunque parezca lo contrario, estas palabras no pertenecen a un especialista en derecho comparado, sino a un historiador que se proclama marxista. Pero nada es más extraño al marxismo que el *cretinismo jurídico*, y nada más revelador de un impenitente *cretinismo jurídico* que caracterizar como feudal la colonización española, no por la estructura de sus relaciones de producción, sino por la forma jurídica que asume el vínculo entre las colonias y la Corona española. La forma que reviste la relación entre las colonias y España tiene, indudablemente, en lo jurídico, un acentuado color feudal. Pero, bajo esa forma jurídica, el contenido económico-social de las colonias gira en torno a la producción para el mercado y la obtención de ganancias —lo cual da a ese contenido un decisivo carácter capitalista, pese a todos los matices feudales que lo envuelven.

Nuevamente se tropieza aquí —en la tesis de Puiggrós— con el pensamiento esquemático y formal, que tantos errores origina en el proceso del conocimiento; «España era feudal»; «luego», su colonización fue feudal. Perfecta deducción formal y perfecto error. Los españoles llegados a América encontraron una realidad nueva, inexistente en España; y el resultado fue que, aun cuando subjetivamente quisieran reproducir la estructura de la sociedad española, objetivamente construyeron algo muy distinto. La España feudal levantó en América una sociedad básicamente capitalista —un capitalismo colonial, bien entendido, del mismo modo que, a la inversa, en la época del imperialismo el capital financiero edifica en sus colonias estructuras capitalistas recubiertas de reminiscencias feudales y esclavistas. Este es precisamente el carácter combinado del desarrollo histórico. El pensamiento formal no capta esto, y por eso, en general, no capta absolutamente nada de lo esencial.

## El Mito de la «Superioridad» de la Colonización inglesa

Mal que le pese a los españolistas, la fabulosa desproporción entre los destinos históricos de la América de habla inglesa y la América española reside en los diferentes procesos de colonización a que fueron sometidas. Pero, ¿en qué aspectos de la colonización está el origen de la tremenda diferencia ulterior? ¿Si es en la «raza» anglosajona— habría que explicar la América española como resultante de alguna inferioridad innata de la «raza» latina —o, lo que es lo mismo, si el vertiginoso engrandecimiento de Norteamérica obedece a la superioridad de la «raza» anglosajona— habría que explicar otro enigma. ¿Por qué motivo esa «raza» anglosajona, que en el

norte de los Estados Unidos edificó el capitalismo más progresista de la Tierra, sólo fue capaz en el sur de Estados Unidos de levantar una sociedad esclavista, monoprodutora y semicolonial respecto a Inglaterra, mucho más parecida a la América española que al norte de los Estados Unidos? En esto, como en todo, la raza —que por otra parte nadie sabe bien en qué consiste— no explica absolutamente nada. Vemos que la «raza» anglosajona cuando se instala en una región monoprodutora de tabaco o algodón, con mano de obra esclava a su disposición, construye una sociedad similar a la que levanta la «raza» latina en base al trabajo del indio o a la volteada de vacas, y diametralmente opuesta a la sociedad que los anglosajones levantan en el norte de los EE.UU. dónde tuvieron que vivir de su propio trabajo como granjeros. Y esto significa que el factor determinante reside en la estructura de la sociedad y no en el plasma germinativo de españoles o ingleses.

Ahora bien: si la teoría de la «raza» es absurda, también lo es, y más peligrosa porque se reviste de marxista, la tesis que se podría denominar de la «herencia social». Según esta tesis, Norteamérica progresó porque recibió en herencia el desarrollo burgués de Inglaterra, mientras que el resto del continente se estancó en virtud de la herencia feudal española que le tocó en suerte. Esta teoría fue adelantada en un principio por Mariátegui (Siete Ensayos, 12 y 58), pero es Rodolfo Puiggrós —quién con su presunto marxismo ha logrado desmarcar considerable confusión en torno del pasado y del presente del país— el que la desarrolla hasta el fin en los siguientes términos, que no tienen desperdicio: «Los ingleses que arribaron en el Mayflower y que siguieron llegando desde 1620 a 1640 —dice— trasplantaron al nuevo continente los gérmenes de desarrollo capitalista que traían de su patria originaria. Transfirieron a América sus hábitos de trabajo independiente, y su técnica avanzada y no necesitaron del trabajo servil, sino que por el contrario, ésta constituía un obstáculo para el desarrollo del orden social que implantaban. Se instalaron en pequeñas extensiones de tierra que trabajaron en forma intensiva». Esto —afirma Puiggrós— ocurrió en el Norte de Estados Unidos. En cambio, «la inmigración verificada después de 1648 estaba integrada, a diferencia de la primera, por elementos feudales encabezados por parte de la nobleza. Esa inmigración se estableció en el Sur, en Virginia, y —dice Puiggrós— implantó formas de producción y hábitos de vida que correspondían a su origen feudal. La explotación del trabajo de indios y negros, en forma servil y esclavista, constituyó su base social. Mientras la corriente inmigratoria burguesa impulsó la pequeña propiedad rural y el desarrollo manufacturero, la corriente inmigratoria feudal se afirmó en la gran propiedad territorial y en la economía doméstica» (Colonia 22-3). En la misma vena siguen los comentarios actuales del partido que rompió con Puiggrós y afirman que «los colonizadores de América del Norte arrasaban con las comunidades primitivas e instauraban, mediante el ingreso de colonos, el régimen capitalista» (Paso, Colonia, 40). Como se ve, la diferencia fundamental entre ambos consiste en que Paso ni siquiera señala la diferencia entre el Norte y el Sur de los Estados Unidos.

En primer lugar es necesario señalar el carácter místico de la teoría puigrosista. «Los ingleses trasplantaron los gérmenes del desarrollo capitalista... transfirieron sus hábitos de trabajo independiente y no necesitaron del trabajo servil». Los «gérmenes»

en cuestión eran —parece— tan poderosos que resistían a todas las variaciones del tiempo y del espacio. En el nuevo continente los «gérmenes capitalistas» seguían siendo capitalistas, y los «gérmenes feudales» seguían siendo feudales. Puiggrós no parece ni sospechar siquiera que si en el Norte los ingleses no emplearon trabajo servil y se dedicaron a las pequeñas explotaciones rurales, fue porque el terreno no permitía hacer otra cosa, mientras que quiere decir, evidentemente, que si un feliz portador de los «gérmenes burgueses» hubiera desembarcado no en el Norte, sino en el Sur, en Virginia, no se hubiera dedicado en modo alguno a cultivar algodón y tabaco empleando mano de obra esclava en grandes extensiones de tierra, sino que —fiel a sus «gérmenes» progresistas— se hubiera dedicado a la pequeña empresa agrícola. Y a la inversa, según Puiggrós, si un retrógrado portador de «gérmenes» feudales hubiera desembarcado en las áridas tierras de Plymouth, de seguro que, consecuente con sus «gérmenes», hubiera acaparado grandes extensiones de terreno pedregoso y puesto sobre ellas grandes masas de esclavos dedicados quién sabe a qué. Como se ve Puiggrós tiene el mismo criterio histórico que el católico Sierra, según el cual los españoles se abstendrían de exterminar indios porque eran católicos (no porque el indio latinoamericano podía ser explotado)... mientras que los ingleses mataban sistemáticamente los pieles rojas no porque estos no servían para ser explotados, sino porque... los ingleses eran protestantes...!

O sea que Puiggrós, Paso y Cía., en vez de explicar la conducta social por los elementos objetivos que la originan (tierra, disponibilidad de mano de obra, naturaleza de la producción) eluden la explicación científica con una tesis acerca de imponderables «gérmenes».

Un siglo antes que estos caballeros, Marx se burlaba ya de semejante teoría, señalando el absurdo de imponer el capitalismo en las colonias dónde sobraba el terreno libre para ocupar: «Desde luego —dice— descubrió Wakefield en las colonias que la posesión de dinero, medios de subsistencia, máquinas y otros medios de producción no da a un hombre el carácter de capitalista si falta el complemento, el trabajador asalariado, el otro hombre obligado a venderse voluntariamente. Descubrió que el capital no es una cosa, sino una relación social entre personas que se establecen mediante cosas. Nos cuenta, por ejemplo, esta triste historia: el señor Peel llevó consigo de Inglaterra a Swan River, en Nueva Holanda, medios de subsistencia y de producción por valor de 50.000 libras esterlinas. Fue tan previsora el señor Peel, que llevó también consigo 3.000 personas de la clase trabajadora, hombres, mujeres y niños. Llegado al lugar de su destino, «el señor Peel se quedó sin un criado para hacerle la cama o llevarle agua del río». ¡Desgraciado el señor Peel que todo lo había previsto, excepto exportar a Swan River las relaciones inglesas de producción! (Marx, Capital, 1, 25).

Por otra parte, es totalmente errónea la afirmación de Puiggrós de que la inmigración «feudal» que se radicó en Virginia llegó después que la inmigración «burguesa» que se radicó en el Norte. Las cosas ocurrieron al revés. Los primeros colonizadores se establecían en Virginia hacia 1607, y el primer cargamento de esclavos negros llegó a Virginia en 1619 (Haecker, Proceso, 65). Y precisamente era Virginia a dónde se dirigían contratados por la Virginia Company los peregrinos que a raíz de un accidente de

navegación anclaron en Plymouth. Si hubieran llegado a Virginia, los «gérmenes» burgueses de estos peregrinos hubieran quedado en invernadero, y se hubieran dedicado a explotar esclavos con tanto empeño como el más «feudal» de los plantadores (plantadores que, por lo demás, pese a Puiggrós, no tenían absolutamente nada de feudales, puesto que vivían pendientes y dependientes del mercado mundial para el cual producían mercancías en gran escala). Pero en el Norte de Estados Unidos el terreno sólo permitía cultivar el suelo en pequeñas parcelas sobre las cuales el trabajo esclavo o servil tenía escasa o ninguna utilidad.

Fueron circunstancias tangibles de clima y terreno más bien que diferencias místicas en los motivos o en los «gérmenes», lo que explica el contraste entre el Norte y el Sur de los Estados Unidos y del continente todo.

«Además de brindar pronta prosperidad, el tabaco dio decidido impulso al desarrollo social en el Sur de Estados Unidos, determinó que la tierra debía ser cultivada, primordialmente no por pequeños terratenientes como los establecidos al Norte, en Nueva Inglaterra, sino más bien por mano de obra servil dirigida por los amos de las grandes propiedades» (Beard, Rise, 45). En cambio en el Norte el clima y el suelo de Nueva Inglaterra, sumados a la abundancia de tierra y la escasez de mano de obra, hicieron imposible una economía de plantación como la sureña. Los puritanos no prescindieron de las grandes plantaciones con esclavos porque tuvieron objeciones que hacer contra la servidumbre o la esclavitud; contrataban sirvientes blancos, se esforzaban por esclavizar a los indios y utilizaron a los siervos negros siempre que en ello hubo beneficios que cosechar. Procedieron así porque descubrieron que en una tierra de largos inviernos, de campos erizados de piedra y de cosechas harto diversas, era económicamente imposible realizar en gran escala la servidumbre. Como se hallaban, pues, regidos por factores que estaban más allá de su posible dominio, los puritanos se extendieron por Nueva Inglaterra bajo la dirección de los agricultores dueños de tierras libres; y quienes no podían soportar aquella ardua carrera o no amaban la ruda vida entre colinas y rocas, encontraron salida para sus capitales y energías en alta mar (Beard, Rise, 55).

### Bases Reales de Dos Destinos Diferentes

Esta apreciación de las diferencias entre la colonización realizada por los ingleses en el Norte y Sur de Estados Unidos ayudará a comprender la diferencia entre la colonización inglesa en el Norte de Estados Unidos y la colonización española desde México a la Argentina, tan similar en lo fundamental a la colonización del Sur de los Estados Unidos.

En el Norte de Estados Unidos, los ingleses buscaban lo mismo que sus hermanos en el Sur, y que los españoles más al sur todavía: buscaban metales preciosos o materias primas ávidamente reclamados por el mercado mundial y mano de obra indígena fácilmente explotable e intercambiable por la carne africana. «Su afán de cosechar oro no era menor

que el de los españoles. Se hubieran regocijado si hubieran encontrado, vencido y explotado a una antigua civilización americana —otro México u otro Perú—; y su trabajo en la India así lo revela», pero «la zona geográfica que cayó en sus manos no rindió al principio el preciado tesoro. En lugar de indígenas que quisieran someterse a la esclavitud, en lugar de vetustas civilizaciones, maduras para la conquista, los ingleses encontraron un inmenso continente de tierra y selva virgen, apenas colonizadas por pueblos indígenas que preferían la muerte antes que el cautiverio» (Beard, Rise, 11). Y con el agravante de que sólo en el Sur el terreno y la producción eran aptos para emplear grandes masas de trabajo esclavo importado. Si los plantadores del Sur emplearon trabajo esclavo y los puritanos del Norte se decidieron a trabajar con sus propias manos, no fue por que unos portasen consigo «gérmenes» feudales y los otros «gérmenes» burgueses, sino porque el medio ambiente en que se radicaron no les permitió hacer otra cosa. Los puritanos del Norte no tenían escrúpulos para esclavizar a sus semejantes, ya fueran de su propio color o de cualquier otro. Se esforzaban como los españoles para reducir a los indios al estado de siervos y hasta cierto punto salieron airoso; pero el espíritu altivo del piel roja lo «convertía en un mal elemento para trabajar bajo el látigo» (Beard, Rise, 105).

Marx —que no creía en «gérmenes»— lo señaló con exactitud y concisión: «Aquellos hombres virtuosos del protestantismo, los puritanos de la Nueva Inglaterra, otorgaron en 1703, por acuerdo de su Asamblea, un premio de 40 libras por cada escalpado indio y por cada piel roja apresado; en 1720 el precio era de 100 libras. El Parlamento británico declaró que la caza del hombre y el escalpado eran recursos que Dios y la naturaleza habían puesto en sus manos» (Marx, Capital, 1, 25).

En América Latina los españoles —igual que los ingleses en el Sur de los Estados Unidos— encontraron productos fáciles de explotar en gran escala para colocarlos en el mercado mundial. Pero a diferencia de los colonizadores del Sur Norteamericano, no tuvieron que depender exclusivamente de la carne africana, porque encontraron enormes masas de mano de obra indígena fácilmente explotable. En las colonias españolas cristalizó bien pronto un sistema de explotación capitalista colonial en gran escala, basado en el trabajo del indio o del blanco proletariado, con destino al mercado mundial. Desde su hora inicial, América Latina vive fundamentalmente en función del mercado mundial, y cuánto más crece, más se acentúa esta característica, que en rasgos generales la independencia de España logró acelerar. En el Norte de Estados Unidos, en cambio, proliferó una clase de pequeños granjeros que empleaban principalmente el trabajo familiar, acompañados por el inevitable ladero de la pequeña agricultura, es decir, la industria artesanal. Esta clase vendía en el mercado mundial, pero también intercambiaba entre sí y con los artesanos, y a partir de ella fue entretejiéndose un extenso y sólido mercado interno.

Esta clase necesitaba demasiado de la tierra y era demasiado numerosa y fuerte para permitir que ninguna clase terrateniente se la expropiara y frenara el desarrollo nacional en interés de la renta agraria. Por otra parte, la cercanía del mar y la aspereza de la vida en la tierra, unida a la presencia de grandes bosques, facilitaba la vocación

nacional por el mar y la construcción de barcos, lo cual era en sí mismo, aglutinante y punto de partida de una tradición industrial. «El suelo poco hospitalario de Nueva Inglaterra dirigía, desde el principio, la industria de los puritanos hacia el mar, a la pesca, el tráfico marítimo, al comercio y todos los diversos intereses relacionados con empresas de esa índole. Los bosques locales proveían roble para maderas y tablones, pino para mástiles, resinas para la obtención de trementina y alquitrán, los campos producían cañamo para la fabricación de cuerdas; y había minas de hierro para fabricar anclas y cadenas. ¿Para qué iba a ser el hombre esclavo del suelo si podía dominar el océano? A todo lo largo de la costa septentrional, especialmente en el litoral de Nueva Inglaterra, había astilleros donde se hacían balandras y goletas magníficas (Beard, Rise, 90).

Sobre estas bases se estructuró en el Norte de Estados Unidos una democracia igualitaria, sin más desigualdad que la que surgía del enriquecimiento y la destrucción originados por la competencia. O sea, el clima ideal para el florecimiento del capitalismo en todas sus formas y, especialmente, en su forma revolucionaria, es decir, el capitalismo industrial.

En América Latina, en cambio, las características del terreno y la producción, y la disponibilidad de abundante mano de obra indígena, facilitó el temprano monopolio de la propiedad de bienes de producción —tierra, minas, vacas— por una reducida minoría privilegiada que se enriquecía vendiendo en el mercado mundial. La producción colonial no estaba orientada por las necesidades de las comunidades nacionales, ni siquiera por los intereses de los productores locales. La producción se estructuró y se transformó todas las veces que fue necesario para encajar dentro de un orden de cosas determinado por las metrópolis (Bagú, Economía, 122). Así quedó frenado por falta de estímulos el desarrollo del mercado interno, y se estructuró una sociedad oligárquica hostil al desarrollo de la agricultura basada en granjeros y al capitalismo industrial.

En los primeros años del siglo XIX voces autorizadas lo indicaban de un extremo a otro del continente. Abad y Queipo, obispo de Michoacán, exponía la situación de México: "Lejos de desmembrarse las haciendas se han aumentado de mano en mano". Y en el Río de la Plata, al otro extremo de la América Hispánica, Manuel Belgrano escribía palabras que aún corresponden perfectamente a la realidad: «Hay potentados de Europa que no son señores de otras tantas leguas como los terratenientes hispanoamericanos» (citado por Bagú, Economía, 236). Mendoza, en su «Historia de la Ganadería Argentina», dice que al finalizar el siglo XVIII la media docena de propietarios con títulos perfectos poseían centenares de miles de leguas cuadradas (98). En 1744 fue levantado un censo de Buenos Aires, y reveló que sobre 6.000 habitantes que poblaban la campaña y 10.000 que habitaban en la ciudad, sólo el 1% (186 personas) eran propietarios ... y poseían 28.000 kilómetros cuadrados.

Sarmiento escribió que «el error fatal de la colonización española en la América del Sur, la llaga profunda que ha condenado a las generaciones actuales a la inmovilidad y al atraso, viene de la manera de distribuir las tierras». Sólo falta agregar que el «error»

era inevitable vista la presencia en América Latina de mano de obra, minas o productos fácilmente explotables. Si los puritanos tripulantes del Mayflower hubieran tocado tierra en el mismo sitio que Pizarro o Hernán Cortés, también ellos hubieran cometido gustosos el mismo «error».

El Norte de los Estados Unidos constituyó una verdadera colonia, es decir, un territorio virgen colonizado por inmigrantes libres (Marx, Capital, 1, 25). De ahí la rapidez con que creció su población europea —estructurando un considerable mercado interno y aportando todas las técnicas y habilidades de la civilización europea. En la América española, en cambio, los territorios coloniales eran en realidad, países conquistados donde —con excepción del Río de la Plata— los indios constituían la inmensa mayoría de la población, oprimida por una reducida minoría de europeos, «Todo cesaría si ellos faltasen», decía de los indios una ley de Indias. La enorme cantidad de mano de obra disponible, la exhaustiva explotación que de ella se hizo, y los buenos precios que se pagaban en Europa por los productos coloniales, permitieron una precoz y cuantiosa acumulación de capitales en las colonias españolas.

El núcleo de beneficiarios, lejos de irse ampliando, fue reduciéndose en proporción con la masa de la población, como se desprende del hecho cierto de que el número de europeos y criollos desocupados aumentara sin cesar (Bagú, Economía, 113, también Estructura). Esta acumulación de capital que es a la vez producto y signo del proceso capitalista, brotaba no del trabajo productivo de los colonizadores, sino de su ultra parasitaria explotación de las espaldas indígenas.

Desde el vamos América Latina nace pues con una característica oligárquica y antidemocrática —tan antidemocrática como lo era el Sur de los Estados Unidos— por la elemental razón de que la aplastante mayoría de la población era semi o totalmente esclava o proletaria. La democracia burguesa, el hábito del autogobierno local que tanto admiraba Sarmiento en el Norte de Estados Unidos, no podían, desde luego, florecer en la América Española.

En una sociedad en que la minoría parasitaria de origen extranjero, vivía del trabajo casi esclavo de las grandes masas indígenas tenían forzosamente que florecer la oligarquía y la dictadura militar como métodos predilectos de gobierno.

### Río de la Plata: Maldición de la Abundancia Fácil

El territorio actualmente argentino se inserta en el cuadro general de la colonización española con características particulares que lo diferencian del resto. Por de pronto, no existen dentro de sus confines metales preciosos. Mano de obra explotable la hay —aunque no demasiado abundante— en el Oeste y en el Noroeste. Pero no

puede aplicársela a nada que el mercado mundial demande con avidez, y que enriquezca fabulosamente a los explotadores del indio. Eso no significa sin embargo, que la actividad económica tuviera un carácter puramente doméstico, ya que existen industrias que producen para el mercado local y para la exportación hacia las zonas mineras. Junto a ellas hay también empresas agrícolas explotadas con trabajo indio y mediante el trabajo de los propios colonizadores, especialmente allí donde, como en Cuyo, los indios escasean. Sobre estas bases se estructura una sociedad estable, alejada de los grandes centros del mercado mundial, y orientada hacia el mercado interno de las colonias; sociedad donde vive y gobierna apaciblemente una oligarquía de terratenientes, dueños de obrajes y comerciantes. Debe destacarse que en la zona de San Juan y Mendoza, donde los indios explotables eran particularmente escasos, los españoles se mostraban también particularmente laboriosos, edificando una sociedad agrícola bastante productiva que exportaba a otras regiones de la colonia, vinos, aguardientes, trigo, harinas, frutas secas, tejidos, etc. «En el Norte existió desde los primeros tiempos de la conquista una explotación ganadera, agrícola e industrial basada sobre la mano de obra indígena.

En las estancias norteñas la agricultura se diversificó, se hizo mixta, no sólo ganadera, sino que también se sembró trigo, cebada, maíz, algodón, añil, viñas, y se industrializó elaborándose aceites, harinas, paños, vinos, lienzos y toda clase de tejidos. El comercio y las industrias basados en el trabajo manual, constituyen el más fuerte preservativo de la civilización en el Norte argentino (Coni, Contribución, 12). No puede hablarse aquí de un «orden feudal» (Paso) porque esta definición confunde, sugiriendo la imagen de una economía autosuficiente asentada en la servidumbre. Y, en realidad, se trataba de una sociedad precapitalista mercantilizada.

Pero otra era la región que había de eclipsar y dominar al resto del territorio argentino, hasta llegar a ser en el lenguaje universal sinónimo de la Argentina. Se trata del Río de la Plata, zona tremendamente diferente del resto de las colonias españolas. Por de pronto era la única zona con características de verdadera colonia, moderna, es decir, de territorios vírgenes colonizados por inmigrantes libres. No hay aquí indios que se presten a trabajar para los amos españoles porque los pampas eran —como decían con desprecio los españoles— «imposibles de domesticar». No hay tampoco metales preciosos, ni tabaco o cacao, ni nada que justifique el empleo de grandes masas de mano de obra esclava. Aquí el único modo de sobrevivir es trabajar, y así debieron hacerlo desde un principio los colonizadores. Por todo esto el Río de la Plata se parece extraordinariamente al Norte de los Estados Unidos. Y estas características del Río de la Plata —características de verdadera colonia, carente del provechoso lastre de una población indígena a la cual explotar— explica por qué el Río de la Plata fue la zona donde más temprano y más completamente se afianzó la moderna economía capitalista, donde más creció la población en el más breve plazo y ello explica también por qué el Río de la Plata se desprendió más prontamente de las características de la colonia española.

Pero existe una decisiva diferencia entre el Río de la Plata y el Norte de los Estados Unidos. En esta región de Estados Unidos la naturaleza ofrecía tierra no demasiado fértil, explotable sólo en pequeñas extensiones, bosques sólo utilizables en astilleros y mar que resultaba particularmente acogedor frente a la aridez terrena. Allí sin el trabajo intenso y productivo no había forma de subsistir, menos aún de progresar. Después vino la expansión hacia el Oeste, donde había enormes praderas que constituían la oportunidad dorada para que una clase terrateniente se apoderara de ellas y viviera placidamente de la renta agraria. Pero ya entonces los granjeros yanquis tenían fuerza suficiente para matar en el huevo cualquier intento en ese sentido, y la propiedad de la tierra quedó razonablemente al alcance de las grandes masas inmigrantes.

En el Río de la Plata, en cambio, estaba la Pampa, ese enorme océano de hierbas donde la teología vacuna, si la hubiera, colocaría seguramente el paraíso. En un principio los colonizadores tuvieron que esforzarse para subsistir, pero sólo en un principio. Después pampa y vacas hicieron lo suyo. ¿Para qué arañar la tierra? ¿Para qué salir a afrontar río y mar, si la Pampa servía cueros y carne que el mercado mundial reclamaba con tanta avidez como el metal de Potosí o el tabaco de Virginia? Pronto los colonizadores rioplatenses descubrieron que el camino de la fortuna no requería conquistar indios. Bastaba con acaparar tierras, no por la tierra misma, sino por las vacas que sobre ella crecían solas. Así nació, creció, y se enriqueció a pasos de siete leguas una oligarquía propietaria de tierras y vacas, y una clase comercial íntimamente vinculada a aquella por lazos de sangre y pesos, que amontonaban cueros primero, carne después, y los exportaban, acumulando capitales que se reproducían automáticamente. Como los plantadores del Sur de Estados Unidos, estas clases vivían pendientes de la exportación, y su enriquecimiento no les exigía ni la iniciativa del burgués industrial, ni el trabajo personal del granjero. Las vacas se reproducían para ellos, y ellos juntaban tierras para las vacas. La agricultura les producía alergia y ponían el grito en el cielo cuando se hablaba de facilitar la proliferación de los agricultores. La oligarquía estancieril y comercial se apropió de las riquezas de la Pampa, y con ello edificó una civilización del cuero y la carne, basada mucho menos en el trabajo productivo del hombre que en la prodigalidad de la naturaleza.

Cuando más tarde la Argentina se acopló a Inglaterra como una colonia económica, pagaba con ello NO «el tributo de haber sido descubierta y colonizada por España en el período de la putrefacción» como dice una opinión insolvente de tantas (Ramos, América, 48). Lo que pagaba, en realidad, era el precio de tener una naturaleza que permitía a su clase dominante enriquecerse con escaso esfuerzo y nula iniciativa.

## Geografía y Estructura Social

El dispar destino de las colonias inglesas y españolas en América está casi íntegramente contenido, en germen, en los distintos elementos naturales y humanos que los colonizadores encontraron en las distintas regiones. Las condiciones de la naturaleza exterior pueden agruparse económicamente en dos grandes categorías: riqueza natural de medios de vida (fecundidad del suelo, abundancia de pesca, ganado,

etc.), y riqueza natural de medios de trabajo (saltos de agua, ríos navegables, maderas, metales, carbón, etc.). El capitalismo industrial se caracteriza precisamente por el uso intensivo y extensivo de los medios de trabajo que la naturaleza brinda (Marx, 1, 21).

Fue la fortuna de los colonizadores del Norte de Estados Unidos hallar una zona donde los medios de vida no eran demasiado abundantes, sino más bien escasos; no había mano de obra indígena explotable ni productos que conviniera explotar importando esclavos, y donde abundaba, en cambio, la riqueza natural en medios de trabajo, que hubieron por fuerza de desarrollar los propios colonizadores aplicándose al trabajo productivo agrícola e industrial. Así se estableció una estructura social ideal para el capitalismo industrial. En el Sur de Estados Unidos y en América Latina, por el contrario, ingleses y españoles encontraron minas y/o climas fértiles y mano de obra indígena (que cuando se extinguía o no bastaba podía ser reemplazada por sudor africano). Y semejante combinación de factores arrojaba, sin mayor esfuerzo por parte de los colonizadores, todo aquello que el mercado mundial requería con elevados precios. La minoría parásita que así se enriquecía sobre el lomo de una inmensa mayoría semi o totalmente esclava o proletaria, vivía pendiente del mercado mundial, desinteresada del trabajo productivo, de la diversificación de la producción —que sólo perjuicio podía acarrearle— y de todo lo que podía facilitar el desarrollo de la industria capitalista. Ellos mismos eran capitalistas, pero capitalistas coloniales, capitalizadores del atraso y de las riquezas naturales apenas trabajadas por el hombre.

En el territorio argentino, la zona que más se pareció a lo que era el Norte de los Estados Unidos en los primeros tiempos de la colonización puritana fue, quizá, en lo que a la evolución del trabajo productivo se refiere, la zona de Cuyo. Pero esta zona se hallaba demasiado alejada de los puertos que conectaban con el resto del mundo, y no pudo recibir más población ni evitar el estancamiento al nivel de una sociedad precapitalista y mercantil, estable y medianamente próspera. Las restantes zonas del Norte y Noroeste no producían para el mercado mundial y tenían el estigma del trabajo indio esclavizado, sobre el cual se empinaba el parasitismo de los conquistadores. En Tucumán, 25 blancos vivían del trabajo de 3.000 indios. En Santiago del Estero, 12.000 indios mantenían a 48 parásitos (años 1580-85, Coni). Pero un siglo después el número de indios había disminuido como caudal de río en la seca, devorados por las minas del Alto Perú o fugados al Chaco (Levene). Allí empezó la crisis de estas regiones, porque los españoles nunca pudieron reemplazar el trabajo perdido del indio.

La constante absorción de mano de obra indígena que hacían los cerros peruanos —en particular el insaciable Potosí— arruinó a numerosas familias de la oligarquía mediterránea en las regiones de Córdoba, Salta, Jujuy y sus alrededores. Los indios eran arrancados de las labores agrícolas, de la cría de ganado y de las manufacturas domésticas —actividades que hacían bajo el control y para el beneficio de aquella mencionada oligarquía mediterránea y trasladados en masa al Alto Perú para ser arrojados en las minas (Bagú, Economía, 84).

En el Río de la Plata, donde en términos absolutos no escaseaban los medios de trabajo suministrados por la naturaleza estos eran relativamente escasos frente a la abundancia de medios de vida que la Pampa brindaba a torrentes. La expedición de don Pedro de Mendoza trajo 44 yeguarizos y la Pampa los convirtió en 80.000. Con las vacas ocurrió algo semejante y siempre sin esfuerzo alguno por parte del hombre. Pocos hombres bastaban para levantar inmensas riquezas. Según Azara, a principios del siglo XIX el cuidado de un capatay y diez peones era lo requerido por diez mil cabezas de ganado vacuno. Estos hombres dedicados a su oficio producían al año varios millares de pesos más que si hubieran aplicado sus esfuerzos a sembrar trigo.

Bliss desarrolla este cálculo según el cual once hombres bastaban para atender una estancia de ganado, y señala que producían tres veces más que si emplearan sus esfuerzos en la agricultura, con la ventaja adicional que se trataba de un trabajo libre, en general de a caballo, que forjó las características del habitante de las campañas (Bliss, Virreynato, 54). En esa relación económica y no en una «confabulación» de los ganaderos se basa buena parte de la historia argentina. Medios de vida fácilmente explotables y lucrativamente comercializados con el extranjero, con escaso trabajo productivo por parte de los habitantes, eran los hilos con que se tejía la vida de Buenos Aires a fines del Siglo XVIII.

La ganadería, columna vertebral de la economía rioplatense, no era tanto una ocupación de los habitantes, en el sentido de trabajo productivo, como un medio de subsistencia que estaba al alcance de la mano. Esta distinción fue hecha ya por Sarmiento en su Facundo (obra tan rica en sagaces observaciones de este género como errónea en su tesis general). Marx indicó que el suelo más fructífero no es el más adecuado para el desarrollo del sistema capitalista industrial. «Este régimen presupone el dominio del hombre sobre la naturaleza. Una naturaleza demasiado pródiga lleva al hombre de la mano como a niño en andaderas. No lo obliga, por imposición natural, a desenvolver sus facultades». Y citaba Marx palabras de un economista inglés que vienen muy a propósito cuando se estudia el desarrollo de la rica zona rioplatense y su contraste con el Norte de Estados Unidos: «Como la riqueza natural es la más grata y beneficiosa, hace al pueblo negligente, orgulloso y expuesto a todos los libertinajes; en cambio, la segunda (la naturaleza hostil) impone el celo, la ciencia, la pericia, la sabiduría de los Estados ... Ni puedo imaginarme tampoco que haya peor maldición para un pueblo que vivir sobre una zona de tierra en la que la producción de medios de subsistencia y de alimentos se realice en gran parte de un modo espontáneo y el clima exija o admita pocos cuidados en lo tocante a clima y techo. Claro está que también puede darse el extremo contrario. Un suelo que no de fruto por mucho que se lo trabaje es tan malo como el que da, sin trabajar, productos abundantes» (Marx, Capital, 1, 23).

Con una visión que deberían envidiar muchos «marxistas» de este siglo, Alberdi decía que: «La América que da frutos sin trabajo y sin cultivo, será poblada por ociosos y por esclavos, explotada por otros ociosos usurpadores. . . Dichosos los pueblos que tienen por morada un suelo pobre; ellos serán como la Prusia, como la

Holanda, como la vieja Inglaterra en Europa y la nueva pobre produce al hombre rico» (Alberdi, Obras, VIII, 198).

Resulta demasiado cómodo ser liberal a costa de España y atribuirle a su colonización, supuestamente «feudal» (Sebrelli, Historia, 13) el atraso posterior de América Latina. En realidad se impone la conclusión de que el medio geográfico —en el amplio sentido de las disponibilidades de medios de vida, de medios de trabajo y mano de obra— es la causa principal del fabuloso progreso del Norte de Estados Unidos, así como del atraso del Sur de ese país, de América Latina en general y del Río de la Plata en particular. La Pampa alumbró una civilización del cuero —que luego lo fue de la carne— tan próspera pese a su carácter atrasado que hasta obnubiló la conciencia de que se trataba de un país atrasado, haciendo concebir la ilusión retrógrada de que con vacas podía construirse una gran nación moderna. «Antes —escribía José Hernández tan tarde como en 1874— no se admitía la idea de un pueblo civilizado, sino cuando había recorrido los tres grandes períodos del pastor, agricultor y fabril. En nuestra época, un país cuya riqueza tenga por base la ganadería, como la provincia de Buenos Aires y las demás del litoral argentino, puede, no obstante, ser tan respetable y, civilizado como el que es rico por la perfección de sus fábricas» (Prólogo al Martín Fierro). Sin embargo, esa era precisamente la herencia que dejó la colonización española en el Río de la Plata: «vacas, vacas, vacas», como decía Sarmiento; aprovechamiento pasivo de lo que la naturaleza brindaba. Es decir, herencia de atraso y de sumisión al comprador extranjero de lo que se sacaba de las vacas. Pero no hay en esto ni un solo gramo de «feudalismo». Se trata de un capitalismo colonial, orientado hacia el mercado exterior y desinteresado del mercado interno, es decir, del conjunto de la nación.

### CAPITULO III: LA INDEPENDENCIA

#### Los Movimientos de la Independencia buscaban el disfrute del Estado Propio

El poder real —el económico— de la sociedad colonial se hallaba en manos de las oligarquías terratenientes y comerciales hispano criollas. La jerarquía burocrática de virreyes, gobernadores, capitanes generales, etc., tenía la misión de proteger los intereses de España (es decir, de la Corona y el comercio de Cádiz), pero en la realidad de la colonia debía forzosamente oscilar entre esos intereses y los de las clases dominantes de la colonia; más de una vez debía aceptar sus exigencias en contraposición de los intereses de la metrópoli. Esa burocracia importada fue el único grupo social dominante en la colonia a quien la Independencia vino a liquidar.

El movimiento que independizó a las colonias latinoamericanas no traía consigo un nuevo régimen de producción ni modificó la estructura de clases de la sociedad colonial. Las clases dominantes continuaron siendo los terratenientes y comerciantes hispano-criollos, igual que en la colonia. Sólo que la alta burocracia enviada de España por la Corona fue expropiada de su control sobre el Estado. La llamada «revolución»

tuvo pues, desde luego, un carácter esencialmente político. Lo que Mariátegui observó en Perú vale para toda América Latina: «La revolución no representó el advenimiento de una nueva clase dirigente, no correspondió a una transformación de la estructura económica y social y fue, por lo tanto, un hecho político» (Siete, 36 y 40). Lo mismo decía Alberdi: «Nuestra revolución ha sido política, ha cambiado el gobierno, no la sociedad, que nada tenía que cambiar para ser lo que hoy es. La prueba es que conservamos los mismos códigos civiles y coloniales» (Póstumos, V, 63).

Las clases dominantes de la colonia y los grupos flotantes que no encontraban ocupación lucrativa dentro de la estrecha estructura colonial (¡los abogados!) necesitaban contar con un Estado propio, directamente manejado por ellos, que les ofreciera ocupación. La forma de este Estado —monarquía o república— no les preocupaba demasiado, ni tampoco su relación con España, siempre que esta concediera suficiente autonomía a sus colonias y no insistiera en manejarlas exportando virreyes. Por eso durante mucho tiempo los gobiernos revolucionarios siguieron jurando fidelidad a la corona de España. Fue la dinámica de la lucha contra los agentes de la monarquía española, empeñados en retornar al estado anterior a 1810, la que condujo a la proclamación de la independencia.

La colonia significaba «la nación gobernada por otro país y para otro país» (Alberdi, Póstumos, V, 57). O sea, teniendo en cuenta ante todo los intereses de la Corona y del comercio de las ciudades privilegiadas. «El poder imperial español tuvo siempre una actitud de desconfianza hacia el surgimiento de grupos sociales privilegiados muy poderosos en América» (Bagú, Estructura, 73). Por eso, más de una vez las antiguas oligarquías coloniales chocaban con los representantes de la Corona (idem, 137).

Los levantamientos y cruentas guerras civiles que siguen, en varias colonias, a las aplicaciones de las Leyes Novas —siglo XVI— «son el testimonio inequívoco de la existencia de oligarquías locales poderosas cuyos intereses económicos los llevan a exigir la más extrema autonomía política» (idem, 138). La vida colonial estuvo repleta de conflictos entre las oligarquías locales y la Corona y fue cualquier cosa menos una «siesta» (Sierra, Ideas, 135).

La lucha de la independencia se llevó contra los funcionarios y militares españoles. Por eso el objetivo y contenido de la revolución fue puramente político, sin afectar la estructura de clases. «Dentro del país no había lucha de clases en cuanto al objeto de la revolución» (Alberdi, Póstumos, V, 51).

Todas las clases dominantes de la colonia —criollos o españolas— deseaban prescindir de la tutoría de Virreyes y demás agentes de la Corona y tomar en sus manos el aparato estatal para realizar sus propios fines. Para algunos sectores —los comerciantes y ganaderos de Buenos Aires son el caso típico— se trataba de establecer así el trato directo con Europa sin la molesta interposición de la corona española; para otros, como los abogados, frailes y militares, cuya oficialidad se reclutaba siempre

entre gente de «distinción y honra» (Coni, Gaucho, 112), se trataba de encontrar ocupación lucrativa en un Estado propio no manejado desde Madrid; para otros sectores, como las oligarquías del interior argentino, ese era el modo de escapar al centralismo virreynal que los perjudicaba en beneficio de otras regiones. Las fuerzas más heterogéneas coincidían, por las más contradictorias razones, en el deseo de liberarse de la directa dependencia de la Corona española. Sólo los funcionarios reales se oponían. La heterogeneidad del frente antivirreinalista, y el contradictorio sentido de los intereses que los movían, queda indicado por multitud de hechos. El levantamiento altoperoano de Chuquisaca de mayo de 1809 —cuyo propósito no era obtener el libre comercio con Inglaterra puesto que las mercaderías inglesas introducidas por Buenos Aires liquidaban la producción local de géneros y otros artículos— tiene igual objetivo que el movimiento de Mayo de 1810 en Buenos Aires, que entre otras cosas buscaba un intercambio más libre con Inglaterra, sin interferencias virreynales. Por otra parte, Martín de Alzaga —español y leal al rey— maniobraba para obtener la autonomía política y administrativa del Río de la Plata y era sometido a proceso. En las actas del proceso consta que, según Alzaga, «España sabía bien que América no necesitaba de ella para nada» (Guiñazú, Epifanía, 57). Y en 1809 Alzaga encabezaba un movimiento contra el Virrey, y con él colaboraba Mariano Moreno, que en esta ocasión hizo su primera intervención pública en política. Sin embargo Moreno tenía posición tomada en favor de un libre intercambio con Inglaterra, que Alzaga no estimaba demasiado. El objetivo de Alzaga era «formar otra España americana en la que ellos continuarían mandando y dominando» (Saavedra, citado por Gandía, Revisión, 52).

Los acontecimientos producidos en Buenos Aires durante el gobierno inglés del general Beresford demostraron que las clases dominantes bonaerenses no tenían demasiado desagrado por aceptar un protectorado inglés que las independizase de España garantizándoles autonomía política. Fue sólo cuando Beresford indicó claramente que lo único que podía otorgar era el status de colonia inglesa en cambio del de colonia española, cuando el celo patriota consideró oportuno expulsar al intruso británico.

La crisis de la monarquía española ocasionada por la invasión napoleónica hizo «madurar las brevas», según la expresión de Cornelio Saavedra, para el replanteo de las relaciones entre las colonias y España. El estado colonial, que asentaba su base en las clases dominantes de la colonia, pero era manejado desde las cúspides por hilos no demasiado fuertes convergentes en Madrid, y oscilaba entre estos dos polos, pasó de lleno a manos de las oligarquías coloniales, mucho más fuertes que la lejana, derrotada y cautiva monarquía española. Para deleite de infinitas generaciones escolares los historiadores oficiales de la oligarquía argentina han creado la fábula de la «revolución» del 25 de mayo y del arrojado «partido patriota» que desencadenó ese movimiento «por la independencia», fábula ésta sólo apta para estudiantes precoces. Pero no hubo en realidad «revolución» ni su objetivo fue «la independencia».

”¿Revolución? ¿Revolución contra quién? ¿Contra el Rey? Estaba prisionero y cautivo. ¿Contra las Juntas Españolas que lo representaban? Ellas mismas habían

invitado a Sudamérica a crear Juntas de su especie. ¿Contra la ley? La ley misma autorizaba esas juntas ¿Contra los virreyes y los representantes del rey? Ellos mismos renunciaban a su poder y convidaban al pueblo a crear Juntas Gubernativas ¿Contra los Cabildos? Los Cabildos mismos nombraban las Juntas...» (Alberdi, Póstumos, IV, 64).

En Buenos Aires fue el virrey Cisneros quien convocó a las clases dominantes a decidir el gobierno futuro, de modo que él fue el autor del movimiento de mayo (Gandía, Revisión, 40). Bien entendido, con el propósito de continuar con el Estado en sus manos. Pero los comerciantes y estancieros fueron más potentes que la burocracia virreinal y la desbancaron. ¿Para obtener la independencia? No hay prueba de ello. En un principio las clases dominantes del Río de la Plata no sentían ninguna necesidad de romper con Fernando VII. Hace muchos años Alberdi citó el testimonio de Rosas —retomado más recientemente por Gandía— en el sentido de que el movimiento de Mayo no se hizo para sublevarse contra el rey sino para ejercer el poder en su nombre (Alberdi, Póstumos, IV, 64 y Gandía, Revisión, 246). Bolívar se había quejado de que en la colonia a las clases dominantes «ni aun el ser instrumento de la opresión se nos ha concedido. Estábamos ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del Estado» (Guiñazú, Epifanía, 66). El objetivo inmediato de los movimientos como el de Mayo en Buenos Aires fue subsanar esa anomalía, sin plantearse por el momento la separación de España. Por eso los «patriotas» juraban por Fernando VII. Suponer, de acuerdo a la versión escolar, que lo hacían para ganar tiempo y dividir el frente enemigo, es una niñería pseudo-maquaviélica buena solamente para argumento de película «histórica» made in Hollywood. El objetivo inmediato no era romper con la corona sino liquidar lo que Moreno llamaba «esos mandones de alto rango» que «proclaman diariamente al rey Fernando; pero en este respetable nombre no buscan sino un vínculo que nos ligue a la Metrópoli en cuanto sea un centro de las relaciones y una fuente del poder que ejercen entre nosotros» (Sierra, Ideas, 213). Los únicos que desde el primer momento estuvieron convencidos de que lo que se buscaba era la independencia fueron los burócratas españoles desplazados del Estado, quienes de inmediato pusieron el grito en el cielo y extremaron las cosas para lograr el apoyo de la metrópoli y recuperar sus puestos afirmando que los nuevos gobiernos buscaban «una absoluta independencia de estas Américas» (Carta de Cisneros en Vedia y Mitre, Unidad, 47). Pero en realidad fue la violenta resistencia opuesta por la burocracia y los militares dependientes de Madrid lo que acentuó la lucha hasta el punto en que sólo podía terminarse por la independencia. Con su lucidez acostumbrada, Alberdi lo vio así. Los nuevos gobiernos americanos «posesionados del poder por la interdicción del rey, empezaron por ejercerlo en nombre del Rey y acabaron por ejercerlo en nombre del pueblo americano» (Póstumos, IV, 65).

En diciembre de 1812 el vizconde Strangford comunicaba a la cancillería inglesa que le preocupaba observar en esos momentos «el primer indicio de una confesada determinación por parte de Buenos Aires de declararse completamente independiente de su vinculación europea. El fracaso de la mediación propuesta ha llevado al Gobierno



de La Plata a creer que no hay esperanza alguna de inducir a España a convenir un arreglo justo y amistoso; una especie de desesperación parecería haberse apoderado de las personas que tienen a su cargo la autoridad suprema, y temo que consideran que la única posibilidad para su seguridad personal consiste en comprometer a la nación, junto con ellos mismos, en el mayor grado posible» (Webster, 121). Y en junio de 1814 el mismo Strangford escribía: «Tengo el honor de acompañar copia de una carta que he recibido del Gobierno de Buenos Aires anunciando la ruptura de la reciente negociación en las Provincias del Plata a consecuencia del carácter intratable del General Vigodet y de su obstinado rechazo de cualquier propuesta tendiente a una conciliación. Vd. no dejará de notar la profunda desesperación que trasluce la adjunta carta, sólo mitigada por la esperanza de que pueda inducirse a Gran Bretaña a interponer sus buenos oficios a fin de proteger a los habitantes del Plata contra la venganza de España. Han agotado prácticamente todos los medios de sumisión, pero es en toda forma evidente que las autoridades españolas legítimas prosiguen la contienda, no con el propósito de retrotraer a su fidelidad a las provincias rebeldes, sino para permitir que España les inflija un castigo espantoso y ejemplar» (Webster, 131).

Todavía en julio de 1814 la independencia no era cosa decidida y Strangford podía recomendar al gobierno porteño «que aproveche la situación creada por la restauración del Rey de España para enviar a ese monarca diputados encargados de poner a sus plantas la expresión inequívoca de su deseo de retornar a su fidelidad». Y su recomendación tuvo eco en Buenos Aires, ya que en noviembre informaba que «el Gobierno de Bs. As. ha aceptado la recomendación contenida en mi carta del 15 de Julio y en consecuencia han designado Diputados para que se dirijan a España a fin de comunicar directamente a Su Majestad Católica en persona los sentimientos de sus súbditos transatlánticos y sus deseos de unirse a la monarquía española en condiciones justas y honorables. Los diputados designados para esta importante misión son D. Manuel Belgrano y D. Pedro Medrano» (Webster, 132 y 133). Y agregaba: «Abrigo el deseo de que el Gobierno español no deje escapar esta oportunidad, quizás la última, de restablecer un entendimiento amistoso entre España y sus colonias».

Pero la Corona y los intereses privilegiados del comercio de Cádiz no querían transacción de ninguna clase. Y la burocracia y el aparato militar español subsistente en América expresaban cumplidamente esa intransigencia con una poética feroz de represión contra los rebeldes. «Parecería —escribía San Martín en 1817— que los españoles estuvieran empeñados en convertirlas (las tierras de América) en un desierto, tal es el carácter de la guerra que hacen. Ni edades ni sexos escapan a la espada y al patíbulo. Han reducido a cenizas un sinnúmero de lugares. En resumen, hablando sin prejuicios, parecen ser bestias, más que seres dotados de razón. Puedo probar esta acusación por la conducta del mismo Capitán General Español que desempeñó el comando supremo en esta provincia (Chile). Días antes de mi entrada, formuló en los periódicos locales amenazas de darme muerte, no en la forma propia de los militares, sino en la horca, como si fuera un salteador de caminos» (Webster, 768). No es de extrañar, entonces, que San Martín y el ejército fueran de los más decididos exponentes de la independencia absoluta. En estas condiciones, el arreglo era imposible

y la Independencia inevitable, cualquiera hubiera sido la intención inicial de los revolucionarios americanos.

Desde luego, los custodios de la historia oficial consideran que esta interpretación del movimiento de Mayo es «la más aviesa a que puede someterse el mismo» y resulta «inevitadamente desmedrada del gran anhelo emancipador» (La Nación, mayo 5, 1957). Es, efectivamente, tan aviesa y desmedrada para las leyendas escolares como puede serlo un alfilerazo para un globo, pero no es nuestra la culpa de que la historia oficial sea un gigantesco globo.

## La Independencia no fue (no Quiso ser) una Revolución Democrático-burguesa

Se ha afirmado que la revolución de Mayo fue un movimiento democrático-burgués «porque puso los cimientos de la soberanía popular y porque se inspiró en las ideas, los intereses y las perspectivas de desarrollo de la burguesía» (Puiggrós, Moreno, 184). Variantes del mismo tema son las afirmaciones de que Mayo fue «parte integrante del ciclo mundial de la revolución democrático-burguesa» (Puiggrós, Los Caudillos, I) o de que fue «expresión de la lucha simultánea por la revolución burguesa tanto en España como en América» (Rivera, 20). Mariátegui, a quién pertenece la prioridad en el planteo de esta interpretación, afirmaba que «en Sudamérica existía ya una burguesía que, a causa de sus necesidades e intereses económicos, podía y debía contagiarse del humor revolucionario de la burguesía europea» (Siete, 15).

Por cierto que esa interpretación no es más que la traducción y reestructuración en términos marxistas de la tradicional novela de la historia oficial. Indudablemente, la independencia de América Latina facilitó su plena incorporación al mercado mundial y su subordinación sin intermediarios al capitalismo inglés. En las condiciones del siglo XIX la dependencia de América Latina, y particularmente del Río de la Plata, con respecto a España, era un absurdo económico que no podía durar (Roberts, 2). La baratura de las mercancías inglesas tenía que hacer sentir sus efectos en todos los confines de América, sin la molesta barrera intermedia de España. Por eso, como lo señaló Alberdi, «la independencia americana es el resultado natural e inevitable de las necesidades económicas, de los intereses generales de la civilización de ambos mundos» (Póstumos, V, 74).

Ahora, esas necesidades económicas son evidentemente las necesidades económicas de la burguesía y los productores capitalistas de ambos mundos, como decía Alberdi. Por otra parte, sin la revolución burguesa que hizo el poderío capitalista de Inglaterra y Francia, el rey de España no hubiese caído prisionero en 1809 dejando así «maduras las brevas» para la independencia de América. Por ello la independencia de América «es un detalle de la revolución de España como ésta es un detalle de la revolución francesa y europea» (Alberdi, Póstumos, V, 72), en un doble sentido.

Porque fue decidida por las necesidades del desarrollo de la sociedad capitalista europea, creada por las revoluciones democrático-burguesas de Inglaterra y Francia, y porque fue el avance de la revolución democrático-burguesa de Francia sobre España lo que permitió la eclosión de la independencia americana. «Europa, o por mejor decir, Francia, dejando a España y a América del Sur sin Rey, en 1810, dejó a América del Sur dueña de sí misma... Si había en esto un cambio, si esto era una revolución, esa revolución era obra de Europa, no de América, que era agente pasivo de esa novedad. Es verdad que ese cambio empezando europeo se volvió americano» (Alberdi, Póstumos, IV, 65).

Tal es la vinculación —por cierto indirecta— que tuvo la llamada revolución de la independencia latinoamericana con el ciclo de la revolución democrático-burguesa, dentro del cual América era agente pasivo, como lo señaló Alberdi. Pero de allí no se desprende en modo alguno que el movimiento de la Independencia haya sido una revolución democrático-burguesa. Del mismo modo que del hecho de que la revolución socialista rusa produjese la independencia de Polonia en 1917, no se desprende que haya sido socialista el movimiento polaco que logró la independencia. Los supuestos fundamentos del carácter demoburgués de la llamada Revolución de Mayo ilustran perfectamente que no se trataba de una revolución democrático-burguesa.

«Puso los cimientos de la soberanía popular», se afirma. Pero la única soberanía que trajo la Independencia fue la de las oligarquías locales sin el estorbo de la Corona española. En cuanto a la soberanía popular en el sentido democrático-burgués de un gobierno elegido por el pueblo, pasaría por lo menos un siglo antes de que tuviera un mínimo de aplicación. Ya veremos un poco más abajo que los revolucionarios no eran ni siquiera republicanos convencidos y fueron las circunstancias más que sus deseos lo que les impidió coronar alguna cabeza hueca en disponibilidad. Ni como elogio ni como reproche puede decirse de los políticos de la Independencia que hayan pensado facilitar o tolerar el acceso al gobierno de las grandes masas explotadas. Españoles y criollos —confiesa Mitre— coincidían en impedir que el populiacho «tomase en la gestión de los negocios públicos una participación directa y activa» (Franco: Caseros, 37). De modo que la soberanía popular, uno de los cimientos de la poco sólida construcción que quiere hacer de Mayo una revolución democrático-burguesa, se derrumba por ausencia de un solo hecho que lo sustente.

En cuanto a que la independencia «se inspiró en las ideas, los intereses y las perspectivas de desarrollo de la burguesía», hay que preguntarse ante todo ¿de qué burguesía? De la inglesa, no hay lugar a dudas. De la burguesía comercial de las regiones portuarias de América, también. Pero también en interés de los terratenientes, mineros y demás productores para el mercado mundial, y también en interés de oligarquías quietistas y aristocratizantes como las del norte y noroeste de la Argentina, Alto Perú, etc. Si todos estos intereses se contagiaron del humor de la burguesía revolucionaria europea, el contagio quedó puramente en cuestión de humor, o a lo sumo se agregó la adopción de alguna táctica política, como en la actualidad cualquier movimiento político combatiente se asimila el sistema de organización celular originalmente introducido por los bolcheviques rusos. Pero, los intereses de esas

clases —burguesas y no burguesas— en los cuales indudablemente se inspiró la independencia, ¿tenían algo que ver con una revolución democrático-burguesa? La revolución burguesa —como toda revolución social— significa la expropiación de antiguas clases dominantes, la modificación en las relaciones de propiedad, el ascenso de nuevas clases al poder. Nadie en América Latina tenía interés en introducir estos cambios, y menos que nadie la burguesía comercial, y por supuesto nada de esto significó la independencia. La revolución democrático-burguesa no puede darse sin la presencia de una clase burguesa con intereses nacionales: es decir, basada en la existencia de un mercado interno nacional —no puramente local—, una clase que tenga urgencia por aplicar sus capitales a la industria. Pero tal clase no existía en América Latina en los tiempos de la independencia. Hay burguesía, pero es casi exclusivamente comercial e intermediaria en el comercio extranjero, o sea, eminentemente portuaria y antinacional. Y los productores para el mercado interno son artesanos u oligarquías interiores para quienes el desarrollo capitalista es una amenaza mortal, no una esperanza y menos un programa revolucionario a apoyar. En cuanto a la clase productora más importante de la colonia —estancieros en la Argentina, y en general, en toda América Latina, productores para el mercado mundial—, son a no dudarlos capitalistas, sus intereses son capitalistas, pero de un capitalismo colonial que, como el capitalismo esclavista, es enemigo del desarrollo industrial y —aunque por razones diametralmente opuestas— tan enemigo de la revolución democrático-burguesa como el más feudal noble de la Edad Media. Una revolución democrático-burguesa hecha por latifundistas y comerciantes enemigos de toda industria nacional, es un absurdo tan redondo como un triángulo de cuatro ángulos. En semejante disparate viene a parar la historiografía supuestamente marxista que en vez de aplicar el criterio del Manifiesto Comunista —es decir, los intereses de clase como fuerzas motrices de la historia— al estudio de la sociedad colonial, pretende encajar ésta en los marcos de una interpretación del desarrollo democrático-burgués en Inglaterra y Francia que sólo tiene con el nuestro analogías de superficie y profundas diferencias de fondo.

En algunos, como Mariátegui, esto es producto de un intento de pionero, honesto, pero rudimentario, de interpretar la historia latinoamericana con criterio marxista. En otros, como Puiggrós, es el resultado conscientemente buscado de la pesquisa de un pasado feudal y los correspondientes elementos democráticos progresistas capaces de justificar desde el pasado los distintos frentes democráticos indicados en el presente por los proteicos intereses de Moscú. Pero en todo caso el resultado es confusión y desorientación. Por otra parte, la afirmación de que la revolución era democrático-burguesa «porque se inspiró en los intereses del desarrollo de la burguesía» (Puiggrós) pone en evidencia un esquema según el cual intereses burgueses significan revolución democrático-burguesa; espejismo que tiene su fundamento en la creencia de que el capitalismo es forzosamente democrático e industrial. La burguesía es revolucionaria sólo cuando puede aportar un nuevo régimen de producción. Pero, ¿qué novedad podían aportar en este sentido las burguesías latinoamericanas en general y la burguesía comercial porteña en particular? Su interés más claro era el comercio libre con todo el mundo y en especial con Inglaterra, lo que significaba ahogar cualquier desarrollo autónomo industrial, que es la esencia de la

revolución democrático-burguesa (la falta de comercio libre, por su parte, no permitía tampoco el desarrollo autónomo sino el estancamiento autónomo). Las burguesías que primero lograron estructurar enteramente a su semejanza dos poderosas naciones — Inglaterra y Francia— trazaron con métodos propios un camino en la historia universal que todos los países habrían de recorrer, pero con ritmos muy distintos e impulsados por fuerzas muy distintas combinadas en distinta forma. Sobre las vías del progreso hacia la producción de mercancías en escala creciente pasaron las burguesías francesa e inglesa remolcando a sus respectivas naciones como potentes locomotoras. Muy atrás pasan vehículos de diferente tipo tirados por tracciones muy distintas a la locomotora, y a veces arrastrados por vehículos mayores, carentes ellos mismos de autonomía. Sería un error fatal confundir un carrito mal tirado por una mula o un acoplado arrastrado por un tren con la poderosa locomotora del comienzo por el hecho de que todos vayan sobre la misma vía. Cuando se pasa de la ley de tendencia general al estudio de los casos particulares, hay que poner cuidado especialísimo en no tomar el esquema por realidad y obtener gato en vez de liebre.

Así, por ejemplo, el Manifiesto Comunista señala con entera corrección que el prodigioso desarrollo de los medios de transporte que se inicia en el siglo XIX fue obra de la burguesía. El aserto es irrefutable. Pero no se trata de una abstracta burguesía universal sino concretamente de la burguesía inglesa. Deducir de esa apreciación general que todas las burguesías del mundo han sido propulsoras o han tenido interés en estimular el desarrollo de los medios de transporte, sería un soberano error. En Rusia, por ejemplo, la burguesía se opuso iracundamente a la introducción y desarrollo del ferrocarril, porque éste permitía el ingreso barato al país de baratas mercancías extranjeras que la arruinaban. En cambio fueron los archirreaccionarios terratenientes rusos quienes propiciaron los ferrocarriles, porque les facilitaban la colocación en el mercado mundial de sus abultadas cosechas de cereal.

En algunos lugares los intereses de clase de la burguesía la impulsaban a realizar una revolución democrático-burguesa. En otros, sus intereses la inclinaban a la perpetuación del orden económico y social existente, tal fue el caso en América Latina y en la Argentina. Entre otros, los intereses inspiradores de la independencia eran los de la burguesía comercial. Pero no por eso la independencia fue una revolución democrático-burguesa, ya que la burguesía comercial no tenía ningún motivo para buscar una transformación democrático-burguesa que en la colonia carecía por completo de bases materiales.

### El Mito de la Participación Popular en la Emancipación

La teoría de que el movimiento de la independencia fue una revolución democrático-burguesa necesita atribuirle a las acciones políticas que produjeron la independencia un contenido democrático y popular ya que es imposible una revolución

democrático-burguesa hecha en contra o a espaldas de las grandes masas. «La población en masa se dejó arrebatar por la corriente renovadora», «soldados y civiles de extracción plebeya», la «canalla» colonial eternamente excluida de la vida política, rompieron la clausura del Cabildo y obligaron a firmar el acta de nacimiento del gobierno propio» (Puiggrós, Moreno, 183, 214). Tales son algunas de las fantasías populistas en torno al movimiento de la independencia. Pero las hay peores todavía. «La revolución de Mayo desencadenó un vasto y profundo movimiento de masas en las campañas y las masas se levantaron. La presión de este movimiento de masas reclamaba una serie de reivindicaciones de carácter democrático, como ser: reparto de tierras...» (Puiggrós, Los caudillos, X). Esto demuestra que el lenguaje marxista, empleado sin escrúpulos por la verdad, puede servir para construir las más fantásticas novelorías y presentarlas como historia. Las únicas masas existentes en la campaña eran los gauchos, ya que los agricultores no pasaban de una exigua minoría. Pero afirmar que los gauchos exigían el reparto de la tierra es algo tan descabellado que hay que leerlo varias veces para convencerse de que efectivamente eso y no otra cosa es lo que está sobre el papel. Porque si había algo que a las masas de la campaña —es decir, al gaucho— no le interesaba para nada era la tierra (\*).

«El gaucho argentino no necesitaba de semejante título (de propiedad) para tener tierra ni para satisfacer sus necesidades, y en un estado semejante, era natural que no le fuera fácil concebir que los demás hombres tuviesen razón y justicia para privarle de la facultad de ocupar el desierto como cosa suya, o para poner un rancho dónde le conviniera ... El gaucho argentino vivía absoluto e independiente, con un individualismo propio y libre ... Munido del lazo podía echar mano del primer potro que le ofreciera mejores condiciones para su servicio; escogía por propio derecho la vaca más gorda para mantenerse, y si necesitaba algún dinero para procurarse los objetos comerciales que apetecía, derribaba cuántos toros quería, les sacaba los cueros y los iba a vender en las aldeas de la costa. La ley civil, la regla política, no privaban sobre él» (Lopez, Historia, III, 104).

El gaucho reclamaba la libre apropiación de la carne, tal cual existía en los primeros siglos de la colonia, antes de que la carne se valorizase y fuera celosamente guardada por estancieros y saladeristas. Pero tierra, ¿para qué quería tierra el gaucho? ¿Acaso para trabajarla? Si alguien le hubiera propuesto a una montonera gaucha repartirles tierras para que las cultivasen hubieran sido acribillados antes de terminar la oferta porque lo que más despreciaba el gaucho era abandonar su caballo para inclinarse a arañar la tierra. «En la región pastoril y pampeana el trabajo que no era «de a caballo era enérgicamente resistido; el gaucho, y aun el paisano porteño se consideraban deshonrados si trabajaban de a pie» (Coni, Gaucho, 358).

Toda la idealización populista y democrática de los movimientos por la independencia tienen exactamente la misma falta de seriedad que esta fantasía acerca de los gauchos que piden el reparto de tierras...

Los mismos teóricos de la supuesta movilización popular desmienten sus fantasías populistas cuando pisan en la realidad y se atienen a los hechos. El pueblo que supuestamente se habría movilizado «resultaba poco menos que una abstracción en las condiciones económico-sociales de la época» y era imposible «una insurrección general» contra los virreyes, dado «el bajo nivel del pueblo» (Puiggrós, Moreno, 236 y 109). En realidad la sociedad colonial presentaba más que suficientes conflictos entre las masas trabajadoras y las oligarquías dominantes como para producir un sordo conflicto que estallaba a veces en vastos movimientos de masas. Así ocurrió antes, durante y después de las luchas por la independencia. Pero en ningún momento esos movimientos fueron parte del proceso de la independencia; de ningún modo fueron el respaldo popular incontrolado de la alta política de las oligarquías criollas en su lucha contra España, al menos del modo en que las masas trabajadoras de los suburbios parisinos fueron el respaldo de la burguesía y la pequeña burguesía en su lucha contra la nobleza. Los movimientos de masas producidos durante las luchas por la independencia constituían un movimiento aparte de la independencia, y no se dirigía única ni principalmente contra España sino contra las clases dominantes de la Colonia. Ambos movimientos coexistieron, se superpusieron, se contradijeron las más de las veces. Pero en ningún caso uno —el movimiento de las masas explotadas fue el respaldo del otro— la lucha de las clases dominantes coloniales contra la Corona española.

«En la extensa serie de movimientos que integran el proceso de la independencia de las colonias hispanolusas se encuentran —más nítidos allá o apenas manifiestos acá— dos conflictos que coexisten y se entrelazan. Por una parte, el choque entre el poder imperial y los grupos sociales nativos que buscan la independencia política y que están formados por propietarios o clase media de blancos, mestizos y mulatos. Por otro, el choque entre los propietarios y los indios y negros (y mestizos como el gaucho, habría que agregar) sometidos, para quienes el primer paso en el camino de su liberación es rebelarse contra su señor, que a menudo pertenece a aquellos grupos. El doble conflicto surge en todas partes —y a veces simultáneamente— con la consecuencia incomprensible para nuestros historiadores liberales del siglo XIX, de que hubiera gran parte de la población indígena y negra (y gaucha, agreguemos otra vez), en algunos lugares, que tuvieran más simpatía por el poder imperial que por las juntas de revolucionarios, integradas por propietarios. A la inversa, ocurre también que estos últimos, en vísperas revolucionarias, hayan preferido abandonar su programa emancipador y apoyar al régimen colonial en presencia de una rebelión de esclavos, que hizo temblar su ánimo de poseedores. Esto se vio en Cuba, en 1812, cuando estalló la conspiración de Aponte. Y en Venezuela, la oligarquía de plantadores y capitalistas, que tan pronta estaba siempre a ponerse en rebelión contra el poder imperial, condenó muchos levantamientos de colorido social, como el de Gual y España, en 1797, "infame y detestable" porque aspiraba a destruir la «jerarquía de las clases.» (Bagú, Estructura, 141).

Por ello es totalmente falso afirmar que «las clases más oprimidas del pueblo anhelaban ardientemente la emancipación del yugo español» (Puiggrós, Caudillos,

240). En realidad, como lo observó Alberdi, «era constante que los indígenas apoyaban más bien a las autoridades españolas» (Postumos, IV, 54). Los emisarios porteños no tenían inconveniente en propagar la emancipación del indio en el Alto Perú, porque total en Buenos Aires no existían encomiendas y para nada necesitaban los estancieros o comerciantes del trabajo indígena. Pero la situación de la oligarquía altopereana era muy distinta, y por eso, «lo que llevó al colmo el encono de los peruanos contra Castelli fue la emancipación de los indios proclamada por el 25 de mayo de 1811, en las proximidades del lago Titicaca» (Lafont, Historia). En el Río de la Plata el Secretario principal del Gobierno de Buenos Aires le explicaba al embajador Strangford, en ocasión de pedirle que Inglaterra indujese a España a un arreglo con sus colonias, que «cualquier gobierno es mejor que la anarquía, y hasta el más opresor ofrecerá más esperanzas de prosperidad que la voluntad incontrolada del populacho» (Webster, 138).

La Asamblea del año 13 abolió la esclavitud. Todos los escolares lo saben. Pero ¿hubo allí «presión de las masas»? ¿Se trata del «ideario democrático de Mayo» puesto en acción? Si así fuera, habría que explicar porqué la presión de las masas sólo obtuvo resultados tangibles en este punto, y porqué el mentado ideario democrático sólo aquí se trasuntó en hechos. Mucho más probable era que se trataba de una maniobra «demagógica» para obtener la simpatía de Inglaterra, tan ansiosamente buscada por los gobiernos porteños. Y si éste fue el objetivo, seguro que dio en el blanco, porque en 1814 Strangford le comunicaba a su gobierno que «por lo menos en un aspecto el gobierno de Buenos Aires parece tener un derecho justo y sólido a nuestra protección y buenos oficios, y que el noble ejemplo que ha ofrecido a estos países por la abolición de la esclavitud de los negros en las Provincias bajo su autoridad parece hacerlo acreedor al favor y simpatía de la nación cuyos principios al respecto ha proclamado y cuyas prácticas ha adoptado» (Webster, 134). Y que Inglaterra le daba importancia al problema se deduce de las instrucciones de Canning a un enviado a México, quien entre las cosas de capital importancia que debía averiguar para que el gobierno británico se pronunciara acerca del reconocimiento del gobierno mexicano figuraba: «Ha abjurado del tráfico de esclavos y lo ha abolido» (ídem. I, 601).

Todo parece indicar que, como el temprano espíritu de tolerancia religiosa, la abolición de la esclavitud fue un subproducto del libre comercio con Inglaterra y de la creciente influencia de aquella nación en los asuntos del Plata.

«La revolución de Mayo no fue un alzamiento general de las poblaciones del Virreynato contra el rey, sino el resultado de una conjuración limitada, que al principio sólo reflejó los deseos de los hacendados de Buenos Aires y los de un corto número de personas a quienes hería la forma arbitraria de distribuir los cargos públicos, la intolerancia religiosa y política y el sistema comercial mantenido por España en el Río de la Plata» (Alvarez, 31). «La revolución de Mayo fue obra de cabildantes, es decir, de los hombres de pro, de los dueños de las vacas y las luces. No podía ser de otro modo. El pueblo del que hablan las crónicas fueron en la ocasión unos cuantos corveidiles traídos por French y Beruti para dar color local a la cosa» (Franco, Paz,

13). «Tanto los patriotas que encabezaban el movimiento revolucionario como los españoles... pertenecían a lo que podía llamarse la parte aristocrática de la sociedad. Las tendencias de ambas fracciones eran esencialmente conservadoras en cuanto a la subsistencia del orden público, y esto hace que se encontraran de acuerdo en un punto capital, como era el de impedir que el populacho tomase en la gestión de los negocios públicos una participación activa y directa» (Mitre). «La Revolución de Mayo de 1810 fue hecha por las autoridades municipales y militares» (Alberdi, Póstumos, IV, 136). «En la masa popular no había fermentaciones de protesta o rebeldía. La Revolución fue hecha por una infima minoría, en un ambiente frío, sin que los revolucionarios consiguieran que el pueblo se penetrara del espíritu que a ellos animaba. Eran alrededor de 300 jóvenes patricios, conducidos por 8 o 10 caudillos que se agitaban exigiendo de los vecinos el apoyo del movimiento. Y esa minoría se impuso porque contó con el apoyo de la milicia» (Ibarguren en La Nación, oct. 5, 1924). «No es exacto que el pueblo haya aislado con su creciente ulular a los últimos representantes del colonaje español en el Plata. También es pura adulación política de carácter contemporáneo el afirmar que de la «masa colonial» se levantó un poder que destruyó a la Metrópoli. Todas las elecciones de Juntas, llamadas impropriamente revoluciones, las hicieron clases elevadas de comerciantes, hacendados, funcionarios, abogados, etc. Fue el pueblo consciente y responsable. Las masas no hicieron absolutamente nada» (Gandía, Revisión, 225). Estas palabras de los historiadores de las más diversas tendencias contienen toda la verdad acerca del papel de las grandes masas en el movimiento de la Independencia. Ellas no demuestran absolutamente nada «contra» las masas sino que evidencian la limitación de la llamada Revolución de Mayo cuyos objetivos puramente políticos no tenían por qué arrebatarse de pasión a las masas. Desde luego, los historiadores reaccionarios pueden utilizar esta ausencia de movilización popular para idealizar la colonia y pintarla como un paraíso en que las masas vivían apaciblemente protegidas por las leyes de Indias, o bien para demostrar que la historia nacional es la obra de minorías selectas, sin que las masas hayan sabido hacer otra cosa que perturbar y dificultar la obra de la civilización. En cuanto a esto, cabe decir que si las masas no se lanzaban a la lucha por el movimiento de Mayo, luchaban sí por otras cosas y trabajaban para que los estancieros y comerciantes tuvieran tiempo de hacer su llamada revolución. Y si no se movilizaron por la independencia es porque la fermentación y la rebeldía latentes no encontraba expresión en un movimiento que derrocaba a un Virrey para asumir el poder en nombre de Fernando VII, y porque la Colonia fuera un idílico invernadero. En realidad, «no sólo no hay en América colonia donde no se hayan registrado levantamientos, motines y revoluciones de índole clasista, sino que es difícil que transcurra un decenio sin que se produzca uno de esos estallidos. Tupac Amará, jefe de la más famosa y conocida de las rebeliones, tuvo múltiples predecesores y continuadores» (Bagú, Estructura, 140).

### Los Hacendados y el Comercio Libre

Desde luego, para las maestras y profesores que enseñan a los niños y estudiantes lo que a la clase dominante le conviene que se tome por historia del país,

les resultaría incómodo explicar que el movimiento de Mayo fue un movimiento de la pequeña oligarquía estanciero-comercial porteña, ya que esto es muy poco glorioso y la gloria del pasado es uno de los mitos que cada clase dominante cultiva con tanto amor como el de la imbatibilidad de su ejército.

Pero el historiador marxista no necesita de la mentira que «eleva» porque no lo atan intereses con ningún pasado que justificar u ocultar. El movimiento de Mayo no fue la culminación visible dirigida por las clases privilegiadas de un vasto movimiento de masas que presionaba desde abajo. Los hacendados y comerciantes junto a los abogados y militares se movieron por sus intereses cuando la ocasión se les presentó propicia, sin necesitar ni buscar, ni obtener, el respaldo de las grandes masas. Estas se agitaban durante la colonia y con la independencia se agitarían más todavía, pero por razones y con objetivos distintos a los de los cabildantes del 22 y el 25 de Mayo. Así ocurrió también en todo el resto de América Latina.

Por otra parte, para las grandes masas del litoral —que según el fantástico macaneco populista pedían el reparto de tierras— la independencia significó un cambio brusco y desfavorable en su nivel de vida, y para las del interior también y peor aún.\*. Para los gauchos «la revolución de Mayo no significó ventaja alguna, sino al contrario. Con los puertos libres y el incremento exportador que fue su consecuencia (no sólo de cueros sino de carne embalsamada en los saladeros) los dueños de las estancias duplicaron su celo en la defensa de un haber trocado súbitamente en un Potosí inagotable» (Franco, Hudson, 188).

La independencia significó de inmediato el pleno y libre comercio con Inglaterra, para siempre y sin retaceos. Pero la libre importación arruinaba la economía casera y artesanal, importante en la ciudad de Buenos Aires. «Los esclavos, los allegados, los artesanos, todas las clases oprimidas y explotadas del colonaje, quedaban sin sustento y desamparadas, a consecuencia de la importación y del uso de artículos extranjeros que desplazaban a los que ellas elaboraban. El número de personas sin oficio, sin colocación y sin residencia fija aumentó considerablemente en los años posteriores a 1810. Una parte de esos desamparados fue incorporada por la fuerza al trabajo de las estancias (ley contra la vagancia de la provincia de Bs.As.), otra se alistó en los ejércitos de la independencia; y la tercera formó las montoneras» (Puiggrós, Caudillos, 132). Lo interesante es que el autor de esta descripción afirma creer que esas masas fueron impulsoras y fervorosas combatientes de la independencia... Antes de Mayo, la carne de la pampa era una especie de propiedad común a disposición de todos los gauchos. Poco valía la carne, porque no se la podía exportar y la oferta era muy superior al consumo interno. Pero después de Mayo, suprimidas las restricciones coloniales a la exportación, resultó mucho más ventajoso que antes el negocio de salar carne para la exportación.

«Ocurrió entonces que lo más importante del novillo fue la carne, y hubo que discutir si la seguirían comiendo gratis los gauchos del litoral, o si debía ser vendida, en provecho de los hacendados, a los propietarios de esclavos del Brasil, África y las

Antillas. El sistema de cazar vacas, sin otro cargo que el de entregar los cueros al propietario de la estancia iba a ser sustituido por el de trabajar algunos meses en el saladero y comprar con el jornal la carne que pudiese, al precio marcado por los consumidores del extranjero. La salazón de carnes, requería cierto capital y no se pensó reconocer a los peones como socios. El 15 de mayo y el 7 de octubre de 1812, el gobierno argentino declaró libre de impuestos la carne destinada al exterior, y al mismo tiempo gravó con un derecho la que se consumiese en el abasto del país. Acrecentóse al mismo tiempo el rigor contra los gauchos que persistían en sus hábitos anteriores, hasta llegar al decreto del 30 de agosto de 1815: todo hombre de campo que no acreditara ante el juez de paz local tener propiedades, sería reputado sirviente y quedaba obligado a llevar papeleta de su patrón, visada cada tres meses, so pena de conceptuarsele "vago". Importaba también vagancia para el sirviente transitar el territorio sin permiso del mismo juez. Los así declarados vagos sufrirían 5 años de servicio militar, o dos años de conchabo obligatorio la primera vez, y diez la segunda, en caso de resultar aptos para las fatigas del ejército» (Alvarez, 72).

¿Podía ser grande el fervor revolucionario «patriótico» de estas masas así lanzadas bruscamente de la ilimitada libertad a la esclavitud apenas disimulada? En el interior, las consecuencias de la independencia fueron igualmente desastrosas para la economía regional. Los productos ingleses, más finos y más baratos, arrasaron los talleres coloniales incapaces de soportar la competencia de la industria más adelantada del mundo. Con todos estos antecedentes en vista, es por lo menos dudoso que las masas se hayan sentido arrebatadas de entusiasmo por el cambio que trajo consigo la independencia. La colonia las había tratado mal, pero la independencia las trataba igual o peor. Para ellas la decadencia del viejo poder español y la debilidad del nuevo poder local debió significar ante todo la posibilidad de escapar al control de las clases dominantes y por eso el gobierno porteño se quejaba de que «lenta y gradualmente han cambiado las costumbres del pueblo en todas esas provincias; apenas obedecen al Gobierno General, que con gran dificultad ha mantenido el orden» (Webster, 137).

## El Programa Elitista y Oligárquico de Mayo

Pero si el movimiento de Mayo no era popular y democrático por la participación de las grandes masas, ¿lo era acaso por su programa y por los objetivos que le fijaban sus dirigentes? A la novelería populista en torno al supuesto alzamiento de masas le sigue, como al catarro la tos, la novelería en torno al ideario democrático revolucionario de los dirigentes, o por lo menos de algunos dirigentes de la llamada revolución de Mayo. Y desde luego aquí entra en juego ese indiscutible talento político que fue Mariano Moreno. Inevitablemente, la lucidez de este repúblico impone respeto. Su Plan de Operaciones y sus Instrucciones... (como la prédica de Monteagudo) demuestran una penetrante comprensión de lo que es el Estado —la violencia organizada— y de la estrategia y táctica a emplear para apoderarse de esa maquinaria y hacerla servir a los propios fines, contra sus antiguos usufructuarios. «La moderación fuera de tiempo no es cordura ni es una verdad». «Los cimientos de

una nueva república nunca se han cimentado sino con el rigor y el castigo», —ningún estado envejecido puede regenerarse ni cortar sus corrompidos abusos sin verter arroyos de sangre—, es evidente que tocando al hombre en sus intereses claudica no sólo el patriotismo sino la buena fe y demás circunstancias que lo adornan» (Guiñazú, Epifanía, transcripción del Plan). Estas palabras de Mariano Moreno comprometen el respeto y hasta la gratitud de todo marxista, porque desnudan y explican los únicos métodos que la historia pone a disposición de una clase social para arrancarle el Poder a sus enemigos. Este extremismo de Mariano Moreno —que en realidad implica el único realismo sereno en los momentos cruciales de la lucha por el poder, ya que, como él mismo lo decía: «no se podrá negar que en la tormenta se manobra fuera de regla», reflejan indudablemente la intransigencia apasionada de todo un estrato social de la colonia —abogados, intelectuales, aspirantes a políticos— a quienes los estrechos marcos de la sociedad colonial no ofrecía ninguna ocupación o en todo caso ninguna ocupación a nivel de sus ambiciones de concesionarios de la inteligencia. Edmundo Burke advirtió que entre los mayores peligros que afrontaba el dominio colonial británico en Norteamérica placeaba el exceso de abogados, ya que su profesión hace a estos «sagaces, inquisitivos, diestros, prontos para el ataque, listos para la defensa y llenos de recursos» y «cuando grandes honores y grandes emolumentos no adscriben ese conocimiento al servicio del Estado se convierte en un formidable adversario del gobierno». (Beard, Rise, 169). En las colonias españolas estos grupos sociales debían estar enteramente dispuestos a llegar hasta el fin con toda energía para apoderarse del Estado, mucho más consecuentemente que los hacendados o comerciantes cuya urgencia no era tan grande por cuanto de todos modos contaban con el poder económico, que en todas las épocas y latitudes inclina a la prudencia y el conservatismo.

Pero de la admirable clarividencia política de Moreno y de su cabal energía no se desprende en modo alguno que su política haya sido revolucionaria —en el sentido científico de cambio de la estructura de clases— ni que «desparramara a manos llenas gérmenes revolucionarios» como dice un historiador a quien el descubrimiento de la palabra gérmenes ha permitido salir del paso en todos los casos en que su errada concepción lo lleva a un callejón sin salida. (Puiggrós, Moreno, 372). La política de Mariano Moreno no era ni podía ser democrático-revolucionaria, porque las clases y la sociedad en que actuaba no daban para eso. No podía serlo por contagiarse del humor revolucionario de los jacobinos franceses (como creía Mariátegui y muchos otros con él), ni por la presión de las masas revolucionarias de los gauchos que reclamaban... tierras, presión que no existe sino en la fantasía de don Rodolfo Puiggrós, ni —como afirma algún recién llegado al foro de la imaginación en libertad— porque «una fuerza superior» actuó sobre ella y le hizo «trascender ideológica y políticamente sus propias bases materiales» (Rivera en Política Obrera, 1956). Entre los «gérmenes» de Puiggrós y la «fuerza superior» de Rivera, elijan los teólogos. Los hechos demuestran que la ideología política de los dirigentes revolucionarios no llegaba ni siquiera al planteo de la República, lo que en sí mismo no hubiera sido prueba de mucho extremismo.

«La revolución de Mayo de 1810 no fue más republicana que monarquista, estando al tenor de sus documentos. Decir que los documentos mienten no es honrar a sus autores; es insultar la revolución. El acta firmada en ese día lo declara textualmente: «Se depuso al Virrey en nombre del Rey». El gobierno provisorio de la primera Junta, creado en esa acta, fue una especie de Regencia, en favor del rey cautivo. La junta conservadora de la soberanía del Señor don Fernando VII, como se llamó la segunda junta de Diputados de todas las provincias, dio un reglamento para el gobierno provisorio, de carácter monárquico, pues en él se salvaban los derechos dinásticos del rey de España en las provincias argentinas. Buenos Aires desconoció ese Reglamento, y el gobierno de tres, especie de Regencia, y dio un Estatuto Provincial, siempre a nombre de don Fernando VII. Ese gobierno y ese reglamento monárquico en el fondo duraron hasta 1814. En ese año el gobierno independiente envió a Rivadavia y a Belgrano a negociar con España la coronación de un príncipe español en carácter de jefe de una monarquía constitucional independiente como base de la paz. El partido opuesto a esa idea fue más lejos; ofreció a la corona de Gran Bretaña el gobierno de las provincias argentinas (Alvear en 1814). Rechazadas ambas miras por Europa, el Congreso de Tucumán declaró la independencia de las provincias en 1816, pero no condenó la monarquía, ni proclamó la república. Basta leer sus actas. No podía condenarla, pues el congreso era monarquista, es decir, lo eran sus miembros. Fue durante sus sesiones que Belgrano propuso organizar el país bajo la dinastía de los Incas. Todavía en el reglamento constitucional que ese congreso dio en 1817 no se habló de república. Tampoco fue proclamada la república en la constitución definitiva que se preparó en 1819. La primera constitución que habló de república fue la unitaria de 1826, es decir, 16 años después de la revolución de Mayo» (Alberdi, Póstumos, IV, 119-21).

¿Y el Plan de Mariano Moreno? Admirable ya lo hemos dicho por su lucidez política, pero no es el programa de una revolución democrática ni nada que se le parezca. Su objetivo era barrer a la burocracia virreinal y sus aliados —que tal era el objetivo de la revolución política—. Pero nada más, y eso no es una revolución democrática. Es verdad que Mariano Moreno invitaba al levantamiento de los gauchos orientales contra los restos del poder virreinal, pero también los españoles llamaban a los indios a levantarse contra los criollos.

Es la táctica de provocar levantamientos en la retaguardia del enemigo, y nada más. Decir que esto era provocar «la insurrección popular» y que por tanto «el plan morenista respira por todos los poros el espíritu de la sublevación de las masas contra el orden social existente y abre el cauce de una democracia amplia y efectiva» (Puiggrós, Caudillos, 55 y 57) es jugar con palabras. El levantamiento podía ser popular en el sentido de que participarían las grandes masas, pero no porque condujese al pueblo hasta el gobierno, ni menos aun porque se propusiese la sublevación de las masas contra el orden social existente. El orden social era el régimen de los estancieros, de los comerciantes, de un lado, y del otro el de los gauchos, peones, artesanos y domésticos. La sublevación contra ese orden social significaba dar las estancias a los gauchos, echar del cabildo a los hacendados y comerciantes y poner en su lugar a los gauchos,

y demás trabajadores. Esto y sólo esto podía ser una sublevación social, es decir, un cambio de clases. Pero suponer que Mariano Moreno tenía esto en vista es entregarse a ese mismo fervor imaginativo que llevó a los intelectuales stalinistas a tomar en serio la justicia de los procesos de Moscú. El representante de los hacendados planteando una insurrección social de los gauchos contra los hacendados es como un temporal con sol. Lo mismo que la novela sobre «la democracia ancha y efectiva» que abría el Plan de Moreno. ¿Democracia sustentada en quién? Los gauchos no eran democráticos sino anarquistas, es decir, estaban contra toda forma de gobierno.

Su ideal era la pampa libre. El gaucho estaba contra la autoridad española, no para reemplazarla por otra autoridad sino para que lo dejaran vivir tranquilo. Y masas urbanas maduras para plantearse el problema del gobierno democrático tampoco las había, a menos que se tome por tales a los tenderos mediatizados por la burguesía comercial que apoyaban el gobierno oligárquico de esta clase, y que eran hostiles a las amplias masas trabajadoras. Suponer que un plan político que proponía el alzamiento de los gauchos podía «abrir los cauces de una democracia amplia, y efectiva» en una sociedad sin clase media agraria, con infimo desarrollo industrial, dominada por una clase dueña de desafortunadas extensiones de tierra y de cuanto bicho se movía sobre ellas, y una clase comercial que exportaba estos productos y se enriquecía al galope, es un disparate químicamente puro. Por cierto que la historia pega saltos, pero ese florecimiento de la democracia burguesa en una inmensa estancia primitiva como era la provincia de Buenos Aires, el Uruguay y el Litoral en 1810, ya no es un salto. Es un prodigio de alquimia superior al de convertir el cuero en oro. ¿En qué bases materiales se asentaría esa democracia? ¿Qué clases la sustentarían?

Es el mismo Puiggrós -quien reconoce que «hubo entre nosotros revolucionarios, pero no hubo una clase revolucionaria» (Caudillos, 131). Lo cual no le impide calificar al movimiento de Mayo de «revolución democrático-burguesa» que —en ausencia de clases revolucionarias— debe haber sido provocado por quien sabe por qué «gérmenes».

Por otra parte el pensamiento de Moreno era favorable a la monarquía, lo que no se casa con su supuesta incitación a la rebelión «social» de las masas. «Lejos de nosotros —escribía— los que en el nombre del Rey encontraban un fantasma terrible, ante quién los pueblos no formaban sino un grupo de tímidos esclavos. Nos gloriamos de tener un Rey, cuyo cautiverio lloramos, por no estar a nuestro alcance remediarlo, pero nos gloriamos mucho más de formar una Nación -sin la cual el Rey dejaría de serlo; y no creemos ofender a la persona de éste cuando tratamos de sostener los derechos legítimos de aquella». «Sentemos, pues, como base de las posteriores proposiciones, que el Congreso ha sido convocado para erigir una autoridad que supla la falta del señor don Fernando VII, y para formar una constitución que saque a los pueblos de la infelicidad en que gimen». Todo esto escribía Moreno en 1810 (en su trabajo: «Sobre las miras del Congreso que acaba de convocar y constituir el Estado»). Comentándolo, escribía Alberdi que evidentemente «el Congreso estaba llamado a crear una regencia constitucional, en que debía convertirse la monarquía, en adelante constitucional, de Fernando VII, cuando saliese del cautiverio y reasumiese su autoridad

sobre América. Esos fueron los últimos escritos del doctor Moreno. En ninguno de ellos se declaró por la república. Según todos ellos, él estaba por la monarquía democrática y constitucional. Mitre, sin embargo, lo da como el representante y apóstol del sistema republicano; apóstol tácito, implícito, subentendido, en tal caso, pues no conocemos sus escritos ni sus palabras en favor de la república. Mitre hubiera hecho mejor en transcribirlas y citarlas que en aplaudirlas» (Alberdi, Póstumos, IV, 335-36).

Junto al levantamiento de las masas del campo uruguayo contra los españoles, el plan Moreno proponía la cesión de la Isla de Martín García a Inglaterra, «haciéndolo señor de la isla de Martín García... para que, poblándola como una pequeña colonia y puerto franco a su comercio, disfrute de ella como reconocimiento de gratitud a la alianza y protección que nos hubiese dispensado en los apuros de nuestras necesidades y conflictos» (citado en Guinazú, Epifanía, 355). No hay para qué insistir en lo que esto significaba. Con Martín García en sus manos Inglaterra hubiera sido dueña absoluta del Río de la Plata y el gobierno real del país hubiera residido en esa isla, sin escapatoria posible. Y la idea de ceder la isla no era una fantasía personal de Moreno sino que «en esta materia Moreno no hacía más que trasladar al Plan lo que corría por carpeta reservada en su secretaría de Estado» (idem, 217). Esto no demuestra que Moreno fuese un «agente» británico sino simplemente que los hacendados y comerciantes de Buenos Aires a quienes él representaba tenían una visión muy moderada del interés nacional, y en todo caso lo concebían atado de por vida a los intereses británicos. Los apologistas del carácter democrático revolucionario del Plan Moreno afirman que la propuesta sobre Martín García «es una debilidad imperdonable del Plan» (Puiggrós, Moreno, 302), pero esquivan sacar las conclusiones sobre el significado de semejante «debilidad». ¿Cómo se concilia una política nacional democrático-revolucionaria con el obsequio a Inglaterra de una llave fundamental del país? No se concilia de ninguna manera, ni entonces ni ahora. Moreno no incurría en ninguna «debilidad». Su propuesta acerca de Martín García es un eslabón tan sólido como cualquier otro de su política que no era democrática ni revolucionaria sino política de los hacendados y comerciantes bonaerenses y la inteligentzia que giraba en torno a ellos.

## El Mito del Librecomercio como Origen de Mayo

Los teorizadores del carácter democrático burgués de la Revolución de Mayo han inventado una lucha entre los hacendados y comerciantes porteños contra los comerciantes monopolistas ligados al monopolio comercial español que sería, se afirma, el motor económico de la Revolución. Cabe señalar, por de pronto, que el comercio libre existía en el Río de la Plata desde noviembre de 1809. De modo que si bien indiscutiblemente «la oligarquía ganadera criolla elige el comercio libre» (Alvarez, 67) no le hacía falta realizar una revolución para echar abajo una puerta que ya estaba abierta.

Por otra parte, no existía en el Río de la Plata una clase de monopolistas puros mortalmente enemigo del comercio libre. Tal clase existía en Cádiz, puerto español beneficiario del monopolio. Pero aquí, en el Río de la Plata, los propios comerciantes vinculados a Cádiz —como Alzaga— eran contrabandistas, es decir, librecambistas de hecho y burladores del monopolio. Cuando Cisneros propuso el comercio libre con Inglaterra, hubo un furioso defensor del monopolio, pero era el apoderado del comercio de Cádiz. Se toma a Alzaga como el prototipo de comerciante monopolista y enemigo del librecomercio. Pero se sabe que Alzaga estaba por el gobierno autónomo del virreinato, y si él hubiera tomado el poder es ilusorio suponer que hubiera restablecido el monopolio comercial español en beneficio de Cádiz en vez de continuar el libre comercio en beneficio propio.

Sin embargo, hay algo más fundamental que todo lo anterior para desmentir la supuesta lucha entre monopolistas y librecambistas como motor de la independencia. Esta podrá ser una explicación plausible, aunque falsa, para los acontecimientos producidos en Buenos Aires. Pero los movimientos contra la burocracia española se reprodujeron en todo el continente, y todo el continente estaba muy lejos de ser librecambista. Dentro del virreinato del Río de la Plata los sucesos de Mayo encontraron de inmediato apoyo en el interior que del librecomercio sólo tenía que esperar la ruina. Y es sabido que en 1808 hubo movimientos autonomistas en el Alto Perú, región cuyos intereses eran cualquier cosa menos librecambistas.

La lucha entre los intereses librecambistas de los hacendados y comerciantes porteños y los intereses monopolistas de Cádiz existió, sin duda, pero este conflicto económico tuvo un carácter subordinado y menor dentro de la gran cuestión puramente política de quién había de gobernar en América: si los burócratas enviados por Madrid o los representantes directos de las oligarquías locales. Y así lo prueba la existencia de fuertes movimientos autonomistas en lugares cuyo interés económico era claramente contrario al librecomercio, y que, habiendo nacido y vegetado a la sombra del monopolio español, tenían todo que perder y nada que ganar del librecomercio con Inglaterra.

Dos causas externas ayudaron a desencadenar la crisis que de tiempo atrás maduraba en el seno de las colonias americanas de España, crisis que existió en realidad desde los primeros momentos de la colonización, y se expresó por los múltiples conflictos entre la Corona y las oligarquías locales. Por un lado el creciente interés de Gran Bretaña en el Río de la Plata en particular, y en toda América Latina en general, como mercado para sus manufacturas y campo para sus maniobras estratégicas mundiales. Por otra, la invasión y crisis interna de España. Ambos procesos, el ascenso de Inglaterra y la decadencia de España hasta quedar sin gobierno propio, no hacen más que expresar en el plano mundial el ascenso del capitalismo y la burguesía, cuya máxima realización, y más robusto campeón entonces era Inglaterra, y la decadencia y subordinación de todas las naciones —pequeñas u otrora grandes potencias— que no habían alcanzado la etapa del capitalismo industrial. Como decía el Manifiesto Comunista, los atrasados pueblos campesinos se subordinaban en el plano mundial a los pueblos burgueses e industriales.



Aún siendo una colonia de España, América en general, y en particular el Río de la Plata eran una semicolonias económica de Inglaterra, por cuanto ésta compraba sus materias primas y ella la abastecía de artículos industriales, en parte mediante el contrabando, en parte por la interpósita persona de los monopolistas de Cádiz, que compraban en Inglaterra y revendían en América. La relación de fuerzas entre España e Inglaterra no justificaba que ésta siguiera soportando esa molesta interposición y al contrario, la impulsaba a apoderarse de la América Española, políticamente, si se podía, económicamente en caso contrario —lo que de todos modos permitía un efectivo control político. Y por su parte las oligarquías residentes en América no ignoraban dónde estaba el mejor comprador y el mejor abastecedor y el más sólido respaldo para sus pretensiones autonomistas. Un memorándum del Foreign Office de noviembre de 1809, lo explicaba con claridad y concisión: «Sea, que sigan dependiendo de España o que formen gobiernos independientes lo cierto es que los sudamericanos, en este momento, abren sus brazos a Inglaterra: es indiferente en qué forma buscan nuestra ayuda, siempre que el incremento de los negocios y el nuevo mercado que nos ofrecen para la venta de nuestras manufacturas compense nuestra protección» (Roberts, 369). La sociedad estaba ya en los hechos. Pronto pasaría a los papeles, y para largo rato. Por cierto que «Gran Bretaña no tenía verdadero interés en la independencia de las colonias españolas, con tal de que se le permitiera comerciar con ellas» (Webster, I, 17). Pero ese comercio directo creaba intereses ingleses —en Londres y en América— para quiénes era mucho más cómodo y eficaz tratar con gobiernos locales independientes o bastante autónomos que con funcionarios controlados desde Madrid. Intereses que tenían mucho que perder en caso de que España reconquistase América. Por eso en 1814 Strangford escribía al Foreign Office que consideraba su estricto deber solicitar «que tome en consideración la situación en que serán colocados los súbditos de Su Majestad que residen en las provincias del Plata o comercian con las mismas, en el caso de que España envíe una expedición contra Buenos Aires. V. E. sabe que el volumen de la propiedad británica que se ha acumulado ahí es muy grande, y temo que los españoles no se sentirán muy inclinados a respetarla, pues la conducta de los residentes británicos ha sido de adhesión al Gobierno que hasta ahora no sólo ha tolerado sino estimulado su comercio». Y poco después agregaba «que ahora pienso que es casi seguro que Gran Bretaña perderá rápidamente, en cualquier caso, todas las ventajas que ha obtenido hasta ahora en las Provincias del Plata. Si tuvieran éxito las armas de España de inmediato será excluido nuestro comercio del Plata» (Webster, 135. 141). Por esto aún en el período en que en virtud de su alianza con España contra Napoleón, Inglaterra procuraba obtener un arreglo entre España y sus colonias, el arreglo que proponía se basaba en otorgarles el gobierno propio a las colonias y el comercio libre con todo el mundo, quedándose España con una soberanía legal que equivalía a nada (Webster, 18).

## España, Agente del Imperio Británico

¿Era América una colonia de España que España explotaba con métodos coloniales? Últimamente se ha pretendido negarlo basándose en el sorprendente raciocinio —de algún modo hay que llamarlo— de que la explotación de América sólo favorecía a la aristocracia española —y a los comerciantes de Cádiz, se olvida agregar— y no al pueblo español en general (Rivera, Ídem, 11). De acuerdo a este criterio jamás han existido colonias y metrópolis, ya que en general la explotación de la colonia sólo beneficia a los sectores privilegiados de la metrópoli. ¿Acaso el pueblo francés se benefició en algo con la explotación de Argelia? Por cierto que no. Los beneficiarios son los bancos y consorcios con intereses en África. ¿Pero se puede deducir de allí que Argelia no fue una colonia francesa? Asombra un poco que personas mayores de edad y serias pongan su firma al pie de tan risueñas divagaciones, pero así es. (Y no solo firman sino que incluso se rubrican pensadores marxistas). De haber existido una explotación colonial por parte de España —se dice— «ésta se hubiera enriquecido en general, hubiera prosperado, en vez de hundirse en tan espantosa decadencia» (ídem). En realidad, España no pudo aprovechar la explotación de su imperio americano porque sólo participaba en ella como agente intermediario del capitalismo anglo-francés. España era en verdad un imperio semicolonial que explotaba sus colonias en beneficio ante todo de sus propios acreedores y abastecedores. Tal situación no es única en la historia y se reprodujo siglos después en la época del capitalismo imperialista dentro del imperio ruso. El zarismo y la burguesía gran rusa explotaban a Polonia, Finlandia y otras nacionalidades, pero ellos a su vez dependían semicolonialmente del imperialismo franco-inglés, de modo que en la explotación de su imperio actuaban como intermediarios. Por cierto que esa explotación no impidió la desintegración del imperio ruso, pero de allí no puede deducirse que no existiera la explotación colonial.

La crisis de España tuvo efectos coincidentes con los del interés británico en América: «los hechos que pasaban en España, la situación de su gobierno, el estado de su tesoro y sus recursos, cuya decadencia y ruina eran la causa principal de la independencia de América» (Alberdi, Póstumos, V, 76). Alberdi lo expresaba así: «¿Podría el continente de donde ha salido en tres siglos oro y plata como para cambiar las proporciones económicas de los valores de todo el universo, quedar perpetuamente hecho el claustro oscuro de una nación de tercer orden? La decadencia económica de España, la pérdida de su marina, de su industria, de su comercio, ¿no le habían acaso quitado ya de antemano la posesión del nuevo mundo?» (Póstumos, IV, 60).

## BIBLIOGRAFIA

- ALBERDI, Juan Bautista, Escritos Póstumos (Bs. As. 1895).
- ALVAREZ, Juan, Las Guerras Civiles Argentinas (La Facultad, Bs. As. 1920).
- BAGU, Sergio, Economía de la Sociedad Colonial (El Ateneo, Bs. As., 1949).
- BAGU, Sergio, Estructura Social de la Colonia (El Ateneo, Bs. As., 1949).
- BEARD, Charles and Mary. The Rise of American Civilization (Mac Millan, New York, 1961).
- Bliss, Horacio Williams, Del Virreynato a Rosas (Richardet, Tucumán, 1959).
- CARANDE, Ramón, Carlos V y sus Banqueros (Revista de Occidente, Madrid, 1943).
- COLMEIRO, Manuel, Historia de la Economía Política Española (Madrid, 1863).
- CONI, Emilio, Contribución a la Historia del Gaucho (Peuser, Bs.As, 1935).
- ENGELS, Federico, Las Guerras Campesinas en Alemania (Calomino, La Plata, 1946).
- FERRER, Aldo, La Economía Argentina (Fondo de Cultura Económica, México, 1963).
- FITTE, Ernesto, Hambre y Desnudeces en la Conquista del Río de la Plata (Emecé, Bs. As., 1963).
- FRANCO, Luis, El General Paz y los Dos Caudillajes (Rosario, 1946).
- FRANCO, Luis, Hudson a Caballo (Alpe, Bs. As., 1956).
- FRANCO, Luis, Antes y Después de Caseros (Reconstruir, Bs. As., 1954).
- GANDÍA, Enrique de, La Revisión de la Historia Argentina (Zamora, Bs., As., 1952).
- HAECKER, Louis, Proceso y Triunfo del Capitalismo Norteamericano (Sudamericana, Bs. As., 1952).
- HALPERIN, Tulio, El Río de la Plata al Comenzar el Siglo XIX (UNBA, Filosofía y Letras, 1961).
- HAMILTON, Earl J., El Florecimiento del Capitalismo y Otros Ensayos de Historia Económica (Revista de Occidente, Madrid, 1948).
- JAURES, Jean, Historia Socialista de la Revolución Francesa (Poseidón, Bs. As., 1946).
- KLEIN, Julio, La Mesta (Biblioteca de Occidente, Madrid, 1936).
- LABRIOLA, Antonio, Capitalismo, A Deseño Histórico.
- LAFONT, Julio, Historia Argentina (FUD, Bs. As., 1942).
- LARRAZ, José, La Época del Mercantilismo en Castilla (Madrid, 1945).
- LEÓN, Abraham, Concepción Materialista de la Cuestión Judía (Indoamérica, Bs. As., 1953).
- LEVENE, Ricardo, Investigaciones Acerca de la Historia Económica del Virreynato del Río de la Plata (El Ateneo, Bs. As., 1952).
- LIST, Federico, Sistema Nacional de Economía Política (Aguilar, Madrid, 1944).
- LÓPEZ, Vicente Fidel, Historia de la República Argentina (La Facultad, Bs. As., 1926).
- MARIATEGUI, José Carlos, Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana (Amauta, Lima, 1952).
- MARX, Carlos y ENGELS, Federico, Manifiesto Comunista (Cenit, Madrid, 1932).
- MARX, Carlos, La Revolución Española (Ed. en Lenguas Extranjeras Moscú)
- MARX, Carlos, El Capital.

- MITRE, Bartolomé, Historia de Belgrano (Anaconda, Bs. As., 1950).
- PALACIO, Ernesto, Historia de la Argentina (Peña Lillo, Bs. As., 1965).
- PASO, Leonardo, De la Colonia a la Independencia Nacional (Futuro, Bs. As., 1963).
- PUIGGROS, Rodolfo, De la Colonia a la Revolución (Partenon, Bs. As., 1949).
- PUIGGROS, Rodolfo, Los Caudillos de Mayo, Problemas, Bs. As., 1942).
- PUIGGROS, Rodolfo, La Época de Mariano Moreno (Partenon, Bs. As., 1949).
- PUIGGROS, Rodolfo, La España Que Conquistó al Nuevo Mundo (Siglo Veinte, Bs. As., 1964).
- Puigbo, Raúl, Historia Social y Económica Argentina (Universidad del Salvador, Bs. As., 1964).
- RAMOS, Jorge Abelardo, América Latina, Un País (octubre, Bs. As., 1949).
- RAMOS, Jorge Abelardo, Revolución y Contrarrevolución en la Argentina (Amerindia, Bs. As., 1949).
- RIVERA, Enrique, en Política Obrera (Bs. As., 1956).
- ROBERTS, Carlos, Las Invasiones Inglesas (Peuser, Bs. As., 1938).
- RUIZ GUIÑAZU, Enrique, Epifanía de la Libertad (Nova, Bs. As., 1955).
- SAYLER, John, La Política Económica de España en la Época del Mercantilismo (Anales de Economía, Madrid, 1948).
- SEBRELI, Juan José, Historia Argentina y Conciencia de Clase (Perrot, Bs. As., 1957).
- SIERRA, Vicente, Historia de las Ideas Políticas en Argentina (Nuestra Causa, Bs. As., 1950).
- SIERRA, Vicente, Historia de la Argentina (UDELA, Bs. As., 1957).
- TROTSKY, León, Historia de la Revolución Rusa (Tilcara, Bs. As. 1952).
- VEDIA Y MITRE, Mariano de, Historia de la Unidad Nacional (Estrada, Bs. As., 1946).
- VILLALOBOS, Sergio, Comercio y Contrabando en el Río de la Plata y Chile (Eudeba, Bs. As., 1905).
- WEBSTER, C. K., Gran Bretaña y la Independencia de América Latina (Kraft, Bs. As., 1944).

Las citas de diarios, revistas y archivos se presentan en el texto.

Los diarios de sesiones se refieren por sus iniciales: DSCDN, Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación (O del Senado o de la Provincia según corresponda).

## UNIDAD II

### EL PARAISO TERRATENIENTE Federales y Unitarios forjan la civilización del cuero

### UNIDAD Y DESINTEGRACION El Mundo Colonial Americano no Formaba Una Nación

Antes de su independencia, América Latina —de México a la Argentina, con la sola excepción de Brasil— constituía una sola entidad política denominada América Española. Al finalizar la larga etapa de las luchas por la independencia y la organización, esa entidad política quedó sustituida por veinte países independientes. Estos son los hechos. De allí no se desprende sin embargo, directa ni indirectamente, que la independencia de España sirviera «para desarticular en veinte repúblicas impotentes la gran nación latinoamericana» (Ramos, América, 9). Imposible es, desde luego, desarticular lo que nunca estuvo articulado, y nadie puede decir con seriedad que la América colonial fuera una «gran nación latinoamericana», porque eso equivaldría a afirmar que la India y Norteamérica eran una misma nación por pertenecer ambas a la Corona británica. Las colonias americanas de España tenían en común eso: ser colonias de la misma monarquía y poseer un idioma y una religión comunes. Pero no existía unidad económica —base sustancial de la nación, sin la cual el idioma y otros elementos subjetivos son impotentes— y ni siquiera unidad administrativa. De modo que lo que se ha llamado optimísticamente «la unidad existente en el Imperio hispano-americano» (Rivera, 3) era, desde el punto de vista de la unidad nacional, prácticamente nula. España, a pesar de la unidad de su soberanía en América, no pudo fundar un solo gobierno, ni hacer un solo virreinato de todas sus posesiones en América, porque la enorme extensión y variedad del territorio se lo impidió (Alberdi, Póstumos, 4, 568).

Ni siquiera es posible afirmar que constituyeran una nación los territorios comprendidos dentro del Virreinato del Río de la Plata porque las fuerzas centrífugas

eran tremendamente poderosas. Existían allí sólidos elementos de estructura económica que fundamentaban una nación, pero los límites dentro de los cuales se agrupaban no se correspondían ni mucho menos con las fronteras políticas del virreinato, y antes bien se contradecían violentamente.

La creación del virreinato del Río de la Plata respondió a fines estratégicos, políticos y económicos, que obedecían a los intereses del monopolio comercial español, con entera despreocupación por las características y necesidades de la región. Esto es tan evidente que hasta los más cándidos apologistas de las ventajas de la época colonial deben reconocerlo (Palacio, I, 136). La razón determinante de la creación del virreinato, con Buenos Aires a su cabeza en tanto que capital, no respondió a ninguna visión de alta política nacional tendiente a aglutinar los intereses de la región, como pretenden los hispanocatólicos, estilo Julio Irazuza, sino a la necesidad de la metrópoli española de defender los intereses monopolistas de su comercio frente a la competencia que le hacía el bloque comercial angloportugués establecido en la Colonia del Sacramento. Así está derechamente manifestado en el nombramiento que el rey de España otorgó a Don Pedro de Cevallos como jefe supremo del Virreinato. Ninguno de los factores internos, propios de los territorios que iban a integrar el virreinato, fueron tenidos en cuenta o valorados al estructurar el mismo. Por eso, como indicó Juan Alvarez, «fueron envueltos por las nuevas fronteras virreinales los hombres, los campos y los climas más diversos y fueron sujetos a las decisiones del gobierno de Buenos Aires, que no se hallaba en el centro, sino precisamente en un extremo del país, circunstancia que determinó, para la actual Bolivia, quedar más lejos del asiento del Virrey que cuando dependía del Perú, no obstante que sus minerales continuaban costeadando, como antaño, gran parte de los gastos de la nueva administración, pues el Interior constituía, por ese entonces, la parte más poblada y más rica del Virreinato y el Litoral, por el contrario, la parte más atrasada y pobre». Efectivamente, hacia 1797 Buenos Aires (ciudad y provincia) contaban 70 mil habitantes, el Litoral (Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes) unos 32 mil y el Interior (Córdoba, San Luis, Santiago del Estero, Tucumán, Mendoza, San Juan, La Rioja, Catamarca, Salta y Jujuy) alrededor de 163.000 (Azara y Martín de Moussy). Además, Buenos Aires era al lado del Interior una zona bárbara. La economía del Interior se basaba en el trabajo agrícola y la industria doméstica, que por aquel entonces podía todavía abastecer el mercado interno sin la ruinoso competencia británica. La riqueza de Buenos Aires, en cambio, era puramente comercial —señala Vicente Fidel López— y reposaba sobre el intercambio de materias primas mientras el resto era una aglomeración de algunas estancias rurales, sin más labor que recoger en bruto la producción natural de los ganados y, cuando más, secarla al aire y al sol.

La implantación del virreinato significó, de por sí y cada vez más, el predominio de los intereses comerciales portuarios de Buenos Aires sobre todos los restantes intereses del territorio virreinal. La unidad económica existente antes de la creación del Virreinato se rompe con este acontecimiento cediendo paso a un violento antagonismo entre Buenos Aires y el Interior. Como indicó Coni, la unidad económica entre Buenos Aires y el Interior se rompe después del Virreinato y las mercaderías

europas que comenzaron a entrar libremente por el puerto «mataron las débiles industrias provincianas, al mismo tiempo que la considerable reserva de numerario amonedado (oro y plata) fue aventado en pocas décadas de comercio libre (pues los ingleses cobraban en metálico y pagaban en mercaderías) y la balanza comercial otrora favorable se tornó contraria al país, que comenzó a demandar empréstitos al capital extranjero, iniciando el mal crónico de nuestras finanzas» (Coni, Agricultura). «España tenía razón y su política era sabia» (Palacio, I, 85). Sabiduría de Salamanca, con lagañas teológicas, es claro. En todo caso ella no se aplicaba a beneficiar al territorio que abarcaba el Virreinato del Plata, o en todo caso favorecía sólo a su capital en detrimento de todo el resto. Desde el punto de vista de la estructuración de una nación el Virreinato del Plata era un adefesio que tendía a frenar aquel proceso. Buenos Aires fue el centro que España estableció para cumplir sus propios objetivos, y el ordenamiento político y económico del Virreinato respondía al propósito de impedir que el territorio cristalizase en una unidad soberana, concentrando toda la soberanía en el Virrey residente a orillas del Plata. La organización virreinal fue impuesta por España para perpetuar esta región como colonia y tendía a impedirle ser nación (Alberdi, Económicos, 261).

## El Mito de la Balcanización Latinoamericana

Al mito de la unidad nacional de América Latina durante el período colonial corresponde el mito de que el movimiento de la Independencia se proponía crear la gran nación latinoamericana. «Nadie pensaba entonces en formar veinte estados distintos», se afirma (Rivera, 23). Bolívar —parece— habría intentado con el Congreso de Panamá la unificación general del continente (Ramos, América, 60). En realidad, posiblemente no se pensaba entonces en veinte estados, sino en diez o doce pero lo importante es que los políticos más sagaces que dirigieron la lucha por la independencia tuvieron perfecta conciencia de que no existía "la gran nación latinoamericana". Es una quimera pretender que todas las Américas españolas formen un solo Estado —afirmaba textualmente Mariano Moreno. Y Bolívar escribía en 1815: «no puedo persuadirme de que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república. Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación, con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tienen un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, deberían por consiguiente tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse mas no es posible porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América». Por otra parte, Bernardo de Monteagudo, autor de un «Ensayo sobre la necesidad de una federación general entre los Estados hispanoamericanos y el plan de su organización», en ningún lugar afirma la existencia de una nación latinoamericana. La federación que proponía era más bien una alianza no muy estrecha entre Estados soberanos para los fines de la defensa común (citado en Vedia y Mitre, Unidad, 153-165).

El Congreso de Panamá convocado por Bolívar no se proponía en modo alguno la unificación general del continente. Su propósito, mucho más restringido, era concertar acuerdos entre los distintos estados soberanos recién emancipados de España para hacer frente común a una posible invasión europea. Y como lo señaló Alberdi, el Congreso se disolvió sin pena ni gloria porque el resultado que debía obtener — garantizar la independencia aunando fuerzas para resistir cualquier invasión— se obró espontáneamente dada la completa e irreversible derrota sufrida por España (Obras, 2. 390). La única potencia interesada en aprovechar el Congreso de Panamá como trampolín para la organización de una unión aduanera de todo el continente americano era... Estados Unidos (Webster, I. 671,674). Desde luego, Inglaterra salió inmediatamente al paso de este intento. Las instrucciones de Canning a su enviado ante el Congreso eran terminantes: «Debe comprender Vd. que el Gobierno de S. M. no opondría objeción a una liga de los Estados que hasta hace poco eran colonias de España, limitada a fines emergentes de sus relaciones comunes con España. Pero cualquier proyecto para colocar a los Estados Unidos de Norteamérica al frente de una Confederación Americana en oposición a Europa, causaría el mayor desagrado a este Gobierno. Se lo interpretaría como una ingratitud después del servicio que ha sido prestado a esos Estados y los peligros de los que han sido librados por el auspicio, la amistad y declaraciones públicas de Gran Bretaña y muy probablemente en fecha no muy lejana haría peligrar la paz tanto en América como en Europa» (Webster, I, 560).

Por lo demás, los antecedentes de la organización de ese Congreso demuestran cómo las fuerzas centrífugas respecto a cualquier federación latinoamericana eran infinitamente más poderosas que cualquier apreciación teórica de las ventajas futuras de tal unión. Baste decir que Buenos Aires no pensaba asistir o a lo sumo enviaría un delegado protocolar, y sólo se decidió a participar... cuando se enteró de que Inglaterra apoyaba el Congreso (Webster, 178-9, 194, 208). Los intentos más serios realizados para obtener la unidad, no de todo el continente, pero sí de regiones que luego cristalizaron como países distintos, se vinculan a los proyectos de coronar testas europeas (o criollas y hasta incas) y colocarlas al frente de grupos de estados latinoamericanos. Mitre, de cuyas virtudes republicanas ya veremos algunas manifestaciones capaces de hacer volar sus estatuas\*, fue el introductor de la grosera versión según la cual los proyectos\* monárquicos de Belgrano, San Martín y Bolívar eran producto de un «candoroso ofuscamiento» (Mitre, San Martín, 53), de un pasajero extravío mental de aquellos o de una declinación de sus facultades y, en todo caso, severamente condenables ante el foro de la Democracia Republicana. Los historiadores supuestamente marxistas que siguen las huellas de la historia oligárquica, también perciben en eso sólo la esencia de la antidemocracia, la demostración de que los libertadores no eran democráticos (Ramos, América, 62)\* (Véase a ese respecto los tomos titulados «La Era de Mitre» y «De Mitre a Roca») y de que «andaban en componenúas con la reacción extranjera» (Puiggrós, caudillos, 206). En realidad, es absurdo condenar los proyectos monárquicos de un San Martín o un Bolívar a la luz de la abstracta razón democrática universal. Como decía Alberdi, preguntar cuál es mejor en abstracto, la monarquía o la república, es una puerilidad de escuela (Póstumos, 4, 90). La monarquía fue desde luego reaccionaria cuando la burguesía maduró lo

suficiente y tuvo fuerzas como para guiar a la nación a la conquista de la república democrática. Pero en una etapa anterior del desarrollo histórico la monarquía absoluta fue un importante paso hacia delante en la constitución de la nación moderna, superando el aislamiento medieval de feudos y ciudades. Y América Latina al salir de la colonia se hallaba precisamente en este estado de disgregación. De haber prosperado los proyectos monárquistas —cualquiera fuese la intensidad del no disimulado desprecio que sus propugnadores sentían por las masas populares— se hubiera logrado formar en América Latina varios estados poderosos: mucho más naciones que las veinte republiquetas actuales, dentro de cuyas fronteras la lucha por las conquistas democráticas se hubiera dado en un plano infinitamente más favorable a las masas. Piénsese por ejemplo lo que hubiera significado desde 1820 la unión Argentino-Chilena, constituyendo un solo país con frente a ambos océanos. Lograr esta unión era precisamente el propósito de San Martín, quien para lograrla proponía incluso coronar un príncipe extranjero, como le escribía al Comodoro inglés Bowles (Webster, 143. 246-7).

Lo cierto es que la unificación monárquica fracasó, porque las fuerzas centrífugas contrarias a toda centralización eran demasiado poderosas. Además Inglaterra, la potencia que tenía la última palabra, sabía que le convenían más veinte republiquetas que cuatro o cinco monarquías centralizadas.

Es totalmente falso que «la historia y la economía sugerían» la unificación del continente latinoamericano (Ramos, América, 49). Precisamente el drama de América Latina residía en que aunque para sus pensadores más lúcidos era evidente la necesidad de unirse si se quería ser algo más que impotentes apéndices de las grandes metrópolis, tanto la historia como la economía latinoamericana —a diferencia de la del Norte— no empujaban hacia la unidad sino hacia la dispersión. Alberdi explicaba muy bien los términos del problema. Por un lado, la necesidad que las repúblicas de Sudamérica experimentan, con razón, desde el principio de la independencia, de buscar su unión, no es imaginaria, sino muy real y verdadera». Pero, por otra parte, «los intereses no se decretan», es decir, las naciones de América del Sur, aunque hablando una lengua y teniendo las mismas leyes y costumbres, la misma religión y origen, no están ligadas entre sí por intereses y necesidades mutuas... Cada república de América tiene mayor uniformidad con Europa que con las otras repúblicas del mismo suelo... Cada Estado de Sudamérica puede prescindir de los otros, pero no de Europa» (Alberdi, Obras, 4, 568-9, 585-87; 627, 657). Por eso fracasaron todos los intentos de unificación latinoamericana en el siglo de la independencia: las fuerzas hacia la dispersión eran mucho más fuertes y apremiantes que las fuerzas hacia la unidad.

## Las Colonias Españolas No Tenían Bases Sociales Para Independizarse de Europa

La independencia de las colonias inglesas del Norte produjo la unidad de aquellos estados en los Estados Unidos de Norteamérica. Esto fue posible porque ya

existía la estructura de un mercado interno común con intereses capitalistas interesados en soldarlos mediante una sólida unión política. Hamilton hablaba por ellos cuando escribía en *El Federalista* que «La unidad de los intereses comerciales sólo puede conseguirse con la unidad de gobierno». De este modo la independencia norteamericana fue también el vuelco de la dispersión hacia la unidad federativa, en un poderoso estado, de las antiguas colonias inglesas. El capitalismo yanqui dispuso así de todo un continente sin fronteras internas ni aduanas locales, una idílica y lisa cancha para que los campeones del capitalismo industrial usufructuaran el rico mercado interno en continuo crecimiento.

En las colonias españolas ocurrió lo contrario. Los intereses capitalistas más sólidos y poderosos no se orientaban hacia el mercado interno, sino hacia el mercado mundial. Y las clases con intereses en el mercado interno eran pequeños productores atrasados, destinados a desaparecer ante la competencia de las muy superiores industrias europeas (tal el caso de la industria artesanal del interior argentino). España mantenía a estas regiones unidas burocráticamente, sin que un entrelazamiento de intereses económicos fundamentara la unidad. Y a veces, la unificación política de regiones entre las que existía cierta complementación económica, servía precisamente para disociar la unidad real basada en el intercambio bajo la ficticia unidad burocrática. Tal ocurrió con la creación del virreinato del Río de la Plata. La independencia disgregó las partes débilmente unidas por lazos burocráticos y realmente desunidas por intereses económicos contradictorios o indiferentes abriendo las compuertas a un proceso centrifugo que terminó en los actuales veinte estados desunidos de América Latina.

En América Latina se pasó de la unidad ficticia a la desunión real. La traba formidable que esto significó para el desarrollo nacional de los países latinoamericanos apenas es necesario subrayarlos y hoy son más patentes que nunca. ¿Industrialización? No puede haber industrialización sería dónde —como en Chile o Colombia, para citar dos casos— una sola fábrica de calzado equipada con la maquinaria más moderna fabricaría en un mes de trabajo todo el calzado requerido por esos diminutos mercados locales. La industria moderna solo es económica cuando produce en gran escala, pero dada la fragmentación de América Latina es una obligación producir en pequeña escala. «No toda independencia es signo de civilización. Cuando la independencia se opera en daño de la unidad de la nación y en el sentido de su dispersión en localidades impotentes, es retroceso, feudalismo y barbarie» (Alberdi, *Obras*, 4, 52). En América Latina la independencia no se hizo «en daño de la nación», porque tal nación no existía. La ficticia unidad burocrática del imperio español era un aparato inerte, sin ningún fundamento real en la vida americana, y que debía desfondarse tarde o temprano. Pero es igualmente cierto que la ausencia de intereses aglutinantes permitió que el proceso de la independencia culminase con la dispersión continental en localidades impotentes (en la época de la formación de los grandes imperios) pomposamente denominadas repúblicas.

Se ha sostenido que la Independencia fue «prematura» (Ramos, *América*, 8). En verdad estuvo a punto, en el sentido de que ya el desarrollo colonial no daba para más. La colonia ya nada tenía que ofrecer a la sociedad americana. No es cierto tampoco que la

independencia «truncó todo posterior desenvolvimiento autónomo de la economía colonial» (idem). La colonia no favorecía ningún desarrollo autónomo, de modo que mal puede la independencia haber truncado algo que no existía. Lo que la independencia logró fue favorecer el desarrollo de América Española en la única forma en que su sociedad podía evolucionar con los elementos que contenía; como apéndice económico de Europa, abastecedor y consumidor de la industria inglesa. De la dependencia política de España se pasó a la dependencia económica de Inglaterra. Se dejó de ser colonia para transformarse en semicolonía económica. Eso es todo, y no cabe lamentarse de ello más que de haber contado con campos y vacas como los del Plata y no con las piedras y bosques de Massachussets.

Es completamente antihistórico afirmar implícitamente que la Independencia fue un acontecimiento reaccionario, diciendo que quebrantó la unidad política del continente hispánico y que recién después de la independencia «la verdadera colonia comenzaba» (Ramos, *América*, 66) con la subordinación al capitalismo europeo. La llamada unidad política del continente era puramente burocrática, una especie de camisa de fuerza que no unía sino comprimía elementos diferentes y antagonicos. Y la colonia española era tan verdadera como la que impuso después el capitalismo europeo, con la diferencia de que a la explotación de este último sumaba la explotación de los intermediarios hispánicos. Por otra parte, la subordinación al capitalismo europeo en aquella época del desarrollo capitalista mundial no era lo peor que podía ocurrirle a países agropecuarios. Marx consideraba progresiva esa subordinación. Estados Unidos también pasó a ser, después de su independencia política, una colonia económica de Inglaterra. Lo trágico en Sudamérica era que los elementos del desarrollo capitalista basados en el mercado interno, es decir en el desarrollo interior de la nación, eran nulos, ya que todos los intereses capitalistas se orientaban hacia la exportación y eran esencialmente portuarios. Esta era también la situación en el sur de los Estados Unidos, pero no en el resto de su territorio, donde existían ya gérmenes capitalistas de un desarrollo industrial proyectado hacia el mercado interno. En la Argentina sólo tenían interés en el mercado interno las industrias familiares del interior, tremendamente atrasadas, sin ninguna perspectiva de desarrollo, ya que para realizar una acumulación capitalista necesitaban un siglo, mientras los productores agropecuarios del litoral multiplicaban anualmente sus capitales —a condición de tolerar un libre cambio que arruinaba a las industrias del interior. La función de la industria, resorte propulsor de la cultura moderna, como decía León Trotsky, no necesita ser demostrada. Pero se trata de la moderna industria. Aquella industria doméstica del interior no era un resorte propulsor de cultura sino de atraso, ya que sólo podía sobrevivir a condición de frenar el desarrollo capitalista de las industrias agropecuarias del litoral, las únicas que en las condiciones de entonces podían permitir una rápida acumulación de capital nacional. Esas industrias no eran en modo alguno «el germen del capitalismo naciente» (Ramos, *América*, 70) sino más bien un impedimento en el desarrollo del capitalismo nacional, que en las condiciones del Río de la Plata no era un capitalismo industrial sino agropecuario. Las industrias artesanales del interior hubieran sido germen capitalista en una sociedad feudal con una producción escasamente orientada hacia el mercado, pero no lo eran en la Argentina, donde resultaban el elemento menos capitalista de una economía ampliamente comercializada, con un sector que acumulaba grandes masas

de capital exportando hacia el mercado mundial y otro que le seguía los pasos importando desde el mercado mundial. Dado el primitivismo de sus métodos de producción esa industria tenía una escasa posibilidad de supervivencia. Pese a la baratura de la fuerza de trabajo, la industria nativa era incapaz de enfrentar la competencia extranjera, fuese en costo o en calidad (Burguin, 15). La protección a las industrias artesanales del interior hubiera sido ajustar el galope tendido del litoral hacia la acumulación capitalista al lento paso de mula de la industria del interior. Cien años después es posible escribir lúcidos ensayos sobre lo conveniente que hubiera sido realizar ese experimento, esperando que la tejeduría doméstica catamarqueña hubiera evolucionado hasta el telar automático. Pero en la realidad histórica esa clase de experimentos no son posibles, y menos aun cuando Inglaterra —dueña del mundo en aquellos días— oponía su veto.

Es completamente correcto el criterio de que los intereses ganaderos y comerciales del litoral orientaban inevitablemente el país hacia la fusión con el capitalismo europeo. Pero no hay ni una molécula de verdad en la afirmación de que la industria artesanal del interior tendía «a crear un estado histórico y económicamente nacional» (Ramos, América, 68). No existían clases capaces de realizar esta tarea, y ahí estuvo la tragedia, en el sentido hegeliano del término. El interior, con su retrasada industria artesanal, era la nación estancada, la nación sin progreso moderno, sin acumulación de capital. Buenos Aires era la acumulación capitalista, el progreso, pero a espaldas e incluso contra la nación. Unos intereses tendían hacia la nación sin progreso, otros hacia el progreso sin nación. Hacia cualquier lado que se inclinara la balanza, el resultado iba a ser supeditar el país a la gran potencia capitalista de entonces. Los productores y comerciantes del Litoral podían negociar los términos de la supeditación. El interior sólo podía aislarse durante corto tiempo tras una muralla aduanera que los cañones ingleses se hubieran encargado de aventar. En cualquiera de las dos direcciones se desembocaba en el mismísimo final.

## DESPUES DE MAYO UNITARIOS Y FEDERALES La Revolución Abrió las Compuertas a las Fuerzas Centrífugas

La estructura económica que la Argentina heredó de la colonia no era homogénea ni bien balanceada. La independencia no reconcilió las divergentes tendencias económicas latentes en el Virreinato, sino al contrario. Los conflictos crecieron en dimensión e intensidad. «La de Mayo —decía Alberdi— fue una doble revolución: contra la autoridad de España y contra la autoridad de la Nación Argentina. Fue la sustitución de la autoridad metropolitana de España por la de Buenos Aires sobre las provincias argentinas; el colonijaje porteño sustituyendo el colonijaje español. Fue una doble declaración de guerra: la guerra de la independencia y la guerra civil» (Póstumos, 108). Los problemas constitucionales y de la organización estatal se vincularon de entrada y en línea directa al conflicto de los intereses económicos opuestos de clases y regiones, y fue principalmente por esta razón que las

luchas del período de la organización resultaron tan violentas y encarnizadas (Burguin, IX).

Había, por de pronto, un claro antagonismo entre Buenos Aires y el Litoral por un lado, interesados en exportar los productos de su ganadería y comprar en cambio los productos extranjeros, y por lo tanto librecambistas, y del otro lado el Interior, carente de productos exportables, pero poseedor de una rudimentaria industria abastecedora del mercado interno para quien la libre introducción de productos extranjeros significaba la ruina. Los actores del conflicto tuvieron por cierto una neta conciencia de sus intereses. Los voceros de Buenos Aires sabían que «a la prohibición y subida de derechos sobre los efectos del exterior se sigue naturalmente la disminución del comercio extranjero y la baja de precio en los cueros y frutos de exportación, y por consiguiente, la ruina del pastoreo en Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes y Córdoba». El Interior conocía que sus industrias rudimentarias «han de ser favorecidas por la prohibición de la industria extranjera o perecer. Se dice: la riqueza casi exclusiva de Buenos Aires, Entre Ríos y Corrientes es la ganadería. Muy bien; pero en este ejercicio se ocupará cierto número de personas y quedan miles y miles sin ninguno (a no ser que todos nos reduzcamos por necesidad a ser peones de estancia, y dejar nuestras casas por buscar aquella)... nunca podrá ser la ocupación exclusiva de la república la ganadería, porque no toda ella es a propósito para el pastoreo, y no podemos ni debemos desentendernos de los intereses de una parte de ella» («Declaraciones de los diputados de Buenos Aires y del representante de Corrientes, Ferré, en Alvarez, pág. 89-94).

Pero si el Litoral coincidía con Buenos Aires en su librecambismo ganaderil opuesto al proteccionismo artesanal del Interior, sus intereses se unían a los del Interior y se contraponían de plano a los de Buenos Aires ante el problema decisivo de la Aduana. Casi todo lo que el país exportaba e importaba pasaba por la Aduana del puerto de Buenos Aires, y Buenos Aires era quien se quedaba con el jugoso producido de esa Aduana, sin dar a las restantes provincias ninguna participación en sus beneficios. «Buenos Aires —decía Ferré, hombre del Litoral, hablando por todo el país— se hace dueño exclusivo del caudal que percibe de la importación de los frutos extranjeros que se consumen en la nación y por la exportación de los que ésta produce, pues unos y otros se embarcan en su puerto, como es el único argentino y por consiguiente nacional, por cuya razón debe su producto no ser exclusivo de Buenos Aires pues... es de la nación» (idem, 68). Los estancieros de Buenos Aires tenían puerto propio, los del Litoral no. Por eso estos se unían a las provincias del interior —arruinadas sus industrias por la competencia que entraba desde el puerto de Buenos Aires— para combatir el monopolio porteño de la aduana y el puerto nacional.

Dentro de Buenos Aires, hay una rivalidad colaborante entre estancieros y burguesía comercial. Las dos vertientes de la oligarquía porteña son, ante todo, eso, porteños, es decir, defensores del monopolio de la aduana, cuyo producto las provincias querían compartir. Porque las provincias pretendieron corregir los «consejos de la naturaleza que nos ha dado —decían los oligarcas porteños— un puerto y unos campos, un clima y otras circunstancias que le han hecho físicamente superior a otros pueblos, y a la que por

las leyes inmutables del orden del Universo está afectada cierta importancia moral de un cierto rango» (Gaceta de Bs. As., diciembre 15, 1819). En mantener ese inmutable orden del Universo que otorgaba a Buenos Aires el monopolio de la aduana coincidían la burguesía comercial y los estancieros. Pero aquella pretendía unificar a todo trapo el país para ensanchar así el mercado interno con el cual ella lucraría colocando las mercaderías que importaba de Europa, sin preocuparse demasiado de la suerte de los ganaderos bonaerenses. Los estancieros, en cambio, no tenían interés en arriesgar un solo centavo de sus ganancias en pro de la unificación nacional. Del resto del país sólo querían tranquilidad, y que no perturbara la ampliación de sus empresas terratenientes sobre las vastas extensiones desiertas de la provincia de Buenos Aires. El entrecruzarse y chocar de estos intereses de clases y regiones, diversamente combinados, proyectó sobre el país la sombra de unitarios, federales montoneros y anarquía. Trataremos de precisar sus contornos en la medida imprescindible para comprender lo que sucedió después de Caseros.

El conflicto con Buenos Aires estuvo a punto de desmembrar al país en varias repúblicas liliputienses. República de Entre Ríos, República de Tucumán, etc. Bajo esta autonomía provincial exacerbada «florecieron las aduanas locales y los derechos de tránsito, esto es, el proteccionismo que debía detener a los efectos extranjeros en cuanto franqueasen la frontera de Buenos Aires. Conservóse de tal modo un mercado interno para los vinos, aguardientes, tejidos y cueros manufacturados por las fábricas criollas» (Alvarez, 42). Era una verdadera tragedia que las industrias criollas, notoriamente atrasadas, para conservar sus reducidos mercados locales, debieron fragmentar al país renunciando así a construir el gran mercado nacional. Porque éste debía fatalmente ser controlado por la burguesía porteña, y ello significaba el libre comercio, es decir, entregar el mercado nacional a la industria inglesa. La historia no brindaba ninguna salida para este círculo de hierro.

La montonera conjugó en su seno al gauchaje del litoral, privado de su tradicional modo de vida por la valorización de la carne que trajo consigo el comercio libre, con los más variados sectores de la población del interior, destruidas sus fuentes de subsistencia por la competencia inglesa. «En el campamento no faltó comida, ni se exigió trabajo, y la ocupación de las primitivas montoneras, más que guerrear, consistió en cazar vacas. El triunfo aleatorio ofreció, además, perspectivas de grados militares o empleos públicos rentados, hartos más ventajosos que el jornal ofrecido por saladeristas y estancieros» (Alvarez, 74). La montonera, «inmunda plaga de bandoleros alzados contra los poderes nacionales», según la imagen que se proyectaba en la retina de la burguesía porteña representada por Vicente Fidel López (Historia, VII, 501) era la población del litoral y del interior, privada del derecho de voltear vacas y reacia al conchabo en la estancia, una; desocupada por la ruina de las industrias que la mantenían, otra. A su frente galopaban los caudillos, representantes de los ganaderos del litoral y de los comerciantes y terratenientes del interior, empobrecidos también ellos por la política de la oligarquía comercial y estanciera porteña. En Buenos Aires no hubo montoneras, porque los estancieros y su Estado, con el privilegio del puerto, fueron capaces de proletarizar al gaucho, enganándolo como peón de estancia o de saladero, o como milico.

## Los Caudillos: Oligarquía Con Apoyo Popular

Los caudillos eran jefes bonapartistas —diríamos hoy— de las clases dominantes del Litoral y el Interior en lucha contra la oligarquía porteña. Los caudillos se apoyaban en el gauchaje y en las masas desposeídas del Interior porque éste era el único elemento con que contaban para oponer al ejército de línea porteño. Y es comprensible que, apoyados en la masa, hayan asustado, e incluso hostigado, no sólo a las clases dominantes porteñas, sino a las clases dominantes del Interior cuyos intereses antagónicos con los de Buenos Aires defendían las montoneras. Aunque educado y perteneciente a una clase notable de Salta, Martín Güemes manifestó siempre una tendencia a halagar las pasiones de las multitudes para conquistarse su afecto y dividir las de las clases cultas de la sociedad, haciendo de ellas el pedestal de su elevación» (Mitre, Belgrano, 302). Pero de todo esto no se desprende nada en favor de la temeraria afirmación de que «apoyándose en las clases más bajas y oprimidas los caudillos montoneros atacaban a las clases dominantes de la sociedad» (Puiggrós, Herencia, 15). Los caudillos pertenecían por origen e intereses a estas clases dominantes. "Ninguno de nuestros caudillos fue gaucho por la simplísima razón de que todos, sin excepción quizás, comenzaron o al menos terminaron, como patronos estancieros... ¿Quién pudo animarse entonces a ver que había una insalvable antinomia entre los gauchos y los caudillos fuesen estos doctores o comandantes de campaña» (Franco, Rosas). Se atribuye a Facundo Quiroga hablar despectivamente de los ricos. Pero Facundo —explica indignado su bisnieto— no era un gaucho ignorante, porque provenía de un hogar linajado y culto. Se crió bajo la tutela de sus padres, don José Prudencio Quiroga —descendiente del Rey visigodo de España don Recaredo, muerto en el año 601— y doña Juana Rosa Argañaraz, de familia también noble, en la estancia San Antonio, en La Rioja, con las comodidades que permitían la enorme fortuna de don José Prudencio y Doña Juana Rosa. Decir que Facundo hablaba con desprecio de los ricos equivale a reconocerlo un pobretón, cuando en verdad poseía una fortuna inmensa, parte habida en herencia de sus padres y parte proveniente del acrecentamiento de ella en explotaciones ganaderas. Actas de gobierno certifican que Facundo prestó al erario público sumas que totalizaban millones y que costó de su peculio sus campañas en defensa del federalismo y soberanías provinciales» (La Nación, julio 21, 1956). Y agreguemos que Facundo estaba casado con una dama «de la primera sociedad de la Rioja» (Peña, 36). Por otra parte, «es verdad que los grandes caudillos estuvieron estrechamente vinculados a la vida rural, pero todos pertenecieron a la ciudad, íntimamente vinculados a ellas y hasta interesados en su vida económica. Eso del gaucho-caudillo es un novelón. La mayor parte de tales caudillos de su pueblo fueron de origen aristocrático» (Sierra, Ideas, 125). Los caudillos, si bien populares entre las masas gauchescas en su calidad de propietarios de haciendas y jefes de milicias, no representaban solamente a la clase popular, sino también a la opinión culta y urbana de sus provincias y contaban con asesores prestigiosos, abogados o clérigos... Ellos mismos no surgían del populacho, sino de la burguesía «decente» y afincada, como Artigas y López, cuando no entroncaban, como Ramírez, con la más rancia nobleza colonial» (Palacio, I, 245). Urquiza, por su parte, acusó de impostor y exigió que le rindiera cuentas a quien osó afirmar que él era gaucho y su madre una china... (Coni, Gaucho, 250).



Es pura novelería la afirmación de que las masas participaban en la montonera «con sus reivindicaciones propias; tierra y pan» (Puiggrós, Caudillos, 126). Si hubiera agregado «paz» los propósitos de las montoneras hubieran sido los mismos que las consignas bolcheviques de 1917 y el novelón histórico hubiera resultado más bonito y conmovedor, pero no por ello más verídico. Las masas montoneras querían, desde luego, pan. Y precisamente engrosaban la montonera porque las antiguas modalidades de producción estaban destruidas y no podían ya ganarse su pan como tradicionalmente lo hacían. Pero «tierra» no buscaban ni les interesaba. A los gauchos del Litoral ofrecerles una parcela hubiera sido insultarlos. A los trabajadores del Interior no era tierra lo que les hacía falta, sino protección aduanera para sus industrias regionales. Las montoneras no aportaban consigo un nuevo orden de producción. Se oponían a la oligarquía porteña, pero no podían contraponer ningún régimen de producción distinto a aquel en que se fundaba el poderío de la oligarquía porteña. Las montoneras no eran progresivas en el sentido hegeliano de la palabra, es decir, no significaban el tránsito a otro sistema social. En este sentido —y en este sólo— las montoneras argentinas se parecen a las insurrecciones cosacas de Pugachev y Stenka Razin contra el zarismo moscovita. Como éstos, si las montoneras hubieran aplastado a Buenos Aires poniéndose a la cabeza de la Nación, se hubieran visto forzadas a reconstruir lo destruido, porque no podían organizar la sociedad de ningún otro modo.

Por otra parte, las montoneras eran indiscutiblemente fuerzas democráticas. No democrático-burguesas, sino democráticas en el sentido de que representaban a la mayoría del país en su lucha contra la oligarquía. La estructura de la colonia había sido decisivamente capitalista pero con grandes sectores precapitalistas. Ejemplos claros eran las industrias familiares del Interior y la población flotante de las campañas, que se vinculaba al circuito capitalista cuando entregaba el cuero de la vaca volteada o se conchaba muy transitoriamente en una estancia, pero luego se mantenía al margen de la producción. La oligarquía porteña, comerciantes y estancieros, coincidían —con diferencias de táctica— en afianzar la estructura capitalista de la nación a costa de todos los elementos precapitalistas. Su propósito era liquidar al gaucho privándole del libre usufructo de la carne y obligándolo por la fuerza a proletarizarse, empleándose en estancias o saladeros. Y era también propósito de la oligarquía porteña ampliar su intercambio con el extranjero aumentando las importaciones a expensas de las industrias del Interior. Estos objetivos eran, desde luego, antipopulares y sólo contaban con el apoyo de la oligarquía porteña, que se beneficiaba con su realización, y con el apoyo de los escasos núcleos comerciales del Interior que se habían enfeudado a ella, y de la pequeña burguesía intelectualizante de Buenos Aires. La política de la oligarquía porteña era, en síntesis, ampliar y profundizar su acumulación capitalista, mientras que todo el resto del país deseaba proseguir tranquilamente reproduciendo el modo de producción y de vida existentes.

## Oligarquía Antinacional y Democracia Bárbara

Precisamente porque se orientaba en el sentido de la acumulación capitalista, no hay por qué dudar de que la política de la oligarquía porteña era la política de «la civilización» es decir, tendía a construir una civilización capitalista semicolonial, basada en la producción de alimentos y materias primas para el mercado mundial, con todas las restantes actividades del país subordinadas a ésta. La mayoría del país no tenía nada que ganar y sí mucho que perder con el advenimiento de tal civilización, y es comprensible su oposición a ella. La oligarquía porteña no podía ser democrática, aunque era indudablemente burguesa, porque era infinitamente minoritaria. La montonera era democrática, como expresión de la mayoría del país, pero era indudablemente contraria a la acumulación capitalista y a la definitiva estructuración capitalista del país.

La oligarquía porteña no ignoraba que la montonera encarnaba el sentir mayoritario del país, y cuando no podía descartarla calificándola de tropa de bandoleros, salía del paso diciendo que era una democracia bárbara, opuesta a la democracia civilizada de Buenos Aires. A Mitre pertenece esta genial distinción. Como decía Alberdi «no pudiendo sostenerse que el pueblo, por semibárbaro que se lo suponga, pueda ser opuesto a la democracia, es decir, al derecho de ser su propio soberano, se han distinguido dos democracias —la del pueblo y la del gobierno. La una se ha llamado bárbara, la otra civilizada. Los hombres de principios, los apóstoles de la verdadera democracia, en la narración de Mitre, son naturalmente los que están en el Gobierno, los que mandan el ejército, los que componían la Logia. Naturalmente, habitan en las ciudades. El elemento semi-bárbaro es esencialmente el pueblo de la campaña, la multitud de gente, las masas que montan a caballo. Y como América está a medio poblar y las ciudades son chicas y escasas, según esa división, la mayoría de su pueblo, que está fuera de las ciudades, forma el elemento semibárbaro, la democracia semibárbara» (Póstumos, V, 157).

Pero en esa distinción de democracia civilizada y democracia bárbara estaba ya contenida toda la política de la oligarquía porteña de imponer su dictadura, de arrasar a la mayoría del país en nombre de la civilización, es decir, de su acumulación capitalista. Bien decía Alberdi: «No sé si puede existir una democracia bárbara, pero sí sé que ese modo de calificarla es bárbaro, y que el sentido de esa calificación es un barbarismo; pues si toda democracia supone un alto grado de madurez en el pueblo reputado capaz de ejercerla, el decir democracia bárbara equivale a decir civilización bárbara, cultura bárbara, progreso bárbaro, es un colmo, un contrasentido. Distinguir la democracia en democracia bárbara y democracia inteligente es dividir la democracia; dividirla en clases es destruirla, es matar su esencia que consiste en lo contrario a toda distinción de clases. Democracia bárbara, quiere decir, soberanía bárbara, autoridad bárbara, pueblo bárbaro. Que den ese título a la mayoría de un pueblo los que se dicen «amigos del pueblo», «republicanos» o «demócratas», es propio de gentes sin cabeza, de monarquistas sin saberlo, DE VERDADEROS ENEMIGOS DE LA DEMOCRACIA» (ídem, 183).

Puesto que contrariaba los intereses de la mayoría de la población y las regiones del país, el desarrollo de la acumulación capitalista —de la civilización capitalista en la única forma en que podía darse en aquel momento en la Argentina, es decir, como capital semicolonial, atrasado y agropecuario y comercial, determinaba fatalmente una política oligárquica y antidemocrática. El desarrollo capitalista en la Argentina no conducía a la democracia, sino a la oligarquía. La democracia era la montonera, los caudillos, y estos estaban en contra del avance de la acumulación capitalista. Esto también lo vio Alberdi con envidiable claridad: «Los caudillos son la democracia. Como el producto no es agradable, los demócratas lo atribuyen a la democracia bárbara. ¿Cuál es esta? La democracia del pueblo más numeroso y menos instruido y rico, antítesis de la democracia del ejército de línea y del pueblo instruido y rico que es minoría en América». Luego los caudillos, que se respaldaban en esas masas aferradas a sus condiciones de vida precapitalistas, «son los representantes más naturales de la democracia de Sudamérica, como ella es pobre, atrasada, indigente» (idem, 203). «Mitre y los de su escuela liberal... quieren reemplazar los caudillos de poncho por los caudillos de frac; la democracia semibárbara que despedaza las constituciones republicanas a latigazos, por la democracia semicivilizada que despedaza las constituciones con canchas rayadas; la democracia de las multitudes de la campaña, por la democracia del pueblo notable y decente de las ciudades; es decir, la mayoría por las minorías populares, la democracia que es democracia por la democracia que es oligarquía (idem, 204).

## La Presencia de Inglaterra Refuerza a la Oligarquía Bonaerense

A los múltiples conflictos entre las clases y regiones argentinas sumábase, agravando los conflictos, la acción de un factor extranacional como era el capital comercial inglés, la industria inglesa y, en menor medida, el capital bancario londinense. Pocas comunidades de intereses internacionales eran tan evidentes como la que unía al capitalismo inglés con la burguesía comercial y estancieril de Buenos Aires. Comunidad que, desde luego, dada la desproporción de poderío, sólo podía significar que los integrantes argentinos de esa sociedad eran socios menores, en ocasiones reducidos a simples mandaderos de la metrópoli.

La acción de Inglaterra tendía, desde luego, a reforzar la política de la oligarquía porteña en el sentido de acelerar la acumulación capitalista a expensas del resto del país. «La existencia material de Inglaterra se halla fundada en el comercio y la industria. Los ingleses han tomado sobre sí el gran destino de ser los misioneros de la civilización en el mundo entero; su espíritu mercantil les impulsa a recorrer todos los mares y todos los países, a entablar relaciones con los pueblos bárbaros, a despertar en ellos las necesidades y la industria, sobre todo a asegurar las condiciones del comercio» (Hegel, 835). Inglaterra aspiraba a «convertir a todos los demás «países en simples pueblos de agricultores, reservándose ella el papel de fabricante» (Marx, *Capital*, I, 2). Asegurar las condiciones del comercio, de su comercio, era también el propósito de la oligarquía porteña. Contra la

anarquía y la montonera, contra las industrias del Interior y el gaucho, por la acumulación capitalista —la «civilización»— tal era el programa en el que coincidían la oligarquía porteña e Inglaterra, contra la mayoría del país.

Esta coincidencia fundamental de intereses permitió la penetración y la influencia británica en el país. No se trata de la venalidad de un ministro, ni del utopismo de Rivadavia, ni del ingenuo deslumbramiento «civilizador» de algunos ideólogos europeizados. Estos factores tuvieron su influencia —a no dudarlo— pero sólo reforzaron una tendencia de fondo sin la cual por sí mismos hubieran sido impotentes. Rosas no aceptó coimas de los ingleses, ni era utopista, ni era un ideólogo agringado, ni se caracterizaba por su vocación civilizadora y europeísta. Sin embargo, fue un inmejorable amigo de Inglaterra y su gobierno contribuyó a robustecer la oligarquía anglo-criolla. Es que los intereses económicos de la oligarquía porteña la empujaban irresistiblemente a la sociedad con Inglaterra, cualquiera fuese su equipo político o ideología gobernante.

A comienzos de 1811, en la calle 25 de Mayo y Cangallo —barrio donde cien años más tarde estaría radicado el centro financiero y bancario de la nación— se estableció la British Commercial Room o Sala de Comercio Británica. «Establecimiento genuinamente inglés, fundado por ingleses y para los ingleses, los hijos del país, según su reglamento, no podían ser socios, pero había cierta complacencia para determinados comerciantes y barraqueros fuertes como del Zar, Santa Coloma, Sáenz Valiente, Almagro y otros que iban allí a finiquitar sus transacciones comerciales» (Batolla, 80). Y es singular la complacencia que mostró desde el comienzo con los grandes bonetes de la oligarquía porteña, varios de los cuales eran —nótese bien— rosistas, es decir del sector menos pulido de la sociedad. Así nació la Cámara de Comercio Británica en la República Argentina, donde un día habrían de proclamarse las candidaturas a presidentes de la nación. La influencia de esta colectividad comercial, respaldada por los cañones de la flota británica, y, sobre todo, por la necesidad que tenía la oligarquía porteña del mercado, los barcos y las mercaderías inglesas, queda indicada por algunos datos bien concisos: Según comunicación del cónsul inglés en Buenos Aires, remitida a Canning en julio de 1825, de los comerciantes porteños «puede considerarse que dos tercios son británicos» (Webster, 175). Dos años antes, el mismo cónsul había informado al mismo Canning que la mitad de la deuda interna y «la mejor parte de la propiedad más valiosa de la ciudad» estaban en manos de los residentes británicos (Jenks, *Migration*, 353). Y esto, desde luego, se traducía al plano político. El entonces encargado de negocios norteamericano, residente en Buenos Aires desde 1820 a 1831, escribe en sus memorias que en el Río de la Plata los comerciantes ingleses tienen más influencia que los gobernantes y que «Inglaterra deriva de este país los beneficios de una dependencia colonial» (Forbes, 324).

El rasgo decisivo del imperialismo capitalista es la exportación de capital y en este sentido recién puede hablarse de una política imperialista de contenido capitalista a partir, más o menos, de 1870. La característica del imperialismo es que adquiere la propiedad de los medios de producción o de cambio en otros países, y de ese modo se apropia de una parte del producto de estos países, transfiriéndolo a la metrópoli como cosa propia. No era este el tipo de explotación que practicaba Inglaterra en la Argentina antes de

1860. La explotación se ejercía esencialmente a través del comercio, llevándose la mayor parte de la riqueza y el metal existente en el país mediante un procedimiento que un comerciante inglés, principalísimo ejecutor del mismo, describía claramente: «Por la mayoría de los cueros que compramos pagamos unos tres y medio peniques por libra. Tres meses después eran vendidos en Buenos Aires a unos cinco peniques y medio por libra; y quizás seis meses después se vendían en Liverpool y Londres de nueve a diez peniques por libra a los curtidores. Suponiendo que un cuero con otro diera veinte chelines, producía entonces exactamente diez veces el importe que el estanciero recibía por el animal en su establecimiento. Sin duda muchos de los cueros de novillo, de ternero y de yeguarizo así vendidos, y transportados, a Inglaterra, volvían por el mismo camino convertidos en botas y zapatos, y el estanciero hubiera podido advertir que para obtener el mismo material que vendió, se había visto obligado a dar veinte novillos; o que, necesitando muy poco cuero para calzar su pie, había debido ceder al efecto cuarenta o cincuenta caballos y yeguas» (Robertson, Cartas, 268).

Ese era el principal sistema de explotación de los países atrasados en la época del capitalismo de libre competencia. Pero suele olvidarse que en la década de los 20 del siglo XIX, hubo en Inglaterra un corto período en que el capital bancario buscó colocación en muchos países atrasados, notablemente en Latinoamérica, y se produjo una onda de exportación de capital que prefiguró, en pequeña escala, muchas de las características que tendría el imperialismo unos 50 años más tarde. (El fenómeno ha sido descrito y analizado por Jenks en *The Migration of British Capital to 1875*). Entre 1820 y 1830 el capital londinense y sus prolongaciones en Latinoamérica trataron de poner en práctica la recomendación de Canning: «Los hechos están ejecutados, la cuña está impelida. Hispano América es libre y si nosotros asentamos rectamente nuestros negocios, ella será inglesa» (Temperley, Canning). Bancos y empresas mineras en la Argentina, otras en Colombia, un ferrocarril a Caracas, un canal a través de Nicaragua, tales eran algunas de las empresas que interesaban a los banqueros ingleses (Jenks, 56). Y, además, empréstitos a los recién nacidos Estados. De todo ello lo único tangible es que América Latina emergió con una deuda externa de 26 millones y medio de libras esterlinas, «por cuya ayuda que les fue prestada en momentos de suma necesidad han alcanzado su independencia», según decía Lord Palmerston (Webster, 772); independencia de España, que se trastocó en dependencia de Inglaterra.

En la Argentina se interesó Baring Brothers. En 1823 Baring y Rotschild habían inspirado a Lord Byron algunas estrofas que entre otras cosas decían:

¿Quién tiene el balance del mundo? ¿Quién reina sobre los congresos, realistas o liberales? ¿Quién subleva a los descamisados patriotas de España? ¿Quién hace chillar y balbucear a todos los diarios de la vieja Europa? ¿Quién mantiene al mundo, el viejo y al nuevo en el dolor o el placer? El Judío Rotschild y su compañero cristiano Baring.  
(Don Juan, canto, XII).

La primera transacción de Baring con el Estado Argentino fue el empréstito de 1824, que viene a ser algo así como el ideal del usurero universal. De este empréstito de un millón de libras el país sólo recibió 560.000 en letras, que acabaron de pagarse en 1904, después de haberse abonado ocho veces el importe recibido (Longoni, 9).

El endeudamiento con Inglaterra tuvo consecuencias de mayor trascendencia que la descapitalización del país. Cuando el correntino gobernador Ferré le pregunta al anglocriollo Ministro Manuel García por qué no se protege la industria nativa, no viendo la razón de que «nuestros paisanos se pongan ponchos ingleses». García le responde (dándole la clave mayor de la historia patria, como dice Luis Franco): «no estamos en circunstancias de tomar medidas contra el comercio extranjero, particularmente inglés, porque hallándonos empeñados en grandes deudas con aquella nación nos exponemos a un rompimiento que causaría grandes males».

Para visualizar más claramente lo que significa para el débil Estado Argentino la fuerte red de intereses ingleses que lo rodeaban, conviene hechar una mirada sobre la influencia que hacia mil ochocientos treinta tenía Baring Brothers en Estados Unidos, cuya burguesía era infinitamente más poderosa y tenía intereses nacionales mucho más firmes que los de la oligarquía porteña, que «cree que la República Argentina es Buenos Aires y acaso una franja del Litoral, y que toda la civilización se reduce al comercio con el extranjero» (Franco, Paz 139). En la década de los treinta del siglo pasado varios estados yanquis repudiaron las deudas contraídas con la banca londinense. Baring Brothers tomó a su disposición al jurista más destacado de los Estados Unidos para que demostrara que era ilegal la suspensión de los pagos. Y además Baring remuneró generosamente al clero yanqui para que demostrara que era inmoral no pagar a los Baring, y lo mismo hicieron con la incorruptible prensa norteamericana (Ver Hidy, *The House of Baring*, 270, 284, 314, 318-9). En la Argentina no necesitaban apelar a esos complejos recursos. El cónsul inglés en Buenos Aires se movía con discretas referencias a la flota y adecuados obsequios de cajas de rapé y efigies de su Majestad Británica «con hermosos marcos» (Webster, 4, 160). Con eso alcanzaba. Evidentemente, la influencia británica en Buenos Aires era desmesurada y se hacía sentir intensamente sobre el gobierno, reforzando la política portuaria de la oligarquía bonaerense en el sentido de la acumulación capitalista y la estructuración de una economía que permitiera exportar e importar en las mayores cantidades. Y la naturaleza colonizadora de esa influencia debe haber sido advertida por muchos otros, aparte del encargado de negocios yanqui. Así lo hace entrever un editorial del diario *El Nacional*, que en 1824, apoyando «una marcha liberal e ilustrada que atraiga de afuera brazos y capitales» y ponderando la desafortunada sociedad minera que se constituyó en Londres para explotar las minas que en La Rioja cobijaba el poncho de Facundo Quiroga, decía que «es oportuno esperar que la banda de aristarcos perpetuos que existe en Buenos Aires... no supongan también que ese establecimiento tiene tendencia a recolonizarnos como han tenido la sandez de suponerlo respecto de los tratados celebrados con la nación británica» (subr. nuestro, citado por Peña, Quiroga, 101-02).

Y para terminar con esta breve delimitación de la influencia inglesa en los primeros años de la independencia, conviene señalar que, hasta dónde permiten suponer los documentos actualmente conocidos, el primer gobernante argentino que fue derrocado por Inglaterra —en combinación directa o indirecta con fuerzas internas, por supuesto— fue Rivadavia, que es también el primero que intentó una organización del país basada en el capital inglés. «Rivadavia cayó del gobierno sin que su partido dijera una sola palabra para sostenerlo. Lord Ponsonby, el mediador inglés, en la guerra con el Brasil, había decretado su derrocamiento» (Sierra, Ideas, 343). «La diplomacia inglesa no lo perdonó nunca y fue implacable con él. El 15 de julio de 1827 Lord Ponsomby escribía a Canning: "Los diarios pagados por el señor Rivadavia difamaban constantemente a la legación de Su M., insinuando contra ella las peores sospechas y describiendo sus actos como dirigidos a acarrear deshonor y agravio a la República". Poco después, el 20 de julio de 1827, Ponsomby escribía a Canning: "Confío en que esta aparente prevención contra Inglaterra cesará cuando la influencia y el ejemplo del señor Rivadavia hayan caducado del todo". Cinco días después Rivadavia renunciaba a la presidencia y se disolvía para siempre en el silencio histórico» (Scalabrini, Política, 48). Posiblemente Baring Brothers no debe haber sido ajeno a la hostilidad de Canning y sus agentes contra Rivadavia. Habrá que rastrear en los archivos británicos el significado de las siguientes palabras enviadas por Lord Ponsonby a Canning, desde Buenos Aires, en octubre de 1826: «Experimento algo más que pesar ante la ceguera del Presidente para con los verdaderos intereses de su país... Ha sostenido la guerra recurriendo a un sistema de papel moneda de la peor naturaleza, habiendo previamente en Londres, en un acto de estupidez, sacado los negocios monetarios de este país de manos de Alexander Baring y poniéndolas en las de Hullett y Co.» (subr. nuestro, Webster, 223). Last but not least. (Según consta en la «Historia de la Confederación Argentina» de Saldías, Dorrego, sucesor federal del unitario Rivadavia le regaló a Lord Ponsonby doce leguas de tierra). ¿Recompensa por haber tumbado a Rivadavia y segregado al Uruguay?

## El Unitarismo: la Aduana al Servicio de los Intereses Porteños

Buenos Aires, Litoral, Interior, anarquía, montonera, burguesía comercial, estancieros, capital inglés: todos esos conflictos regionales y de clase tuvieron una expresión final más o menos bien definida en la lucha entre unitarios y federales. Lo menos decisivo de los problemas que escindieron al país en estos dos grandes partidos era la cuestión, que les daba nombre, de la organización constitucional unitaria o federativa. No por casualidad, desde el punto de vista de las relaciones entre las provincias y el poder central, el gobierno federal de Rosas fue el más unitario y centralizado en Buenos Aires que conociera hasta entonces el país. Lo que había en el fondo de aquella lucha eran hondos antagonismos económicos.

La provincia de Buenos Aires tenía una economía monoprodutora y necesitaba importar no sólo productos industriales de Europa, sino también alimentos, muchos de los cuales provenían del Interior. La demanda bonaerense suministraba así la base para un

intercambio comercial entre Buenos Aires y las provincias del Interior, relación en la cual la ciudad de Buenos Aires desempeñaba un papel predominante. Buenos Aires era el principal abastecedor de las provincias, (con productos extranjeros que arruinaban sus industrias) y el principal consumidor de los productos provincianos. En esta forma gran parte de la República quedaba bajo la hegemonía comercial de su puerto más importante y, a su vez, los intereses de la ciudad portuaria tendían a abarcar todo el país y a sobrepasar los límites comparativamente estrechos de la provincia de Buenos Aires, cuya capital era. Los comerciantes, los banqueros, todos aquellos cuya prosperidad estaba más o menos ligada al comercio, aprendieron bien pronto a pensar en términos de una economía nacional —en el sentido de que abarcaba todo el país y no sólo la provincia de Buenos Aires— (Burguín, 35). En este sentido, los intereses de la burguesía comercial y bancaria porteña chocaban no sólo con los intereses del Interior —cuyas industrias eran arrasadas o explotadas por el comercio porteño— sino también con los intereses de los ganaderos de Buenos Aires, cuyas actividades económicas rara vez traspasaban las fronteras provinciales. Pero para poder disfrutar sin dificultades de todo el mercado nacional la burguesía porteña necesitaba unificar el país y, desde luego, unificarlo bajo la hegemonía librecambista de Buenos Aires. Por eso la burguesía comercial porteña era unitaria, y también lo eran sus filiales en el interior.

Unificar el país, rápidamente y sin apelación, bajo la hegemonía de Buenos Aires para hacer de toda la nación un solo mercado donde comprar y vender en beneficio de la burguesía porteña y sus socios ingleses. Pero no sólo comprar y vender sino hacerlo en escala creciente, despertando nuevas necesidades en la población, aumentando la población misma, ampliando el mercado y los medios de satisfacerlo, o sea, en síntesis, civilizar el país en el sentido capitalista que interesaba a la burguesía comercial, intermediaria de la industria inglesa, y sin sentido industrial propio. Tal era el programa del partido unitario. Rivadavia fue el más completo intento de realizar este programa.

No por casualidad fue Rivadavia quien propició la Bolsa de Comercio, que quedó constituida bajo su gobierno. Toda su obra tiende, objetivamente, a transformar el país en beneficio del comercio de Buenos Aires. Y para esa transformación Rivadavia confiaba en el apoyo del capital inglés, que precisamente en esa época tiene un corto raptó de entusiasmo por las inversiones en el extranjero y particularmente en América Latina. Detrás de cada uno de los grandes proyectos transformadores de Rivadavia está una empresa o el proyecto de una empresa británica, y ello dice bien a las claras de la debilidad de la burguesía comercial porteña, clase desvinculada de la producción, intermediaria entre los productores ganaderos y la industria inglesa, que era impotente para realizar sus más caros sueños sin arrojarlos en brazos de Londres.

Rivadavia comprendía la importancia de desarrollar la agricultura y colonizar la pampa para ampliar el mercado interno, pero la única forma concreta que encuentra para realizar esa tarea es formar una sociedad de colonización con los banqueros londinenses. (Longoni, 86, 10, 116). Piensa remodelar Buenos Aires, y para ello confía en la River Plate Building Association, vinculada a los gestores del siniestro empréstito Baring de 1824 (Longoni, 10). Pensaba explotar los minerales de La Rioja y también para eso organiza una

inevitable River Plate Mining Association cuyo directorio encabeza con un sueldo anual de £ 1.200), que encuentra competidores criollos en su camino, y, para sacárselos del paso, la burguesía comercial porteña dicta una ley bancaria que hace tabla rasa de la autonomía provincial de La Rioja. Y quizá lo más revelador de la influencia inglesa no sea esto, sino el hecho de que en la empresa criolla que disputaba el terreno a la River Plate estaban no sólo Facundo Quiroga y los Anchorena, sino también, y muy a la cabeza, Guillermo Robertson, el agente de los Baring Brothers y gestor del empréstito de 1824!! (Longoni, 133).

Otro de los puntales de la política rivadaviana de creación de un gran mercado interno en beneficio del comercio porteño, fue el Banco de Buenos Aires. Este banco «era el símbolo y la fuente del poder de la aristocracia monetaria y del partido unitario» (Burguín, 95). Pero este banco, «de 702 accionistas que tenía en enero de 1823, 381 eran comerciantes ingleses; al año siguiente, sobre 838, 454 pertenecían al comercio británico, y poco antes de refundirse la institución en el Banco Nacional, sobre el mismo total antes mencionado, 589, es decir, más de dos tercios, eran ingleses» (Longoni, 185).

En fin, la obra más duradera de Rivadavia —trágicamente duradera para el país— que fue la enfiteusis, también respondió a compromisos contraídos con el capital inglés por la burguesía comercial porteña. Para su programa de organización capitalista Rivadavia no halló mejor sostén que el capital inglés. Para garantizar los préstamos del capital inglés, no había mejor garantía que hipotecar la tierra pública. Así nació la enfiteusis. La ley del 7 de Febrero de 1826 lo establecía sin lugar a dudas: «Quedan especialmente hipotecados al pago del capital e intereses de la deuda nacional, las tierras y demás bienes inmuebles de propiedad pública, cuya enajenación se prohíbe en toda la Nación» (Coni, Verdad, 41). Baring Brothers podían dormir tranquilos. ¡Toda la tierra pública argentina respaldaba sus préstamos!

Pero mientras trazaba planes para desarrollar el mercado interno, mientras buscaba capitales en Londres y desde el Banco de la Provincia facilitaba especulaciones que enriquecían a la burguesía comercial anglo-criolla, la política rivadaviana ponía al descubierto la debilidad básica de la burguesía comercial —clase desvinculada de la producción y puramente intermediaria desinteresándose de la suerte de la ganadería, fundamento de toda la vida económica bonaerense. «El malestar de la campaña se había acentuado bajo el gobierno de Rivadavia. Los estancieros, desmoralizados, no recibían más auxilio que los que ellos mismos se procuraban con sus propios medios; estaban expuestos a los bandoleros y a las entradas de los indios, quienes ante la debilidad del gobierno, cuya acción no se hacía sentir en defensa de los hacendados, menudeaban sus ataques con una frecuencia de la que no había ejemplo en épocas anteriores» (Ibarguren, Rosas, 96), Rivadavia conquistaba el futuro, pero entre tanto los indios conquistaban la provincia de Buenos Aires y el gauchaje se alzaba más que nunca contra la obligación de conchabarse en estancias y saladeros. El intento de la burguesía porteña de crear un mercado interno nacional fallaba por la base ya que el único elemento real con que esperaba contar era el capital inglés, mientras que olvidaba y contradecía los intereses del sector capitalista más sólido y decisivo existente en el país, es decir, los estancieros de Buenos Aires.

Pero no era solamente su incapacidad para mantener el orden en la campaña y asegurar las condiciones mínimas de la acumulación capitalista estanciero-saladeril lo que le imponía a los estancieros contra la política unitaria de la burguesía comercial porteña. Había muchos otros puntos de fricción, nada «ideológicos» por cierto.

## Roces entre los Estancieros y sus Socios Federales

El unitarismo significaba disponer de los fondos de la aduana porteña para una política nacional manejada desde Buenos Aires. Por lo tanto, el estado bonaerense, iba a ver mermados sus recursos y ello implicaba aumentar los impuestos que recaían sobre los estancieros. Por otra parte, el programa de centralización, en la medida en que prometía eliminar las aduanas interprovinciales y hacer accesible a los artículos extranjeros todo el mercado interno, expresaba en términos políticos los intereses de todos los vinculados a la expansión del comercio interno y externo. De modo que dentro de la provincia de Buenos Aires el problema de la organización estatal giraba en torno a la lucha de dos tendencias: una subrayaba el comercio como fuente de la riqueza nacional y base de la prosperidad económica; la otra contemplaba la expansión de la ganadería dentro de la provincia y relegaba el comercio a una posición subordinada (Burguín, 17). Cuando Rivadavia dictó la ley capitalizando a la ciudad de Buenos Aires, surgió «entre los porteños, el espíritu provincialista, que se alía a los federales. En ese grupo forman la mayoría de los estancieros, o sea, de la auténtica aristocracia de la provincia, a los que apoya la plebe» (Sierra, Ideas, 341). El testimonio es inapelable, por provenir de un apostólico defensor de esa «auténtica aristocracia» con olor a bosta de vaca, como decía Sarmiento.

Por otra parte, el Banco de Buenos Aires —que como ya dijimos era el símbolo y la fuente del poder de la burguesía comercial unitaria— no daba préstamos adecuados a los estancieros, ya que sus adelantos a corto plazo sólo servían al comercio (Burguín, 59). Se explica así que Anchorena, dirigente de los estancieros y saladeristas bonaerenses, en 1828 pusiera el grito en el cielo por el extranjerismo del Banco, atacándolo violentamente (Longoni, 187). Y, englobando y superando todos estos antagonismos parciales, estaba la diferencia fundamental en torno a la relación entre Buenos Aires y el resto del país, que era en el fondo la lucha en torno a la posición de estancieros y saladeristas por un lado y burguesía comercial por otro dentro de la Provincia. Los hacendados no podían coincidir con el programa constitucional de los unitarios. La solución unitaria del problema constitucional era claramente desventajosa para los intereses de la industria ganadera. Porque la centralización política significaba la nacionalización de las rentas de aduana, y esto a su vez significaba que el gobierno provincial, privado de su más importante fuente de ingresos, se vería forzado a imponer nuevos impuestos y aumentar los existentes. Y los estancieros y saladeristas bonaerenses eran enemigos irreductibles de los impuestos en general y de los impuestos a la exportación en particular (Giberti, 96). La nacionalización del puerto de Buenos Aires y la apertura de los puertos ultramarinos sobre el río Paraná anularía ciertamente las ventajas que los productores porteños de carne y cueros tenían sobre sus competidores de Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos. Además, era probable que en

un régimen unitario el gobierno central dedicaría su tiempo y recursos al desarrollo del interior, más que a continuar el programa de expansión territorial hacia el Sur. Este temor de los estancieros no estaba desprovisto de fundamentos. El interés fundamental de los unitarios estaba en expandir los mercados internos y ligarlos a Buenos Aires y a otros puertos. De modo que el gobierno de Rivadavia, demasiado ocupado para considerar las recomendaciones de Juan Manuel de Rosas sobre el problema de proteger la frontera de Buenos Aires contra los ataques del indio, consideraba detenidamente el proyecto de un canal que ligara los ríos Bermejo y Paraná. Era claro para los ganaderos —y para la población de la Provincia de Buenos Aires en general— que lejos de ganar con la consolidación política sobre bases unitarias, debían perder los privilegios de que disfrutaban en la Confederación. Y si alguna duda tenían, les fue aclarada por el proyecto de Rivadavia de federalizar la capital de la provincia (Burquin, 105).

No olvidemos tampoco que la política de la burguesía comercial de poblar el campo con colonos para desarrollar la agricultura iba directamente en contra de los intereses estancieriles. La debilidad de la agricultura —casi inexistente— en todo el período que consideramos se debe en medida no pequeña a la actitud de los ganaderos. Los hacendados sabían perfectamente que una agricultura fuerte y próspera podía afectar adversamente los precios al aumentar la demanda de tierra. La expansión de la agricultura amenazaba exterminar la posición monopolista de los hacendados, quienes hasta entonces eran los únicos compradores o tenedores importantes de la tierra pública. No es extraño entonces que la legislatura provincial diera solo un apoyo reticente a las medidas destinadas a fomentar la colonización agrícola. En 1828, Tomás Anchorena, líder parlamentario de los ganaderos, pidió que se prohibiera a los extranjeros arrendar tierras directamente del gobierno. La actitud hostil de los estancieros, que veían en la colonización una amenaza para sus privilegios en la distribución de la tierra, lleva al gobierno a suspender en enero de 1829 todos los contratos con colonizadores (Burquin, 24-33).

Sin embargo, estos conflictos sustanciales entre estancieros y burguesía comercial, no impedía el acuerdo que los unía en cuestiones decisivas. Ambas clases eran porteñas y claramente capitalistas. Ambas coincidían en que Buenos Aires explotara al resto del país desde su puerto privilegiado. Las dos coincidían también en afianzar la acumulación capitalista, proletarizando al gaucho y consolidando la propiedad de la tierra. Ambas coincidían, también, en mantener excelentes relaciones con Inglaterra. Por eso la oposición de los estancieros contra Rivadavia no les impidió coincidir con varios aspectos de su política. Apoyaron por supuesto el decreto rivadaviano de abril de 1822, que perseguía la vagancia implantando el sistema de papeleta, que condenaba al gaucho a transformarse en peón o soldado (Longoni, 95). Y apoyaron a Rivadavia en contratar el empréstito Barings, en apropiarse de la tierra pública mediante la enfiteusis, y en medidas conexas como la creación del Banco Provincial —controlado por el comercio inglés, como ya hemos visto—; en todo esto coincidieron los federales con Rivadavia. Entre los que aprobaron el Estatuto de ese Banco estaban líderes estancieriles y saladeristas como los Anchorena. Y en la legislatura que apoyó toda esa política predominaban también los estancieros, con el rosista Anchorena a la cabeza (Coni, Verdad, 29). Una autora nacionalista encuentra «curioso» que en la legislatura

bonaerense "no se hubiera alzado una voz enérgica y de alerta» (Longoni, 186) contra esa política rivadaviana. Pero no es nada curioso sino perfectamente lógico. En ese punto la unitaria burguesía comercial marchaba del brazo con los federales estancieros y saladeristas, que tenían muy buenos motivos para aceptar esa compañía, como lo pone de manifiesto el resultado de la enfiteusis rivadaviana: de 1822 a 1830, 538 propietarios obtuvieron por lo menos 8 millones seiscientos mil hectáreas (Oddone, Burguesía, FDQ. El estado recibió... 5.008 pesos! (Coni, Verdad, 83).

Esta fabulosa ampliación del latifundio la burguesía comercial rivadaviana la sirvió en bandeja de plata a su rival y aliada la burguesía estancieril y saladerista. La enfiteusis concedía extensiones fabulosas en las zonas más ricas de Buenos Aires, no establecía límites a la extensión, no exigía la introducción de ganado, permitía el subarriendo y la trasmisión de derechos, no exigía poblar y permitía toda clase de especulaciones con la tierra pública. Esto en las zonas que interesaban a los grandes estancieros. Pero en la frontera, donde quedaban relegados los pequeños estancieros o algún aventurado agricultor, se era sumamente exigente para ceder la tierra. «Rivadavia no se había sustraído a la distinción entre proletarios y capitalistas, y ese fue el motivo por el cual en la aplicación de la enfiteusis hubieron dos varas y dos medidas: una para los pobres de la campaña y otra para los capitalistas de la ciudad» (Coni, Verdad, 67). Un fervoroso rivadaviano pretende en nuestros días lavar de culpas a la burguesía comercial supuestamente progresista, que con su política enriqueció y consolidó el poder de la burguesía terrateniente, y dice que «la ley de enfiteusis, previsora y llena de buena intención, falla desde su origen. No establecía la cantidad de tierra que podía obtener cada solicitante» (Yunque, 174). Una ley previsora, pero que falla desde su origen es un puro contrasentido. En realidad la enfiteusis produjo el efecto que se buscaba, es decir acelerar la apropiación privada de la tierra pública. Rosas —gobernante de los estancieros— no fue en este sentido más que un continuador de Rivadavia —gobernante de la burguesía comercial porteña. Cuando se afirma que «Rosas en este asunto de las tierras públicas, viene a borrar lo iniciado por Rivadavia, que Rosas el latifundista es el antirrivadaviano, el antienfiteuta» (Yunque, 172) se miente sin quererlo. Los más desafortunados latifundios "nacieron bajo Rivadavia quien distribuyó más de 1000 leguas entre 161 personas. Rosas no hizo en todo caso sino continuar el sistema inaugurado por un unitario» (Coni, Verdad, 60). Lo cierto es que en 1840, al cabo de la política unitaria continuada por Rosas, 825 latifundistas poseían más de 52.000 millas, o sea más del doble de la superficie total de Gran Bretaña (Coni, Verdad, 69).

## Límites del Federalismo Bonaerense

La oposición al unitarismo de la burguesía comercial hizo federales a los estancieros bonaerenses. Pero su federalismo —que coincidía con el federalismo del Interior en su lucha contra el centralismo de la burguesía porteña— difería profundamente, por los intereses que lo movían, del federalismo provinciano. Enfrentadas a la declinación de su comercio y su industria, las provincias trataban de conservar el status tradicional salvando el mayor grado posible de autosuficiencia. Ansiosas, por una parte, de mantener e

incrementar su participación en el comercio nacional y, por otra, de proteger sus industrias y su agricultura contra el estrangulamiento del exterior, las provincias recurrieron a tarifas especiales, aduanas de tránsito, impuestos diferenciales, etc. Pero pronto resultó evidente que una política tan perjudicial para los intereses comerciales de Buenos Aires no podía solucionarse sino en condiciones de una amplia autonomía política para cada provincia, es decir, con un amplio federalismo (Burguín, 17). Los estancieros de Buenos Aires, en cambio, querían la federación para que Buenos Aires pudiera seguir disfrutando de su aduana sin tener que rendir cuenta a las provincias dominándolas, y evitando la nacionalización de la ciudad capital, ya decidida por Rivadavia. De modo que el partido federal era un frente único en el que se reunían diversas tendencias que expresaban distintos intereses sociales y regionales (Burguín, 84). Y la tendencia de los estancieros bonaerenses en la cuestión decisiva de quién dominaría en el país: Buenos Aires o toda la nación, coincidía más con sus enemigos unitarios que con sus aliados federales. Quienes «interpretan» la historia argentina sin conocer ni siquiera los textos escolares de nuestra historia, afirman que Rosas «era unitario hasta el día anterior a su gobierno» (Ramos, América, 89). En realidad, era un auténtico federal de Buenos Aires, tan enemigo del Interior como los unitarios, lo cual no impidió al partido federal porteño aprovechar la hostilidad del federalismo del Interior contra la burguesía comercial porteña para desembarazarse del gobierno de esta. Por otra parte, confluían al partido federal las masas trabajadoras de Buenos Aires y del Interior. Las de Buenos Aires descontentas por la política inflacionista de la burguesía comercial, que las había pauperizado y amenazaba empeorar su situación disminuyendo los privilegios de la provincia en beneficio de la creación de un mercado interno nacional. Y las masas del Interior porque el federalismo era la única posibilidad de proteccionismo, siquiera fuera en escala provincial, contra la competencia extranjera que entraba desde Buenos Aires. El gauchaje, en fin, veía en el partido federal el refugio contra la implacable política de acumulación capitalista que lo conchababa de peón o lo recluía como soldado obligándolo a dejar de ser gaucho. Forzado a enrolarse como peón de estancia, el gaucho caía en dependencia de los estancieros y se convertían en fuerza de choque del federalismo bonaerense.

A excepción de «los quebrados, y agiotistas que forman esta aristocracia mercantil», como denominaba Rosas a la burguesía comercial porteña (Ibargüen, Rosas, 133) y de la inteligencia pequeño-burguesa que giraba en torno a ella, el partido federal cobijaba a todo el país, a sus más variadas clases y regiones. En lenguaje contemporáneo podríamos decir que era un Frente Nacional. Pero, como ocurre siempre en estas colaboraciones de intereses contradictorios unidos frente a un enemigo común, fue el sector capitalista más poderoso —los estancieros de Buenos Aires— el que se benefició decisivamente con el triunfo. Los demás sólo recibieron migajas y el inevitable puntapié final. Ya veremos cómo esta dinámica se concreta bajo el gobierno de Rosas. Por ahora no olvidemos que frente al unitarismo, expresión de la minoritaria burguesía comercial porteña, el partido federal expresaba la coincidencia de los estancieros de Buenos Aires con el Interior y con las masas perjudicadas y opuestas a la liquidación de las formas precapitalistas que procuraba la política unitaria.

Por supuesto, la burguesía porteña era confesadamente antidemocrática; en el artículo 6 de la rivadaviana constitución de 1826 se establecía que carecían de derechos políticos los criados a sueldo, peones jornaleros o simples soldados de línea. Con este artículo, la burguesía comercial se aseguraba el goce perpetuo del poder privando del voto a la gran masa popular que seguía a los estancieros por las razones que ya conocemos. Así lo vio Manuel Dorrego, por entonces jefe del partido federal porteño, cuando denunciaba ese artículo porque forjaba «una aristocracia de lo más terrible... porque es la aristocracia del dinero... Échese la vista sobre nuestro país pobre. véase qué proporción hay entre domésticos asalariados y jornaleros y las demás clases del Estado, y se advertirá al momento que quien va a tener parte en las elecciones, excluyéndose las clases sociales que se expresan en el artículo, es una pequeñísima parte del país, tal vez no exceda de una vigésima parte... He aquí la aristocracia del dinero; y si esto es así, podría ponerse en giro la suerte del país y marcarse. Entonces sí que sería fácil influir en las elecciones, porque no es fácil influir en la generalidad de la masa, pero sí en una corta porción de capitalistas; y en ese caso, hablemos claro, el que formaría la elección sería el Banco, porque apenas hay comerciantes que no tengan giro con el Banco, y entonces sería el Banco el que ganará las elecciones, porque el tiene relación en todas las provincias» (Sierra, Ideas, 335). El partido federal, en cambio, disponía del apoyo de la masa y lo buscaba...

## El Dilema ¿Estancia o Factoría?

Puesto a traducir en idioma marxista las explicaciones históricas del mitrismo, la historiografía stalinista argentina ha querido ver en la política rivadaviana de la burguesía comercial porteña «una política más amplia tendiente a transformar orgánicamente el país, a poblar, cultivar e industrializar la República» (Puiggrós, Herencia, 81). Y en la enfiteusis, el intento de «poner una valla al poder creciente de los terratenientes ganaderos bonaerenses» (idem, 35). Si este era el propósito subjetivo de Rivadavia, preciso es reconocer que la política objetiva estaba especialmente elaborada para obtener los resultados opuestos. Pero en verdad la burguesía comercial porteña no podía aspirar a industrializar el país, porque de ello hubiera resultado su liquidación, puesto que su prosperidad dependía de la introducción de mercancías extranjeras. Y a esto reducía lo esencial de su política. Buenos eran los canales entre el Bermejo y el Paraná porque eso facilitaba el comercio, pero poco importaba la conquista del desierto que se extendía a pocos kilómetros de la capital de Buenos Aires, porque poco iba en ello la burguesía comercial. Sin embargo la conquista del desierto era esencial para la ganadería, que entonces resultaba la principal productora de riqueza del país. Semejante política no tendía a «construir una gran nación capitalista moderna, por las buenas o por las malas» (Puiggrós, Herencia, 24), sino a hacer de todo el país —a palos como decían los unitarios— pese al deseo de su gran mayoría, un amplio mercado de productos extranjeros con cuya introducción se enriquecía la burguesía comercial porteña. Recordemos que «el desarrollo independiente del capital comercial se halla en razón inversa al desarrollo económico general de la sociedad» (Capital, III, 1). No es por casualidad que la burguesía comercial porteña no dio un Hamilton, que trazaba planes para el desarrollo del capitalismo industrial yanqui llenos de lúcida objetividad, sino un Rivadavia, cuyo utopismo no disimulan ni sus mayores

apologistas. La burguesía comercial porteña vivía fatalmente —por razones de oficio— de espaldas a su país real, interesada en transformarlo rápidamente en voraz consumidor de productos extranjeros. No era una gran nación capitalista lo que tendía a estructurar esa clase ajena a la producción, sino un gran mercado "semicolonial de la industria y —si éste tenía interés— del capital europeo, inglés ante todo. Toda la impotencia de esta clase para hacer una nación capitalista independiente se expresa en las debilidades de Rivadavia. «Rivadavia es de Buenos Aires, y el porteño puro que lleva en sí no le deja ver bien lo argentino. Lleno de superstición culturalista y despotismo legislante, desconociendo y quién sabe si no mirando por sobre el hombro las cosas y los hombres de su tierra» (Franco, Paz, 39).

Por otra parte, es incorrecto afirmar sin matizaciones que la burguesía comercial porteña «tenía razones vitales para ser una clase antinacional» (Ramos, América, 82). De hecho, la burguesía porteña era la única clase del país que aspiraba a una real unificación nacional, sin aduanas interiores y con varios puertos al exterior, porque ella necesitaba un amplio mercado interno para expandir sus negocios. Pero estos negocios no se basaban en la producción nacional sino en la importación de productos extranjeros. Nacional en el sentido de que no era localista y pensaba en términos de todo el país —para explotarlo, ciertamente—, esta clase, era antinacional en cuanto no se vinculaba a la producción nacional sino que era un apéndice de la industria extranjera. Por otra parte, los estancieros y saladeristas bonaerenses, clase indudablemente nacional por su vinculación a la producción del país, en la cual se basaba su poderío, era cerradamente localista y en tanto conservara su puerto único con su correspondiente aduana privilegiada, se desentendía del resto del país siempre y cuando éste vegetara pasivamente sin pretender quebrar el monopolio porteño del puerto y del producto de la aduana. El desarrollo del mercado interno, la colonización agrícola, todo eso no le interesaba; mejor dicho, perturbaba sus negocios. El círculo estaba cerrado y no había dentro del país ninguna fuerza que tendiera a romperlo, aunando el interés en la producción nacional a la creación de un mercado interno nacional. Sí, efectivamente, la burguesía comercial hundía sin misericordia las industrias del Interior y se entregaba a la Baring Brothers. Pero los estancieros se oponían al desarrollo de la agricultura, que poblando el campo hubiera creado un sólido mercado interno, base del crecimiento de la población y de la industria moderna. Y esto no era más beneficioso para el país aunque se pretenda justificarlo diciendo que las tierras ofrecidas a los inmigrantes eran «quitadas a los nativos» (Sierra, Ideas, 320), puesto que el país era un inmenso desierto donde sobraban tierras. Verdad que la burguesía comercial pedía la cabeza de los caudillos provincianos para entregar las minas a capitalistas ingleses. Pero los estancieros de Buenos Aires condenaban al raquitismo a los ganaderos del Litoral impidiéndoles exportar por el Paraná y el Uruguay para mantener su privilegio de cercanía al puerto único. Y a estas contraposiciones pueden agregarse muchas otras que confirman el mismo resultado: el desarrollo del país no había creado las condiciones para un desarrollo capitalista industrial independiente. Todas las fuerzas existentes conducían, por sus intereses concretos, a hacer de la Argentina un gran mercado de la industria inglesa y/o una gran estancia exportadora de carne y cuero.

## ROSAS

### El Problema de la Independencia Nacional

Señala Luis Franco que difícilmente se habrá dado nunca un mal entendido más persistente que el recaído sobre la figura real del gaucho. La cantidad de candor disponible es inagotable, y si algo puede competir con la fantasía y miopía de los panegiristas es la de los detractores. En conjunto ninguno de ambos gremios llegará a comprender jamás que fue realmente el gaucho. Todo esto puede afirmarse también, y con mayor razón aún, de las interpretaciones sobre el dictatorial gobierno del Excelentísimo Señor Gobernador, Ilustrísimo Restaurador de las Leyes, General Juan Manuel de Rosas.

Apenas muerto, sus enemigos —dueños del Estado— proclamaron triunfalmente que «ni el polvo de tus huesos la América tendrá». Bien. En todo caso América tiene el problema de averiguar que fue Rosas, motivo de una intensa lucha de tendencias entre los historiadores, transparentemente ligada a la lucha actual entre clases y sectores sociales. Todos los intereses que se han sentido y se sienten cómodos en el país que se forma a partir de 1853 —y que esperan seguir conservando y acrecentando sus privilegios en un régimen similar— odian a Rosas y despotrican contra él con igual fervor, pero con mucho más miopía y menos calidad literaria, que los antirrosistas que merecieron personalmente las atenciones de la Mazorca. Por el contrario. Rosas constituye un polo de atracción —una especie de añorada edad de oro— para todos aquellos sectores que por una u otra razón detestan la situación estructurada a partir de 1853. En ambos campos coexisten los elementos más heterogéneos. Los enemigos del capital imperialista son rosistas, porque Rosas trató con modales bruscos a los mandaderos del capital europeo. Pero también son rosistas los que lamentan que con la caída de Rosas ya no esté prohibido salir a la calle mientras se oficia la misa del domingo. Y a la inversa, entre los antirrosistas militan no sólo los abogados de empresas extranjeras —que consideran una afrenta personal, el desprecio de Rosas por la cultura y los cañones franceses— sino también muchos antiimperialistas que no pueden sufrir la ideología de ese cavernícola estanciero porteño que en 1871, para contrarrestar el ascenso de la Internacional y del movimiento obrero, recomendaba fervorosamente la dictadura temporal del Papa y el estado de sitio permanente, porque «cuando hasta en las clases vulgares desaparece el respeto al orden y el temor a las penas eternas, solamente los poderes extraordinarios son los únicos capaces de hacer cumplir los mandamientos de Dios, de las leyes, y respetar al capital y sus poseedores» (Ibarguren, Rosas, 350).

Si el gran conflicto que enfrentara hoy la Argentina fuera la lucha entre la democracia burguesa con su famosa libertad —o entre la caricatura de democracia burguesa que hubo a partir de 1853- y «la dictadura», entonces Rosas y su gobierno seguirían tan condenados como lo quieren sus historiadores enemigos, y ninguna revisión de la historia podría redimirlo. El rosismo quedaría para el culto privado de los frailes con y sin sotana que han hecho de «el liberalismo» su anticristo, y han dedicado sus vidas a probar que tenía razón Ignacio de Loyola y no Lutero, Santo Tomás y no Voltaire y, por lo tanto, Rosas, que



pestañeaba ante las luces como los buhos, y no Rivadavia que estaba encandilado por ellas. Si el rosismo estuviera confinado al corazón de estas momias antiliberales, que son casi tan momias como los liberales de nuestros días, estaría en verdad tan muerto como ellas, tan muerto en verdad como el antirrosismo liberal.

Pero en esta sexta década del siglo XX, a más de un siglo de caído Rosas, la Argentina no enfrenta el problema de «democracia» o «dictadura» sino en cuanto aspecto muy secundario y- derivado de otra cuestión crucial: ¿independencia nacional o subordinación colonial? Aquí está la fuente que inyecta vida al rosismo y redobla la furia del antirrosismo. Porque lo cierto es que el gobierno de Rosas enfrentó también esa disyuntiva. En un plano distinto, porque la historia no se repite, hoy se replantean, mejor dicho se acusan con mayor claridad, -porque nunca dejaron de estar planteados- los mismos problemas de los días del Ilustre Restaurador: ¿hay que ceder ante las potencias imperialistas? ¿Hay que aliarse con ellas? ¿Hay que defender la independencia nacional? Si hay que defenderla: ¿Cómo? ¿Para qué? ¿Quién? ¿Con qué métodos? Por eso es tan actual y apasionante el problema de Rosas.

### Rosas, Paladín de los Estancieros Bonaerenses

Un poeta de inspiración lemerona y columna de goma, que realizó su prolífica carrera haciendo genuflexiones ante La Nación, de ascensorista a director, acaba de alumbrar la obra definitiva sobre Rosas, aportando un descubrimiento definitivo: el gobierno de Rosas no fue más que un plagio inescrupuloso del gobierno absolutista de Fernando VII, aquel españolísimo rey que dijera «viva las cadenas». Esto quiere decir, evidentemente, que para saber qué fue Rosas no hay más que leerse alguna historia sobre Fernando. Este es el último aporte de los historiadores -¿historiadores?— antirrosistas. El penúltimo, mucho más denso y erudito, era la prueba documental de que en 1806 Rosas hurtó a tiempo el bulto ante los invasores ingleses. Lo cual indicaría o demostraría que Rosas era cínicamente cobarde, quisicosa en la que coinciden todos, aun aquellos que nunca negaron el valor personal de Facundo, Artigas, López, Urquiza, Ramírez, etc. (Franco, Rosas, 245). Pero no arroja ninguna luz sobre el detalle asaz más importante de por qué en determinado momento Rosas, cobarde indiscutido, defendió al país —o lo que él entendía por su país— de un amago de invasión francesa servida por el intrépido general Lavalle, de valor jamás discutido, y cuya dependencia del dinero francés tampoco ha sido discutida.

Por el lado rosista, los aportes son muy contundentes cuando se trata de exhibir los sucios trapitos de los enemigos de Rosas. Pero cuando se trata de probar el mito rosista resultan tan etéreos como los argumentos teológicos enderezados a probar los amoríos del Espíritu Santo. Parece, vamos al caso, que Rosas fue lo que era porque se trataba de «un auténtico aristócrata» «un heredero» y además porque «era el mejor, el más inteligente, el más diestro, el más valiente» (Palacio, I, 338). En este estilo de composición escolar sintetiza su aporte un historiador rosista que pretende haber escrito «la primera

historia argentina completa y veraz» y se considera «un viejo argentino, es decir, una víctima de la oligarquía que proclamó la superioridad del extranjero sobre el criollo» (I, XIII).

Como se ve, tanto los odiadores epilépticos y profesionales de Don Juan Manuel como sus fervorosos feligreses prefieren atacar o defender al personaje, en todo caso su política, pero prescindiendo siempre de los intereses de clase disimulados detrás de ellos. Y esto no es por casualidad. Los enemigos no pueden atacar a la clase que Rosas representaba, porque esa clase conserva hoy todo su poder, y está muy dispuesta a premiar las bien escritas tiradas contra la Mazorca, pero no acepta impunemente las alusiones a las hectáreas que secuestró al amparo de la divisa color hemorragia. Por otra parte, los apologistas del Restaurador de las Leyes han demostrado en muchos trabajos que la oligarquía argentina es una clase vendepatria, y si aceptaran que Rosas fue un político de esa clase no podrían casar el cipayismo de la clase con el supuesto nacionalismo de su político. Por eso los apologistas más hábiles pretenden que Rosas «estuvo siempre solo» (Sierra, 430) es decir, sin que ninguna clase del país sustentara su poder, que al parecer emanaba directamente de Dios "que se ve que nos quiere mucho» como decía devotamente Don Juan Manuel. Los grandes bonetes de la industria ganadera y saladeril y del comercio no eran los que estaban detrás de Rosas sino que constituían tan sólo «la estructura ornamental del régimen» (Palacio, II, 16). En todo caso, Rosas fue el adorno de los ganaderos y saladeristas, que antes, durante y después de Rosas no eran un «ornamento» sino los dueños de la tierra, de las vacas, y del país.

«Cuando Rosas llega al poder hasta cierto punto se eleva por encima de su clase de origen», dice otro apologista (Ramos, América, 89) que sigue las huellas de los anteriores. Desde luego, es posible a un político elevarse por sobre los intereses de su clase, pero a condición de poder apoyar los pies en alguna otra cosa. En el vacío no se puede caminar, ni en la naturaleza ni en política. ¿Rosas se elevó sobre su clase, es decir, realizó una política que desbordaba los intereses de los estancieros porteños? Bien ¿Y en qué clase o clases respaldó esa política «nacional» de que hablan sus apologistas? ¿O se sustentaba solamente en la mágica personalidad de don Juan Manuel? En esta interpretación puramente mística vienen a parar todos los intentos de «elevar a Rosas por sobre los concretos intereses de clase para los cuales maniobró desde el primer día de su gobierno. Porque ya hemos visto que la política de los estancieros de Buenos Aires era Buenos Aires antes que y por sobre todos, con su puerto, su aduana y sus estancias, y el resto del país que se las arreglara como pudiera siempre que no osase perturbar el enriquecimiento porteño. Si Rosas se elevaba por sobre estos intereses, ¿en cuáles se respaldaba para hacer una política nacional? Ya sabemos que no existía en el país ninguna clase cuyos intereses la hicieran aspirar a semejante política: ni los estancieros ligados a la producción nacional, ni la burguesía comercial, apéndice del extranjero. Todo lo que sabemos sobre la psicología del personaje indica que Rosas era absolutamente incapaz de elevarse por encima de sus narices, ni en materia de gobierno ni de organización de estancias, y su fortaleza reside precisamente en haberse aferrado siempre a los objetivos inmediatos y concretos, prescindiendo de planes de largo alcance en momentos en que el país estaba

harto de ellos. Rosas, amante nostálgico de «los años de quietud que precedieron al 25 de Mayo» se muestra en toda ocasión como el ente menos apto para superar el nivel del pasado y del medio: «su utopía es un realismo a ras de tierra. Así llega a ser el primer técnico en estancias, porque la estancia es la institución argentina más tradicional y sólida» (Franco, Paz, 43).

Pero suponiendo que efectivamente hubiese intentado elevarse al plano de una política nacional, todo hubiera quedado en deseos que, en la medida en que trascendiesen a la práctica política no podían ser más que como satisfacción de los intereses de la clase capitalista ligada a la producción nacional, es decir, los estancieros porteños.

## La Acumulación del Capital Agropecuario en la Pampa

Rosas constituye una etapa decisiva en el desarrollo del capitalismo argentino tal cual es, vale decir, capitalismo atrasado, semicolonial, esencialmente agropecuario. Bajo el gobierno de Rosas los estancieros de Buenos Aires —y en menor medida los del Litoral— acrecientan y consolidan su acumulación de tierras, vacas, peones y patacones, es decir, aceleran y consolidan la acumulación de su capital, que está íntimamente ligado a la producción nacional, que no depende de la industria extranjera, como el capital comercial, y que habrá de ser por mucho tiempo la columna vertebral del capitalismo argentino. Porque en la Argentina —a diferencia de lo que ocurre en Europa— el capitalismo, y sobre todo el capitalismo vinculado a la producción va del campo a la ciudad, no a la inversa. Las grandes fortunas originadas en la producción no brotan de la industria —puramente artesanal— sino de la ganadería, o de esa industria íntimamente vinculada a ella que es el saladero. Rosas pertenecía —y era uno de los más poderosos integrantes— a esa clase capitalista nacional; capitalista, pese a toda la charlatanería que pretende asignarle un carácter «feudal». Feudal, o de rasgos feudales, podía ser la modalidad con que el patrón estanciero castigaba o recompensaba a sus peones. Pero la esencia económica de esa relación era capitalista, era la relación contractual entre el proletario carente de medios de producción y el propietario de la estancia que alquilaba la fuerza de trabajo del peón a cambio de un salario. Un conocido historiador reconoce que Rosas era «la potencia terrateniente y comercial más fuerte de la época» y que la estancia y el saladero era lo que tenía de esencial la producción nacional» (Puiggrós, Herencia, 36, 39). Reconoce también que la actividad económica de la estancia estaba dominada por «la producción de mercancías bajo la forma de tasajo, sebo, cueros, etc., para la venta en el mercado exterior» y que «el pago en dinero se impuso tanto a los peones de las estancias como a los de los saladeros» y que «finalmente no puede negarse que la economía doméstica casi había desaparecido y se llegaba hasta la liquidación de la producción agrícola al transformar campos antes cultivados en criaderos de ganado» (Puiggrós, Herencia, 47). Y sin embargo este mismo autor, a quién, vaya uno a saber por qué suele incluirse entre los historiadores marxistas, pretende que el gobierno de Rosas, que contribuyó por todos los medios a su alcance a desarrollar esas modalidades capitalistas de la producción ganadera, es un régimen feudal que «no representó ni desarrolló el régimen de producción capitalista en la Argentina» (Idem, 47), y que «se opuso a la

expansión del capitalismo». En realidad, Rosas contribuyó a desarrollar e hipertrofiar — como convenía a su clase— la principal actividad capitalista del país, es decir, la estancia y el saladero. Por cierto que no se interesó un ardite en fomentar la agricultura, ni la industria, por la sencilla razón de que el desarrollo del capitalismo industrial no le interesaba en lo más mínimo a los estancieros —ni a la burguesía comercial. Y si solo calificásemos como capitalistas a los gobiernos que contribuyeron a desarrollar el capitalismo industrial, entonces resultaría que hasta 1930 no hubo entre nosotros ningún gobierno que estimulase el desarrollo capitalista del país. Porque la política tradicional del Estado Argentino después de caído Rosas fue la misma que la de Rosas: desarrollar y proteger la ganadería, complementada con la agricultura, cuando así convino a los propietarios de la tierra. Y no se diga que la estancia no era capitalista bajo Rosas porque no se conocía el alambrado y sí después de Caseros porque aquel se difundió, ya que tanto antes como después de Caseros la esencia de la estancia (explotación con peones asalariados, producción para el mercado) fue la misma. Ni se insista tampoco en esa puerilidad de que Rosas no desarrollaba el capitalismo porque no impulsaba el desarrollo de los medios de comunicación (Puiggrós, 48). Lo cual es cierto en lo que se refiere a los ferrocarriles, que por entonces en nada interesaban al capitalismo estanciero, pero es falso en general, ya que Rosas protege y fomenta el desarrollo de la marina mercante, que interesaba a los requerimientos específicos de la estancia y el saladero. La Ley de aduanas de 1835 establecía una protección efectiva a la marina mercante nacional.

## El Gobierno del Orden se Apoya en la Demagogia Popular

La política de la burguesía comercial porteña esbozada por Rivadavia tendía a dotar al país de una serie de atributos secundarios del capitalismo industrial (transportes, obras sanitarias, urbanización, agricultura diversificada) pero tan sólo para crear un amplio mercado a la industria europea, del mismo modo que medio siglo después los ferrocarriles serían trazados con el propósito inverso de abastecer a la industria europea de alimentos y materias primas argentinas. Esa política fomentaba el desarrollo del capitalismo comercial y nada más. La política de los estancieros, efectivamente realizada por Rosas, se despreocupaba de la creación de un gran mercado nacional, pero concentraba todos sus esfuerzos en el desarrollo del elemento más poderoso de la producción nacional, es decir, el binomio estancia-saladero. Era una política tan capitalista como la otra, tan atrasada como la otra si se las mide con el patrón del moderno desarrollo capitalista industrial, pero más nacional, en el sentido de más favorable al desarrollo del capital argentino, puesto que se asentaba en el crecimiento y fortalecimiento de la actividad productiva básica del país.

Son totalmente falsas las afirmaciones en el sentido de que el gobierno de Rosas representa «un atraso de 50 años en el desarrollo de las instituciones y de la riqueza» (Carcano, 94) o que «la tiranía de Rosas detuvo durante un cuarto de siglo el progreso pujante de la Argentina» (Puiggrós, 45). Las exportaciones de cuero, de lana, de tasajo, aumentaron notoriamente durante el gobierno de Rosas, y eso sólo indica que la producción

nacional no se estancó sino que creció. Las rentas de la Aduana de Buenos Aires pasaron de 1.200.000 pesos plata en 1832 a 2 millones en 1844 y a 4 millones en 1850, lo que confirma lo anterior (Alvarez, 56). Y aun quienes más combatieron contra el gobierno rosista declararon, como Sarmiento, que «no se vaya a creer que Rosas no ha conseguido hacer progresar la república que despedaza» (Facundo, 296). O, como Alberdi, que «bajo la tiranía de Rosas no dejó de progresar la riqueza, la población, la edificación» (Póstumos, VIII, 352).

Cada aspecto de la política de Rosas demuestra el claro propósito de poner todo el país al servicio de la acumulación capitalista de la industria estanciero-saladeril. Pocos recuerdan que fueron Rosas y la industria saladeril quienes, interesados en vender a buen precio en el extranjero, encarecieron la carne destinada al consumo interno, dirigiendo todo el ganado hacia los saladeros, acta de nacimiento del sistema colonial vigente hasta el día, por el cual la carne consumida en el país se encarece para que el consumidor extranjero no tenga que privarse de carne argentina o pagarla más cara (Alvarez, 74).

Rosas apoya también por otro camino la acumulación de capital estancieril eximiendo a esta clase del pago de impuestos, a costa de las necesidades del Estado. «El dueño de una estancia de treinta mil cabezas de ganado —reconocía ese erudito mazorquero de la pluma que fue Angelis— que en el estado actual de nuestras fortunas figura entre los más ricos hacendados del país, podrá cancelar su cuenta corriente con el erario entregando el valor de cuatro novillos ... La contribución anual de un propietario de primer orden iguala, pues, a la de un boticario, un fondero, o el empresario de un circo de gallos, sin más diferencia que el primero paga a la oficina de contribuciones directas, mientras los demás lo hacen en la de patentes» (Memoria sobre el Estado de la Hacienda Pública, 1834).

Y por otra parte la política rosista de conquistar el desierto y liquidar al indio tenía una importancia decisiva para el crecimiento del capitalismo agropecuario, y el hecho de que las tierras conquistadas no sirviesen para radicar agricultores no prueba que esa política no fuese capitalista, sino, únicamente, que era la política de un capitalismo estancieril. «Con la apertura del país al comercio exterior la ganadería se convirtió en la base de la vida económica de la Provincia, de modo que a medida que se ampliaba el mercado mundial para el cuero y la carne, el problema de una adecuada disponibilidad de tierra se hacía cada vez más urgente. En un sentido sumamente real la adquisición de nuevo territorio a expensas de los indios fue una cuestión de aumentar el equipo de capital del país, de agregar tierra al sistema de relaciones de producción capitalistas. Sin embargo, esta adquisición no podía realizarse sino mediante operaciones militares en gran escala contra los indios. La penetración gradual de pobladores individuales, aunque hubiera sido posible, habría perjudicado más que estimulado la expansión de la ganadería, que era esencialmente una operación en gran escala» (Burquin, 22).

Pero dónde más nítidamente se revela cómo la política rosista tendía a acelerar la acumulación del capital nacional es en su implacable voluntad de transformar al gaucho en peón asalariado. Entre la persecución oficial al gaucho para

convertirlo en peón y el comienzo del enriquecimiento capitalista de Rosas hay más estrecha relación que la que se cree. El famoso decreto por el cual: "Todo hombre de campo que no acredite tener propiedades legítimas o tierras de qué subsistir, será reputado sirviente, y obligado a llevar papeleta de conchavo de su patrón, visada cada tres meses por el juez de paz, so pena de declarársele vago y castigado con cinco años de servicio militar obligatorio, o, si no sirviera para ese destino, con dos años de conchavo obligatorio a cargo de un patrón, la primera vez, y de diez años la segunda, en caso de reincidencia" — data de agosto de 1815. El primer saladero de Rosas se inauguró en noviembre de ese mismo año. Sin embargo, pese a ese decreto esclavista del año 15, el gaucho «gracias a la genialidad de una tierra infinitamente abierta de par en par y a su copia millonaria de caballos y vacas, pudo hurtarse casi del todo a la ley de los amos y vivir su propia vida» (Franco, Hudson, 142). Todavía en 1821, en "El Argos" de Buenos Aires, un estanciero se quejaba de que «los peones son altaneros, inconstantes para el trabajo que abandonan con el menor pretexto», y reclama leyes que permitan al hombre de campo corregir las malas acciones de sus asalariados, «así como puede hacerlo un padre de familia con sus hijos» (Citado por Coni, Gaucho, 237). Rosas hizo avanzar un largo trecho la proletarización del gaucho con una política doble, de perseguirlo implacablemente en cuanto gaucho (en 1852 mandó quemar los pajonales para desencovar desertores), y protegiéndolo mediante un sistema paternalista en cuanto peón de estancia o saladero. El gaucho que vagaba con su caballo por la pampa, sin preocuparse mucho por el registro de propiedad de las vacas y tierras que cruzaba, era perseguido implacablemente por don Juan Manuel —estanciero o gobernante. Pero cuando abandonaba su caballo y su independencia, cuando se conchababa como peón de estancia o saladero, entonces podía esperar un buen salario y la protección del omnipotente patrón, que hasta lo utilizaba para combatir a sus enemigos y le hacía sentir ejecutor y sostén de la política federal.

Otro patriarca federal, Estanislao López, que por cuenta de los estancieros santafecinos gobernó interinamente más de quince años, también persiguió al gaucho con tanto celo como a los inmundos asquerosos salvajes unitarios. Un decreto de 1828 conminaba con arresto y trabajo forzado en obras públicas a toda persona conchabada que no tuviera libreta de su patrón, y no fue este el único decreto de ese tenor (Coni, Gaucho, 238).

Esta política de Rosas y López pone en evidencia que no fueron solo ni principalmente los políticos liberales y europeizantes tipo Rivadavia o Sarmiento los que trataron de exterminar al gaucho, sino ante todo los caudillos estancieriles absolutistas y antieuropeístas como López y Rosas, que hicieron todo de su parte para transformar al gaucho suelto y autónomo en un servicial y aplastado peón de estancia. Por otra parte, Rosas fue el primer gobernante argentino que sustentó su poder con una hipertrofia del ejército de línea, que es el enemigo nato del gaucho, de sus correrías y sus montoneras. Las rentas de la aduana porteña le permitieron mantener en pie de guerra cuatro ejércitos de línea. También en esto tuvo Rosas un agudo sentido de los requisitos de la acumulación del capital criollo.

Rosas, copiador incansable de tierras y vacas y chirolas, que como lo observó un yanqui estaba dotado del sentido yanqui de los negocios del mundo (Franco,

Hudson, 94) reveló finalmente su celosa preocupación por las leyes de la acumulación capitalista en un aspecto poco tenido en cuenta. Rosas tenía un devoto respeto por la deuda pública, interna y sobre todo externa. A diferencia de Avellaneda, el no era capaz de acuñar frases bonitas como aquella de «ahorrar sobre el hambre y la sed del pueblo argentino» para cumplir con los banqueros londinenses, pero tal fue el sentido de su política. En 1834 le escribe a Facundo Quiroga que respecto al pago de la deuda nacional «debe pagarse tanto la exterior como la interior, sean cuales fueren las causas justas o injustas que la hayan causado y sea cual fuere la administración que haya habido de la hacienda del Estado, porque el acreedor nada tiene que ver en esto» (Peña, Quiroga, 295). Y cumpliendo al pie de la letra esta política allá por 1840, en plena crisis financiera, cuando las rentas de la aduana descendían a su nivel más bajo desde 1807, mandó abonar una cuantiosa cuota a Baring Brothers, a cuenta del funesto empréstito rivadaviano. Esto confirma una vez más que el gobierno rosista fue en esencia, ante todo y por sobre todo, una dictadura al servicio de la acumulación del capital agropecuario, acelerando y consolidando la estructuración capitalista de la más importante rama de producción nacional.

### La Mazorca Garantizó la Futura Sucesión de Rosistas sin Mazorca

Para realizar su política de acumulación capitalista y barrer los obstáculos internos y externos que se le oponían, Rosas implantó una dictadura totalitaria, que controlaba todos los aspectos de la vida nacional y sobre todo de la provincia de Buenos Aires. Pero si era dictatorial su gobierno, no era en modo alguno impopular. La coyuntura histórica le permitió a Rosas disponer del calido apoyo de las clases trabajadoras a quienes explotaba, pero ofrecía protección y ocupación dentro de sus vastas empresas estanciero-saladeriles. El partido unitario reclutaba sus simpatías entre la gente decente, que vestía de frac y, según el historiador Vicente Fidel López, incluía al alto y pequeño comercio, a los letrados, tinterillos, estudiantes y pequeños tenderos. Los estancieros federales, en cambio, arrastraban tras de sí al populacho trabajador del campo y los suburbios, gente de poncho a quienes los unitarios despreciaban con esta reveladora copla, que alude a la infima posición social de los que apoyaban al gobierno federal:

Viva el poder y el hombre en que se estriba,  
que vivan sus ilustres defensores  
los mulatos, los negros changadores,  
los de poncho, qué linda comitiva!  
(El Liberal, mayo 7, 1828)

Desde luego, fue popular entre los estancieros y saladeristas, y, después de caído Rivadavia aun entre la burguesía comercial, que sólo pedía tranquilidad y orden y apoyaba a todos los gobiernos que lo asegurasen (Ibarguren, Rosas, 163). La lista de rosistas de alta ubicación social que publica Saldías es reveladora. Toda la oligarquía argentina está allí:

Arana, Albarracín, Alsina, Balcarce, Basavilbaso, Capdevila, Costa, Estrada, Elizalde, Gorostiaga, Iraola, Leloir, Laspiur, Lezama, Mediano, Marco del Pont, Navarro, Oromí Casares, Pinedo, Pirá, Pedriel Riglos, Roxas y Patrón, Rocha, Santa Coloma, Sáenz Peña, Seguro, Uriburu, Unzué, Victorica, Anchorena, Alzaga, Alvear, Benegas, Castex, Díaz Vélez, Guiraldes, Guerrico, Huergo, Lezica, Llavallol, Lahite, Lastra, Martínez de Hoz, Obligado, Piñeiro, Peralta Ortiz de Rosas, Sáenz Valiente, y otras eminencias grises pero aurisnas. Un sedicente y presunto escritor marxista, escribió que la política de Rosas «fue apoyada en lo político por la organización de un aparato de terror policial que resulta la prueba más contundente de la falta de apoyo popular a su gobierno» (Puiggrós, 51). Esta es en realidad la prueba más contundente de los resultados inevitables de la miopía puesta al servicio de la historia. El aparato policial del rosismo no estaba dirigido principalmente contra las masas, sino que más bien se apoyaba en éstas para combatir la oposición. Los mejores testimonios de la época, provenientes de los más talentosos enemigos de Rosas, coinciden en señalar que el bajo pueblo lo respaldaba. "Y debo decirlo en obsequio de la verdad histórica —proclamaba Sarmiento— nunca hubo gobierno más popular, más deseado ni más bien sostenido por la opinión» (Facundo, 251). «Rosas — afirma en 1875- era un republicano que ponía en juego todos los artificios del sistema popular representativo. Era la expresión de la voluntad del pueblo y en verdad que las actas de elecciones así lo demuestran. No todo era terror, no todo era superchería. Grandes y poderosos ejércitos lo sirvieron años y años impagos. Entusiasmo, verdadero entusiasmo, era el de millares que lo proclamaban Héroe del Desierto y el Grande Americano. Rosas era popular» (Obras, XXXV, 325). Y Alberdi, cuando aún vivía en Buenos Aires, escribió que «Rosas no es un déspota que duerme sobre bayonetas mercenarias. Es un representante que descansa sobre la buena fe, sobre el corazón del pueblo. Y por pueblo no entendemos aquí la clase pensadora, la clase propietaria únicamente, sino también la universalidad, la mayoría, la multitud, la plebe» (Fragmento, 72).

Y hay todavía otros testimonios igualmente valiosos. Hudson, el gran Hudson que tanto y tan bien sabía ver en la pampa, Hudson «señalará que los gauchos apoyaron políticamente a Rosas creyéndolo uno de los suyos, para desengañarse demasiado tarde» (Franco, Hudson, 94). Y todavía veinte años después de caído Rosas, Cuningam Graham veía a los últimos gauchos vociferar amenazadoramente "¡viva Rosas!».

Por otra parte, en lo que al terror rosista se refiere, cabe señalar que los políticos unitarios de la burguesía comercial porteña también habían acudido a la dictadura, y si no la perfeccionaron como Rosas fue porque cayeron del poder prematuramente, no por escrúpulos liberales. El testimonio de Groussac, insospechable de simpatías rosistas, es ilevantable: "El terror esporádico de los unitarios anunció el terror endémico de los federales. A la víctima ilustre de Navarro siguieron muchas otras, y la sentencia «legai» que precedió las ejecuciones no borra su iniquidad. Mientras los diarios de Lavalle pisoteaban el cadáver de Dorrego y ultrajaban odiosamente a sus amigos, los redactores de la Gaceta Mercantil eran llevados a un pontón. El Pampero, órgano unitario, denunciaba al gobierno y, en su defecto, a los furros de la plebe del arrabal, las propiedades de Rosas. Por fin el último decreto de Lavalle (agosto, 1829) manda entregar 25 mil pesos a cada uno de los coroneles... (total: 275.000 pesos) por la parte que han tenido en las disensiones civiles. Delaciones,

adulaciones, destierros, fusilamientos de adversarios, conatos de despojo, distribución de los dineros públicos entre los amigos de causa; se ve que Lavalle en materia de abusos poco dejaba que innovar al sucesor» (173).

Rosas —y su mujer, que era su lugarteniente— tuvieron la suficiente sagacidad política para comprender que sin las masas y contra las masas no era posible su gobierno de orden, es decir, el gobierno que permitiría acumular e incubar sus capitales a la oligarquía estanciera argentina. «Juan Manuel mío: a mí ver nunca mejor que ahora te debes retraer cuanto sea posible de los magnates que no hacen otra cosa que explotarte, para vivir con más comodidad, y sólo te muestran amistad porque te creen, como en realidad sos, un «Don Preciso» (Ibarguren, Rosas, 217). Y Juan Manuel contestaba: «Ya has visto lo que vale la amistad de los pobres, y por ello cuánto importa el sostenerla para atraer y cultivar sus voluntades. No cortés, pues, su correspondencia. Escribeles con frecuencia, mandales cualquier regalo, sin que te duela gastar en esto» (idem, 14). Por cierto que esta política de captación de las masas no tenía por objeto solamente obtener su respaldo contra los unitarios y contra los federales que pretendían hacer su política sin darle demasiadas alas a Rosas. Se trataba, paralelamente, de domesticar a las masas, colocándolas al servicio de los estancieros, encadenándolas a las necesidades de la acumulación capitalista, evitando rupturas del orden provocadas por la turbulencia de «las clases vulgares» como decía don Juan Manuel. Al uruguayo Santiago Vázquez, Rosas se lo confesó con claridad: «me pareció que en los lances de la revolución los mismos partidos habían de dar lugar a que esa clase (los hombres de la clase baja; los de la campaña, que son los hombres de acción) se sobrepusiese y causase los mayores males, porque usted sabe la disposición que hay siempre en el que no tiene contra los ricos y superiores. Me pareció, pues, muy importante conseguir una influencia grande sobre esa gente para contenerla. ... Tuve que hacerme gaucho como ellos, hablar como ellos y hacer cuanto ellos hacen» (Vedia y Mitre, De Rivadavia a Rosas, 342).

Desde luego, para captar a los gauchos nada le hubieran valido a Rosas todas sus habilidades ecuestres si no hubiera sido un gran capitalista, dispensador de trabajo y estanciero mayor en una tierra de amos estancieros. También los unitarios querían utilizar a los gauchos y hacían su demagogia gauchesca, al punto que el general Lavalle, cuya mayor aspiración era lancear a cuanto gaucho galopase la pampa, en 1839 emitió una proclama dirigida a los «habitantes de la campaña, gauchos valientes y leales a quienes estimo de todo corazón» (Coni, Gaucho, 248). Pero la burguesía comercial al gaucho sólo podía ofrecerle persecución que lo confinaba al fortín o lo echaba en manos del estanciero. Este en cambio podía brindarle ocupación, salario y hasta conciencia de pertenecer a una fuerza político militar que tenía en sus manos el destino del gobierno. Convertido en peón, el gaucho ataba su suerte a la voluntad del estanciero patrón y no podía dejar de solidarizarse con el gobierno de ese gran patrón de estancieros que se esforzaba en conquistar al gauchaje, y que con el respaldo popular ajustaba los resortes de una estructuración capitalista en la que las masas llevaban la peor parte. Sarmiento lo anotó no sin satisfacción: «¿Los gauchos, la plebe y los compadritos lo elevaron? Pues él las extinguirá, su ejecutor los devorará» (Facundo, 293).

El afán rosista por aceitar los engranajes del orden, a fin de facilitar el curso de la acumulación capitalista e incorporar al gaucho a la legión de los peones, fue completo y

trascendió a todos los terrenos. El temperamento cavernícola de este reaccionario medular que estaba contra la enseñanza libre, contra el divorcio, contra el liberalismo, que proponía en 1870 la dictadura temporal del Papa con acuerdo de los soberanos cristianos, que sugería el Estado de sitio permanente para aplastar a la clase obrera y se enfermaba al sólo oír hablar de la Internacional, «sociedad de guerra y de odio que tiene por base el ateísmo y el comunismo, por objeto la destrucción del capital y el aniquilamiento de los que poseen» y exclamaba —él, el jefe de la mazorca— que «sus reglas de conducta son la negación de todos los principios sobre que descansa la civilización» (Ibarguren, Rosas, 350), -lógicamente semejante energúmeno era el personaje ideal para imponer en el país argentino de 1830 ese orden sepulcral que reclamaban los gusanos de la acumulación capitalista para engordar provechosamente. El antiliberalismo, el clericalismo, el oscurantismo rosista es ante todo eso: policía ideológica para mantener el orden y evitar trastornos a los poseyentes. Si de ese personaje independiente y altivo que era el gaucho, que vivía «sin conocer a Dios ni al Rey» (Coni, Gaucho, 65) había de hacerse un sumiso mucamo de estancia, la presencia del cura era indispensable. Por eso Rosas acrecienta las iglesias de la campaña, mejora la calidad del clero, lo dota de recursos, fomenta las empresas misionales, «porque es un hombre de orden» (Sierra, Ideas, 403). Tan de orden, que en 1831 dicta un decreto concebido en estos términos: «Si un Estado sin religión es un monstruo, unos ciudadanos sin respeto al culto no sirven comúnmente sino para escandalizar y corromper la moral. La Santa Religión de Jesucristo es la del Estado, la Santidad de sus misterios convoca a los fieles a los días de ambos preceptos y de obligación de oír misa, al templo, que es la casa de Dios a cumplir con el deber de asistir al Sacrificio incruento del altar, que celebra el sacerdote, y a oír la palabra divina que dirige a los feligreses el párroco. Cualquier insensibilidad o indiferencia en los funcionarios públicos para ser los primeros en el ejemplo y cumplimiento de la concurrencia a la Iglesia es una falta muy notable. Hoy tiene motivos para volver S. E. sobre este asunto, y al efecto ha ordenado al que firma, su secretario en campaña, haga circular a todos los Comisarios y Jueces de Paz de campaña que S. E. manda:

«1. Que en los días domingos, de ambos preceptos, y feriados, se tengan cerradas en los pueblos de campaña las casas de trato, pulperías y tiendas, desde el primer toque de Misa Parroquial hasta la completa conclusión de esta. 2. Los preceptores de las escuelas asistirán con sus niños al templo en formación a la misa mayor. 3. Los comisarios de policía cumplirán y harán cumplir las ordenes, expresadas, conservando su celo el pueblo durante el tiempo de la misa, sin perjuicio de asistencia a la misa, y haciendo que durante la misa no se permitan reuniones de ningún género en parto alguna, y menos que persona alguna ande por las calles a caballo ni a pie cruzándola sin un motivo poderoso» (reproducido en La Nación, octubre 5, 1924).

Así se preparaba a «las clases vulgares» para servir sin «alborotar a la prosperidad de las clases ricas y superiores». Los curas tenían motivo para poner su retrato en los altares y los estancieros para elevarle un altar en sus corazones. El Ilustre Restaurador y mejor Acumulador era un experto apacentador de vacas que sabía también cómo apacentar hombres y pueblos.

## El «Nacionalismo» Rosista Sólo Propiciaba la Pacífica Explotación del Ganado

«Rosas creó la nacionalidad argentina». Rosas «realizó la unidad de las provincias argentinas» (Sierra, Ideas, 378; Ramos, América, 90). Así dicen sus panegiristas. Por otra parte, es indudable que «al otro día de la fuga de Rosas el país se segmentó en dos porciones y nunca el peligro fue más grande» (Franco, Rosas, 202). Rosas, efectivamente, unificó el país, pero lo unificó en la sumisión a los intereses y los dictados de la oligarquía de Buenos Aires. No hay en Sarmiento un error, como cree Franco, sino gran lucidez cuando afirma que «No se vaya a creer que Rosas no haya conseguido hacer progresar la república que despedaza. La idea de los unitarios está realizada». Efectivamente, Rosas logró aquello en lo que los unitarios habían fracasado; supeditó todo el país a Buenos Aires. Igual que Rivadavia, Rosas no conocía las provincias y aparte de alguna pequeña incursión en Santa Fe, jamás había salido de Buenos Aires. Pero en cambio conocía los medios que le permitían meterse en el bolsillo a las provincias y conservar para Buenos Aires el dominio indiscutido de la Aduana y el Puerto Único, dejando caer algunas de sus migajas en las exhaustas arcas de las oligarquías provincianas. El General Ferré, en sus Memorias, pone en boca de Rosas un plan que, si éste no formuló explícitamente, no hay duda de que lo cumplió acabadamente. «Procuraremos, con nuestros recursos, ganar los hombres de más prestigio en las provincias para poder introducir nuestra influencia en la administración de todas; les haremos sentir la pobreza y, en este caso, nuestra protección les demostrará que no pueden existir sin nosotros; de este modo quedarán reducidas a un estado de nulidad, que nos dará aptitud para dominarlas y establecer el sistema de unidad, que es el que nos conviene, u otro cualquiera que sirva a nuestros intereses; el sistema de no establecer restricciones o prohibiciones sobre la importación de efectos extranjeros, iguales a los que producen las provincias, debemos continuar sosteniéndolo porque, de lo contrario, nuestras rentas de aduana disminuirán, las provincias progresarán, no les seremos necesarios, y nuestro plan se frustrará» (Ferré, 44).

Un apologista de Rosas ha tenido el coraje de reconocer que la política comercial de Rosas «no era más que la continuación de la de Rivadavia, favorable al puerto único a expensas del Interior» (Palacio, I, 336). Y esto nadie puede desmentirlo. Aquí el federalismo porteño de Rosas revelaba su coincidencia con el unitarismo y su profundo antagonismo con el federalismo del Interior. Como decía Alberdi «la confusión que se hace de los nombres federal y unitario proviene del doble papel que juega esa provincia en el drama político argentino. Buenos Aires representa a la vez los dos principios de unidad y federación, aplicados en este sentido: la unidad indivisible para lo que es su provincia; y la federación para lo que toca a la Nación. La combinación de estos dos principios forma el fondo inalterable de su política local» (Póstumos, VII, 342). En Rosas la combinación de unitarismo y federalismo llega a la perfección, revelando que, en lo relativo a oprimir a las provincias, unitarismo y federalismo eran sólo dos tácticas de la oligarquía porteña, coincidentes en el objetivo final: «el puerto único y la enseña única» (Franco, Paz, 127).

En esto Rosas era profundamente unitario. La suma del poder público con el que Rosas gobernaba al país provenía de la suma del tesoro argentino, concentrado

en la Aduana de Buenos Aires. Y los aliados de Rosas en las provincias se mantenían por el apoyo que Rosas les daba con el apoyo de Buenos Aires, es decir, con los recursos de la Nación, que Buenos Aires se apropiaba en el Puerto» (Alberdi, Póstumos, V, 287).

«Lo que Rosas representaba, eso que en su tiempo se llamaba causa de Rosas, era simplemente el ascendiente exclusivo, inicuo y tiránico del interés local de Buenos Aires sobre las provincias y los estados vecinos en materia de comercio de finanzas de navegación, de política, policía, etc.» (Alberdi, Póstumos, V, 257). Esto significaba el estrangulamiento de todo el país, y principalmente del Litoral, que tenía ganados y puertos capaces de competir ventajosamente con Buenos Aires. En 1835, por ejemplo, Rosas, por decreto del 18 de diciembre, prohibía el comercio de Buenos Aires con las provincias en una serie de productos que, como las suelas, lazos, estribos y cinchas salteños eran gravadas con un impuesto de 35%. Mas tarde Rosas prohíbe que de Buenos Aires se extraiga pólvora, condenando así a las canteras que en Entre Ríos, sobre la margen izquierda del Paraná, explotaban la cal (Machi, 86). Y no sólo esto. Como si las provincias fueran país extranjero, Rosas prohíbe la extracción de oro para las provincias. Los barcos ingleses podían sacar oro del país. Las carretas que marchaban al interior, no. Si esto era una política nacional cabe reconocer, por lo menos, que era un nacionalismo de signo contrario, un nacionalismo invertido. En 1848 el gobierno de Entre Ríos protestaba ante Rosas en estos términos: «Siendo la plaza de Buenos Aires nuestro principal y casi exclusivo mercado para todo lo que se exporta e importa en Entre Ríos y no permitiéndose en esa plaza que pueda extraerse para ésta la moneda metálica, resultan de ello graves inconvenientes para nuestro comercio, por cuanto por falta de numerario se ven embarazosos nuestros hombres de comercio e industria, con perjuicios de esta provincia» (Ibarguren, Rosas, 321).

Esa política de exprimir al país en beneficio de la oligarquía porteña iba derechamente contra la unidad nacional, favoreciendo todas las tendencias centrífugas en las regiones del Litoral, que tenían puertos capaces de dar salida a sus exportaciones sin interposición de Buenos Aires. En La Rioja, Catamarca, Córdoba, en todo el Interior, los caudillos locales no pueden hacer otra cosa que sufrir en silencio la opresión porteña y prenderse a los faldones de Rosas para recibir las migajas que éste les deja caer de la mesa, porque ellas no tienen nada con que suplir los ingresos de la Aduana bonaerense.

Por eso todos los intentos de emancipar el Interior de Rosas, provengan de Facundo o del Manco Paz, fracasan irremediablemente. Pero el Litoral en cambio tiene puertos propios, puertos incluso superiores al de Buenos Aires, y si Buenos Aires insiste en expoliarlo es inevitable que tienda a separarse de Buenos Aires y del resto del país oprimido por Buenos Aires.

Los conflictos entre Rosas y Francia, y en menor medida Inglaterra, tuvieron una repercusión favorable sobre el Litoral. Los estancieros, principalmente los de Entre Ríos, ampliaron enormemente sus negocios gracias al comercio directo —sin intermediación porteña con los países europeos. Los «barcos de ultramar entraban por el Paraná y el

Uruguay trayendo manufacturas y llevando los cueros, tasajo, astas, cerdas, tabaco y yerba que antes sólo podían salir por Buenos Aires. Pero en 1849, cuando Rosas llega a un acuerdo con Inglaterra, por el cual aquella reconoce el monopolio portuario de Buenos Aires comprometiéndose a no navegar los ríos interiores, el Litoral ve cerrarse la fuente de su prosperidad. Las naves debían recalar en Buenos Aires para descargar y cargar, y nuevamente los productores del Litoral debieron rendir tributo a la aduana bonaerense (Giberti, 132). Desde luego, su política debía tender a liquidar el monopolio porteño encarnado y defendido por Rosas, o de fracasar en eso, separarse del país. Lo terrible del plan de Florencio Varela de segregar a Entre Ríos, Corrientes y Misiones para formar con ellos un estado independiente es que no se trataba sólo de una fantasía traidora de proscritos entregados a la diplomacia extranjera, sino que reflejaba una tendencia a la cual conducía irrevocablemente la política monopolista de Rosas que sacrificaba a los productores del Litoral para mantener los privilegios de la oligarquía porteña. De modo que si Rosas unificó el país, lo cierto es que se trató de una unificación con camisa de fuerza y en el solo beneficio de Buenos Aires, cuya presión era tanta que —por una ley hidráulica— en el Litoral amenazó con hacer estallar la unidad y desmembrar a la nación. En el resto del país el unicato rosista o porteñista, arrasó con todas las tendencias contrarias, porque la economía local no ofrecía base para un intento de resistencia e independencia.

La suficiente insuficiencia profesional de ese archivero virtuoso que fue Paul Groussac le permitió afirmar sin sonrojarse que «para los caudillos el vicio de la constitución era ser una constitución, es decir, una ley de orden y policía que ponía a raya sus ímpetus salvajes» (LaFerrere, Groussac, 155). El hecho es, por el contrario, que una vez triunfante el partido federal, la fracción que respondía a los intereses del Interior, encabezada por los caudillos, no dejó un sólo día de presionar sobre Rosas para lograr una constitución que reglase la organización nacional. En sus últimos tiempos, Quiroga fue uno de los más decididos campeones de la organización constitucional, y tras él iban otros caudillos (véase David Peña, 242-46). Pero Rosas —y tras él la oligarquía porteña— se mantenían inflexibles: no ha llegado el momento para la Constitución. Efectivamente, para la oligarquía porteña no había llegado el momento de construir el país, por cuanto las provincias no estaban suficientemente estaqueadas, el gaucho no estaba suficientemente exterminado o apeonado, es decir, todas las tendencias que escapaban a la estructuración capitalista centrada en Buenos Aires, basada en exportar productos agropecuarios e importar manufacturas, para mayor enriquecimiento de los estancieros y comerciantes bonaerenses, eran aún demasiado fuertes y podían impedir la preeminencia de Buenos Aires en la Nación constituida. Una constitución antes de que la desproporción entre el poder bonaerense y la debilidad del Interior se hubiera acentuado más todavía podía perturbar la acumulación capitalista en que consistía toda la política «restauradora». Así lo decía el mismo Rosas: «Así como cuando queremos fundar un establecimiento de campo, lo primero son los trabajos preparativos de cercados, corrales, desmontes, rasar, etc.: así también, para pensar en constituir la República, ha de pensarse antes en preparar los pueblos, acostumbrándolos a la obediencia y al respeto de los gobiernos» (Peña, Quiroga, 248). Este es el tema en que insiste Rosas en su famosa carta a Quiroga de diciembre de 1834. Estas cartas revelan que

Rosas, cuyo semianalfabetismo literario es obvio, poseía inteligencia política suficiente para lograr los objetivos que se proponía con los medios que tenía a mano. Los apologistas del Ilustre Restaurador se han apercibido de ese realismo, y van y vienen con él como tonto con juguete nuevo, sin tomarse el trabajo de averiguar para qué y a quién servía tan eficiente virtuosismo político.

Servía, como dijo Alberdi, para consolidar el poder de la oligarquía porteña sobre todo el país: para impedir que el gobierno de Buenos Aires fuera derrocado por ejércitos de veinte nombres (Fragmento, 67). Rosas postergaba la organización constitucional —que tanto reclamaban no sólo los doctorcitos unitarios encandilados con Francia, sino también los muy criollos caudillos —o dirigentes como Facundo Quiroga o Pedro Ferré— por la misma razón por la cual conquistaba el desierto, proletarizaba a los gauchos, impedía que los estancieros entrerrianos comerciaran directamente con Europa o ponía en pie formidables ejércitos de línea: para facilitar la acumulación capitalista de los estancieros porteños y asegurarles el dominio legal sobre toda la nación cuando ésta se constituyera. La dictadura rosista, crisol de la nacionalidad, que dicen nuestros ideólogos de universidad y presupuesto, tiene otro sentido menos sonoro, pero más áureo; es la doma de todas las provincias para que Buenos Aires y el acreedor extranjero puedan enyugarlas pacíficamente. Gracias a ella, de 1852 en adelante, todo presidente argentino puede ser un Rosas sin necesidad de la Mazorca (Franco, Rosas, 194). El Ilustre Restaurador y mejor Acumulador era un experto apacentador de vacas que sabía también cómo apacentar hombres y pueblos. Verdaderamente el capitalismo argentino tiene una deuda con él. Si «patria» y «nacionalidad» significan orden, es decir, el orden de la oligarquía estancieril bonaerense, dominando con sus vacas y su puerto la vida argentina, entonces los apologistas tienen razón. Rosas es el fundador de esa «patria» y «nacionalidad». Lástima que ambas se parezcan tan idílicamente a una colonia...

### La Mano Fuerte del Restaurador se ablanda Frente a la Colectividad Inglesa

Al caer Rosas la economía argentina tenía ya definitivamente fijada su característica unilateral y predominantemente agropecuaria. El gobierno de Rosas no cambió ni atenuó tan señero y prócer rasgo: lo acentuó. Las atrasadas industrias existentes tuvieron ocasionalmente un respiro, libres de la competencia extranjera, pero ello no se debió a los deseos del gobierno sino al bloqueo francés, que cortó las relaciones del país con el exterior. Es verdad que con motivo de la ley de aduanas de 1835 Rosas decía en su Mensaje a la Legislatura porteña que era necesario proteger a la agricultura «y la naciente industria fabril del país» (Sierra, Ideas, 406.). Pero los impertinentes panegiristas, que en base a esta ley de aduanas proclaman a Rosas defensor de la independencia económica del país olvidando angelicalmente que si el enunciado de la medida era proteccionista —para conciliar a los artesanos porteños y a las industrias del Interior— su aplicación padeció tan continuas marchas y contramarchas que, como lo ha demostrado ilevantablemente Myron Burguin, anularon la efectividad de la ley en cuanto a su pretensión de tutelar la agricultura

y la industria. La verdadera filosofía económica del rosismo era la que Pedro de Angelis, editor de La Gaceta Mercantil, proclamaba desde este periódico, defendiendo el librecambio, las tarifas bajas y la ganadería como única actividad creadora del país (Burguin, 235).

La independencia económica argentina solo podía cimentarse en el desarrollo industrial. Sólo que ninguna clase tenía interés en el mismo, excepto los productores artesanales, que tampoco aspiraban a la industrialización, sino al estancamiento protegido de sus atrasadas empresas. Rosas, que colma de privilegios a la ganadería, prepara al país para la más completa subordinación al comprador extranjero. Ni con el más cegado optimismo puede sospecharse siquiera que Rosas trabajó por la independencia económica nacional. Sin embargo, es evidente que frente a las potencias europeas Rosas tenía mayor independencia relativa que Rivadavia, porque los estancieros bonaerenses eran una clase ligada a la producción, a la producción más importante del país desde el punto de vista capitalista, mientras que la burguesía comercial era apenas un apéndice de la industria y el comercio extranjeros, y no podía vivir sin conexión con ellos, como que en esa conexión residía todo su negocio. Rosas y su grupo estanciero-saladeril no dependían directamente del comercio de importación, y además exportaban su producción de tasajo principalmente a Brasil, Cuba y Estados Unidos, donde era consumida por los esclavos. Esto le otorgaba cierta margen de capacidad para maniobrar ante las potencias europeas. Lo cual no le impedía depender de un mercado exterior, y de los ingresos de la aduana, obtenidos de la importación, de modo que los estancieros, igual que la burguesía comercial, aunque en menor medida, dependían del comercio exterior, a fin de cuentas.

Pero del hecho de que Rosas fuera relativamente menos dependiente del extranjero que la burguesía comercial, y estuviera en condiciones de exigir a las potencias europeas que en cualquier negociación respetaran su régimen como la única autoridad del país, ¿puede de eso desprenderse el corolario de que Rosas defendió la independencia nacional? Comencemos por no olvidar lo que significaba la nación bajo Rosas y para Rosas. Era enfeudamiento de todas las provincias a un amo y señor, era el gobierno indiscutido de los estancieros de Buenos Aires sobre todas las clases y regiones del país, en beneficio, claro está, de «el minotauro estancieril” porteño. Nada más y nada menos. En determinado momento Francia intentó modificar esta situación en el sentido de instalarse ella en la cúspide de esa pirámide de explotación. Rosas —representante de una clase nacional, vinculada a la producción nacional, y explotadora de todo el país— defendió el derecho de esa clase a continuar en esa explotación, sin otras tutorías extranjeras que la que ella admitiese y en los términos que ella pudiera aceptar. En este sentido Rosas defendió efectivamente la independencia nacional. Si hubiera sido derrotado, el país no se hubiera emancipado de la dictadura de Buenos Aires. La hubieran continuado soportando, con el agravante de la dictadura del comercio extranjero y su correspondiente flota y marinería de desembarco. Salvando las obvias diferencias existentes entre los países y las épocas, y la naturaleza de las clases e intereses en juego, puede estimarse que Rosas defendía la independencia nacional contra Francia —ya veremos cuan distinta fue su actitud ante Inglaterra— en el mismo sentido en que la vomitable pandilla de Chang Kai Shek, ordenanza del imperialismo angloyanqui, defendía la independencia de China frente a los invasores japoneses.

Los enemigos de Rosas no dejaron de advertirlo: «Lo que Rosas llama independencia del país no es sino la independencia de su persona propia. No quiere que el país sea independiente del extranjero sino para que sea dependiente suyo. Quiere que el país sea independiente del extranjero para despotizarlo, para explotarlo, para humillarlo el solo» (Carta de J. M. Gutiérrez a Alberdi, dic. 28, 1838, en Póstumos, 13, 59). Lástima que estos intelectuales tan agudos no comprendieran que lejos de ganar, la nación perdería con que al despotismo porteño se sumase el despotismo aun más irrisorio de Francia.

Rosas «defiende su país porque defiende su gobierno, como una covacha» (Franco, Paz, 94). Al hacerlo, fortificó la independencia nacional poniendo de manifiesto que colonizar a la Argentina era un poco más dificultoso que colonizar a Argelia. Las reflexiones de La Gaceta Mercantil del 30 de abril de 1845 revelan cómo los estancieros bonaerenses —respaldados en esto por todo el país que oprimían— se sentían seguros de su relativa fuerza, capaz de impedir desplantes abiertamente colonizadores de Europa, perjudicándolos en su comercio, que era el punto más sensible de las Potencias: «¿Qué sería la intervención sino la conquista? ¿Y qué perspectiva ofrece la conquista sino la seguridad de quedar arrasados los intereses británicos y franceses en estos países? Mirada la intervención en su influencia sobre las repúblicas del Río de la Plata, ofrece la seguridad de una resistencia formidable, favorecida por una situación ventajosa que todo el poder combinado de los interventores no alcanzaría a dominar. ¿Qué harían las escuadras de los interventores? ¿Bloquearían desde Buenos Aires la Patagonia, las costas del Uruguay, los litorales del Paraná, o franquearían la navegación a cañonazos? En el primer caso, bloqueaban su propio comercio: lo destruían. En el segundo caso ¿dónde hallarían mercados y expendios para el comercio? En las dos repúblicas del Plata no encontrarían sino enemigos implacables, que los recibirían en las puntas de sus lanzas o entregarían a las llamas importaciones detestables por su origen”.

Los abogados del capital imperialista, que necesitan por evidentes razones de negocio desprestigiar todas las tradiciones nacionales de resistencia a las imposiciones e imposturas imperialistas, afirman que frente al bloqueo franco-inglés Rosas «no luchó por la independencia, que nadie amenazaba» sino «por el capricho de un tirano» (Conferencia de Mariano J. Drago, La Prensa, junio 23, 1956) Por contraste, los más talentosos políticos argentinos, Alberdi y Sarmiento, que estuvieron comprometidos en el ataque francés, posteriormente reivindicaron la defensa de Rosas como un importante elemento de la política exterior argentina. Sarmiento consideraba «verdad incuestionable» que «al paso que en el exterior se presenta haciendo frente gloriosamente a las pretensiones de una potencia europea y reivindicando el poder americano contra toda tentativa de invasión, Rosas ha probado que la Europa es demasiado débil para conquistar un estado americano que quiere sostener sus derechos» (Facundo, 281). «La mitad de la espectacularidad de que hoy disfruta la República Argentina en los países extranjeros fue adquirida bajo la administración de Rosas», afirmaba Alberdi (Obras, V, 163). Y también Urquiza, en carta a Alberdi, de 1858, decía refiriéndose a Rosas que «Yo no puedo dejar de prestarle la consideración que se merece un hombre que ha estado al frente de la Nación y donde ha prestado servicios cuando menos por la energía con que siempre ha sostenido los derechos de la soberanía e independencia nacional» (Alberdi, Póstumos, 14, 736).



Pero no nos exaltemos líricamente ante el nacionalismo rosista. La soberanía e independencia nacional que Rosas defendía era tan limitada como le convenía a los estancieros de la margen derecha del Plata. Que las potencias europeas pretendiesen gobernar en el Plata pasando por encima del Ilustre Restaurador, eso sí que no. Pero que explotasen al país en comandita con los estancieros bonaerenses, ¿por qué no? De allí las excelentes relaciones entre Rosas e Inglaterra, y el paternal apoyo inglés a Rosas. Todo lo que estas repúblicas necesitan —le decía Rosas al inglés Mac Cann— es intercambio comercial con alguna nación fuerte y poderosa como Gran Bretaña, que, en recompensa de los beneficios comerciales, podría beneficiarles con su influencia moral. Sólo esto querían y nada más. No deseaban nada que oliera a protectorado, ni afectara en lo más mínimo su libertad e independencia nacional, de la que eran muy celosos y no renunciarían un solo átomo» (Mac Cann, 158).

«Ser inglés entonces: qué pichincha!» confiesa Mansilla, sobrino de Rosas (Memorias, 83). Así era, en efecto. Ya sabemos que los ingleses constituían uno de los principales grupos propietarios del país (de las 293 estancias bonaerenses, 79 eran de ingleses). Rosas aceleró este proceso, facilitando la consolidación de la oligarquía anglo-criolla. En ningún momento pareció temer las consecuencias de la colonización del país por inmigrantes ingleses llenos de privilegios. Al contrario, conversando con el inglés Mc Cann, «se extendió sobre las ventajas que ofrecía el país para la inmigración de todo el excedente de población de Inglaterra, y habló de la inmejorable situación en que colocaba a los inmigrantes el tratado de 1825, por el cual, en realidad, gozaban de mayores ventajas que los nativos» (Mc Cann, 158). Bajo su gobierno los ingleses acrecentaron su participación en la propiedad de la tierra, porque estaban exceptuados del servicio militar y su propiedad se hallaba protegida por el tratado con Inglaterra, lo que indujo a muchos estancieros criollos a tomar ingleses como aparceros, los que pronto se convirtieron en propietarios (Hanson, Mea, 10). Pero no sólo esto. El absolutismo rosista, que no toleraba prensa opositora ni independiente de origen argentino, se tornaba liberal ante la colectividad inglesa. Durante toda la dictadura rosista el comercio inglés radicado en Buenos Aires pudo disfrutar de la publicación del *British Packet*, el «único periódico de Buenos Aires que dice lo que quiere, guiando en muchas ocasiones la voluntad de Rosas» (Galván Moreno, 173).

Satisfecha de su gobierno, la colectividad comercial británica pidió, poco antes de Caseros, la reelección de Rosas, alegando que su retiro del gobierno sería «no solamente una calamidad pública, sino que afectaría esencialmente los más importantes intereses británicos».

Como es archisabido, Rosas se refugió en un barco de guerra inglés que lo condujo a Inglaterra. «Las autoridades inglesas honraron excepcionalmente a Rosas; fue saludado a su llegada al puerto con una salva de cañonazos y recibido con expresivas demostraciones de consideración. Tal recepción motivó un debate en la Cámara de los Lores. El conde Malmesbury manifestó que Rosas no era un viajero común, sino un personaje que en el gobierno de su país había «demostrado gran distinción y generosidad para con los comerciantes ingleses» (Zinny, II, 169).

Veamos algunas de esas manifestaciones de generosidad con los comerciantes ingleses y con Inglaterra en general. En 1831, Rosas asombra a criollos y extranjeros ordenando luto y funerales por la muerte de Jorge IV; en 1841 se supera: mientras la escuadra anglo-francesa apresaba barcos argentinos, Rosas —cuenta Mc Cann— «alivió la situación de los comerciantes extranjeros —ingleses— librándolos de impuestos»; poco después el propio Rosas abastece de viveres frescos a los bloqueadores para evitarles el escorbuto. Lo confiesa Saldías, historiador oficial de la Santa Federación: «Era un bloqueo sui generis o más propiamente un medio ingenioso para mantener un negocio más o menos lucrativo». En 1838 Rosas propone permutar las Malvinas Argentinas por las libras esterlinas que Baring decía haber prestado. En 1840, en plena crisis financiera, manda abonar una cuota a los mismos Baring (Franco, Rosas, 224). Luego, por el tratado Arana-Southern de 1849, Rosas cede las Malvinas a Inglaterra (Pereyra, 84). Por último, refiere Mc Cann que en 1845, cuando la escuadra anglo-francesa se apoderó de los buques que bloqueaban Montevideo, creyóse que Rosas ejercería venganza sobre los ingleses residentes en Buenos Aires, pero, contra lo que se esperaba, impartió las órdenes más estrictas para que fueran respetadas sus personas y bienes. Tan buena disposición fue más allá: como el bloqueo trajera la paralización de los negocios en Buenos Aires, Rosas alivió la situación de los comerciantes extranjeros —ingleses principalmente— facilitando el depósito de las mercaderías y librándolas de los impuestos que pagaban en tiempos normales (Mc Cann, IX).

La anglofilia, en un país explotado comercialmente por Inglaterra, indica bastante claramente las limitaciones del nacionalismo estancieril que Rosas encarnaba. Por algo Inglaterra respalda a Rosas cuando Francia pretende hacer pie en el Río de la Plata. «El gobierno francés no podía bloquear a Buenos Aires, porque no bloquearía a Buenos Aires, sino al comercio inglés, y si al comercio inglés se le antojaba no tolerar bloqueos, por buenas o por las malas, los almirantes franceses se verían obligados a salir de las aguas de América con el penacho caído» (Pereyra, 75). Inglaterra y Rosas intercambiaron algunos cañonazos, pero por parte de Inglaterra esos fueron, como se dijo en la Cámara de los Lores por el Gobierno Inglés, «actos imprevistos». Hasta los panegiristas de Rosas reconocen que Inglaterra lo respaldó contra Francia (Palacio, II, 47, 68). Rosas «procuró el apoyo decidido de Inglaterra, cuyos intereses estaban en pugna con los de Francia en el bloqueo del Río de la Plata, y obtuvo que el gobierno inglés hiciera desistir al francés» (Ibarguren, Rosas, 298). Sí, pero, ¿es posible que Inglaterra no haya pedido nada en cambio de su mediación? Semejante generosidad no figura en los antecedentes del Foreign Office, y que Rosas era complaciente con Inglaterra ya lo sabemos. En esto también Rosas es un forjador de la nacionalidad estancieril con todas sus características, incluso la política exterior más o menos ásperamente intransigente ante las potencias rivales de Inglaterra en el Plata y amablemente condescendiente ante Inglaterra. Y en 1866 un ciudadano chileno visita a Rosas y éste le manifiesta: «Yo siempre he querido a Inglaterra, y creo que es la única nación con quien deben estrechar relaciones las repúblicas sudamericanas y tener confianza en ella. Cuando se me arrojó del Plata, los comodores de Inglaterra y Estados Unidos me ofrecieron sus buques, y aunque fueron éstos los primeros en hacerlo, no acepté, sino que me embarqué en un buque inglés»

(Publicado en El Nacional de Corrientes en abril 28, 1866, y reproducido por Zinny, II, 182).

¿Qué objetivos perseguía Francia con su intervención en el Río de la Plata? Los intelectuales respaldados por las embajadas extranjeras afirman que la intervención «fue provocada por Rosas con fines de política interna» (Mariano Drago, Conferencia citada). Hay sobradas pruebas, sin embargo, de que Rosas fue apenas el pretexto para poner en marcha un plan carente de seriedad ideado por algunos grupos de la burguesía francesa para dar una salida especulativa e imperial a sus problemas internos y europeos. El almirante Le Blanc, jefe de las fuerzas francesas en el Plata, se proponía, según propia declaración «establecer de una manera permanente en el Río de la Plata la influencia de Francia» (Ibarguren, 290). Se trataba de la conquista. Si el plan fracasó no fue por falta de buenos deseos. Y todo el conflicto fue una serie de ultrajes que no pasaban a la categoría de verdaderas empresas militares, y una serie de empresas militares que no pasaban de tentativas ridículas de intimidación. ¿Y si se hubiera hecho lo que en África? preguntaba Thiers, el pequeño gran asesino de la Comuna. En primer lugar no se hizo, y en segundo lugar no se hubiera podido hacer. «Francia no tenía recursos para eso, y menos ante la hostilidad de Inglaterra» (Pereyra, 22).

## El Maridaje de la Intelligentzia con el Invasor Extranjero

Los planes o disparates colonialistas de Francia encontraron imprevistos aliados en el viejo partido unitario, sombra de la burguesía comercial porteña, que perdido el ímpetu rivadaviano se sometió a una alianza con los estancieros y acató la dictadura rosista, que por lo menos preservaba el orden, y en la intelligentzia pequeña burguesa que no soportaba el estado de sitio permanente impuesto por la Mazorca.

Que la burguesía comercial porteña, o los herederos de su política rivadaviana, concertasen acuerdos con el agresor extranjero contra el gobierno de su país, no es sorprendente, tratándose de una clase intermediaria del comercio extranjero, que vive «con la mirada vuelta hacia las luces de París o los faros de los puertos ingleses» (Franco, Paz, 22). Esto estaba en el orden natural de las cosas. Lo que aportaba una novedad era la alianza con el extranjero, contra el gobierno de su país, de la intelectualidad pequeño-burguesa y muy particularmente de un hombre como Alberdi, que devino el más decidido propulsor de la alianza con Francia después de haber sido el primer intelectual argentino que planteó la necesidad de una política nacional, independiente de los dictados y modas extranjeras. En nuestros días, en que la potencia imperialista más colosal que conoce la historia, concentra todos sus fuegos sobre nuestro país, una potencia y variedad de medios infinitamente mayores que los que jamás pudieron soñar los almirantes franceses del Plata, tiene una obvia importancia comprender cuál fue la experiencia que la lúcida intelectualidad argentina de hace un siglo realizó en su frente único antinacional con los

enemigos del gobierno de su país, que contaba, por lo demás, con el respaldo de todo el pueblo.

En 1837 Alberdi había demostrado que Rosas estaba secundado por el apoyo popular y la situación del país bajo su dictadura era «normal, dialéctica, lógica» (Fragmento, 74). Y en ese mismo trabajo, en el que evidencia la lejana influencia del pensamiento hegeliano, recibida a través de divulgadores franceses (Korn, 181), Alberdi explicaba cuál debía ser la actitud de la intelectualidad argentina ante un régimen que siendo popular siendo inevitable en ese momento dado, no podía en modo alguno satisfacer las aspiraciones de progreso económico y cultural que la intelectualidad alentaba teniendo en vista el modelo de los países adelantados. Citando a Jouffroy, Alberdi decía: «Todo hombre que comprende bien su época tiene una misión patriótica que llenar, y consiste en hacerla comprender bien a los demás; en calmar así el país como se ha calmado a sí mismo. Desde que se comprenden bien las circunstancias del estado en que nos encontramos deja uno de asustarse; cuando uno cesa de asustarse, piensa en sí mismo, se forma un plan de conducta, se trabaja, se vive; mas si creéis todas las mañanas que vais a naufragar, que estáis próximos a una catástrofe, os abandonáis a la marea de las circunstancias; no sois sino un hoja arrastrada por el viento que sopla y pasa» (Fragmento, 79). Sin embargo, la sorda realidad de la dictadura rosista fue más fuerte que las buenas intenciones de la intelligentzia. Poco lugar —es decir ninguno— había para sus talentos e inquietudes, y ninguna ocasión tenían de ganarse la vida de acuerdo a sus ambiciones en aquella sociedad estancieril, administrada rígidamente por el mayor estanciero de la provincia. Recordemos que a fines de 1835 Rosas «circunscribe la educación de la juventud que ha de ser moral y religiosa, a sólo los preparativos para los estudios de jurisprudencia y medicina». Con este motivo se suprime, con las cátedras de francés y de inglés, también la de física; los aparatos del gabinete, con otros muebles y utensilios, se mandaron entregar más tarde en calidad de trastos a la compañía de Jesús. Por fin, después del decreto de abril de 1838, que suprime toda subvención oficial y el sueldo de los profesores, las dos facultades superiores a duras penas consiguieron arrastrar una existencia lánguida. El departamento de estudios preparatorios casi se disuelve y la enseñanza secundaria pasa a los colegios religiosos y particulares.

De este tipo eran las relaciones de Rosas con los intelectuales y con la cultura, que es el instrumento de trabajo y creación de la «intelligentzia». Quizás intelectuales como Gutiérrez y Alberdi, con vocación por lo nacional, pudieron haberse mantenido firmes si hubiera existido en el país alguna clase sobre la cual trabajar para llevar el país hacia delante, apoyándose en ella para combatir a Rosas sin traicionar a la nación. Pero tal clase no existía. La voluntad de las masas se trasuntaba en el apoyo a Rosas, y era inútil suponer que la intelligentzia podía ganar a las peonadas y el gauchaje para su programa inspirado por los países de desarrollo industrial capitalista.

Alberdi bien pudo suscribir las palabras que escribía en su diario Herzen, el gran revolucionario ruso: «Nuestra situación no tiene salida porque es falsa, porque la lógica histórica muestra que estamos fuera de las necesidades del pueblo, y nuestra suerte es el peor de los sufrimientos».

La solución a este drama interior sin salida objetiva posible la encontró Alberdi renegando transitoriamente de su ideología nacional y democrática y acoplándose a los políticos de la burguesía comercial porteña y sobrepasándolos en consecuencia antinacional, transformándose en campeón de la agresión francesa contra el país. Había llegado a la conclusión que «el país no contenía elementos suficientes de reacción; y que era indispensable para poder girar la rueda de la revolución adoptar un eje extranjero» (Póstumos, XV, 436). Con su claridad acostumbrada Alberdi ha dejado el testimonio de que el partido unitario y él personalmente fueron no sólo aliados sino impulsores de la intervención francesa. «La colaboración del partido liberal argentino (dicho unitario entonces) con los franceses es mal apreciada. Como testigos y actores en ella, tenemos el derecho de saberlo y ningún interés en ocultarlo. El partido argentino opuesto a Rosas no fue el instrumento de Francia, sino el motor tal vez, o al menos la iniciativa fue común» (Póstumos, III, 247). «No conozco escritor argentino a quien Francia deba más simpatías que a mí, en el Río de la Plata. Yo presenté a Lavalle a los franceses, en 1839; yo formé la coalición, derribando las preocupaciones populares que la resistían» (Póstumos, IV, 29).

Como no podía ser de otro modo, desde el momento en que para hacer girar la rueda de la revolución antirrosista se adoptaba un eje extranjero, y un eje interesado en conquistar al país, la ideología democrática —no sólo la nacional— eran arrojadas por la borda y se transformaban en su contrario.

«En la imposibilidad de encontrar de pronto una base de organización política durable para las nuevas repúblicas americanas —revela Alberdi— echamos la vista fuera de nuestro país a ver de descubrir un elemento que pudiésemos introducir del extranjero para servir de contrapeso a las tendencias de nuestros tiranos y de nuestras masas semibárbaras, revestidas por una necesidad fatal de la revolución de la soberanía política. Creímos llegado la oportunidad de llevar este deseo cuando la cuestión francesa. Nuestra idea era la de garantizar por medio de un tratado con la nación francesa, la estabilidad de una carta constitucional que asegurase a la porción más civilizada y culta de nuestro país, una preponderancia en la dirección social contra las propensiones de las masas ignorantes, a subyugarlas por la fuerza brutal; ligar a la minoría ilustrada con una civilización extranjera, a fin de hacer mayoría, contra la clase ínfima del país, que siempre estaba dispuesta a servir de instrumento de dominación despótica al primer demagogo que, como Rosas, supiese encaminarla a sus miras». «De aquí nuestro empeño de acreditar a los franceses, de alejar las sospechas que pudieran abrigarse contra sus miras ulteriores, de alabarlos también, no tan sólo con la idea de emplearlos como instrumento contra Rosas (esto era lo de menos para nosotros) sino con el fin, más alto y superior para nosotros, de hacerlos servir al apoyo del sostenimiento ulterior de un gobierno civilizado y constitucional en nuestro país» (Póstumos, XV, 466).

Y por cierto que esta política antinacional y democrática tomaba como punto de partida un hecho trágico que no la justificaba, pero que era real. Las masas trabajadoras del país argentino de 1840 -peones, gauchos, artesanos— «son incapaces de otra cosa que de triunfar en perjuicio propio y con provecho exclusivo de la tiranía ... porque incapaces de conocer y manejar sus asuntos se entregan a la tutela de un déspota, que principia por

subyugar a la minoría ilustrada, por medio de la mayoría ignorante, y acaba por someter a esta misma por medio de los soldados asalariados» (Póstumos, 15, 463-65). Tal era, efectivamente, el destino de esas masas que incapaces de aportar un nuevo sistema de producción en que basar su propio predominio, debían acoplarse a una clase como la estancieril, radicalmente enemiga de ella, pero que podía asegurarles el sustento.

Alberdi suponía que su frente antinacional con Francia y los fantasmones montevideanos de la burguesía comercial porteña serviría al progreso y la civilización del país. Esa era la ideología. En la realidad, la alianza de Francia con los caballeros de la Comisión Argentina de Montevideo conducía a la colonización y la desmembración. Thiers, destinado a matarife de la Comuna de París, y a empaparse en sangre humana tanto o más que Rosas, la completa expresión de la corrupción de clase de la burguesía francesa, gran maestro de las minúsculas pillerías de gobierno, virtuoso del perjuicio y la traición, como lo calificó Marx —medía a los caballeros montevideanos por el cartabón de Florencio Varela, «uno de los hombres más distinguidos que pueden encontrarse en cualquier parte del mundo». Eran, sin duda, distinguidos traidores, a quienes no asustaba ni siquiera el fantasma de «una Polonia en la América del Sur» y se negaban redondamente a creer que «la sola idea de mutilación del cuerpo de la República puede llamarse y se llama traición» (Franco, Paz, 134).

El mejor juicio sobre esa tremenda experiencia de la unión antinacional de la inteligentzia argentina con una potencia extranjera ha sido hecho precisamente por Alberdi, el más lúcido exponente de esa intelectualidad y el más decidido defensor de la alianza con Francia. Cuando lo creía conveniente, Alberdi no vacilaba en declarar que «no nos detendremos en el fútil reparo de que aceptamos aliados extranjeros» y «haremos ver que lejos de ser una mengua para las naciones americanas la ingerencia protectora de la primera nación de Europa en nuestras cosas, ella es el principio de una política nueva que tendrá por resultado el establecimiento de una solidaridad fecunda entre las libertades y los intereses progresivos de ambos mundos» (Póstumos, XIII, 31). Pero la experiencia no tardó en demostrarle que las luces francesas eran una cosa y la burguesía francesa otra muy distinta, que —como le escribiera Gutiérrez— «los franceses de letras de molde no son los mismos que los que vienen en los barcos, ni son los señores de París los que vienen al Río de la Plata ya que aquí no venían los autores de la Enciclopedia sino embriones de hombres miserablemente interesados por oro» (Alberdi, Póstumos, XIII, carta de Gutiérrez de 28-12-38). En enero de 1844, ante la perspectiva de una guerra entre Brasil y Rosas, Alberdi escribe en su diario: «¿Qué resultaría de un hecho semejante? Presenciar y participar de una guerra más contra Rosas; y hallarse al lado del extranjero; y del extranjero inepto, del extranjero destinado tal vez a ser vencedor. ¡Oh, no! ¡Salud a cualquier acontecimiento que haga sucumbir a Rosas! Pero libreme Dios de que yo me halle en él enrolado a la par del extranjero victorioso» (Obras, III, 281). Es todavía una actitud abstencionista; ni con el gobierno nacional que combate, ni con el extranjero. Pero poco después la actitud de Alberdi se define claramente, y el 24 de febrero de 1844 anota en su diario una observación que es una de las grandes conquistas del pensamiento argentino: «Seguir el destino del país en todas sus alternativas no puede ser vergonzoso jamás, cuando se ha hecho lo posible para mejorar la condición de su fortuna. No: yo prefiero los tiranos de mi país a los

libertadores extranjeros. El corazón, el infortunio, la experiencia de la vida, me sugieren esta máxima, que yo he combatido en días de ilusiones y errores juveniles» (Idem, 294-5, subrayado de Alberdi). Es decir, ni complacencia oportunista con el régimen interno que se convalida so pretexto de nacionalismo, ni alianza con el extranjero contra la nación so pretexto de combatir dictaduras.

La colaboración de Inglaterra con Rosas constituye una interesante demostración de cómo el liberalismo inglés se casa perfectamente con el apoyo al absolutismo dictatorial si de ese matrimonio sale ganancioso el comercio británico. Francia tenía que ser liberal y democrática frente a la tiranía rosista, que no la servía a ella. Inglaterra en cambio se sentía muy cómoda con la tiranía proinglesa. En esto, como en tantas otras cosas, la época de Rosas adelanta una de las constantes de la historia argentina: Inglaterra aparece siempre tras las bambalinas apoyando el status quo, que suele ser dictatorial.

Los imperios rivales se presentan en cambio apoyando a la oposición nativa con las banderas desplegadas de la libertad y la democracia. Los enemigos de Rosas no dejaron de advertirlo. Gutiérrez, enlodado en la colaboración antinacional con Francia, tenía buena vista para ver el juego inglés y se indignaba de que Inglaterra no quisiera ver «lo que ve todo el mundo: que la cuestión francesa como la contienda argentina nacen y no son sino un detalle de la vieja contienda del despotismo y de la legalidad, de la dictadura y de la libertad, de la civilización y de la barbarie». Todos los aspirantes a desplazar a Inglaterra, y los aliados nativos que consiguieron, habrían de repetir este tema, durante un siglo. «Los ingleses justifican y le dan la razón a Rosas», decía Gutiérrez, y agregaba: «Lea usted el British Packet. Observe usted la conducta de Mendeville en Buenos Aires; sostiene a Rosas, no hay duda... La cuestión francesa (los sucesos en el Río de la Plata) ha sido mal comprendida por los miembros de la Cámara de los Comunes y por los periódicos ingleses... ha sido vista desde un solo punto: el del interés de los comerciantes ingleses. No se ha hablado de justicia, de derecho, de razón: no se ha mentado para nada el carácter del despotismo de Buenos Aires, se ha pensado sólo en la ambición de Francia y no se han acordado de la ambición de Rosas, de los principios de su política bárbara... Los ingleses pueden hablar así de las cosas de Buenos Aires porque ellos son los extranjeros más considerados, más privilegiados, más obsequiados también por el gobierno de Rosas» (carta a Alberdi, 28-12-38, Póstumos, XIII, 17).

## DE CASEROS AL 11 DE SETIEMBRE

### En la Argentina de Rosas se Consolida Una Sola Institución Capitalista, la Estancia

Contra la opinión liberal de que la dictadura rosista fue una noche tenebrosa en que el pulso del país dejó de latir hemos demostrado que la dictadura rosista facilitó y consolidó la acumulación del capital nacional. Ante la avalancha de reformas con que Rivadavia trataba de establecer el dominio de la burguesía comercial porteña y sus socios ultramarinos, Rosas aparece como el restaurador del predominio estanciero y de las condiciones que permitían el enriquecimiento y la consolidación de esta clase productora. Ese fue el sentido de su dictadura tradicionalista, conservadora, antiextranjera. Son tonterías literarias eso de que Rosas restauró la colonia. Es indiscutible que defendió la independencia del país —de su país, el país de los estancieros porteños— contra todos los intentos de recolonización, y probado está que los verdaderos colonialistas eran los próceres montevidéanos que auspiciaban el protectorado francés. Rosas fue partidario de la colonia en un único y solo sentido: en cuanto trató de conservar y hacer prosperar contra todos los obstáculos la vieja tradición que viene precisamente de la colonia; vacas, vacas y vacas, como decía Sarmiento.

Pero llegó un momento en que el sistema rosista ya no sirvió para conservar esta tradición y entró en conflicto con la clase que lo había sostenido desde la primera hora. A la hostilidad de los estancieros del Litoral se sumaba la de los estancieros porteños, la propia base de sustentación de Rosas. Su caída era inevitable. Los abnegados apologistas de Rosas, que con tal de salvar a su héroe son capaces de aliviarse hasta del último miligramo de inteligencia, afirman que al caer don Juan Manuel «éramos un país próspero merced a la protección que las leyes vigentes otorgaban a la producción nacional» (Palacio, II, 143). Lamentablemente, la producción nacional en 1851 era la misma que en 1810 en Buenos Aires y el Litoral, es decir, un usufructo de las vacas y caballos que la naturaleza ponía a disposición de los propietarios. Y en el resto del país la producción había disminuido minada por la corrosiva competencia inglesa. Un experto conocedor inglés —muy amigo de Rosas— hablaba así del gaucho: «Tómense todas las piezas de su ropa, examínese todo lo que lo rodea y exceptuando lo que sea cuero ¿qué cosa habrá que no sea inglesa? Si su mujer tiene una pollera hay diez probabilidades contra una de ser manufactura de Manchester. La caldera en que cocina su comida, la taza de loza ordinaria en que la come, su cuchillo, sus espuelas, el reno, el poncho que lo cubre todos son efectos llevados de Inglaterra» (Parish, Buenos Aires, II, 335-6). Si es verdad que Rosas trató de proteger la industria nacional, forzoso es reconocer que no tuvo éxito ninguno en su intento. En efecto, otro viajero inglés —por supuesto, simpatizante de Don Juan Manuel— dejó también una excelente radiografía de lo que era Buenos Aires —la zona más próspera del país— en los últimos años del gobierno rosista. Vale la pena exponerla extensamente: «La población es muy escasa y los criollos son, por lo general, poco inclinados a otras ocupaciones que no sean los trabajos propios de las estancias. Viven en sus ranchos y no dedican un palmo de terreno a jardín ni plantan una sola hortaliza. Nunca cultivan la tierra —siendo feracísima» porque su alimento consiste casi exclusivamente en carne de vaca y de cordero. No consumen tampoco pan, ni leche, ni verduras y raramente

usan la sal. Los recursos del país no se aprovechan porque los habitantes son poco industriosos» (20). Visita una casa pampeana y «toda la familia vestía con telas de manufactura inglesa» (26). «He podido observar que los criollos todos muy raramente sienten inclinación por otro trabajo que no se relacione directamente con los caballos y las vacas. Obligarlos a vivir en una ciudad, confinarlos en una localidad determinada, o someterlos a las labores de la agricultura, equivaldría a encerrar un pájaro en una jaula. La única ambición de los paisanos es la de ser buenos jinetes, y las faenas propias de la ganadería constituyen su ocupación favorita. Cualquier otro trabajo, comercio o industria se deja para los extranjeros o sencillamente se abandona» (46). Por aquí (en Chascomús) se consume harina norteamericana aunque la tierra en todos los alrededores es muy fértil y apta para el cultivo» (50) «...los criollos no toman jamás una pala en sus manos» (82). «El tenedor no se usa jamás entre las clases pobres, y, en realidad, creo que no se usa porque exigiría la adopción de otros hábitos domésticos que resultarían fastidiosos, un cuchillo y un tenedor requieren un plato, el plato requiere una mesa. Sentarse en el suelo con un plato resultaría inconveniente y ridículo. Una mesa pide, a la vez, una silla, y así las consecuencias del uso del tenedor importarían una completa revolución en las costumbres domésticas» (84). «Al acercarnos al puerto, que ha sido centro comercial por espacio de más de tres siglos, esperamos encontrarnos con diques, muelles y arsenales en plena actividad, pero no es así; las arenas y las rocas de la costa, el suelo y el agua se presentan tales como los formó la naturaleza, porque el hombre no ha hecho nada, hasta ahora, para mejorar el puerto» (142) «...porque si bien el comercio del Río de la Plata es muy considerable se halla dirigido exclusivamente por extranjeros» (133) (Mac Cann).

Tal era la situación de la Argentina en los últimos años del gobierno rosista. Una estancia atrasada, bastante bien resguardada, eso sí, porque «el sistema implantado por Rosas —que somete a la pena capital a todos cuantos violan las leyes del país, sin distinción de clases— ha terminado casi por completo con los robos y tropelías» (Mac Cann, 136). En 1830 ese pudo haber sido el ideal de los estancieros bonaerenses: orden, orden por sobre todas las cosas, contra los perturbadores de adentro y de afuera. Pero en 1850 las cosas habían cambiado. El mercado mundial ejercía una seria atracción sobre la oligarquía porteña, y los estancieros no tenían por qué dejar de aspirar a ensanchar sus ganancias, aumentando y mejorando su producción y —ahora que ya eran dueños de toda la tierra y no había peligro de que ésta cayera en manos de colonos libres— valorizando sus tierras, transformándose en terratenientes, importando agricultores arrendatarios.

## El Mercado Mundial Desgaja el Frente Único de los Estancieros Porteños y del Litoral

La oligarquía porteña había acumulado capital en el clima de invernadero de la dictadura rosista, y ahora buscaba nuevos horizontes. Y otro tanto le ocurría a su colega del Litoral. Pero para esto el invernadero se había transformado en chaleco de fuerza. La dictadura rosista era muy apta para conservar el orden, pero ahora eran los propios estancieros los interesados en alterar ese orden, cuando menos en su estructura técnico-económica. Rosas —que todavía en vísperas de Caseros meses después del pronunciamiento de Urquiza encontraba meritorio

y digno de todo elogio que su sobrino Mansilla no se hubiera agringado (Chávez, 27)— estaba de más en un país cuyas clases dominantes veían con creciente claridad que agringarse era la forma de proseguir su acumulación capitalista. El proceso era evidente para todos, menos para el Ilustre Restaurador, cuyo realismo a ras de tierra le falló aquí estrepitosamente, demostrando que el ser corto de vista deja de implicar una virtud en algunos momentos. En 1847 Mc Cann observaba que «los propietarios de campos pueden dividirse en dos categorías: los que quieren adoptar hábitos europeos, cuyas modalidades imitan, y los que prefieren conservar las costumbres del país. Generalmente, los propietarios que desean adaptar sus costumbres a la vida europea, son aquellos que, por accidente o de propósito, se han vinculado a los extranjeros de Buenos Aires. Vuelven al campo con el deseo de mejorar sus propiedades y en lo posible conforman su vida a los hábitos y comodidades de la civilización ... De todo esto puede colegirse que el país pasa por un estado de transición. Ya el vestido a la europea se generaliza mucho y, cuando se le ve en el campo, llevado por un criollo, es señal de que en esa comarca se va operando algún cambio en la manera de ser general» (131-32). Pero las nuevas tendencias no se limitaban al vestido. La ganadería se diversifica, apareciendo nuevos intereses al margen de los vinculados al saladero. Saliendo de Bs. As., toda la campiña en un radio de 30 leguas es un vasto criadero de ovejas (Mc Cann, 55). En 1845 se introduce el alambrado en una estancia bonaerense, y Urquiza comienza a interesarse por atraer la inmigración de agricultores extranjeros. Pero todo el sistema rosista tendía a trabar esta evolución. Algunas observaciones que hizo Mc Cann son ilustrativas.

En Quilmes encuentra que «al presente ofrece un cuadro de pobreza y desolación porque los habitantes del sexo masculino se hallan todos de servicio en el ejército» (5). Más adelante busca un baqueano pero le es difícil encontrarlo porque «la mayoría de los hombres estaban en el ejército y los pocos libres de servicio no bastaban para desempeñar las faenas rurales más indispensables» (28). Cerca del Samborombón se entera de que «poco tiempo atrás, una persona de las vecindades había perdido seis mil ovejas de buena cría como consecuencia de una crecida del río. Casi todas estas pérdidas deben atribuirse a la escasez de población: un propietario podrá ver ahogarse sus majadas, extraviarse sus ganados, sin encontrar medios para evitarlo, por la falta de peones que vengan en su ayuda» (43). Luego cruza por una estancia de la conocida familia Anchorena. Comprende esta estancia veinte leguas cuadradas y tiene por lo menos cuarenta mil cabezas de ganado pero como los pobladores de este inmenso establecimiento no dan abasto para atender el ganado de todos los rodeos la hacienda se ha vuelto enteramente cimarrona» (60). Cerca de Tandil, el propietario de una estancia de doce leguas cuadradas, con mucho ganado se lamentó amargamente de que toda industria se hiciese muy dificultosa por la escasez de trabajadores (80). Esto se debía a que «cuantas veces el Gobierno necesita auxilios de esa naturaleza sus oficiales visitan los establecimientos de campo y hacen marchar a quien se les antoje para incorporarlo al ejército. Es así como se deseca la verdadera fuente de la industria nacional y el dueño de un establecimiento puede ver de un momento a otro paralizados sus trabajos por la llegada de algún comandante que se presenta exigiendo hombres y caballos (121).

En verdad, el Ilustre Restaurador, de abanderado de la propiedad estancieril, se estaba convirtiendo en su plaga. Este creciente desencuentro entre Rosas y los estancieros bonaerenses está en la base del desmoronamiento del sistema rosista ante el embate

de los estancieros del Litoral acaudillados por Urquiza. El antirrosismo rondaba en el propio campamento de Rosas, y en verdad cuando llegó la hora de Caseros, la única fuerza leal a Rosas eran las masas que seguían creyendo en él. El desgano o la abierta traición de sus oficiales y generales (Palacio, II, 136) revelaba que la oligarquía porteña ansiaba desprenderse de Rosas. Es casi seguro que si no se desprendió antes de Rosas y aun después que Urquiza lanzó su pronunciamiento le ofrendó vida y honor, fue por temor a que Rosas apelase a las masas para demostrarles a «los magnates» que aún era «don Preciso» como hubiera dicho doña Encarnación.

Rosas ascendió al poder llevado por el frente único de los estancieros porteños, arrastrando tras de sí a sus peonadas, con los estancieros del Litoral y los caudillos mediterráneos unidos contra la hegemonía de la burguesía comercial porteña. Durante mucho tiempo los estancieros de Buenos Aires, el elemento más fuerte en sentido capitalista, logró imponerse sobre esa coalición, explotando y manejando a su antojo a los aliados del Litoral y el Interior. Pero bajo el rosismo los intereses estancieriles y comerciales del Litoral crecieron bastante y, durante los conflictos con Inglaterra y Francia probaron bastante de las delicias del libre comercio directo con Europa como para seguir tolerando mucho tiempo que los estancieros porteños los explotasen a través de su puerto único. Y menos todavía a que les arruine en sus negocios impidiendo la exportación de metales o pólvora desde Buenos Aires a las provincias. Cuando Urquiza comienza a prestar atención a los artículos de El comercio del Plata en que Florencio Varela predica la libre navegación de los ríos interiores, no es por ninguna mística influencia del espíritu revolucionario europeo, sino por los contantes y sonantes intereses de los productores entrerrianos que entreveían ya la sonrisa de su porvenir tan pronto como fuese echado a pique el monopolio fluvial y aduanero de Buenos Aires. En el Litoral surgió así la primera poderosa fuerza nacional que se levantó contra el rosismo, rompiendo el frente federal en defensa de sus intereses capitalistas más fundamentales. Pero este golpe no hubiera derribado a Rosas —o en todo caso lo hubiera derribado tras una lucha mucho más seria— de no haber contado con el apoyo tácito de los propios estancieros porteños quienes, también en defensa de las nuevas necesidades de su acumulación, rompieron el frente federal por su lado retirando su apoyo al Restaurador. Al llegar Caseros, lo único que restaba del frente rosista de 1830 eran las masas bonaerenses y los caudillos mediterráneos, quienes por sí solos nada podían decidir y debían fatalmente acatar por grado o por fuerza las decisiones producidas entre Buenos Aires y el Litoral. Rosas ya no tenía apoyo entre las clases dominantes del país. Tal es la realidad.

Un apologeta del Ilustre Restaurador ha escrito que Caseros «no tendría explicación» a no ser por la moda, originada en las revoluciones europeas del 48, según la cual todos los gobiernos establecidos, por el solo hecho de serlo y de inspirarse en principios tradicionales, eran un anacronismo, y sus opositores tenían razón. Parece que los más puros federales se contagiaron de esta moda y por eso se transformaron en instrumentos de los emigrados antirrosistas (Palacio, II, 134). Como se ve, cuando los historiadores revisionistas renuncian con fervor católico a todos los fueros de la razón pública y privada son muy capaces de igualar y superar a los mitristas puros, ¡Urquiza levantándose contra Rosas por influencia de modas revolucionarias europeas! No: no eran las ideas de Francia sino las vacas criollas las que movieron a Urquiza rumbo a Caseros. Si de alguien fue instrumento Urquiza fue

de los productores del Litoral, estrangulados por el monopolio portuario que Rosas conservaba con celo mahometano. Urquiza no fue «instrumento de ninguna conspiración extranjera, como se ha afirmado con exceso de patriotismo escolar (Ramos, América, 89; Sierra, Ideas, 430). Rosas no cayó meramente por una «agresión extranjera» (Palacio, I, 423). Los intereses del Brasil lo movieron a apoyar a Urquiza, pero no fue la diplomacia brasileña quien forjó los intereses que, para destronar a Rosas, estuvieron dispuestos incluso a aliarse con el Brasil —como Urquiza— o a combatir con sospechoso desgano frente a un ejército donde participaban los brasileños como fue el caso de la plana mayor del ejército rosista. En la eclosión de la guerra civil Brasil vio la oportunidad de sacar tajada y allí fue, pero las fuerzas fundamentales que se pusieron en marcha contra el rosismo eran tan indiscutiblemente nacionales como la bota de potro.

## Caseros Salva al País de su Desmembramiento

Para los rosistas la caída del Restaurador fue una «derrota nacional», «tal vez la mayor calamidad de nuestra historia «que frustraba el destino nacional» (Palacio, II, 143) e indica «la pérdida del proceso histórico nacional en desarrollo» (Ramos, América, 104). Reguste el lector este florilegio del dislate. En realidad, la caída de Rosas fue precisamente el resultado del «proceso histórico nacional en desarrollo», es decir, de la evolución de concretos intereses de los productores nacionales que por una u otra razón coincidían en la necesidad de desprenderse del Ilustre Restaurador. El proceso histórico nacional —estimulado durante muchos años por la dictadura rosista— conducía el país a su «destino nacional», es decir a hacer de él un apéndice agropecuario de Inglaterra en beneficio de la oligarquía estancieril y comercial bonaerense y del Litoral. Pese a su famoso realismo, Rosas fue absolutamente incapaz de comprender que las fuerzas para quienes él trabajaba eran las llamadas a derrocarlo. Cuando el sistema rosista entró en contradicción con las necesidades de ese «proceso histórico», cayó, y hubiera caído aunque Brasil no hubiera apoyado a Urquiza. A menos que Rosas se hubiera transformado en un arrojado caudillo gaucho que convocara al exterminio de los estancieros y proclamase el libre usufructo de tierras y ganados, posibilidad que aparte de comportar una abierta regresión —es decir, un intento de detener el desarrollo histórico— hubiera producido dentera en el alma apostólica de ese energúmeno del orden que fue don Juan Manuel.

En cuanto a que la caída de Rosas fue «la mayor calamidad de nuestra historia», es indudable que esta afirmación obtiene una fuerza refleja del hecho de que lo que vino después de Rosas hizo de la Argentina apenas una semicolonias atrasada. Pero todo indica que la perpetuación del rosismo hubiera conducido al mismo destino, aunque con características más alevosas, es decir, hubiera sido una calamidad mayor todavía. Es imposible dejar de observar que la opresión sobre el Litoral llevaba fatalmente a la secesión de esta zona, como ya había llevado a la secesión del Paraguay. Diez años más de rosismo, es decir, de localismo porteño uber allen, hubieran desembocado fatalmente en una República Mesopotámica, como ya había desembocado en una República Paraguaya. El

debilitamiento acarreado por esa vía al país hubiera sido un desastre infinitamente mayor que la presencia de soldados brasileños en el ejército de Urquiza. Pero no sólo esto. La fuerza centrípeta del mercado mundial atraía irresistiblemente a la Argentina, y era fatal que el país se «agringase» por un intercambio creciente con capitales y hombres europeos. No había muralla china ni Paso de Obligado capaz de aislar al país para mantener con el capitalismo mundial sólo el intercambio que interesaba a los saladeristas, que esa era la política de Rosas. Como lo advirtió Alberdi: «Desierta y pobre, América tiene que recibirlo todo de fuera. Ese todo le irá: o bien por la fuerza de expansión del mundo moderno (conquista, anexión, protectorado, etc.) o bien atraído y recibido por ella, según el derecho de gentes» (Póstumos, III, 5).

El crimen de la política posterior a Caseros es haber recibido al capital extranjero en las peores condiciones para el país. Pero la política rosista —que en una etapa defendió la independencia del país rechazando los cañones europeos— al empeñarse en rechazar la europeización pacífica del país en vez de aprovechar la europeización para fortalecer al país —como hizo la parasitocracia japonesa— conducía inexorablemente a la conquista, la anexión o el protectorado.

«La derrota de Rosas abre el período de aniquilamiento de la evolución argentina hacia un ciclo capitalista independiente» (Ramos, América, 105). Esta piafante afirmación, síntesis y copete de todas las apologías rosistas, tiene el ligero inconveniente de ser exactamente el reverso de la verdad. ¿En qué se basaba ese ciclo capitalista independiente? ¿En la industria? No existía. ¿En la estancia y el saladero? Pero estos producían para el mercado mundial y conducían forzosamente a la dependencia. El saladero era menos dependiente del capital extranjero que el frigorífico, y en ese sentido la economía argentina era más independiente antes que después de Caseros, pero se trata de la diferencia que media entre la crisálida y la mariposa, es decir, la economía «independiente» del rosismo llevaba todos los gérmenes de la economía dependiente sin comillas que se estructuró después. Bajo Rosas no había bancos ni ferrocarriles ni otras empresas extranjeras, ni se contrataron empréstitos extranjeros. Pero tampoco había ese tipo de empresas nacionales; y la única clase capitalista que Rosas protegió y fomentó, los estancieros y saladeristas, tenían fijos sus intereses en el mercado mundial, no en el desarrollo del mercado interno que los hubiera impulsado a realizar aquellas empresas\*. Por la época en que caía Rosas, Estados Unidos, atestado de inmigrantes y capitales extranjeros, era mucho más independiente que la Argentina, libre de capitales y con muy pocos inmigrantes extranjeros. Porque en Estados Unidos existía una burguesía industrial capaz de conducir al país hacia un ciclo capitalista independiente, mientras que en la Argentina sólo vegetaba una clase (emparentada en muchos conceptos con los plantadoras esclavistas del Sur) que vivía del mercado mundial, no del mercado interno, y tendía ineluctablemente a estructurar el país como semicolonía.

Caseros inicia la definitiva estructuración capitalista de la Argentina en base a las fuerzas y potencialidades incubadas bajo la dictadura rosista. Las clases dominantes fueron —con veniales reacomodamientos que no alteran el fondo de la situación— las mismas que lo habían sido bajo Rosas. Si estas clases habían apoyado con Rosas "la

evolución argentina hacia un ciclo capitalista independiente» del cual hubieran sido las primeras beneficiarias, ¿por qué se deshicieron de Rosas y enfilaron hacia la estructuración final de un capitalismo semicolonial? La respuesta es que jamás esas clases tendieron a ningún ciclo capitalista independiente porque su esencia era precisamente la dependencia del mercado mundial. El drama de la historia argentina seguía en pie: no había ninguna clase social con interés en hacer del país una gran nación capitalista. Igual situación padecían el resto de América Latina, España, Europa Oriental y Asia, con la excepción de Japón. La estructuración capitalista del mundo planteaba a todos los países la exigencia del desarrollo industrial, y aquellos cuyas fuerzas internas débiles y mal dirigidas fueron incapaces de realizar esa tarea debieron pagar el precio de una pérdida menor o mayor de su independencia nacional.

## La Oligarquía Porteña, Aferrada a su Aduana, Desintegra el Frente Antirrosista

Los distintos intereses que integraban el frente antirrosista triunfante en Caseros sólo podían mantenerse unidos en tanto subsistiese el enemigo común que los aglutinaba. Caído Rosas, la desintegración del Frente que lo derribó era inevitable. Los productores de Buenos Aires querían terminar con la política rosista dentro de la Provincia, pero deseaban continuarla en el sentido de conservar para Buenos Aires la aduana y el puerto único, en detrimento del Litoral y el Interior. Su antagonismo con los productores del Litoral acaudillados por Urquiza era transparente. La burguesía comercial porteña y su pequeña burguesía, cuyos ideólogos regresaron de Montevideo junto con el ejército urquicista, tendían como en los tiempos de Rivadavia a unificar el país, pero sólo bajo el comando de Buenos Aires, y de no ser así preferían el aislamiento porteño. De modo que sus intereses entraban en relativo conflicto con los estancieros porteños y en conflicto absoluto con el Litoral y el Interior. Caído el enemigo común, nada había que pudiera conservar unidas estas fuerzas contradictorias. «Entre los emigrados unitarios de Montevideo había muchos que al presentarse a Urquiza lo hicieron con la idea preconcebida de derribarlo una vez que diese en tierra con Rosas» (Vera, XII, 159).

La desintegración del frente antirrosista tuvo su primera manifestación neta e inconfundible cuando Buenos Aires se negó a participar en la Asamblea Constituyente convocada por Urquiza, de dónde habría de salir la Constitución argentina de 1853. La burguesía comercial y los estancieros bonaerenses, arrastrando a la pequeña burguesía mediatizada por la burguesía comercial, superando las divisiones de rosistas y unitarios, se unieron para impedir que la República se organizase bajo la dirección de los productores del Litoral, respaldados por los caudillos y las masas del Interior. Tal era la política de Urquiza que constituía evidentemente «un atentado contra la libertad de Buenos Aires de dominar a todo el país y organizarlo bajo su dominio y explotación, y era, evidentemente, una política dictatorial. Cuando la legislatura porteña debió tratar si aceptaba o no la política urquicista de organizar la Nación con un eje distinto a Buenos Aires, el comercio porteño cerró sus puertas (Vedia y Mitre, Unidad, 362) y todos los tenderos y universitarios (Pelliza, 33), apéndices de la burguesía comercial, se volcaron a la legislatura para vocear su descontento contra el

dictador Urquiza que pretendía dictar la organización del país sin el dominio de las clases dominantes bonaerenses. Los elevados «principios» de la oligarquía bonaerense, según los cuales el país lo unificaba ella o no lo unificaba nadie, tuvo dos expositores que hoy afligen con su nombre a muchas calles y plazas de la república. Uno de ellos fue Vélez Sársfield, el otro Bartolomé Mitre.

Vélez Sársfield explicó que Urquiza no era más ni menos que otro Rosas, y que jamás Buenos Aires podría tolerar que un tirano pretendiese organizar la nación. Independientemente de que todas las naciones han sido organizadas bajo regímenes de fuerza —únicos capaces de liquidar las tendencias centrifugas— ocurre que poca gente en la república tenía menos autoridad moral que el Dr. Vélez Sársfield para hacerle ascos a la dictadura o insultar a nadie comparándolo con Rosas. Porque Vélez Sársfield, cortesano asiduo de la tertulia de Manuelita Rosas, en vísperas de Caseros, no tuvo una palabra de censura para las atrocidades rosistas mientras vivió en Buenos Aires al amparo del paternal gobierno de don Juan Manuel. Se reservaba para echárselas en cara al que dio en tierra con el tirano. La osadía del Dr. Vélez Sársfield de traer a colación las hazañas mazorqueras, era tanto más asombrosa cuanto que el tuvo parte directa y grandísima responsabilidad, precisamente en el más hinchado y de más hedor de los crímenes cometidos por Rosas. Nos referimos al fusilamiento de Camila O'Gorman y de su amante, el ex cura Gutiérrez, ordenada por aquél, después de consultar a varios jurisconsultos, uno de los cuales, el doctor Vélez Sarsfield, afirmó que correspondía aplicar la pena de muerte (Vera, XII, 214).

El otro defensor de las libertades y los principios fue Bartolomé Mitre, quien en esta su primera aparición en la política bonaerense declaró que «mi oficio es echar abajo a cañonazos la puerta por dónde se entra a los ministerios» (Vedia y Mitre, Unidad, 357) y terminó su discurso oponiéndose a la organización del país planteada por Urquiza diciendo «Esos principios son los que forman la moral pública, completamente relajada entre nosotros. La moral pública está caída y es necesario levantarla. Débil y flaca como es, yo le ofrezco mi brazo para que se apoye en él y lance contra sus asesinos la sublime protesta que Jesucristo lanzó a los verdugos, cuando se negó a humedecer sus labios en la esponja empapada en hiel que le presentaron con mano sacrílega» (Vedia y Mitre, ídem, 353). La pequeña burguesía porteña se exaltó hasta el delirio con las detonaciones del aguerrido fraseólogo. Principios, moral pública, metáforas y fanfarria. Se estaba a mil leguas de la aduana, el puerto y los otros objetos concretos y macizos que la oligarquía porteña tenía monopolizados y defendía contra Urquiza. Rosas, cuyo principal apoyo de masas provenía de las peonadas campesinas, ganaba a esta clase con sus hazañas ecuestres, que eran lo más apreciado por su sensibilidad. Mitre, buscando el apoyo de la pequeña burguesía tenderil y estudiantil de Buenos Aires, la seducía con el manjar más apreciado por sus paladares: Libertad, Principios, Moral. Frases y más frases hasta el juicio final. Las hazañas de Rosas sobre el caballo y las de Mitre sobre la tribuna y la frase, servían al mismo objetivo concreto: obtener el favor de las masas para la política antinacional de la oligarquía porteña, aferrada a su puerto y su aduana como la garrapata al perro.

Ayer con Rosas, en 1852 con Mitre, la oligarquía porteña se oponía a la organización nacional impulsada por los ganaderos entrerrianos desde el Acuerdo de San Nicolás «porque

ese Acuerdo le retiraba la diplomacia, la aduana nacional y el monopolio de la navegación de los ríos» (Alberdi, Obras, V, 405).

## Liberales y Rosistas Porteños se Unen Contra Urquiza

Para enfrentar a Rosas la oligarquía porteña cancelo su division entre federales y unitarios, fenómeno reemplazado a poco andar por la integración de un frente antiurquicista en el cual confraternizaban federales y unitarios, estancieros y burguesía comercial. Este frente fue el que emancipó a Buenos Aires de la "dictadura urquicista", es decir, restituyó a Buenos Aires su derecho a disponer exclusivamente de la Aduana, que Urquiza había nacionalizado.

Urquiza nacionalizó la Aduana el 28 de agosto de 1852. La revolución porteña se produjo el 11 de setiembre, fecha que durante muchos años la oligarquía porteña conmemoró en el nombre de una de las plazas más frecuentadas de la capital. Y el 16 de setiembre, ante una reunión de hacendados congregado en el Coliseo, Lorenzo Torres y Valentin Alsina, exponentes rabiosos del federalismo y el unitarismo extremos, de la Mazorca y la emigración montevideana, se confundieron en un abrazo para demostrar la solidez del frente de la oligarquía porteña contra la "dictadura urquicista" que la despojaba de sus privilegios en beneficio de todas las provincias. El vocero liberal dirigido por Dalmacio Vélez Sársfield, ex consejero jurídico de Rosas, al son que proclamaba «tiempo es ya de protestar con el fusil al hombro de toda intervención en nuestros negocios y administración interior» (de Buenos Aires) afirmaba: «La reconciliación de los partidos políticos que han dividido a la República Argentina no hubiera podido manifestarse en una imagen más grandiosa que la que presentaba el sábado el Coliseo. Los dos antiguos principios que han luchado tan tenazmente en los pasados tiempos, personificándose allí en sus dos hombres más caracterizados, parecían venir a confundirse en un solo sentimiento» (El Nacional, setiembre 20, 1852).

Este frente único de rosistas y antirrosistas demuestra claramente cómo por encima de sus particulares diferencias, los sectores federal y unitario en que se bifurcaba la clase dirigente de Buenos Aires eran por sobre todo miembros de la oligarquía metropolitana, unidos contra cualquier intento provinciano de despojarla de sus privilegios. Y demuestra también el carácter heterogéneo del partido federal, dentro del cual se movían un partido federal porteño y otro del Interior y el Litoral, cuyo antagonismo era tan intenso como el que en la época rivadaviana los agavillaba a todos contra la burguesía comercial porteña.

Los mismos apologistas del partido federal admiten la alianza entre los federales porteños y los emigrados. En las elecciones de abril, por ejemplo, antes de la abierta ruptura porteña con Urquiza, «la lista popular, formada en su mayor parte de unitarios, triunfó por gran mayoría. Los rosistas de Buenos Aires se volcaron en masa hacia la oposición contra el vencedor de Caseros» (Palacio, II, 151). Pero no sólo esto. La llamada Revolución de Setiembre, que como bien dice el mismo autor «desde el principio mostró su verdadero cariz secesionista



y antinacional» («Palacio, II, 155) fue dirigirla por los prohombres del Federalismo porteño, con Lorenzo Torres a la cabeza. A los rosistas, sin embargo, ¿no se les ocurre preguntarse cómo un partido tan nacional como el que llevó a Rosas al poder podía ser a la vez la columna vertebral de un movimiento sesecionista y antinacional...? En verdad, «la llamada revolución de Setiembre no fue más que un motín preparado por unas cuantas personas que, seguras de la defección de fuerzas militares cuyos jefes estaban también en el complot, se apoderaron por sorpresa del poder. El doctor Lorenzo Torres, uno de los más importantes hombres de Rosas, fue el principal revolucionario de setiembre. El general Angel Pacheco, jefe de la vanguardia de Rosas en Caseros, pertenecía a la misma falange reivindicadora de los derechos y libertades, y al general Flores, otro de los vencidos en Caseros, se lo hizo Ministro. ¿Para qué enumerar más hombres de Rosas, de los que tomaron parte en el alzamiento de septiembre, si designando sólo a dos ya está dicho todo? Troncoso y Badia, los principales ejecutores de las altas obras del tirano en la época del terror, fueron dados de alta como coroneles, para combatir al vencedor de Caseros» (Victorica, 63. Por otra parte, en el frente antiurquicista figuraban no sólo los rosistas que no habían renegado de don Juan Manuel, sino otros elementos que evidenciaban un exaltado antirrosismo y un odio profundo a toda dictadura, con intensidad sólo emparejable al fervor con que hasta el día de Caseros se habían ofrecido como felpudos a los pies del Ilustre Restaurador. Ya hemos mencionado el caso de Vélez Sársfield, pero no era este el único. También merece consideración especial Elizalde, baluarte del «liberalismo» porteño que dirigía Mitre. «El vecindario de Bs. As., cuando ya se conocía el pronunciamiento de Urquiza, hizo por escrito un manifiesto o plebiscito en favor de Rosas. Los doctores Dalmacio Vélez Sársfield y Rufino de Elizalde, por estar ausentes de la ciudad, no suscribieron, pero a su regreso, dos o tres días más tarde, firmaron los dos una carta colectiva adhiriéndose con la misma espontaneidad y entusiasmo que los demás» (Victorica, 22). Por otra parte, una ley de la legislatura de San Juan que declaraba «loco» a Urquiza por haberse pronunciado contra Rosas, llevaba la firma de otro baluarte del liberalismo: el Dr. Rawson (Idem). El mismo Elizalde, en 1851, le había enviado una carta a Urquiza criticando violentamente la campaña de un diario entrerriano en favor de la organización nacional e insistiendo en que Rosas era irremplazable en el manejo del país (Victorica, 25). Y la obsecuencia de este futuro campeón del liberalismo mitrista no se quedaba en cartas. Cuenta un testigo presencial que, después del pronunciamiento de Urquiza contra Rosas, «a la salida del teatro, Manuelita Rosas fue conducida en su coche, quitados los caballos, tirando de él los patriotas federales. Entre los que vi tirar del coche recuerdo a don Santiago Caizadilla, al hijo del doctor Agrelo, a don Rufino Elizalde...; yo también empujé de la rueda derecha al partir el carruaje. No recuerdo los nombres de otros muchos federales que tiraron, porque no los conocía entonces y hoy son muy unitarios» (Hortelano).

Pero el frente único antiurquicista entre federales y unitarios porteños originó una división en el partido federal porteño, entre su sector capitalista bastante ligado a la burguesía comercial y su sector popular, con arraigo en la campaña, dirigido por elementos militares de la época rosista. Mientras la fracción áurea del federalismo porteño (Anchorena, Torres) estaba dispuesta a aceptar el predominio unitario-comercial con tal de salvar frente a Urquiza los intereses de conjunto de la oligarquía porteña, las masas federales y los caudillos militares que la dirigían (Lagos) estaban dispuestas a abandonar sus privilegios porteños y aliarse con Urquiza contra los odiados elementos unitarios afincados en la ciudad y totalmente

desprovistos de apoyo en la campaña. Pero la dirección de este ala del federalismo no podía olvidar sus vinculaciones con la oligarquía porteña, y prefería claudicar ante ella o cederle la iniciativa antes que destruirla profanando con la caballería gaucha las orgullosas calles de la Atenas del Plata. Todas estas fuerzas y tendencias quedaron al descubierto cuando el coronel Hilario Lagos puso sitio a Buenos Aires en diciembre de 1852, arrastrando tras de sí a toda la campaña bonaerense y levantando la bandera de la unidad nacional con Urquiza. Lagos exigía que se enviasen representantes al Congreso de San Nicolás, convocado por Urquiza, de dónde saldría la Constitución Nacional. Pero el diario de la burguesía comercial porteña respondió que eso era «crimen de traición a la Patria» (El Nacional, diciembre 14, 1852).

El partido federal, y el partido federal porteño, se dividían, pero no «según la mayor o menor graduación del tinte, localista» (Palacio, II, 159) sino según intereses de clase y regionales que existían en su seno desde el primer momento. «Me he puesto a la cabeza de las masas— declaraba Hilario Lagos— para echar abajo al doctor Alsina y pedir la paz y unión con el resto de nuestras hermanas, las provincias» (Saldías, II, 16). Este era el sentimiento de las masas rurales de la provincia, con cuyo plebeyo apoyo había contado Rosas contra «los magnates». Pero los magnates federales estaban en la posición exactamente opuesta, y ellos fueron la principal fuerza de represión contra el movimiento de Lagos. Los rosistas porteños nada querían saber de entregar la Aduana, como exigía Urquiza, y por eso se negaban a acompañar al rosista Lagos. Y el jefe de la resistencia de Buenos Aires era nada menos que el astuto don Lorenzo Torres, formado en la escuela del Gran Dictador, como dice uno de los devotos tardíos de la Santa Federación (Palacio, II, 162).

Entre sus cargos al gobierno porteño Lagos señalaba el haber «excluido de toda intervención en política a los ciudadanos que serían con su concurrencia la expresión mas significativa del principio salvador, que realizase la fusión de todos los partidos, no para dar sólo entrada a los que eran totalmente desconocidos por las masas o traían un nombre señalado con recuerdos odiosos» (El Nacional, diciembre 16 de 1852). Evidentemente, Alsina era un nombre popularmente huérfano. Pero no era verdad que no se realizase la fusión de unitarios y federales. El acuerdo entre ambos era un hecho, pero era un acuerdo en que participaban los magnates del partido federal porteño, no sus masas. Eso era lo que decía el vocero del unitarismo contestando al planteo de Lagos: «lejos de ser contrario a la fusión de los partidos del Gobierno de Buenos Aires es en esa fusión en lo que más ha descollado. Lagos, Comandante del Departamento del Centro de la Campaña, ¿qué representa sino la perfecta mentalidad de la administración conciliadora del doctor Alsina?. Durante esa misma administración, el señor General Pacheco, fue nombrado Comandante General de Armas, y el señor Coronel don Pedro Rosas y Belgrano comandante del Departamento de Azul. Estos dos señores, que representan el partido federal, se unen al pueblo para defender las instituciones. La misma Sala de Representantes que se ha querido hacer pasar por unitaria, cuenta en su seno hombres de gran prestigio en el país como el señor Gobernador y los señores Rosas y Belgrano y Anchorena y tantos otros que forman parte de ella, y a quienes nadie podría tachar de unitarios. Y no es menos digno de notarse que en una Representación como la nuestra, compuesta de 50 diputados, sólo cuente en su seno 6 o 7 emigrados, lo que destruye completamente cuanto se ha pretendido para llamarla unitaria» (El Nacional, diciembre 17, 1852). Entre el gauchaje acaudillado por los ex oficiales rosistas que prefería la unión con

la nación a expensas de sus privilegios particulares y la Aduana, Torres se quedaba con la Aduana, contra la Nación —como Rosas-, y se abrazaba conmovedoramente a los «inmundos salvajes unitarios vendidos al oro vil de los franceses» —demostrando que la médula nacional del rosismo nunca fue tan sólida como su apego a la Aduana y el puerto de la provincia privilegiada. Efectivamente, «al gobierno delegado presidido por el doctor Torres cupo la gloria de preparar y llevar a cabo la disolución del ejército sitiador comandado por el coronel Hilario Lagos. El alma de la política desarrollada para obtener tan feliz resultado fue incuestionablemente el doctor Torres» (Zinny, 2, 208). Más aún: el incandescente nacionalista Lorenzo Torres, que bajo Rosas declarara estar muy dispuesto a sentarse en cuernos de vacas con tal de prescindir de las importaciones extranjeras, al ver sitiada Buenos Aires por las fuerzas gauchas de Lagos, y ante el temor de que ellas arrasasen las defensas, no vaciló en «arreglar con los jefes de las estaciones navales de Gran Bretaña, Francia, España, Brasil, surtas en el puerto, que desembarcaran —como en efecto desembarcaron en la ciudad de Buenos Aires— destacamentos de infantería que fueron colocados en los puntos que se suponían más débiles o más amagados. Los franceses desembarcaron además una batería de artillería» (Saldías, II, 3). Y, desde luego, el comercio británico estaba violentamente en contra de Lagos y a favor del gobierno; el *British Packet* lo expresaba así con toda claridad (Véase artículo reproducido en *El Nacional*, diciembre 20, 1852).

Pero no sólo esto. Vencido Lagos, «los más decididos partidarios» de llevar una guerra de exterminio contra Urquiza para imponer el dominio de Buenos Aires sobre todo el país eran: el gobernador Obligado, don Nicolás Anchorena y don Lorenzo Torres, flor y nata del rosismo (Saldías, II, 86). Eran más unitarios que Rivadavia...

«Si el rechazo del mal que se le quiere hacer padecer (a la ciudad) resulta en perjuicio de la misma campaña, es preciso no detenerse y hacerlo, ¿La campaña nos sitia? Pues abra la ciudad su puerto. ¿No nos traen sus productos? Pues recibamos los del extranjero. A esto nos contestarán que arruinaremos la campaña. Nos hallamos perfectamente conformes. Si los habitantes de la campaña quieren sitiarnos ¿por qué hemos de estar pagando caro por culpa ajena lo que podemos obtener barato? En esta situación nosotros somos de opinión que mientras se halle la ciudad sitiada por la fuerza de la campaña, se declare libre la importación de harina y toda clase de granos, carne y todo artículo comestible. De este modo la ciudad tendrá pan grande y barato, abundará en toda clase de comestibles más baratos aún de lo que en cualquier tiempo puede ofrecernos nuestra campaña» (*El Nacional*, diciembre 16, 1852).

En medio de la lucha contra Lagos, la burguesía porteña no olvidaba su nunca desmentida vocación librecambista y antinacional y en trance de dominar a todo el país y aislarse, llegaba a pensar en aislarse, no ya tan sólo de las demás provincias, sino incluso de la propia provincia de Buenos Aires, con tal de conservar su puerto y su aduana. ¡Era el ideal de la República Municipal!

Como ocurre siempre, los elementos de mayor peso capitalista como Torres y Anchorena estaban dispuestos a ir hasta el fin para defender sus intereses, uniéndose al mismo diablo, mientras que la dirección caudillesco-militar con resabios mazorqueros que con Lagos a la cabeza arrastraba a las masas no se atrevía a ir hasta el fin por temor a la fuerza

explosiva del gauchaje. Toda la campaña apoyó a Lagos. Reunidos 21 Jefes de alta graduación, comandantes de partidos de la campaña, junto a personajes de alta representación en la misma, firmaron una declaración por la que reconocían a Lagos como comandante general de las fuerzas armadas y le autorizaban para que, en paz o en guerra, procediera con entera libertad e independencia para asegurar las garantías de que carecían los habitantes de la Provincia. Este acta era el fiel reflejo de la opinión de las poblaciones de la campaña, como lo prueba que con una sola excepción, todos los jefes se adhirieron inmediatamente a la resolución» (Vera, 295). Sin embargo, Lagos fue derrotado. En un momento la escuadra de Urquiza bloqueaba por agua a Buenos Aires, y Lagos la sitiaba por tierra, de modo que la ciudad (centro del frente gran estancieril-comercial contra la nación) no tenía defensa. Sin embargo, Lagos «no intentó ningún ataque a la ciudad, aunque el momento era el más oportuno. ¿Esa actitud de absoluta pasividad que Lagos asumía desde el comienzo del sitio... cómo se explica? Lagos, como todos los jefes y oficiales que le acompañaban, era porteño y amaba a Buenos Aires... se sentían sin ánimos para una acción ofensiva contra la ciudad, a la que de ningún modo querían exponer a las terribles consecuencias de la irrupción violenta de gauchos semisalvajes que formaban la inmensa mayoría, la casi totalidad del ejército» (Vera, 314). La oligarquía porteña tenía las cartas de triunfo en su mano. Lagos reflejaba perfectamente la incapacidad histórica de las masas populares que se cuadraban frente a la oligarquía, situación que se repite siempre que a las clases privilegiadas no se les enfrente una clase explotada capaz de aportar un nuevo sistema de producción. Lagos contuvo a las masas. Pero aunque éstas hubiesen tenido un caudillo dispuesto a conducir las hasta el propio centro de Buenos Aires, poco hubieran sido capaces de hacer, aparte de una escarmentadora e higiénica poda de cabezas oligárquicas. Luego, vueltas al campo, inevitablemente el poder hubiera refluído a manos de la oligarquía porteña. Pero el acuerdo entre rosistas y unitarios dentro del frente antiurquicista no excluía roces más o menos intensos, que se hacían más frecuentes y violentos cuando disminuía el peligro de una victoria urquicista sobre la plutocracia porteña. En la década de 1850 las líneas tendidas entre estancieros y burguesía comercial estaban mucho menos tensas que en la época de Rivadavia, y aunque el unitarismo, liberalismo o mitrismo contaba en sus filas con destacados estancieros como Domingo Olivera (fundador de la Sociedad Rural) y Martínez de Hoz, los restos del rosismo (Torres, Anchorena, incluso Lagos) seguían teniendo un predominio rural, mientras que los viejos unitarios y sus discípulos rebautizados de liberales seguían siendo ante todo el partido de la burguesía comercial porteña y su pequeña burguesía. Los conflictos eran inevitables, siempre dentro del marco de la común política antiurquicista —es decir, antinacional, en el sentido de oponerse a la voluntad de la mayor parte del país, que deseaba organizar la nación en pie de igualdad con la oligarquía porteña y no bajo su dominio. Y tanto más inevitables cuanto que habiendo sido el factor más decisivo en la victoria contra la insurrección de Lagos y contra Urquiza el ex partido rosista pretendió volver a ejercer el gobierno en detrimento del partido liberal. En 1853 los representantes de la oligarquía porteña llegaron a elegir Gobernador a Nicolás Anchorena, máximo inspirador y beneficiario de la dictadura rosista, en atención a que «su nombre, opinión social y antecedentes eran una positiva garantía de tranquilidad y orden para esa clase laboriosa de la campaña» (Zinny, II, 209). Y si bien Anchorena no aceptó, su reemplazante, Obligado, fue indicado por él. Desde luego, los liberales no podían sentirse demasiado tranquilos, y así lo manifestaban. Y en 1857, cuando la burguesía comercial porteña ve a su Valentín Alsina en el Poder, como siempre dando la espalda a la nación, comentaba desde su

diario El Nacional: "Para eliminar al caudillo (Urquiza) fue necesario asociarse a los malvados, tintas aun sus manos en sangre... El partido unitario llega, pues, al poder después de 30 años que hace que lo abandonó. Vuelve libre de la coacción que le impuso el caudillo Urquiza en 1852, vuelve depurado de todo el fango que se le adhirió para derrocar al caudillo» (El Nacional, mayo 6, 1857). Ya en 1852 poco después del abrazo Alsina-Torres, Mitre había advertido que los personeros e ideólogos del comercio porteño, llamados liberales, no estaban dispuestos a desprenderse de la maquinaria estatal, en beneficio de los que la habían usufructuado con Rosas y aclaraba que los liberales aceptaban la fusión «tan sólo en su terreno, bajo su bandera» (El Nacional, octubre 13, 52 y octubre 14, 52). Y el mismo partido liberal, que en 1852 había sido salvado contra Lagos junto con toda la oligarquía porteña por la movilización de Torres, proclamaba satisfecho en 1857 que «Por todo el territorio del Estado el nombre de Torres ha sido la señal de alarma, y por todas partes relegados sus candidatos, incluso él mismo (El Nacional, abril 15, 857). Cinco años antes, cuando el sitio de Lagos, el mismo vocero liberal había hecho la apología de Torres afirmando que nadie tenía derecho a seguir a Lagos puesto que «los que amen la federación honrada y verdadera, ahí la tienen en los Anchorena, Pacheco, D. Pedro Rosas y Belgrano, D. Lorenzo Torres, etc., etc.» (El Nacional, diciembre 9, 1852).

## Roces Entre la Oligarquía Rosista y la Unitaria

Los roces condujeron a la revancha unitaria contra los favorecidos por Rosas con donaciones de tierras. Por supuesto, los únicos despojados fueron los elementos más plebeyos e insignificantes, no pertenecientes a la oligarquía estancieril, con quien los unitarios tenían diferencias, pero no estaban dispuestos a herirla en su derecho de propiedad sobre la tierra, con el cual se beneficiaba también la burguesía comercial, y que Rivadavia había estimulado en la forma que ya sabemos. El número de perjudicados por la moralización unitaria fueron 27 individuos que habían recibido donaciones de tierras por servicios a Rosas. En total 55 leguas, 56 cuadras en la Chacarita y una casa y un terreno en la ciudad (El Nacional, setiembre 2, 1858). Los Anchorena y Cía. no tenían nada que temer ni soportaron molestia alguna. Muchas creaciones y tradiciones del rosismo fueron derrumbados por los liberales apoderados del Estado, pero la oligarquía terrateniente, quedó íntegra y más robusta que nunca, con toda la fuerza que Rosas había incubado amorosamente. Algunos destacados oligarcas rosistas debieron soportar sin embargo tal o cual embate verbal, como el siguiente dedicado a Pacheco, y que es muy revelador de las características irónicas de los próceres oligarcas que tienen pueblos y estaciones bautizadas con su nombre: «Pacheco el ladrón es el apodo que tuvo en la campaña del Estado, durante la administración de Rosas, por los mismos soldados y personas que obedecían y servían a Rosas. Lo cierto es que todos recuerdan que en 1837 el coronel Pacheco petardeaba en los cafés, por no tener con qué pagar una taza de café, y nadie de los que sobreviven ha olvidado la enjuta figura del coronel, con su casaca raída, su corbatín de cuero por falta de corbata y los cuellos sucios de la camisa. Años después, y sin haber hecho otra cosa que servir a Rosas en los ejércitos, el general Pacheco contaba con tres millones de duros en setenta leguas de propiedad, la morada más insolentemente espléndida y ochenta mil cabezas de ganado. ¿Como adquirió estas riquezas? Ahí están los documentos

públicos, las escrituras de donaciones de Rosas, y mas que todo la tradición popular de las campañas, en dónde espumó vacas, tierras, propiedades, dónde quiera que sus ojos fueran atraídos por algún bien. Cae Rosas y se mantiene a la capa hasta ver claro. En la revolución de diciembre (la insurrección de Lagos) ofrece sus servicios y manda la línea. Todo iba a las mil maravillas hasta que los sitiadores le tocaron las vacas, que entonces su entusiasmo disminuye sensiblemente y pidió sus pasaportes para Europa... Hace cosa de tres meses que solicitó del gobierno de Buenos Aires le pagase millón y medio de pesos en que avalúa lo que los sitiadores le quitaron» (El Nacional, junio 3, 1859).

Detrás de los roces entre liberales y ex rosistas del sector magnate estaban dos concepciones e intereses distintos en torno a la política de Buenos Aires respecto a la nación. El ala plebeya del federalismo porteño estaba dispuesta a aceptar la unidad nacional en pie de más o menos igualdad con las demás provincias con tal de tener el apoyo de éstas para derrotar a la burguesía comercial porteña, de cuya política liberal sólo podía esperar el aniquilamiento sin misericordia, la completa proletarización del gaucho, su liquidación física para que no estorbara a los postes y las vacas. Por el contrario, los grandes estancieros con poderosos intereses capitalistas que habían apoyado a Rosas preferían la alianza con el partido liberal a fin de mantener el aislamiento porteño y querían conservar a toda costa la aduana y el puerto para los estancieros bonaerenses, temiendo tanto como temía Rosas la competencia de los productores del Litoral. Su política era que, siendo imposible que Buenos Aires tuviera embretadas a las provincias entre garrotazos y limosnas como había hecho Rosas, correspondía aislar a Buenos Aires de la Nación llegando incluso a la independencia total. En cambio la burguesía comercial porteña, masivamente agrupada tras el partido liberal, y reflejada fielmente por los emigrados de la nueva generación, con Mitre a la cabeza, no podía prescindir del deseo de tener todo el mercado nacional a su disposición. Por eso, si bien antes que aceptar la entrega de la aduana a toda la Nación estando esta controlada por la alianza de los productores del Litoral con el Interior, prefería seguir la política del completo aislamiento e incluso transformarse en República municipal, prefería en todo caso llevar una activa y enérgica política de conquistar todo el país y entonces sí, una vez embolsados todos los gobiernos provinciales y asegurada la indiscutida primacía de la burguesía porteña en la vida nacional, entonces sí, nacionalizar la aduana, aunque los estancieros bonaerenses perdiesen sus históricos privilegios. Los grandes estancieros ex rosistas querían la separación de Buenos Aires. Para ellos Urquiza —representante de los competidores entrerrianos— era el obstáculo de siempre. En cambio, para la burguesía comercial y el círculo de emigrados que la servía con Mitre a la cabeza, buscando desesperadamente el poder para usufructuar los beneficios del Estado, Urquiza era sólo un obstáculo ocasional, puesto que ella aspiraba a la organización nacional, pero en base a tres condiciones: tener ella el poder, destruir la resistencia de los estancieros localistas, que le servía de pedestal contra Urquiza, pero después vendría un obstáculo para sus planes en escala nacional, y, en fin, mediante la guerra civil contra todas las provincias apoderarse de la presidencia de la nación ya organizada por ella bajo su dominio. Esta fue en esencia lo que Mitre llamó «la gran política» del liberalismo de Buenos Aires. Alberdi la radiografió en 1855 (Obras, V, 404).

## BIBLIOGRAFIA CITADA

- ALBERDI, Juan Bautista, Obras Completas (Bs. As., 1887).  
 ALBERDI, Juan Bautista, Obras Selectas (La Facultad, Bs. As., 1920).  
 ALBERDI, Juan Bautista, Escritos Póstumos (Bs. As., 1895).  
 ALBERDI, Juan Bautista, Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho (Hachette, Bs. As., 1955).  
 ALBERDI, Juan Bautista, Escritos Económicos (La Facultad, Bs. As., 1920).  
 ALVAREZ, Juan, Los Guerras Civiles Argentinas (La Facultad, Bs. As., 1936).  
 BATOLLA, Octavio, Los Primeros Ingleses en Buenos Aires (Muro Bs. As., 1928).  
 BURGUIN, Mirón, Aspectos Económicos del federalismo Argentino (Hachette, Bs. As., 1960).  
 CARCANO, Miguel Ángel, Evolución Histórica del Régimen de la Tierra Pública (La Facultad, Bs. As., 1925).  
 CONI, Emilio, Contribución a la Historia del Gaucho (Peuser, Bs. As., 1925).  
 CONI, Emilio, La Verdad Sobre la Enfitéusis de Rivadavia (Imprenta de la Universidad, Bs. As., 1927).  
 CONI, Emilio, Agricultura, Ganadería e Industrias Durante el Virreynato en Historia de la Nación Argentina (El Ateneo, Bs. As., 1939).  
 CHAVEZ, Fermín, Civilización y Barbarie (Trafac, Bs. As., 1956).  
 FERRÉ, Pedro, Memorias (Bs. As., 1921).  
 FORBES, John Murray, Once Años en Buenos Aires (Emecé, Bs. As., 1956).  
 FRANCO, Luis, El General Paz y los dos Caudillajes (Rosario, 1946).  
 FRANCO, Luis, El Otro Rosas (Reconstruir, Bs. As., 1956).  
 FRANCO, Luis, Hudson a Caballo (Alpe, Bs. As., 1956).  
 GALVAN MORENO, Carlos, El Periodismo Argentino (Claridad, Bs. As., 1944).  
 GIBERTI, Horacio, Historia Económica de la Ganadería Argentina (Raigal, Bs. As., 1954).  
 GROUSSAC, Paul, La Biblioteca (Bs. As., 1896-98).  
 HANSON, S. G., Argentine Meat and the British Market (Stanford University Press, 1937).  
 HEGEL, Guillermo Federico, Lecciones Sobre Filosofía de la Historia Universal (Revista de Occidente, Bs. As., 1946).  
 HIDY, Ralph W., The House of Baring in American Trade and Finance (Harvard University Press, Cambridge, 1949).  
 IBARGUREN, Carlos, Juan Manuel de Rosas (Frontispicio, Bs. As., 1948).  
 JENKS, Leland Hamil, The Migration of British Capital to 1875 (Jonathan Cape, London, 1938).  
 KORN, Alejandro, Obras (Univ. Nacional de La Plata, 1940).  
 LAFERRERE, A. de, Páginas de Groussac (Bs. As., 1945).  
 LONGONI, Haydée E. Frizzi de, Rivadavia y la Economía Argentina (Bs. As., 1947).  
 LÓPEZ, Vicente Fidel, Historia de la República Argentina (La Facultad, Bs. As., 1926).  
 MAC CANN, William, Viaje a Caballo (Bs. As., 1939).  
 MACHI, Manuel E., Urquiza, Ultima Etapa (Castellví, Santa Fe, 1954).  
 MANSILLA, Lucio V. Mis Memorias (Hachette, Bs. As., 1955).  
 MARX, Carlos, El Capital.

- MITRE, Bartolomé, Historia de Belgrano (Anaconda, Bs. As., 1950).  
 MITRE, Bartolomé, Historia de San Martín (Peuser, Bs. As., 1946).  
 ODDONE, Jacinto, La Burguesía Terrateniente Argentina (Bs. As., 1936).  
 ODDONE, Jacinto, El Factor Económico en Nuestras Luchas Civiles (La Vanguardia, Bs. As., 1937).  
 PALACIO, Ernesto, Historia de la Argentina (Pena Lillo, Bs. As., 1965).  
 PARISH, Woodbine, Buenos Aires y las Provincias del Rio de la Plata (Hachette, Bs. As., 1958).  
 PELLIZA, Mariano A., La Organización Nacional (Suelo Argentino, Bs. As., 1957).  
 PEÑA, David, Juan Facundo Quiroga (Americana, Bs. As., 1953).  
 PEREYRA, Carlos, Rosas y Thiers (Forjador, Bs. As., 1952).  
 PUIGGROS, Rodolfo, Los Caudillos de Mayo (Problemas, Bs. As., 1942).  
 PUIGGROS, Rodolfo, La Herencia que Rosas Dejó al País (Problemas, Bs. As., 1940).  
 RAMOS, Jorge Abelardo, América Latina, Un País (Octubre, Bs. As., 1949).  
 RIVERA, Enrique, José Hernández y la Guerra del Paraguay (Indoamérica, Bs. As., 1954).  
 ROBERTSON, John P. y Guillermo P., Cartas de Sud América (Nova, Bs. As., 1946).  
 SALDIAS, Adolfo, Historia de la Confederación Argentina.  
 SALDIAS, Adolfo, Buenos Aires en el Centenario de la Revolución de Mayo (Ed. Oficial, La Plata, 1910).  
 SARMIENTO, Domingo F. Obras Completas (Luz del Día, Bs. As., 1948).  
 SARMIENTO, Domingo F., Facundo (La Plata, 1928).  
 SCALABRINI ORTIZ, Raúl, Política Británica en el Rio de la Plata (Reconquista, Bs. As., 1940).  
 SIERRA, Vicente, Historia de las Ideas Políticas en la Argentina (Nuestra Causa, Bs. As., 1950).  
 TEMPERLEY, Harold, The Foreign Policy of Canning (Londres, 1925).  
 VEDIA Y MITRE, Mariano de, De Rivadavia a Rosas (Bs. As., 1912).  
 VEDIA Y MITRE, Mariano de, Historia de la Unidad Nacional (Estrada, Bs. As., 1946).  
 VERA Y GONZÁLEZ, Emilio, Historia de la República Argentina (La Facultad, Bs. As., 1926).  
 VICTORICA, Julio, Urquiza y Mitre (La Cultura Argentina, Bs. As., 1918).  
 WEBSTER, C. K., Gran Bretaña y la Independencia de América Latina (Kraft, Bs. As., 1944).  
 YUNQUE, Alvaro, Calfucurá, La Conquista de las Pampas (Zamora, Bs. As., 1956).  
 ZINNY, Antonio, Historia de los Gobernadores de las Provincias Argentinas (Vaccaro, Bs. As., 1921).

Las citas de diarios, revistas y archivos se presentan en el texto. Los diarios de sesiones se refieren por sus iniciales: DSCDN, Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación (o del Senado o de la Provincia según corresponda).

## UNIDAD III

### LA ERA DE MITRE

#### ENTRE URQUIZA Y MITRE

#### El Golpe del 11 de Setiembre: La Restauración del Rosismo sin Rosas

El golpe de mano del 11 de setiembre de 1852 fue el fruto exquisito de la unión del federalismo y el unitarismo porteño contra Urquiza. El carácter antinacional de este golpe fluye de cada uno de los párrafos de la proclama con que Mitre arengó a la Guardia Nacional porteña, flor y nata de la juventud bien de la ciudad puerto: «Ciudadanos de Buenos Aires; todo lo habéis perdido; todo tenéis que reivindicarlo. Habéis gemido bajo el sable del conquistador. ...». (Parecería que Buenos Aires estuvo ocupada por un ejército extranjero. Sin embargo, el conquistador no era otro que Urquiza, a quien apoyaba el litoral, el Interior y la mitad de la provincia de Buenos Aires).

Detrás del escenario estaban los grandes intereses de la oligarquía porteña personificada en Anchorena y Lorenzo Torres, pero el caudillo popular fue Mitre, idolo de los estudiantes y tenderos porteños (Pelliza, 33), «de las masas inteligentes de la ciudad de Buenos Aires" (D'Amico, 115). Y con esta fuerza tras de sí, Mitre es el ejecutor más consecuente desde entonces de la política de toda la oligarquía porteña (estancieros y comerciantes) de independizar a Buenos Aires de la Nación antes que aceptar la Nación sin el predominio de la oligarquía bonaerense. Pero también, y muy particularmente, de la política de la burguesía comercial porteña, que era unificar a la nación bajo su dominio, aplastando toda oposición interior. Mitre no estaba contra la organización del país; estaba contra la organización del país emprendida por intereses rivales de la burguesía comercial porteña (Victorica, 37). De ahí la política de continua provocación contra el resto del país —contra todo el país- unido en torno al gobierno de la Confederación Argentina regida por la Constitución de 1853. La provocación comenzó ya al día siguiente del golpe del 11 de setiembre, mediante una invasión a Santa Fe —que fracasó sin gloria alguna— para impedir la reunión del Congreso de donde saldría la Constitución Nacional

(Vera, I, 268). Y terminó después de muchos acuerdos y armisticios parciales — aprovechados por la burguesía comercial porteña para fortificar sus posiciones— cuando el gobierno de Buenos Aires, después de haber aceptado lo contrario, pretendió enviar diputados al Congreso Nacional que sesionaba en Paraná, pero no de acuerdo a la Constitución Nacional de 1853, que Buenos Aires había acatado, sino de acuerdo a sus propias leyes, o sea, violando la Constitución en detrimento de las demás provincias. Esta maniobra porteña dio lugar a la ruptura que terminó con la batalla de Pavón y el triunfo de la burguesía comercial porteña sobre el resto del país (Pelliza, 182-3). El liberalismo de la burguesía comercial porteña acaudillado por Mitre quería la conquista de la propia república o la desmembración de su soberanía. Era nacional para gobernar y dirigir la nación en su beneficio, pero aislacionista y secesionista si se trataba de obedecer en el seno de una nación gobernada por otros intereses (Alberdi, Obras, V, 378). En su estilo de directora de escuela primaria arengando a sus alumnos en un aniversario patrio, Mitre, ya había expresado inmediatamente después del golpe de septiembre cuál era el objetivo de la burguesía comercial porteña: «Esta hoja de papel que sale hoy de la prensa de El Nacional —decía— como de un astillero, es la frágil barquilla que ha de mantener a flote nuestro pensamiento en el mar borrascoso de la política». Y su pensamiento era que «Urquiza, Benavídez y todos los que pretendan apoyar su política de despotismo y retroceso, son otros tantos obstáculos para la organización nacional. Es necesario suprimirlos. Entre ellos y nosotros no hay más arreglo posible que una capitulación a discreción» (El Nacional, octubre 13, 1852). Lo que Mitre llamaba «política de retroceso» de Urquiza eran en realidad todos los aportes progresistas de Urquiza a la organización definitiva del país para facilitar su desarrollo capitalista, tal como la supresión de las aduanas interiores, sin lo cual la unificación económica del país era un mito (Pelliza, 29), la nacionalización de la aduana (Pelliza, 30), la libre navegación de los ríos, que libraba a los productores del litoral de su secular subordinación a los competidores bonaerenses poseedores del puerto único (idem, 95), política que, como reconocería Sarmiento en carta a Urquiza de julio 17, 1869, consistía en «formar una nación con los desunidos elementos que dejó la guerra civil de 30 años». Mitre llamaba a esto política reaccionaria. Reaccionarias eran también otras medidas de Urquiza como la creación de la Bolsa de Comercio, la fundación del Departamento de Estadística, la abolición de la pena de muerte y de las confiscaciones por razones políticas (Vera, I, 247-9). Reaccionario y despótico era también conducir inflexiblemente al país a adoptar la constitución más liberal del mundo... A esa política reaccionaria y despótica, como la llamaba Mitre, el liberalismo progresista de Buenos Aires, constituido en Estado Libre gracias al golpe del 11 de setiembre, respondía con una constitución que —como señaló Alberdi— era «un aborto de los Anchorena, patriarcas del rosismo y de la oligarquía porteña (Obras, V, 447), cuyo primer artículo declaraba a Buenos Aires un estado independiente con libre ejercicio de su soberanía interior y exterior. Entre otras indezas, la constitución porteña reconocía la esclavitud, declarando la libertad de vientres y prohibiendo el tráfico de esclavos, pero no declarando la libertad de los existentes, en contraposición con la constitución apoyada por el déspota Urquiza que declaraba libres a todos los esclavos existentes en el país (Pelliza, 104). Esa Constitución ultrarreaccionaria, fruto directo del golpe liberal del 11 de setiembre, fue aprobada por una asamblea en la que figuraba «la mejor clase social» con sus próceres a la cabeza: Nicolás Anchorena, Bartolomé Mitre,

José María Bustillo, Valentín Alsina, Felipe Llavallol, Tomás Anchorena, Domingo Olivera, Montes de Oca, Francisco Javier Muñiz y otros por el estilo (Saldías, II, 78). Esta Constitución demuestra que la burguesía comercial porteña, lejos de ser la clase «más burguesa y progresista de todo el país» (Sommi, Yrigoyen, 11), lo era bastante menos (en el interés por desarrollar en sentido capitalista toda la nación, no sólo la provincia de Buenos Aires) que los ganaderos entrerrianos y sus aliados en el Litoral y las provincias interiores. Esta Constitución era «la excepción atrasada de todas las demás constituciones de provincia. Es una especie de constitución feudal. Ella restablece o conserva una aduana interior o provincial, un tesoro de provincia, un ejército y una diplomacia provinciales» (Alberdi, Obras, 215).

Un historiador stalinista, buscando antecedentes históricos para justificar la alianza del partido comunista argentino con los conservadores y otros herederos del mitrismo, ha dado la siguiente versión del golpe del 11 de setiembre: «Urquiza procuraba la alianza con las fuerzas que en Buenos Aires durante 25 años apuntalaron al régimen de Rosas... Bartolomé Mitre quería organizar el país con fuerzas nuevas de más sentido burgués y consecuencia liberal. El Partido Liberal quería organizar el país desde abajo, democráticamente y con fuerzas nuevas» (Sommi, Yrigoyen, 11. Como se ve, la veracidad de esta versión no tiene nada que envidiar a los procesos de Moscú. Las fuerzas que impusieron y defendieron a Rosas fueron las que se levantaron contra Urquiza junto a Mitre, y no al revés. Las fuerzas que apoyaban a Mitre para organizar a su modo al país, no eran nuevas, sino Lorenzo Torres, los Anchorena y otros conocidos mazorqueros de levita, amén de «un sobrino de Rosas que le trajo la casaca militar y quiso ser su ayudante» y «otro sobrino de Rosas que le alcanzó su espada y sus armas» (Mitre en el Estado libre de Buenos Aires, conferencia de Arminda D'Onofrio en La Nación, setiembre 13, 1956). En cuanto a los métodos democráticos con que se pretendía reorganizar la Nación he aquí una buena muestra. Inmediatamente después del golpe del 11 de setiembre, el doctor Estevez Sagui —autor de un libro de procedimientos cuya primera página llevaba la dedicatoria «al Gran Rosas»— propone, y la Legislatura porteña aprueba, que se distribuya un año de sueldo entre los jefes y tropa que habían apoyado el golpe y se ofrezcan compensaciones similares a los que en lo sucesivo se pasen al bando porteño (Victorica, 51 y 81). Pero no sólo esto. Según un testigo presencial —propietario del diario mitrista Los Debates— el pronunciamiento del 11 de setiembre «trajo consecuencias muy fatales para Buenos Aires... pues los que encabezaron el movimiento se repartieron entre ellos buenas sumas de dinero al son de los himnos marciales que entonaban las bandas. Una casualidad me ha proporcionado el estado de las cantidades que entre los vampiros políticos de aquella revolución se repartieron. He la aquí, reducido a pesos fuertes: a los generales y coroneles, 850 duros; a los tenientes coroneles, 750 duros; a los mayores, 650; a los capitanes y demás oficiales, 250» (Hortelano).

En síntesis, «la revolución del 11 de setiembre de 1852, hecha a los seis meses de derrocado Rosas, contra su vencedor, fue la restauración del rosismo sin Rosas y sin mazorca; pero lo fue completamente en el orden económico de cosas, que contiene el verdadero poder despótico» (Alberdi, Obras, VIII, 317).

## Las Armas del Liberalismo Mitrista Consisten en el Fraude y el Terror

Emancipada la oligarquía porteña del «despotismo» urquicista, inauguró su propio despotismo sin comillas sobre la provincia de Buenos Aires, aplastando con el terror y el fraude a todas las oposiciones internas, al tiempo que proclamaba su fervorosa devoción al liberalismo democrático y republicano. La corriente liberal que, con Mitre a la cabeza, actuaba por cuenta de la burguesía comercial porteña, demostró de inmediato que esta clase era profundamente antidemocrática, tan terrorista y dictatorial como Rosas y tan afecta como este a manipular la conciencia de las masas mediante la organización burocrática de la mentira, aunque conservaba las ventajas de la democracia liberal para el juego de sus diversas fracciones. Con razón e íntimo conocimiento de los hechos se ha señalado que «Mitre (con el sonante apoyo del comercio porteño, agreguemos nosotros) ha sido el que en Buenos Aires primero, y en la República después, inventó los medios fraudulentos de hacer ilusorios esos derechos (el sufragio popular). Fue Mitre el que para oponerse al voto de los soldados de Urquiza en 1852 inventó el fraude, que se hizo en grande escala, y con el cual triunfó entonces lo que se llamaba lista del pueblo. Fue él quien en 1857, para suplantar la inmensa mayoría del partido chupandino presidido por Calvo, recurrió al fraude en las parroquias, y consiguió con votos falsos superar los votos verdaderos de sus adversarios. Fue él quien en 1859, también con votos falsos, impidió el triunfo del Club de la Paz presidido por Frías. Y desde entonces ese ha sido el sistema electoral de la República Argentina, pero ese sistema se debe exclusivamente a Mitre, que fue su inventor y único introductor en las prácticas electorales argentinas» (D' Amico, 104). Más aún: una de las fuentes de la popularidad de Mitre fue su genial idea de falsificar los registros electorales en abril de 1852 para impedir una mayoría urquicista en la Legislatura porteña (Vera, I, 172). Cuando en 1874 Mitre se levanta en armas contra la presidencia constitucional de Sarmiento, éste lo denunció con su acostumbrada claridad: «Consta de la elección practicada en 1852 y dirigida en la ciudad de Buenos Aires por el coronel Bartolomé Mitre que organizó los trabajos electorales, que la Ciudad opuso bajo su dirección 9000 votos a 2500 que favorecieron la política del General Urquiza. Consta del Diario de Sesiones de Buenos Aires que los hombres que formaban el núcleo de la conspiración en nombre del sufragio popular, detuvieron fraudulentamente el curso de la ley de elecciones que desde 1856 se proponía corregir los abusos electorales, declarándolos públicamente dichos señores (Mitre y Elizalde) útiles y necesarios. Consta de la administración del Gral. Mitre que nunca propuso, ni sus partidarios apoyaron, ningún proyecto de ley que tendiese a evitar, corregir y castigar los fraudes ni las violencias en las elecciones. Consta igualmente que durante esta administración fueron destituidos empleados superiores por no participar de la opinión del gobierno en una elección popular» (La Tribuna, octubre 9, 1874).

Con motivo de las elecciones de 1857, un francés residente en Buenos Aires escribía sus impresiones: «La camarilla de Mitre ha empleado todos los medios para triunfar con desprecio de las leyes del país y de la Constitución; las libertades electorales

han sido sacrificadas; los asesinatos partidistas, los ataques nocturnos, las violaciones de domicilio se han cometido en las personas del partido contrario...»

Después de la victoria, la policía, autorizada por Mitre, ha tratado de descubrir conspiradores; algunos porteños han sido arrestados» (Saldías, II, 103-4). Y este testimonio de un extranjero coincide plenamente con la confesión que hacía Sarmiento —entonces en el partido mitrista— en carta a Domingo de Oro del 17 de junio de 1857: «Nuestra base de operaciones ha consistido en la audacia y el terror que empleados hábilmente han dado este resultado admirable e inesperado... establecimos en varios puntos depósitos de armas y municiones, pusimos en cada parroquia cantones con gente armada, y encarcelamos como unos veinte extranjeros complicados en una supuesta conspiración; algunas bandas de soldados armados recorrían de noche las calles de la ciudad, acuchillando y persiguiendo a los mazorqueros (nota; con la palabra mazorqueros Sarmiento no designa al que era entonces su propio partido, sino a los opositores); en fin: fue tal el terror que sembramos entre toda esta gente con estos y otros medios que el día 29 triunfamos sin oposición».

Fraude y terror. Tal era la fórmula del liberalismo mitrista. Cuando el movimiento de Lagos, que arrastró a todo el gauchaje contra la oligarquía porteña, fue evidente que, como lo advirtió Alberdi, mientras las fuerzas de Lagos seguían a su jefe sin ninguna clase de coacción, las fuerzas porteñas eran en gran parte reclutadas a la fuerza, imponiéndose gravísimas penas a quienes se negasen a tomar las armas para defender la oligarquía portuaria (Alberdi, Póstumos, XVI, 217). Para enfrentar a Lagos, la liberalísima Legislatura porteña suprimió todas las garantías individuales, otorgando al Gobierno autorización para detener, deportar o fusilar a quien quiera contrariarse la política oficial (Saldías, II, 23). Y poco después un decreto destinaba por dos años al servicio de los cuerpos de línea a todos los ciudadanos que no tomaran las armas en la Guardia Nacional en el término de 24 horas (Saldías, II, 26). Derrotado Lagos, la oligarquía porteña eligió gobernador a Pastor Obligado, ex rosista que no en vano se había educado en la escuela mazorquera de don Juan Manuel, y supo hacer honor al maestro aunque invocando no ya el nombre de la Santa Federación sino el más moderno del liberalismo porteño. De inmediato Obligado dicta un decreto ordenando que salga del territorio provincial, en término perentorio, una multitud de personas señaladas como partidarias de Lagos. De inmediato, otro decreto destituyó de sus puestos a todos «aquellos funcionarios públicos que, por oposición o indiferencia, han permanecido fríamente ante los peligros que envolvían a la ciudad». Y sobre el tambor salió otro decreto de igual fecha que el anterior, destinado a afianzar, decía, «el glorioso triunfo que ha obtenido la causa de la civilización y de la ley sobre el vandalaje», que prohibía ejercieran su profesión de rematadores y corredores a varios ciudadanos porteños. Todos ellos estaban acusados del «crimen» —así decía el decreto—, no de “ser partidarios” de Lagos, sino de haberse mostrado sólo como «frios partidarios» de la oligarquía porteña en su lucha contra Lagos. Y sobre la marcha sale otro decreto que marca el *summun* de la devoción del liberalismo porteño a los principios de la democracia republicana. Por el mismo quedaban destituidos de sus cargos los magistrados del Supremo Tribunal de Justicia porque —decía el decreto— «es muy importante que los destinos públicos sean desempeñados por personas que, a la idoneidad notoria, reúnan en sí una conocida adhesión

a los principios que acaban de triunfar». En 1856, cuando un general Costa pretende reeditar el movimiento de Hilario Lagos e invade Buenos Aires, el liberal Gobierno de Buenos Aires saca un decreto que firma el gobernador Obligado y los ministros Valentín Alsina, Bartolomé Mitre y Norberto de la Riestra, estableciendo: Art. 1º: «Todos los individuos titulados jefes que hagan parte de los grupos anarquistas capitaneados por el cabecilla Costa, y fueran capturados en armas, serán pasados inmediatamente por las armas» (Saldías, II, 91). La orden fue cumplida estrictamente y el campo de Villamayor fue testigo de una degollina en regla que hubiera hecho las delicias del propio Cuitiño. Y el liberalísimo Gobierno de Buenos Aires despidió con las siguientes palabras a los soldados que habían realizado la carnicería: «Al volver a vuestros hogares, llevad la conciencia de haber afirmado el orden público, pues ya los malvados que lo pudieron conmovier han expiado sus negros crímenes con sus cabezas» (La Tribuna, febrero 7, 1856.). Pero no sólo el terror y el fraude eran los democráticos instrumentos del liberalismo porteño para obtener los designios de la oligarquía portuaria. Para los estudiantes y tenderos que constituían su apoyo de masas y estaban convencidos de representar la vanguardia de La Civilización y Los Principios contra la barbarie —que era para ellos todo el país excepto la ciudad de Buenos Aires— había una larga serie de espectáculos más o menos circenses, género en el que Mitre era insuperable. Un solo ejemplo ilumina los extremos en que sabía hacer el payaso para conservar su clientela pequeño burguesa este cínico agente de la burguesía comercial porteña. En la batalla de Cepeda, el ejército de la oligarquía portuaria comandado por Mitre fue derrotado por el ejército nacional que dirigía Urquiza. Urquiza perdió 24 jefes y 300 hombres. Mitre perdió 2000 soldados, toda la caballería, 20 cañones, varios miles de fusiles, enormidad de municiones, todos los carros, el parque y toda la caballada de repuesto. Sin embargo, al desembarcar en el muelle de Buenos Aires, derrotado, casi sin artillería, sin un soldado de caballería y mermada la infantería en dos terceras partes, Mitre deshoja su inevitable discurso y dice al pueblo porteño: «Os devuelvo INTACTAS las legiones que me confiasteis» (D'Amico, 116). Y algo más: envía a la Legislatura un proyecto de ley que disponía la acuñación de una medalla especial para el general Mitre, medallas de oro para los generales, de plata para los jefes y oficiales y de bronce para los soldados con la siguiente inscripción: «a los vencedores de Cepeda» (Vera, II, 71-2). Por esos mismos días, sin embargo, Mitre reconocía en privado que Urquiza era el dueño de la situación después de su triunfo en Cepeda (Saldías, II, 138). Es que el patriarcal y venerable general Mitre, fue desde el comienzo entre nosotros el maestro-decano de la duplicidad política. Con la misma impasibilidad con que se declaraba vencedor y se hacía acuñar medallas después de sufrir una derrota aplastante, el liberalismo porteño y su mayor prócer juraban por La Democracia, La Libertad y El Pueblo mientras unificaban el país a cañón y bayoneta.

### El Ideal Mitrista era la República del Plata Antes que compartir la Aduana

En el caso de fallar su patriótico empeño de acoger a la nación, la oligarquía porteña estaba dispuesta a separarse de ella. Mitre dio forma a esta idea lanzando la consigna de La República del Plata. «Pero olvida usted —le echó en cara a Mitre un ex

correligionario— que cuando en 1857 el partido federal se nos presentó imponente en la lucha, usted fue de los desfallcidos que nos propusieron por remedio la separación absoluta de Buenos Aires constituidos en República del Plata. Y no era un simple ardid de guerra, disculpa con que se excusaba usted.. era un propósito en usted la disolución de la República. Tengo en mi poder instrucciones escritas por usted, de su puño y letra, para nuestro enviado a Río de Janeiro, instrucciones en que le prevenía usted se cerciorase de la actitud que asumiría el Brasil en el caso de que Buenos Aires se declarase nación independiente. ¿No sabía usted de antemano usted hombre político usted conocedor de la historia sudamericana, que la separación absoluta de Buenos Aires, que la disolución definitiva de la nacionalidad, era el desiderátum tradicional de la política brasilera?» (49). A esto Mitre sólo respondió en concreto que «el proyecto de la República del Plata no fue sino un artículo de periódico»... (99). La idea de la independencia de Buenos Aires constituida en República Municipal —que según le decía Rosas a Alberdi, era idea exclusiva de Anchorena (Póstumos, XVI, 557)— hubiera liquidado a la Argentina como nación. «Si Buenos Aires quedase como nación independiente —escribía Alberdi— o si antes de serlo del todo, como sucedió en Guatemala, empujase a Santa Fe u otra provincia del litoral para entrar en la misma senda, Buenos Aires disolvería a la República, con la mira de no tener por vecino un Estado fuerte, que le impusiera respeto. Estamos, pues, amenazados inminentemente de ver caer a nuestra hermosa nación en la miserable suerte que ha hecho de la República de la América Central el objeto de la compasión y del menosprecio de todo el mundo» (Póstumos, XIV, 603). La República del Plata como solución política evidencia hasta dónde la oligarquía porteña —el rosista Anchorena y el liberal Mitre, los estancieros federales y la burguesía comercial unitaria— eran capaces de llegar para conservar intactos sus privilegios del puerto y de la aduana ante la amenaza de los productores del litoral y las provincias interiores que pretendían confiscarlos en beneficio de toda la Nación. Como todas las clases poseyentes a lo largo de la historia, la oligarquía porteña prefería desmembrar la nación si no había modo de salvar sus privilegios sobre parte de la misma. Pero éste era sólo uno de los aspectos de su política, el extremo a que llegaría si fracasaba su plan de dominar a toda la nación y conservar sus privilegios anulando la fuerza del resto del país para combatirlos. Mitre estaba dispuesto a llegar a la separación absoluta de Buenos Aires, pero antes de eso trataba por todos los medios de lograr el dominio absoluto de la oligarquía porteña sobre toda la nación.

La oligarquía porteña constituida en Estado Libre de Buenos Aires era consciente de su poderío frente a la debilidad del resto del país agrupado en la Confederación Argentina con capital en Paraná. De los cuatro millones de renta en oro que producía la sola aduana de la Capital, dos por lo menos debían corresponder a las provincias que por la separación ya perpetrada de hecho no recibirían un solo peso, aprovechándolo todo Buenos Aires. «Bajo el punto de vista de los intereses pecuniarios, el aislamiento enriquecía a los porteños, manteniendo en la pobreza a las provincias» (Pelliza, 51). En cambio la Confederación no tenía rentas de carácter general. Segregado el puerto de Buenos Aires, y pese a la libre navegación de los ríos pactada con las mayores potencias comerciales, el intercambio no podía improvisarse. La aduana de Rosario fue la destinada desde los primeros momentos para abrir las relaciones mercantiles con las plazas europeas; pero allí todo faltaba para un



tráfico en grande escala: capitales para la compra de valiosos cargamentos y frutos del país para el retorno de los buques que sin ese aliciente tendrían que volverse en lastre. Rosario era casi una aldea mientras que la ciudad de Buenos Aires tenía 78.000 habitantes (Saldías, II, 46). «No siendo posible abrir de improviso un tráfico que carecía de elementos por parte de la Confederación, el comercio continuó como en lo antiguo, llegando los buques de ultramar al puerto de Buenos Aires donde descargaban las mercaderías para seguir éstas, después de pagar derechos en su aduana, en buques de cabotaje hasta los puertos de la Confederación donde volvían a pagar nuevos derechos de importación. El comercio así estacionado carecía de estímulos» y las rentas de la Confederación resultaban exiguas (Pelliza, 118).

La superioridad económica de la oligarquía porteña se transformó de suyo en superioridad militar. El Partido Liberal, que según dicen sus apologistas «quería organizar el país desde abajo, democráticamente» (Sommi, Yrigoyen, II), no derrotaba a la Confederación levantando contra ella a la mayoría del país sino, simplemente, sobornando a sus dirigentes y oficiales con el oro de la aduana porteña. Cuando la insurrección de Lagos, a los jefes insurrectos se les ofreció sumas del orden de los quinientos mil pesos para ellos y veinticinco mil para los oficiales si traicionaban su causa (Saldías, II, 29). Cuando Urquiza bloquea con una escuadra a Buenos Aires, la oligarquía porteña rompe el bloqueo comprando al jefe de la flota urquicista por la suma de cinco mil onzas de oro, sin perjuicio de las otras recompensas a jefes, oficiales y soldados, todo lo cual insumió 10 millones de pesos (Saldías, II, 63). Y hasta la derrota de la Confederación en 1860, esa fue el arma permanente de la oligarquía bonaerense. El resplandor de la espada del liberalismo mitrista encandilaba a sus enemigos. Pero no era resplandor de gloria, sino de oro contante y sonante.

### Las Finanzas Europeas Apoyan la Secesión de Buenos Aires

Por otra parte, la oligarquía porteña contaba con el apoyo del capital inglés y del francés que históricamente habían aprendido que su mejor interés estaba en dominar y explotar el país junto y a través de la oligarquía bonaerense, no contra ella. La oligarquía porteña sabía esto, y especulaba con el apoyo extranjero, incluso para sus proyectos de desmembración del país en caso de no poder dominarlo. Alberdi, ministro de la Confederación en Europa, tuvo ocasión de advertirlo. «Es Alsina quien hace que los judíos de la Bolsa de Londres soliciten del Gobierno británico que desmembre la República Argentina, para provecho común de los judíos de allá y de aquí. Esto es lo que Alsina llamaba los grandes medios que posee Buenos Aires en política exterior. Es simplemente la traición, el crimen de que cada poder de Centro América paga hoy con lágrimas de sangre. Una nueva nación en América, creada por la Bolsa de Londres, dejaría atrás todo el plan de disolución atribuido a Estados Unidos» (Póstumos, XIV, 662). La Bolsa de Londres hubiera sido, efectivamente, uno de los principales puntales de la República del Plata esbozada por Mitre. La correspondencia de Alberdi, radicado en Europa, con el

Gobierno de la Confederación, constituye una documentada comprobación de la alianza entre la oligarquía porteña y el capital extranjero contra el resto del país. «No dejaré de llamar la atención de V. E. sobre la necesidad cada día mayor de adquirir el apoyo de algunos diarios en Europa, para defender a nuestro Gobierno y hacer conocer a nuestro país contra la detracción sistemática que hacen de nuestras cosas los diarios subvencionados por Buenos Aires. Las subvenciones del gobierno de esa provincia son eficaces porque se pagan en Europa por sus banqueros conocidos, en lo cual nos llevan una ventaja inmensa. La ventaja de mejor causa es completamente inútil e insignificante en la consideración de los diaristas europeos» (Póstumos, XIV, 49, fecha diciembre 1857). «Por el señor Huergo ha debido V. E. saber de una petición que muchos negociantes de Londres han elevado al gobierno británico, para que envíe un ministro a Buenos Aires y reconozca la independencia de esa provincia. El asunto es serio porque tiene el apoyo activo de la casa de Baring, llena de influjo en el Parlamento, y muy ligada con los tenedores de bonos de Buenos Aires. Parece indudable que el pensamiento de la petición ha venido de Buenos Aires y que su autor disimulado no es otro que el gobernador de esa provincia. No atreviéndose a proclamar la independencia de Buenos Aires que conviene a su ambición personal, porque causaría escándalo a sus propios paisanos, hace que la desmembración apetecida por él de hecho sea solicitada por negociantes extranjeros y que el gobierno británico despedace la República Argentina, reconociendo independiente a una provincia que no se ha proclamado independiente» (Id., p. 115 fecha junio 1858). «El señor White, socio de la casa de Baring, venido recientemente de Buenos Aires, donde ha representado a los acreedores ingleses en el último arreglo de su deuda, repite aquí que Buenos Aires es todo y las provincias nada» (id., 127, fecha julio 1858). «Nuestro gobierno no debe sorprenderse de que el Times publique algunas veces ataques contra nosotros. Me han asegurado que la casa de Baring, que patrocina a los acreedores de Buenos Aires, tiene parte en la propiedad del Times» (id., 163, fecha octubre 1858). «Aunque la parte del comercio de Londres ligada por intereses a Buenos Aires no ha dado paso alguno oficial últimamente, tengo noticias de que no cesa de trabajar en nuestra contra. Las manifestaciones de la prensa lo confirman. El Times rehusó admitir una rectificación mía de datos inexactos que dio a luz; y el Economist, papel muy conocido en Inglaterra, ha hecho la defensa de Buenos Aires» (id., 168, noviembre 1858). «Los acreedores ingleses de Buenos Aires han dirigido una nueva petición al gobierno de S.M.B. para que se oponga a la ley de derechos diferenciales dada últimamente por la Confederación. La petición contiene veinte firmas más o menos, pero entre ellas figuran las de los grandes banqueros Baring y Rotschild» (idem, 178, diciembre 1858). «Toda la prensa de Europa está ganada por su gobierno. A fuerza de oír a Buenos Aires sin oírnos a nosotros, se va tomando a nuestro partido como el representante de la barbarie y al de Buenos Aires como el de la civilización. El Times y el Journal des Débats, que son los primeros órganos de la prensa europea, lo hacen entender así. Como Buenos Aires les debe 15 millones de pesos fuertes, lo presentan naturalmente como el representante de la civilización, a fin de que Europa apoye su gobierno y lo imponga a todas las provincias presentadas sistemáticamente como bárbaras» (idem, 865, noviembre, 1861). Haciendo una síntesis de todo esto, Alberdi le escribía a su amigo Gutiérrez: «Los comerciantes ingleses de Buenos Aires siguen siendo una rémora» (Cartas, 117). Y a la acción del capital inglés se sumaba la del imperio brasileño, lamentable apéndice del imperio británico. A la separación de Buenos Aires no tardaría en seguirse la

de otras provincias argentinas, y "la disolución de la República Argentina sería para el Brasil lo que ha sido la de Centro América para Estados Unidos» (Alberdi, Obras, 5, 461). Los banqueros ingleses tenían tanta más razón para apoyar los manejos antinacionales de la oligarquía porteña cuanto que por una ley de 1856 el gobierno de la Confederación había declarado en la forma más solemne que desconocía todo acto con el cual la provincia de Buenos Aires ejerciera directa o indirectamente la soberanía exterior, ya sea contrayendo pactos, alianzas o empréstitos (Vedia y Mitre, Unidad, 380).

## El Oro de la Aduana Porteña Deshace la Oposición

Con todos esos elementos a su favor, la oligarquía porteña (y muy particularmente la burguesía comercial) expresada por el liberalismo mitrista, solo en última instancia necesitaba acudir a la independencia absoluta, renunciando así a la lucrativa empresa de someter a todo el país —es decir, todo el mercado nacional— en su interés. Antes de llegar a esto el liberalismo porteño tenía el recurso de desgastar, dividir y quebrar política y militarmente el frente enemigo, tarea que era facilitada por la heterogeneidad de este frente. Dentro de la Confederación, las provincias interiores eran el irreductible enemigo de la oligarquía porteña, de la cual sólo podían esperar su completa anulación. Pero frente a Buenos Aires estos elementos eran por sí solos incapaces de oponer otra cosa que una resistencia desesperada, heroica y en última instancia condenada al fracaso. El único sector de la Confederación capaz de enfrentar a la oligarquía porteña —aunque con las desventajas que hemos visto— eran los ganaderos entrerrianos, acaudillados por Urquiza, el mayor de éstos. Pero esta clase tenía intereses —aunque competitivos— similares a los de la oligarquía porteña, y entre la perspectiva de una larga guerra civil que arruinaría sus negocios y un acuerdo que dejara en manos de Buenos Aires la dirección del país, pero otorgase plena independencia y garantías a los ganaderos entrerrianos, se inclinaba fatalmente, por el peso de sus crecientes intereses capitalistas, en el sentido de este acuerdo. Entre el Chacho y las masas pauperizadas del interior por un lado, y la oligarquía porteña por otro, o entre los gauchos del litoral y de Buenos Aires incluso de una parte y la burguesía comercial porteña y los estancieros convertidos en terratenientes, de la otra, no había acuerdo posible. Pero entre el rico ganadero, terrateniente y saladerista Urquiza y sus congéneres de Buenos Aires, siempre estaba abierta la puerta para el acuerdo expreso o tácito que salvase los buenos negocios de ambos competidores. La oligarquía porteña, y Mitre en particular, sabían esto y actuaban en consecuencia.

Mientras la Confederación se ahogaba en dificultades económicas, al punto de que cuando llegó la hora de la batalla definitiva no tenían dinero para armar ni uniformar un ejército comparable al de Mitre (Pelliza, 195), la oligarquía porteña se enriquecía con su aduana, de modo que, como decía Mitre, «robustecidos política y militarmente pudimos ir con la misma tranquilidad a la incorporación, si se nos aceptaba con nuestras banderas, o a la guerra si se desconocían nuestros derechos» (Polémica con Gómez, 35). Falta agregar que si en la guerra le iba mal, la oligarquía porteña tenía listo en

la manga la carta de la República del Plata, es decir, la desmembración del país que no podía dominar...

Pero no sólo eso. El oro de la Aduana porteña alcanzaba para muchas otras cosas: «agentes de Buenos Aires recorren algunas provincias donde se constituyen importantes centros liberales como en Santiago, Córdoba, Corrientes, San Juan, Salta y Tucumán». El gobierno de la Confederación es sorprendido por «el estallido de núcleos liberales en algunas provincias. Nacen recelos sobre algunos gobernadores. Se inicia y desenvuelve en la Nación una gran lucha entre los nacionalistas que defienden sus posiciones y los liberales que aspiran a salir de Buenos Aires y agrandar su influencia» (Vedia y Mitre, Unidad, 450). De esta manera debilitada la Confederación y colocadas varias cuñas entre sus distintos sectores, la oligarquía porteña montó en 1860 la provocación final, eligiendo diputados para el Congreso Nacional, no de acuerdo al artículo 37 de la Constitución Nacional que Buenos Aires había jurado en 1860 (por el cual cada provincia constituía un solo distrito electoral), sino con arreglo a una ley especial de la Provincia, que la dividía en siete distritos electorales (Saldías, II, 154). Por supuesto, el Congreso Nacional rechazó a esos diputados elegidos en violación de la Constitución, y esto dio el pretexto a la oligarquía porteña para romper con la Confederación y exigir la guerra a toda costa. Mitre juega entonces a dos puntas: mientras amenaza con la guerra, le propone a Urquiza un pacto que dejaría a todo el país en manos de la burguesía comercial porteña asociada a los ganaderos entrerrianos en carácter de segundones. «Estamos resueltos a no practicar nuevas elecciones —escribía Mitre a Derqui, presidente de la Confederación— y sostendremos esta resolución hasta la última extremidad, aun cuando de ello hubiese de resultar la guerra. Así se lo digo también al general Urquiza». Pero a Urquiza le escribía también que el gobierno de Buenos Aires estaba dispuesto a acatar la Constitución «con tal que lo arreglemos de común acuerdo en un compromiso electoral en el que a la vez se definan de antemano las cuestiones que pudieran dividirnos» (Saldías, II, 156). Esas cuestiones que podían dividir a la burguesía porteña de los ganaderos entrerrianos eran, aparte de varios problemas vinculados con la aduana de Buenos Aires, el reparto de las situaciones provinciales, sobre todo el de los gobiernos de San Juan y Corrientes, que el partido mitrista quería ocupar a todo trance como base para nuevas conquistas (Vera, II, 18). Esta correspondencia entre Urquiza y Mitre arroja sobre el austero republicanismismo de Mitre una luz tan intensa que ni las toneladas de papel arrojadas por «La Nación» desde su fundación hasta hoy podrían oscurecer. Es sorprendente —dice el historiador oligárquico Vera y González— la arrogancia con que Mitre, gobernador de la Provincia de Buenos Aires, se dirige a Urquiza, gobernador de Entre Ríos, invitándolo a ponerse de acuerdo para constituirse, por sí, en árbitros de los destinos de la República, y hacer manejos y transacciones con las situaciones provinciales, sin tener en cuenta para nada la voluntad de ese pueblo cuyo nombre y derechos el liberalismo mitrista giraba e invocaba a cada instante. «El solo hecho de poner condiciones para someterse a lo que ordenaba la Constitución Nacional jurada, y más aún, el que la principal de esas condiciones consistiese en un compromiso electoral es como para desconcertar el ánimo mejor dispuesto a admitir todo género de anomalías» (Vera, II, 120). Y pensar que los apologistas de Mitre dicen que "el Partido Liberal quería organizar el país desde abajo, democráticamente" (Sommi, Yrigoyen, 11).

Urquiza no aceptó las condiciones de Mitre, y, producida la Ruptura, Buenos Aires dejó de pagar su subsidio a la Confederación y destinó 124 millones de pesos a comprar armas en Inglaterra (Vera, II, 124) en tanto que la Confederación se debatía desorganizada, empobrecida y desarmada (Vera, II, 134).

En vísperas de la batalla final, que habría de producirse en Pavón, Buenos Aires era militarmente superior a la Confederación, y la ciudad resultaba invulnerable al sitio o la invasión. Todos los factores militares favorecían a Buenos Aires, excepto la desventaja no despreciable de tener al frente de su ejército a Bartolomé Mitre, un general que demostraría en los hechos ser uno de los más ineptos del país y sus alrededores. Pero la superioridad militar y política —porque el frente enemigo iba dividido al combate— no le bastaba a la burguesía porteña, que deseaba tener la seguridad de que, si era derrotada en esta batalla final, tendría el camino abierto para desmembrar el país constituyéndose en República del Plata. Por eso el gobierno porteño, en vísperas del enfrentamiento decisivo con la Nación, envió en misión diplomática a José Mármol cerca del Emperador del Brasil, y a Lorenzo Torres (¡oh!, ¡los nacionalistas rosistas!) para explorar la opinión de los gobiernos de Río de Janeiro y de Asunción respecto a si en cambio de ventajas que se arreglarían sin dificultad, reconocerían la independencia de Buenos Aires, en caso de que el gobierno de este estado hiciese tal declaración. Todos los dirigentes del gobierno de Buenos Aires estaban acordes a este respecto, y el famoso folleto República del Plata retirado de la circulación por alguien que no quiso dejar el recuerdo de semejante decapitación de la nacionalidad, había delineado esa política y presentado los medios de realizarla. A ese respecto, y refiriéndose a las instrucciones que llevaba Mármol a Río de Janeiro, le escribía el ministro Pastor Obligado a Mitre en Julio 17 de 1861: «Sus instrucciones fueron limitadas en lo concerniente AL CASO DE LA INDEPENDENCIA ABSOLUTA, suprimiéndole esa parte que creímos inconveniente que fuese escrita, dejándolo a su prudencia, tácitamente, que hiciera alguna indicación sobre el particular. El doctor Torres saldrá hoy para Paraguay, lleva instrucciones análogas a las de Mármol» (Saldías, II, 164-5). Pero la oligarquía porteña no necesitó proclamar la República del Plata. Su ejército chocó en Pavón con el de la Confederación y —pese a su General— salió vencedor. Todo el país quedaba en manos de la oligarquía porteña y en especial de la burguesía comercial, en las manos del liberalismo mitrista que gobernaba por cuenta de aquellas.

### Urquiza Acepta el Puesto de Socio Menor de la Oligarquía Bonaerense

La oligarquía bonaerense no hubiera quedado dueña del país con tanta facilidad de no mediar la política permanentemente conciliadora y finalmente claudicante de su enemigo más poderoso, que eran los estancieros entrerrianos encabezados por Urquiza. En muchas ocasiones pudo Urquiza aplastar militarmente por largo tiempo a la oligarquía porteña —sobre todo después de su victoria en Cepeda—, y sin embargo, prefirió la conciliación, permitiéndole rehacer su poderío militar. «Urquiza dejó escapar los restos derrotados del ejército mitrista, que había totalmente batido» (Vera, II, 61).

Después de Cepeda «había conciencia pública de que Urquiza pudo apoderarse de la Capital si tal hubiese sido en algún momento su intención» (Saldías, II, 135). Pero prefirió cruzarse de brazos, limitándose a imponer la firma de un tratado que dejaba en manos de la oligarquía porteña todas las posibilidades de reanudar su lucha contra la Confederación. (Fue el Pacto del 11 de setiembre). En este momento quedó sellada la suerte de la Confederación, porque la oligarquía porteña asimiló la experiencia y con el producto de la aduana se hizo invulnerable a una invasión nacional. Después, terminado su período presidencial, Urquiza permite que su sucesor, Derqui, introduzca en el gobierno nacional elementos del partido liberal porteño, que desde adentro se dedicaron a minar la Confederación, como lo denunció Alberdi desde Londres (Póstumos, XIV, 864). Norberto de la Riestra, incondicional de Mitre y principal negociador de los acuerdos con Baring en virtud de los cuales los banqueros ingleses movilizaron al gobierno británico a favor de Buenos Aires, fue designado ministro de Hacienda de la Confederación por recomendación de Mitre (Vedia y Mitre, Unidad, 426). Derqui hasta llegó a proponer como ministro de la Confederación a Valentín Alsina, ¡apóstol de la República del Plata! (Saldías, II, 448). Urquiza dejó prosperar esta maniobra de la oligarquía porteña y sólo le salió al paso tarde y mal, presionado por las provincias más pobres de la Confederación, que sabían lo que les esperaba en manos de Mitre. Un político urquizista escribía por entonces: «Se ha ido el ministerio bonaerense, porque ya sentían la reacción del partido nacionalista que se levanta para defenderse contra el salteo político destacado por los mercaderes de la patria, que con nuestro presidente (Derqui) al frente pretendían reducir a encomiendas de indio a las demás provincias... Han visto al Capitán General (Urquiza) y el doctor Rolón (gobernador de Corrientes) desbaratar su plan, les perturban la marcha triunfal en que iban confiados de haberse apoderado de un presidente tan alhaja (Derqui) y con el calculaban hacer primores; asustar, garrotear, despejar toda resistencia hasta tomar posesión tranquila del país. Han visto que ese presidente es impotente para tantas proezas y se retiraron a tomar altura» (Vedia y Mitre, Unidad, 446). Después, en Pavón, viene el encuentro final. Y cuando aún la batalla no está definida Urquiza se retira con sus cuatro mil entrerrianos, sin haber participado seriamente en el combate, dejando libre el campo al ejército porteño y decidiendo así la derrota y disolución de la Confederación (Pelliza, 202). En esta batalla, todos los cuerpos del ejército porteño que obedecieron las órdenes de Mitre fueron derrotados; se salvaron sólo los que desobedecieron a su inigualable general. Cuando Urquiza decidió retirarse, la caballería de Buenos Aires había sido dispersada y estaba en plena fuga. De no haberse retirado Urquiza, apenas cabe dudar de que la batalla de Pavón, indecisa hasta entonces, habría resultado favorable a la Confederación, porque siendo dueño de la caballería, quedaba en realidad vencedor, dado que le impedía moverse a Mitre y él podía dominar a Buenos Aires, como estuvo a punto de suceder a pesar de su fuga. (D'Amico. 83. 84).

Urquiza pudo haber proseguido la lucha, no sólo antes de terminada la batalla de Pavón, sino incluso después. El mismo lo dice en carta a Mitre del 28 de octubre de 1861: «Me basta que V. E. haya reconocido que podía yo prolongar la guerra y que sería muy empeñada y sangrienta» (Archivo de Mitre, X, 36).

¿A qué obedece esta claudicación urquicista? ¿Acaso a que estaba «literalmente fascinado» por Mitre y «estaba espiritualmente ganado, sugestionado por el enemigo» (Palacio, II, 181, 186), como afirma la encantadora bobería de Ernesto Palacio? En verdad, fue reiteradamente maniobrado y contramaniobrado por Mitre, que parecía a veces jugar con él, pero esto es lo que ocurre siempre cuando un político que representa intereses dispuestos a ir hasta el fin para lograr sus objetivos se enfrenta a otro que, como Urquiza, busca la conciliación y no desea entablar una lucha a muerte. Recordemos que Urquiza representaba a los estancieros entrerrianos, clase a la que él mismo pertenecía con cuatrocientas leguas cuadradas y más de cien mil vacas y ochenta mil caballos, amén de un saladero y otras minucias (Font Ezcurra, 108). Esta clase, y Urquiza a su frente, había sido aliada de la oligarquía porteña bajo Rosas, hasta que el monopolio aduanero y de los ríos, fuera de las nuevas posibilidades que se abrían en el mercado mundial, la movieron a romper con Buenos Aires y derrotar a Rosas. A partir de entonces los estancieros entrerrianos se transforman en eje de la organización nacional, agrupando a todos los sectores del país interesados en impedir que la oligarquía porteña organizara a su modo la Nación, arrasando los restos de la industria artesanal del Interior, exterminando a los restos del gauchaje, especulando con la aduana y el puerto para ejercer su gobierno sobre todos los intereses competidores. Pero la resistencia contra la oligarquía porteña se estaba tornando demasiado costosa para los estancieros entrerrianos, que no tenían por qué seguir jugándose junto al Interior y al gauchaje si lograban un acuerdo con el patriciado porteño por el cual éste no se entrometiera en las cuestiones de Entre Ríos —es decir de Urquiza— si en compensación Urquiza dejaba librado a su suerte al interior del país y al gauchaje frente a los patacones y los batallones de Buenos Aires. En última instancia, Urquiza y los estancieros entrerrianos deseaban para el país el mismo destino que sus colegas bonaerenses, aunque les sugería que más valía contentarse con el papel de segundones que arriesgarse a perder demasiado en una lucha a muerte que, desde su punto de vista, no tenía objeto, ya que el dominio nacional de la oligarquía porteña no podía afectar la buena marcha de sus negocios, ni intentar arruinarlos como hizo Rosas con el monopolio de la navegación de los ríos. Que los paisanos del Interior hambreados por la competencia que entraba por el puerto de Buenos Aires fueran pasados a cuchillo por la oligarquía porteña para que no perturbaran sus acuerdos con el capital extranjero era cosa que no podía preocupar demasiado a los ganaderos entrerrianos, tanto más cuanto que ellos también opinaban que más le valdría al país concentrar toda su población en el Litoral y dedicarla a apacentar vacas abandonando el resto a la providencia. Urquiza sabía todo esto, y de ahí su política conciliadora y su claudicación final frente a la oligarquía porteña, que de inmediato lo aceptó como socio menor en el gobierno sobre el resto del país. Sobre la base de las nuevas condiciones creadas por Caseros Urquiza aceptó mantener con la oligarquía porteña, bajo Mitre, un tipo de relación similar al que tenía con ella bajo Rosas, como estrella de segunda magnitud en la constelación oligárquica que dominaba al país. Urquiza había sido nacionalista en tanto que gran estanciero capitalista competidor de los estancieros y la burguesía comercial porteña, pero era aliado de Buenos Aires y proclive a asociarse con su oligarquía, contra el Interior y el gauchaje, en tanto que gran estanciero a secas, ansioso por acumular capital y barrer los obstáculos que se oponían a su acumulación. Su claudicación ante Buenos

Aires estaba en el orden natural de las cosas, y así lo observó Alberdi, que dio una descripción acabada del aspecto personal de esta política aunque sin determinar su base clasista. «¿Para qué ha dado Urquiza tres batallas? Caseros para ganar la presidencia. Cepeda para ganar una fortuna, Pavón para asegurarla. Acaba su vida como la empezó, por ser satélite de Buenos Aires. En Caseros derrocó al ascendiente tiránico de Buenos Aires sobre las provincias. Ese es el mérito de su victoria, no la caída de un hombre. En 10 años se lo ha devuelto todo y duplicado cuanto le quitó en 1852. Representó el nacionalismo argentino: hoy es el brazo zurdo del localismo de Buenos Aires contra la República Argentina. Se puede decir, según esto, que hay dos Urquizas; el que ha hecho Dios, que es el entrerriano, y el que ha hecho a medias su propia avaricia y la avaricia de sus cómplices de Buenos Aires; este es el Urquiza porteño; el Urquiza hechizo, extraoficial, fruto de la política grande de Mitre, que ha consistido en lograr que el falso Urquiza mate al Urquiza natural; que el Urquiza porteño mate al Urquiza entrerriano, con lo cual mueren los dos en beneficio de Buenos Aires y en daño de las provincias» (Póstumos, V, 268-69). La claudicación de Urquiza dejó sin eje principal al frente nacional que agrupado en la Confederación Argentina había resistido los manejos de la oligarquía porteña. Las provincias interiores nada podían contra Buenos Aires, porque carecían de puerto y de producciones capaces de resistir siquiera fuera por un tiempo el poderío de la aduana bonaerense. «Las provincias interiores —decía Alberdi— son nada, son mera entidad nominal, poder en el nombre. El verdadero poder, el centro de vida y de acción dirigente en la República Argentina está en las cuatro provincias litorales. Son el proscenio de nuestro gran teatro; allí se desempeña el drama. El resto del país es platea que ve, oye, aplaude o silba» (Cartas a Gutiérrez, 64). «Entre Ríos, provincia dotada de más puertos que Buenos Aires, no está en el caso de Córdoba ni La Rioja, provincias mediterráneas, sin aduanas exteriores, sin rentas, sin rédito sin poder». Sin el apoyo de Urquiza, ¿qué podía hacer el Interior frente a Buenos Aires, que disponía de «capital, puerto, aduana, tesoro, crédito, banco, papel moneda, poder total de la nación» (Póstumos, V, 287).

Librado a su suerte, el Interior estaba condenado a sufrir la aplanadora porteña, auxiliada por los núcleos oligárquicos locales que se acoplaban al tren victorioso del liberalismo mitrista financiado por el comercio de Buenos Aires. Y es sintomático que hasta último momento los montoneros del Interior que resistían con el apoyo de las poblaciones locales al ejército de línea porteño, combatían sin ilusiones de obtener por sí la victoria, confiados sólo en que su resistencia permitiría la insurrección de Urquiza. Pero no habría tal insurrección. Los ganaderos entrerrianos querían hacer sus negocios nada más, y la oligarquía porteña podía realizar sin tropiezos por el lado de Entre Ríos la pacificación del país.

## El Mitrismo Declara la Guerra a las Provincias Interiores

¿Pacificación? Es una forma de decir. Con menos delicadeza y mayor exactitud podría decirse carnicería sistemática. «Una cacería de hombres en la que se persiguió como a perros rabiosos a todos los elementos que se consideró podían estorbar la política de Buenos Aires» (Vera, II, 156). Vencida la Confederación por la traición urquicista, todo el país era opuesto al gobierno porteño de Mitre y muy particularmente las provincias del noroeste, donde mayor era la miseria causada por la competencia de las mercancías que aflúan desde el puerto de Buenos Aires y contra las cuales, abolidas las aduanas interiores, no había defensa ninguna. Sólo algunos reducidos núcleos oligárquicos se habían puesto al servicio del partido liberal, instrumento triunfante de la oligarquía porteña, según las conveniencias de Mitre y con el objeto de asegurarle a este la elección para presidente de la Nación. Y la única forma de que se apoderasen de los gobiernos provinciales era respaldarlos con ejércitos porteños que aplastasen las resistencias locales, extremadamente fuertes por parte de las masas populares. Vencedor en Pavón, Mitre explica su plan a los colegas de Buenos Aires; «Para ponernos en condiciones de éxito (es decir, anotemos, de lograr la presidencia de la República) tenemos que pacificar Santa Fe y dominar en Córdoba primeramente, lo cual no es ya una empresa tan sencilla... Si una parte o la mayor parte de esos pueblos nos hostilizan debemos tratarlos como enemigos y, según lo que nos convenga, llevaremos o no la guerra a sus territorios» (Archivo, X, 23-4). Este austero demócrata no se detenía en detalles: que la oposición proviniese de la minoría o de la mayoría del país, igual había que pasarla por las armas. Ese era el liberalismo democrático de la oligarquía porteña en lucha contra la barbarie despótica de los caudillos... Las instrucciones (del 28-XI-61) al general Palmero eran precisas; "1º Marchará en dirección a Córdoba con las fuerzas de su mando, con el objeto de ocupar militarmente aquella provincia, apoyando los movimientos que ella efectúe o haya efectuado con tendencia a uniformar su política con la de Buenos Aires. 2º ... cuidando no mezclarse en los partidos internos con tal que ello no redunde en daño directo de la política que está encargado de sostener y hacer triunfar por las armas» (Ídem, 174). Recordemos que las operaciones no se dirigían contra el extranjero sino contra el propio país y para organizarlo liberal y democráticamente como mandaban Los Principios de la oligarquía porteña, que Mitre nunca traicionó.

En todas las provincias el ejército porteño derrocó a los gobiernos respaldados por la mayoría y los reemplazó con pequeños núcleos de las oligarquías locales sin otro respaldo que las bayonetas porteñas. Y los jefes de todas las divisiones que ocuparon a sangre y fuego las provincias eran extranjeros seleccionados con todo cuidado a fin de que a fuer de cisplatinos pudieran tratar, a los de esta otra orilla sin inhibiciones sentimentales. Flores, Paunero, Rivas, Sandes, Iseas y Arredondo, siniestros pacificadores a sueldo de la oligarquía porteña, eran todos uruguayos (Saldías, II, 191-2). El propio Paunero, jefe de la expedición, nos informa de la moral política de estos civilizadores en carta a Mitre de marzo 20, 1862: «¿Sabe Ud. que me estoy volviendo ambicioso?

Apetezco descansar y para ello le pido a Ud. Que me haga nombrar diputado por Buenos Aires al Congreso» ( Archivo, XI, 57).

La impopularidad de los gobiernos impuestos por los ejércitos de la oligarquía porteña era total e irremediable. «Cuando en Córdoba se tuvo la noticia de la aproximación de las tropas de Buenos Aires, varios elementos adictos a Mitre declararon destituidas las autoridades de la provincia ocupando sus puestos y proclamando su adhesión a Mitre. Pero como en Buenos Aires se afirmase que no era necesario enviar fuerzas a Córdoba para sostener el nuevo gobierno, porque el pueblo lo respaldaba, el general Paunero escribió al ministro de Guerra una carta en la que afirmaba que si las tropas de Buenos Aires llegasen a tardar 8 días se lleva el diablo a la revolución, que pudo sostenerse sólo gracias a los soldados porteños» (Vera, II, 154). Poco después el gobernador de Córdoba impuesto por las bayonetas de Mitre se siente disconforme de la conducta del general Paunero y le pide a Mitre que lo retire de Córdoba, pero aclara: «Hablo, señor, del general Paunero y únicamente del general Paunero, pues lejos de desear que las fuerzas de Buenos Aires permanezcan en ésta, creo y deseo que hoy más que nunca es conveniente la presencia aquí de un cuerpo de tropas» (Archivo, X, 211). En todas las provincias ocurría lo mismo. Los gobiernos liberales impuestos por bayonetas porteñas igualmente liberales eran calurosamente repudiados por la población. En San Juan, según le escribía Sarmiento a Mitre a fines de 1861, el gobierno impuesto por Mitre era «impopular porque es liberal y decente» (Archivo, XII, 92), tan liberal que comenzaba por apoyarse en bayonetas contra los deseos de la mayoría del pueblo... Y así en todas partes. En 1862 el coronel Rivas, jefe de una de las guardias pretorianas enviadas por Mitre al Interior, le escribía al incorruptible defensor de los principios portuarios: «Es muy original lo que pasa con los gobiernos de estas provincias: cada uno de ellos quiere un batallón de Buenos Aires para sostenerse, pues de lo contrario no se creen seguros; no se dónde está el partido liberal con que contaban para derribar a sus opresores. Puedo asegurarle que si no viene la columna de Buenos Aires al Interior, jamás se hubieran liberado estos pueblos de sus caciques» (Archivo, XI, 261-63). Al sargentón mitrista no se le ocurría que estos pueblos no tenían el menor deseo de liberarse de sus caciques, como despectivamente denomina a los caudillos oligárquicos del Interior que contaban con el respaldo popular, a diferencia de los minúsculos grupitos oligárquicos llamados liberales que vivían prendidos a la bota de los procónsules mitristas. Pese a todo esto, Mitre afirmaba con ese desprecio por la verdad que le era peculiar, que todo el país se adhería a la política de Buenos Aires decididamente y por movimientos irresistibles y espontáneos de los pueblos» (Archivo, X, 67). ¿Quién dijo que hay que derrumbar las estatuas de Mitre? Todavía falta levantar una a su cinismo, que era apoteósico. El movimiento espontáneo de los pueblos era de resistencia a los ejércitos de la oligarquía porteña y de apoyo a sus caudillos. Rivas se lo decía a Mitre: «Este país con rarísimas excepciones es nuestro enemigo, ni se nos presenta un solo hombre ni encontramos a nadie; el que no está con Peñaloza anda huyendo por las sierras y bosques. No hay un solo caballo que tomar» (Vedia y Mitre, Unidad, 532). En cambio, Peñaloza, vencido completamente en una batalla, en pocos días reúne mil hombres y recupera la caballada (Ídem, 531). Toda la población lo apoyaba.

Según Mitre la guerra contra las provincias —contra la mayoría de la Nación— habría de decidir el siguiente problema: «Quién ha de gobernar. ¿Los más capaces? ¿O los más bestias? Hoy la cuestión se presenta todavía más de bulto. ¿Debemos ser gobernados por leyes y principios? ¿Debemos ser gobernados a lanza seca, según el sistema de Saa?» (citado por Vedia y Mitre, *Unidad*, 471). El triunfo de Buenos Aires permitió que el país fuera gobernado por los agentes liberomitristas de la oligarquía porteña, es decir, por el conjunto de políticos más inescrupulosos y capaces de convertirse en bestias para aplastar a la mayoría del país con que se contaba por entonces en estas latitudes. Permitió, además, que la República Argentina pasara a ser gobernada de acuerdo a las leyes y los principios de la oligarquía portuaria y apacentadora de vacas, que le permitían aplastar a la mayoría del país a plomo y bayoneta tan luego como se menease obstaculizando los planes del mitrismo. En Cañada de Gómez la oposición santafesina a Buenos Aires fue científicamente convencida a lanza seca por los agentes de Mitre, con elocuencia tan liberal que el general uruguayo que dirigió la acción «no quiere decir detalladamente lo que ha pasado», según manifestación del ministro de Guerra de Mitre (Saldías, II, 182). Y la cuenta no termina aquí. Bartolomé Mitre, prócer del liberalismo de la oligarquía porteña ascendió a la presidencia de la República degollando a todos sus opositores del Interior del país. Así la República Argentina quedó pacificada a entera satisfacción de los Anchorena, de Baring Brothers, sus socios menores y los pretorianos de Mitre y su partido liberal.

## Los Ganaderos Entrerrianos Tenían Horizontes tan Pobres como sus Colegas Porteños

En su lucha contra la oligarquía porteña, la Confederación contaba indudablemente con el apoyo de la mayoría de la Nación. Pero ya es hora de advertir que el sector dirigente opuesto al frente porteño, es decir, los estancieros entrerrianos capitaneados por Urquiza, y sus aliados del Litoral, tenían fijados para el país los mismos objetivos que la oligarquía porteña, divergiendo con ésta sólo en cuanto al elenco que había de desarrollar la política de progresiva simbiosis con el capitalismo europeo. El sector más poderoso de la Confederación era nacional en el sentido de que contaba con el apoyo de la mayoría de la Nación y quería poner a disposición de todo el país los beneficios de la aduana, que la oligarquía porteña se había venido reservando para sí, pero ese sector vendía sus productos en el mercado mundial y cualquier idea de proteccionismo industrial o independencia económica le era tan extraña como a la oligarquía porteña. Baste decir que a Urquiza pertenece la siguiente opinión que la oligarquía porteña hubiera compartido —sin vacilar: "Escasa y diseminada sobre una superficie de más de 25 mil leguas cuadradas, nuestra población forma las provincias como átomos sin cohesión ni gran valor social, que sobrenadan en ese inmenso espacio. Toda la población de la República Argentina estaría económicamente mejor colocada en cualquier porción de las provincias litorales. Sus fuerzas físicas, su energía moral, su bienestar presente serían indudablemente mejor consultados» (Urquiza, *Mensaje al Congreso de 1854*).

Por otra parte si los banqueros ingleses apoyaban a la oligarquía porteña contra la Confederación, no se debía a que los estancieros entrerrianos fuesen reacios a abrir las puertas del país al capital extranjero. Al menos, hicieron lo posible por demostrar lo contrario con concesiones fabulosas, como la siguiente, incluida en el artículo 7º del decreto de la Confederación para la construcción del ferrocarril trasandino de Paraná a Santiago de Chile: «Si el gobierno inglés o francés quiere patrocinar la construcción de este camino, el gobierno está dispuesto a extender las cláusulas del tratado de libre navegación a toda la extensión del camino en el territorio argentino, y considerarlo como una vía de comunicación internacional cuya protección pertenecerá a las fuerzas de todas las partes contratantes» (Victorica, 107). Es decir, se convertía una buena tajada del territorio argentino en tierra de nadie controlada por soldados extranjeros. Como se ve, en este terreno Urquiza no le cedía un milímetro de ventaja a Mitre y hasta lo superaba. Y para combatir el apoyo británico a Buenos Aires Alberdi proponía remedios que eran, por lo menos, tan malos como la enfermedad. «En seguida pasaré a Londres para ocuparme de las negociaciones financieras. Sé que tendremos que «luchar con la parcialidad apasionada de los tenedores de bonos de Buenos Aires. El mejor, el único medio de arrancarles el monopolio de la influencia inglesa en los negocios del Plata, es crear en la Confederación nuevos intereses ingleses, rivales de los que existen en Buenos Aires. Esto se puede obtener grandemente por la negociación de un fuerte empréstito, que nos sirva al mismo tiempo para desenvolver y fomentar otros intereses ingleses en las provincias» (Póstumos, XIV, 391). La base de clases de la Confederación no daba para una política más nacional que esa, consistente en hacerle concesiones a un grupo imperialista para combatir a otro y, en conjunto, ligar al capital extranjero, desde el vamos, todo el desarrollo de la economía nacional. La Confederación tenía una base más popular que la de la oligarquía porteña, pero en el terreno económico su política conducía a los mismos resultados que los de su gran rival, con la diferencia de que sus beneficios no los concentraba en Buenos Aires sino que los hacía llegar hasta los ganaderos y el comercio del litoral. Si la Confederación hubiera triunfado podría haber destruido el poder militar de la oligarquía platense, pero no su base económica —a menos que Urquiza, celoso guardián de la propiedad estanciera, hubiera expropiado estancias y estatizado el comercio—, lo que es tan inconcebible como un sapo con barba. Sin lo cual, a la larga, la oligarquía porteña hubiera retomado el poder y, por el peso de sus intereses capitalistas, que en este punto coincidían con los del Litoral, hubiera afirmado su política de amplias concesiones al capital extranjero y de degollina de todos los intereses que se negaran a aceptar la definitiva estructuración del país en base al intercambio de servicios entre los ganaderos y comerciantes del Litoral —los de Buenos Aires a la cabeza— con el capitalismo inglés. Dentro del país no existían clases capaces de imprimir otra orientación a la evolución nacional.

Y los caudillos del Interior, ¿no podían dar una solución nacional a los problemas del desarrollo del país? Para Mitre, que tenía por las masas de su país el mismo desprecio resentido que exhibían los generales franceses contra las tribus africanas que no se dejaban «pacificar», afirmaba del territorio dominado por los caudillos que era «una cueva de ladrones que amenaza a los vecinos» y contra el cual correspondía llevar no una guerra civil sino una "guerra de policía" (Vedia y Mitre, *Unidad*, 534). Todo esto era, desde luego, una

infamia. Las comunicaciones que Mitre recibía de sus generales a cargo de la pacificación carnícera indicaban, con toda claridad que los caudillos no eran «ladrones». Paunero le escribía:

«Es tan difícil conseguir eso (derrotar a Peñaloza) que estamos de acuerdo con Paz en indultarlo... Si Peñaloza compromete su palabra, es seguro que la cumplirá» (Archivo, XI, 61). Y poco después: «De hoy a mañana espero al doctor Vedoya, a quien es casi probable que haga pasar a Buenos Aires para que le instruya a Vd. de palabra de muchas circunstancias que él se reserva. Vd. verá que tanto Vedoya como Rivas han quedado prendados del Chacho, a punto que aseguran que es el único y mejor elemento de orden que allí se presenta. Vd. recordará que hace tiempo lo he pensado así» (ídem, 111). Y una semana después: «Veo que le preocupa que en el arreglo hecho con Peñaloza se consienta en que quede en la Rioja, encargado de pacificarla. Crea Vd. que no ha podido ser de otra manera... yo pregunto: ¿quién contiene las bandas de llanistas que unidas a las montoneras de La Rioja se levantarían como por encanto o más bien, seguirían en el estado en que quedaron al terminar la guerra? Crea Vd. una verdad; nuestros amigos son incapaces de conservar el orden en La Rioja sin la cooperación del Chacho; es una triste verdad que es necesario no dudar. Ahí va Vedoya que le dará a Vd. cuenta minuciosa de aquello que él ha tocado y palpado. Rivas lo conoce al punto que tiembla de tener que hacer nuevas correrías en los Llanos. Por otra parte, Vedoya, Rivas y todos se pelean con cuantos les dicen que Peñaloza puede ni remotamente faltar a sus compromisos, y que cualquiera que sea la posición que ocupe es incapaz de abusar de ella para maltratar a nuestros amigos, quiénes con el Chacho más bien que solos están llamados a ejercer la preponderancia que está reservada a la parte inteligente de la sociedad» (ídem, 118). Y Rivas por su parte le comunicaba a Mitre: «Esta gente tiene una especie de adoración por Peñaloza. He tenido el honor de conocerlo y he estado dos días con él y sus forajidos y he podido penetrarme de esa verdad. Sin tener la pretensión de darle consejos, permítame, señor, que le diga que la única garantía de orden y tranquilidad en el interior es Peñaloza; sin él nadie se moverá. No crea que la influencia de Peñaloza se reduce a esta provincia; todas las demás circunvecinas es lo mismo, y de todas ellas le claman porque vaya. En el interior nadie puede con este hombre; el solo cambia todos los gobiernos porque las masas no siguen sino a él» (ídem, 261-63).

La decadencia irreversible de la economía provinciana del Interior, completamente arruinadas sus industrias domésticas por la competencia extranjera, y carentes de otras actividades productivas y sin mayores posibilidades de emigración hacia el Litoral, creaba y recreaba continuamente las montoneras. Pelear era la única ocupación que les quedaba, y eso hacían. El caudillo, que los conducía eficazmente a la batalla y por su posición económica relativamente desahogada podía protegerlos, era desde luego el eje de toda la organización política de esas poblaciones desarraigadas y azotadas por fuerzas que no podían dominar o enfrentar eficazmente, como que se originaban en el mercado mundial, esa divinidad moderna manejada entonces por Londres. «La residencia de Peñaloza era el bosque de Guaja, donde tenía su buena casa y sus estancias. Su casa habitación era un pequeño campamento, pero la mayor población era, puede decirse, población flotante, que se componía de gente que acudía allí de toda la

provincia de la Rioja y aún de las provincias vecinas, y que hacían de Peñaloza el verdadero gobernador de la Provincia» (Zinny, IV, 276). El tipo de guerra que hacía Peñaloza emanaba directamente de esta realidad. «No sé, señor —le escribía Arredondo a Paunero— de qué palabras valirme para hacerle una descripción que pinte con bastante verdad la provincia de La Rioja y temo parecer exagerado. Bástele, señor, saber que aquí no han conocido nunca un médico y que la mujer del ex gobernador es oída como un oráculo, porque es la única «médica» que hay en La Rioja toda. Después que he visto La Rioja, atravesando parte de sus inmensos desiertos llenos de escondites y he podido palpar su inmensa pobreza y el atraso de sus habitantes, he recordado lo razonable que era lo que una vez vi en carta de V. S. al coronel Paz: «que ganaríamos con garantizar a Peñaloza y aún pagarlo porque se fuera». Perseguir al Chacho con fuerzas organizadas es lo mismo que tratar de agarrar una sombra. Dispone de chusmas informes, que se desvanecen como el humo, y se reúnen luego, detrás de un bosquecillo o de un montón de piedras, desvastando todo cuanto encuentran a su paso» (Carta de abril 3, 1862, en Mariano Paunero, pág. 16).

### Atraso con Apoyo Popular o «Progreso» tras el Carro de la Oligarquía y el Imperialismo

Desde luego, los caudillos eran populares, es decir, contaban con el apoyo combativo de las masas provincianas. Cuando la oligarquía porteña los acusaba de ladrones o bandoleros no hacía más que destilar su odio inveterado por las masas trabajadoras y los políticos que, aun proviniendo de las oligarquías menores del Interior, debían ponerse a su frente para resistir el avance aplanador que subía desde Buenos Aires. Pero, con decir esto no ganamos mucho en comprensión de lo que significó ese drama del aplastamiento a ultranza de las resistencias populares del Interior. Preciso es señalar de inmediato, para no convertir la historia en evocación romántica en torno al nunca desmentido valor y abnegación de las montoneras y sus caudillos, que ese movimiento popular de resistencia a la oligarquía porteña no tenía absolutamente ningún porvenir, porque carecía de contenido social progresivo, es decir, no aportaba la posibilidad de ningún orden social nuevo, y era la defensa moribunda de una estructura social sin posibilidades de evolución ascendente.

La oligarquía del Plata aportaba al país una estructuración capitalista orientada hacia el mercado mundial en función de semicolonias que era regresiva en relación a la estructuración capitalista industrial, pero innegablemente progresiva en relación a la lánguida economía casera —artesanal— del Interior, como que aportaba ferrocarriles, energía, algunas industrias proclives al mercado mundial y otros elementos de la civilización industrial que fatalmente, independientemente de los deseos de quienes los introdujeran, y aunque durante una etapa histórica sirvieran para engrillar al país, al cabo habrían de ser los fundamentos de su emancipación. Esta política de la oligarquía porteña elevaba la economía nacional a una etapa superior en la cual a las masas que integraban las montoneras habría de tocarles la peor parte; y esas masas lo intuían, por eso se aferraban a lo que tenían y combatían a la oligarquía litoral. Desde luego, la política de esta clase, pese a todas

sus declamaciones liberales, no podía ser democrática, porque ello hubiera exigido acatar la voluntad de la mayoría del país, y la mayoría del país no quería esa estructuración capitalista «civilizada» —en sentido capitalista— que la oligarquía bonaerense imponía. Por eso la política del mitrismo fue oligárquica, antidemocrática, basada en las bayonetas y el oro contra la voluntad desarmada de las grandes masas pobres del país. Y uno de los aspectos históricamente progresivos —aunque por una larga etapa sus consecuencias fueran sumamente penosas para las masas— era la neta diferenciación social de las clases en todo el país, que rompería la amorfa relación entre las clases vigentes bajo el paternalista dominio del caudillo que sentado en el suelo reparte justicia entre sus montoneros y paisanos. Este sistema patriarcal, esta falta de clara diferenciación y antagonismos entre las clases era a la vez consecuencia y causa perpetuadora del atraso de la economía del Interior, y las bayonetas mitristas, al destruir esa situación, introducían —con los peores resultados para las masas— un elemento dinámico en esa economía estancada.

¿Podían las fuerzas de clase acaudilladas por el Chacho haber aportado una política que llevase al país hacia adelante sin aplastar a las masas ni entregarlo al capital extranjero, como la oligarquía porteña? Por cierto que no. Esas fuerzas tendían a mantener el statu quo, no a cambiarlo. Pero ni siquiera para esto tenían fuerza suficiente, de modo que debían apoyar a los estancieros del Litoral quienes sin embargo tenían en lo esencial una política paralela a la de la oligarquía porteña, como que también ellos aspiraban a darle al país una estructura capitalista semicolonial. Las montoneras del Interior sin embargo vivían pendientes de Urquiza — «teniéndose entre los gauchos por artículo de fe que Urquiza está fuerte y pasó, pasa o pasará con 40.000 hombres a este lado», escribía Sarmiento (carta a Mitre, 12-3-62, Archivo, XII, 101)- y esto basta para precisar su trágica impotencia histórica y su inevitable derrota a manos de la oligarquía metropolitana, el factor capitalista más poderoso y dinámico existente en el país. Que sin embargo, recordémoslo bien, no era democrático y era progresivo sólo en cuanto aportaba algunos escasos elementos de la civilización industrial, con cuenta gotas y para beneficiar en primer término al capital extranjero y en segundo término a la oligarquía porteña y sus socias menores del resto del país, con entera desidia por la creación de los cimientos de una gran nación. Si bien las montoneras representaban el pasado estancado y que ya no daba más de sí, la oligarquía del Plata era lo menos progresista y lo más reaccionaria, lo menos nacional y lo más antinacional que podía ser una clase de productores para el mercado mundial y de intermediarios de la industria europea. El país seguía careciendo de una clase moderna vinculada a la producción y proyectada sobre el mercado interno, que rompiera el círculo vicioso producido por el retraso histórico del país cuyos polos opuestos y equivalentes eran: el atraso estancado con apoyo de masas de las montoneras riojanas, y el progreso con cuentagotas contra las masas, de la oligarquía porteña enfeudada a Inglaterra.

## LA GUERRA DE LA TRIPLE INFAMIA El Último foco Rebelde Ante la Oligarquía Porteña

La destrucción de la Confederación Argentina, por deserción de Urquiza y el fusilamiento masivo de las montoneras del Interior, aseguró la soberanía de la oligarquía metropolitana sobre todo el país. Aunque, solo a medias. Paraná arriba, existía un Estado que reunía contra la oligarquía porteña todos los antagonismos de los productores del Litoral y el de las provincias interiores, pero sin la debilidad de estas ni la posibilidad de acuerdos de aquéllos. Era el Paraguay. «Su actitud hacia Buenos Aires es la de las provincias argentinas siempre que no han estado vencidas por las armas, como en Pavón. El interés de Paraguay no es menos opuesto que el de las provincias a la aspiración de Buenos Aires de monopolizar el tráfico de los países litorales interiores» (Alberdi, Póstumos, V, 123).

La guerra contra el Paraguay fue la continuación lógica y la última etapa de la guerra de la oligarquía mitrista contra el Litoral y las provincias interiores argentinas, en un doble sentido. Desde luego, porque la potencia económica del Estado paraguayo chocaba desde los más viejos tiempos con el monopolio aduanero y portuario de Buenos Aires, dificultando su dominio indisputado sobre todo el litoral, y constituyendo un foco constante de atracción y reagrupamiento para las derrotadas provincias interiores e incluso para los claudicantes estancieros del Litoral en sus momentos de conflicto con sus colegas y rivales de Buenos Aires. Recién suprimido este foco la "pacificación mitrista" podía considerarse acabada. Pero además el asalto contra Paraguay se derivó de la guerra porteña contra el resto del país en el sentido de que desde aquel golpe mazorquero liberal del 11 de Setiembre del 52 contra Urquiza hasta la victoria mitrista en Pavón, para sostenerse contra la Confederación, la oligarquía bonaerense había entrado en el juego del Imperio brasileño tendiente a fragmentar el país, contrayendo compromisos que la situaban en la zona del Plata como aliada del Brasil, lo cual significaba enemiga del Paraguay. Por esa razón, en el momento en que los dueños de esclavos del Brasil lanzasen su látigo sobre Paraguay la oligarquía porteña estaba comprometida a apoyar en un grado u otro la aventura imperial del lamentable imperio de opereta, retribuyendo así los favores recibidos. Independientemente de los compromisos brasileños, la oligarquía porteña tenía sus muy buenas y urgentes razones para destrozar al Paraguay y llevarle una guerra por su cuenta, de modo que la guerra de la triple infamia no se hizo simplemente por cuenta del Brasil, pero fueron esos compromisos los que dieron a la oligarquía porteña y especialmente a la política mitrista su carácter de notorio servilismo ante la política brasileña.

### Origen del Aislamiento Paraguayo

¿Qué era aquel Paraguay que los soldados de nuestro estratega del desastre y del Emperador del látigo demolieron con una minuciosidad que el mismo Hitler no logró hacer con ningún pueblo? La Escuela histórica para pobres mentales que sigue las huellas de Mitre ha encontrado en la influencia de las Misiones jesuíticas el origen de los primeros



hilos de la supuesta telaraña de anacronismo vitalicio que envuelve al pueblo paraguayo. Por razones inversas, los seminaristas de la pía escuela histórica que se inspira en Santo Tomás y Felipe V y que reivindica a don Juan Manuel de Rosas, entiende que el secreto del innegable progreso paraguayo hasta su destrucción por los compadres porteño-fluminenses obedece a la bienaventurada influencia de los jesuitas. Como siempre, estas interpretaciones abstractamente ideológicas no guardan la menor relación con la realidad y dejan de lado este pequeño detalle: la influencia jesuita estuvo confinada al extremo sudeste del territorio paraguayo a larga distancia de los núcleos de población española y criolla en base a los cuales se edificó el Paraguay, y que no sólo no recibió influencia ninguna de las misiones jesuitas sino que vivió en permanente hostilidad con ellos hasta que logró su expulsión. En realidad la particularísima evolución del Paraguay obedeció a factores bastante más materiales que la mística aura jesuita.

La Revolución de Mayo tenía dos objetivos; emancipar al país de España y someter todo el virreinato a Buenos Aires. En aquel tiempo Paraguay formaba parte del virreinato, y para cumplir el segundo objetivo marchó hacia el Paraguay la expedición de Belgrano. Resistiendo a Belgrano y derrotándolo, «Paraguay no resistió a la revolución ni persistió en ser colonia española. Dos hechos lo prueban; 1º) que a pesar de su gobernador español que quería ceder a Buenos Aires, el pueblo se opuso, y 2º) que luego que venció a Buenos Aires, removió a su jefe español, erigió al suyo propio y se proclamó independiente de Buenos Aires y de España, en 1811, cinco años antes del 9 de julio de 1816... Desconocida la autoridad local de Buenos Aires como autoridad del Paraguay, Buenos Aires no cesó de conspirar contra el gobierno que tomaba esa actitud, es decir, contra el gobierno del Dr. Francia. De ahí el aislamiento en que Francia buscó la seguridad, y de ahí la dictadura y sus rigores en que Francia procuró el orden interno y la paz del Paraguay. El mismo lo dijo a Robertson, que lo repite en su obra: «Antes que Buenos Aires hiciese su tratado con Inglaterra en 1825, el doctor Francia invitó a Sir Woodbine Parish a celebrar un tratado por el que pudiese Paraguay entrar en comercio libre con Gran Bretaña. El ministro inglés rehusó tratar con Paraguay, sin duda porque Buenos Aires "lo exigió como condición de su propio tratado» (Póstumos V, 114- 116). Pero este aislamiento político y económico obligó a la clase dominante del Paraguay integrada por medianos propietarios agrarios a levantar una economía defensiva, basado en el monopolio estatal de la propiedad del principal instrumento de producción —la tierra— y de la comercialización de los productos fundamentales de exportación, lo cual le permitió, pese a su pobreza en relación a Buenos Aires y pese a los tributos que el puerto único porteño le imponía, capitalizarse aceleradamente. No existía en Paraguay ninguna clase tan rica como los estancieros o la burguesía comercial porteña, pero sí un Estado que por su poderío económico y centralización política podía competir victoriosamente con aquellas clases capitalistas, las más poderosas y prósperas de América del Sur. En consecuencia, la sociedad paraguaya, pese a la dictadura estatal personalizada y de formas casi monárquicas, era un país democrático en este sentido: que frente al enorme poder del Estado —que no era un estado parásito, sino ligado íntimamente a la producción y la comercialización de la producción— todas las clases eran relativamente débiles e iguales. Pero todo esto no era más que una reacción defensiva frente al monopolio portuario de Buenos Aires. «Paraguay quiso

abrir comercio directo con Inglaterra en 1814: Buenos Aires lo estorbó. Lo intentó otra vez en 1825: lo estorbó otra vez Buenos Aires. Otro tanto pasó en 1842. Del gobierno que dio López al Paraguay es responsable Buenos Aires, como lo fue del de Francia. La semi-tiranía de López es una medida de defensa contra la pretensión que en 1842 renovó Buenos Aires de imponer su autoridad al Paraguay. Los monopolios y estancos de López son resultado del entredicho comercial y fluvial que Buenos Aires ha impuesto a Paraguay bajo Rosas. Su semiaislamiento tiene igual origen» (Póstumos, V, 123).

## Paraguay: Monopolio para el Desarrollo

Conviene entonces insistir en estos hechos fundamentales. Primero, desde comienzos de su independencia, Paraguay, gobernado por el doctor Francia, soñó con el desarrollo de un comercio paraguayo de ultramar, pero sus esfuerzos fueron quebrados por la encubierta hostilidad de Buenos Aires, contra cuya oposición nunca pudo hacer prevalecer su demanda de que se permitiera el paso de la producción paraguaya, libre de todo derecho y peaje intermediarios. En otros términos, reclamaba «la libertad del Río de la Plata y de sus grandes tributarios, el Paraná, el Uruguay y el Paraguay como vías internacionales» (Horton, 15). Segundo, fracasada esa política librecambista, lógica en una clase que producía para el mercado mundial, los productores paraguayos se orientan hacia un severo proteccionismo que colocando en manos del Estado la comercialización de la yerba primero y el tabaco después, los dos principales productos paraguayos, acentúa su evolución hasta desembocar «en algo que se aproximaba al monopolio del comercio exterior por el Estado» (Horton, 14). Tercero, ese monopolio capitaliza al Estado paraguayo, que tiende a disminuir su dependencia del mercado exterior que en cualquier momento la oligarquía porteña puede cortar cerrando su puerto a las exportaciones e importaciones paraguayas— diversificando su economía e iniciando un proceso de industrialización y asimilación de la civilización capitalista industrial bajo control del estado paraguayo. Hacia 1860 el gobierno paraguayo levanta astilleros y fábricas metalúrgicas, construye ferrocarriles y telégrafos, levanta escuelas primarias en cantidad y envía jóvenes a Europa para perfeccionarse, al tiempo que introduce en el país el estudio de matemáticas (Chávez). El Estado era el único gran capitalista del país. «Pertenece al Estado la mayor parte de las tierras del Paraguay y familias separadas las arrendaban del gobierno en pequeños lotes. La mayor parte de la propiedad rural —informaba el cónsul británico— es propiedad del Estado. Las mejores casas de la ciudad pertenecen al gobierno y este posee valiosas granjas de cría y agrícolas en todo el país» (Horton, 55). De modo que antes del asalto mitrista-brasileño era Paraguay la única nación de América Latina que, como decía Alberdi, «no tenía deuda pública extranjera, pero tenía ferrocarriles, telégrafos, arsenales, vapores construidos en ellos». Y esto pese a que las entradas del Paraguay no alcanzaban al millón de patacones, suma inferior a lo que producía en un año la aduana de Buenos Aires...» (Declaración del diputado Quintana, DSCDN, año 1868, 42). «El Paraguay no tiene deuda pública, no

porque le falta crédito sino porque le han bastado sus recursos mediante el buen precio con que los invierte» (Alberdi, Obras, VI, 342).

La prensa mitrista —por aquel entonces vocera indiscutida de la burguesía porteña— decía categóricamente en abril de 1865: «El Brasil representa la civilización y Paraguay la barbarie. El Paraguay es más bárbaro que la China» (Nación Argentina, abril 29, 1865). Conocemos ya cual era la "barbarie paraguaya, y pronto veremos cuál era la civilización brasileña, que se hacía escuchar con silbidos de látigo. Fijémonos en la analogía. Era Paraguay «la China de América». Las ineptas y taradas dinastías que manejaron China en el siglo XIX trataron por todos los medios de mantenerla aislada y cerrada ante la expansión del capitalismo industrial europeo. Paraguay intentó desde la hora cero de su independencia vincularse directamente al mercado mundial, y fue la liberal oligarquía porteña quién se lo impidió. Finalmente, las dinastías chinas vieron destruida a cañonazos su celeste aislamiento, y entonces se sometieron con ejemplar servilismo a las imposiciones del capital europeo, caracterizándose ante todo por su absoluta incapacidad para asimilar las conquistas del capitalismo industrial bajo el control de China y en beneficio de China. Asimilar la civilización o parte de la civilización industrial significó para China transformarse en una semicolonía infinitamente pisoteada y extrujada por las grandes potencias capitalistas. Paraguay, en cambio, en virtud del poderío capitalista de su estado y de la homogeneidad de su clase gobernante demostró inmediatamente que era capaz de asimilar la civilización industrial y orientarse hacia ella, pero bajo su control, sin perder su soberanía. Y con esto queda dicho que —salvando las enormes diferencias entre la estructura de clase de ambas sociedades— Paraguay, lejos de ser la China de América, era en todo caso el Japón de América Latina, dónde también el estado comercializaba en el exterior la producción nacional (Allen, 32) y empleaba los beneficios en el desarrollo de la economía nacional, al punto de que «apenas existía industria japonesa de tipo occidental en las últimas décadas del siglo XIX que no debiera su fundación a la iniciativa del Gobierno» (Allen, 35).

Y con eso queda dicho también que para contrariedad de los restauradores históricos del Ilustre Restaurador don Juan Manuel, la política paraguaya no era en nada «muy similar a la del Restaurador» (Palacio, II, 202). Al afirmar esto los rosistas no hacen más que comprobar que son tan capaces de mentir oficialmente como cualquier miembro de la Academia Argentina de la Historia. El incomparable don Juan Manuel, que trasplantaba al campo inglés el rancho y el cencerro pampeanos y prefería el arado de madera al arado de hierro, y además se oponía a la introducción del alambrado, reflejaba una etapa en la evolución de los estancieros porteños que fue muy capaz de asegurar el bienestar ganadero; pero ni con la fantasía miliunanochesca puede imaginarse a don Juan Manuel introduciendo fábricas metalúrgicas y enviando estudiantes a Europa para «agringarse». Menos concebible todavía era don Juan Manuel perjudicando a su primito y socio Anchorena y sus grandes amigos los comerciantes ingleses para declarar la exportación de cuero y carne y la importación de manufacturas monopolio del Estado. La política paraguaya no era «similar» a la de Rosas. Era su antítesis, como Palacio es la antítesis de la buena fe y aún de la inteligencia.

Con la impudicia que los caracteriza, los historiadores stalinistas —modestos parafraseadores del mitrismo histórico, en directa vinculación con su amor por el acuerdo con los herederos políticos de Mitre— han afirmado que «el Paraguay de los López, latifundista y feudal, era sobre la corteza terrestre un dique de contención de la burguesía, una supervivencia feudal que se oponía a la expansión mundial del capitalismo» (Puiggrós, Historia, 208). Hay aquí más errores que palabras. Ni latifundista ni feudal era Paraguay, ni se oponía a la expansión mundial del capitalismo, sino que procuraba asimilarse y controlar esa expansión en su beneficio, no en beneficio de la burguesía porteña o europea. Por eso su semejanza con Japón y su diferencia con China. Desde luego, si Paraguay era una supervivencia feudal que se oponía al progreso del capitalismo, aniquilar al Paraguay era progresivo y entonces la Guerra de la Triple Infamia fue históricamente progresiva, pese a sus horrores, porque aportaba un tipo superior de civilización a una nación que no sabía llegar a ella por sus medios. Pero no era este el caso.

Paraguay evolucionaba independientemente hacia la civilización capitalista industrial y la guerra porteño-carioca vino a cortar esa evolución progresiva para reemplazarla por la súbita asimilación al mercado financiero de Europa en calidad de misérrima semicolonía. Todo esto sin contar la mutilación de su territorio y la liquidación de casi toda su población masculina. Lejos de perpetuar el feudalismo, «Paraguay representa la civilización, pues pelea por la libertad de los ríos contra las tradiciones del monopolio colonial; por la emancipación de los países mediterráneos; por el noble principio de las nacionalidades; por el equilibrio, no sólo del Plata, sino de toda la América del Sur» (Alberdi, Obras, VI, 340 subrayado nuestro).

## Despotismo Progresivo y Democracia Colonial

Por cierto que el gobierno paraguayo era despótico y unipersonal, no «liberal» como el de Mitre\*. Pero entre el despotismo de López respaldado en la confianza de la mayoría de la población, y el liberalismo fullero de Mitre respaldado en las bayonetas del ejército de línea contra la voluntad de la mayoría de las provincias, la causa del progreso nacional estaba defendida por López, no por Mitre. Bajo la cáscara liberal del mitrismo se creaban las condiciones para la supeditación nacional al imperialismo mientras que bajo el despotismo Lopezista se desarrollaba un contenido que conducía al desarrollo autónomo y progresivo de la Nación. Alberdi lo advirtió y lo explicó con palabras de fresca actualidad en esta época en que los pueblos oprimidos se alzan victoriosamente contra el imperialismo mientras los asalariados de éste apoyan a la culta Inglaterra o a los democráticos e igualitarios Estados Unidos contra «los feudales» árabes o los «bárbaros asiáticos». «Gran argumento el de Buenos Aires —decía Alberdi— que el Paraguay no puede representar la causa de la civilización, porque está menos civilizado que sus adversarios. Concediendo que los aliados excediesen al Paraguay en cultura, tanto como España y Portugal superaban al Plata y al Brasil, en la época de su gran revolución de libertad, ¿no sería este hecho mismo un ejemplo americano de que la civilización puede a veces tener por soldados de su causa a los menos cultos? Con semejante argumento la causa de la revolución de América estaría por el suelo. Se sabe que la población más culta, la sociedad más ilustrada y distinguida del

Río de la Plata y del Brasil, a principios de este siglo, eran las gentes portuguesas y españolas que representaban la causa de los reyes extranjeros y de su dominación colonial en América... La defensa del oprobio de América superaba en cultura externa a la noble causa de su libertad" (Obras, VI, 392, subrayado nuestro).

Pero de todos modos, Paraguay no era menos sino más civilizado en el sentido industrial capitalista que Argentina y el Brasil. «¿Será la civilización el interés que lleva a los aliados al Paraguay? —preguntaba Alberdi. A este respecto sería lícito preguntar si la llevan o van a buscarla cuando se compara la condición de los beligerantes. No se trata de averiguar si el Paraguay está más o menos civilizado, sino si las provincias argentinas del Norte y las provincias brasileñas del Sudoeste, los más desheredados de estas dos ex colonias de España y Portugal, son los países llamados a llevar al Paraguay la civilización de Europa de la que ellos mismos tienen tantísima necesidad. Si es verdad que la civilización de este siglo tiene por emblemas las líneas de navegación por vapor, los telégrafos eléctricos, las fundiciones de metales, los astilleros y arsenales, los ferrocarriles, etc., los nuevos misioneros de civilización salidos de Santiago del Estero, Catamarca, La Rioja, San Juan, etc., etc., no sólo no tienen en su hogar esas piezas de civilización para llevar al Paraguay, sino que irían a conocerlas de vista por la primera vez en su vida en el país salvaje de su cruzada civilizadora» (Obras, VI, 390).

Con esto queda dicho que la guerra mitrista contra el Paraguay, si bien respondía a los mismos objetivos que la guerra contra el Litoral y las provincias interiores argentinas, se diferenciaba de ésta en un hecho fundamental. Las provincias interiores no tenían ninguna salida independiente que ofrecer a la sumisión a Buenos Aires, excepto sucumbir peleando. No podían aportar ninguna organización del país superior a la de la oligarquía porteña. El Litoral argentino, por su parte, ofrecía una organización que era en esencia similar a la que promovía Buenos Aires, con la diferencia de que su eje no hubiera sido la oligarquía porteña sino los estancieros del Litoral. Paraguay, en cambio, ofrecía una alternativa distinta a la de la oligarquía porteña y superior a ella, como que se basaba en el desarrollo autónomo de la economía nacional en base a todas las conquistas de la civilización europea, industrial y capitalista. Por eso la Guerra de la Triple Infamia es tan siniestramente reaccionaria.

### La Burguesía Portuaria Contra el Paraguay de López

El objetivo fundamental de la guerra mitrista contra el Paraguay era liquidar aquel foco que en cualquier momento podía aglutinar a las derrotadas provincias del Interior y a los estancieros del Litoral, no del todo decididos todavía a perder la supremacía lograda bajo la Confederación presidida por Urquiza. La oligarquía porteña no podía aceptar el morder el polvo ante aquel Paraguay en el que había encontrado desde los más viejos tiempos la más decidida e irreductible resistencia a su monopolio sobre el puerto de Buenos Aires, su aduana y los ríos interiores que afluían hacia él trayendo la producción del Litoral. «La política actual del general Mitre no tiene sentido común si se la busca únicamente por su lado exterior. Otro es el

aspecto en el que debe ser considerada. Su fin es completamente interior. No es el Paraguay, es la República Argentina. No es una nueva guerra exterior: es la vieja guerra civil ya conocida entre Buenos Aires y las Provincias argentinas, si no en las apariencias al menos en los intereses y miras positivas que la sustentan» (Obras, VI, 366).

Eso era, efectivamente, lo fundamental, y en ese sentido la guerra contra el Paraguay respondía a los intereses de la oligarquía porteña en su conjunto, vale decir, de los estancieros tanto como de la burguesía comercial. Pero la burguesía comercial porteña tenía además un interés específico en extender su influencia hasta el mercado paraguayo, rompiendo las barreras de su monopolio estatal y su rígida centralización política. El monopolio estatal del comercio exterior no perjudicaba sino que estimulaba el desarrollo del capitalismo paraguayo, pero impedía que ese desarrollo se hiciera ante todo en beneficio de la burguesía europea y de su socia menor rioplatense, la burguesía porteña. La guerra civilizadora era la forma de hincar el diente en el mercado paraguayo. En este objetivo la burguesía porteña contaba con el apoyo de los lamentables retoños de la burguesía comercial paraguaya, clase parásita que no tenía lugar, o lo tenía de sirvienta, en la economía paraguaya, orientada por el Estado hacia la producción estimulada por las ganancias del comercio exterior, que el Estado monopolizaba y distribuía entre toda la economía. La Nación Argentina de Mitre, que quería decir la burguesía portuaria, no se equivocaba en sus afirmaciones de que «todos los intereses del Río de la Plata y del comercio extranjero están en contra del dictador» porque «el comercio no verá abierto el importante mercado del Paraguay sino cuando López deje de ser el dictador de aquel desgraciado país» (marzo 25, 1865). Y haciéndosele agua la boca, proclamaba luego que «bien pronto ese país vedado al comercio va a cambiarse en una fuente inagotable de fortuna, así para los indígenas como para los extranjeros que vayan a establecer en él sus industrias» (23, abril, 1865). Casi 100 años después los indígenas todavía no se han recobrado, pero no hay duda que los capitales extranjeros han encontrado una fuente inagotable de fortuna... No es necesario ser excesivamente sagaz para advertir que aquel arrojado librecambismo de la Nación Argentina contra el monopolio estatal paraguayo «reflejaba la opinión de explotadores potenciales desbaratados» (Horton, 298), como afirma incluso un profesor inglés que, buen inglés, no puede disimular su ternura por Mitre. Como buen intérprete que era de la oligarquía porteña, Rosas se negó obstinadamente a reconocer la independencia del Paraguay, y trató de destruirla con igual empeño aunque con menos fortuna que Mitre, quién en este tiempo no fue más que el rosismo con otro nombre. Los rosistas contemporáneos critican furibundamente a Mitre por la guerra del Paraguay, pero sin embargo afirman que al rechazar siempre la independencia paraguaya Rosas procedió «lúcidamente» (Ramos, América, 120). Entonces habría que apoyar la guerra mitrista y reconocer que Mitre tenía razón cuando le hacía decir a su diario: «El artificio de la autonomía del Paraguay queda ahora a la vista. El es incompatible con las realidades de la vida política que lo rodean" (Nación Argentina, febrero 1, 1866). Esto es un ejemplo interesante de la robusta mala fe —¿o mera anémica bobería? de los rosistas, que apoyan la política de la oligarquía porteña cuando la ejecuta el católico Rosas y hasta la encuentran «lúcida», pero la combaten —en el papel— cuando la ejecuta el masón Mitre...

## Las Necesidades de Expansión del Imperio Esclavista de Brasil

Hemos dicho que Mitre entró en la guerra de la triple infamia no sólo por los intereses directos de la oligarquía porteña, sino también arrastrado —muy a su gusto, ciertamente— por los compromisos contraídos con el Imperio del Brasil. De modo que el análisis de la política mitrista ante el Paraguay se transforma en el análisis de los objetivos del carnavalesco y fúnebre Imperio del Brasil.

En general, puede afirmarse que a partir de la segunda década del siglo XIX «la monarquía brasileña no será más que un juguete en las manos de Inglaterra» (Caio Prado, citado por Bagú, 165), a tal punto predominaba en Brasil la diplomacia y el comercio ingleses. Como la diplomacia y el capital británicos también eran influyentes en Buenos Aires, aunque por aquel entonces mucho menos que en Brasil, se ha llegado a la fácil conclusión de que la guerra contra el Paraguay fue «tramada pacientemente en secreto por la diplomacia inglesa» (Scalabrini Ortiz en Qué, oct. 30, 1956). Explicación ésta que tiene la ventaja de suprimir la necesidad de indagar más hondo en la historia de la guerra paraguaya y la desventaja de ser falsa. Ni la monarquía coronada brasileña ni la oligarquía mitrista hicieron la guerra del Paraguay por encargo de Inglaterra, aunque al terminar la guerra el principal beneficiario de la destrucción del Paraguay y la miseria de sus vencedores fue el capital londinense. Porque si bien es cierto que el Brasil «tendía constantemente a ejecutar la política inglesa en el Río de la Plata» (Ramos, América, 122) no es menos cierto que las necesidades de sus clases dominantes impulsaban al Imperio no menos constantemente a anexarse al Uruguay, lo cual era la meta de todas sus esperanzas (Horton, 119). Esta política contrariaba directamente la posición británica, que no deseaba un Uruguay dependiente del Brasil ni de la Argentina, sino independiente de estos vecinos y controlado por Londres. La guerra del Paraguay se produce precisamente en una época en que las relaciones entre la monarquía brasileña e Inglaterra no eran cordiales, porque Inglaterra protegía la producción azucarera de sus colonias en detrimento de la producción brasileña y bloqueaba los puertos del Brasil para impedir la introducción de esclavos clandestinos a la oligarquía de plantadores brasileños —lo cual hundía a éstos y favorecía a los plantadores británicos con propiedades en las Antillas (Pereyra, 51; Besouchet, 81). Y la diplomacia británica actuó más bien en el sentido de frenar la ofensiva brasileña contra Paraguay que de impulsarla, porque el dominio brasileño sobre Paraguay y/o Uruguay era algo que al fortalecer al Brasil tendía a debilitar la influencia directa de Inglaterra en el Río de la Plata puesto que una vez implantada su soberanía completa sobre el Paraná y el Uruguay la monarquía brasileña hubiera sido mucho más esquivada a las imposiciones británicas (Horton, 38). La monarquía brasileña no actuaba por cuenta de Inglaterra contra el Paraguay; actuaba por cuenta propia, impulsada por causas internas del Brasil, no por presiones externas. La economía brasileña, sustentada en la producción de café y azúcar en base al trabajo de los esclavos, padecía la crisis de este sistema de producción, cada vez más costoso e ineficiente. La crisis era crónica hacia 1865, y como la única solución —que era liquidar la esclavitud— chocaba con los intereses de los plantadores, se buscaba una solución alternativa en la expansión territorial

a expensas de los vecinos, con tendencia a dominar toda la zona del Plata. En esto como en muchas otras cosas la monarquía aldeana de Brasil se parecía a la autocracia zarista y justificaba el calificativo de Rusia de América. Al igual que el zarismo trataba de remediar con la expansión territorial la insoluble crisis de un sistema de producción anacrónico que las clases privilegiadas se negaban a abandonar. De ahí el carácter extremadamente belicoso y provocativo de la política brasileña, que tuvo una discusión de límites con cada Estado sudamericano —excepto con Chile porque es el único con el que no tiene fronteras comunes. Y el principio central de todas esas discusiones era siempre el mismo e inmutable: adquirir más territorio por cualquier medio (Horton, 32). Alberdi describió el fenómeno y explicó su origen de clase: «los que hacen las leyes, los ministerios y los parlamentos en ese país son cabalmente los que mantienen ese estado de cosas (la permanente crisis económica brasileña) por cálculo de interés y de ganancia pecuniaria. El Brasil, en efecto, debe esa nueva plaga del hambre a la sed de ganancia de sus grandes propietarios, que son dueños de los 4/5 de su suelo.

En vez de consagrar una parte al cultivo de cereales y animales para la subsistencia de su población, lo destinan todo a la producción de azúcar, de tabaco, de café, que los enriquece a ellos a expensas del pueblo trabajador, que muere de hambre. Esa cultura de lujo para unos pocos y de ruina para la generalidad, hace al Brasil tributario en productos necesarios para su subsistencia ... He ahí lo que busca el Brasil en el Sud: carne, pan, aire para sus pulmones, vigor para sus fibras. Su Gobierno halla más cómodo conquistar los países vecinos para producir artículos necesarios a la alimentación del pueblo, que obligar a sus grandes propietarios a dejar la cultura que los enriquece, por otra más ventajosa para el pueblo, como se hizo en los estados del Sud en Norteamérica, para remediar un mal semejante. La democracia brasileña aprenderá un día a conocer ese remedio, y un sentimiento de dignidad acabará por persuadirla que sus enemigos no están fuera, sino dentro; que no lo son sus vecinos favorecidos por un cielo feliz, sino sus propias instituciones de repugnante desigualdad; y que bastará reformarlas en el sentido de las necesidades del pueblo más numeroso y más pobre para que el pueblo encuentre en su casa el pan que le obligan a quitar al extranjero. Por esa y otras aberraciones coloniales conservadas el Brasil no se atreve a introducir colonos europeos en la parte de su suelo capaz de recibirlos, porque ahí se reproduce un estado de cosas peor que el antiguo sistema feudal de Europa. No hay nobleza, pero hay ricos fidalgos, especie de señores feudales que hacen de ese país una federación de opresores y oprimidos» (Obras, VI, 316).

De este modo las necesidades de expansión territorial de la política exterior brasileña y de la política interior de la oligarquía porteña, contando con la complicidad usuraria de la banca y el comercio londinenses se pusieron de acuerdo en arrasar la independencia, la tierra y la población del Paraguay.

## La Primera Infamia: Invasión y «Revolución» en el Uruguay

El ataque contra el Paraguay comenzó en realidad por el ataque contra el último aliado que le quedaba en el Plata después de la derrota del Interior argentino y la neutralización del Litoral por el acuerdo de Urquiza con Mitre. Se trataba del gobierno uruguayo, por aquel entonces en manos del partido blanco, versión oriental del federalismo argentino. El Imperio brasileño y la oligarquía porteña coincidieron en aplastar a este gobierno como primer paso de la destrucción del Paraguay, y procedieron con métodos diversos, pero coincidentes: Brasil invadiendo el país por mar y tierra. Mitre armando una revolución encabezada por Venancio Flores, uno de los uruguayos que habían secundado a Mitre en su campaña de exterminio contra las masas del Interior argentino.

El propósito de la oligarquía porteña era sólo tener en Montevideo un gobierno aliado, pero los del Imperio brasileño resultaban más tangibles. El territorio uruguayo es algo así como una prolongación del Estado brasileño de Río Grande del Sur. Gran cantidad de estancieros brasileños se habían establecido en la zona del Uruguay lindante con aquel Estado y presionaban intensamente por la anexión al Brasil, del cual se sentían parte integrante, en perfecta armonía con los grandes terratenientes riograndenses, que además tenían otra excelente razón para desear apoderarse del Uruguay: era ese país hacia dónde se escapaban los esclavos de sus plantaciones en busca de libertad (Horton, 295). Fue con el pretexto de ofensas contra los intereses de esos terratenientes que la monarquía circense de Río de Janeiro invadió Uruguay como primer paso de su asalto al Paraguay, mientras la oligarquía porteña armaba una revolución contra el gobierno uruguayo. La monarquía brasileña era, en parte al menos, una monarquía de opereta; a su vez la oligarquía de Buenos Aires era de contextura aldeana y escasos horizontes municipales; pero preciso es reconocer que la operación contra el Uruguay —fase primera de su asalto al Paraguay— la efectuaron con hipocresía y brutalidad dignas de grandes potencias imperialistas.

En 1863 un enviado del gobierno uruguayo llega a Buenos Aires para advertir al gobierno argentino de los preparativos que hacía Flores para invadir Uruguay. Mitre, con su sinceridad habitual, contestó que si se le mostraban pruebas concluyentes de que Flores preparaba la invasión él «no vacilaría en internarlo en Azul, lejos de la costa» (Horton, 92). Al poco tiempo el gobierno oriental envía las pruebas, consistentes en cartas originales de Flores reclutando gente para la invasión, y entonces el austero patricio responde por boca de su ministro Elizalde que los preparativos de Flores ... no tenían ninguna posibilidad en el país (idem). Entretanto Flores organizaba mítines públicos, y un comité revolucionario se encargaba públicamente de reclutar personas para la invasión. Mitre seguía neutral. Y el día que Flores partió de Buenos Aires con su fuerza invasora a la vista y paciencia del público, con sus banderas desplegadas, Mitre continuó «neutral». Y cuando el gobierno uruguayo protestó, Mitre le hizo saber por boca de su ministro Elizalde que «el general Flores había prestado a la República servicios tan distinguidos que lo colocaban en la altura del más notable de sus conciudadanos. ... El general Flores no necesitaba salir del país a escondidas; él más que nadie podía salir no sólo libremente sino

rodeado de las consideraciones que la República le debía y que el gobierno se habría honrado en tributarle. Si el general Flores, al salir de este país, tenía la intención de ir a la República Oriental, no le tocaba en este caso al gobierno indagarlo ni impedirlo» (Horton, 96). Y a la protesta del gobierno uruguayo porque la Argentina se transforma en arsenal del invasor Flores, el ministro Elizalde responde que el gobierno uruguayo «no ignora que en la República es libre el comercio de armas, y que no podría impedirse se sacasen las que quieran exportarse» (Horton, 95). El tartufismo de este prócer mitrista que otrora tiraba briosamente del carro de Manuelita Rosas era la abierta confesión de que la oligarquía porteña estaba dispuesta a liquidar al gobierno uruguayo en complicidad con Flores... y el Brasil.

Para completar el ciclo, cuando el gobierno uruguayo, defendiendo sus costas confiscó un cargamento de armas destinadas a la revuelta que se transportaban en un barco argentino, el gobierno mitrista tomó represalias apoderándose de un buque de guerra uruguayo. El encargado de negocios británico en Buenos Aires no se equivocaba al comunicar que «todas las personas desapasionadas concuerdan en la creencia de que este gobierno ha prestado a Venancio Flores su ayuda clandestina, mientras que uno de sus miembros se cuidaba poco de ocultar sus simpatías y esperanzas por el éxito de la revolución» (Horton, 103).

Entretanto el Brasil se decidía a bombardear por mar e invadir por tierra al Uruguay, comprometiéndose a no atacar bajo ningún concepto a las fuerzas de Flores y a entregarle el gobierno de cada ciudad conquistada a este architraidor formado en la escuela mitrista (Horton, 163) que se comprometía a «atender las reclamaciones del gobierno imperial y darles condigna reparación» (idem, 235).

A expensas —claro está— de los intereses uruguayos. Cumpliendo este pacto, la flota brasileña comandada por Tamandare, almirante lacustre, bombardeó salvajemente a Paysandú reduciéndola a escombros y coronó su obra fusilando a Leandro Gómez, heroico jefe de la defensa de Paysandú que estaba prisionero «confiado al honor del Brasil» (Horton, 236) como dice un ingenuo profesor inglés que cree, o simula creer, en el honor de las monarquías esclavistas.

Impuesto en el gobierno del Uruguay por los cañones brasileños de Tamandare, Venancio Flores se comprometió a apoyar al Brasil en la guerra contra el Paraguay, que Paraguay había declarado al imperio esclavista en defensa del gobierno legítimo del Uruguay. «El abajo firmado -decía el documento que suscribió Flores- asegura por último al gobierno de S. M. el Emperador del Brasil, que la República Oriental prestará al Imperio toda la cooperación que esté a su alcance, considerando como un compromiso sagrado su alianza con el Brasil en la guerra declarada por el gobierno paraguayo, cuya ingerencia en las cuestiones internas de la República Oriental es una pretensión osada e injustificable» (Horton, 241). La pretensión osada e injustificable del Paraguay era haber acudido en apoyo del gobierno legítimo del Uruguay contra el Brasil, que invadía el Uruguay para colocar en su gobierno a un títere manejado desde Río de Janeiro... La confraternidad de acción entre Mitre y el Imperio era conmovedora, y Pimienta Bueno, figura central en la

## La Primera Infamia: Invasión y «Revolución» en el Uruguay

El ataque contra el Paraguay comenzó en realidad por el ataque contra el último aliado que le quedaba en el Plata después de la derrota del Interior argentino y la neutralización del Litoral por el acuerdo de Urquiza con Mitre. Se trataba del gobierno uruguayo, por aquel entonces en manos del partido blanco, versión oriental del federalismo argentino. El imperio brasileño y la oligarquía porteña coincidieron en aplastar a este gobierno como primer paso de la destrucción del Paraguay, y procedieron con métodos diversos, pero coincidentes: Brasil invadiendo el país por mar y tierra. Mitre armando una revolución encabezada por Venancio Flores, uno de los uruguayos que habían secundado a Mitre en su campaña de exterminio contra las masas del Interior argentino.

El propósito de la oligarquía porteña era sólo tener en Montevideo un gobierno aliado, pero los del Imperio brasileño resultaban más tangibles. El territorio uruguayo es algo así como una prolongación del Estado brasileño de Río Grande del Sur. Gran cantidad de estancieros brasileños se habían establecido en la zona del Uruguay lindante con aquel Estado y presionaban intensamente por la anexión al Brasil, del cual se sentían parte integrante, en perfecta armonía con los grandes terratenientes riograndenses, que además tenían otra excelente razón para desear apoderarse del Uruguay: era ese país hacia dónde se escapaban los esclavos de sus plantaciones en busca de libertad (Horton, 295). Fue con el pretexto de ofensas contra los intereses de esos terratenientes que la monarquía circense de Río de Janeiro invadió Uruguay como primer paso de su asalto al Paraguay, mientras la oligarquía porteña armaba una revolución contra el gobierno uruguayo. La monarquía brasileña era, en parte al menos, una monarquía de opereta; a su vez la oligarquía de Buenos Aires era de contextura aldeana y escasos horizontes municipales; pero preciso es reconocer que la operación contra el Uruguay —fase primera de su asalto al Paraguay— la efectuaron con hipocresía y brutalidad dignas de grandes potencias imperialistas.

En 1863 un enviado del gobierno uruguayo llega a Buenos Aires para advertir al gobierno argentino de los preparativos que hacía Flores para invadir Uruguay. Mitre, con su sinceridad habitual, contestó que si se le mostraban pruebas concluyentes de que Flores preparaba la invasión él «no vacilaría en internarlo en Azul, lejos de la costa» (Horton, 92). Al poco tiempo el gobierno oriental envía las pruebas, consistentes en cartas originales de Flores reclutando gente para la invasión, y entonces el austero patricio responde por boca de su ministro Elizalde que los preparativos de Flores ... no tenían ninguna posibilidad en el país (ídem). Entretanto Flores organizaba mitines públicos, y un comité revolucionario se encargaba públicamente de reclutar personas para la invasión. Mitre seguía neutral. Y el día que Flores partió de Buenos Aires con su fuerza invasora a la vista y paciencia del público, con sus banderas desplegadas, Mitre continuó «neutral». Y cuando el gobierno uruguayo protestó, Mitre le hizo saber por boca de su ministro Elizalde que «el general Flores había prestado a la República servicios tan distinguidos que lo colocaban en la altura del más notable de sus conciudadanos. ... El general Flores no necesitaba salir del país a escondidas; él más que nadie podía salir no sólo libremente sino

rodeado de las consideraciones que la República le debía y que el gobierno se habría honrado en tributarle. Si el general Flores, al salir de este país, tenía la intención de ir a la República Oriental, no le tocaba en este caso al gobierno indagarlo ni impedirlo» (Horton, 96). Y a la protesta del gobierno uruguayo porque la Argentina se transforma en arsenal del invasor Flores, el ministro Elizalde responde que el gobierno uruguayo «no ignora que en la República es libre el comercio de armas, y que no podría impedirse se sacasen las que quieran exportarse» (Horton, 95). El tartufismo de este prócer mitrista que otrora tiraba briosamente del carro de Manuelita Rosas, era la abierta confesión de que la oligarquía porteña estaba dispuesta a liquidar al gobierno uruguayo en complicidad con Flores... y el Brasil.

Para completar el ciclo, cuando el gobierno uruguayo, defendiendo sus costas confiscó un cargamento de armas destinadas a la revuelta que se transportaban en un barco argentino, el gobierno mitrista tomó represalias apoderándose de un buque de guerra uruguayo. El encargado de negocios británico en Buenos Aires no se equivocaba al comunicar que «todas las personas desapasionadas concuerdan en la creencia de que este gobierno ha prestado a Venancio Flores su ayuda clandestina, mientras que uno de sus miembros se cuidaba poco de ocultar sus simpatías y esperanzas por el éxito de la revolución» (Horton, 103).

Entretanto el Brasil se decidía a bombardear por mar e invadir por tierra al Uruguay, comprometiéndose a no atacar bajo ningún concepto a las fuerzas de Flores y a entregarle el gobierno de cada ciudad conquistada a este architraidor formado en la escuela mitrista (Horton, 163) que se comprometía a «atender las reclamaciones del gobierno imperial y darles condigna reparación» (ídem, 235).

A expensas —claro está— de los intereses uruguayos. Cumpliendo este pacto, la flota brasileña comandada por Tamandare, almirante lacustre, bombardeó salvajemente a Paysandú reduciéndola a escombros y coronó su obra fusilando a Leandro Gómez, heroico jefe de la defensa de Paysandú que estaba prisionero «confiado al honor del Brasil» (Horton, 236) como dice un ingenuo profesor inglés que cree, o simula creer, en el honor de las monarquías esclavistas.

Impuesto en el gobierno del Uruguay por los cañones brasileños de Tamandare, Venancio Flores se comprometió a apoyar al Brasil en la guerra contra el Paraguay, que Paraguay había declarado al imperio esclavista en defensa del gobierno legítimo del Uruguay. «El abajo firmado -decía el documento que suscribió Flores- asegura por último al gobierno de S. M. el Emperador del Brasil, que la República Oriental prestará al Imperio toda la cooperación que esté a su alcance, considerando como un compromiso sagrado su alianza con el Brasil en la guerra declarada por el gobierno paraguayo, cuya ingerencia en las cuestiones internas de la República Oriental es una pretensión osada e injustificable» (Horton, 241). La pretensión osada e injustificable del Paraguay era haber acudido en apoyo del gobierno legítimo del Uruguay contra el Brasil, que invadía el Uruguay para colocar en su gobierno a un títere manejado desde Río de Janeiro... La confraternidad de acción entre Mitre y el Imperio era conmovedora, y Pimienta Bueno, figura central en la

política del Imperio, la describía así en junio de 1865: «A principio del año pasado, cuando nuestras relaciones con el Estado Oriental ya estaban perturbadas, dióse un hecho sumamente importante. El general muy inteligente y muy simpático que dirige los destinos de la Confederación Argentina (¡Mitre!) y que los dirige con mucha habilidad, vio por ventura más lejos que el ministerio del Brasil; él había comprendido bien que el estado de cosas en la República Oriental, el desorden, la guerra civil, perjudicaba mucho los intereses de la Confederación; él deseaba remover este estado de cosas y restablecer allí la paz y el orden, mas reconoció que la tarea era muy pesada. Como veía que este estado de cosas orientales influía también muy perjudicialmente sobre el Brasil, conocía que nuestras relaciones se iban turbando de más en más, concibió una idea provechosa para los dos estados: mandó a nuestra Corte a un hábil ministro (Mármol) en misión extraordinaria. Y, según me consta, ese ministro, no en notas sino en entrevistas, en una conferencia verbal, hizo oberturas para la adopción de una acción conjunta o intervención de la Confederación y del Brasil que llevase al Estado Oriental el establecimiento del orden y la paz» (Citado por Herrera, *Antes y Después*, 137).

La «acción conjunta» fue contundente, como lo reveló Paranhos, figura prócer de la política imperial, en declaración, ante el Senado brasileño del 6 de junio de 1865. «En el primer ataque a Paysandú nos faltaron algunas municiones, y nosotros las hallamos en los parques de Buenos Aires» (Herrera, *idem*, 257).

### Argentina y Brasil Aprenden a Balbucear una Política Imperialista

Olegario Andrade expresaba el repudio de la inmensa mayoría del país por esta política de la oligarquía porteña cuando denunciaba que «Mitre ha instigado a Flores, le ha enviado refuerzos, dado aliento cuando flaqueaba y envía hoy mismo hasta los soldados de línea que guarnecen las fronteras de la república, como ha hecho no hace más de dos semanas con los infantes que trajo de Bahía Blanca el comandante Gómez, segundo jefe del extinguido regimiento de Sandes». Y esto mientras «los buques de la escuadra nacional son los alcahuetes de la revolución salvaje que aniquila al país vecino» (Citado por Herrera, *El Drama del 65*, 50). Por supuesto, a Mitre y su partido liberal la opinión de la mayoría del país les importaba un comino en tanto tuviesen fuerzas para aplastarla, de modo que Mitre podía proceder a hacer la apología de su infamia contra el Uruguay, primera etapa de la gran infamia contra Paraguay, con la impunidad que dan las bayonetas (y el más consecuente ejercicio en el cinismo político que registra la historia argentina, tal vez sin la exclusión de Perón ni Frondizi). Al escritor chileno Vicuña Mackenna, que le escribía criticando su sociedad con el imperial ogro devorador de esclavos, Mitre le respondía sin pestañear: «Siento sobremanera verlo a Vd. participar de esta vulgar presunción, tratando de fortificar la opinión pública de Chile con palabras huecas como las del Imperio Esclavócrata que... no pueden probar nada contra las instituciones brasileñas, que aunque adoptadas por un Imperio, en liberalismo dejan muy atrás a muchas de nuestras repúblicas, siendo una verdad incontestable que en

Brasil se goza de una libertad que no es mayor en la República Argentina». Obsérvese en qué consistía el liberalismo de Mitre, para quién no había ninguna diferencia entre una república basada en el trabajo asalariado, pero libre, y una monarquía sustentada por el trabajo esclavo de 2 millones de negros (Horton, 295). Nuestro prócer liberal entendía que la existencia de la esclavitud «no puede probar nada contra las instituciones brasileñas». Esto lo decía Bartolomé Mitre en 1865, y el sujeto sigue todavía de pie en infinidad de monumentos. Pero la monstruosidad no terminaba ahí. Punto seguido agregaba Mitre que «felizmente en los momentos en que escribo a Vd. la paz acaba de restablecerse en la República Oriental, con el triunfo completo de la revolución encabezada por el general Flores, y auxiliada por fuerzas brasileñas que tomaron parte en la lucha, por el deber imprescindible en que se hallaba su gobierno de exigir garantías para las propiedades y vidas de los brasileños establecidos en la campaña oriental» («Mitre, *Correspondencia*, II, 118-9, subrayado nuestro, carta de febrero 22, 1865). Antes que nada vuélvase a leer las palabras de Mitre. Primero considera perfectamente liberal e irreprochable la esclavitud que alimentaba a la monarquía brasileña. Segundo, considera perfectamente lógico e «imprescindible» que las fuerzas armadas brasileñas invadiesen un país para «proteger» a ciudadanos brasileños que se habían radicado en ese país pero se negaban a aceptar sus leyes y, más aún, pretendían que el gobierno uruguayo devolviera a los explotadores brasileños los esclavos que fugaban y se refugiaban en el Uruguay. Es la más aristocrática teoría imperialista, según la cual un ciudadano yanqui es libre de hacer lo que le dé la gana en cualquier lugar del mundo, porque el Estado Mayor de su país lo protege. Excepto frente al Uruguay, estado en miniatura, Mitre no tenía el capital ni la fuerza armada que constituyen el imperialismo, pero sí tenía la mentalidad de un gerente de plantación africana; de eso no cabe duda alguna. En Paraguay no había un solo esclavo, en Brasil había dos millones. Sin embargo el diario de Mitre proclamaba que «el Imperio del Brasil va a fundar con nosotros la democracia en el Paraguay, porque es una nación liberal» (mayo 13, 1865). A los horteras porteños más o menos intelectuales, semejante misión histórica los llenaba de júbilo, sin olvidar que los esclavos brasileños, por supuesto, no eran suscriptores de *La Nación*.

El golpe brasileño contra Uruguay era, a la vez que la primera fase de la acción contra el Paraguay, una directa provocación contra el gobierno guaraní. Paraguay decidió defender al gobierno legal del Uruguay y pegar primero, declarando la guerra al imperio donde nunca terminaba el carnaval. Era lo que procuraban los propietarios de esclavos del Brasil. Sólo que olvidaban tener en cuenta que en una guerra mano a mano con Paraguay, esa gran potencia miriñaque que de grande sólo tenía la extensión, hubiera sido derrotado y podía perder, incluso, parte de su territorio. «Está fuera de discusión que si la guerra se hubiera mantenido entre Brasil y Paraguay solamente, ni habría sido muy sangrienta ni muy larga, pues el Imperio no estaba en condiciones de sentir el empuje de un contrario tan decidido como López. Habría sido algo muy aparecido a un paseo militar de los paraguayos, que habría terminado con la cesión por parte del imperio de una porción mayor o menor de las provincias que, en buena ley, nunca hubiera debido perder» (Vera, XIII). Es el mismo parecer de Groussac, entre tantos otros. Pero precisamente para evitar esta contingencia estalla la alianza con Mitre. Para asestar eficazmente sus golpes contra el Imperio, el ejército paraguayo debía

cruzar territorio argentino. Mitre podía negar el paso —contra todos los antecedentes del derecho internacional y contra el consejo de Urquiza (Archivo, II, 104)— y de este modo obligar al Paraguay a entrar en la guerra, tan deseada por la oligarquía porteña y su aliado imperial. Así sucedieron efectivamente las cosas. «Mitre fue siempre un tinterillo, y como tinterillo trató la cuestión paraguaya. Negó al Paraguay el paso por tierra y lo concedió por agua, porque Paraguay no podía utilizar la vía fluvial. De este modo el Brasil tenía un privilegio. El territorio argentino se ponía a disposición de un beligerante y se negaba al otro para el paso de sus fuerzas. El Brasil podía llevar 60.000 hombres al Paraguay por territorio argentino, siguiendo la vía fluvial, y el Paraguay no podía llevar un batallón a Río Grande para contrarrestar el peligro. Era evidente la parcialidad» (Pereyra, 84).

## La Segunda infamia: Alianza Contra el Paraguay

López no tuvo más remedio que atacar y atacó, invadiendo Corrientes. A provocar esta acción se había dirigido toda la política mitrista, que bastante antes de la guerra era formulada así por Elizalde, el rampante y sinuoso ministro de Relaciones Exteriores de Mitre: «Por agua son (los paraguayos) impotentes. Por tierra tendrían que violar el territorio argentino y se encontrarán en guerra contra nosotros aliados con el Brasil» (Carta a Sarmiento citada por Callet Bois, 31). De modo que no hizo más que precipitar un conflicto inevitable, que el mitrismo, con notorio fervor, venía preparando desde que se incautó del poder. La prensa mitrista la revelaba sin cortina de humo: la oligarquía porteña aliada al Brasil quería destruir al Paraguay.

«El Brasil y el Paraguay se hallan hoy separados por una declaración de guerra. ¿Que harán los pueblos argentinos? Nosotros nos dirigimos a los hombres que se interesan por el bienestar de la Nación Argentina para que nos respondan a estas preguntas: ¿Peligra la actualidad de la República triunfando el Brasil? ¿Peligra su libertad? ¿Peligran sus intereses? ¿Peligra su civilización? No, mil veces no. El gobierno brasileño es un gobierno civilizado, liberal, regular y amigo de la Argentina. Su alianza moral con esta está en el interés, representa el triunfo de la civilización en el Río de la Plata. ¿No sucedería lo mismo con el triunfo de Paraguay? No, por cierto. El triunfo del Paraguay sería para nosotros el reinado de la barbarie... Como argentinos pues, y como enemigos de la barbarie y de la dictadura, deseamos que, si el gobierno paraguayo lleva adelante la guerra, sea derrotado por el Brasil» (Nación Argentina, diciembre 1864).

“La monstruosa y fenomenal existencia de una sociedad enteramente asiática en el corazón mismo del libre continente de Colón, debe ya tocar a su fin. La necesidad de que se verifique este plausible y extraordinario acontecimiento que será a no dudar uno de los mayores triunfos que obtenga la civilización moderna en el siglo XIX, se presenta ahora como un hecho forzoso, fatal e inevitable. La República Argentina ... está en el imprescindible deber de formar alianza con Brasil a fin de derrocar esa abominable dictadura de López y abrir al comercio del mundo esa espléndida región» (Nación Argentina, febrero 3, 1865). «La violación de nuestro territorio sería para el Paraguay el

decreto de su ruina firmado por su propia mano. Somos más fuertes que Paraguay en todo sentido» (Ídem, febrero 14, 1865). «Al Brasil unido a los paraguayos libres le cabe la gloria de derribarlo... y esta nueva hazaña de aquel imperio civilizado vendrá a mostrarnos que su misión en América del Sur es la misma que tuvieron en los tiempos antiguos Hércules y Teseo» (Ídem; febrero 19, 1865). «El Brasil no lleva al Paraguay una guerra de conquista, sino una guerra contra el despotismo que ha hecho de aquel desgraciado país un pueblo mártir (ídem, marzo 24, 1865).

Así las gastaba la prensa mitrista contra el pueblo paraguayo. Su avalancha de mugre e infamia apenas si lograba ser disimulada por la literatura de estos Hércules y Téseos del floripondio y el mal gusto que eran Mitre y sus escribas que otrora habían cubierto de elogios al mismo Paraguay y al mismo López que ahora les resultaba un reducto de barbarie dirigido por un empedernido salvaje. Cuando para enfrentar a Rosas reivindicaban tramposamente la bandera de la libre navegación de los ríos, los liberales porteños habían reconocido el carácter progresivo del Paraguay en su lucha contra la oligarquía porteña. «Que continúe el Paraguay —escribía Florencio Varela en 1845— en esa carrera de bien comprendida liberalidad; que asegure por medio de sus armas y de tratados la libre navegación del magnífico canal que lo pone en comunicación con el mundo transatlántico (el río Paraguay), y su desarrollo seguirá una proporción asombrosa, y esa nación será tal vez la primera en llegar al destino que la riqueza de su suelo le depara». Y el general Pacheco y Obes declaraba en 1851 «que «Los apologistas del general Rosas han pintado al Paraguay con los ojos más tristes; han querido decir que nada significa en aquel continente, han vilipendiado el carácter del pueblo, han desconocido y calumniado también al ilustre magistrado que lo preside (López padre) y que por sus talentos y noble patriotismo se ha granjeado el respeto de toda América del mismo modo que merece la confianza y el amor de sus conciudadanos» (Alberdi, Obras, 373-74.). Y mucho más recientemente, después de Cepeda, cuando López había actuado como pacificador, facilitando la capitulación política de Urquiza y salvando así a la militarmente destrozada oligarquía porteña: «El pueblo de Buenos Aires dedica este testimonio de agradecimiento y respeto al señor Brigadier General don Francisco Solano López, Ministro Plenipotenciario del Paraguay, a cuya interposición amistosa debe el ahorro de la sangre de sus hijos... Nuestros mejores votos acompañarán siempre al ilustre mediador y nuestro agradecimiento por su valioso concurso será eterno» (Buenos Aires, noviembre 12, 1859). Siguen cientos de las más copetudas firmas porteñas y a la cabeza de ellas una que se lee: Bartolomé Mitre. Y no quedaron ahí los elogios, porque todavía en enero de 1864 Mitre le escribía a López: «V. E. se halla bajo muchos aspectos en condiciones más favorables que las nuestras. A la cabeza de un pueblo tranquilo y laborioso que se va engrandeciendo por la paz y llamando en este sentido la atención del mundo; con medios poderosos de gobierno que saca de esa misma situación pacífica, respetado y estimado por todos los vecinos que cultivan con él relaciones proficuas de comercio; su política está trazada de antemano y su tarea es tal vez más fácil que la nuestra en estas regiones tempestuosas, pues como lo ha dicho muy bien un periódico inglés de esta ciudad, V. E. es el Leopoldo de estas regiones, cuyos vapores suben y bajan los ríos interiores enarbolando la bandera pacífica del comercio» (Archivo, II, 50). Sí, parece que no, pero es así. Eso lo escribió Mitre en enero de 1864. Exactamente un año y un mes después, sin que nada hubiera



cambiado en Paraguay, Mitre escribía que el presidente del Paraguay es el representante de la barbarie» (Correspondencia, II, 118-119). Si la villanía es el lodo con que se amasan los próceres oligárquicos, fuerza es reconocer que Mitre es un prócer con mayúscula.

## Mentiras y más Mentiras para Justificar la Infamia

De la perfidia prócer de Mitre fue víctima todo el país, excepto la oligarquía portuaria, y especialmente la pequeña burguesía y la dorada juventud oligárquica de Buenos Aires, que veía en Mitre una especie de Napoleón de municipio, de Demóstenes con chambergo orillero. Mitre engañó a la nación desde el principio hasta el fin de la guerra del Paraguay, y el engaño comenzó desde la hora cero de la guerra, que Mitre logró presentar como un traicionero ataque paraguayo lanzado antes de la declaración de guerra. Se anticipa así a la maniobra que utilizaría Roosevelt tendiente a convencer al pueblo yanqui de que debía ir a la guerra para vengarse del traicionero ataque de Pearl Harbor que Roosevelt conocía de antemano en todos sus detalles. Dicho sea de paso, esta similitud entre Mitre y Roosevelt comprueba lo que ya hemos dicho: Mitre no tenía atrás ninguna potencia imperialista nacional, pero nadie puede negarle su robusto sentido de lo que debía ser un gerente de plantación africana.

Entre tantas otras mentiras, los textos escolares siguen repitiendo que el Paraguay atacó a la Argentina sin previa declaración de guerra, pero el hecho es que el ataque se produjo 26 días después de declarada la guerra. «Se necesitó que corriese medio siglo para que se comprobara la maniobra tejida con respecto a la toma de los barcos anclados en Corrientes, el 13 de abril de 1865. Como bomba se lanza la noticia que conmueve a la ciudad. La juventud en clamor llega al domicilio del gobernante, en demanda de reparación. Mitre le promete desde su balcón, con aquello de en tres meses en la Asunción... Silencio hermético alrededor de la verdad: callado que el Paraguay había declarado la guerra el 18 de marzo, por decisión de su legislatura; el 19 mandado publicar, el 23 aparecido en El Semanario y el 29 comunicada por mano del teniente Cipriano Ayala, que el 8 de abril llega a Buenos Aires a bordo del «Esmeralda» como lo certifica la lista de pasajeros; la policía, secretamente, lo detiene. Por manera que a los 26 días de declarada la guerra ataca el Paraguay. Imposible en absoluto la ignorancia vecinal. Sin embargo, diría Mitre en su proclama: Compatriotas: en medio de plena paz y con violación de la fe de las naciones...» (Herrera, Antes, 295-63). Tanto se conocía la declaración de guerra que el Ministro de Hacienda de Mitre, por aquel entonces en Córdoba, no la ignoraba, y el 12 de abril el ministro británico en Buenos Aires comunicaba: «Desde el mediodía del 8 del corriente ha circulado el rumor en esta ciudad de que el gobierno paraguayo había declarado la guerra a la República Argentina. Hablé del rumor al general Mitre y al señor Elizalde, y el segundo me dijo ayer que un amigo suyo había visto una copia de la nota del gobierno paraguayo que contiene la declaración de guerra (Horton, 28-1-5).

Con su fanfarronería habitual —también en esto era típicamente porteño— Mitre dijo al «enterarse» del ataque paraguayo aquello de «en 24 horas en los cuarteles, en 15 días en campaña, en 3 meses en la Asunción» y su diario comentó que «estas palabras son dignas de un héroe de Plutarco» (Nación Argentina, abril 21, 1865). El plan anduvo bien en las dos primeras fases, pero la última sufrió una ligera demora de cuatro años y meses, que significaron para el país 500 millones de pesos y la sangre de 50.000 hombres. ¿Se equivocó Mitre en el pronóstico? Errar es humano, pero mentir a ciencia y conciencia es típicamente mitrista. Años después el prócer confesaría que la guerra «debía durar dos años, que era lo que yo calculaba como lo dije entonces, aunque no en la calle» (Póstumos, 114). Un verdadero estadista democrático. El mismo sistema de decir la verdad, «pero no en la calle», lo utilizó Mitre durante todo su gobierno, frente a su país como frente al enemigo. En 1868, por ejemplo, el Ministro de Guerra de Mitre declaraba: «Yo puedo asegurar a la cámara que en esta lucha de dos años no hemos alcanzado a perder más de 2.000 hombres, y puedo probarlo con números» (DSCDN, 1868, 38). Desde luego, la prueba todavía no ha aparecido. Se sabe, en cambio, que más de 2.000 muertos cayeron sólo en Curupaytí... (idem, 42). Sin embargo, Mitre había escrito que «avaro de la sangre argentina no dejaré que se derrame una sola gota sin que se justifique por la más imperiosa necesidad y por mi conciencia» (Archivo, II, 91), ¿Qué color tenía la conciencia de Mitre? No la del rubor, por cierto. Un pequeño detalle adicional ayudará a verificarlo. El 3 de marzo de 1865 Mitre opinaba que «la necesidad de interrumpir la marcha pacífica y progresista del país lanzándolo en aventuras guerreras» sería una necesidad «dolorosa» que convenía evitar (Archivo, 11, 109). Pero el 17 de abril de 1865 la cosa cambia: ahora la guerra «ha de ser fecunda en bienes para nuestro país» (idem, 113). ¡Y pensar que hay todavía quienes siguen sin ver que nada pueden los pedestales contra la estatura pigmea de Mitre! Contemplémosla más de cerca. Leamos en voz alta esta pieza maestra de la literatura (cómica) nacional: «Déjeme volar sin el auxilio del soplo de sus frases, con mis propias alas quebrantadas por las tempestades que he cursado y cubiertas por el polvo del combate, déjeme prescindir de mi personalidad...» (Polémica, 44). En este estilo de Homero de legislatura provincial, Mitre había dicho y escrito mil veces que la guerra no se hacía contra Paraguay sino contra el tirano que lo esclavizaba. No era una liberticida guerra de conquista sino una libertaria cruzada contra el despotismo. Este fue el tema mitrista durante toda la guerra. Escuchémoslo ahora a Mitre cuando la guerra ya estaba decidida: «Los soldados aliados, y muy particularmente los argentinos, no han ido al Paraguay a derribar una tiranía, aunque por accidente ese sea uno de los resultados de su victoria. Han ido... sirviendo intereses argentinos y lo mismo habrían ido si en vez de un gobierno monstruoso y tiránico como el de López hubiéramos sido insultados por un gobierno más liberal y civilizado. Doble insensatez y doble crimen habría sido emprender una cruzada de redención en favor del Paraguay, a despecho de los mismos paraguayos...» (Polémica, 4). ¿Insensatez? ¿Crimen? Nada de lo primero, mucho de lo segundo y, sobre todo, mitrismo.

Los objetivos brasileños-argentinos en la guerra contra el Paraguay quedaron fijados en el ultrasecreto tratado de la Triple Alianza. En síntesis, el tratado establecía que Argentina y Brasil se otorgaban recíprocamente sus máximas pretensiones contra el Paraguay (Horton, 288). El Tratado declaraba que la guerra no se hacía contra Paraguay

sino contra su gobierno, pero «el derecho de destruir gobiernos implica el de imponerlos, y equivale, por lo tanto, a la negación del poder soberano que se intenta respetar». Por otra parte, la guerra era hecha —según proclamaba el tratado— contra el gobierno de López y no contra el pueblo paraguayo, pero: «No es el general López sino el pueblo quien tendría que pagar los cien millones de pesos fuertes, que los aliados harían sufragar a ese país, por los gastos y perjuicios de la guerra, según lo declaran en el art. 14 del Tratado. Se comprometen los aliados a respetar la independencia y soberanía del Paraguay (art. 8); y para probar todo lo que ese respeto tiene de sincero, se arrojan el derecho soberano de quitarle el gobierno que el se ha dado, y de imponerle el que agrade a los aliados (art. 6). Los aliados no pretenden ejercer ninguna especie de protectorado en el Paraguay (art. 8); pero ellos se encargan de garantizarle su independencia, su soberanía y su integridad territorial (art. 9) sin que el Paraguay solicite semejante seguridad, ni necesita de ella, pues nadie le amenaza sino sus fiadores y garantes... El tratado pretendería hacer creer que la guerra es hecha contra el gobierno del general López; pero cabalmente no será este gobierno sino los gobiernos futuros, creados bajo el influjo de los Aliados, los que habrán de firmar los tratados en que se obliguen a entregarles la mitad del suelo de su patria. Son los gobiernos futuros y no el del general López, los que deben encargarse de entregar los armamentos del Paraguay, sus vapores de guerra, sus depósitos militares, de destruir sus fortificaciones, maestranzas y arsenales militares... La guerra es hecha en nombre de la civilización y tiene por mira la redención del Paraguay, según dicen los aliados; pero el artículo 3º del Protocolo admite que el Paraguay, por vía de redención sin duda, pueda ser saqueado y devastado, a cuyo fin da la regla en que debe ser distribuido el botín, es decir, la propiedad privada pillada al enemigo. Y es un tratado que pretenda organizar una cruzada de civilización el que consagra ese principio!» (Alberdi, Obras, VI, 437-42).

Así era el Tratado de la Triple Infamia. Una operación de bandolerismo internacional en gran escala, estilo Versalles o Brest-Litovsk. Desde luego era archisecreto, pero a poco de firmarse fue hecho público por la bien informada diplomacia británica. Puesto en descubierto, Mitre, demócrata austero, escribió que la «publicación» era «un escándalo inaudito» (Archivo, V, 108). En cuanto a su «contenido», le parecía enteramente natural.

### Los «Civilizadores» Barren a Sangre y Fuego el Paraguay

La prensa de la burguesía comercial porteña gastaba con el pueblo paraguayo el mismo desprecio de un oficial de la Legión Extranjera hacia los nativos africanos. Los liberalísimos cachorros de la oligarquía porteña despreciaban desde luego a los esclavos paraguayos, que se ganaban la vida trabajando duramente con sus manos y no a costas de las vacas o de las comisiones del comercio importador. Oigamos a La Nación Argentina, órgano difusor de las toxinas mitristas. «... y el día del combate, López como Rosas, se ha de ver abandonado por los infelices que por violencias inauditas tiene sometidos al servicio militar» (marzo, 25, 1865)». «Calculen ahora ustedes —escribía desde Corrientes

el corresponsal— la atroz situación de aquel miserable ejército, y alaben la santa paciencia del general Mitre, entre cuyos medios de triunfo no está acaso olvidado el disipar esos batallones de fantasmas con sólo dejarse estar un mes más por aquí» (marzo 14, 1866). Y el cultísimo público de la Atenas del Plata se deleitaba leyendo en las austeras páginas mitristas de La Nación artículos del siguiente tenor, publicados en primera página a tres enormes columnas: «Al Paraguay. Linchoso, lúbrico Mariscal sobrino mío: No estoy por ahora pensando en otra cosa que en esa tu pindonga Madama Lynch. Veo claramente que todos los desastres con que viene a terminar tu gobierno, no tienen otro origen que esa escandalosa relación... la condujiste hasta el Paraguay como la prenda más singular que habías encontrado en los muladares del vicio... que era muy linda, que era digna de ser tu esposa; pero no podía serlo, porque era casada, y tenía su carrera pública» (febrero 2, 1866).

A toda esta correntada de basura porteño-fluminense, la nación paraguaya respondía con un heroísmo sin cantores, pero dando homéricas palizas a los empingorotados generales y almirantes de la Triple Alianza, pese a la inferioridad de armamentos y a la aplastante superioridad económica de los aliados. «Llevar la libertad interior al Paraguay era suponer que el pueblo de ese país se consideraba víctima maniatada de su gobierno, y que bastaría dar a la guerra por objeto la destrucción de la tiranía de López para que el pueblo paraguayo expresase su gratitud a sus favorecedores. «A las ofertas de una libertad interior, de que el Paraguay no sospechaba estar privado, su pueblo ha respondido sosteniendo a su gobierno, con más ardor y constancia, a medida que le veía más debilitado y más desarmado de los medios de oprimir, y a medida que veía a su enemigo más internado en el país y más capaz de proteger la impunidad de toda insurrección. El Paraguay ha probado de ese modo al Brasil que su obediencia no es la del esclavo, sino la del pueblo que quiere ser libre del extranjero. El Paraguay cree defender su libertad exterior, y en efecto la defiende, pues pelea por su independencia... que es la única libertad que un país no puede recibir del extranjero, porque es la única que sólo el extranjero puede arrebatarse» (Obras, VI, 285, 287).

Hasta los corresponsales mitristas debían reconocer que los paraguayos peleaban con plena voluntad. «Algunos miopes creen —escribía desde Corrientes el corresponsal de La Nación— que el fanatismo de los paraguayos es el temor que tienen al déspota, y explican ese servilismo por el sistema rígido con que son tratados. Soy de diferente opinión: ¿cómo me explica usted que esos prisioneros de Yatay, bien tratados por los nuestros y abundando en todo, se nos huyan tan pronto se les presenta la ocasión para ir masivamente a engrosar las filas de su antiguo verdugo? Pero bien: prescindamos de la gente de tropa, que al fin se puede alegrar que no saben apreciar el bien. Robles, un hombre no común, que vociferaba en círculos de su confianza contra la tiranía de López... el mayor Martínez, toco de una educación esmerada... todos estos han probado que sólo la corteza tenían sana y el corazón podrido. Han merecido la muerte». Defender a la nación contra el enemigo que pretende colonizarla es indicio inequívoco de podredumbre para el delicado olfato de un corresponsal del comercio extranjero de Buenos Aires. Si el pueblo paraguayo no es capaz de producir traidores que gobiernen por encargo del extranjero, entonces hay que arrasarlo, y para ello el corresponsal mitrista tiene pronta

una solución tan maloliente que apenas si se la puede transcribir y sorprende por su increíble semejanza con los métodos hitleristas. «Al pueblo paraguayo es necesario injertarlo así como se hizo con Santa Fe después de Pavón. Quién podría negar que la estadia de la Guardia Nacional de Buenos Aires hizo desaparecer en un tanto las ideas del caudillaje» (marzo, 28, 1866). Después de matar a todos los hombres, pues violar a todas las mujeres para injertar la sangre de la raza superior. Ese era el programa civilizador de Mitre, que, después de haber recibido de los soldados paraguayos puntapiés desde todos los ángulos, hablaba de ellos despectivamente como «desgraciados soldados paraguayos víctimas de la estúpida obstinación de su tirano, que han sucumbido bajo el látigo de su verdugo defendiendo su propia esclavitud» (Polémica, 7). Esos «esclavos» fueron capaces de hazañas como la de Curupaytí, donde los paraguayos tuvieron 50 bajas y los aliados... 9.000 (Vera, II, 200). Y todo ello pese a que los paraguayos contaban con armamento inferior. Sus fusiles eran de chispas, mientras que el ejército de Mitre iba armado de modernas carabinas de retrocarga (O'Leary, 121). Esa ventaja la confesaba el propio Mitre: «Cuando estalló la guerra con Paraguay los armamentos de éste en artillería eran muy deficientes... Desde entonces acá, el Paraguay ha estado aislado del resto del mundo, y no ha podido recibir un cañón ni un proyectil del exterior» (Archivo, IV, 322). En cambio, sobraba coraje y la inagotable astucia de los pueblos que luchan por su independencia nacional. A los formidables acorazados brasileños oponían los paraguayos sus torpedos de fabricación casera, basados en el principio de la bomba molotov que se hizo famosa en manos de los obreros españoles contra los tanques de Franco: pólvora bien prensada en una lata de zinc y una espolea de ácido sulfúrico, clorato de potasio y azúcar blanca, cubierta con lana y algodón (O'Leary, 223). En otra ocasión un puñado de paraguayos armados de sables tomaron al abordaje dos acorazados brasileños (O'Leary, 330). Y antes de eso la flota brasileña de Tamandare —el siniestro saltimbanquí que arrasó Paysandú— fue inmovilizada por una hilera de damajuanas vacías desplegadas a lo ancho del río, que el marino esclavócrata, tan arrojado como perspicaz, tomó por minas... (idem, 105).

Ni aun ante la evidencia cierta de la derrota se desmoronó la ciclópea bravura de la nación paraguaya. Un general mitrista escribía a su jefe, el patriarca de la triple infamia:

«Yo tuve el gusto de estar al lado del general Rivas, a quien a pesar del triunfo obtenido, encontré afectado por el espantoso y sin igual cuadro que había presenciado y que aun se presentaba a la vista... Al traer las canoas al puerto, fue cuando todos quedaron espantados de lo que veían, pues al remover los cuerpos para ver si había heridos, se encontraron con varias mujeres muertas, las que venían con camiseta de soldado, y con estas varias criaturas. Me cuesta referir esto, porque estoy ahora mismo que no sé lo que me pasa... Un joven baldovinos, empleado en la telegrafía y que es uno de los prisioneros, dice que el todo de la expedición serían 300 personas, con Herrera a la cabeza, de los que son contados los que han escapado. Que aun quedan encerrados como 800 y que hace 6 días que no comen... Hasta hoy, desde el 28, no son menos de 8 a 10 mil cañonazos que han sufrido... Han combatido sin descanso y pasado cinco días sin tomar ninguna clase de alimento, por lo que ya tenían 200 hombres caídos de extenuación. Y aun así la tropa ha

resistido entregarse... Lo que hacen los paraguayos no es fácil que lo haga nadie en el mundo, al menos con la frecuencia y facilidad que ellos... ¡Oh señor, toda ponderación es poca para pintar hombres hambrientos! Oprimido he tenido el ánimo todo el tiempo que duró el arrebato de la galleta... ¡Qué gente! Y aun así pensaban en pelear y no en rendirse. Y Mitre, el bien remunerado mayordomo de la oligarquía porteña, contesta con una humorada de chacal, que esa descripción de la epopeya paraguaya es más interesante «que los folletines de Alejandro Dumas» (Herrera, Antes, 418-19). Al heroísmo paraguayo los miembros del triunvirato civilizador respondían con las tácticas rastreras de todos los imperios, de verdad o de opereta, como eran el brasileño y su aliada, el patriciado vacuno. Los prisioneros eran obligados a enrolarse en las filas del ejército que invadía su país, o eran vendidos como esclavos en el Brasil o como sirvientes en la Argentina. Así lo denunciaba López desde su cuartel general de Humaitá en noviembre de 1865 (Archivo, TV, 107-108). En el acto Mitre respondió que todos esos cargos «son totalmente falsos unos y desfigurados otros» (idem, 110). Pero ya sabemos que la palabra de Mitre era indesmentible, según imparcial opinión del propio Mitre. Veamos una nueva prueba. Dos meses antes de que López formulara su denuncia y Mitre la desmintiera, el vicepresidente mitrista le escribía al prócer. «No deje de mandar a esta todos los prisioneros que nos correspondan. En la frontera creo que han de ser muy útiles, ya sean presos, soldados o peones; aumentarán la población» (Archivo, V, 301). ¿Mentía López? ¿Eran falsos sus cargos? El único falsario, como de costumbre, se desenmascara. Pero hay más. Un mes antes de que López hiciera sus denuncias, en octubre de 1865, el propio Mitre le escribe al gobierno de Buenos Aires: «Hablemos ahora un poco de prisioneros. Cuando llegué aquí, encontré los del Yatay... los que durante nuestra permanencia en Uruguayana se minoraron mucho, pues la caballería oriental, que quedó de este lado, no teniendo qué hacer, se ocupaba de robar prisioneros, y gracias que quedaron algunos. El general Flores ha adoptado por sistema incorporar a sus filas todos los prisioneros... Nuestro lote de prisioneros en Uruguayana fue poco mas de 1.400. Extrañará usted el número, pues debieron ser más, pero la razón es que por parte de la caballería brasileña hubo en el día de la rendición tal robo de prisioneros, que por lo menos se arrebataron de 800 a 1.000 de ellos, lo que le muestra a usted... la corrupción de esa gente, pues los robaban para esclavos, y hasta hoy mismo andan robando y comprando prisioneros del otro lado. El comandante Guimaraens, jefe de una brigada brasilera, escandalizado de este tráfico indigno, me decía el otro día que en las calles de Uruguayana tenía que andar diciendo que no era paraguayo para que no lo robasen» (Archivo, V, 330-1). Ya vemos que Mitre —varón continental—, como lo definió uno de sus salmistas por gratitud asalariada, era un hombre montaña, es decir, de dos laderas: en una dejó inscripto que los cargos de López eran totalmente falsos; en la otra que eran totalmente ciertos...

Quizá el mejor testimonio conocido de la indomable voluntad de independencia del pueblo paraguayo y de la no menos indomable voluntad de truhanería de los triunviros, haya sido el formulado al comenzar 1869 por el periódico de la colectividad francesa residente en Buenos Aires, que por sus intereses tenía todos los motivos para solidarizarse con la civilización mitrista contra la barbarie paraguaya. «Hay mucha preocupación por López. La prensa se complace en contar sus víctimas en base a relatos que se desmentirá mañana. La táctica empleada contra López no es nueva; ha sido renovada en la guerra de la

India, de África, en todas las guerras de invasión. Se hace del dictador un monstruo, un canibal, se le prodigan los epítetos más infamantes, y a favor de esta indignación prefabricada se viola tranquilamente un territorio, se confisca un pueblo, se escamotea una nacionalidad. Nosotros no discutimos los hechos que se imputan a López. La fuente en que los diarios han obtenido sus crónicas nos resulta sospechosa. Pero aun cuando López hubiera hecho sacrificar las 400.000 almas de que habla La Nación Argentina en un acceso de lirismo, ¿sería esto una razón para reducir a la servidumbre al resto del pueblo? Esta nación agonizante, agotada, pero grande como todo lo que ha caído heroicamente. No habrá nadie que arrastre por tierra este gran nombre de la nacionalidad paraguaya, que reclamara para ella una tierra y una bandera. Los que nos acusan de simpatizar con la tiranía sepan que esa simpatía es para la causa del pueblo, de la autonomía de la nación más vivaz, más militante, más interesante de América del Sur. En cuanto al hombre que ha jugado en esta forma una partida que ha perdido, no por faltas de su pueblo, quedará para nosotros como uno de esos fenómenos que se encuentran con frecuencia sobre los límites de la barbarie y de la civilización. Que estos hombres se llamen Tipito Saeb o Mehemet-Ali, que se llamen Shanyl o Abdel Kader, tienen una excusa para sus crueldades, para sus excesos, para sus delirios incluso; defienden el suelo de la patria contra los ingleses, contra los franceses, contra los rusos, contra los brasileños, contra los conquistadores para decirlo todo en una palabra, y la historia imparcial, olvidando los horrores que han acompañado la defensa, les da la absolución y los saluda como grandes patriotas. Para nosotros que, lamentando ver correr la sangre, sea en batallas sin objeto como en Crimea o en México, o sea en ejecuciones como en 1793, no podemos dejar de reconocer al más débil el derecho de romper los límites de la legalidad y de los sentimientos humanos, nosotros no anatematizamos a los patriotas que en 1808 cortejaron a los conquistadores ingleses para suprimirlos más fácilmente, ni a todos aquellos que defendiendo su país, su bandera, su independencia, han debido recurrir a medidas que la moral y la humanidad desaprueban» (Le Courrier de La Plata, enero 17, 1869).

### La Deserción en el Ejército Argentino era un Voto en Masa Contra la Guerra Infame

La guerra contra el Paraguay fue por parte de la oligarquía porteña, ante todo, el golpe final asestado al núcleo más poderoso del frente Interior-Litoral antiporteño que se formó después de la revolución porteña del 11 de setiembre y había sido liquidado en territorio argentino después de Pavón. Pero la guerra debilitó el frente interno de la oligarquía y permitió un último estertor de las masas del Litoral y del Interior contra la oligarquía porteña. Las masas argentinas comprendieron que el principal enemigo estaba dentro del país, que el supuesto enemigo exterior era el aliado de la Nación contra la oligarquía portuaria que la explotaba, y actuaron en consecuencia. El pueblo argentino votó contra la guerra del Paraguay desertando en masa, insurreccionándose, cooperando con los paraguayos donde pudo y resistiéndose pasivamente al mitrismo en todas partes. Las comunicaciones cursadas continuamente

entre el campamento de Mitre y el Gobierno de Buenos Aires parecen un diario de la insurrección nacional contra la guerra antiparaguaya y... antiargentina.

Al recibir Urquiza la orden de reunir su ejército para concurrir a la guerra, «convocó a la milicia y en breve tiempo tuvo listo un cuerpo de ejército de diez mil hombres, pero por un fenómeno inconcebible tratándose de soldados entrerrianos —los más disciplinados de la República y los más adictos a la persona de su caudillo—, hallándose concentrado en su campamento de Basualdo, y pronto a marchar, el contingente entrerriano negó la obediencia a sus jefes y se disolvió por completo. Volvió Urquiza a reunir un nuevo ejército, que hizo acampar en Toledo y, como el anterior, ocurrió con este que, ya a punto de marchar, se desbandó y no quedó de él más que el recuerdo» (Vera, II, 192). Después de este segundo desbande Urquiza se comunicó a Mitre que «temo que sean débiles mis esfuerzos y mis sacrificios para concurrir a la guerra de una manera honrosa para esta provincia» (Archivo, II, 245). Pero no sólo a Urquiza se le desbandaban los soldados. En noviembre de 1865 el Jefe de la División Uruguay le escribe a Mitre: «La deserción que sufre esta división de algún tiempo a esta parte es considerable y creo mi deber participarlo a V. E. para su conocimiento» (idem, IV, 104). En enero de 1867 el ministro Rawson informa a Mitre: «El suceso de San Juan ha producido los resultados que debían esperarse. Una verdadera insurrección se ha producido en La Rioja, San Luis y Córdoba, creando para el general Paunero una situación de lo más peligrosa...

De Córdoba sólo esperamos hostilidad y traiciones; en Santa Fe contamos con Oroño y con su energía; pero no se nos oculta que tenemos allí muchos enemigos que pueden dañarnos si la ocasión se les presenta; en Entre Ríos se aguarda sólo la oportunidad para sublevarse oficialmente, como está sublevada la opinión allí... En Buenos Aires mismo hay todavía síntomas que no nos permiten aflojar en las precauciones tomadas; antes necesitamos redoblarlas. «De aquí no conviene sacar tropas por ahora» (idem, V, 38). Y el otro parejero ministerial, Elizalde, más incondicional aún que Rawson, si es posible, señala con impagable candidez y alarma que la guerra contra el pueblo argentino es más antipatriótica que la guerra contra los paraguayos. «Desde que usted viene debe traer bastantes fuerzas, puesto que en el Paraguay no son tan necesarias como aquí» (idem, 160). Otra comunicación informa: «Por la correspondencia particular llegada hoy de Córdoba sabemos que el 8 del corriente salió el batallón de esa ciudad; que en la noche del mismo día tuvieron una sublevación» (idem, 243). Y el tema se repite monótonamente. Otro general, destacado en Rosario, comunica: «Las sublevaciones están a la orden del día. La guarnición de La Reducción, en la provincia de Córdoba, se ha sublevado hace cuatro días» (idem, 290). Otra: «Por la comunicación que con esta fecha paso a la inspección, verá el desastroso fin que ha tenido el hermoso contingente santiagueño compuesto de dos batallones con la fuerza de ochocientas plazas; en dicha nota he omitido por olvido la muerte de un sargento y dos heridos que hubieron en la persecución que se les hizo a cuatrocientos hombres desbandados» (idem, 322). Más. A comienzos de 1867 el Vicepresidente le escribe a Mitre: «Creo que usted puede dejar 8000 argentinos (en el frente del Paraguay) y traer el resto para dominar la sedición interior. Desde Mendoza hasta Tucumán no hay quien detenga el poder que se han formado los revolucionarios, después de la derrota de Campos» (idem, VI, 184). Y hasta los batallones porteños se

negaban a combatir: «Antes de partir de esta capital —escribía desde Buenos Aires el Vicepresidente a Mitre— el general Conesa me dijo que tenía serios temores de que al tratarse de embarcar la división de su mando, para regresar al Paraguay, ocurriera una sublevación y el desbande de esos batallones, a los que consideraba mejor licenciarlos» (idem, 241).

Corrientes, que había sido invadida por los paraguayos, consideró también que el enemigo no era Paraguay sino el mitrismo, y sabotó concienzudamente la guerra de la oligarquía porteña. «Hace algunos meses —informaba La Nación Argentina— que el general Mitre había mandado construir en Corrientes 300 botes para facilitar al Ejército el pasaje del río Paraná. Entonces se había tenido la confianza de que dentro de poco tiempo estas chatas serían alistadas. Pero es muy triste tener que decir que al efecto parece haberse encontrado poca voluntad en la clase obrera de Corrientes. En tal ocurrencia, el almirante Tamandare, habiendo sabido lo que había sucedido en Corrientes, no titubeó en hacer venir obreros de Río de Janeiro y en mandarlos a Corrientes en número de 200" (marzo 16, 1866). Los trabajadores argentinos no eran de confianza para la oligarquía mitrista, y no estaban dispuestos a servirla.

## La Impotencia Histórica de la Última Montonera

Las montoneras del Interior, encabezadas ahora por el coronel Felipe Varela, se dieron, en este su último estertor su primer programa expreso de lucha. Programa que eran desde luego incapaces de hacer triunfar, no sólo por su debilidad material enfrentando a la oligarquía porteña sino porque la realización de ese programa requería la organización de la sociedad argentina sobre un régimen de producción superior al de la oligarquía y que los montoneros —representantes de un sistema inferior incluso al oligárquico— no podían ni soñar. Pero con todo, ese programa, nacido de la lucha desesperada presentida como la última, contenía reivindicaciones progresivas que hoy son puntos fundamentales de la revolución socialista latinoamericana. Tal por ejemplo la Unidad de América Latina. «Soldados federales —decía la proclama de Felipe Varela—: Nuestro programa es la práctica estricta de la Constitución jurada, la paz y amistad con el Paraguay y la unión con las demás repúblicas americanas» (Archivo, VI, 181). Y sus banderas llevaban las consignas de «¡Viva la Unión Americana! ¡Abajo los negreros traidores a la patria!» (Zinny, IV, 292). Es notable cómo los grupos sociales que integraban la montonera, carentes ellos mismos de perspectiva histórica, al verse al borde del exterminio físico por la oligarquía porteña y como reacción contra la política de ésta, se elevaban hasta los rudimentos de un programa que superaba idealmente a la oligarquía, pero que en la práctica era absolutamente irrealizable por la montonera o por quien fuese, ya que el país carecía de una clase social capaz de tamaña tarea. Al estallar la guerra el mitrismo había anoticiado urbi et orbi que «la guerra contra el Paraguay era la más popular de que jamás haya habido ejemplo en nuestros anales» (La Nación Argentina, abril 18, 1865). Ni decir que la resistencia que iniciaba Varela era clamorosamente popular. «Hay todavía en las provincias una vieja levadura de desorden. Varela encontrará auxiliares en cada trozo del territorio, y si no se

está en guardia se mostrará bien pronto en el territorio de Santa Fe» (Courier de la Plata, 20 de enero, 1869).

Y la impotencia histórica de las montoneras del interior se revelaba nuevamente en su impotencia política para marchar independientemente de Urquiza, que ya había desertado de la causa nacional y estaba totalmente subordinado al mitrismo. Junto a tantas excelentes consignas, Felipe Varela levantaba el grito de "Viva al ilustre General don Justo José de Urquiza» (Zinny, IV, 292). Pero Urquiza sólo deseaba que lo dejaran hacer en paz sus negocios como socio menor de la oligarquía porteña. Había pedido tímidamente a Mitre que no fuese a la guerra contra Paraguay, pero puesto ante el hecho consumado se inclinó sumisamente ante la política mitrista y dio nuevamente la espalda a la vasta insurrección nacional que ingenuamente lo reclamaba como jefe. Mitre no se equivocaba —no podía equivocarse— cuando decía de Urquiza que era «un factor inerte" a quien él daba poca importancia «pues con todo está conforme" (Archivo, 111, 47). Urquiza acumulaba patacones vendiendo vituallas al Imperio del Brasil, y dejaba hacer contra el Paraguay y contra la enorme mayoría del país argentino, que aún tenía esperanza en que él se pondría a su frente para aniquilar a Mitre. La indudable traición personal de Urquiza era sólo un reflejo del sentir general de los estancieros entrerrianos, satisfechos de marchar junto a la oligarquía porteña en la explotación del país. La intensa resistencia contra la política antinacional de la oligarquía porteña, que encontraba en Mitre su ejecutor implacable, no cejó ni un instante. En los seis años de esa presidencia fatal se produjeron 117 revoluciones y 91 combates, en los que murieron 7700 personas. La insurrección tuvo su foco principal en el Interior y su repercusión mayor en el Litoral, pero llegó hasta Buenos Aires, aunque no en forma política. Carlos Guido Spano era uno de sus mayores opositores y no vacilaba en revelar que hasta la población de Corrientes, la provincia invadida por Paraguay, se había solidarizado con el invasor y engrosado sus filas (Guido Spano, 79). El Gobierno mitrista respondió al rechazo nacional de su política con el convincente argumento de las bayonetas. «Así pues —escribía el general Emilio Mitre al Vicepresidente-, aunque con dificultades y sublevaciones, iremos poco a poco sacando de las provincias los contingentes pedidos, y con los golpes que han llevado hasta ahora todos los que han intentado o realizado sublevarse, han de ir comprendiendo que es mejor marchar de buena voluntad, porque de otro modo se exponen a morir» (Archivo, V, 293). En cuanto a la oposición que actuaba en Buenos Aires mediante la prensa, «hemos metido en un pontón a los principales agitadores, y la calma ha vuelto a hacerse" ... Pienso continuar con igual vigor en represión de análogos atentados» (Carta del Vicepresidente a Mitre, Archivo, VI, 193). Así respetaba Mitre la libertad de prensa. Veamos cómo trataba a los periodistas opositores, según dice en su presentación a la justicia la madre de Miguel Navarro Viola, uno de los detenidos por su oposición a la guerra paraguayicida: «en enero de este año fue arbitraria y violentamente enconado en un pontón, hasta entonces destinado sólo a servir, como continuó sirviendo, de depósito de carbón. El y los dos compañeros que firma las dos protestas hechas desde allí y que en copia acompaño, fueron retenidos en aquella inmundicia durante más de medio mes» (Navarro Viola, 4). Así, apagando toda oposición y enviando sus restos a la carbonera actuaba el liberalismo mitrista.

El mismo desprecio que experimentaba por las indomables masas paraguayas lo volcaba el mitrismo sobre las masas argentinas nuevamente puestas en pie de lucha contra la oligarquía argentina, a quien se negaban a servirle de carne de cañón. El vicepresidente de Mitre, el oscuro Marcos Paz que a lo largo de su carrera política había demostrado insuperable habilidad para traicionar al perdedor y aparecer como abanderado del vencedor, infería en carta a Mitre este patriótico insulto al pueblo argentino: «Nada me extrañan las sublevaciones, ni es cosa de alarmarse. Es sabido que a nuestros hombres lo que menos les gusta y conviene es ser soldados, porque ganan menos y trabajan más; de patriotismo no hay que hablar en la masa del pueblo, porque para ellos esos son cuentos tártaros» (Archivo, V, 295). Y Mitre, sacándose la careta, contestaba dejando correr en olas todo el caudal de estima y ternura que su liberalismo oligárquico escondía por el pueblo argentino: «¿Quién no sabe que los traidores alentaron al Paraguay a declararnos la guerra? Si la mitad de la prensa no hubiera traicionado la causa nacional armándose en favor del enemigo, si Entre Ríos no se hubiese sublevado dos veces, si casi todos los contingentes (incompletos) de las provincias no se hubiesen sublevado al venir a cumplir con su deber, si una opinión simpática al enemigo extraño no hubiese alentado la traición, ¿quién duda que la guerra estaría terminada ya? Esto por lo que respecta a la falta de decisión y de virtudes cívicas por parte de nuestro pueblo para rechazar la invasión extraña. Por lo que respecta a los desórdenes en las provincias del Interior, ellos obedecen a las mismas tendencias. Sólo la falta de patriotismo, la carencia absoluta de virtud cívica ha podido inspirar esas revueltas locales» (Archivo, VI, 186). Así opinaba de su pueblo don Bartolomé Mitre, patriarca liberal de la oligarquía metropolitana. ¡Lástima que en vez de insistir en gobernar a este pueblo que evidentemente no lo idolatraba y al que según él tenía menos honor que un escarabajo, no hubiera ofrecido su espada y su pluma sin par al Imperio Brasileño para ensanchar un poco más su latifundio! (Claro es que, aun dado el caso, el patriciado de puerto, saladero y mostrador le hubiera hallado reemplazante al otro día, porque las clases parásitas son buenas productoras de Mitres y Elizaldes)

### Alberdi, el Intelectual sin Pueblo Contra la Guerra Oligárquica

Pero en la misma medida en que Urquiza traicionaba la insurrección nacional que lo reclamaba como jefe, Juan Bautista Alberdi, desde Europa, se eleva al punto más alto de su vida —y fija de paso el plano más alto de audacia y veracidad a que ha llegado el pensamiento político argentino— transformándose en el teórico y portavoz de esa insurrección. La guerra no se hacía en beneficio de la nación ni de la civilización, se hacía, proclamó Alberdi, «en servicio de la Provincia de Buenos Aires que le tiene monopolizada (al país) toda su renta pública, todo su crédito, todo su comercio directo, toda su vida política» (Obras, VI, 389). «Me interesa que el señor Mariscal López sepa —le escribía Alberdi al embajador paraguayo en París, en junio de 1868— que... mi interés en esto como en mis escritos no es personal ni privado. Se refiere en todo a la política venidera de nuestros países y a sus conveniencias mutuas y solidarias. Tenga usted la bondad de repetirle lo que cien veces he dicho a usted: yo no quiere ni espero del

señor Mariscal ni empleos, ni dinero, ni condecoraciones, ni suscripciones a mis libros. Todo lo que yo quiero me lo ha dado ya en parte, y es hacer pedazos, con su grande y heroica resistencia, el orden de cosas que formaba la ruina de mi país; y para lo venidero todo lo que quiero de él es una política tendiente a formar una liga estrecha de mutuo apoyo con el gobierno argentino, que represente la verdadera causa de las provincias, para poner a raya las aspiraciones tradicionales del Brasil y de Buenos Aires respecto de los países interiores en que hemos nacido él y yo» (citado por O'Leary, 512). La consecuencia era la misma que sacaban por su cuenta las masas argentinas: el enemigo era la oligarquía porteña, no el Paraguay, aliado de la nación en su lucha contra esa oligarquía antinacional. La paz inmediata con Paraguay era la exigencia de Alberdi, tanto al gobierno de Mitre como al de Sarmiento, que lo continuó. "Todavía existía López cuando Sarmiento llegó al Plata. Aunque ensangrentado, Paraguay se tenía en pie. Una paz honorable, hecha en ese momento, hubiese salvado el poder del Paraguay para servir al equilibrio del Plata en favor del sistema republicano; nos hubiésemos hecho de un aliado brillante para el futuro; el Brasil hubiese salido burlado en sus cálculos de ambición territorial; la República Argentina habría ahorrado millones y brazos, que necesitaba para sus adelantos materiales. A pesar de todo eso, Sarmiento siguió por dos años la guerra del Paraguay, en las condiciones más ignominiosas y estúpidas, y no cesó en sacrificar locos, hasta que por hundir a López hundió al Paraguay y lo dejó entero en manos del Brasil. Se quedó sin firmar la paz hasta hoy mismo. El Brasil la firmó sin él, contra el tratado de alianza que el Brasil veneró hasta la imbecilidad» (Póstumos, VIII, 650). Este era el pensamiento de Alberdi que José Hernández resumía en una frase feliz: «Una iniquidad jamás obliga por más que esté contenida en 100 tratados» (El Río de la Plata, agosto 27, 1869). Por supuesto, la prensa mitrista, fructuosamente vendida al oro del Imperio brasileño, infinitamente sumisa a la oligarquía porteña, cuya política era la traición permanente a la nación, acusó a Alberdi de «traidor» y vendido al Paraguay (Nación Argentina, abril 1, 1866). La acusación no valía más que los acusadores, profesionales de la traición al país. El embajador paraguayo en París le escribía a López: «La relación con el doctor Alberdi nos es de inmensa utilidad en la presente circunstancia. Se interesa de una manera formal y sincera por la causa del Paraguay, que la considera solidaria de la que desde hace muchos años defiende él... Es preciso que Vd. conozca que todos estos trabajos (de Alberdi) son hijos de la mayor espontaneidad y de un desinterés ejemplar de su ilustre autor» (O'Leary, 498). Alberdi no estaba vendido al Paraguay; era el representante más lúcido de la insurrección nacional argentina contra la oligarquía porteña y su guerra.

### Sangre Empréstitos y Negociados

La guerra del Paraguay tuvo consecuencias tremendamente desfavorables para la economía nacional. Fue una de las más gigantescas orgías de despilfarro en que reiteradamente incurrió la oligarquía porteña para defender sus intereses en perjuicio de la economía nacional, que se debilitó y quedó más endeudada que antes al capital extranjero. «Cuánto no hubiera aumentado la riqueza del país argentino, hoy (1874) empobrecido por sus malos gobiernos, si esos millones empleados en arruinar

al Paraguay se hubieran invertido en construir un ferrocarril a través de los Andes para atraer al Plata el tráfico del Pacífico por esa vía corta y preferible a todas» (Económicos, 308). La guerra del Paraguay fue «la causa y razón de ser de los empréstitos y emisiones por valor de cerca de 80 millones de pesos fuertes en que han endeudado a la República Argentina los gobiernos desde 1861, sin más beneficio para la nación que el yugo de esa deuda, en que tiene que gastar por siglos casi todo el valor de su renta pública» (idem, 173).

Pero si la economía argentina se descalzificaba, la oligarquía porteña se enriquecía a la sombra del asalto de los tres Caines al Abel paraguayo, y muy particularmente la burguesía comercial y su banda mitrista, con Mitre a la cabeza, quien en carta a Urquiza reconocía que «la alianza con el Brasil... pudiese halagarme con ventajas que habrían deslumbrado a otros» (Archivo, 97) y a él también. Para la burguesía comercial los generosos préstamos en oro del Imperio y los adelantos de la Casa Baring permitían un promisorio incremento de los negocios, amén de los negociados que podía hacer con los abastecimientos del ejército a la augusta sombra republicana de Mitre. «El Río de la Plata fue regado por el oro brasileño durante los 5 años de la guerra, pues era menester tener aquí las proveedurías de los ejércitos; y cabalmente fue ese oro uno de los mirajes que deslumbraron a los partidarios de la alianza» (Quesada, 174). Una revista extranjera describía el proceso con toda precisión: «La guerra del Paraguay produjo en la Argentina un movimiento comercial febril. Se hicieron grandes especulaciones, se ganó mucho dinero. El dinero de las especulaciones sirvió para alimentar el lujo y elevarlo a proporciones increíbles. Con el oro que el imperio tuvo la habilidad de lanzar al Río de la Plata construyéronse palacios riquísimos» (Quesada, 176). «Hemos hablado frecuentemente de las calamidades causadas por la guerra del Paraguay —decía Le Courier de la Plata. Sin embargo ha producido un bien. La guerra del Paraguay ha hecho afluir numerario a los mercados del Plata. Buenos Aires ha podido establecer un mercado de cambio gracias a las libras esterlinas que el Brasil ha enviado en pago de los productos que ha adquirido para su ejército en las provincias argentinas» (Courier, enero 26, 1869). Las provincias eran sólo Buenos Aires y en menor medida Entre Ríos (¡por eso Urquiza no decía nada contra la guerra fratricida!) y los beneficiarios eran principalmente los comerciantes porteños. Y como el mismo diario reconocía: «Con los gastos de la guerra del Paraguay la República Argentina hubiera construido la mitad de sus ferrocarriles estratégicos» (Courier, marzo 14, 1869). Y si Mitre pudo aplastar la insurrección nacional contra su política fue «sostenido por el oro y los recursos del Brasil» (Horton, 290).

Contra todos los ataques de los enemigos de la guerra, el mitrismo levantaba la bandera más grata a la burguesía comercial porteña: «Podemos asegurar a nuestros lectores —decía La Nación— que el jueves último quedó arreglado el empréstito de un millón de duros que el Brasil acuerda al gobierno de la República Argentina. Este caballeresco proceder de nuestro aliado contrasta singularmente con las injurias de que se valen los órganos del partido caído para dirigirse contra el nombre brasileño. El auxilio que nos presta el Brasil es sumamente útil y por lo tanto obliga doblemente a nuestra consideración hacia nuestros dignos aliados» (O'Leary, 151). La burguesía porteña se exaltaba de emoción ante estos patrióticos argumentos del mitrismo. Los Lezama, los Lanús, los Lezica y demás proveedores del ejército (Nación Argentina, febrero 22, 1866), «los proveedores y

los mercantiles le batían palmas» (Gómez en Polémica, p. 9). Estos proveedores «cuyas fortunas insolentes se habían hecho a la sombra de Mitre» le regalaron a éste la casa en que hoy está la opulenta imprenta de La Nación» (D'Amico, 105-06).

Pero a la larga el gran beneficiado por la guerra del Paraguay fue el imperialismo inglés, quien aprovechó la penuria de fondos que sufría la Argentina a causa de esa guerra para endeudarla más y colocar nuevos garfios en la economía argentina. Brasil también le prestó plata —y en cantidad— a Mitre, pero era plata que él a su vez tomaba a préstamo en Londres, acentuando la perpetua crisis de su economía esclavista, de modo que al imperio de miriñaque le ocurrió lo pronosticado por su gran banquero Maua: «Brasil va a quedar arruinado aunque triunfen de un modo completo las armas del Imperio» (Besouchet, 203). Para el capital inglés la guerra fue en cambio un negocio redondo. Lo decía Alberdi: «los ingleses que pasan por ser inteligentes en la colocación de sus capitales, no hallaron mejor que prestarles a los gobiernos del Plata, para servir a las empresas de civilización por las cuales fueron despoblados y arrasados el Paraguay y Entre Ríos, los dos iniciadores de los cambios europeístas. Ahora mismo el empréstito de esos más altamente cotizado en Londres, es el que se transformó en las ruinas y cementerios que pueblan el antes animado y floreciente Paraguay» (Económicos, 180). Ese empréstito que financió la guerra se tramitó en Londres con el más liberal olvido de los intereses nacionales y la muy mitrista preocupación por los intereses y negociados de los banqueros ingleses. «En cuánto a la persona que lo tramitó —decía el ministro de Hacienda de Mitre—, el señor Riestra (Norberto), era a juicio del P. E. la persona más activa para confiarle esta misión, porque el señor Riestra inspiraba confianza a todos por los buenos e importantes servicios que desde 1852 había prestado; sus conocimientos y su inteligencia en materias mercantiles y financieras son de notoriedad en la República, lo mismo que sus relaciones en Londres. Antes de 1852, el señor Riestra había sido gerente en Londres y en el Río de la Plata de una de las primeras casas, la de los señores Nicholson, Green y Cía. En 1855, el señor Riestra había arreglado favorable y definitivamente el empréstito de 1824 de la Provincia de Buenos Aires y esto lo colocaba en una ventajosa posición con uno de los bancos de Inglaterra (con Baring). Desde 1865 había sido director aquí del Banco de Londres y Río de la Plata, lo que le daba también una posición ventajosa para la negociación del empréstito con uno de los más respetables bancos de Inglaterra, el Banco de Londres» (DSCDN, 1868, 132). Ya se imaginará a quién beneficiaba un empréstito negociado en Londres por cuenta de la Argentina por un gerente de bancos ingleses. Vale la pena conocer la opinión de la Comisión de Hacienda de la Cámara de Diputados de la Nación sobre la gestión de este bastión mitrista: «La ley que autorizó al P. E. para contraer el empréstito no le impone la obligación de procurárselo en la sola Plaza de Londres, como desgraciadamente lo ha hecho el señor comisionado. ... y... la Comisión cree que el representante del Gobierno no ha debido prescindir de otros mercados como Francia, Hamburgo, etc... El comisionado se circunscribió a la sola casa de Baring... debió tener presente que esa casa es la principal tenedora del empréstito de la Provincia de Buenos Aires, a cargo de la Nación, que asciende a la suma de 12 millones de pesos; cuyos bonos se cotizan en Inglaterra al 84%, y era natural suponer que la casa Baring era la que estaba en condiciones menos convenientes para realizar la negociación indicada...» (idem, 130). Y el diputado Quintana agregaba: «que el empréstito se ha estado haciendo en

condiciones ruinosas no hay cómo dudarlo, puesto que por un millón de libras que daba el Gobierno ha recibido 600.000; más de 40 % que no ha entrado a las arcas del Estado. ¿Cuáles son las causas que han influido sobre resultado tan triste y afligente? Esas causas son, primero, la localización del negociador. Si la experiencia ha convencido al negociador de que en la plaza de Londres a pesar de sus riquezas no podía adquirir el empréstito en condiciones medianamente aceptables, cuáles son las que ha podido obtener en las demás plazas de Europa, dónde sea dicho de paso no es exacto que el interés sea más alto que en Londres, todo lo contrario, a consecuencia de la última crisis: ¿por qué el negociador se ha dejado estar en Londres y no ha pasado a otras plazas a fin de conseguir lo que allí no podía conseguir? La segunda causa es la situación que espontáneamente se ha impuesto al mismo negociador acerca de las personas con quienes debía contratar el empréstito; con muchísima razón la Comisión de Hacienda ha dicho que el negociador debía haberse dirigido a todas menos a la casa Baring, y el Ministro no ha tenido una palabra que contestar a esta observación. La casa Baring, tenedora del antiguo empréstito inglés, no era la más a propósito para hacerse cargo de esta nueva negociación; a todas las puertas debió golpear el negociador menos a aquella, y sin embargo es la única que ha golpeado en 3 años» (Idem, 141).

Sin embargo, Norberto de la Riestra cumplió lealmente y a conciencia su misión. Sólo que su misión era servir a Baring Brothers y al Banco de Londres, que lo tenían a sueldo. Este era, claro está, el hombre ideal para que el mitrismo depositara en él la confianza. Oigamos su apología de labios de Mitre: «fue él (de la Riestra) quien aconsejó al Gobierno de Buenos Aires, y decidió con su voto, que el empréstito de Londres (el de 1824) se pagase íntegramente, que se pagasen sus intereses. Este gran hecho de un hombre honorable es el que vino a salvar y restablecer el crédito de la República Argentina... Después, el señor Riestra obtuvo un éxito que es casi único. El señor Riestra fue a Londres y gracias a su crédito pudo hacerse posible que el empréstito se contrajese y con él se sustentasen los gastos extraordinarios que demandaba la guerra del Paraguay, y gracias al crédito del señor Riestra la Argentina quedó desde entonces apuntada en la pizarra de la Bolsa de Londres» (Arenas, 750-51).

### Los Apacentadores de Vacas se Quejan de los Apóstoles del Libre Cambio

El sector de la oligarquía porteña que no se sintió del todo entusiasmado por la prolongación de la guerra del Paraguay fue el de los estancieros, porque los gastos de la guerra significaban para ellos crecientes impuestos, principalmente impuestos a la exportación, a los que los estancieros bonaerenses eran históricamente refractarios desde los tiempos de 1810. Quizá haya sido esta una de las fuentes de la sorda oposición al mitrismo que se difundió en Buenos Aires cuando quedó claro que la guerra no era cosa de tres meses. En 1865 escribía Mitre a su Vicepresidente: «Aguardo tener conocimiento del resultado de sus entrevistas con los congresales sobre la continuación de los derechos de

exportación. No puedo comprender esa oposición en los momentos por los que pasa el país» (Archivo, V, 247). Y quien se interesaba en la imposición de derechos de exportación y se oponía a su disminución era nada menos que Baring Brothers, quienes, gobernando Mitre y actuando Riestra de intermediario, se consideraban perfectamente autorizados a intervenir en estas cuestiones internas del país. Veamos esta interesante comunicación de la Riestra a Mitre: «Revisando la estadística de aduana correspondiente a 1864, observo que por la ley sancionada para 1866, los derechos de exportación son reducidos de 10 a 8 %, mientras que los de importación, en su promedio, continuarán más o menos como actualmente.

Sin entrar a discutir sobre la bondad o inconveniencia de aquella reforma, creo de mi deber manifestar a V. E. que el conocimiento de aquella disposición luego que él tenga lugar aquí (en Londres), no podrá menos de tener una influencia perniciosa sobre nuestra proyectada operación de empréstito, pues que los agentes interesados en ella, lejos de esperar una reducción de nuestras contribuciones, contaban más bien, como una medida indispensable, con un aumento en los impuestos. En corroboración de este sentimiento me permito incluir a V. E. copia de una carta del señor Baring sobre este especial punto» (Archivo, VI, 44).

Pero la burguesía comercial no pagaba derechos de exportación, y para ella fueron los beneficios de la guerra del Paraguay. Así lo reconoció Mitre, en un discurso en que dijo una de las pocas verdades que se le escaparon en toda su carrera: «Hijo de un pueblo que todo lo debe al comercio, y que funda en él la prosperidad del presente, es natural que mis simpatías le pertenezcan y que mi razón esté a su servicio». Nada hay aquí que desmentir: la razón de Mitre estaba al servicio de la burguesía comercial porteña. Después de esta verdad, Mitre se despachó con gansadas solemnes como esa de que sería verdaderamente una calamidad y una ruina para la humanidad si las cosas no se comprasen y se vendiesen y si todo se diese de balde» (!!!). Y proclamó que «En la guerra del Paraguay ha triunfado no sólo la República Argentina sino también los grandes principios del libre cambio, que son los que vivifican al comercio. Para el comercio se han derribado las fortalezas que amenazaban las costas; para él también se han roto las cadenas que obstruían el río Paraguay; para él se ha conquistado también la paz presente y futura de estas regiones... Cuando nuestros guerreros vuelvan de su campaña, podrá el comercio ver inscrito en sus banderas victoriosas los grandes principios que los apóstoles del libre cambio han proclamado» Arenas, 292, 296, 297).

### En el Paraguay se Acaban las Quejas y los Quejosos

Para el Paraguay esos grandes principios del librecambio, que decía Mitre, llegaron con el final de su independencia nacional y su prosperidad para marcar el comienzo de su subordinación colonial al capital europeo y la burguesía porteña —su intermediario en el Plata. Los imperiales y mitristas civilizadores cumplieron a conciencia su labor de exterminar



la independencia paraguaya y arruinar sus bases materiales. El testimonio de Le Courier de la Plata es insospechable e ilevantable:

«El brasileño establecido en Asunción ha comenzado por el pillaje. Es permisible creer que si no ha hecho peor es porque ha encontrado a la ciudad desierta. La ciudad liberada. Se sabe cómo se han conducido los soldados brasileños después de la toma del campo de López; se sabe cómo han sido tratadas las mujeres y las hijas de los liberados. Los soldados de la Revolución, los apóstoles del progreso, los misioneros de la libertad, han actuado exactamente como los romanos en la toma de Jerusalén, como los turcos en la toma de Missolonghi. Pero hay algo más en el fondo de estos excesos, hay el fin de la alianza y el desprecio de las repúblicas platenses. El Brasil está en Asunción; está solo. Ahora sabemos cuál es el estilo del Brasil. Sabemos cuál ha sido la suerte de los prisioneros de Uruguayana vendidos al imperio esclavista. El ejército argentino se ha detenido ante Asunción, pero no solamente porque un sentimiento honorable le ha impedido participar en el saqueo. Es que el General en jefe, el marqués de Caxias, ha ordenado que sólo los brasileños ocupen la capital. Hemos aguardado tres días para dejar desmentir este hecho afirmado por todos los diarios de Buenos Aires. El hecho no ha sido desmentido, por tanto debemos creerlo exacto. El Brasil espera guardar el país conquistado. La población masculina debía ser liberada, es decir, exterminada. El Brasil lo logrará» (enero 21, 1869). «El saqueo de Asunción por los brasileños se ha dirigido principalmente sobre los depósitos de tabaco, pertenecientes a particulares, casi todos extranjeros...» (enero 26, 1869). «En el Paraguay se liquida. El ejército de los traficantes, más numeroso que el ejército militante, está en tren de arreglar sus cuentas. Ahora bien: como hay un gran número de oficiales brasileños que son asociados de almacenes y cantinas, esta liquidación resulta realmente una operación militar. Ya los argentinos están moral y materialmente excluidos de toda jurisdicción sobre el territorio conquistado. La Asunción no tiene más que autoridades brasileñas» (febrero 12, 1869). «Asunción ha sido convertida en feria de liquidación. Veinte y cinco mil cantineros, tratantes de toda clase, se han dado cita en lo que fue la capital del Paraguay» (febrero 26, 1869).

Estas eran las grandes obras de Bartolomé Mitre, y su socio, «aquel imperio civilizado» como decía la prensa mitrista (Nación Argentina, febrero 19, 1865).

Después del saqueo físico vino el saqueo financiero, civilizador e inacabable. «Los aliados fueron a abrir de par en par las puertas a la civilización moderna, en forma de concesiones, financiación, inversiones extranjeras y otras emanaciones de la Bolsa de Londres y Buenos Aires. Las maldiciones del librecambio reemplazaron a los males del paternalismo, y como de costumbre el campesino se convirtió en peón explotado y sin tierra» (Horton, 291). Magnánimamente, los aliados de La Triple Infamia permitieron que Paraguay contrajera en 1870 el primer empréstito de su historia, endeudándose a Londres por un millón de libras esterlinas. Es obvio decir que de las cuales no vio ni un centavo, pero pagó hasta la último. La inacabable gloria de Mitre en la guerra del Paraguay resultó ser, entonces, «la destrucción de los telégrafos, de los vapores, de los ferrocarriles, del gobierno que dotó a Paraguay de esas cosas, de su población de más de un millón de habitantes, los mismos de que ha sido despoblado, libertándolo de López, que

no le dejó deuda, para dejarlo en feudo o hipoteca del Brasil y del Stock Exchange, sus acreedores actuales por más millones de pesos fuertes que los que vale todo el Paraguay» (Económicos, 408).

## Los Agentes del Imperio de Opereta Festegan su Salvaje Triunfo

La guerra inadjetivable proseguía todavía cuando Sarmiento llegó a la presidencia en reemplazo de Mitre. Pese al consejo de Alberdi, Sarmiento cometió una de sus mayores culpas prosiguiendo esa guerra. Sin embargo, la oligarquía porteña no logró ninguna de sus proyectadas conquistas contra el Paraguay, porque terminada la guerra Brasil se convirtió en defensor de la integridad paraguaya contra las aspiraciones porteñas. A su vez, los acreedores ingleses no fueron menos eficaces protegiendo la integridad de su nuevo deudor contra las ambiciones porteñas y brasileñas. Desde la terminación de la guerra hasta el definitivo arreglo de la paz se abrió una etapa de intensas fricciones con Brasil, que estuvieron a punto de desembocar en conflictos armados. Durante esta etapa el gobierno de Sarmiento se preocupa, tarde y mal, de frenar la ingerencia imperial en la política argentina y tropieza con la oposición del partido mitrista, que actuaba como agente del Imperio, tal cual lo había sido desde su constitución. Sorprende hasta dónde eran antinacionales los políticos mitristas. En enero de 1872, por ejemplo, en momentos de extremada tirantez argentino-brasileño, el pequeño y reptante Elizalde, ex ministro de Mitre, recibe una carta del Barón de Cotegipe, personaje central de la política imperial brasilera, y se lo comunica a Mitre en estos términos: «Enero 24 de 1872. Mi querido Mitre:

He recibido una carta de Cotegipe «reservada» que mañana le llevaré. No podemos hacer uso de ella con el Gobierno, porque sería un abuso de confianza» (Archivo, XVIII, 20). Es decir, que los dirigentes mitristas consideraban un abuso de confianza para con el enemigo del país comunicar al gobierno nacional los planes que el enemigo les comunicaba con carácter reservado. Era actuar como quinta columna brasileña. Y efectivamente, Mitre tenía una peculiar flexibilidad para inclinar la espina dorsal ante el Imperio. Enviado por Sarmiento en misión ante la corte de Río, el prócer oligárquico entrevista al Emperador y le hace manifestaciones increíbles en boca del representante de una nación soberana: «Díjale entonces —informa el propio Mitre— que tenía especial encargo del señor Sarmiento para asegurarle que en ningún caso se turbaría, no sólo la paz entre ambos países, sino las cordiales relaciones que están llamados a cultivar. ... entramos a ocuparnos del estado de la opinión pública en uno y otro país, por lo que respecta a desconfianzas o simpatías recíprocas, diciéndole yo por mi parte que lo veía a él preocupado de una idea de que generalmente participaban los hombres de Estado del Brasil, y era creer que el odio hacia el Brasil era un sentimiento predominante y popular en la República Argentina. Que la política de la paz de la alianza, basada en intereses comunes y justificada por resultados benéficos (?) era una política superior a todas las voluntades que los hechos y las afinidades naturales habían creado, y que ningún hombre ni partido político podrían pretender

destruirla. Que en tal sentido podría asegurarle que ella era popular en mi país, aunque algunos no la aceptasen por el momento, salvo cultivarla el día que estuviesen en el poder» (Archivo, XXVIII, 205). Nítidas y cortantes como el acero fueron las críticas que Sarmiento hizo a estas increíbles declaraciones de Mitre por medio de su Ministro de Relaciones Exteriores, Carlos Tejedor: «Para ensalzar la alianza siguiendo sus propias inspiraciones, tampoco cree el Gobierno que Ud. necesitó decir que ello era popular aunque algunos no lo aceptasen por el momento, salvo cultivarlo el día que estuviesen en el poder lo que envuelve una apreciación que podría ser errada o por lo menos inconveniente, presentando a los estadistas argentinos bajo un punto de vista desfavorable» (Archivo, XXVIII, 208).

Con ese cinismo que la hace tan particularmente insoportable la prensa mitrista había proclamado al iniciarse la guerra de la triple infamia que «La República Argentina va a asumir, por fin, ante el mundo, un carácter simpático y armónico con las grandes aspiraciones del siglo XIX, y va a entrar de lleno en la historia contemporánea con una misión brillante, que atraerá hacia ella las miradas del universo civilizado» (La Nación, abril 21, 1865). De todo esto lo único que queda en pie es que la oligarquía porteña, contra la voluntad de toda la Nación Argentina, entró por derecho propio en la historia universal del impudor con una de las más épicas canalladas que registra la historia del mundo. Con semejante hazaña Mitre impuso el predominio indiscutido de la oligarquía porteña sobre el resto del país, incluso sobre los otrora rebeldes ganaderos entrerrianos, y destruyó también, en beneficio de la burguesía europea y de su servil intermediario sito en las orillas del Plata, el primero y único intento de evolución independiente hacia el capitalismo industrial que conoció América Latina hasta hoy.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ALBERDI, Juan Bautista, Obras Completas (Bs. As., 1887).  
 ALBERDI, Juan Bautista, Escritos Póstumos (Bs. As., 1895).  
 ALBERDI, Juan Bautista, Cartas a Gutiérrez en Correspondencia Diplomática (Bs. As., 1900).  
 ALBERDI, Juan Bautista, Escritos Económicos (La Facultad, Bs. As., 1920).  
 ALLEN G. C., Historia Económica del Japón (Ed. del Derecho Privado, Madrid).  
 BAGU, Sergio, Economía de la Sociedad Colonial (El Ateneo, Bs. As., 1949).  
 BESOUCHET, Lidia, Maua y su Época (América Económica, Bs., As., 1946).  
 CHAVEZ, Fermin, Civilización y Barbarie (Trafac, Bs. As., 1956).  
 D'AMICO, Carlos, Buenos Aires, sus Hombres, su Política (Americana, Bs. As., 1952).  
 FONT EZCURRA, Ricardo, La Unidad Nacional, 108  
 MITRE, Bartolomé, Correspondencia Literaria, Histórica y Política (Museo Mitre, Bs. As., 1912).  
 O'LEARY, Juan E., El Mariscal Solano López (Molinet, Madrid, 1925).  
 PALACIO, Ernesto, Historia de la Argentina (Peña Lillo, Bs. As., 1965).  
 PELLIZA, Mariano A., La Organización Nacional (Suelo Argentino, Bs. As., 1957).  
 PEREYRA, Carlos, Rosas y Thiers (Forjador, Bs. As., 1952).  
 PUIGGROS, Rodolfo, Historia Económica del Río de la Plata (Futuros, Bs. As., 1945).  
 QUESADA, Ernesto, La Política Argentina Paraguaya (Bredahl, Bs. As., 1902).  
 RAMOS, Jorge Abelardo, América Latina, Un País (Octubre, Bs. As., 1949).  
 SALDIAS, Adolfo, Buenos Aires en el Centenario de la Revolución de Mayo (Ed. Oficial, La Plata, 1910).  
 SOMMI, Luis V., Hipólito Yrigoyen (Monteagudo, Bs. As., 1947).  
 VEDIA Y MITRE, Mariano de, Historia de la Unidad Nacional (Estrada, Bs. As., 1946).  
 VERA Y GONZÁLEZ, Emilio, Historia de la República Argentina (La Facultad, Bs. As., 1926).  
 VICTORICA, Julio, Urquiza y Mitre (La Cultura Argentina, Bs. As., 1918).  
 ZINNY, Antonio, Historia de los Gobernadores de las Provincias Argentinas (Vaccaro, Bs. As., 1921).

Las citas de diarios, revistas y archivos se presentan en el texto. Los diarios de sesiones se refieren por sus iniciales: DSCDN, Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación (o del Senado, o de las Provincias según corresponda).

## UNIDAD IV

### DE MITRE A ROCA

#### LA ARGENTINA EN LA ÉPOCA DEL IMPERIALISMO

Terminada la guerra del Paraguay la nación argentina quedó definitivamente pacificada en los términos deseados por la oligarquía porteña. Todavía habrían de producirse levantamientos contra su hegemonía, el más importante de ellos encabezado por el coronel López Jordán, cuando sublevó la provincia de Entre Ríos contra el gobierno de Sarmiento después de mandar asesinar a Urquiza. Pero eran estertores finales de una causa moribunda, agotada frente al creciente poderío de la oligarquía bonaerense. Se afirma entonces el proceso de estructuración capitalista del país, que va cobrando la fisonomía que con variaciones apreciables —pero no de fondo— conserva hasta hoy; gran productor de alimentos y materias primas para el mercado mundial, gran importador de productos industriales, gran deudor frente a los centros financieros del mundo, escasa y deficientemente industrializado. Pero esta estructuración y evolución del país se inicia más o menos coincidentemente con modificaciones fundamentales en los grandes centros capitalistas del mundo, y prosigue en las nuevas condiciones originadas por aquellas modificaciones. En las cuatro últimas décadas del siglo XIX las grandes naciones capitalistas evolucionan hacia el imperialismo, y esto modifica no sólo el capitalismo interno de esos países sino toda la estructura de la economía mundial, que por otra parte recién entonces se convierte en propiamente tal. Poco o nada de lo que ocurre en la Argentina a partir de la presidencia de Mitre puede comprenderse si se pierde de vista esta reestructuración de la economía internacional y su política. Y esto es válido no sólo para la Argentina sino para países como el resto de América Latina, Rusia, China, en general todos aquellos que en las cuatro últimas décadas del siglo XIX permanecían como naciones atrasadas.

Por ello, si se quiere comprender la historia argentina a partir de la presidencia de Mitre es preciso saltar al estudio de la economía mundial, cuya acción se ejercerá intensísimamente sobre la historia argentina. Por otra parte, para apreciar la acción del imperialismo en la historia argentina debemos estudiarla en su evolución general, prescindiendo de la exposición cronológica. Es decir que para apreciar por ejemplo cuál ha sido la función y las consecuencias del capital inglés colocado en los ferrocarriles argentinos es preciso estudiarla en conjunto, dejando para más adelante la detallada exposición cronológica de sus etapas. Y otro tanto ocurre con las relaciones entre las clases dominantes argentinas y el imperialismo. Es decir, que para poder entender el proceso que fue gestando la Argentina que hoy tenemos ante nosotros, es indispensable analizar primero la obra terminada, comprender las leyes generales del proceso, y luego recién entrar en su análisis parcial siguiendo sus etapas cronológicas. Por eso en este capítulo enfocaremos sintéticamente algunas tendencias generales que actúan en ella y sobre ella, originadas en la estructura de clases del país y en los centros de la economía mundial.

En las décadas en que Mitre-Sarmiento-Avellaneda-Roca gobernaban en la Argentina los colosos de la economía mundial abandonaban cada vez más la libre competencia que había caracterizado el funcionamiento del sistema capitalista en las precedentes décadas del siglo XIX. La etapa librecambista del capitalismo significaba fundamentalmente la ausencia de esas gigantescas concentraciones de capital altamente centralizado en pocas manos, tan típicas de nuestro siglo, y el predominio de la burguesía industrial entre todos los restantes grupos de la clase capitalista (comerciantes, banqueros). Por otra parte, la tasa de ganancia dentro de los grandes países industriales era lo bastante elevada para atraer prácticamente todo el capital disponible, de modo que su exportación no era muy importante en cantidad, excepto en el breve período de la década de 1820 en que los banqueros ingleses se dedicaron a invertir en los países latinoamericanos, aventura que pronto abandonaron. De modo que el mercado mundial cobijaba un gran desplazamiento de mercancías, con reducidos movimientos de capital entre los distintos países. Cuando el capital se desplazaba era en su mayor parte llevado por el propietario, que emigraba de su país. Las colonias, o las zonas colonizables, despertaban el interés de las grandes potencias industriales —ante todo y por sobre todo de Inglaterra— en cuanto mercados comerciales, no como mercados de inversión para sus capitales. Y, en concordancia con esto, la intervención político-militar en los países atrasados tenía un carácter esporádico, no sistemático, amateur, muy distinto del que adquiriría décadas después.

Todo esto se reflejaba en la política exterior y en la conducta del capital invertido en el extranjero por las grandes potencias. Era esta la época en que la burguesía inglesa se preguntaba «por qué no dejar a las colonias que prosigan por su propia cuenta su propio desarrollo económico» (Knowles, Industrial, 320) y The Times declaraba que la completa independencia de las colonias constituía «un acontecimiento inevitable» (febrero 11, 1850, ver Knowles, 321). La inversión de capital en el extranjero no era considerada beneficio para Inglaterra (Jenks, 116) y la diplomacia británica no la respaldaba. En la década de los veinte, cuando los prestamistas de las naciones latinoamericanas pidieron que éstas fueran obligadas a reconocer sus deudas externas como precio de su reconocimiento como naciones

independientes, Canning se negó (idem, 117) y él mismo aclaró que «en ningún caso la deuda que un gobierno extranjero pueda contraer con un ciudadano británico será considerada como problema entre ese gobierno y el gobierno británico (idem, 118, 371). Palmerston, aunque con menos rigor, continuó esta política de Canning, limitándose a prometer a los tenedores de empréstitos extranjeros que los respaldaría «con gestiones amistosas» (idem, 119).

En esencia la política británica en estas décadas librecambistas del siglo XIX tendía a promover el comercio inglés en todo el mundo (¡por eso se rompió a cañonazos el aislamiento de China!) pero no la inversión de capital, lo cual concordaba perfectamente con el predominio de la burguesía industrial y su apéndice la burguesía comercial, interesadas en exportar mercancías, no capitales. Como escribía Marx en 1861: «Los únicos ingleses que en Inglaterra desean una intervención en México son los tenedores de bonos mexicanos, los que, naturalmente, nunca han presumido de ejercer ninguna influencia sobre la opinión nacional» (México en la obra de Marx, 40).

Por otra parte, la mayor parte de las inversiones inglesas en el extranjero consistían en empréstitos. En Estados Unidos el capital inglés también financió ferrocarriles, pero rara vez tuvo en sus manos la gestión de los mismos. Generalmente los promotores norteamericanos conservaban la dirección de las empresas y la intervención inglesa se limitaba a percibir el interés del capital prestado. En más de una ocasión los promotores norteamericanos defraudaban y estafaban a los accionistas ingleses, cuyo control sobre las empresas era bastante remoto. El Eric Railway fue uno de los casos más notables de defraudación en perjuicio de los inversores ingleses, y que esto pudiera ocurrir demuestra hasta qué punto era débil el capital inglés en relación a los países en que se invertía. (Kirland, 387).

Tantas veces estafó la burguesía yanqui a sus acreedores extranjeros que «para un norteamericano era sumamente comprometedor hallarse en Londres en el invierno de 1842-43» (Jenks, 104). Todavía en 1928, en plena prosperidad norteamericana, ocho estados de la Unión debían a los acreedores extranjeros empréstitos contraídos en el siglo XIX por valor de 328 millones de dólares» (Williams, VI, 105). Es decir, que Estados Unidos pudo contar con el capital extranjero para la aceleración de su desarrollo económico, especialmente en aquellas ramas de la economía que, como los ferrocarriles, requerían grandes masas de capital, pero en condiciones distintas a aquellas con que América Latina consiguió más tarde esa «ayuda». Las inversiones extranjeras realizadas en Estados Unidos se caracterizaron por dejar la promoción, el control y la dirección de las empresas en manos de la burguesía yanqui. O, en otro caso, consistían en el traslado físico del capital junto con el propietario, que emigraba y a la tercera generación se convertía en burgués norteamericano. No existía nada comparable al desplazamiento actual de los monopolios hacia América Latina, donde realizan inversiones cuyo control conservan. Hacia fines del siglo XIX las inversiones extranjeras en Estados Unidos — como en todo el mundo— presentaban las características propias del imperialismo, conservando para sí la propiedad, la gestión y el control de las inversiones.

Pero ya entonces la burguesía yanqui era lo suficientemente fuerte como para desplazar al capital extranjero allí donde se lo propusiese, y desde 1914 todas las inversiones extranjeras lucrativas-rentables fueron adquiridas por el capital yanqui. Tal era la independencia que un país deudor de la época librecambista tenía frente a sus acreedores (diferencia brutal con la época que siguió a esta) que el capitalismo yanqui se dio el lujo de ser el deudor más moroso y el defraudador más grande de las inversiones extranjeras, como que todavía adeuda varios empréstitos contratados hace más de un siglo. La posibilidad que tuvo la burguesía yanqui de violar sistemáticamente sus compromisos con el capital extranjero, y contar sin embargo con nuevas y crecientes inversiones extranjeras contrasta con el bloqueo que el imperialismo cierra en torno a los países atrasados que en el siglo actual o fines del XIX no cumplen sus «obligaciones» con el capital financiero internacional. El contraste diferencia netamente dos fases de la evolución del capitalismo. A América Latina le tocó desarrollarse en la última y menos favorable y, dicho sea de paso, nunca como aquí quedó demostrado que la historia no es un simple y tranquilo proceso evolutivo en que los que vienen después repiten con algunos años de atraso el camino de los que vinieron antes. La Argentina y algunos de los otros países más adelantados de América Latina —del resto no hay ni que hablar— inician su moderno desarrollo capitalista apenas cincuenta años más tarde que Estados Unidos. Pero en esos cincuenta años las mayores virtudes del capitalismo se han agotado y su maduración imperialista empezaba a poner en juego todas sus lacras, cerrando el camino hacia la civilización a la mayor parte de la humanidad.

Advirtiendo que es preciso no olvidar «la significación condicional y relativa de todas las definiciones en general, las cuáles no pueden abarcar nunca en todos sus aspectos las relaciones del fenómeno en su desarrollo completo», Lenin resumió en cuatro puntos las características esenciales del imperialismo: «1) la concentración de la producción y el capital llega hasta un grado tan elevado de desarrollo que ha creado el monopolio, el cual desempeña un papel decisivo en la vida económica; 2) la fusión del capital bancario con el industrial y la creación, sobre la base de este «capital financiero», de la "oligarquía financiera"; 3) la exportación de capital, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere una importancia particular; 4) la culminación del reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes. El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en la cual ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, ha adquirido una importancia de primer orden la exportación de capital, ha empezado el reparto del mundo entre los trusts internacionales y ha terminado el reparto del mismo entre los países capitalistas más importantes» (Imperialismo, 139).

Los críticos de la teoría leninista gustan señalar la existencia antes de las últimas décadas del siglo XIX, período indicado por Lenin como punto de partida del imperialismo, de numerosos fenómenos que son propios de la etapa imperialista: monopolios, exportación de capital, política colonial. Olvidan que lo que en la teoría leninista caracteriza la etapa imperialista del capitalismo no es la existencia aislada de trusts, o de colonias, o la exportación del capital. La relación funcional entre estos fenómenos, es decir, una

vinculación tal que la existencia de cada uno de ellos resulta inseparable de los restantes, y varía con la variación de cualquiera de los otros, su entrelazamiento y su dominio sobre todas las restantes manifestaciones de la economía capitalista, eso es lo que caracteriza al imperialismo. Y esa vinculación funcional entre monopolio, capital financiero, exportación de capital y reparto del mundo sólo aparece precisamente en el período indicado por Lenin. Y precisamente porque en etapas anteriores del desarrollo capitalista faltaba esa relación funcional entre monopolio, capital financiero, política colonial y exportación de capital —y no podía menos que faltar dado el desarrollo relativamente limitado de la producción capitalista y sus leyes de concentración y centralización— el contenido de fenómenos exteriormente similares a los propios de la etapa imperialista era distinto. Inglaterra tuvo una política colonial mucho antes de que el capitalismo inglés se transformara en imperialismo. Pero la similitud se limita a la forma y allí termina. «La política colonial y el imperialismo existían— ya antes del capitalismo en su fase actual y aun antes del imperialismo. Roma, basada en la esclavitud, llevó a cabo una política colonial y realizó el imperialismo. Pero los razonamientos generales sobre el imperialismo, que olvidan o relegan a segundo término la diferencia radical de las formaciones económico-sociales, se convierten inevitablemente en vulgaridades nuevas o en pura retórica, tales como la de comparar la Gran Roma con la Gran Bretaña. Incluso la política colonial capitalista de las fases anteriores del capitalismo se diferencia esencialmente de la política colonial del capital financiero» (Imperialismo, 127, 128). Aunque Lenin no tuvo tiempo de desarrollar este problema, la justeza de su apreciación surge con claridad de todos los estudios serios acerca de la política colonial de la época librecambista.

Un documentado investigador inglés define así el período 1783-1870 del capitalismo británico: «Desprecio general de las colonias. Inglaterra organizada para el intercambio mundial no encontraba acomodo en los estrechos límites del sistema colonial» (Knowles, 314).

No es posible comprender la historia argentina desde Mitre en adelante sin conocer los rasgos esenciales que caracterizan a las relaciones entre el imperialismo —fase superior de desarrollo alcanzado por el capitalismo en un grupo de países industriales— y el conjunto de las regiones dependientes de las potencias imperialistas. Y para comprender esto hay que adentrarse en la esencia del imperialismo. El capitalismo, en su fase imperialista, supone el monopolio. El monopolio, culminación del proceso de concentración y centralización del capital a que el capitalismo conduce inevitablemente en su desarrollo, expresa la quiebra del sistema, su incapacidad para seguir desarrollando las fuerzas productivas en su conjunto. En su etapa monopolista el capitalismo «ya no es capaz de progresar en bloque. Esto no significa que ciertas ramas de la industria y ciertos países no puedan progresar con un ritmo desconocido hasta ahora. Pero ese progreso se realiza y se realizará en detrimento de otras ramas y de otros países. Los gastos de producción del sistema capitalista mundial devoran cada vez más sus beneficios» (Trotsky, La internacional, I, 28). En su fase imperialista el capitalismo se torna monopolista en escala nacional y mundial. El carácter expoliador y parasitario, la apelación a la fuerza económica y extraeconómica, que definen la conducta de los monopolios hacia sus obreros, hacia el consumidor y la sociedad en su conjunto, se elevan

a un plano superior, caracterizando la política económica de los países imperialistas. «Se trata de un monopolio capitalista, esto es, que ha nacido del seno del capitalismo y se halla en las condiciones generales del mismo, de la producción de mercancías, de la competencia, en una contradicción constante e insoluble con dichas condiciones. Pero, no obstante, como todo monopolio, engendra invariablemente una tendencia al estancamiento y la descomposición (Imperialismo, 155).

Ese carácter monopolista y parasitario del imperialismo tiene una tremenda importancia para las regiones atrasadas, porque en él se contiene precisamente la imposibilidad para estas regiones de desarrollarse y superar su atraso en los marcos del sistema capitalista. Enemigos de la libre competencia, los monopolios lo son también, e irreconciliables, de Vico y su escuela. La transformación del capitalismo de los grandes países industriales en capitalismo monopolista impide que los países atrasados repitan el ciclo histórico cumplido por aquellos en su evolución desde la pequeña producción precapitalista a la gran industria moderna. El monopolio constituye, en última instancia, un intento de frenar la tendencia al descenso constante de la tasa de ganancia. Para contrarrestar esta tendencia, el monopolio debe impedir, en el mercado local, el acceso de nuevos competidores a las ramas monopolizadas —las más lucrativas— de la industria. En el mercado mundial, el monopolio necesita mantener el atraso de las regiones atrasadas, porque precisamente extrae sus superganancias de ese atraso, del desnivel que el mismo implica entre las economías imperialistas superdesarrolladas y las economías atrasadas y dependientes. El carácter parasitario y expoliador del capitalismo monopolista hace que los civilizadores cierren el paso a los que se civilizan, como gráficamente lo expresara Trotsky. «La esencia misma del imperialismo implica la utilización de las diferencias de nivel que existen en el desarrollo de las fuerzas productivas de los distintos sectores de la economía mundial, con el fin de asegurarse la totalidad de la plusvalía monopolizada».

## CONSOLIDACION DE LA OLIGARQUIA ANGLO-CRIOLLA

### La Situación Argentina Según los Financistas Británicos

La ubicación de la Argentina en el nuevo mundo que la maduración imperialista del capitalismo comenzaba a estructurar había de ser decidida por la situación interna del país en los momentos en que se iniciaba su definitiva estructuración capitalista, es decir, en los días del gobierno de Mitre. Un «Informe de las condiciones financieras, comerciales, etc., de la República Argentina, recopilado en 1866 por el secretario de legación de su Majestad Británica en Buenos Aires, presentado entre otros a ambas legislaturas del Parlamento Inglés», suministra datos exactísimos para filiar la estructura real del país en aquellos momentos. Tenía el nuestro 1 millón 400.000 habitantes, para una superficie de la que sólo su mitad excede al tamaño de Inglaterra, Irlanda, Francia y España juntas. Había dos habitantes por milla cuadrada, es decir, el país estaba desierto. Lanas lavadas y sin lavar,

cueros, sebos, grasa, huesos, carne salada, eran sus principales exportaciones. Inglaterra ocupaba el primer puesto en el comercio exterior del país, y más de la mitad del valor de lo importado desde Inglaterra consistía en tejidos, sedas, artículos de hilo, ropa hecha, té, artículos de talabartería, cerveza, todo lo cual indica el atraso —mejor dicho, la inexistencia— de industria nacional del tipo más elemental. Lo cual no impedía que se le debieran a Inglaterra 13 millones de pesos fuertes. Y además, de cada 100 millones de pesos papel 14 pertenecían a ingleses e irlandeses, y —decía el secretario de la legación británica— «es digno de observarse que las sumas depositadas por los ingleses e irlandeses son sumamente crecidas cuando se compara con el número limitado de depositantes, circunstancia que puede definirse palpando el hecho de las vastas riquezas que poseen los ciudadanos británicos que sostienen casas comerciales en Buenos Aires» (17). El observador inglés reconocía que «es este un país que cualquiera que le haya visitado no puede dudar que está predestinado un día no lejano a ocupar un alto puesto en la categoría de las naciones», pero, señalaba «la indolencia de sus habitantes nacionales, y una marcada indiferencia para abrazar cualquier sistema de industria, presenta un obstáculo sumamente serio en contra del desarrollo de los recursos del país». Del balance de todos estos elementos y factores la conclusión, desde el punto de mira de la Bolsa de Londres, era obvia: «No sería una exageración afirmar —decía textualmente el secretario de la legación británica— que en empresas inglesas y en el empleo de capitales británicos se encontrará la clave precisa de la prosperidad argentina» (todas las citas del folleto referido). Lo cual quería decir, en esencia, y por cierto que sin exageración alguna, que la clave precisa de la prosperidad del capital británico se encontraban en el trabajo argentino contabilizado a su favor.

En esta telegráfica descripción de la situación material del país se encuentra el núcleo de su próxima enajenación al capital Financiero internacional que le impediría ocupar «un alto puesto en la categoría de las naciones», excepto como deudor y proveedor de carne y trigo. La economía del país giraba en torno a la exportación de materias primas en bruto y la importación de artículos industriales. El censo de 1869 revelaba que en todo el país había 58 mil sirvientes y 8 mil mozos de café contra solo 92 mil hiladores y tejedores y apenas 8 mil agricultores, lo que da una idea bastante clara del atraso nacional. En el comercio exterior y en la producción para el comercio exterior se asentaba la riqueza de las clases dominantes más poderosas: estancieros y comerciantes del Litoral. No había industria nacional ni quien tuviera interés en desarrollarla. Para las clases dominantes —y no podía ser de otro modo— la prosperidad nacional consistía en producir para vender en el mercado mundial materias primas por un lado, y comprar manufacturas por otro. Ellas veían beneficioso perpetuar al país como colonia de la industria europea, con el moderno agregado de que, para ampliar y facilitar ese proceso de intercambio con las imprescindibles obras públicas e industrias se contaba con el capital europeo —inglés ante todo. Clases desinteresadas de la producción para el mercado interno, como eran los estancieros y comerciantes, no estaban en modo alguna inclinadas a distraer sus capitales de la ganadería o el comercio —donde se centuplicaban a corto plazo— para invertirlos en empresas vitales para la economía nacional pero que, a más de requerir grandes masas de capital, exigían una aplicación a la producción bastante más compleja que la de criar vacas o vender sus productos. Lógicamente estas clases tenían que llegar a la conclusión de que la clave de su prosperidad estaba donde lo indicaba

el encargado de negocios de su Majestad Británica: en empresas inglesas y en el empleo de capitales británicos.

## El Fecundo Consorcio del Capital Inglés y los beneficios de la Oligarquía

En sí mismo el atraso no era en aquel momento un mal insuperable. Un siglo y medio antes Inglaterra era incluso menos que la Argentina en la presidencia de Mitre. En 1685, con cinco millones de habitantes (cinco veces más que la Argentina) Inglaterra tenía menos renta nacional que la Argentina y todas sus rentas aduaneras eran inferiores a las que producía sólo la Aduana de la Provincia de Buenos Aires (Mitre, Arengas 226-7). Y además la Argentina tenía la ventaja de que podía importar directamente todos los elementos técnicos que habían hecho la grandeza inglesa; podía saltar del caballo al ferrocarril sin repetir la evolución de los medios de transporte; podía importar maquinaria industrial moderna sin repetir la evolución que va del artesanado a la manufactura y a la fábrica.

Así hizo Estados Unidos. Pero aquí faltaban las fuerzas motrices —es decir, las clases sociales— capaces de salvar el retraso histórico dando un gigantesco salto hacia adelante aprovechando las conquistas y la experiencia de los que habían evolucionado antes. La oligarquía argentina era muy capaz de engordar a compás con sus vacas, deslumbrar a ciertos círculos parisinos, y en el viaje arrojar al mar su vajilla de oro, como cuenta La Nación que hacía la familia Anchorena (La Nación, número extraordinario de enero 4, 145, 37). Pero nada más.

Inglaterra necesitaba exportar capital. La Argentina necesitaba importarlo. Nada peligroso había en hacerlo si el Estado hubiera sido controlado como en Estados Unidos o Japón por una clase nacional fuerte, interesada en el desarrollo autónomo de la nación orientado hacia el mercado interno, no sólo hacia el mercado mundial como mero apéndice de la industria europea; una clase capaz de negociar de igual a igual con el capital extranjero, no de transformarse en capataz suyo para la explotación del país. Tal clase no existía. A diferencia de la decrepita parasitocracia china o egipcia, por ejemplo, la oligarquía argentina, preferentemente su ala estancieril bonaerense, era bastante fuerte para resistir los intentos más directos de colonización política, como lo demostró bajo Rosas, pero carecía totalmente de capacidad y de interés en resistir la colonización financiera por la bolsa de Londres, aunque ocasionalmente se rebelase —por lo general sólo verbalmente— contra los aspectos más opresivos para sus propias ganancias.

En 1874, analizando la crisis económica que atravesaba el país Alberdi señalaba que «la crisis no ha nacido de un solo empréstito extranjero, sino de los muchos empréstitos que Londres ha hecho a los gobiernos del Plata en los años anteriores a su explosión. En pagar los intereses de su valor total de 80 millones se va hoy la mitad de lo que produce el erario público». Y agregaba: «Decir que las cosas del Río de la Plata han vuelto a caer hoy en el estado en que se hallaban antes de la caída de Rosas, no es agravo

al gobierno actual, como tal vez lo piensen sus partidarios; es, al contrario, cumplimentarlo, porque el presente estado es peor que lo era el del pasado bajo Rosas. Bajo Rosas no debía el país 60 millones de pesos fuertes al extranjero, cuyos intereses absorben la mitad de su renta pública, la mitad de lo que cada argentino saca de su bolsillo para costear al gobierno» (Económicos, 287 y 237). Eso era en 1874. En 1885 se debía al extranjero 149 millones de pesos oro (Williams, 23). Cuarenta de cada 100 pesos que el país obtiene por sus exportaciones se destinan en 1884 a pagar los intereses y ganancias de las inversiones extranjeras. Cada vez era mayor el peso específico del capital extranjero —inglés— en la economía nacional, y mayores sus privilegios de tipo monopolista. Dirigida por clases cuya esencia misma las contraponen al desarrollo autónomo de la nación, la economía argentina se pone al servicio del capital extranjero, y no a la inversa.

En 1877 el Presidente Avellaneda sintetiza en frase rotunda la política permanente de las clases dominantes argentinas: «ahorrar sobre el hambre y la sed del pueblo para poder pagar a los acreedores extranjeros» (Busch Escobar, 203).

En 1861 correspondió a Mitre —¡claro está!— formular lo que durante 80 años sería el mandamiento número uno del decálogo de nuestra política frente al imperialismo: "Cuando las Provincias Unidas no encontraban un solo argentino que les prestase un real, el capital inglés envió a una sola de sus provincias la cantidad de cinco millones de libras esterlinas... ¡brindo por el fecundo consorcio del capital inglés y del progreso argentino!" (Arengas, 228). En verdad el progreso argentino fue desde el comienzo un progreso con coyunda, o sea se hizo en beneficio principalísimo del capital inglés y en detrimento del desarrollo propiamente nacional —es decir, interno y hacia adentro— de la economía argentina. Fue y es un progreso a la cangreja. En vez de regatear y aprovecharse de él como había hecho la burguesía yanqui, la oligarquía argentina se entregó de brazos abiertos al capital británico como la mejor forma de enriquecerse ella misma sin mayores complicaciones. Y desde luego le tocó a Mitre marcar el rumbo en materia de concesiones escandalosas. Al Ferrocarril Central Argentino se le garantizó una ganancia anual de 7% sobre un capital doble del necesario para construir la línea, y se le regaló una legua de campo a cada costado de la vía, totalizando casi 350.000 hectáreas (Scalabrini en «Servir», abril-julio, 1938). Los historiadores stalinistas argentinos, fieles a la línea de Radio Moscú, que les prepara el camino para la Unión Democrática con los herederos políticos del mitrismo, calificándolo de «gran patriota argentino» y «ejemplo de servicio a la patria» (La Nación, enero 20, 1957), afirman que al hacer esas concesiones de abierta traición al país Mitre siguió «una norma norteamericana» (Sommi, Irigoyen, 36). ¡Mentiras stalinomitristas! El propio Sarmiento entonces ministro en Washington del gobierno de Mitre, lo denunció en páginas cuidadosamente censuradas por la historia oficial. En agosto de 1865 escribía desde Nueva York: «Veo que se solicitan concesiones de tierras. Siento decir que, conviniendo completamente en ese sistema, deploro sólo la manera de hacerlo. En los Estados Unidos son frecuentes estas concesiones de terreno a lo largo de los ferrocarriles; pero se hacen en lotes alternados, promediando entre los concedidos uno de igual extensión que retiene el propietario original. De este modo se «consigue que no se entregue para siempre el dominio del territorio atravesado por la línea a los que la

explotan, con todas sus ventajas; y hacer valer el propio terreno tanto en lo futuro, como valga el vecino concedido, con lo que se compensa el sacrificio hecho. Conceder también centenares de leguas porque hoy valen poco, pero que valdrán millones, es prodigar irreflexivamente la fortuna" (Obras, XXIX, 61-62). Esta era una política nacional-burguesa de moderada defensa contra la monopolización de la riqueza nacional por el capital extranjero. ¿Qué hizo el gobierno mitrista ante esta sugerencia de Sarmiento?. Lo que correspondía hacer a un gobierno de la oligarquía portuaria: tirarla al canasto. Sarmiento ha dejado testimonio en una de sus cartas; «Me contestó una nota de dos pliegos de polémica, para aprobarme que él se lo sabía, y que las leyes de Estados Unidos le habían servido de modelo, al dar la línea de Córdoba al Rosario toda entera a una compañía extranjera. He tenido que medir y pesar las palabras de mi contestación para no entender el espíritu pueril de estas observaciones, que sólo tienden a echarme la pierna encima, como dicen, y mostrarle la verdad del caso. Pero esa nota no verá jamás la luz pública, porque son mi gloria y probablemente no contribuyan mucho a la de ellos». Y en efecto, ese trabajo de Sarmiento ha desaparecido totalmente. (Cartas a Posse, I, 164-5).

De ese modo, entre crecientes empréstitos y creciente participación del capital extranjero en la economía nacional se va evolucionando hacia una situación en que toda la estructura económica argentina descansa en una base y presenta casi un solo objeto, el de comprar y vender, tomar prestado y pagar al exterior (Williams, 11). Cuando el proceso recién evidenciaba sus primeras consecuencias, Alberdi escribía con su habitual lucidez: «La América del Sud, emancipada de España, gira bajo el yugo de su deuda pública. San Martín y Bolívar le dieron su independencia, los imitadores modernos de esos modelos la han puesto bajo el yugo de Londres. Esta dependencia no es menos pesada que la que tuvo de España. En los dos casos es ajeno el fruto de su trabajo y de su suelo. ¿Cómo salir de ella? ¿Cómo libertarse de sus acreedores, sus soberanos modernos?» (Económicos, 407). Diez años después, cuando el yugo de Londres era mucho más firme, Sarmiento constataba: «Vamos tranquilamente al abismo; viéndolo unos, a ciegas los más; empujando algunos. Se deben trescientos millones. Créese que Pellegrini ha arreglado el empréstito, bajo la tutela del sindicato. ¡Cuestión de Egipto! Nosotros quedaremos por un siglo bajo la inspección aduanera. ¡Vamos a elegir un nuevo gobierno! Buscáronse nombres que para la Bolsa de Londres, no para la nuestra, fuesen garantía, o prenda» (Cartas a Pose, II, 535-7).

## Mitre Precursor de Todas las Lacras de la Política Oligárquica

Todo este proceso se desarrolla y es el resultado de la política de los gobiernos de Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Juárez Celman.

Cada uno de estos gobiernos refleja una combinación peculiar de intereses dentro de la oligarquía, pero el resultado uniforme de su acción es afianzar la riqueza y el poder

de la oligarquía y el peso específico del capital extranjero en la economía nacional. Vistos ya sus resultados cabe seguir a grandes rasgos la política de estos gobiernos, en particular la de Mitre, que fue en todo sentido —mal sentido— el pionero.

Impuesto por las armas contra el deseo de la mayoría del país, y respaldado en la reducida oligarquía bonaerense, sobre todo en su sector comercial, el mitrismo reflejaba sin distorsiones el carácter parasitario y antinacional de esas clases dominantes. Con la misma intensidad con que era liberal para ceder tierras al capital imperialista era absolutista para monopolizar los beneficios del aparato estatal e impedir que se beneficiaran con él, no ya los representantes de fuerzas sociales hostiles a la oligarquía, sino otros grupos de políticos oligárquicos. De ahí el fraude, la violencia contra los opositores, la corrupción, la utilización del presupuesto como tierra conquistada y todas las características de la «política criolla», que lo son en verdad de la política de todos los países atrasados, dónde no existen bases materiales y culturales para la democracia burguesa, sino apenas para gobiernos oligárquicos.

Fue Sarmiento quien primero denunció a Mitre como iniciador y promotor del fraude electoral en la Argentina (Vera, 255). Y así fue, en efecto. La forma de hacer las elecciones era tan mala que se prestaba a todo género de fraudes y engaños. Y el mitrismo era fervoroso defensor de ese sistema, único capaz de asegurarle el gobierno. «En 1857, elegido Sarmiento senador por San Nicolás, presentó un proyecto de ley electoral que distaba mucho de la perfección, pero que hacía muy difícil el fraude en la forma escandalosa y descarada que se hacía entonces. El senado provincial lo aprobó; pero cuando pasó a la Cámara de Diputados fue encarpeta y nadie lo tomó en cuenta en todo el año. Al siguiente, el Senado envió una nota a la Cámara en la que pedía su punto despacho, pero no se le hizo el menor caso. Sarmiento quiso indagar particularmente el por qué de esa conducta, y fue a ver a los hermanos Elizalde, que en la Cámara venían a representar la personalidad de Mitre —en su carácter de confidentes íntimos y ejecutores o transmisores de sus órdenes— y que en ese concepto ejercían autoridad omnimoda. Su ley —le dijo Rufino— no se despachará; no puede despacharse. Y ante el asombro de una interrogación de Sarmiento, añadió: «Esa ley tiene el defecto de ser demasiado buena; y lo que nosotros necesitamos es asegurarnos el Gobierno» (Vera, XIII, 250). Todo esto no le impedía a Mitre afirmar que «si yo creyera que en el fondo de la urna que me proclamase presidente de la República había un solo voto falso, declinaría el alto honor de presidir los destinos del pueblo argentino». Y un siglo después todavía se siguen citando estas palabras increíblemente mentirosas para probar la aspiración de Mitre a «la pureza del sufragio y su repugnancia por el fraude...» (La Nación, enero 15, 1956).

Se habla también de que Mitre era «enemigo de todo poder despótico» (Idem). Lo que es cierto si se agrega: que no fuera el suyo. Es innecesario destacar que todo el gobierno de Mitre transcurrió bajo el estado de sitio, entre fusilamientos y masacres pacificadoras, para aplastar la insurrección nacional contra la guerra de la inadjetivable alianza. «La administración del general Mitre, prescindiendo del artículo constitucional, ha declarado reos de rebelión y puesto fuera de la ley a todos los ciudadanos que se alistaron bajo la bandera de la revolución, cuando el país era oprimido por la férrea



imposición del Estado de Sitio, que entregaba a los ciudadanos desarmados a la saña de los gobiernos, los cuales remitían encadenados los contingentes del Paraguay». (El Río de la Plata, setiembre 29, 1869). Así lo denunciaba José Hernández. «No hubo un solo día de los seis larguísimos años de ese gobierno, que en algún punto de la República, o en toda ella, no estuviera decretado el estado de sitio, que suspende todas las garantías constitucionales» (D'Amico, 111).

Tampoco faltó la corrupción bajo el austero Mitre. «Mitre ha sido un gobernante honrado solamente en este sentido, que él no ha tomado un peso de las arcas públicas; pero durante su gobierno sus empleados han llevado el abuso hasta la más escandalosa exageración, y los robos eran tantos y tan frecuentes, que a nadie le llamaba la atención; ¡se robaba hasta las cajas de cirugía del ejército! Si en la actualidad (1890) se hacen fortunas inmensas a la sombra del poder, esas son migajas al lado de aquellas fortunas colosales que se hacían por los íntimos del general cuando Cepeda, cuando Pavón, cuando el Paraguay. Y Mitre creía que su honestidad quedaba immaculada, puesto que él no participaba en manera alguna de aquella arrebatina» (D'Amico, 105).

También ha sido Mitre el preclaro precursor del despido en masa de empleados públicos. «El fue quien primero destituyó en masa a los empleados públicos que no abdicaban de sus derechos de ciudadanos; listas enormes que empezaron por los empleados de aduana, de destituidos, porque asistían a determinados clubes o porque no asistían a los clubes oficiales que él mandaba organizar» (D'Amico, 105). Después de Pavón, cuando Mitre como gobernador de Buenos Aires se convirtió de facto en el presidente de la Nación, se apresuró a declarar cesantes a todos los agentes diplomáticos que la Confederación había enviado a Europa, y «no se les pagó un solo peso ni para el pasaje» (Vera, XIII, 168). El golpe iba dirigido contra Alberdi, que quedó en Europa desprovisto de medios de vida. Mitre satisfacía así, con la bajeza que caracteriza su política, su odio implacable contra Alberdi, todo lo cual no impide a un apologista de Mitre y asalariado de La Nación —socialista él, — decir de Mitre que «su espíritu liberal y su tolerancia están de manifiesto en todos sus actos y casi no hace falta decir que el odio o el resentimiento no ocuparon lugar alguno en su corazón» (La Nación, enero 15, 1956).

¿Falta algo?: sí, y muy importante. El mitrismo fortalece y utiliza todos los resortes represivos del Estado, procurando perpetuarse mediante ellos en el poder o asegurarse con ellos el retorno por la fuerza en caso de perderlo electoralmente. «La presidencia de Mitre —escribía un íntimo amigo de Sarmiento— y la pestilencial candidatura de Elizalde nos han dejado en medio de la más completa desmoralización, y lo que es peor, con un personal militar en el interior que será sarna que tendremos que rascar por muchos años. Elizalde ha prodigado grados militares en las provincias a hombres que jamás han conocido el ejército, a caudillejos que nunca sirvieron a la patria y sin otro título que haber trabajado a puntapiés y a garrote por su candidatura. Después que esa candidatura murió de muerte pésima, todavía están lloviendo grados, no sólo para pagar el servicio sino para organizar con esos elementos una resistencia próxima o futura a Sarmiento» (Posse, I, 184).

Y el mismo le decía a Sarmiento: «Me hablas de tu plan político, de mejoras sociales, y entre éstas la del ejército, lo que vale decir que vas a poner el dedo en la llaga. Tenemos que hasta los últimos momentos de la administración pasada (de Mitre) se han estado sellando militares de oficina, confiriendo grados; a unos por favoritismo, a otros por aliados políticos, con el fin palpable de crear caudillejos para miras ulteriores contra la actual presidencia» (idem, 196). Y el propio Sarmiento lo corroboraba; «Andando el tiempo, y como consecuencia del gobierno y de los mandos militares que en tan largo lapso había ejercido en el ejército (se refiere a Mitre quien «desde la primera revolución de setiembre de 1852 llena toda la historia gubernativa como Ministro, General, Gobernador y Presidente») resultó también que la mayor parte de los generales de la república eran o sus parientes, o sus deudores y partidarios personales, a tal grado que se constituyó gerente y apoderado de la pléyade de generales suyos» (Obras, XL, 19).

Terminada su presidencia y derrotado su candidato Elizalde, que era muy popular en la corte de Río de Janeiro, pero que por eso mismo devino en todo el país el rey de los espanta-votos, Mitre se dedicó a preparar la reconquista del poder para él y su pequeña sub-oligarquía. El austero republicano quería el poder por cualquier medio, incluso el motín militar contra el gobierno legalmente constituido, y a preparar el motín se dedicó apenas llegado Sarmiento a la presidencia. José Hernández describía con palabra precisa los métodos y el origen de la oposición mitrista, «La Nación incita al Congreso a interpelar al Gobierno, pero su celo no era tanto cuando los agentes de la administración pasada recorrían las provincias llevándoles en la punta de las bayonetas la última voluntad del gobernante envanecido con las victorias alcanzadas sobre argentinos» (Río de la Plata, agosto 7, 1869). Mitre —agregaba— es jefe de una oposición tan cruenta y sistemática que marcha fatalmente a la revolución». Esto escribió Hernández en 1869 y así ocurrió, en efecto, en 1874. (Río de la Plata, noviembre 3, 1869). «El único órgano en la prensa argentina, de los intereses oligárquicos, es la coqueta palaciega que lleva por nombre Nación Argentina. Ministerial habil y constante durante la desastrosa presidencia del héroe de Sierra Chica (en ese lugar en 1855 «los indios armados únicamente de lanza, dice D'Amico, derrotaron completamente al ejército de Mitre, superior en número y de las tres armas, le quitaron todas las caballadas y los cañones) no olvida sus amaños del voto falso, de las cábalas electorales medidas vedadas con que fue subiendo esa mediocridad ambiciosa e inquieta. Los únicos reaccionarios son los oligarcas, los que creen que ellos y solo ellos pueden y deben vivir de ministros, senadores, diputados, por obra y gracia del condecorado (Mitre) con órdenes del Brasil» (Río de la Plata, diciembre 2, 1869). Y Sarmiento era igualmente explícito en sus cartas confidenciales: «Mitre se lanzó en la declamación, pero furiosa, demagógica, revolucionaria» (a García, 44). «Mitre entra en compañía con Gutiérrez para escribir La Nación. El uno decentemente, y el otro se desatará los calzones a su lado. Mitre promete no oler ni taparse las narices» (idem, 65).

El último estertor del mitrismo, en cierto sentido el último acto del gobierno de Mitre, fue la insurrección militar del año 74 contra el gobierno de Sarmiento. Insurrección financiada «por la últimas libras esterlinas ganadas por los proveedores del ejército imperial brasileño» (Quesada, 176). El motín tuvo por objeto real restaurar a la sub-oligarquía mitrista en el poder, ostentando por lema de su pabellón de guerra la

libertad... Entre sus campeones libertarios traía Mitre en su ejército... a los indios de la tribu del cacique Catriel (Saldías, 232). Como se recordará Mitre hizo la guerra del Paraguay en nombre de la civilización. Una caricatura de la época retrataba al cacique Catriel con frac, sombrero de copa y guante blanco y vestidos de indios a Mitre, Elizalde, Arredondo y demás integrantes de la pandilla mitrista y hacía decir al cacique: ¡Qué vergüenza! «Un hombre decente como yo conducido por esta indiada!» (Saldías, 235). El razonamiento resultaba diáfanoamente correcto, porque la sub-oligarquía mitrista era de una rapacidad igual en brío aunque muy superior en alcance a la de los indios. El motín fracasó, porque lo rechazaba la mayor parte del país y hasta el grueso de la oligarquía porteña —excepción hecha del reducido núcleo directamente ligado al mitrismo por razones de negocios— que veía amenazada la buena marcha de sus negocios por esta alteración del orden que, en caso de triunfar, desencadenaría fatalmente una nueva reacción en cadena de insurrecciones antimitristas. En el interior del país, vivo todavía el recuerdo de la pacificación mitrista que siguió a Pavón, «hasta las piedras lo rechazan a él y a Mitre según le comunicaba telegráficamente a Sarmiento un jefe de las fuerzas del gobierno radicado en el Interior (Roca, 65). Y fracasa desde luego, por un decreto temprano de los hados, es decir, por la infalible ineptitud militar del jefe de la patriada.

### Indiferencia de la Clases dominantes Argentinas Frente a Latinoamérica

El gobierno mitrista es también el precursor de una característica cimiental —y de las más antinacionales— de la política oligárquica, consistente en dar la espalda a Latinoamérica y dedicarse exclusivamente a tratar con el capital europeo. Mientras el Paraguay independiente de López constituía un foco de reagrupamiento de todos los elementos contrarios a la oligarquía porteña, el mitrismo fue declaradamente latinoamericanista, en el sentido de reivindicar el derecho de la oligarquía porteña de intervenir en la política de los países vecinos para impedir que el Interior argentino se respaldara en ellos. Pero, liquidado ese peligro, la oligarquía —que vendía y compraba en Europa y en Europa contratava sus empréstitos— no sentía ya ninguna necesidad de ocuparse de los países latinoamericanos, y rechazaba cualquier intento o planteamiento, por abstracto que fuera, de unidad latinoamericana, porque presentía que eso atentaba contra los intereses del imperialismo inglés. Y las buenas relaciones con Inglaterra eran la razón suprema para la oligarquía porteña.

En los primeros momentos del gobierno de Mitre se produce un serio incidente diplomático con empleo de fuerzas navales entre España y Perú. Se realiza en Lima un Congreso continental de apoyo al Perú, y Sarmiento, entonces ministro ante Washington de paso por Lima, se adhiere al Congreso y al ideal de unidad latinoamericana en él implícito, habiendo pronunciado antes en Chile un belicoso discurso americanista, aplaudido por Andrés Bello y excomulgado pontificalmente por Mitre. Mitre lo desautoriza, pues se opone a todo planteo de unidad latinoamericana en los siguientes términos, cristalinamente reveladores de la política mitrista: El solo planteo de la unidad proviene,

según Mitre, «de la idea pueril de la hermandad» (La Biblioteca, 281). Me repugnaba, decía Mitre, «tomar por base de las resoluciones de los gobiernos, las consideraciones pueriles que se hacían valer para motivar la liga de una o más repúblicas americanas. Que la verdad era que las repúblicas americanas eran naciones independientes, que vivían de su vida propia y debían vivir y desenvolverse en las condiciones de sus respectivas nacionalidades, salvándose por sí mismas o pereciendo si no encontraban en sí propias los medios de salvación». Era malo —decía Mitre— «hacer americanas todas las cuestiones con Europa» de cada país. Hablar de la unidad latinoamericana era, para él, «jugar a las muñecas» puesto que la idea de la hermandad de intereses entre las naciones latinoamericanas «no responde a ningún propósito serio para el porvenir». Esta correspondencia de Mitre fue publicada y comentada por Paul Groussac, escritor francés de irrefutable autoridad en materia de mitos y tradiciones solemnes, que, imperturbablemente aferrado a los lugares comunes del liberalismo y al presupuesto del Estado argentino, cumplía en el terreno intelectual la misma función destructora de los intereses nacionales que el ferrocarril inglés en el campo de la economía. Y, ¡por supuesto!, Groussac no encontró en su vasto léxico académico palabras suficientemente gloriosas para elogiar el talento con que Mitre vetaba hasta la idea de la unidad latinoamericana «que sería desastrosa si no fuera quimérica», decía Groussac, y en verdad, de no haber sido tomada por quimérica pudo haber resultado desastrosa para el imperialismo. Y agregaba que la política de dar la espalda a América Latina y repudiar hasta el solo pensamiento de su unidad «nunca ha sido sostenida con mayor eficacia y tesón que por el presidente Mitre» (La Biblioteca).

Por lo demás, conviene señalar que si esta política mitrista de repudiar la unidad latinoamericana respondía al interés general de la oligarquía porteña, que pensaba en términos de lo que mejor convenía a sus arreglos con el capital europeo, obedecía también al muy directo interés de la sub-oligarquía mitrista de no contrariar al Brasil, que la apoyaba contra el Paraguay y contra el Interior argentino, como también apoyaba las maquinaciones españolas contra los países latinoamericanos del Pacífico. «El Brasil, no la España —decía Alberdi—, es el verdadero peligro del Pacífico. Pinzón (el almirante español que atacó al Perú) hizo escala en Río de Janeiro y Buenos Aires antes de llevar al Pacífico su misión científica. Todo poder retrógrado de Europa que necesite hostilizar a las Repúblicas del Pacífico, encontrará en el Brasil un instrumento siempre disponible». «Ni Montevideo ni la República Argentina —agregaba— tienen un solo motivo de interés geográfico, político o comercial para ser aliados o afectos de los agresores de Chile y de Perú. Sin la presión latente que el Gobierno del Brasil ha ejercido en los dos Gobiernos del Plata, que viven de su oro y gobiernan con sus ideas y sus armas, las repúblicas del Plata hubieran estado en su puesto natural, al lado de Chile y del Perú» (Obras, VI, 450, 455, 464).

Justo es reconocer sin embargo que Sarmiento, que escribía a Mitre defendiendo la idea de la unidad latinoamericana, nada hizo en ese sentido cuando él mismo estuvo al frente del gobierno; mejor dicho, obró en sentido opuesto, prosiguiendo la guerra contra Paraguay. Y en igual sentido negativo actuó el gobierno de Avellaneda, continuador del de Sarmiento, pese a que se le presentó una oportunidad excepcional para establecer la unidad económica con Paraguay, fortaleciendo el desarrollo del capitalismo argentino.

Pero la oligarquía porteña no tenía más interés que vender y comprar tranquilamente en Europa, y dejó escapar la oportunidad. Efectivamente, en 1876, cuando se negociaba el tratado de paz con Paraguay, el gobierno paraguayo ofreció renunciar expresamente a toda pretensión sobre el Chaco y reconocer la jurisdicción argentina sobre este territorio a condición de que los productos paraguayos tuvieran libre entrada en territorio argentino, y los productos argentinos libre entrada en territorio paraguayo. En esencia, la condición consistía en establecer una unión aduanera entre ambos países. Vale decir, que el gobierno paraguayo le ofrecía al gobierno argentino una arroba de yerba a condición de que se le permitiera tomar un par de mates dulces. Pero el Ministro de Relaciones Exteriores de la oligarquía porteña, que lo era por entonces Don Bernardo de Irigoyen, de rancia ascendencia rosista, manifestó que el proyecto de unión aduanera debía ser tratado «con prudencia» y terminó rechazándolo porque... «la parte principal de las rentas públicas, era formada por los derechos de importación, y la proposición formulada disminuiría esas entradas ...». Sin embargo, las importaciones desde el Paraguay apenas representaban un 1,8% del total, y el principal producto paraguayo de importación, la yerba mate, constituía sólo un 1,4% de la renta aduanera. De modo que una modificación en ese renglón no podía alterar la situación económica de la República. Sin embargo el gobierno argentino rechazó la unión aduanera y, como ya decía Ernesto Quesada, «sería tiempo de que el país supiera cuáles fueron las razones que hicieron que el canciller Irigoyen rechazara una unión aduanera, ventajosa del punto de vista económico y providencial solución de la cuestión internacional, con la inesperada consagración de todas nuestras más fantásticas pretensiones» (Quesada, 182-193). La respuesta documental no se hallará nunca, pero surge de toda la trayectoria histórica de la oligarquía porteña y en general argentina. Si se vendía en Europa. Si se compraba en Europa. Si los capitales venían de Europa. Si Inglaterra y el Brasil seguramente se opondrían a la unión aduanera con Paraguay, ¿Para qué complicarse en una política que traería roces con los principales clientes y aliados y ningún beneficio directo inmediato para la oligarquía porteña?

## La Presidencia Sarmiento, Ilusiones sin Base

La sub-oligarquía mitrista trató de perpetuarse en el poder con uno de los Elizalde, pero demasiado convincentes eran las resistencias que levantaba el mitrismo en todo el país, e incluso dentro de la oligarquía porteña, cuyos estancieros estaban ya hartos de aventuras épicas que les traían mayores impuestos de exportación y crecientes malones indios sobre sus estancias. La sucesión de la dinastía mitrista se fue a pique, y en su lugar triunfó un candidato imprevisto y sin partido. Desde la organización constitucional Sarmiento es el primer tipo de un género de gobierno que hasta nuestros días habría de producirse muchas veces a lo largo de la historia argentina, y que a falta de un nombre más apropiado podríamos denominar bonapartista.

Con lo cual queremos significar un gobierno que, desarrollando en términos generales la política de la clase dominante, hace de árbitro y se mantiene en equilibrio entre distintos sectores de la misma o entre las distintas clases dominantes incluyendo, en un país semicolonial como la Argentina, al capital financiero internacional. Sarmiento carecía

de partido propio, es decir, podía situarse por encima de todos los partidos. Era relativamente independiente frente al federalismo provinciano y, en menor medida, frente al mitrismo ultraporteno, es decir, podía dentro de ciertos límites satisfacer simultáneamente a la oligarquía porteña y a las oligarquías provincianas, y a los estancieros, tanto como a la burguesía comercial. Por eso la de Sarmiento fue una candidatura verdaderamente nacional en el sentido muy restringido de que era respaldada por casi todos los sectores de las clases dominantes y no sólo por la oligarquía porteña. En enero de 1856 Sarmiento escribía desde Buenos Aires a un amigo: «Mi situación es la más precaria. No represento nada» (a Posse, I, 59). Esta habría de ser su fuerza diez años más tarde cuando todos los que representaban algo estaban ya quemados y desgastados y las clases dominantes hartas de ellos y de los problemas que creaban.

Sarmiento sentía demasiado los grandes problemas de la Nación y estaba bastante por encima del horizonte mental de la oligarquía argentina como para no atisbar la necesidad de una política nacional que favoreciese a las grandes masas. «Todos estos recursos —decía al asumir la Presidencia— deben ser distribuidos y utilizados por leyes previsoras y equitativas para evitar que mientras los elementos de civilización se acumulan en las costas, lo restante del país sea entregado a la barbarie y que salgan luego del bien aparente nuevas calamidades y desórdenes. Las tierras públicas sometidas a un régimen equitativo de distribución fijarán hoy la población que carece de hogar, lo darán a los millones de inmigrantes que vienen en busca de una patria para sus familias y pondrán coto al vagar de las hordas del desierto suprimiendo el desierto mismo... Una mayoría dotada con la libertad de ser ignorante y miserable no constituye un privilegio envidiable para la minoría educada de una nación que se enorgullece llamándose republicana y democrática» (DSCDN, octubre 1868).

Desde luego, todo esto quedó en palabras, porque Sarmiento era independiente respecto a las distintas fracciones de la oligarquía, pero no respecto a la oligarquía en su conjunto. Por eso no hay en las cuestiones esenciales diferencia cualitativa entre el resultado de su gobierno y el producto del gobierno mitrista, y nada revela mejor esta continuidad que el suicida empeño de continuar la guerra contra Paraguay.

## Los Nuevos Partidos al Asalto del Poder

Durante las presidencias de Mitre y de Sarmiento se extinguen definitivamente los viejos partidos políticos argentinos —federal y unitario, rebautizado liberal después de Caseros— y aparece un nuevo tipo de partido, que llenará hasta bien entrado el siglo XX la vida argentina. Federales y unitarios surgen y actúan como órganos de agrupamientos relativamente antagónicos de clases y regiones, y desaparecen cuando después de Pavón se produce una conciliación entre los sectores básicos de ambos partidos —burguesía comercial porteña, estancieros porteños, estancieros del litoral— a expensas de las provincias interiores. Desaparecen los viejos conflictos de clase por modificación en la situación de las clases y regiones, y queda el país dominado por los estancieros porteños y del litoral, la burguesía comercial y el crecientemente poderoso capital

extranjero. Predomina entre todos estos sectores una unidad de intereses y de objetivos en cuanto al tipo de desarrollo que desean para el país, en lugar del violento antagonismo de los tiempos de unitarios y federales. El Estado argentino presenta todas las características externas de una moderna república democrático-burguesa, pero falta la estructura de clases capaz de sustentar esa organización estatal, porque, a excepción de los estancieros que comienzan a transformarse en terratenientes que explotan sus tierras con arrendatarios, no existen clases modernas, ya que no hay burguesía industrial ni proletariado industrial, ni burguesía agraria. Los nuevos partidos políticos que entonces aparecen no se forman como órganos de ninguna clase de la sociedad argentina, sino como empresas políticas destinadas en primer término a usufructuar el aparato estatal. Idéntica es su composición social e idénticos sus programas. Como observaba Alberdi, el único producto nacional propio de la universidad argentina era el abogado, y donde hay más abogados que pleitos el sobrante de abogados busca salarios y trabajo en los empleos del gobierno. A su vez, si las universidades no cesaban de producir anualmente más abogados que clientes y empleos públicos encierra el país, los que quedan sin oficio ni clientes, es decir, sin salario, constituían una población flotante que con toda naturalidad se estructuraba en partidos cuya única fundamental diferencia estaba en la clientela que acomodaría en el Estado después de conquistarlo. La política era para esta gente «su sueño dorado y supremo recurso» (Económicos, 449). Todas las características de la política criolla, que lo son también de la política de los países atrasados en general, obedecen precisamente a la falta de estratificación moderna de la sociedad argentina. El Estado, las elecciones y los partidos, que en la clásica república democrático-burguesa sirvieron para la lucha por el poder de las clases y sectores de clase propia de la sociedad capitalista industrial, en nuestro país se transforman en un fin en sí. Los partidos políticos buscan el triunfo electoral y el Estado como un negocio, como un medio de vida para sus clientelas. No representan los intereses de ninguna clase o sector de clase aunque desde luego no pueden menos que reflejar y realizar la política de las clases dominantes.

En 1871 la Sociedad Rural decía, y tenía razones para saber por qué, que los partidos políticos «no encarnan la representación de grandes ideas, sino simples individuos, que no son la expresión de las reformas económicas necesarias, ni la satisfacción de las necesidades públicas, sino simplemente la consecuencia de tales o cuales planes de ambiciones e intereses personales» (Anales de la Sociedad Rural Argentina, 1871, 81). Alsínistas, mitristas, crudos, cocidos, nacionalistas, autonomistas, republicanos, etcétera, se mueven sobre la base de los intereses de los estancieros, la burguesía comercial y el capital extranjero cada vez más poderoso. Es imposible encontrar diferencias de fondo en sus banderas de lucha y en la composición social de sus cuadros dirigentes. No hay detrás de ellos el interés de clases distintas en lucha por dirigir a su modo la vida nacional. «Por eso es tan rápida la descomposición de lo que impropriadamente se llaman partidos en la República Argentina; y admira tanto a los que no les conocen ver a los principales hombres hoy en un partido, exaltadísimos, mañana en las filas enemigas, exaltadísimos también. Si fuéramos a enumerar los nombres de los hombres que cambian de partido en la Argentina tendríamos que numerarlos a casi todos. Porque en los demás países pasarse de un partido a otro es traicionar, porque teniendo los

partidos principios para cuyo sostenimiento viven, trabajan, luchan y se agitan, los que se pasan de uno a otro abjurando sus principios, toman el nombre de apóstatas; pero en la Argentina los partidos no tienen principios, son personales...» (D'Amico, 125-27).

Los historiadores stalinistas han buscado con lupa algún fundamento social progresivo en algunos de los partidos que surgen después de Pavón, principalmente en aquellos que a través de algunas trasmutaciones entroncan con el radicalismo, pero no han encontrado nada, y deben confesar de mala gana que entre los autonomistas de Alsina y los nacionalistas de Mitre, por ejemplo, no hay diferencias de fondo; los diputados y senadores de un partido votan con los del partido opuesto contra otros del mismo sector (Sommi, Yrigoyen, 59) porque «no hay en la política una diferenciación absoluta de clase» (Idem, 71, 75) y «no hay grandes diferencias de clase y de programa entre uno y otro partido. El problema principal que los separa es el control del poder y los beneficios de todo orden que el acuerda a quienes lo tienen en sus manos» (Idem, 104). Nada queda por agregar a estas afirmaciones.

### Variantes de las Actitudes Proimperialistas: Mitre y José Hernández

Es preciso tener siempre presente que todos los sectores de las clases dominantes argentinas, estancieros tanto como comerciantes, estancieros porteños tanto como estancieros del Litoral, coincidían en desear la presencia del capital extranjero que los ayudase a estructurar el país como un gran productor de alimentos y materias primas para el mercado mundial. Todos eran librecambistas. Esta uniformidad de intereses e intenciones se refleja en la uniformidad con que todos los partidos enfocan los problemas del desarrollo nacional. No hay en ninguno una línea de conducta más o menos sistemática en el sentido de propiciar una política nacional de independencia económica frente al capital extranjero, basada en el desarrollo industrial del país y el fortalecimiento del Estado nacional. Y no podía haberla puesto que no existía ninguna clase que por sus intereses aspirase a tal política. Hay, desde luego, aquí y allá chispazos en que algún partido o personalidad esboza una política nacional burguesa frente al capital extranjero, sea por lucidez de algún personaje o por necesidad demagógica de llevarle la contra al gobierno de turno. Pero de inmediato el mismo partido o personaje aparece propiciando una política entreguista peor que la que combatía, y en este sentido los acuerdos se reparten simétricamente entre todas las tendencias en pugna por el poder. Son altamente ilustrativos los casos de Mitre y José Hernández. Nadie discute el carácter oligárquico y antinacional de la política mitrista en general y casi siempre en particular. En cambio hay quien erige a José Hernández en representante de un supuesto nacionalismo democrático revolucionario (Rivera) que sería el fundamento de un antimitristismo combativo. Es sabido que Hernández militó en las filas de la Confederación Argentina y cuando la guerra del Paraguay expresó consecuentemente el sentimiento nacional contra esa odiosa guerra de la oligarquía porteña. Pero, ¿era la política de Hernández nacional en el sentido de que aspirase a un desarrollo independiente del imperialismo? Por cierto que no, y en este terreno sus planteos serán prototípicamente

entreguistas, mientras que en determinado momento Mitre, por razones de pequeña lucha política asume una posición nacional que era, desde luego, la perfecta antítesis de lo que él hizo en el gobierno y abandona antes de que pueda fructificar. En 1869, un grupo de capitalistas argentinos encabezados por Madero y el infaltable Norberto de la Riestra, y desde luego vinculados a Baring Brothers, al Banco de Londres y otras instituciones igualmente beneméritas de la piratería imperialista, propone construir un puerto en Buenos Aires, a cambio de quedarse con la mitad de los terrenos ganados al río, más otros beneficios igualmente modestos (Madero, 75).

Sarmiento acepta la propuesta arguyendo que «el erario público no estará por muchos años en aptitud de llenar las exigencias de tan colosal empresa» y en la Cámara de Diputados el miembro informante defiende el proyecto alegando que «el Gobierno es un mal constructor» y «si interviene en cada manifestación de la actividad humana se expone a ejercer una actividad despótica (idem, 76, 77).

Entonces Mitre, en trance de oponerse a cada paso de Sarmiento, se opone al contrato, critica violentamente las onerosas concesiones que se hacían al capital extranjero y expone conceptos de corte nacionalista como los siguientes:

«se dice que los gobiernos son malos empresarios. Pero hay una porción de empresas que por necesidad y conveniencia pública deben estar radicadas en el gobierno, principalmente aquellas que tienen conexión con los impuestos, las vías de comunicación y las mayores facilidades del comercio y la navegación, obras que los gobiernos deben hacer y que sólo ellos pueden hacer consultando el interés de todos más bien que la ganancia de unos pocos... Aquí se quiere subordinar el interés general al interés particular, haciéndolo dueño de las posiciones fuertes en que una vez establecido costará mucho desalojarlo, porque él aplicará toda su energía y toda su inteligencia, no a ensanchar el círculo de la prosperidad pública, sino a acrecentar sus ganancias y a perpetuarse en su posesión... La revolución de ideas que se ha operado a este respecto en Inglaterra últimamente no debe ser desconocida al señor Ministro. El debe saber cómo están reaccionando las ideas en aquel país y los esfuerzos que se hacen allí desde 1844 para rescatar los ferrocarriles, sacándolos de manos de las empresas particulares... El señor Ministro debe saber que (en Inglaterra) el interés privado se ha atrincherado en el mismo Parlamento, donde 200 directores de caminos de fierro deciden con su voto de todas las cuestiones económicas que con ellas se relacionan, con el objeto de retener en sus manos una explotación en que percibe sobre el público un impuesto de más de 16 millones de libras esterlinas en dividendos que bastarían en poco tiempo para amortizar la deuda de Inglaterra, aun rebajando las tarifas a la mitad. Si ello sucede en Inglaterra, si allí mismo la sociedad está tiranizada por el interés individual que se ha apoderado de la influencia legislativa para perpetuar sus ganancias en detrimento del pueblo, qué no sucedería entre nosotros; si desoyendo estas severas lecciones fuésemos la cobardía de entregar a la explotación particular obras del género de la del puerto, que se convertirían en otras tantas ciudadelas del monopolio de las cuales no podríamos desalojar a los explotadores, que podrían llegar a tener por aliados los mismos poderes públicos, como en Inglaterra». (Arenas, 429, 460-62).

Tres años más tarde La Nación de Mitre escribía palabras que resultan por lo menos sorprendentes conociendo la trayectoria de la ilustrada expositora de la oligarquía porteña y su socio británico: «No hace mucho tiempo que un diario indicaba la conveniencia de vender el Ferrocarril del Oeste puesto que los gobiernos no deben ser empresarios. Poco antes se había indicado, por el contrario, la idea de la expropiación de los ferrocarriles particulares, propósito que, conocido en Inglaterra, fue motivo de grandes alarmas, hasta el punto de que la compañía del Ferrocarril Sud parece que ha enviado con este motivo a su vicepresidente, señor Drable. Aunque tantas veces se ha tratado esta cuestión, creemos conveniente abundar en algunas ideas que estableciendo la conveniencia general de la propiedad fiscal de los ferrocarriles disipe sin embargo la alarma de las expropiaciones inconvenientes o prematuras... Para nosotros en la cuestión de los ferrocarriles fiscales, hay dos argumentos capitales que nos inclinan a su favor. El primer argumento es de hecho: no hay ferrocarril de empresa particular que en servicio y en baratura pueda compararse al ferrocarril del Gobierno que existe actualmente. Esta es al menos la opinión de todos los que viajan en ferrocarril o se sirven de ellos para el transporte de las mercaderías.

El segundo argumento es que el ferrocarril para una empresa no puede ser otra cosa que un objeto de especulación... ¿Ahora, puede y debe el Estado hacer de su cuenta todos los ferrocarriles o expropiar los existentes? No pensamos que la conveniencia de los ferrocarriles del Estado nos traiga forzosamente a esta última consecuencia. La república no tiene ni la décima parte de las líneas férreas que hoy mismo impulsarían vigorosamente su riqueza. Si un ferrocarril del Estado es más conveniente que otro de empresa particular, mejor que todo serán los dos juntos, el particular que ya existe y el del Estado construido con el dinero que se hubiera empleado en la adquisición del particular... Pero si ni por ahora ni en mucho tiempo puede pensar el país en expropiar los ferrocarriles particulares, puede llegar un día en que hallándose el Estado con suficientes recursos y no haciéndose sentir la necesidad urgente de construir nuevas vías, sea conveniente entrar a la expropiación de los ferrocarriles de empresas particulares. Para entonces es que debe salvarse el derecho de expropiación. Si la oportunidad de ejercer ese derecho está distante respecto de las campañas actuales, ninguna de ellas podría permitirse negarlo.. y por eso nos ha sorprendido la noticia de que el señor vicepresidente de la compañía del Ferrocarril Sud venía a oponerse a una expropiación que por otra parte no creemos que nadie piense en realizar. La facultad de expropiación por causa de utilidad pública y previa indemnización está establecido por la ley fundamental del Estado y ningún particular ni empresa podría reclamar contra ella sin pretender sobreponerse a la Constitución que rige los actos y las personas de la Republica Argentina (La Nación, abril 16, 1873).

Cabe preguntarse, desde luego, por qué Mitre no se acordó de todo esto cuando firmó la escandalosa concesión de tierras al Central Argentino, desoyendo los consejos de Sarmiento, que a su vez se olvidaba o no podía acordarse de ellos cuando él podía ponerlos en práctica y en cambio hacía suya la política que había criticado en Mitre. Como no dejaron de señalarlo los candidatos aspirantes a empresarios del puerto, la concesión que se les hacía no era mayor que las que Mitre —tan celoso defensor del interés nacional ahora— había firmado gustosamente cuando estaba en el gobierno (Madero 80). Es verdad también que cuando desapareció la necesidad de oponerse a todo lo

que hacía Sarmiento, Mitre apoyó la cesión del puerto a los mismos empresarios que había combatido (*idem*, 81). Y es verdad en fin que su defensa de capitalismo de estado nacional contra las concesiones al capital imperialista no le impedía a Mitre abogar fervorosamente por un librecambismo rabioso que enriquecía a la burguesía comercial y hundía cualquier producción nacional aparte del ganado. «La ley de aduana no es ni debe ser nunca considerada sino como una fuente de renta. Desde que la ley de Aduana se convirtiese en medio de protección, en instrumento de política económica, se desnaturalizaría» El derecho de 40 o 45% es exagerado, es monstruoso, el 30% lo es también y aún el de 20 y 25 % lo es también. Nosotros debiéramos imitar el sabio ejemplo de Inglaterra (Arenas, 795). Pero con todo esto es innegable que en determinada circunstancia Mitre plantea una política nacional burguesa de resistencia al imperialismo, que se da de puntapiés con la línea directriz de toda su política que conduce a la entrega al imperialismo en beneficio de la oligarquía porteña.

Frente a esto, ¿cuál era la política de fondo sustentada por el supuesto nacionalismo democrático de José Hernández?

En 1869, Hernández se opone a la tesis mitrista de que el puerto debía ser construido por el Estado porque, decía Hernández, «un contratista particular tiene más derechos que un gobierno» (Río de la Plata, setiembre 8, 1869). Y agregaba: «El General Mitre ha dicho que es un error el de aquellos que sostienen que los gobiernos no deben ser empresarios. No sabemos en qué podría apoyarse tan palmaria negación de los más obvios principios de la ciencia y de la libertad económica. El Río de la Plata ha sido el primero en sostener en la prensa la teoría de que los gobiernos no pueden ni deben asumir el rol de empresarios» (Setiembre 17, 1869). Y empeorándola aún más remataba Hernández: «Nosotros creemos que el Gobierno debiera enajenar la empresa del Ferrocarril Oeste y lo creemos así por la misma razón con que sostenemos que no puede ser empresario del puerto» (Setiembre 19, 1869). Todo esto se casa mal o no se casa de ningún modo con el supuesto nacionalismo revolucionario de Hernández, y en cambio se compagina exactamente con la tradicional política de los estancieros y la burguesía comercial, tan coincidente en esto con los intereses del imperialismo británico (¿Cómo puede denominarse de otra forma que de macaneador impenitente a los charlatanes que escriben una biografía política de Hernández y no sólo silencian estas comprometedoras páginas del autor del Martín Fierro, sino que afirman con toda solemnidad que Hernández representa una política «tendiente a hacer de la Argentina un país capitalista independiente y no una semicolonia» (Rivera, Hernández, 92). ¿Por qué entonces defendía al capital extranjero contra el capitalismo de Estado Nacional, representado triunfalmente por el Ferrocarril del Oeste?). Y demuestra también cómo en lo relativo al tipo de desarrollo deseado para el país no había divergencias entre los partidos argentinos, y cuando estas diferencias aparecen resulta que los supuestamente nacionalistas son menos nacionalistas que los clásicos agentes de los intereses más antinacionales.

Pero hay todavía otros casos igualmente ilustrativos aunque de menor significación que el de Mitre y Hernández, y demuestran el tremendo cuidado que hay que tener antes de atribuir a algún nacionalismo revolucionario (para el cual no existían

raíces de clase en la sociedad argentina) los transitorios planteos más o menos nacionalistas que no faltan en la trayectoria política de ningún político argentino —ni siquiera de Mitre— como ya hemos visto. En 1868 la Cámara de Diputados discute un proyecto que concede a una empresa extranjera el privilegio exclusivo y la exoneración de derechos para la exportación de ganado en pie a los mercados europeos. El Ministro del Interior de Mitre defiende el proyecto en términos que parecen increíbles: «Yo les preguntaría a los señores diputados que hacen oposición, ¿qué va a perder el país con conceder este privilegio? Tenemos 300 años de existencia y hasta ahora nadie ha pensado en llevar un animal en pie a los mercados europeos. ¿Qué perdemos entonces en virtud de un privilegio para hacer una cosa que nadie ha hecho en 300 años? Yo les preguntaría a los señores diputados que si alguien les pidiera un privilegio para ir a la luna, ¿se lo negarían?» (DSCDN, 1868, 461). Encabeza la oposición al proyecto el diputado Quintana, quien expresa: «Yo creo que no debemos tratar este asunto bajo el punto de vista de los intereses de los empresarios, sino primeramente bajo el punto de vista de los productores, que son los únicos que debemos favorecer. Si la empresa se establece ella dará resultados, o los dará malos. Si da malos resultados no es el privilegio que la ha de salvar de la ruina; porque con privilegio o sin él si el negocio no es posible no se hará. Por consiguiente cuando se pide privilegio no se trata en manera alguna de salvar a la empresa de la ruina; se pide únicamente para el caso en que ella dé buenos resultados, a fin de aumentar los beneficios de la empresa con perjuicio de los intereses del país. El señor Ministro dice: hay una razón para conceder este privilegio: en 300 años a nadie se le ha ocurrido lo que al solicitante. Pero esta sería razón para conceder todos los privilegios, y entonces tendríamos al Congreso Argentino destinado exclusivamente a conceder el privilegio, tendríamos el Congreso más monopolizador que se pudiera imaginar» (DSCDN, 462). Y bien: el diputado que hacía este planteo de defensa de los intereses, nacionales era don Manuel Quintana, quien años después, como abogado del Banco de Londres, en ocasión de un entredicho con el gobierno de Santa Fe, amenazó al gobierno argentino con enviar una cañonera inglesa a Rosario para liquidar la cuestión... (Palacio, II, 406).

## La Política Estancieril de José Hernández

La base real sobre la cual puede transcurrir la política argentina de las últimas décadas del siglo XIX la constituyen las clases dominantes, y a sus intereses se vinculan todos los planteos políticos concretos de la época, aun los más insospechados. Y así tiene que ser, porque la política, como la naturaleza, tiene horror al vacío, y salvo que quede como ejercicio de biblioteca, todo programa político sirve a algún interés real de clase, aunque la intención subjetiva de sus autores fuera otra. He ahí el caso de José Hernández quien en su diario el Río de la Plata levanta un programa de protección al gaucho y autonomía de las localidades, abolición del contingente de fronteras, elegibilidad popular de los jueces de paz, comandantes militares y consejos escolares, y hasta de los curas (DSDP, junio 18, 1879). Esta política ha sido calificada a la ligera de antioligarquica, de «auténticamente liberal-nacional» y «tendiente a hacer de la Argentina un país capitalista independiente y no una semicolonia» (Rivera, 93). Pero miremos más de cerca la cuestión.

¿A qué clase daba expresión esa política «nacional» de Hernández? ¿Al gauchaje? Ya sabemos que esta clase no puede aportar ningún tipo de organización del país distinto al que elaboran los estancieros, como que éste es el tipo de país que se contiene, in núcleo, en la estructura social anterior a mayo de 1810, que era la época más próspera para el gauchaje. Y por otra parte Hernández aconseja que «debe trabajar el hombre para ganarse su pan» porque «el trabajar es ley» (Martín Fierro, estrofa 1153, 1154), que recomienda que no se robe jamás un cobre, y desde luego ni una res, «pues no es vergüenza ser pobre y es vergüenza ser ladrón» (idem 1166) y aconseja «obedezca el que obedece y será bueno el que manda» (idem 1164). Evidentemente que no está reflejando los intereses del gaucho, a quien quiere, no como gaucho sino como peón de estancia, es decir gaucho domado por el estanciero. Y es precisamente a la clase estancieril a la que viene a servir el nacionalismo liberal de Hernández, que desde el momento en que sirve a una clase de naturaleza y horizonte semicolonial sirve para hacer del país una semicolonía, no una nación capitalista independiente.

¿Hernández defensor de la política estancieril? Esto puede sonar extraño sólo por ignorancia de cuáles eran los intereses de los estancieros de Buenos Aires y el Litoral que exigían la protección del gaucho como todo patrón defiende su mano de obra. El Estado argentino, muy influenciado por la burguesía comercial porteña, descargaba sobre los gauchos la defensa de las fronteras, y despoblaba a las campañas dejando a los estancieros sin mano de obra. Y por otra parte el sistema de defensa de fronteras en base al trabajo forzado del gaucho era absolutamente incapaz de defender seriamente la frontera, con directo perjuicio de los estancieros que perdían ganado, y jugoso beneficio de los capitanes, jueces de paz y comerciantes de campaña, que explotaban al gaucho en la frontera como peón y traficaban con los indios en base al producto que estos robaban a los estancieros. (Véase las Memorias del general Fotheringham, perfecto conocedor del servicio de fortines, tituladas Memorias de un soldado). Contra todo esto, que perjudicaba al gaucho en sus huesos y al estanciero en sus pesos, protesta José Hernández. «¿Qué se consigue con el sistema actual de los contingentes? Empieza por introducir una perturbación profunda en el hogar del habitante de campaña, arrebatado a sus labores... ¿Qué tributo espantoso es ese que se obliga a pagar al habitante del desierto? ¿Qué privilegio monstruoso es ese que así se quiere acordar a las capitales? Parece que las leyes protectoras no se hubieran hecho para el territorio, sino para la ciudad» (agosto 19, 1869). «La capital de la provincia se resiente todavía de los privilegios monstruosos del coloniaje. Aquí se ha creado una especie de aristocracia, a la que paga su tributo la campaña desamparada... ¿Cómo se pretende que la campaña únicamente atienda al servicio de las fronteras? ¿Por qué no se hace extensivo ese servicio a los hijos de la ciudad?» (octubre 3, 1869). «La frontera debe ser guarnecida por tropas de línea, organizadas por medio del enganche». Por este mismo programa se movían los estancieros representados por la Sociedad Rural, «ya poniendo en juego la valiosa influencia de personas respetables o bien dirigiéndose al Superior Gobierno para exponerle los votos que el gremio de hacendados hacía para que cuanto antes se tomasen medidas que de una vez librasen al pobre habitante nacional de la campaña de tener que abandonar sus hogares y su familia en la miseria para ir a guarnecer las fronteras de una manera inconducente e indefinida» (Anales Sociedad Rural Argentina, 1870, 69). La coincidencia no era casual, y no por casualidad el diario de Hernández saludaba

entusiastamente en 1869 el tercer aniversario de la Sociedad Rural Argentina (Río de la Plata, agosto 26, 1869).

El mismo Martín Fierro demuestra cómo la política de Hernández coincidía con los intereses de los estancieros, y aquí la coincidencia aparece más neta todavía que en los artículos de El Río de la Plata.

Pocos parecen haber advertido que Martín Fierro ese maravilloso poema nacional, no contiene ningún ataque explícito ni implícito a la clase estancieril. Por el contrario, pinta idílicamente las relaciones entre gaucho y patrón estanciero (59, 26, 27, 28, 29). Y la filosofía que Hernández pone en boca de Martín Fierro es, desde luego, favorable al poder estancieril y a la proletarización del gaucho (279). Los conflictos del gaucho Martín Fierro —y los de su amigo Cruz, y los de sus hijos— no son con los estancieros sino con el Estado y sus instrumentos de coerción en la campaña: el Juez de Paz, el comandante de Fronteras (30, 31, 32, 82, 165-6, 172, 213, 229). Se dirá que al fin y al cabo ese Estado contra quien se revela Martín Fierro es el Estado de los estancieros. Sí, pero también de la burguesía porteña, y la política contra la cual combate Hernández es precisamente ajena a los intereses de los estancieros, a quienes perjudica despojándolos de mano de obra y reduciendo a casi una farsa la lucha contra el indio, porque jueces de paz y comandantes, en sociedad con los comerciantes, se preocupaban mucho menos de defender las fronteras que de explotar el trabajo de los gauchos arreados a la frontera. El mismo Martín Fierro así lo denuncia (35, 36, 49). Por eso las reivindicaciones de Martín Fierro tienen en vista el establecimiento de un orden que garantice al gaucho su seguridad en cuanto trabajador rural —o sea: mano de obra para los estancieros— y efectiva protección de las fronteras mediante un ejército remunerado, no relleno con gauchos juntados a viva fuerza (283, 240-1).

Casi todas las quejas que formula el gaucho Martín Fierro las encontramos también en el vocero de los estancieros (Anales de la Sociedad Rural Argentina, 1874, 97). Hernández se hacía eco de esto en el Río de la Plata.

Preciso es recordar también que pertenece a Hernández la mayor apología hecha de la Argentina estancieril. Para Hernández la Argentina vacuna podía ser tan próspera y fuerte como la Inglaterra industrial, y nada había de malo en ser un país puramente agropecuario.

## Roca es Apoyado por las Oligarquías del Puerto y del Interior Además del Capital Extranjero

Mitre había quebrado la resistencia provinciana a la oligarquía porteña. Al terminar su gobierno todas las provincias estaban gobernadas por oligarquías locales que se sometían con bastante docilidad a la política porteña. Los gobiernos de Sarmiento y Avellaneda acentuaron la dependencia de las provincias respecto al gobierno nacional, sobre quien la

influencia decisiva la tenía, claro está, la oligarquía porteña, el más poderoso sector capitalista del país. En 1879 declaraba Avellaneda; «Hay un hecho que predomina en nuestra situación interior, y es la autoridad y la influencia siempre crecientes que ejerce el Gobierno Nacional en todo el territorio de la República. Es obedecido sin tardanza cuando manda y es escuchado con deferencia cuando aconseja» (Mabragaña).

Quedaba en pie, sin embargo, aunque desprovisto ya de su explosivo contenido histórico, el conflicto en torno a la capitalización de Buenos Aires. Hasta el triunfo de Mitre la capitalización de Buenos Aires hubiera significado la pérdida por la oligarquía porteña de su viejo instrumento de dominación sobre el resto del país. Pero, aplastadas las provincias por los ejércitos mitristas, ya no había peligro de que la capitalización de Buenos Aires redujera el control de la oligarquía porteña sobre todo el país. Podía ya ponerse en práctica el viejo plan político que la burguesía porteña había intentado con Rivadavia y Mitre, que era precisamente capitalizar a Buenos Aires después de que las provincias estuvieran derrotadas en cuanto enemigas de la oligarquía portuaria y gobernadas por oligarquías más o menos obedientes a las órdenes del Gobierno Nacional.

Sólo que este plan político de la burguesía porteña fue realizado por Roca, hombre del Interior, pero del Interior ya vencido y domado por la oligarquía metropolitana.

Se ha querido ver en la capitalización de Buenos Aires un paso progresivo (Rivera 72). Esto hubiera sido así antes de 1863, pero no después, porque en 1880 ya estaba reducida a polvo la resistencia del Interior y del Litoral, de modo que la oligarquía porteña podía continuar siendo el factor decisivo en el país, pese a la capitalización de Buenos Aires y —gracias a su sociedad con el capital inglés, que orientaba toda la economía nacional hacia el puerto bonaerense— a favor de la capitalización de Buenos Aires. La capitalización era un hecho impuesto por toda la historia del país, y hasta Pavón fue la mayor reivindicación nacional contra la oligarquía bonaerense. En esto tenía razón Hernández contra Alem. Pero Alem vio mejor que Hernández cuando advirtió que, tal cual estaba ya conformado el país en 1880, la capitalización acentuaría el peso específico de la oligarquía porteña en detrimento de todo el resto del país.

No es casual que en 1880 la capitalización de Buenos Aires fuera exigida por el comercio porteño —extranjero en su mayoría— y por «las naciones del mundo que están en relación con la Nación Argentina», según manifestó el senador Igarzábal.

SUn periódico de la colectividad inglesa resumía así la cuestión: «La esencia de la cuestión es que, cuando el Gobierno Nacional retorne a esta ciudad, habiéndola federalizado, se habrá establecido el primer paso hacia lo que se denomina un gobierno unitario, porque el Gobierno Nacional será tan fuerte que habrá que considerarlo el único gobierno existente en el país. Las administraciones provinciales serán meras municipalidades, y el gobernante de la República Argentina será Buenos Aires. En la consideración de este problema es inmaterial el nombre del Presidente o de sus ministros. Podemos tener en la Casa Rosada un santiagueño, un santafecino o un jujeño. Las provincias interiores pueden, incluso, alcanzar una mayoría en el Congreso. El prejuicio, el error y la pasión política pueden

marcar nuestras leyes; pero en tanto que los hombres que las hagan vivan entre nosotros, los gobernantes del país serán nuestros vecinos. Buenos Aires poseerá una influencia sobre la administración que a la larga debe triunfar —una influencia superior a los poderes de la Casa Rosada o la Jurisdicción del Congreso, una influencia que es el imperio de la influencia de una gran ciudad, sociedad cultivada, comercio espléndido, maneras finas y costumbres refinadas» (The Standard, julio 24, 1880).

Por cierto había un ala extremadamente porteñista de la oligarquía bonaerense que (personificada por Tejedor y reclutada en gran parte entre el partido mitrista, que desde doce años atrás no podía satisfacer su hambre de presupuesto y había fracasado en todos los intentos revolucionarios para saciarlo) no entendía las nuevas condiciones y fue a la pequeña y sangrienta guerra civil del 80, creyendo que la capitalización traería la pérdida de la hegemonía bonaerense sobre el país. Tejedor «era un hombre político que guardaba en 1880 el mismo sentir local y localista de 1852» (Julio Costa, Roca y Tejedor 94) fingiendo no advertir que en 1880 el enemigo de 1852 ya había sido reducido a polvo y que Julio A. Roca —esa especie de archiduque austríaco, según le pareció a Alberdi en 1880— no era el Chacho. El porteñismo de Tejedor en 1880 era anacrónico respecto a los intereses de la oligarquía porteña en su conjunto y del capital extranjero invertido en la Argentina y basta leer sus manifiestos para advertir que él y su partido mediomitrista estaban fuera de la realidad. ¿Fuera de la realidad? Sería ingenuo creer que Tejedor y Cía. ignoraban del todo que estaban repitiendo la historia del levantamiento porteño de 1852, pero repitiéndolo teatralmente, ni siquiera como comedia, apenas como farsa. Ellos levantaban el extremismo porteñista como bandera para apoderarse del poder nacional, y a la inversa, Roca levantaba el nacionalismo provinciano con igual propósito. Había bastante demagogia por ambas partes y cada bando gustaba dar a su clientela lo que ésta deseaba escuchar, aunque no tuviera nada que ver con la realidad presente. En 1852 había bases materiales para hablar de un Estado Independiente de Buenos Aires, y hasta de una República del Plata. Pero en 1880 ni la oligarquía porteña ni nadie, excepto los restos del partido mitrista desesperados por apoderarse de un presupuesto a cualquier precio, y que, como advertía Roca, «es una especie de casta o secta que se cree con derecho para gobernar la república» (Astengo, 104), podían apoyar a los partidarios de Tejedor. Estos, por su parte, manifestaban que «no reconocerán como presidente de la República a Julio A. Roca si resultara electo» y que en tal eventualidad «trabajarán porque la provincia reasuma temporalmente su soberanía de Estado independiente» (La Tribuna, diciembre 23, 1879 y La República, diciembre 17). Todo esto estaba tan evidentemente fuera de la realidad del país (las armas mitristas lo habían efectivamente unificado bajo el dominio de Buenos Aires), que Roca en su correspondencia privada podía apuntar al hígado de las debilidades fundamentales del partido tejedorista, provenientes la una de la otra: «Mi única esperanza es Tejedor, que se cree un caudillo, el apóstol del localismo porteño, que es imposible deje pasar un día sin hacer alguna barbaridad. Esta rebelión, incitada por él, favorece en todo al Presidente de la República y a nosotros, y da la medida elocuente de su estupidez» (Astengo, 197). Por eso Tejedor no tenía tras de sí a los Anchorena, como los tuvo Mitre en 1852, y Roca señalaba que «falta un elemento principal que los mitristas (hoy una décima parte de lo que fueron) tenían a rodar en 1874: dinero» (Astengo, 138).



Por eso aquellos que aceptan sin descuento los desplantes localistas de Tejedor y los aprovechan para reivindicar a Roca como el triunfante campeón del nacionalismo provinciano que aplastó al localismo de la oligarquía porteña dispuesta... ¡en 1880! a balcanizar el país, padecen de incurable mala fe apenas disfrazada de ingenuidad. No había tal política balcanizadora de la oligarquía porteña, ni su antítesis, el supuesto nacionalismo roquista. Había la demagogia desenfrenada de un partido desesperado por llegar al poder, que levantaba argumentos localistas gratos a las masas porteñas. Los auténticos representantes de la oligarquía porteña en 1880 no eran Tejedor y su grupo, que no entendían nada de la nueva situación creada en el país por el exterminio de la resistencia provinciana después de Pavón, sino Diego de Alvear, Tornquist y el grupo que desde el primer momento acompañó la candidatura presidencial de Roca. Y con esto queda dicho que es falso presentar a Roca como un candidato puramente provinciano opuesto a la oligarquía bonaerense en bloque como intentan los apologistas del roquismo. ¿Quiénes apoyaban a Roca en Buenos Aires? Antonino Cambaceres, todo un figurón de la oligarquía más rica de Buenos Aires, presidente del Ferrocarril de la Provincia, a quien Tejedor destituye por ser roquista y que consigue —contra Tejedor— el apoyo de toda la legislatura de Buenos Aires (Galíndez, 90-91). Además, Torcuato y Diego de Alvear y Francisco Madero que es como decir un puntal del capital inglés en la Argentina (idem 92). Estaban, por si faltaba algo, entre los electores del comité roquista de Buenos Aires, Carlos Casares, Saturnino Unzué, Félix Alzaga... (idem, 207). Cuando estos elementos «nacionalistas revolucionarios», según los apologistas de Roca, se reúnen en el Teatro Variedades para apoyar su candidatura, Sarmiento pudo comentar que «era en gran número compuesta de los mismos ciudadanos que hace años figuran en la escena política de Buenos Aires y además concurren a sostenerla otros ciudadanos que tienen representación en el comercio o en la posesión de la tierra. Lo que la reunión del Variedades deja en claro es que la candidatura de Roca tiene adherentes en número y en calidad bastantes para ser reputada una candidatura de Buenos Aires, tal como puede ser reputada en cualquiera otra provincia» (Sarmiento, Obras, XL, 374). Y el mismo Roca decía en carta privada que «han concurrido numerosos elementos mitristas que simpatizan y trabajan con ardor por mi candidatura. Estaba ahí todo el "Centro Popular», el núcleo de Ezequiel Paz, los elementos de Unzué, Lezama y muchos otros ricachos, antiguos mitristas. En la campaña son más fuertes y numerosos nuestros elementos. No será difícil que también triunfemos en Buenos Aires, a pesar de todo el poder oficial de Tejedor» (Astengo, 135). El apoyo de este importante sector de la oligarquía bonaerense le permite a Roca disponer del apoyo de varios diarios porteños entre los cuales se destacan —detalle inadvertido por los salmeadores del nacionalismo roquista— ¡los pertenecientes a colectividades extranjeras! «Por lo que a mí concierne —escribe Roca en febrero de 1879— de todas partes tengo las mejores noticias. Aquí mismo (en Buenos Aires) vamos a contar con elementos considerables y ya verá qué movimiento de opinión se levanta. Diarios, nomás, podemos contar seguros: «La Tribuna», «La Prensa», «El Porteño», «La República», "El Siglo», «El Comercio del Plata»; «Le Courrier de la Plata», «Buenos Aires Herald», «The Standard» y «La Patria degli Italiani»» (Astengo, 110). Y poco después: «Sea por habilidad o por suerte, la verdad es que hasta ahora no ha habido ningún porteño que disponga o pueda disponer de tantos diarios como yo en un momento dado» (idem, 120). El apoyo de los diarios de la colectividad inglesa —

es decir, de los comerciantes ingleses radicados en la Argentina— lo acompañó a Roca en toda su vida política.

En diciembre de 1885 Sarmiento lanzaba un violento ataque contra The Standard, acusándolo de ser para Roca lo que era el British Packet para Rosas (El Censor, diciembre 17, 1885). En 1886, cuando Roca fue objeto de un atentado, los comerciantes extranjeros se apresuraron a testimoniarse colectivamente su apoyo, motivando el siguiente irónico comentario de Sarmiento que con el título de «Mitín comercial de pura indignación» escribía: "Tuvo lugar, como se esperaba, el mitín de indignación para condenar el atentado de que ha sido víctima el Presidente, promovido por algunos argentinos y prestigiado, como es práctica decir, en nombre del comercio, por varias firmas extranjeras, entre ellas fuertes contratistas con el gobierno nacional, prestamistas, etcétera. Concurrieron al Mitín de Indignación promovido bajo tan acreditados nombres, todos los jefes de las casas extranjeras introductoras, todos los establecimientos bancarios, y el personal de los diarios ingleses, franceses, etc. (El Censor, mayo 18 y 19, 1886).

Uno de los aventureros de la pluma que se han dado a reivindicar al roquismo pretende que el comercio extranjero respaldaba a Tejedor contra Roca y cita al respecto la exclamación que Roca pone en una carta cuando se entera de que lo visitará una misión de comerciantes deseosos de evitar la lucha armada con Tejedor: «ahora son los comerciantes extranjeros los que van a arreglar el país» (Ramos, Revolución, 228). Trátase de una burda falsificación de hechos perfectamente conocidos. El comercio extranjero apoyaba preferentemente a Roca, como puede verse recorriendo los diarios de las colectividades extranjeras (sobre el primer mensaje presidencial de Roca decía The Standard: este mensaje presidencial puede ser aceptado como el prólogo de un gobierno nacional más fuerte, más firme y más compacto que todo lo conocido en estos países. Por eso será leído con mucha satisfacción por quienes en Europa tienen bonos o mantienen relaciones comerciales con el Plata, octubre 5 de 1880). Una excepción era la casa inglesa Hale, ligada a Tejedor por negociados y coimas muy particulares. Y la comisión de comerciantes extranjeros que procura encontrar un arreglo entre Roca y Tejedor queda encantada con Roca y furiosa contra Tejedor. «Pereyra le habrá contado todos los incidentes con los delegados del comercio de Buenos Aires, que se han ido, según dicen, encantados de mí. Tristán Achával me informa que Tejedor recibió torpemente a los que fueron a verlo, a puñetazos sobre la mesa empezando por tratarlos de impertinentes». Palabras textuales de Roca (Astengo, 196, ver también en Galíndez, 253).

Con todo, el principal apoyo de Roca provenía del Interior. Pero, ¿de qué elementos del Interior? Afirmar que Roca representaba a «las provincias contra la oligarquía terrateniente y comercial porteña (Tristan, 14) es tan tonto como falso, no sólo porque Roca contaba con el apoyo de un sector poderosísimo de la oligarquía terrateniente y comercial porteña sino también porque «las provincias son entes abstractos que no apoyaban ni dejaban de apoyar a nadie, puesto que quien hacía la política en el Interior eran las oligarquías provinciales, entidades concretas y menos idílicas que las fantasmagóricas «provincias». Estas oligarquías no eran las montoneras del Chacho o de Felipe Varela, que se habían desangrado contra la oligarquía porteña. Eran las que habían degollado a esas

montoneras con el auxilio de las armas porteñas. Su antagonismo con la oligarquía porteña giraba en torno al disfrute de los puestos públicos, pero no entrañaba ni podía entrañar ninguna política distinta respecto a las grandes cuestiones del desarrollo nacional. Y además, las oligarquías provincianas más poderosas, situadas en las provincias industriales como Tucumán y la zona de Cuyo, comenzaban ya a entrelazarse con la oligarquía porteña y el capital extranjero. «Los distritos azucareros del Norte de la República —informaba Avellaneda en su Mensaje de 1880— proveen ya el consumo de 7 provincias, y su producción va a decuplicarse de una cosecha para la otra” (Mabragaña). Por esos años Ernesto Tornquist —agente notorio del capital financiero europeo en la Argentina— adquiere intereses en la industria azucarera tucumana y Tornquist «es en primer lugar un amigo de Roca» (Tornquist, 26). Tornquist tenía tal autoridad en el mundo financiero, que Payró pone en boca de un comerciante la frase «he tomado todas las precauciones de acuerdo con lo que opina don Ernesto” (Divertidas Aventuras, 268). Estos intereses provincianos —pero ligados a la Bolsa de Londres— están detrás de Roca. Posse le escribe a Sarmiento en 1879 que todas las familias prominentes de Tucumán apoyan a Roca. (a Posse, II. 477). Decir que estas oligarquías aspiraban a una política nacional —en el sentido del desarrollo nacional autónomo— es, por lo menos, un exceso de optimismo.

La unidad de la oligarquía porteña y sus colegas del interior en torno a Roca tuvo su expresión política en la fundación del Partido Autonomista Nacional (PAN), organización piramidal manejada desde la Casa Rosada por el Presidente de la República a través de los gobernadores provinciales, y en cuyo seno se realizaba un verdadero frente único de estancieros, comerciantes y capitalistas de todo el país ansiosos por prosperar a la sombra de la paz y la administración roquistas. En el seno del PAN quedó perfectamente comprobado que entre el roquismo y la oligarquía porteña, había una afinidad nativa y electiva. Precisamente por su vinculación con la oligarquía porteña había sectores de las oligarquías provincianas que no apoyaban a Roca, lo cual demuestra nuevamente que la cuestión fundamental no era «Buenos Aires versus las provincias» sino el partido roquista versus el partido mitrista-tejedurista —ambos con apoyo en todo el país en lucha a muerte por el presupuesto. En vano se buscarían los electores por la geografía política, pues el general Roca los tenía en Buenos Aires como en Corrientes y en La Rioja, y el doctor Tejedor los poseía, asimismo tanto en aquellas como en otras provincias. No era cuestión de que los porteños estaban de un lado y los provincianos del otro (Galíndez, 217).

## En el Ejército se Aprende a Ganar Elecciones y Apoderarse de las Tierras Públicas

Desde el comienzo hasta el fin de su carrera política, Roca tuvo un puntal en el Ejército. Los pintorescos apologistas que le han salido a Roca en nuestros días, pretenden que el ejército roquista era «de origen popular», una especie de encarnación con charreteras de la «conciencia nacional» (Ramos, Revolución, 239, 241), o si se prefiere, una montonera gaucha con escaiafón. Esto es un disparate de bota y sable, porque el ejército del que surge Roca «nos referimos desde luego a la oficialidad, no a la tropa, que es carne de pueblo y

cañón en todos los ejércitos del mundo— es ya un ejército burocratizado, con una estructura perfectamente oligarquica. «Estoy conforme —le escribía a Sarmiento su amigo más íntimo— en que la pacificación trae entre sus trofeos la muerte del provincianismo; pero ¿qué haremos del militarismo que viene penetrando hasta en las entrañas de nuestro cuerpo? Si vieras las ambiciones y pretensiones que han surgido en nuestra época, te caerías de espaldas espantado del porvenir. De aquí han ido solicitudes para promociones de oficiales, y para que se den grados efectivos a tenientes coroneles y comandantes de milicia que nunca vieron ni los mostachos del enemigo, y que en esta época no han hecho sino morisquetas a 300 leguas del teatro de la guerra. A este paso vamos a suprimir la graduación por servicio para empezar la carrera militar por General o Brigadier» (de Posse, II, 408). El proceso avanzó a partir del gobierno de Roca, quien supo corresponder con privilegios adecuados los servicios que el ejército le prestaba, custodiando el orden y cerrando beatíficamente los ojos a todas las tropelías del roquismo y más tarde del juarismo.

El ejército era nacional, desde luego, en el sentido de que lo integraban no sólo porteños sino elementos de todas las regiones del país; pero la política que ese ejército respaldaba era la del creciente enfeudamiento del país al capital imperialista en beneficio de la oligarquía bonaerense y sus satélites menores en las provincias. El «sentido nacional» de este ejército se limitaba a obtener privilegios en los cuatro costados de la república; no llegaba hasta el extremo de oponerse a los escandalosos negociados en beneficio de la Bolsa de Londres ni menos aun a la explotación oligárquica del país en detrimento del 99% de la población. Jamás la «conciencia nacional» (Ramos, Revolución, 241) del ejército argentino le llevó a pensar que regalar la tierra pública entre un puñado de grandes oligarcas, con Roca y su familia a la cabeza, impedía la estructuración de una grande y poderosa nación con los 100 millones de habitantes que soñaba Sarmiento.

Lo que Posse advertía en sus comienzos en la carta de 1876 se fue acentuando después. Y nada más revelador que las páginas escritas por Sarmiento —el creador de las Escuelas Militar y Naval durante su campaña contra el binomio Roca-Juárez Celman, en 1886. «Nosotros los americanos del sur —escribía en El Censor, febrero 10, 1886— hemos descubierto un modo de dar empleo a los ejércitos sin guerra, porque no hay enemigos, y es gobernar con ejércitos creándolos superiores a nuestros medios y sin proporción con la población. ¿Cuántos ejércitos en pie de paz tenemos? Casi no se interesa el público en estas bagatelas, y mientras tanto se ha visto el domingo que para cada votante verdadero había en plaza dos soldados de línea para amarrarlo, y que con votos falsos y todo había en la ciudad capital más soldados que ciudadanos activos». Y el 25 de febrero, con el título de «La Escuela Militar. Curso de quinto año. Arte de ganar elecciones por orden del Estado Mayor de Elecciones», agregaba: «raro destino de las instituciones humanas. Puede el lector imaginarse las ilusiones que se haría el creador de las escuelas militar y naval (el propio Sarmiento). Llamada la República Argentina a ser por su colocación geográfica la segunda edición de los Estados Unidos, esperaba reducir el ejército a las estrictas necesidades de la frontera. (No) teniendo los conocimientos adquiridos aplicación digna en la guerra de indios de frontera, en que se lucen otras cualidades, como las que la Tribuna Nacional atribuye al general Roca para motivar sus premios: «tener

duras las nalgas para galopar», Maldones y Daza han sido enviados a practicar el arte de ganar elecciones a todas las mañanas a Catamarca. Tenemos entendido que Daza y Maldones escribirán un curso de quinto año para la escuela militar, sobre el arte de ganar elecciones, teniendo, se entiende, el mando supremo, recibiendo sueldo del tesoro nacional y siendo el candidato irreconciliable enemigo del Presidente». Y el 1° de abril, ante un artículo de un diario roquista que preguntaba «¿Con qué derecho se hace figurar al ejército argentino en la condición de una fuerza pretoriana que no tiene otra misión ni otro objeto que el de avasallar las libertades públicas?».

Sarmiento contesta: «No sabemos efectivamente con qué derecho se puede hacer que el ejército argentino no tenga otra misión ni otro objeto. Pero el hecho es innegable. El ejército no ha servido durante la administración de Roca sino para avasallar las libertades públicas. Desde el primer año del gobierno del general Roca se hizo manifiesto el propósito de formar un ejército formidable, doblando su efectivo, precisamente cuando desaparecía por completo toda amenaza de coacción exterior, cuando las fronteras no exigían sino fuerzas muy limitadas, y cuando la paz interna misma no podía ser perturbada. El ejército argentino tiene otra misión que la de avasallar las libertades públicas; pero sólo sirve hoy para asegurar el gobierno de las familias de los Roca y pasarla a la de los Juárez. Veamos los hechos. Rudecindo Roca está de guarnición en Corrientes con un batallón fijo hace 5 años, sin frontera que guardar. Alejandro Roca tiene guarnición fija en San Luis con un batallón de línea. Agustín Roca es el Jefe del arsenal de Zárate, donde están los grandes depósitos de armas y de municiones que se mandan a las provincias clandestinamente. Cuenca, hermano político de Juárez Celman, guarnece con un batallón fijo a la ciudad de Córdoba hace 5 años. Ataliva Roca es el proveedor de hace muchos años de los enormes ejércitos y de la armada, a más de las expediciones, guarniciones que se hacen en plena paz, lo que pone al tesoro en los conflictos que han llevado el oro a 155. Póngase una cruz negra en el mapa de la República, en cada uno de los puntos ocupados militarmente por un miembro de la familia Roca, ligados entre sí por los tentáculos viscosos de Ataliva, y saltará a la vista si el ejército tiene otra misión en este momento que la de asegurar el mando y la disipación de los caudales públicos a la familia Roca-Juárez. Agréguese a este plan siniestro el afán tenaz y constante del general Roca de colocar jefes del Ejército en los gobiernos de las Provincias. El coronel Ortega sobre Mendoza, San Luis y San Juan, el teniente coronel Daza sobre Catamarca, el general Racedo sobre Entre Ríos, el coronel Sola sobre Salta, si no aseguran con las fuerzas nacionales a su mando las libertades públicas que nadie puede amenazar sino ellos, garanten por lo menos la denominación de la familia cuyo jefe es el Comandante General de las fuerzas de mar y tierra, y dispone hasta de los sueldos de dichos militares, como se ha visto en el caso de Solá, cuyo sueldo le fue suprimido en presencia de una elección contraria a Juárez... Entró Roca al gobierno y entregó la policía de Buenos Aires a su primo, quien pidió en el acto un aumento de 700 plazas. De civil que era y lo es en todo país civilizado, la policía de Buenos Aires se ha hecho militar y ha sido dotada de armas de guerra... El ejército de línea no ha tenido otra misión ni otro objeto que el de avasallar las libertades públicas, y cuando ha sido menos ofensivo se le ha usado como el gaucho que pone el facón sobre la plata al tirar sus naipes marcados».

Por esos días apareció un libro sobre los pioneros de la industria nacional y Sarmiento dice al comentarlo, poniendo como ejemplo a los industriales: «Que me vengan a contar a mí las hazañas de los ocho coronelitos que van a ser generales aún con el babero de cadetes al cuello» (El Censor, junio 8, 1886).

Pero hay otros testimonios, aparte del de Sarmiento. Carlos D' Amico, ex gobernador de la Provincia de Buenos Aires, escribe: «La Argentina tiene una escuadra y un ejército incomprensibles en una república que vive en paz con el mundo todo: tenga el valor de suprimir en absoluto la escuadra y las dos terceras partes del ejército...» (170). Y Augusto Belin Sarmiento escribe: «Para decir la verdad sobre el ejército argentino necesitamos pronunciar una palabra terrible... El ejército argentino es un ejército pretoriano. No está organizado actualmente en vista de la defensa nacional sino para sostener situaciones que el país repudia. El derroche de dinero que motiva el ejército no tiene ejemplo en la tierra. Cada soldado argentino cuesta por año 2.000 pesos, y esto para estar pésimamente equipado, peor vestido y mal alimentado. Una de las erogaciones que pesan más sobre el presupuesto de guerra es la cantidad enorme de sueldos de un número inaudito de jefes, que está lejos de corresponder al efectivo del ejército; lo que constituye una prueba más de que la corruptela ha hecho de los ascensos un medio de premiar la fidelidad hacia los gobernantes y corromper a los jefes con ascensos y dádivas inmerecidas». Para 5.000 soldados había 8 tenientes generales, 10 generales de división, 26 generales de brigada, 132 coroneles, 262 tenientes coroneles y un número mayor de oficiales inferiores. En total 1.630 jefes y oficiales, o sea 1 oficial para cada 3 soldados» (Una República Muerta).

## Los Ganaderos se Enriquecen Mirando Pacer las Vacas

Llegó Roca al gobierno con un programa que no dejaba lugar a dudas: «Mi opinión es que el comercio sabe mejor que el gobierno lo que a él le conviene; la verdadera política consiste, pues, en dejarle la más amplia libertad. El Estado debe levantar bien alto el crédito público en el exterior y tomar por divisa las palabras del doctor Avellaneda: «economizaremos sobre nuestro hambre y nuestra sed para cumplir con nuestros compromisos...». ¿Los recursos del presupuesto bastarían para esos planes? Bastarán siempre que se les emplee en garantizar un interés a los capitales extranjeros que vendrán a dedicarse a la colonización. Europa, que rebosa de capitales, sólo espera para colocarlos en la América del Sur, una garantía efectiva, que podemos ofrecerles en tierra y en dinero». (Le Courrier de la Plata, diciembre 1879). Ya sabemos todo el crédito que se le puede dar al nacionalismo de Roca, que no era nacionalista frente al capital imperialista, pero gustaba en proclamarse nacional por oposición a Buenos Aires; dónde, decía, «no ha tenido tiempo de establecerse el sentimiento nacional, dónde los argentinos están en minoría y dónde los intereses extranjeros predominan» (Le Courrier, enero 1886). De este modo, agitando el problema ya sepultado del antagonismo entre el nacionalismo provinciano y el separatismo porteño, Roca ocultaba prudentísimamente que toda su política conducía precisamente, y en línea directa, a acentuar el predominio de los intereses extranjeros, no sólo en Buenos Aires, sino en todo el país. Cuando todo el problema nacional consistía en

impedir que el país se transformase en peón de la Bolsa de Londres, Roca pretendía reivindicar como nacionalismo el llenar los puestos públicos con provincianos en reemplazo de porteños mitristas. Era una zorruna maniobra política. Lo tragicómico es verla prohijada décadas después como norma de estrategia antiimperialista por los retrasados turiferarios del roquismo.

Indiscutiblemente, con Roca las oligarquías provincianas que respaldaron su candidatura obtienen una mayor participación en el manejo del Estado y en este sentido es el de Roca un gobierno provinciano. El mismo, escribía; «Su recomendado acaba de ser nombrado miembro de la legación en París. Siempre es bueno tener un provinciano de Presidente, pues así éste se acuerda de los jóvenes metidos en nuestras provincias. En tiempos de Mitre este fenómeno no se presenciaba nunca» (Astengo, 30). Pero esta participación provinciana en el gobierno era en carácter de asalariados, al servicio de una política general dictada por los intereses generales de la oligarquía porteña y sus satélites menores en las provincias. No se trataba ni podía tratarse de una política al servicio de intereses específicos al servicio del interior provinciano, porque ya Mitre había arrasado las condiciones para una política de ese tipo. Roca, que no era un político salido de la oligarquía porteña, gobernó junto a ella y para ella, esforzándose en calmar las desconfianzas que su origen pudiera provocar en algunos círculos de la oligarquía bonaerense.

Desde luego, un programa «nacionalista» de este tipo debía hallar su más rendido apreciador y admirador en la Bolsa de Londres, que agasajó a Roca, apenas terminado su gobierno, con un banquete en la City al que asistieron los más empingorotados personajes del imperialismo inglés, con el jefe de la Casa Baring Brothers a la cabeza amén de algunos patricios argentinos de esa ralea que ha ocupado lo directorios de empresas imperialistas a lo largo de varias generaciones: García Merou, Rodríguez Larreta, Terrero, Paz, de la Plaza. «Soy tal vez el primer ex presidente de la América del Sur que haya sido objeto en Londres, este clásico y vasto centro de la libertad, de una demostración semejante por un número tan escogido de caballeros. Qué mejor testimonio puedo presentar en este acto de la consideración en que están la República Argentina y sus hombres públicos, ante los gremios de las altas finanzas y comercio europeos... He abrigado siempre una gran simpatía hacia Inglaterra. La República Argentina, que será algún día una gran nación, no olvidará jamás que el estado de progreso y prosperidad en que se encuentra en este momento, se debe en gran parte al capital inglés» (Astengo, 437).

Era el credo tradicional de la oligarquía portuaria, que Roca repite casi con las mismas palabras de Mitre. Poco después, pasando de la teoría a la práctica, Roca gestionó en Londres un empréstito de diez millones de pesos oro (idem, 438). Así era el nacionalismo roquista en quien un pequeño y revolador plomífero descubre en nuestros días «el nacionalismo más profundo, la visión global de la patria» y hasta «el perfume del pasado» (Ramos, Revolución, 239). La verdad es que a este argentinismo a la Roca le sobraban títulos para cotizarse subidamente en la Bolsa de Londres. Olía a Baring Brothers, el perfume usurero más exquisito de la época.

La presidencia de Roca —y luego la de Juárez Celman—, fue testigo de un notable crecimiento de la economía argentina. Baste recordar que entre 1880 y 1890 la producción agraria, se eleva del 1,4% al 25% de las exportaciones argentinas (Hanson, 8). Los dueños de tierras y vacas se enriquecieron progresivamente, por la dulce razón que los precios de sus exportaciones subían con ritmo de marea, mientras los salarios pagados por ellos quedaban estancados (Williams, 88). Este famoso progreso de la economía nacional era de veras «natural», en el sentido de que se producía fundamentalmente por razones casi tan ajenas a un control racional como las lluvias en virtud de los requerimientos del mercado mundial y sobre todo del mercado inglés, al que la industrialización de Estados Unidos estaba planteando la necesidad de nuevos abastecedores de alimentos a bajo precio. Y era natural en el sentido de que la oligarquía estancieril, la concesionaria del agro argentino, el decisivo sector productor del país, tuvo la más completa despreocupación por acelerar y dirigir en beneficio del país ese desarrollo «natural». Las estancias eran atrasadas, huérfanas de adelantos técnicos y métodos de dirección eficientes. Los tremendos beneficios que la cría del ganado arrojaba provenían exclusivamente de la fecundidad de la Pampa y del vigor patriarcal de los toros pampeanos (Hanson, 11-12). Cuando apareció en el horizonte la industria frigorífica, con sus tremendos beneficios en perspectiva, los estancieros dejaron que el capital imperialista la implantase controlando el campo, perjudicando a la larga a los propios beneméritos acaparadores de la tierra.

Toda la burguesía terrateniente argentina se mostró pordioseramente incapaz de reunir un millón de patacones para construir un frigorífico que hubiera permitido comer a carrillos a los mismos concesionarios de todas las vacas (Hanson, 51, 131). La más pantanosa falta de iniciativa capitalista caracteriza a la oligarquía argentina, a quien vaya uno a saber por qué sibilina razón el profesoral cronista Carlos Ibarguren designa como «un magnífico patriciado selecto por su talento» (Ibarguren, Rosas, 52). Lo menos que se le podía exigir a ese patriciado bicorne es que levantase una industria frigorífica nacional y hasta de eso fue incapaz, aunque tal vez sólo por pura sumisión a sus patrones del Támesis.

Sarmiento tuvo ocasión de observarlo, en la época y sobre el terreno. En un artículo titulado «La Canción de siempre: carnes frescas y ganaderos calientes», decía:

«Hace 20 años valía más una libra de manteca que una vaca con ternero. Esa es la síntesis de nuestra espíritu industrial, esa es nuestra desidia y la indole de nuestra actividad nacional ... decidles a los ganaderos que votaremos una ley garantizando con 6 % todo capital que se dedique a duplicar el valor de sus productos. La recibirán llanos de júbilo; pero decidles que esta duplicación se hará sobre un costo aleatorio que subirá en los peores casos a tres cobres por cabeza vacuna y a medio por cada cabeza lanar, y os harán los argumentos contra el ferrocarril, contra el monte y contra el cercado. Prefieren ir a pie a la loma del diablo que pagar 8 centavos por andar en coche cuatro leguas. Ahora están en ese afán. No quieren saber nada de derechos, de impuestos a la hacienda. Quieren que el Gobierno, quieren que nosotros que no tenemos una vaca, contribuyamos a duplicarles o triplicarles su fortuna a los Anchorena, a los Unzué, a los Pereyra, a los Lueros, a los Duggan, a los Cano, a los Leloir, a los Pelero y a todos los millonarios

que pasan su vida mirando como paren las vacas. En ese estado está la cuestión, y como resulta que las cámaras están también formadas por ganaderos, veremos mañana la canción de siempre, el pagar de la guitarra a la sombra del ombú de la Pampa y a la puerta del rancho de paja». (El Censor, enero 9, 1886).

Y días después agregaba:

«La industria ganadera, la única verdaderamente nacional, carece entre nosotros del gran desenvolvimiento que tiene en otros mercados, más perspicaces y previsores. Nos hemos limitado a la cría de ganado sin otro horizonte que el saladero, fuera de los canales de abasto. La cruce y mejora de razas cuenta muy pocos años de desarrollo en nuestros mejores establecimientos. El estanciero criollo no tiene iniciativas, obedece a la tradición colonial de las procreaciones naturales, a la explotación primitiva de cueros y lanas, que todavía se exportan tal como resultan de la esquila... Tenemos datos sobrados para demostrar que la exportación en condiciones frigoríficas asegura la prosperidad del comercio que se consagra a ella. Pero se nos preguntará si ésta es una seguridad absoluta, por qué no se exponen los capitales interiores, los capitales excedentes de los mismos ganaderos, ricos, muy ricos, en su mayor parte. Porque por grandes que sean esos capitales, contestaremos, no solamente son insignificantes con relación a los que se necesitan (aquí Sarmiento rinde tributo a un prejuicio de la época; el capital necesario giraba alrededor del millón de pesos, suma harto accesible para los socios de la Sociedad Rural según Hanson) sino porque nuestros hacendados no entienden ni jota del asunto, y prefieren hacerse un palacio en la Avenida Alvear que meterse en negocios que los llenarán de aflicciones» (El Censor, enero 21, 1886).

Crecía la economía argentina, sí. Pero con la soga del capital imperialista al cuello, y corroída interiormente por el cáncer creciente del latifundio.

La agricultura argentina desarrollábase supeditada al monopolio oligárquico sobre la tierra nacional, de modo que arrastraba desde el vamos una crisis estructural, que sólo a partir de la crisis cíclica de 1929 quedaría perfectamente en evidencia. Más de la mitad de la cosecha de cereales la levantaban chacareros arrendatarios, inmigrantes, que no tenían ningún motivo para abstenerse de sacar de la tierra todo lo que podían antes de que el terrateniente los echara, dejando así la tierra exhausta. Poco a poco los grandes estancieros fueron mejorando sus ganados y establecimientos, pero la agricultura, explotada por arrendatarios permaneció en el atraso, con su sistema de una sola cosecha, de arrendamientos inestables (Hanson, 114).

### El Ideal de los Usureros Internacionales (Crecimiento Progresivo y Endeudamiento Explosivo)

Bajo la administración de Juárez Celman la red ferroviaria aumentó en 3.000 kilómetros. «Este único hecho justificaría la presidencia de Juárez Celman» (Rivero

Astengo, 426). Tal es la opinión de un historiador allegado a la oligarquía, recogida ahora por algunos apologetas «marxistas» (?) que le han salido a Roca. Por extensión, ese criterio justificaría toda la política roquista, del 80 al 90, en que crecen no sólo los ferrocarriles, sino toda la economía nacional. Pero ocurre que la oligarquía argentina fue traidoramente incapaz de impedir que ese crecimiento fuera del brazo con la ocupación del país —como tierra de nadie— por el imperialismo, que tomaba bajo su control todos los puestos claves y lucrativos de la economía nacional. Y esto se explica dada la naturaleza de la clase nacional dominante en el país, pero no se justifica si por justificarse quiere significarse absolver de culpa y cargo a una clase parásita y cegatona, antinacional por su parasitismo incluso allí donde por interés le convenía defender en cierta medida la independencia económica del país, y que sin embargo pretende autocalificarse de «magnífico patriado», según la bobería solemne ya citada.

El capital extranjero invertido en ferrocarriles aumenta en 236 millones de pesos oro entre 1885 y 1890 (Williams, 51). En 1892 la República Argentina debía al extranjero 922.545.000 pesos oro por concepto de empréstitos y capitales invertidos en empresas privadas. Cerca del 85 % de esa deuda se contrajo en la década 1880/1890, y alrededor del 70% en los cinco años 1885-1890 (Williams, 61). Desde el punto de vista de la Bolsa de Londres, es evidentísimo que esto sólo bastaría para justificar al roquismo y a Juárez Celman. En 1881 la Argentina destina al pago de intereses y ganancias de los inversores extranjeros el 20% de su ingreso en divisas; en 1884 el 40%, en 1887 el 44%, al año siguiente el 49%, en 1889 el 66%. Enseguida la crisis (Staff Papers, 81). Recordemos que Estados Unidos, a todo lo largo de su historia entre 1821 y 1914, lo más que destinó al pago de inversiones extranjeras fue el 11% de sus ingresos en moneda extranjera (idem, 73).

Más se endeudaba el país al capital imperialista, más el capital imperialista —inglés en un 99 por ciento— se consideraba soberanamente dueño de la soberana República Argentina. El Presidente Avellaneda, a quien su provincianismo no le impedía proclamar en su mensaje de 1877 que «el capital extranjero es el primer agente de nuestro progreso», debía reconocer en el mismo lugar que «las garantías acordadas a los ferrocarriles gravitan con enorme peso sobre el erario, y basta, para que el Congreso lo comprenda, una sola cifra. Según las cuentas presentadas por el director del Ferrocarril del Oeste, el Gobierno deberá pagar por la garantía correspondiente al año de 1876 la cantidad de 328.000 pesos fuertes. He tocado deliberadamente este asunto porque es necesario advertir en alta voz a los directores de estos ferrocarriles, que necesitan vigilar sus gastos de explotación, y que no hay justicia ni equidad en desprenderse de todo cuidado teniendo solamente en cuenta que el gobierno argentino paga con paciente resignación el valor total de las garantías ofrecidas. Quería, además, agregar una palabra en justa reivindicación de nuestra honra: hemos pagado hasta este momento todo, y lo hemos pagado sin investigaciones prolijas, y hasta casi sin examen, porque este es uno de los rasgos de nuestro carácter nacional (subr. nuestro). No hay así sino verdad y muy grande cuando un día hemos rechazado esas voces colmadas de injusticia y que tendían a deprimimos en nuestro crédito porque pedimos antes de abonar unas cuentas que se nos mostraran los libros de dónde habían sido extraídas» (Mabragaña). Ya se ve que para

Avellaneda era rasgo del carácter nacional argentino la propensión de la oligarquía a rifar el país al capital imperialista. Entre tanto el capital imperialista se sentía cada vez más dueño de casa y montaba un escándalo internacional porque el gobierno argentino «se atrevía» a pedir a una empresa inglesa que mostrara sus libros. . . En 1884 Roca decía en su Mensaje: «Si fuera necesario presentar demostraciones de los grandes resultados que obtienen en este país los capitales extranjeros, el cuadro actual del Ferrocarril Central Argentino sería una de las principales. En 1872 sus entradas fueron de \$ 849.058 y su producto líquido de 417 057. Once años después, los ingresos subieron a \$ 2.021.031 y el producto líquido a 1.385.472».

¿Y era necesario, imprescindible, inevitable para el país soportar esta creciente carga de su endeudamiento al capital financiero internacional? ¿No se lo podría reducir a límites que dieran al país mayor libertad de maniobra y evitasen que la mayor parte de las exportaciones fueran a parar a la caja de compañías extranjeras? Sí, era perfectamente posible reducir el enfeudamiento al capital británico. Sólo hacía falta una clase dominante con intereses capaces de darle una orientación nacional a su política. En 1888 Juárez Celman anunciaba en su Mensaje que «toda la deuda externa puede quedar extinguida en 8 años» si a eso se aplicaran las exportaciones.

Por cierto que algunos políticos de la oligarquía argentina advirtieron que el país se estaba enmarañando con una red que le sería muy trabajos romper. Pero sus advertencias fueron meros ejercicios literarios que no se tradujeron en acciones políticas, y «ni siquiera en programas. Ahí está el caso de Carlos D'Amico, ex gobernador de la Provincia de Buenos Aires, quien con su estilo particularmente ágil escribía:

«Los últimos años que han mostrado una prosperidad tan notable, que han despertado la codicia de todos los usureros de la vieja Europa que gobiernan el mundo y aumentan sus caudales con las calavereadas de los ricos americanos del sud, que se las piden prestada a cualquier tasa de interés, y les hipotecan todo su caudal con tal que les faciliten millones que derrochar en una vida fácil de placeres indolentes, de lujos orientales, de estériles agitaciones; los últimos años, la Argentina ha cubierto el déficit anual entregando a Europa 300 millones de cédulas hipotecarias, recibiendo empréstitos provinciales por 70 millones, que le ha devuelto y recibiendo el oro de infinidad de empresas comerciales, de ganancias seguras, que van todas a enriquecer a los europeos empobreciendo a los argentinos; y mandando en oro 36 millones de pesos en dos años. Ahora dominarán la crisis con los 41 millones de los ferrocarriles de Buenos Aires, lo que importa entregar perpetuamente al extranjero 3 o 4 millones de pesos que anualmente tendrán que sudar los hijos de ese país; con los 45 millones de un empréstito nacional; con 20 millones de un empréstito municipal; y quien sabe con cuántos millones de papeles de crédito. Sólo en el mes de marzo salieron para Inglaterra 6 millones de pesos en acciones del Banco Nacional, muelles de Las Catalinas y cédulas hipotecarias. Con esos 150 o 200 millones de pesos dominarán la crisis, porque pagarán sus deudas; pero en vez de mejorar su situación la habrán empeorado, aumentando su deuda anual en 7 millones de pesos, que harán pasar su déficit anual de 100 millones! Parece que la República Argentina no sintiera que se resbala en la pendiente rapidísima de su ruina, y quizá de la pérdida de su

independencia... Así, cada crisis es dominada aumentando las causas que la produjeron: el empréstito, la concesión de grandes negocios a capitales extranjeros, la hipoteca de todas las tierras públicas y de las particulares; la venta en Europa de las tierras nacionales y el aumento de los gastos de la nación. Cuánto mayor es la producción, mayores son los gastos... Dominada esta crisis, otra vez serán deslumbrados por las riquezas excepcionales de esa tierra privilegiada y volverán a las andadas, y cada cinco años tendrán una crisis cuyos peligros irán creciendo en proporción geométrica, hasta que llegue un día en que deban a los judíos de Londres y Francfort todo el valor de sus tierras; en que los usureros del otro lado del mar sean dueños de todos sus ferrocarriles, de todos sus telégrafos, de todas sus grandes empresas, de todas sus cédulas, y de las 50.000 leguas que les hayan vendido a vil precio (¡Esto fue escrito en 1892!). Cuando no tengan más bienes que entregar en pago empezarán por entregar las rentas de sus aduanas, seguirán con entregar la administración de todas sus rentas; permitirán para garantizar esa administración, la ocupación de su territorio, y concluirán por ver flotar sobre sus ciudades, en sus vastas llanuras, en sus caudalosos ríos, la bandera del Imperio que protege la libertad de Inglaterra, pero que ha esclavizado al mundo con la libra esterlina, cadena más fuerte y más segura que el grillo de acero más pesado que haya usado jamás ningún tirano. Y no rían los argentinos en su vanidad de esta predicción. Por mucho menos que lo que ellos hacen, el Egipto está en la garra del león inglés... Todas las proclamas sobre las ventajas que al país reporta con la introducción de capitales extranjeros son mentiras calculadas para sacarle al argentino crédulo e indolente, hasta el último peso que le haya producido su tierra, como el suave movimiento de las alas del vampiro sirve para sacar hasta la última gota de sangre de su víctima dormida. Si los argentinos quieren salvarse, deben impedir que los extranjeros que viven fuera del país puedan comprar ni vender sus propiedades raíces sino pagando un impuesto del 30% de su valor venal; deben recargar con impuestos mayores 10 veces al menos todo banco, casa de comercio, o empleo de capital extranjero, que no sea una industria radicada en el país». (D' Amico, págs. 160-61; 165-66; 168-9).

Sarmiento, sin ser tan agudo como D' Amico en la percepción de los detalles de la penetración imperialista y en el planteo de soluciones drásticas para frenarla, veía también con claridad lo que se le venía encima al país, y lo denunció con su voz de montaña más atronadora que nunca en esos dos últimos años de su vida que dedicó a combatir el roquismo. En 1885 funda El Censor, para combatir a Roca-Juárez Celman. Y en su primer número, el 1 de diciembre de 1885, en su manifiesto programático, escribe:

«Por sobre todo este cuadro, campea una cualidad común a todos estos países. México, Ecuador, Perú, Venezuela, están acibillados de deudas de empréstitos, y declarados más o menos insolventes en la Bolsa de Londres, lo que quiere decir que el desorden se cotiza en aquel mercado descollando sobre todos ellos, como el sol de sus armas, la gloriosa República Argentina, con cosa de TRESCIENTOS MILLONES de deuda contraída, la mitad en plena paz, en la administración actual, con promesa de continuarla y apurarla. Por ahora, la República puede en materia de deudas exclamar con orgullo:

Calle Esparta su virtud,  
Sus hazañas calle Roma,  
Silencio que al mundo asoma  
La gran deudora del Sud.

«Nadie debe más que ella. Es justicia que debe hacerse». Y de ahí en adelante siguió la campaña de Sarmiento contra la creciente entrega al imperialismo y contra su aliado inseparable, el ensanchamiento del latifundio. «Chile ha tomado en Londres empréstitos a 97 y medio, mientras que la República Argentina, bajo la administración actual, no pudo negociar en la Bolsa a ningún precio, y ha tenido que pasar por las horcas caudinas de un complot de usureros franceses e ingleses que le han dado dinero con la usura de un real al peso, como hacen los judíos con los mozos de familia calaveras» (diciembre 17, 1885). «Para obtener un empréstito se ha necesitado cargar a nuestros hijos 15 millones de comisión y usura, no recibiendo sino el resto de los pretendidos 42 millones, pero reales, para pagarlos, por su valor nominal a los acreedores, y a más de las usuras de 15 millones tenemos que mantener un ejército de 10.000 hombres y una marina formidable y a los que lo contrajeron, y en menos de un año la Patria, agradecida a sus guardianes armados ha desbaratado 100 millones de valores, en tierras públicas adjudicadas al precio de 400 nacionales cuando valen 10 000 fuertes en unas regiones y hasta 3.000 en las menos favorecidas» (Enero 1, 1886). «LA LIMA DE BARING. — Los que viven y merodean en torno del poder de Roca, esos no tienen indignaciones, su oficio es roer, se llenan de regocijo al ver llegar aquí las piltrafas y se tapan los ojos, cierran sus oídos, a la sola noticia de los millones que embolsan los Baring y los Morgan, que a la hora presente reirán a carcajadas de South América a costa de nuestro porvenir y de nuestros bolsillos» (enero 12, 1886). Y en abril de 1886, en aquel discurso que definió el gobierno de Roca como «Paz y administración léase mejor remingtons y empréstitos», Sarmiento dice; «Esta administración que quiere perpetuarse nos ha dejado ya en la calle. Nadie ha desmentido al Journal Do Comercio cuando ha demostrado que cada argentino nace debiendo más de lo que pesa, en plata ... Chile ha negociado a 97 y medio los fondos que a nosotros nos negaron a 73, hasta que hipotecamos las aduanas y las rentas. Tendríamos que pedir permiso a los usureros de Londres para defendernos de Chile. (Este pronóstico se cumplió. Datos de Tornquist), pero nada nos defenderá de los proveedores de la casa reinante, que se llevaron la mitad de la mitad que nos quedaba» (abril 6, 1886). En carta privada a su amigo Posse, Sarmiento había escrito en setiembre de 1885: «Vamos tranquilamente al abismo; viéndolo unos, a ciegas los más; empujando algunos. Se deben 300 millones. Créese que Pellegrini ha arreglado el empréstito, bajo la tutela del sindicato. ¡Cuestión de Egipto! y deudas nacionales no pagándose cuando son enormes, nosotros quedaremos por un siglo bajo la inspección aduanera. Vamos a elegir nuevo gobierno. Buscáronse nombres que para la Bolsa de Londres, no para la nuestra, fueren garantía o prenda» (a Posse, t. 2, 535-36).

Observemos que D'Amico y Sarmiento eran antirroquistas. Toda la brillante intelectualidad que rondaba en las antesalas de Roca y Juárez Celman, todos los Eduardos Wildes de mayor y menor cuantía literaria de quién se pretende que «plantearon en sus obras literarias o políticas los temas más ardientes de nuestra realidad» (Ramos, Revolución,

233) fueron absolutamente ciegos para el más candente de esos problemas, que era el creciente enfeudamiento al imperialismo. Por lo demás, ellos embolsaban sus buenas migajas que dejaban caer los empréstitos. Los hombres que perciben el gran problema nacional argentino de las últimas décadas del siglo pasado y de todo el actual, el problema de la independencia frente al capital imperialista, son antirroquistas. El roquismo sigue entre tanto cantando la letanía del agradecimiento a Inglaterra, del capital extranjero que promueve nuestro progreso, etc. Es otra curiosa peculiaridad de este nacionalismo roquista-entreguista recién insepulto y «con perfume del pasado».

En todo y por todo fue Roca un perfecto hijo político de aquel presidente Avellaneda —provinciano también— que proclamó la obligación de ahorrar sobre el hambre y la sed del país para abonar las ganancias del capital imperialista. La filosofía proimperialista de Roca era esencialmente la misma de Avellaneda, que se resumía en párrafos como estos: «Nuestro crédito exterior no solamente se refiere a la cotización de los empréstitos en la Bolsa de Londres, sino que significa el llamamiento al capital extranjero que es el primer agente de nuestro progreso» (Mensaje de 1877). Que José Hernández y otros federales antimitristas apoyaban a Roca, autor de semejante política proimperialista de corte verdaderamente mitrista, prueba una vez más que Hernández no encarnaba ninguna política nacional en el sentido de aspirar a un desarrollo nacional independiente del imperialismo.

## La Conquista del Desierto por el Latifundio

La carrera política de Roca se halla evidentemente ligada a su éxito como conquistador del desierto y liquidador del problema indio (La historia del general Roca se compone solamente de cuatro páginas brillantes: Curupaytí, que le hizo comandante; Naembé, que le hizo coronel; Santa Rosa, que le hizo general y el Río Negro, que le hará presidente, La Tribuna, julio 29 de 1879). Pero la conquista del desierto sirvió para consolidar a la oligarquía y acrecentar su poderío, de modo que Roca resulta el ejecutor consciente de una política oligárquica y un verdadero héroe de la oligarquía. Vale la pena detenerse un segundo para analizar qué fue la famosa conquista del desierto.

Cuando Roca decide emprender su campaña, el indio estaba ya muy lejos de ser un enemigo siquiera medianamente formidable. Es Roca mismo quien plantea el problema en sus verdaderos términos cuando expone su plan ante el Congreso: «En la superficie de quince mil leguas que se trata de conquistar, comprendidas entre los límites del Río Negro, los Andes y la actual línea de fronteras, la población indígena que la ocupa, puede estimarse en 20.000 almas, en cuyo número alcanzarán a contarse de 1.800 a 2.000 hombres de lanza...

Su número es bien insignificante en relación al poder y a los medios de que dispone la Nación. Tenemos seis mil soldados armados con los últimos inventos modernos de la guerra, para oponerlos a dos mil indios que no tienen otra defensa que la dispersión ni otras armas que la lanza primitiva» (Informe de 1875). La hazaña de conquistar el

desierto no era como se ve de las que abren las puertas de la gloria. Pero para la oligarquía argentina, y muy particularmente para los estancieros, tenía una significación tremenda. Recuérdese que en 1875 la frontera estaba en algunos puntos a menos de 300 kilómetros de la Capital. Y esto tenía una doble consecuencia. Por un lado, faltaba espacio en todo el país, y sobre todo en la provincia de Buenos Aires, y no se contaba con campos para expandir la producción ganadera. Por otro, los estancieros sufrían pérdidas tales que en 1872 el ejército consiguió rescatar sólo una pequeña parte de lo alzado por los indios y ella ascendía a 150.000 vacunos, 40.000 ovejas y 20.000 yeguarizos (*idem*).

Además, la conquista del desierto sirvió a la oligarquía para fortalecerse en cuanto latifundista y especuladora, incorporando a su haber increíbles extensiones de tierra que en sus manos sirvieron para frenar el desarrollo nacional. Terminada la conquista del desierto, el Estado se desprende en 1885 en favor de 541 particulares de 4.750.471 hectáreas. (Sí, no hay ningún error: 4.750.471 hectáreas entre 541 personas) (Oddone, 218).

Desde luego los verdaderos conquistadores, los soldados, no obtuvieron nada en el reparto, «¡pobres y buenos milicos! —dice el comandante Manuel Prado, citado por Yunque— habían conquistado 20 mil leguas de territorio y más tarde, cuando esa riqueza enorme pasara a manos del especulador que la adquirió sin esfuerzo ni trabajo, muchos de ellos no hallaron un rincón mezquino en qué exhalar el último suspiro. Al ver después despilfarrada la tierra pública, merchanteada en concesiones fabulosas de 30 o más leguas, daban ganas de maldecir la conquista, lamentando que todo aquel desierto no se hallase en manos de Peuque o de Sayhueque» (Yunque, 290). En resumen, la conquista del desierto sirvió para que entre 1876 y 1903, es decir, en 27 años, el Estado regalase o vendiese por moneditas 41.787.023 hectáreas a 1.843 personas. De tal modo quedaba sellado, lacrado y remachado el proceso de acumulación latifundista. Inútilmente Sarmiento se proponía en 1885 «traer los antecedentes y el origen de la expedición al Río Negro, a fin de fundar la crítica que haré a su tiempo de la expedición que ha tornándose en un crimen derrochando toda la tierra pública y regalando a cada oficial y comandante para comprarles el voto» (a Posse, II, 552) (Crítica al latifundio. La apropiación de la tierra detiene la colonización, ver Sarmiento, Obras, XLI, 40-1; 143, 301).

En Estados Unidos la lucha contra el indio fue realizada principalmente por los granjeros que junto a sus familias avanzaban buscando nuevas tierras y así expandían gradualmente las fronteras. El ejército jugó un papel accesorio. En la Argentina ocurre todo lo contrario. No hay una población campesina que va desplazando al indio con su avance. Es el ejército el que conquista el desierto por cuenta de los estancieros, consolidando y extendiendo el latifundio. Y consolidándose a sí mismo, acrecentando su poderío y su peso específico dentro de la sociedad. El mismo Roca reconocía que una vez conquistado el desierto un par de miles de soldados bastaría para el ejército nacional. Pero como la conquista corrió por cuenta del ejército, era inevitable que éste, lejos de autoliquidarse, se expandiese a sus anchas, y así sucedió. De modo que la conquista del desierto no sólo contribuyó a afianzar el latifundio sino que hizo otro tanto con el ejército. Dos tumores que han asfixiado a la nación y que se vinculan bastante estrechamente al nombre de

Roca, con lo cual hay de sobra para situar a éste entre los más beneméritos políticos de la oligarquía y los más aciagos para las innumerables masas desposeídas.

Razón tenía Alem cuando puntualizaba que la conquista del desierto había sido una guerra de policía, que no hacía acreedores a los conquistadores de premios especiales. El roquismo no lo entendió así, y premió a dos manos a los conquistadores empezando, claro está, por casa, es decir, por Roca. Todavía en setiembre de 1887 el Congreso de la Nación le obsequiaba a Roca 15 mil hectáreas. (Ministerio de Guerra. Premios Militares)

La crítica más exhaustiva a la política de tierras del roquismo fue formulada por Sarmiento:

«Cuando se reconocieron en el Perú los secuestros españoles, se despertó una honradez tal, un deseo de pagar las deudas de la Independencia, que se abrieron oficinas públicas para anotar acreedores, con órdenes falsificadas de San Martín, en papel amarillento, inventadas hasta la suma de sesenta millones; y como se pagaba a los guerreros de la Independencia también (que había guano para todos), incluyéronse 30 mil soldados que no existieron. Habiéndose perdido la lista de revista de aquel ejército imaginario, se apeló al testimonio oral, y salían los agentes a los caminos por dónde las cholos e indias traían al mercado sus tamales y sus humitas.

«—Diga Ud., paisano, ¿qué edad tiene Ud.? —Si no sé, mi señor. «—Qué menos ha de tener que 50... pongámosle 60. ¿Tuvo hijos? —No señor. —Vamos, es para su bien que le pregunto, ¿cuántas tuvo? —Le digo que no, mi señor. —Pues yo le digo que sí; y por más señas, que fue soldado de la Independencia uno de ellos, y se halló en Carabobo y en Pichincha; se llamó José, a lo que me acuerdo, y como es para pagarle sus servicios, si Ud. firma esta boleta, le dará la mitad de lo que se cobre del Gobierno.

«Bien entendido que el Gobierno estaba desesperado por pagar, con lo que echaron sobre la Nación otros cien millones y una guerra con España y con Chile, sin pagar su deuda.

«Sucede actualmente lo mismo con el premio de tierras al Ejército expedicionario al Río Negro. Nuestro Gobierno no ve las horas de descargar su conciencia de aquella deuda, y sus partidarios andan deteniendo a las gentes en la calle para probar a todo el mundo que fue al Río Negro y bebió de sus negras aguas... Tantas promesas hay hechas de participar en el maná de la tierra pública, que ya está prometido por los entusiastas más territorio que el de toda la República, y habrá que tomarlo a Paraguay, Uruguay y Bolivia para ubicar esos boletos, que no son de sangre sino sin sangre, vista la poca vergüenza, que es un mérito en estos tiempos... La prosperidad y grandeza a que ha llegado el país es el resultado de aquel esfuerzo de un gran pueblo, y no de los maulas, de pretendidos héroes que no son capaces de hacer nada que recoja la historia, si no son títulos de tierras que en otros países serían naciones o provincias, condados y marquesados, con habitaciones por millones». (El Censor, diciembre I, 1885).



Y en otro artículo, con el título de «NO SE LLENAN», decía Sarmiento:

«El general Roca, educado en el Colegio del Uruguay, no ha traído a su gobierno otra idea sobre el reparto de la tierra pública que la en práctica en aquellos tiempos (de Urquiza) —la voluntad sin límites de aquel que ejerce el poder— adoptándolo como sistema. El pensamiento de un paseo en carruaje a través de la Pampa cuando no había en día un sólo indio fue un pretexto para levantar un empréstito enajenando la tierra fiscal a razón de 400 nacionales la legua, en cuya operación la Nación ha perdido 250 millones de pesos oro, ganados por los Atalivas, Goyos y otras estrellas del cielo del Presidente Roca. Pero si se puede explicar, aun cuando no se justifique, esta medida antieconómica y ruinosa para el Estado, por la famosa expedición al desierto, después que ésta se realizó sin batallas ni pérdidas de ningún género para el Gobierno, no hay razón, no hay motivo legítimo para que el tal empréstito continúe hasta hoy abierto... para los amigos del General Roca, máxime cuando la suscripción se cerró hace ya mucho tiempo. Es necesario llamar a cuentas al Presidente y a sus cómplices en estos fraudes inauditos. ¿En virtud de qué ley el General Roca, clandestinamente, sigue enajenando la tierra pública a razón de 400 nacionales la legua que vale 3.000? El Presidente Roca, haciendo caso omiso de la ley, cada tantos días remite por camadas a las oficinas del Crédito Público, órdenes directas, sin expedientes ni tramitaciones inútiles (sistema Urquiza) para que suscriba a los agraciados, que son siempre los mismos, centenares de leguas. Allí están los libros del Crédito Público que cantan y en alta voz para todo el que quiera hacer la denuncia al fiscal. Al paso que vamos, dentro de poco no nos quedará un palmo de tierra en condiciones de dar al inmigrante y nos veremos obligados a expropiar lo que necesitamos, por el doble de su valor a los Atalivas». (El Censor, diciembre 18, 1885).

Setenta y tantos años después, se ha hecho el fulgurante descubrimiento de que la política roquista con la tierra pública no fue oligárquica porque... «la verdadera oligarquía terrateniente, la de Buenos Aires, ya estaba consolidada desde Rivadavia» (Ramos, Revolución, 221). Verdaderos terratenientes son los propietarios de tierras que viven de la renta agraria. Porque los que cobran renta agraria de terrenos situados sobre el Río Negro son menos terratenientes que los que parasitan sobre el Río de la Plata, es cosa que corresponde elucidar a los teólogos. Lo cierto es que la política roquista incrementó y remató gloriosamente la acumulación del suelo en manos de un puñado de terratenientes a los que pronto se sumaron compañías extranjeras, eliminando así hasta la menor posibilidad de establecer sobre el suelo argentino una colonización de chacareros dueños de sus tierras al estilo de la que fundamentó la magnificencia agrícola de los Estados Unidos.

## La Corrupción y el Peculado Favorecen al Imperialismo

Aunque con elenco humano distinto, Roca continuó la política tradicional de la oligarquía argentina, tendiente a configurar al país como próspera colonia agropecuaria de la Bolsa londinense. En tal sentido Roca es un perfecto continuador de Mitre, y su gobierno resulta, por la venalidad que lo caracteriza, un luminoso exponente de la política oligárquica. Los roquistas póstumos sostienen que la prosperidad característica de la

década del ochenta fue canalizada por Roca «en beneficio general» (Ramos, Revolución, 247). Hay que entender que en beneficio general del imperialismo, de la oligarquía, de la familia Roca y de sus instrumentos políticos, en orden decreciente. Y la presidencia de Juárez Celman acentuó estas características, con la sola variante de que la familia Roca pasó a segundo plano. En ambos casos el gobierno tenía las características de lo que Sarmiento denominó «una monarquía consentida» (a Posse, II, 603). Roca habita una finca palaciega que compra en dos millones y medio de pesos. La legislatura de Buenos Aires le obsequia 50.000 hectáreas de tierra (Sommi, 272). Los nacionalistas roquistas que carecían de tierra y vacas se apresuran a ingresar prósperamente a la oligarquía exprimiendo a la maquinaria estatal.

La coima se ensancha, se perfecciona y adquiere magnitud asiática, si es que acaso la coima asiática es más perfecta que la sudamericana. Los vaporosos nacionalistas del PAN demostraban ser macizos pancistas, como pronto se los llamó. La Memoria del Banco Nacional publicada en 1891 revela que «Un alto funcionario se acercaba a las puertas del Banco, ordenaba la entrega de una gruesa suma a determinada persona y se cumplía esa orden con perjuicio del Establecimiento, de la autoridad de sus administradores y de la disciplina de los empleados, cómplices con su silencio de un acto incalificable» (Astengo, 582). La mejor descripción del nepotismo y la corrupción roquista pertenece a Sarmiento, quien se permitió alterar el idioma reemplazando el verbo coimear por atalivar, en justo homenaje a Ataliva Roca —hermano del general—, que logró fama indisputable de ser el más aguerrido coimero de su época. «Las tierras públicas que servían de lastre a la nave han servido para dar apanages a una larga familia que, como la de la Reina Victoria, al nacimiento de cada principillo es preciso, en señal de regocijo, hacerle una donación de tierras y títulos. Tenemos además Héroes del Desierto que nos han dejado sin blanca, mediante su sapiencia y su ligereza de manos —hablamos de la prestidigitación como arte» (El Censor, N° 1).

«Hay que proveer a las necesidades de un pequeño ejército, pero se hace un grande ejército para tomarse la molestia de proveerlo en grande. Ansian los pueblos por ver llegar cuanto antes el ferrocarril a su territorio, y a fin de llenar este deseo se aceleran sin cuenta ni razón los trabajos, se suprime la licitación, se pone a los Directores anteojeras como a las mulas cocheras, para que no vean para atrás, se mandan primos a comprar chafalonía de locomotoras, y el país se va infestando de trenes que no caminan, o no cargando cargan de referencia lo que les place. El trazado del ferrocarril de Salta hace una inflexión para ir a pedir órdenes a la estancia del ministro» (El Censor, abril 6, 1886).

Lo menos importante de todo este asunto de la corrupción y la coima roquistas es su aspecto moral. Lo fundamental es que en medio de la coima y la corrupción siempre se impone el que tiene más que ofertar, y en la Argentina de 1880-1890 quien más ofertaba era el capital imperialista. Dejando la moral a los moralistas, cabe reconocer que la corrupción de los políticos yanquis contribuyó al desarrollo de la burguesía nativa y, así, al engrandecimiento nacional e imperial de los Estados Unidos. En la Argentina, como en todo país semicolonial, la corrupción del roquismo y de los regímenes que lo precedieron y lo sucedieron, cumplió la «función» primordial, aparte de enriquecer a sus beneficiarios,

de facilitar y acentuar el control imperialista sobre el país, en detrimento, en muchos casos, de la propia burguesía terrateniente argentina, que por lo demás era bastante tolerante en eso de coimear con los consorcios extranjeros. Como dijo Carlos D' Amico, la corrupción del roquismo sirvió para «preparar el dominio bochornoso de la libra esterlina sobre la conciencia de los argentinos» (175). Independientemente del juicio que merezca ante el desacreditado tribunal de la Moral absoluta y el espiritualismo tonsurado, lo cierto es que la corrupción de los gobiernos Roca y Juárez Celman —que, a no dudarlo, reflejaba en última instancia el parasitismo de la oligarquía argentina que se enriqueció mirando parir las vacas— permitió que el imperialismo hincara el diente en la economía argentina hasta el punto que resulta descomedido incluso para el hígado estabular de los apacentadores de ganado. Fue una corrupción esencialmente antinacional, completamente contraria al desarrollo autónomo de la Argentina, en cuanto nación capitalista.

Continuando también en esto la mejor tradición mitrista, el roquismo se mantuvo en el gobierno utilizando a manos llenas el fraude y la violencia contra la oposición. El fraude iba dirigido fundamentalmente no contra las masas trabajadoras, heterogéneas, completamente inarticuladas, o mejor a la cola de algún sector oligárquico, que no hubieran podido hacer sentir su peso numérico ni aun con elecciones claramente democráticas y sin fraude alguno; estaba montado contra los sectores de la oligarquía antirroquista, fuerte particularmente en Buenos Aires. Casi no hace falta decir que los titanes del «nacionalismo» roquista tenían el más versallesco desprecio por la opinión de las masas». No creo en el sufragio universal —decía Juárez Celman— Consultar al pueblo, siempre es errar pues éste únicamente tiene opiniones turbias» (Astengo, 45). En 1885, sólo en la Capital Federal, que era con todo el sitio dónde el fraude se ejercía más disimuladamente, de 18.000 electores inscriptos la mitad por lo menos eran anotados fraudulentamente (Sommi, 90, 12). Roca, el insospechado nacionalista, explica en su último mensaje que aunque «se habla de fraudes, de violencias, de abusos de autoridad», resulta que «El gobierno general no es responsable de los actos y conducta de los funcionarios de la República que intervienen en el mecanismo electoral». ¿No está claro? El fraude no lo hacía el gobierno. Los culpables eran los funcionarios del gobierno. En la misma línea, el diario oficial explicaba que «El hecho del fraude, sí es que existe, será obra de los partidos en lucha; pero no vemos qué intervención pueda haber tenido en él el Poder Ejecutivo Nacional» (Sud América, diciembre 17, 1885). La teoría oficial venía a significar que el fraude ya funcionaba automáticamente. Juárez Celman fue electo presidente con un fraude épico, que hizo salmodiar a Sarmiento en el editorial de su diario: «Elecciones unánimes en toda la República. ¡Viva Juárez y puto el que hablare!» (El Censor, abril 14, 1886). Pero Juárez no tenía conflictos caseros con su conciencia. En su Mensaje al Congreso de 1888 decía serenamente: «Poco tenéis que ocuparos de leyes políticas que ni el país reclama ni por el momento exige la opinión pública».

«El sistema de gobierno de Pinto, el monopolio de todas las obras públicas y abastos, hasta la leña de los ferrocarriles y la adjudicación de tierras, tiene su modelo en Córdoba dónde han sido dados por el Gobierno de Juárez, sin someterlos a licitación pública, como lo manda la Constitución, a un solo empresario, las aguas corrientes, el gas,

la construcción del puente, el canal de irrigación, las tierras del Sud y ahora últimamente están en tramitación adjudicarle al mismo gerente las tierras del Alto por el plano de 25.000 fuertes sin concurrencia y por seguridad dada por contrato, de ejecutar la obra a los precios que él proponga y una comisión juarista acuerde» (El Nacional, julio 2, 1883). Así escribía Sarmiento en 1882. Por supuesto, atrás del gerente juarista estaba el capital inglés. Es ésta una excelente y viviente descripción de cómo actúa el capital financiero en la Argentina de aquella década del 80. Y esto tiene particular importancia porque si hubiera que dar una brevísima definición del régimen de Juárez Celman, habría que decir, con la parcialidad y limitación inevitable en toda definición, pero ateniéndose a lo más esencial, que el gobierno juarista fue el típico gobierno del capital financiero internacional en su época de expansión en un país atrasado que tiene independencia política. Del capital financiero y de sus agentes nativos: los comisionistas de empréstitos, los importadores, los especuladores de todo tipo, los políticos venales. Juárez Celman respondía mucho menos a la oligarquía argentina que al capital financiero internacional, y los directos beneficiarios y sostenedores de su régimen fueron sólo aquellos sectores oligárquicos que, como los banqueros o importadores, prosperaban como comisionistas de los Baring y sus colegas. Por eso Juárez, cuando los intereses de la oligarquía argentina en su conjunto, y especialmente de su sector más fuerte, los estancieros productores, entran en relativo conflicto con los del capital financiero internacional, se inclina siempre en favor de este último.

Sería grave error —que se ha cometido infinidad de veces por «marxistas de emergencia», como veremos al estudiar la revolución del 90 —caracterizar a Juárez como un gobernante típico de la oligarquía argentina. Sabemos perfectamente que esta oligarquía —incluso los estancieros, su sector productor y más poderoso en sentido capitalista— era medularmente parásita. Sabemos cuánto amaba la componenda con el capital extranjero aún a expensas del desarrollo nacional autónomo, e incluso de sus propios intereses a largo plazo. Pero, con todo esto, la oligarquía argentina, particularmente los estancieros, tenían interés en conservar en sus manos, o en las de su Estado, algunos sectores de la economía nacional que, en manos del capital financiero, habrían de ocasionarles serias pérdidas. Productores para el mercado mundial, sin más preocupación material y espiritual que el parto de las vacas, los estancieros tenían forzosamente que tender al parasitismo: al librecambio en tanto sus productos tuvieran fácil y lucrativa salida en el exterior, al acuerdo con el imperialismo para que éste valorizase sus campos —y la mayor parte del país estaba constituido por campos de los estancieros!. Una clase así no podía tener el vigoroso impulso hacia un desarrollo nacional autónomo que caracteriza a los granjeros y a la burguesía industrial yanqui o alemana, para citar sólo a las que fiorecen en el siglo XIX. Pero, ligados a la producción y dueños de poderosos capitales, tampoco se hallaban en el nivel de una monarquía china o egipcia que sólo podía vivir abyectamente a los pies del capital imperialista abdicando su soberanía nacional. La oligarquía argentina, particularmente los estancieros, sólo podía aspirar a un margen muy pequeño de autonomía económica, pero ese margen existía. Desde luego, el capital financiero internacional en plena expansión tendía automáticamente a anular ese margen, y es lo característico del gobierno juarista que toda su política tiende a servir este propósito del

imperialismo contra los intereses de las clases dominantes argentinas (excepto la pequeña comparsa ultraparásita que vive de comisiones).

## El Estado Argentino Contra la Nación. El Caso del Ferrocarril Oeste

Nada es más característico del gobierno Juárez Celman en su función de agente del capital financiero internacional que el famoso asunto del Ferrocarril del Oeste.

«En el año 1857 no había en la Argentina ni un metro de ferrocarriles. Unos cuántos estancieros ricos se asociaron para construir un camino de fierro hasta San José de Flores. Ese fue el origen de los poderosos ferrocarriles que abrazaban la parte más rica, más poblada y de mayor producción de la extensa llanura, que en fertilísimas praderas forma el Oeste y el Norte de la Provincia de Buenos Aires. Ese ferrocarril era el chiche, la gloria, el cariño de los porteños. Después del Banco era el Ferrocarril del Oeste. Para los hijos de Buenos Aires esas dos instituciones representaban la patria. Todos los Gobernadores tenían a gloria poder decir en su último mensaje: durante mi administración se han construido tantos kilómetros del Ferrocarril del Oeste. Todo ese cuidado, todo ese anhelo se justificaba porque esa vía férrea había llevado la riqueza a la vasta zona que servía; porque era el esfuerzo del argentino; construida por ingenieros argentinos, por brazos argentinos; administrada por argentinos; porque en la línea no se hablaba inglés; porque su tarifa era la más baja de todas; porque tenía una escuela práctica de mecánica para hijos del país, y vastos talleres que mantenían miles de familias; porque sus líneas eran la escuela práctica de sus jóvenes ingenieros; y sobre todo porque era la administración modelo de todo ferrocarril de la República, tanto por su exactitud proverbial como por la honradez escrupulosa con que se hacía, y a la que no tenían inconveniente en contribuir gratuitamente los hombres más notables» (D'Amico, 256-7).

Pues bien. Máximo Paz, gobernador de la Provincia de Buenos Aires por mandato de Roca y Juárez, se propuso entregar el ferrocarril al capital inglés, para mayor beneficio de éste y de su propio bolsillo. Y así lo hizo. El Gobierno de Buenos Aires —mejor dicho el Gobernador y su equipo— percibieron por ese ferrocarril, uno de los más productivos del mundo, 3 millones de libras esterlinas, suma ridículamente baja. «Los ferrocarriles de la provincia —comenta Carlos D'Amico— se llaman ahora New Western Railway of Buenos Aires. ¿No se parece eso a la sombra de la bandera inglesa, flameando sobre otro pedazo del territorio argentino, con más derechos del que tiene para flamear sobre las islas Malvinas?» (D'Amico, 265).

Durante mucho tiempo los escribas de tinta aguada («marxistas» y de los otros) han insistido monótonamente en que la venta del Ferrocarril del Oeste fue un acto típico de la política de la oligarquía argentina. Golpes en la herradura, no en el clavo como siempre. Los estancieros de Buenos Aires eran cualquier cosa menos arrojados defensores de la independencia económica nacional, pero tampoco tenían necesidad de acceder al harakiri galante en beneficio exclusivo del capital inglés. Por eso se opusieron a la venta del

Ferrocarril del Oeste. Los historiadores que viven aferrados al mito bifronte de la oligarquía estancieril perpetuamente entreguista y la fantasmagórica burguesía industrial perpetuamente nacionalista, han tenido buen cuidado de referirse a «la reacción de los sectores más conscientes del ejército» provocada por la política entreguista de Juárez (Puiggrós, Partidos, 84). Pero ocultan cuidadosamente la reacción de la Sociedad Rural. A mediados de 1888 la Sociedad Rural Argentina designó una comisión integrada por destacados terratenientes como Torcuato de Alvear, José María Anchorena y Carlos Basavilbaso para estudiar el problema ferroviario. La comisión resolvió, entre otras cosas: «Pedir al Gobierno de la Provincia de Buenos Aires la prolongación extrema de sus líneas, sobre todo de los ramales Oeste y Sud, a fin de que empresas particulares no ocupen la zona natural de su ferrocarril por la paralización de éste», y que «el Ferrocarril del Oeste (propiedad del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires) se conserve siempre en manos del Gobierno, y se prohíba su enajenación o su arrendamiento» (Anales de la SRA, 1888, 489). Pese a todo, el ferrocarril fue vendido, y la burguesía estancieril argentina nunca cesó totalmente de lamentar una política de «su» Estado que la perjudicaba en beneficio del imperialismo. «No es el momento de discutir la enajenación de estas vías de la Nación a empresas particulares —decía el diario de Carlos Pellegrini—, pero ya se recogen los frutos: dos provincias ricas y fértiles monopolizadas por una sola vía, dueña de la fortuna de miles de ciudadanos (El País, junio 19, 1900). Y poco después: "Hace hoy diez años que la línea férrea del Oeste pasó a manos de una empresa particular. Nosotros que no participamos del error tan generalizado de que el Estado no debe ser administrador, creemos aún hoy que esa venta no debió realizarse, porque el Oeste en manos del Gobierno provincial hubiera sido, como lo fue, un propulsor eficaz del progreso en los territorios que atraviesa, pues los capitales privados, si pueden hermanar el fomento de la riqueza general con su mejor lucro, lo hacen, pero si aquél no trae aparejado éste inmediatamente, no se erigen jamás en propulsores del progreso y bienestar común» (El País, julio 1, 1900).

Aparte del imperialismo, ¿quién se benefició con una operación que perjudicó directamente al sector más fuerte de las clases dominantes argentinas? La banda política que usufructuaba la máquina estatal. El diálogo entre dos protagonistas de La Boisa, novela aparecida en 1891 que radiografía a la sociedad argentina de entonces, es sumamente ilustrativo: «¿Este es el mismo Raselano que intervino en la famosa venta del ferrocarril de marras? —El mismo —repuso Miguelín—. Dicen que sacó un bocado igual al del gobernador y demás socios» (Martel, 32).

También «La Prensa» coincidía con los intereses de la libra esterlina: «No se ha visto jamás que los gobiernos expropien un ferrocarril por razones de mejor servicio público. Su ingénita incapacidad ha obligado a sacar de manos del Estado la propiedad de ese medio de transporte. En Italia, la nación resolvió entregar las líneas a particulares por licitación pública, aunque conservando el dominio de las mismas. En cambio no puede tomarse como modelo a Alemania, "en que todo procede bajo la previsión de un plan militar». Estados Unidos, teniendo como estrella polar la Constitución, «tiene tantos kilómetros de vía férrea como todo el resto del mundo», pero entregadas por completo a la iniciativa privada. El Estado —agrega el diario— es el peor de todos los administradores: la enajenación del Ferrocarril Andino, por lo tanto, «es un oportuno paso atrás». En la

escuela de las líneas privadas está la única salvación de la provincia de Buenos Aires, y por esto es serio y oportuno el propósito del gobierno de vender las líneas del Oeste» (La Prensa, 25-1-1887).

Hemos citado a Carlos Pellegrini defendiendo la propiedad estatal de servicios públicos en sectores donde no convenía a los estancieros que los controlase el imperialismo. No está de más recordar que Pellegrini abrazó esta postura cuando ya no tenía poder. Cuando era vicepresidente de Juárez Celman nada dijo en voz alta contra la venta del ferrocarril, y suscribió mensajes en que Juárez Celman exponía al Congreso que «es verdad que los ferrocarriles constituyen en cierto modo un monopolio, y si ningún monopolio puede sostenerse ante una sana teoría, el monopolio del Estado es no sólo ilegítimo sino mucho menos tolerable que el monopolio particular, por el hecho de no haber recurso contra él. Por lo tanto lo que conviene a la nación es entregar a la industria privada la construcción y explotación de las obras públicas que por su índole no sean inherentes a la soberanía, reservándose el Gobierno la construcción de aquellas que no puedan ser verificadas por el capital particular, no con el ánimo de mantenerlas bajo su administración, sino con el de enajenarlas o contratar su explotación en circunstancias oportunas» (Mensaje, 1887). Y al año siguiente: «Las obras públicas que se hallaban en manos del Gobierno han sido entregadas con evidentes ventajas a la industria privada en cumplimiento de vuestras leyes, de mis promesas y de mis esperanzas. Los Ferrocarriles Central Norte y Andino han sido enajenados; y se halla ya adjudicada la explotación de las obras de salubridad a uno de los proponentes que se presentaron» (Mensaje, 1888).

Bajo el gobierno Juárez-Pellegrini el capital inglés se apoderó del grueso de la red ferroviaria nacional. En 1885 el 45 % del capital total ferroviario pertenecía a líneas estatales («nacionales y provinciales»). En 1890 las líneas estatales sólo representaban el 10% del capital total. (Williams, 49). Las exportaciones del país se disipaban en el pago de intereses al capital extranjero y en la adquisición de productos suntuarios que el país podía producir perfectamente. Y hasta un historiador oligarquico, admirador de Juárez Celman, por añadidura, debe reconocer que su biografiado y su equipo político «olvidaron el consejo de List de que es más importante cultivar y asegurar el mercado interior que buscar las riquezas en el extranjero» (Astengo, 397).

Dato importante, pasado por alto por los rapsodas del antojado nacionalismo provinciano de la aparcería Roca-Juárez. La política de Juárez Celman tendiente a liquidar los ferrocarriles del Estado tenía como resultado directo frenar todo fomento ferroviario del Interior y concentrar todo el desarrollo económico en los alrededores de Buenos Aires, exactamente como lo hubiera deseado el más localista de los oligarcas porteños. ¡Y Juárez se vanagloriaba de ello! En un mensaje al Congreso decía que los ferrocarriles estatales no podían justificarse con el argumento de que al no buscar ganancias podían proteger con tarifas bajas a las zonas más atrasadas del país porque —decía Juárez— «esa protección sólo puede ejercerse con detrimento de las comarcas más fértiles y laboriosas, compelidas a pagar las diferencias que esa gratuidad relativa produzca entre los gastos de explotación y las entradas en las secciones pobres de las vías férreas». Aunque ingenua, se explica la

exclamación de Sommi de que es fantástico ver a un hombre del Interior oponiéndose a las tarifas de fomento en las zonas más apartadas y menos fértiles.

Casi no hace falta indicar que la política económica de Juárez coincidía canónicamente con las aspiraciones imperialistas, aunque disgustase a los estancieros criollos. En 1886 el *South American Journal* —ya entonces el vocero más autorizado del capital británico invertido en América Latina— afirmaba que «desde las primeras propuestas que de tiempo en tiempo han sido sometidas al Gobierno Argentino para la compra de todos o una parte de los ferrocarriles construidos por compañías anónimas, siempre hemos expresado terminantemente nuestra opinión contraria a la participación del Gobierno en empresas particulares» (reproducido en *El Censor*, octubre 10, 1886).

El gobierno Juárez demuestra cómo en un país semicolonial el capital financiero puede pesar sobre el Estado nacional más decisivamente que las clases dominantes nativas. La reacción de los amplios sectores de la oligarquía argentina perjudicados por la política proimperialista de Juárez, en particular los estancieros, se hizo sentir prontamente no sólo en la oposición al roquismo-juarismo sino dentro del mismo Partido Autonomista Nacional donde Roca, siempre alerta a las inquietudes de la oligarquía nacional, se hizo eco de ellas. Fue entonces cuando Roca, desde Europa, envía su famosa carta donde se muestra partidario de un relativo fortalecimiento del Estado nacional en el campo económico para poder negociar mejor con el capital extranjero. «Ese proyecto de venta de las Obras de Salubridad ha sido también un proyecto desgraciado que se ha arrojado a los opositores como buena presa para clavar su diente lleno de ponzoña. Yo aconsejé en contra, pero no me hicieron caso. «La bulla y la resistencia que esta idea ha levantado, hasta entre muchos amigos, me prueba que yo tenía razón. Si, a pesar de todo, el proyecto se convierte en ley, será una ley contraria a los intereses públicos en el sentir de la mayoría de la opinión de esa capital, tan esquilmada por las Compañías de Gas y otros servicios. A estar a las teorías de que los Gobiernos no saben administrar, llegaríamos a la supresión de todo Gobierno por inútil, y deberíamos poner bandera de remate a la Aduana, al Correo, al Telegrafo, a los Puertos, a las Oficinas de Renta, al Ejército, a todo lo que constituye el ejercicio y deberes del Poder» (Astengo, 435). Roca fechó esta carta a mediados de 1887. Eso no le impedía alegrarse, en los mismos días, de que el Mensaje de Juárez en el cual exponía «las teorías de que los Gobiernos no saben administrar» hubieran hecho en Londres «un efecto admirable, como lo demuestra la cotización de nuestros títulos, ¿De qué otra manera mejor se puede responder a los violentos ataques de la oposición?» (Astengo, 435). Para Roca el problema no era tanto impedir la entrega del país al capital imperialista como impedir que la entrega sirviera de bandera política a la oposición para destruir al roquismo. Menos comprometido que Juárez y su camarilla con el capital financiero, retrocedió a tiempo antes de cruzar la línea que lo hubiera liquidado como político oligarquico en momentos en que la Sociedad Rural se preocupaba por una política ferroviaria nacional.

También Pellegrini se dio a hacer reflexiones nacionalistas, que no dejan lugar a dudas sobre el estado de ánimo de la oligarquía y, también, sobre la cojera esencial —como en Roca— de sus inquietudes nacionales. «¿Cuántas veces habremos devuelto ya todo el

capital introducido para construir los ferrocarriles del Sud o Central, que han pagado dividendos de diez y quince por ciento? Todo esto no hay que tomarlo en el sentido de que la introducción del capital extranjero nos perjudica; eso sería decir una herejía. Esos capitales nos van a permitir aumentar de tal manera nuestra producción que el día llegará en que podamos pagar todo y quedarnos con algo para formar el capital propio» (Astengo, 515).

## La Racionalización de la Vida Civil

Pertenece a Roca —y a su heredero dinástico Juárez Celman— el mérito de haber iniciado la racionalización de la vida civil argentina, implantando la enseñanza laica y el matrimonio civil. El laicismo era la ideología inherente a la oligarquía anglo-criolla gobernante en la Argentina, que aunque católica en su rama criolla no podía menos las convicciones de su rama inglesa, cada vez más poderosa. Como lo indicó Alberdi, la libertad religiosa y su producto lógico, el laicismo, fue la política permanente de la oligarquía porteña desde su tratado de 1825 con Inglaterra (Cartas a Gutiérrez, 106)

Es perfectamente correcto afirmar que el laicismo de Roca y Juárez Celman es el producto y responde a los intereses de la creciente influencia británica en el país, y a los deseos de la oligarquía argentina de acrecentar esa influencia, todo lo cual no desmiente en modo alguno su carácter progresivo, como el establecimiento de escuelas no deja de ser progresivo porque las escuelas sirvan también para difundir la ideología de las clases parasitarias.

Desde luego, la Internacional Tonsurada con sede en Roma movilizó sus huestes criollas para combatir la política laicista del roquismo y lo hizo en nombre de la defensa de la nación contra los extranjeros «dueños de las finanzas», como decía el beatífico José Manuel Estrada, para quien «el matrimonio civil es una tentativa contra las bases esenciales de la civilización nacional...» (Discursos Selectos, 235 y 264). A más de medio siglo de distancia los internacionalistas negros siguen repitiendo el mismo cántico: el laicismo sirvió para entregar la nación al imperialismo. La defensa de la nación exigía defender a la Iglesia, obligar a la gente a casarse ante el cura y relevar la cartilla por el catecismo, a Pestalozzi por el padre Astete (ver, por ej., las obras de Sierra y Palacio). Esto, desde luego, no pasa de ser un bolazo piadoso. En México, bajo Porfirio Díaz la Iglesia no fue perseguida y constituyó uno de los puntales de la entrega de la nación mexicana al capital financiero internacional. Defendiendo «las bases de la civilización nacional» como decía Estrada, la Iglesia mexicana se oponía a la educación de los indios y manifestaba por boca de Orozco y Giménez, arzobispo de Guadalajara: «Toda autoridad proviene de Dios. El trabajador cristiano debe santificar y hacer sublime esta obediencia sirviendo a Dios en la persona de sus patrones. En esta forma la obediencia no es ni humillante ni dificultosa. Pobre: ama tu miseria y tu trabajo; vuelve tu mirada hacia el paraíso: allí está la verdadera riqueza. Sólo pido una cosa: del rico, amor; del pobre, resignación». Que en la Argentina el cura no haya podido inyectar estos tóxicos venturosos valiéndose de su autoridad de juez de paz y maestro ha constituido una indudable ventaja para las masas

trabajadoras criollas, independientemente de que el laicismo de la oligarquía tenía por objetivo no esto sino hacer más llevadera la residencia en el país de los gerentes británicos.

Pero desprender del laicismo finisecular (perfectamente compatible y en realidad condicionado por los intereses de la oligarquía anglo-criolla) una calificación de revolucionaria para la política del roquismo es algo así como ponderar el fervor revolucionario de los capitalistas ingleses que reemplazaron las carretas por los ferrocarriles. Mientras que en México la lucha contra la Iglesia —gran terrateniente y aliada de la oligarquía terrateniente— formó parte integrante de la revolución campesina por la tierra, la libertad y la independencia nacional de México, en la Argentina del ochenta-noventa la campaña anticlerical de Roca y Juárez respondió a las necesidades de la alianza entre la oligarquía criolla e Inglaterra y no despierta ningún eco en las masas. Es la mayor parte de la oligarquía quien lucha limitada y ocasionalmente contra su aliado eclesiástico y un reducido sector tradicionalista de la propia oligarquía, con base predominantemente estancieril, para introducir algunas reformas que convienen a su sociedad con el capital británico. No hay en esto mayor porcentaje de «política nacional revolucionaria» que en el culto post mortem de la Sociedad Rural por las virtudes de Martín Fierro. Y recordemos, para terminar, que una corriente tan netamente antinacional como el mitrismo fue también laicista, y por las mismas razones que el roquismo.

Si el laicismo roquista no respondía a intereses revolucionarios, no puede tampoco afirmarse, ni por chiste, que lo inspirase una ideología revolucionaria. Fue en todo momento una táctica política más, y sólo eso. Veamos las concretas instrucciones de Roca a Juárez Celman respecto a la política anticlerical: «Yo creo que deben andar con cuidado, y aunque se muestren enérgicos en las palabras conviene aflojar un poco en los hechos. Si es necesario haga una Novena en su casa y ¡hágase más católico que el Papa!» (Astengo, 117). Como no podía ser menos Sarmiento desnudó con un dedo la «ideología revolucionaria» del roquismo; «El General Roca llevó la idea de gerencia al Gobierno Nacional. La República ha sido su capital, la fuerza sus medios. A él nada le importa la forma, lo que busca es imperar. Entró a su gobierno con un Ministro ultramontano y llegó a preparar un concordato con la Santa Sede. Agitaciones sociales y políticas de carácter complejo sublevaron muy luego el espíritu liberal. El ministerio católico cayó y fue sustituido por otro de polo opuesto. Roca explotó al liberalismo y rompió con la Iglesia, haciendo creer que defendía una causa acorde con el espíritu del pueblo argentino. La reacción se produjo por razones más complejas aún: la Iglesia tomó ascendiente moral en la opinión y Roca volvió a establecer concomitancias con el clero, consultando siempre los intereses de su perpetuación en el Poder por medio de su propia familia» (El Censor, julio 9, 1886).

Al proclamar la candidatura presidencial de Juárez Celman el PAN había dicho en manifiesto público que su programa era «el respeto sincero de la ley por gobernantes y gobernados; el voto libre y consciente, que es la base de nuestro sistema político y el respeto del ejercicio de este derecho en todos y en cada uno; la moral y la honradez administrativa; la economía de los gastos y la adopción de un sistema bancario establecido sobre bases sólidas, son otras tantas aspiraciones que el Partido Nacional incorpora en su

bandera y que sin duda alguna serán satisfechos por el doctor Juárez Celman» (Sud América, julio 15, 1885). Sin duda alguna... Ya sabemos que este programa se cumplió al pie de la letra, pero en sentido contrario. Justo es señalar que el núcleo más numeroso de la temprana oposición al roquismo-juarismo, es decir, el partido mitrista, era no menos trápala y falaz en los fundamentos «liberales», «democráticos» y a veces hasta «nacionalistas» que daba a su oposición, cuyo programa real era: sal de ahí que me pongo yo. Como le escribía Posse a su amigo Sarmiento: «Las oposiciones que andan roncando en cada provincia contra la Liga y los Gobiernos Electorales son de Mitre o para cualesquiera de ese partido, con tal de darse un Presidente que deshaga los Gobiernos electores presentes para que ellos los reemplacen en las mismas funciones. Esta es la patria argentina mirada por dentro» (Posse, II, 479). De modo que más insistía el mitrismo en su oposición principista al roquismo, y más justamente podía contestarle la prensa roquista que «los que predicán la moral política de circunstancias olvidan lo que fue la República en sus manos; olvidan la muerte de las provincias allá por 1866, bajo la custodia de sus guardias pretorianas. Ningún partido político, mejor dicho, ningún hombre político ha gobernado más incorrectamente el país que el general Mitre. Si los artículos que «La Nación» produce hoy contra la situación política de las provincias se hubieran publicado en aquellos tiempos el diario habría sido suprimido» (Sud América, Julio 7, 1885).

Hasta que se acercó la crisis del 90 el mitrismo quedó reducido a partido de repuesto de la oligarquía porteña, volcada en su mayoría al roquismo (entre los patrocinadores porteños de la candidatura Juárez estaban Tornquist, Beccar, Cambaceres, Madero, Artayeta, Castex, Ortiz de Rosas, Lacroze, Leloir) (Sud América, noviembre 11, 1885).

La oposición católica al roquismo no era ni siquiera un partido de repuesto de la oligarquía. Aparte de la Iglesia carecía de base en la oligarquía y sólo tendría una breve y fugaz ocasión de pesar políticamente cuando la oligarquía decidió sumar las sotanas a los elementos que reunía para desembarazarse de Juárez Celman.

Pero existía todavía una corriente dentro de la oposición al roquismo que estaba todavía más huérfana de apoyo real en la sociedad de entonces y que sin embargo, era el más sensible de los elementos reales, de clase, que habrían de derribar a Juárez. Era la corriente de Sarmiento, representada por él solo. La campaña de Sarmiento contra «el mundo financiero que nos domina» reflejaba anticipadamente la inquietud y el descontento que habría de suscitar en los sectores productores de la oligarquía, y en los productores capitalistas que estaban fuera y en la periferia de la oligarquía, la progresiva enajenación de toda la economía nacional al capital imperialista, hasta límites que los afectaban muy directamente. Pasado el apurón del 90, la oligarquía en su conjunto se olvidó de esos problemas, pero para los sectores no oligárquicos de la burguesía rural siguieron siendo, aunque atenuados, muy actuales y apremiantes. Por eso los temas de la campaña antirroquista de Sarmiento —el endeudamiento al extranjero, el latifundismo, militarismo, democracia plutocrática— son los temas que después del 90 agitará el radicalismo, aunque con infinitamente menor agudeza y vigor. Y hasta adelanta la táctica de intransigencia, en oposición a la táctica de acuerdos y conciliaciones con el

roquismo, que proponía Mitre (El Censor, diciembre, 25, 1885). Por eso bien podía escribir Sarmiento: «Somos el órgano de un partido nuevo sin duda, que no es el de Roca, o el de Gorostiaga, o el de Mitre, o el de Yrigoyen, sino el partido que quisiera estar en la verdad legal, constitucional, representativa, republicana» (El Censor, diciembre 27, 1885).

## Persiste el Dilema Sin Solución

Bajo el gobierno de Juárez el imperialismo completa su control sobre las palancas fundamentales de la economía argentina. Evidentemente, la expansión del capital financiero en escala mundial no se circunscribía a la Argentina. De ello los salmistas póstumos del roquismo desgajan la chusca conclusión de que «Juárez Celman se encontró envuelto en este proceso que no era argentino ni se debía a ninguna particular flaqueza de nuestros gobernantes, sino que reproducía un fenómeno mundial». De acuerdo a esto, Juárez fue sólo una «víctima» de ese proceso y en ningún modo un cómplice y menos todavía un culpable de sus desastrosas consecuencias para el país (Ramos, Revolución, 253). De acuerdo a este razonamiento —si es que a tan desapartada impostura se la puede bautizar con tal nombre— todas las clases dirigentes, y sus gobernantes de turno, que desde fines del siglo pasado entregaron por un plato de lentejas sus países al capital imperialista, deben ser absueltos de culpa y cargo, y hasta llorados un poco en sus mausoleos, puesto que siendo el imperialismo mundial, que se hacía sentir en China tanto como en el Río de la Plata, en Egipto igual que en Rusia o en México, ¿por qué acusar de nada a las clases dominantes china, argentina, rusa, egipcia, que se trocaron en abnegados agentes e introductores de la peste sagrada en sus respectivos países y pueblos? Del mismo modo, si el carácter mundial de un fenómeno libra de responsabilidad a las clases dominantes de cada país, cabe disculpar a las burguesías que condujeron a la humanidad a las hecatombes de 1914 y 1939, ya que ni Poincaré, ni el Zar, ni Churchill, ni Hitler fueron culpables de un proceso mundial, amén de que el pobre Nicolás y el pobre Adolfo resultaron personalmente sus víctimas. El imperialismo no se apoderó del país única ni principalmente por la flaqueza de nuestros gobernantes en cuanto individuos, pero sí por la flaqueza de nuestras clases monitoras. Y en cuanto a la de los rabadanes del roquismo, y en particular del juarismo, ayudaron a la penetración imperialista incluso más allá de lo que la oligarquía argentina toleraba, que ya era demasiado. El fenómeno mundial del dominio imperialista se reprodujo en nuestro país, pero no en Japón ni en Estados Unidos.

¿Por qué de la interacción del capital extranjero y la economía nacional salió una muestra equivalente a la producida en México o Rusia, y no a la que obtuvieron en Japón o Estados Unidos? Eso es lo que hay que explicar, comenzando por la inepticia de nuestras clases dominantes, incapaz de propugnar, como era su obligación, un desarrollo nacional autónomo, fenómeno resultante a su vez de todo el proceso formativo del país. Desde luego la flaqueza de la oligarquía argentina no tenía nada de particular junto a la de la monarquía china o rusa o egipcia, o de la oligarquía mexicana o brasileña.

A la par de estas, la ineptitud de la oligarquía argentina era la ineptitud general de todas las clases dominantes de países atrasados, invadidos por el capital imperialista. Pero que el mal sea de muchos sólo es consuelo para tontos y argumento frívolamente para canallas. Si queremos construir una gran nación, es indispensable descubrir y bautizar con plomo derretido todas y cada una de sus fallas en la defensa de la autonomía nacional, y no lavarle la fachada con el pretexto de que en todo el mundo hubo clases igualmente chambonas o venales.

Juárez Celman no fue, desde luego, más culpable que los grupos sociales que lo respaldaban. En general, ningún criminal es más culpable que el ambiente que le hizo criminal, pero eso no impide que se lo ponga a buen recaudo. Juárez puso su firma y sus argumentos en respaldo de cuanto negociado tramaron los brigantes imperialistas contra la bolsa y el honor del país, y esto no puede justificarse porque de igual modo procedieran los reyezuelos árabes, ni porque el propio Juárez cayera víctima de su complicidad, en una política antinacional que no podía ser soportada ni por la boyuna y ejemplar mansedumbre de los estancieros.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ALBERDI, Juan Bautista, Obras Completas (Bs. As., 1887).  
 ALBERDI, Juan Bautista, Cartas a Gutiérrez en Correspondencia Diplomática (Buenos Aires, 1900).  
 ALBERDI, Juan Bautista, Escritos Económicos (La Facultad, Bs. As., 1920).  
 BFLIN SARMIENTO, Carlos, Una República Muerta (Bs. As., 1892).  
 BUCICH ESCOBAR, Ismael, Historia de los Presidentes Argentinos (El Ateneo, Bs. As., 1927).  
 COSTA, Julio, Roca y Tejedor (Bs. As., 1927).  
 D' AMICO, Carlos, Buenos Aires, sus Hombres, su Política (Americana, Buenos Aires, 1952).  
 ESTRADA, José Manuel, Discursos Selectos (Mundo Moderno, Buenos Aires, 1953).  
 GALINDEZ, Bartolomé, Historia Política Argentina. LA Revolución del 80 (Coni, Bs. As., 1945).  
 GROUSSAC, Paúl, La Biblioteca (Bs. As., 1896-98).  
 HANSON, S. G., Argentina Meat and the British Market (Stanford University Press, 1937).  
 HERNÁNDEZ, José, Martín Fierro (Sopena, Bs. As., 1942).  
 IBARGUREN, Carlos, Juan Manuel de Rosas (Frontispicio, Bs. As., 1948).  
 JENKS, Leland Hamilton, The Migration of British Capital to 1875 (Jonathan Cape, London, 1938).  
 KIRKLAND, Edward C., Historia Económica de Estados Unidos (Fondo de Cultura Económica, México, 1947).  
 KNOWLES, L. C. A., The Industrial and Commercial Revolutions in Great Britain During the Nineteenth Century (Rutledge, London, 1947).  
 LENIN, Vladimiro, El Imperialismo (Alfa, 1936).  
 MABRAGAÑA, A., Los Mensajes (Bs. As., 1910).  
 MADERO, Guillermo, Historia del Puerto de Buenos Aires (Bs. As., 1955).  
 MARTEL, Julian, La Bolsa (Emecé, Bs. As., 1943).  
 MARX, Carlos, México en la Obra de Marx Seleccionado por Domingo P. de Toledo, México, 1939).  
 MINISTERIO DE GUERRA, Historia de los Premios Militares (Compilado por R. Mom y L. Vigil, Bs. As., 1908).  
 MITRE, Bartolomé, Arengas (Librería de Mayo, Bs. As., 1889).  
 ODDONE, Jacinto, La Burguesía Terrateniente Argentina (Bs. As., 1936).  
 PALACIO, Ernesto, Historia de la Argentina (Peña Lillo, Bs. As., 1965).  
 PAYRO, Roberto J., Divertidas Aventuras de un Nieto de Juan Moreira (Losada, Bs. As., 1944).  
 PUIGGROS, Rodolfo, Historia Crítica de los Partidos Políticos (Argumentos, Bs. As., 1956).  
 QUESADA, Ernesto, Lo Política Argentino Paraguaya (Bredhal, Bs. As., 1902).  
 RAMOS, Jorge Abelardo, Revolución y Contrarrevolución en la Argentina (Amerindia, Bs. As., 1957).

- RIVERA, Enrique, José Hernández y la Guerra del Paraguay (Indoamérica, Bs. As., 1954).
- RIVERO ASTENGO, Agustín, Juárez Celman (Kraft, Bs. As., 1944).
- SALDIAS, Adolfo. Buenos Aires en el Centenario de la Revolución de Mayo (Ed. Oficial, La Plata, 1910).
- SARMIENTO, Domingo F., Obras Completas (Luz del Día, Bs. As., 1948).
- SARMIENTO, Domingo F, Epistolario Entre Sarmiento y Posse (Museo Histórico Sarmiento, Bs. As., 1946).
- SIERRA, Vicente. Historia de las Ideas Políticas en la Argentina (Nuestra Causa, Bs As., 1950).
- SOMMI, Luis V., La Revolución del 90 (Monteagudo, Bs. As., 1948).
- SOMMI, Luis V., Hipólito Yrigoyen (Monteagudo, Bs. As., 1947).
- TORNQUIST, Institución, Ernesto Tornquist (Buenos Aires, 1942).
- TRISTAN, Lucía. Yrigoyen y la Inteligencia Radical (Indoamérica, Buenos Aires, 1955).
- TROTSKY, León, La Internacional Comunista Desde la Muerte de Lenin (Hoy, Madrid, 1930).
- VERA Y GONZÁLEZ, Emilio, Historia de la República Argentina (La Facultad, Bs- As., 1926).
- WILLLIAMS, J. H., Argentine International Trade Under Inconvertible Paper Money 1880-1900 (Cambridge, Massachussets, 1920).
- YUNQUE, Alvaro, Calfucurá. La Conquista de las Pampas (Zamora, Buenos Aires, 1956).

Las citas de los diarios, revistas y archivos se presentan en el texto. Los diarios De sesiones se refieren por sus iniciales: DSCDN, Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación (o del Senado o de la Provincia, según corresponda).

## UNIDAD V

### ALBERDI, SARMIENTO Y EL '90

#### LA REVOLUCION DEL '90 Cada Argentino Nace Debiendo Más de lo que Pesa en Plata

El gobierno de Juárez Celman presidió una época de progreso económico, de general enriquecimiento de las clases propietarias y también de creciente endeudamiento al capital financiero internacional. La crisis mundial del 90 se aproximaba; ante su inminencia se oscurecían los dorados beneficios de la prosperidad y se iluminaban en cambio las consecuencias catastróficas que tenía para la economía nacional la política juarista de vivir a crédito de la city londinense.

Los peligros entrevistos por Alberdi y Sarmiento en las relaciones del país con el capital internacional comenzaban a corporizarse.

Y esos peligros se vinculan inextricablemente a otro fenómeno también advertido por Alberdi y Sarmiento: la frenética corrupción en que caía el equipo gobernante a expensas no sólo del tesoro público sino de la soberanía del país.

El vertiginoso endeudamiento al capital financiero internacional no beneficiaba a la clase dominante argentina en su conjunto sino, con carácter muy particular, a la suboligarquía gestora —que actuaba como intermediaria entre el Estado argentino y los banqueros internacionales. Ese grupo, cuyas ganancias aumentaban en la medida que aumentaba su desvergüenza y el monto de la deuda argentina en el exterior, era el verdadero sostén de la política juarista. No «la oligarquía» en general, sino ese grupo intermediario en particular —lo cual no niega que, mientras el endeudamiento estimuló su prosperidad, toda la clase dominante lo toleró tranquilamente; y no pasó de pequeños arrestos defensivos ni siquiera cuando fue seriamente perjudicada, como ocurrió con la venta del Ferrocarril Oeste.



Con todo, es preciso no perder de vista la diferencia entre el conjunto de la oligarquía, que durante cierto tiempo se benefició indirectamente con el endeudamiento sistemático, y lo toleró, y el grupo intermediario cuya razón de ser y de prosperar era precisamente el endeudamiento y la derrota financiera del país.

## La Suboligarquía Intermediaria Retratada en el Archivo del Doctor Victorino De La Plaza

Un caracterizado y característico espécimen de esa suboligarquía fue el doctor Victorino de la Plaza. Diputado, ministro de Avellaneda, de Roca y de Figueroa Alcorta, Vicepresidente y Presidente de la Nación, representante argentino ante los banqueros europeos, Victorino de la Plaza era también promotor y comisionista de esos banqueros. Su archivo contiene datos sumamente valiosos para una caracterización del grupo social a que pertenecía. En noviembre de 1880, escribiendo a Iriondo, gobernador de Santa Fe, de la Plaza le expresa: «creo del caso manifestarle que si necesitase entrar en alguna operación de crédito me haga el gusto de avisarme. Soy actualmente consejero de importantes casas de Europa y puedo serle útil». El doctor de la Plaza era, además, un consejero cuya palabra escuchaba con mucha atención el Presidente de la República. En una carta al general Roca, siendo éste Presidente, leemos: «una importante casa bancaria se ha dirigido a mí diciéndome estar dispuesta a entrar en negociaciones sobre la ley del 2 de octubre último para la prolongación del ferrocarril... Esta casa es altamente respetable y ramificada en Alemania, Francia, Inglaterra e Italia».

Esa «importante casa bancaria» era la del Barón Emile de Erlanger, de París, a quien Victorino de la Plaza —ex Ministro de Hacienda y futuro Presidente de la Nación Argentina— se dirigía en los siguientes términos en enero de 1881: «Haré, señor mío, cuando de mí dependa en el sentido que usted me indica, y me será permitido anticiparle que podré servirlo cumplidamente no sólo en esas negociaciones, sino en otras que pudieran presentarse en condiciones ventajosas. ... Respecto de lo que usted me dice de manifestarle lo que entiendo que debe asignarme por retribución a mis servicios, creo que podremos fijar como base una cuarta parte de las comisiones o beneficios que usted perciba en las operaciones». Es decir, que cuanto mayores fueran las ganancias de los banqueros internacionales -o lo que es lo mismo, mayor el monto de la deuda argentina— más gloriosas serían las comisiones del doctor Victorino de la Plaza. No cabe dudar de la honorabilidad inmaculada de este caballero, pero indudablemente su prosperidad personal estaba directamente ligada al endeudamiento del país y a las ganancias de sus acreedores internacionales. En el caso a que se refiere la carta, el empréstito en juego ascendía a 12 millones de francos, de modo que ya puede apreciarse que las comisiones del doctor de la Plaza —como las de sus colegas que servían a otras casas financieras de Europa —no pecaban de modestas.

Por la misma fecha, el ayudante del doctor de la Plaza en estas actividades, un señor Ricardo Wapp, le escribe al mismo Barón de Erlanger la siguiente comunicación: «El

señor Plaza ha comunicado confidencialmente al señor presidente de la república cuanto a varios de sus ministros hallarse autorizado por una casa muy principal a hacer proposiciones para la colocación del empréstito, indicaciones que han sido recibidas favorablemente, y, dada la merecida influencia que goza, es permitido esperar que la casa representada por él tendrá la preferencia en igualdad de condiciones... Con mucho interés se ha impuesto el doctor Plaza de lo que ustedes se sirven decirle respecto al pago de la garantía al ferrocarril del Oeste argentino, y por más que está enteramente de acuerdo con ustedes relativo al daño que la gritería levantada puede hacer al crédito del país, cree, sin embargo, debe hacer presente a ustedes que... la falta de pago no puede ser atribuida a mala voluntad de parte del Gobierno, sino a una falla en el mecanismo administrativo cuya falta se tratará de remediar dentro de poco convenientemente. Con todo, el doctor Plaza se adhiere plenamente a la opinión expresada por casa tan respetable, respecto a la conveniencia de acelerar la liquidación, y el subsiguiente ahorro de la garantía, y procederá pues en conformidad con las instrucciones que contiene su carta del 27 de noviembre». Obsérvese cómo el agente financiero se transforma en abogado de intereses ferroviarios extranjeros contra la tesorería argentina. Y además en consejero cuyos consejos eran del siguiente tenor, según expresa la misma carta: «... es evidente que su casa podría realizar una ganancia muy brillante con la oportuna compra de las acciones de la empresa (Ferrocarril del Oeste) que tendrían una fuerte suba con el pago de una buena parte de su crédito contra el Gobierno. No se duda de que tan respetable casa haría participar de las ganancias a quien corresponda». Es decir, al doctor de la Plaza. «El doctor Plaza» —prosigue siempre la misma carta— «sabe que el señor Waas ha hablado a ustedes también de las ventajas que ofrecería para su casa esas operaciones de cambio que el gobierno tiene que realizar periódicamente para el servicio de la Deuda Externa. Esas operaciones que más y más ganan en importancia llegan anualmente a sumas considerables que no bajan mucho de 25 a 30 o 40 millones de francos. Esta clase de operaciones es sin riesgo y dejan tan buenas ganancias, que el doctor Plaza cree muy oportuno llamar muy especialmente su atención especial sobre este punto... «UNA VEZ QUE SE HAYA LOGRADO ESTABLECER RELACIONES DE ESTA CLASE ENTRE LA CASA DE USTEDES Y EL GOBIERNO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, LES SERÁ MUY FÁCIL MONOPOLIZAR TODAS LAS OPERACIONES FINANCIERAS DE ÉSTE». He aquí a la suboligarquía gestora en acción. El ex ministro de Hacienda, el futuro Presidente de la Nación, le aconseja a un banco extranjero cómo monopolizar las operaciones financieras de su patria a fin de ordeñarla mejor. También para sus empresas particulares el doctor de la Plaza acudía al capital internacional. En mayo de 1881 escribe a la casa Murrieta de Londres: «con motivo de las negociaciones de campo que se están haciendo en ésta por personas y sociedades de esa, una persona, el propio de la Plaza, según se revela en otra carta, que tiene 20 leguas de muy buen campo, me pide me interese con usted por si supiera de alguna persona o sociedad que quisiera entrar en negocio para formar un buen establecimiento de campo, que a no dudarlo, daría ventajosos resultados. Sería cuestión de 20 o 30.000 libras para ponerle 10 mil cabezas de ganado y ovejas».

## Banqueros Europeos, Intermediarios Criollos y un País en Remate

El capital financiero internacional no se preocupaba poco ni mucho por la «seguridad» de sus inversiones. Lo importante era endeudar al país, que ya después se encontraría el modo de hacerle pagar con creces deuda e intereses. Y bien podía decir el nada imparcial Times de Londres que la crisis argentina se debía en gran parte al descuido de Baring Brothers en lo referente al uso de los fondos que desparramaba sobre la administración de Juárez Celman (enero 24, 1891). El juarismo aprovechaba. Después de su caída la prensa europea describió con lujo de detalles y algo de fantasía la corrupción del régimen, pero salvo algunas excepciones se cuidó mucho de señalar que el principal foco de corrupción había estado en Londres, en la sede central de la Casa Baring. «Argentinos y europeos fueron sorprendidos —decía el Daily Oracle— por el descubrimiento de los peculados de ex funcionarios que tenían altos puestos, pero estos hombres que habían acumulado inmensas cantidades de dinero durante su breve permanencia en el Gobierno siguen sin ser molestados después de su renuncia» (Londres, febrero 4, 1891). Y el Bankers Magazine explicaba así la mecánica de la corrupción: «Financistas y promotores europeos arribaban continuamente —en la época de Juárez— compitiendo en obtener concesiones para ferrocarriles, docks, obras corrientes, tranvías, y toda clase de empresas públicas. Los «doctores» argentinos fueron rápidos en valerse de estas espléndidas oportunidades tan tentadoramente ofrecidas... Hoy día existen en Buenos Aires docenas de hombres que son públicamente acusados de malas prácticas, que en cualquier país civilizado serían rápidamente penados con la cárcel, y todavía ninguno de ellos ha sido llevado ante la justicia. Celman mismo está en libertad de gozar el confort de su estancia; y nadie piensa castigarlo a él o a los titiriteros que estaban tras de él. En la actualidad hay muchos ocupando prominentes posiciones en el Parlamento, que estuvieron implicados en las transacciones que condujeron a la revuelta de julio... Pero si los argentinos han pecado no han sido ellos los únicos pecadores. Los financistas europeos han sido el genio del mal durante todo el drama. Posando como pioneros del progreso, pero buscando solamente sus propios intereses, han envuelto en una ruina común al deudor y al prestamista». (Londres, marzo, 1891) Y el Weekly Bulletin decía: «para obtener el contrato de Obras de Salubridad, Baring le pagó coimas a Juárez Celman de 100.000 libras y a Wilde, ministro del Interior, de 80.000 libras» (Londres, junio 20, 1891).

Efectivamente, el meridiano de la Gomorra financiera de la era Juárez pasaba por Baring Brothers, y así lo denunciaba desde Londres The Investors Review. «Entre 1886 y el día del colapso en 1890 hubo más de 100 millones de libras emitidos o que se intentó emitir en Europa, principalmente en Londres, para esta preciosa República, para sus provincias, sus ciudades, sus ferrocarriles y puertos y sus aguas corrientes. Desde dos años antes del desastre, sin embargo, estuvo claro para todos los observadores que esta clase de negocios sólo podía terminar en la bancarrota. La insania de estos excesos y la culpable negligencia de los más rudimentarios dictados de la prudencia, demostrada por las casas financieras aquí y en el continente, forma uno de los peores capítulos de toda la historia de las deudas nacionales y la falsificación de deudas. Cuando los corrompidos

políticos argentinos autotitulados a ministros no pudieron vender sus fraudulentos bonos en Londres, fueron a Alemania, Bélgica, Francia, y teniendo éxito allí, provocaron una rivalidad entre las casas financieras aquí y en el extranjero, lo que aumentó la locura general y la despreocupación por las consecuencias.

En 1884 la deuda del país era de £ 42.600.000. En 1891 la deuda externa combinada de los gobiernos nacional y provinciales, sumada a la deuda interna flotante y a las obligaciones municipales, alcanzaba la suma de £ 154.600.000. Esto representa un aumento de 112 millones de libras en menos de 7 años. No existan obras públicas de valor equivalente que puedan exhibirse en compensación» (marzo 1892).

Desde luego, junto a los grandes negociados con los banqueros internacionales, floreció un tipo de corrupción más clásica y de menor cuantía, pero más vomitable que en otros momentos por vincularse a la progresiva subasta del país. Son ilustrativas y sintomáticas algunas denuncias aparecidas en la prensa revolucionaria que floreció luego de la revolución del 90. «El doctor Juárez ha dispuesto de los dineros públicos para sus fines particulares. Entre los muchos ejemplos que podemos citar ahí está el de Eduardo Mattaldi, dueño de la talabartería de Florida y Cangallo. Este comerciante cobró ahora dos años de una crecida cuenta por artículos que había suministrado a una «amiga» del doctor Juárez. Esa cuenta fue abonada con autorización del entonces Presidente con fondos públicos» (Don Basilio, Bs. As., diciembre 9, 1890). «El doctor Wilde, el famoso Ministro que entregó a la explotación de una empresa judaica o británicamente usuraria las obras de la salubridad de la capital, el Ministro poco escrupuloso que puso la vida y la higiene de una población de 500.000 almas en manos del mercantilismo mas corrompido y corruptor de la época... Las empresas inglesas tienen una partida especial de tantos miles de libras para remover inconvenientes, y con ella llegan siempre mansamente al final de sus propósitos. Todo el mundo sabe cómo se hacen estos negocios, y los ingleses mejor que nadie, y como éstos el doctor Wilde» (Idem, enero 17. 1891).

«¿A cuánto asciende lo que se ha sustraído a este pueblo en los 10 años corridos entre 1880 y 1890?», se preguntaba La Defensa del Pueblo, y respondía: «Hemos hecho un cálculo aproximado, despreciando todo lo que no pase de 5 millones y teniendo presente solamente lo que el público conoce hasta ahora:... 494 millones de pesos (enero 14, 1891). Era decir. Y el mismo día La Nación contenía la siguiente interesante noticia: «declaraciones hechas en París por el señor Piquet, secretario del general Mitre, ¿... si a los hermanos Baring les pareció bien entrar en desatinadas especulaciones bursátiles y con el premio del oro; si quisieron pagar fuertes cantidades como precio de ciertas concesiones, habrá de ser responsable de ello la República Argentina? Los Baring, por ejemplo, pagaron considerables cantidades a fin de obtener la concesión de las obras de salubridad de Buenos Aires; hay quien declara que esas cantidades llegaron al total de 200.000 libras. Yo no puedo asegurar la exactitud de tal cifra, mas no parece muy improbable si se tiene en cuenta lo que significan esas obras de salubridad. Ellas indican en Buenos Aires el monopolio del abasto de agua y de las instalaciones para el desagüe de la ciudad. La empresa, puesta bajo la dirección de la banda inglesa, impuso naturalmente fortísima contribución por esos servicios a las casas todas, y esto produjo como era de esperarse gran descontento general. Bien sé

yo que las autoridades de la época en que se hizo este negocio estaban prestas a dejarse sobornar de todos modos. Los funcionarios altos y bajos de entonces recibían ofertas razonables de dinero, y esto explica cómo Juárez Celman no ha sido enjuiciado después de su caída» (La Nación, enero 14, 1891).

## Los Banqueros Europeos Reclaman una intervención en la Argentina Similar a las Ejecutadas en Egipto y en Turquía

La consecuencia del matrimonio entre los banqueros internacionales y la suboligarquía intermediaria argentina, fue el sobreendeudamiento del país. Y luego, llegada la crisis, la imposibilidad de pagar las deudas. De pronto Europa resonó con voces que pedían la directa intervención de las grandes potencias sobre el Estado argentino para controlar sus rentas y destinarlas a pagar los empréstitos como en Egipto o Turquía. «El remedio para las dificultades financieras argentinas», titulaba Financial News un editorial donde decía: «El presente desastre financiero ha sido causado en primer lugar por el manejo deshonesto de las finanzas argentinas y por el exceso de empréstitos. El presidente Pellegrini y sus colaboradores son sin duda honestos y bien intencionados, pero es evidente que la experiencia y el conocimiento financiero del Gobierno son totalmente inadecuados para la tarea, y que debe estar preparado para reconocer- que sólo la experiencia extranjera le permitirá realizar los cambios necesarios. ¿Por qué entonces el presidente Pellegrini no reconoce la situación y acepta alguna forma de control sobre las rentas? El efecto benéfico de tal control se evidencia en Egipto y en Turquía» (mayo 31, 1891). Y en igual sentido se pronunciaba el South American Journal en un artículo titulado «¿Deben ser egipcionizados los argentinos?» (junio 27, 1891).

Por cierto que esto quedó en palabras, y en buena medida ello se debió a la agresiva presencia de Alemania, que en caso de intervención hubiera tomado la delantera en perjuicio de Inglaterra (así lo denunciaba entre líneas un editorial del Financial News del Sept. 3, 1891) la cual podía cómodamente monopolizar el control de la economía argentina sin acudir a la flota. Así se explica un extenso editorial del Times —es decir, del Foreign Office— pronunciándose contra la intervención: «El partido juarista en el poder dio un ejemplo de flagrante deshonestidad, pero puede alegar con algo de razón que la perniciosa oferta de dinero europeo en casi cualquier cantidad fue una de las causas principales de la corrupción que caracterizó su periodo. Por lo tanto, debe atribuirse a la influencia europea gran parte de la responsabilidad por la actual situación argentina ... Ningún dinero puede actualmente tomarse en Europa, y los capitalistas europeos no desean o no son capaces de completar las obras que ellos comenzaron. Al pueblo argentino no le resta otro camino que completarlas él mismo. Tendrán que encontrar el dinero para el nuevo banco que se está iniciando y no hay duda de que lo hallarán. Alguna institución de este tipo es absolutamente necesaria, aunque sólo sea para poner en orden la circulación, y no se podrá obtener dinero para él en Europa, a menos que se conceda cierto grado de control a quienes suministran los fondos, lo cual ningún gobierno que se respete puede aceptar en el caso de un Banco Nacional que necesariamente tendrá una buena cantidad de poder sobre las finanzas

nacionales. La City ha estado un poco obtusa en relación a este problema. Hombres que se suponía que tienen cierto conocimiento del mundo han hablado de establecer un control financiero internacional en la Argentina, como si este país fuera Turquía o Egipto. Es bueno que nada de esto se haya intentado seriamente» (Times, agosto 21, 1891). Era un consuelo para la vanidad nacional que no fuéramos equiparados a Turquía o Egipto, aunque nuestros sultanes y rajás de crucifijo no fuesen superiores a los de la Media Luna.

## Se Difunde Entre los Productores Nacionales la Aspiración a una Mayor Independencia Frente al Capital Extranjero

Hacia bastante tiempo que algunos núcleos de la clase dominante argentina veían con temor que el progresivo endeudamiento podía colocar a la Argentina en una situación similar a la de Egipto. Sarmiento, D'Amico y Aristóbulo del Valle habían hecho de este peligro un punto decisivo de su oposición al roquismo y al juarismo. La realidad les fue dando la razón. La oligarquía argentina no podía dejar de advertir que el pequeño sector que tramitaba empréstitos y detentaba el poder del Estado la llevaba a perder el control sobre su propio país hasta un punto demasiado comprometedor. Y advertía que alcanzado este punto su bolsa se iba a ver seriamente perjudicada en beneficio del capital financiero internacional. «Hay que poner todo en juego —decía un vocero imperialista— para hacer entrar las finanzas argentinas en las vías regulares, la manera de que los ricos recursos del país sean realmente afectados a llenar las obligaciones de la Nación. Es preciso regularizar el régimen monetario, introducir la economía y el orden en la Administración del Estado; es preciso ante todo que los fuertes contribuyentes del país, que son abundantes, sean realmente puestos a contribuir» (Archivo de V. de la Plaza).

La política de Juárez Celman, que conducía a semejantes resultados, provocó el creciente descontento de todos los sectores de la clase dominante —con la sola excepción de los gestores de empréstitos y concesiones. Desde los grandes terratenientes y vacatenientes hasta los pequeños criadores de ovejas. Incluso la burguesía comercial porteña se vio desfavorablemente afectada, aunque más tarde y en menor medida, porque el endeudamiento proporcionaba divisas frescas que se trasuntaban en grandes importaciones de las cuales era introductora gananciosa. La masa de la clase dominante tenía pues en un momento dado que llegar a rechazar la política del juarismo, que arruinaba al país, y a las clases propietarias en beneficio del capital extranjero y de una pígemea suboligarquía intermediaria.

En su momento, los estancieros de la Sociedad Rural Argentina se opusieron a la venta del Ferrocarril Oeste. Este hecho es de suma utilidad para filiar la posición de ese sector fundamental de la clase dominante ante la política juarista de endeudamiento integral al capital imperialista. Los grandes estancieros —los estancieros de Buenos Aires agrupados en la Sociedad Rural Argentina— vendían sus productos en el mercado mundial, gastaban sus ganancias en París, engordaban con la renta agraria, aceptaban gustosos las inversiones

internacionales que valorizaban sus tierras y su producción. Desde luego no aspiraban a construir una gran nación industrial, y su dependencia respecto al mercado mundial, su por entonces escasa necesidad de un amplio mercado interno, no podía dar a su política una orientación excesivamente nacional. Pero, ellos eran dueños de la tierra y del ganado, los medios de producción capitalista más auténtica y propiamente argentinos(\*) (\*) Como decía Sarmiento; «la ganadería es nuestra verdadera y única industria nacional, fundada sobre bases coloniales y desarrollada por la parte principal de la masa argentina. Todo lo demás es importado después de 1850» (El Censor, Bs. As., enero 9, 1886).

No estaban dispuestos a perder el control sobre su propio país, y sabían que si no podían prescindir del mercado y los capitales imperialistas eran sí lo suficientemente fuertes como para deshacerse de una pequeña suboligarquía que a través de Juárez tendía a transformar al capital internacional no ya en el socio mayor en la explotación del trabajo argentino, sino en amo único, en detrimento de los estancieros criollos. Los hombres de la Sociedad Rural no tenían inconvenientes en asociarse a la City, pero no podían permitir que a expensas de ellos el país fuera repartido entre la City y los colegas del doctor de la Plaza. En estas condiciones surgió entre la burguesía terrateniente y estancieril una cierta hostilidad hacia el capital financiero internacional y sus agentes locales una vaga aspiración a una mayor independencia en el manejo de la economía nacional.

Aparte de los grandes propietarios de tierras y ganado, existía una burguesía predominantemente ovejera. Aunque constituida en su mayor parte por inmigrantes y carente de vínculos sanguíneos con los conquistadores españoles, aspiraba a una política nacional, en el sentido de resistir el excesivo endeudamiento al imperialismo —que en gran medida tendría que pagar ella malvendiendo su producción— y de impedir que las empresas ferroviarias británicas confiscasen sus ganancias a través de las tarifas. Esta burguesía ganadera, integrada en buena medida por la inmigración vasca, irlandesa, y escocesa, radicada en extensiones de 200 a 300 hectáreas sitas en el sur de la Provincia de Buenos Aires, había crecido en importancia a compás del desarrollo de la cría de ovejas. (En 1889 la exportación de lana había aumentado en 2.000 % respecto a 1850 y constituía el rubro principal de las exportaciones argentinas, superando a los productos de origen vacuno, Sommi, Estructura). Los ovejeros tenían contra Juárez tantos motivos de resentimiento como los grandes estancieros y aun más; pues ellos necesitaban del crédito oficial y en la época de Juárez «el comercio y la industria no obtenían la protección de los bancos oficiales, siendo absorbido el crédito por políticos y especuladores» (Financial Times, mayo 27, 1891).

¿Puede decirse que el ganado vacuno y ovino ha «ido un «medio de producción» en la economía argentina? Según Marx, todas aquellas cosas que el trabajo no hace mas que desprender de su contacto directo con la tierra son objetos de trabajo que la naturaleza brinda al hombre. Los instrumentos que el trabajador intercale entre él y el objeto de su trabajo son los medios de trabajo. Ambos elementos «los medios de trabajo y el objeto sobre el que éste recae son los medios de producción». Por eso, dice Marx, aunque parezca paradójico, el pez es un medio de producción. Vacas y ovejas también. Ver C. Marx. El Capital (Fondo de Cultura Económica), tomo I, vol. I, pág. 203.

Cuando se desencadenó la crisis del 90, el movimiento que habría de culminar en la revolución contó desde muy temprano con la presencia de destacados dirigentes estancieros, como Leonardo Pereyra Iraola y Nicolás Anchorena (Sommi, 90). En uno de los grandes mítines con que el movimiento ganó la calle, Aristóbulo del Valle voceaba el descontento que se propagaba entre «los propietarios territoriales con su fortuna reducida a la mitad» y «los agricultores obligados a vender sus granos al precio que les imponen unos cuantos exportadores» (Idem, 112).

En las provincias del interior, donde no existía una clase rica y poderosa como los estancieros de Buenos Aires, la oposición al juarismo fue débil o nula, y allí donde aparecía no agitaba ninguno de los problemas mencionados en el discurso de del Valle. Las oligarquías provincianas, en general desligadas de la producción para el mercado mundial y alejadas del eje de la economía nacional, apenas si se veían afectadas por la política juarista de empréstitos y endeudamiento perpetuo. Y además no tenían nada que sugerir en cambio, ya que su base de sustentación económica era misérrima y en buena medida consistía en partidas del presupuesto nacional. La oligarquía tucumana era poderosa como clase capitalista, pero se hallaba demasiado entroncada con el capital internacional y con sus agentes financieros locales, de modo que tendía a apoyar la política de creciente sujeción al capital extranjero, al cual estaba ligada mucho más directamente que los estancieros. (Esto evidencia, dicho sea de paso, que estando en juego la relación con el capital financiero internacional la distinción entre «provincianos» y «porteños», o entre productores para el mercado interno y productores para el mercado mundial, no dice absolutamente nada en cuanto al carácter «nacional» de unos y otros.)

## Toma Cuerpo una Fuerte Corriente de Opinión Antiimperialista

Empobrecidos por la crisis económica y amenazados con perder el control del país en beneficio de los prestamistas extranjeros y sus comisionistas nativos, la burguesía terrateniente, los estancieros de Buenos Aires, grandes y chicos —a cuyo conjunto denominaremos «productores nacionales»- esbozó algunos planteos nacionalistas. Eran claros en las críticas al juarismo, confusos y pálidos en las soluciones que proponían, y violentos en la expresión de su hostilidad a Inglaterra y a los banqueros internacionales.

Retomando el hilo de las denuncias que Sarmiento formulara desde El Censor fue Aristóbulo del Valle quien con mayor elocuencia planteó los temas que inquietaban a los productores nacionales. (Posteriormente, después del 90, Terry daría mayor precisión a esos planteos.) «Se tira el tesoro por la ventana para satisfacer la codicia de los empresarios sórdidos que vienen a abusar de su influencia para enriquecerse en un día... Un país nuevo que llama así a los capitales extranjeros y prodiga la tierra pública sin discernimiento está amenazado de un serio y gravísimo peligro... ¿Nuestro comercio? Ahí lo tenemos. Depende completamente del mercado de Londres. Pero al fin son necesidades del movimiento económico del mundo. Pero hay una cosa que no se puede entregar jamás: la llave de la

política, porque la política es la soberanía. Y sin embargo, en este momento sentimos esa exigencia bochornosa: el Congreso de la Nación Argentina no podrá legislar sobre su moneda en tal o cual forma durante tal o cual período si se quiere que garanta un préstamo. Es decir, la amenaza de entregar la llave de nuestra política» (La Epoca, enero 28, 1891).

«¿No tiene el Gobierno Nacional fondos para terminar las obras que faltan? ¿Su crédito está agotado? ¿Sus arcas están vacías? ¿No puede pedir al extranjero 667 millones que necesita para concluir esas obras? Señor Presidente: tenemos ante nuestros ojos diariamente el testimonio de lo contrario. El Gobierno Nacional gasta diariamente en lo necesario, en lo útil y en lo superfluo, por centenares de miles, por centenares de millones. Se edifican palacios para el despacho del Poder Ejecutivo; se proyectan palacios más suntuosos todavía para el Congreso Nacional; se levantan edificios en toda la República a costa del Tesoro Nacional, y todo esto sin necesidad todavía de recurrir al crédito»... «Síntesis: que habremos enajenado el derecho de cuidar de nuestra salud a una empresa que desembolsará 100 millones de pesos y reembolsará 229 millones. Me parece que es un poco más de las utilidades a que legítimamente puede aspirar una empresa comercial cuando el negocio se hace en países civilizados. Ahí tenemos la historia del Nabat de Daudet, que nos cuenta como los europeos aprecian a estos pueblos, todavía nuevos, que caen en manos de empresarios que tienen la conciencia en el bolsillo, y de gobernantes que enajenan no sólo la fortuna, sino la tranquilidad y felicidad de tres, cuatro y de cinco generaciones»... «No votarse ninguna concesión de ferrocarril privado, ninguna, absolutamente ninguna, que a los 99 años no sea de la Nación. A los 99 años de estar en explotación el ferrocarril de que se trata en esta concesión, pasará al dominio público, sin indemnización de ninguna especie... Nosotros pertenecemos a la escuela de los que consideran que las vías públicas deben ser de la Nación, y la prueba es que estamos en el propósito de expropiar un ferrocarril y aun se habla ya de expropiar el ferrocarril Central. «Pero no es con concesiones tendientes a constituir grandes propiedades y opulentos propietarios que residen fuera del país que hemos de desenvolver nuestra población: es preciso que tengamos presente que un país nuevo que llame así los capitales extranjeros y prodiga la tierra pública sin discernimiento, está amenazado de un serio y gravísimo peligro. Nuestra tierra es fecunda y se afirma que puede producir el 18 o 20 % en su explotación ordinaria —en la ganadería y agricultura— y los capitales europeos han de apoderarse de vastas zonas de nuestro territorio. Se dirá que es un gran beneficio, así veremos labrada la tierra inculta hoy día. Efectivamente, el país alcanzará todos estos beneficios con relación a la generación presente: esto es lo que se ve; pero lo que no se ve, es el porvenir de nuestro país; que cada día y cada uno de estos actos, se compromete sin pensar en que puede llegar el momento en que la República Argentina no sea sino un pueblo como Irlanda»... «De 1886 pasamos a 1887, el año de oro para todos los empresarios de ferrocarriles, el año en que se han visto levantarse inmensas fortunas sin mayor esfuerzo, sin más trabajo que el haber obtenido una concesión de ferrocarril del Gobierno argentino, concesión que no la realizaba, en general, el que la obtenía, sino que iba a enajenarla en mercados extranjeros, recargando el costo de las líneas con las enormes comisiones que aquella concesión representaba al pasar de manos del concesionario a manos del constructor o propietario futuro» (Aristóbulo del Valle, 70, 82, 183)

Inmediatamente antes y sobre todo después de la revolución del 90, las denuncias de este tipo se hicieron más y más frecuentes. «Podrían los gobernantes inspirados por un mal entendido deseo de gratitud seguir su tradición deferente con los hombres de la City, confiarles de nuevo el trazado de nuestra ruta administrativa, cederles un girón de la soberanía nacional a cambio de un puñado de esterlinas, y entregarles unos cuantos millones más de deuda nacional como garantía de deudas de honra que la República reconoce?» No, contestaba a su propia pregunta el diario La Epoca. «Desde hoy —anunciaba La Defensa del Pueblo— la empresa del Ferrocarril Sud aumentará un 170 % las tarifas de fletes y pasajes. Las empresas del Ferrocarril Oeste y Buenos Aires-Rosario también han procedido a aumentarlas. Nuestro gobierno, entre tanto, nada hace ante estos verdaderos abusos. La República entera, de seguir esta corriente, estará dentro de poco al arbitrio de los señores ingleses» (enero 19, 1891). Y poco antes había afirmado: «La venta de la soberanía nacional —una de las bases del empréstito que con tanto contento ha recibido el Oficialismo— establece que cada semana se depositará en el Banco Nacional la parte de las rentas de aduana afectadas a ese préstamo. A este paso pronto vendrán los ingleses a dirigir y administrar nuestras oficinas públicas. Después sus buques se presentarán para proteger a sus administradores: y por fin la ocupación egipcia ... Poco a poco van forjándose las cadenas que entregarán inerte a sus voraces acreedores a aquella nación altiva que hasta bajo la tiranía de Rosas supo poner en jaque al extranjero defendiendo la dignidad nacional» (idem, enero 7, 1891).

El mismo diario publicaba esta carta anónima dirigida a Carlos Pellegrini: «Como agente del Gobierno celebró usted el contrato de 1886, a que tan noble referencia hace el de 1891. En los primeros momentos ese contrato fue rechazado como ignominioso... Hoy, como director principal, lo perfecciona y, como sin duda hemos ganado en poca vergüenza lo que hemos perdido en crédito, sin rubor, ni pestañear, aceptamos un contrato turco que nos nivela con Egipto. Usted ha tenido fama de guapo y yo lo admiro como un valiente. Dios quiera que no venga otro más valiente que usted que ponga a la República en subasta pública y la adjudique al mejor postor. Señores, ha llegado el caso de que en este asunto la República Argentina medite bien la situación en que se halla. Nuestros padres nos dejaron la independencia política; pero no se figuraron nunca que habíamos de estar como estamos en peligro de perderla, porque un país que no conserva su independencia económica está muy cerca de la ruina y la miseria, y la miseria puede producir la pérdida de la independencia. Y sin duda para conservar nuestra independencia económica envía usted a la aprobación del Congreso el contrato mas vejatorio a nuestro decoro, el que más, hasta ahora, ha aprisionado nuestra libre acción, el que primero nos ha prohibido celebrar contratos en el futuro, lícitos a toda nación soberana. Es usted el primero que da el ejemplo de renunciar a la independencia de su patria» (Idem, enero 21, 1891). En otra publicación de la época se lee:

«Impuestos sobre la ganadería, sobre los alcoholes, sobre los depósitos, sobre la propiedad, sobre la industria... sobre la mar, y todo, según el mensaje de Pellegrini al Congreso, porque la casa Baring y los prestamistas ingleses se han visto en apuros, apurándonos a nosotros» (Don Basilio, diciembre 19, 1890.) «Ese empréstito es para nosotros una sangrienta humillación. Los cafres de África han sido tratados con más respeto. ¿Sabe el pueblo cuánto tendrá que pagar como interés anual por este solo

empréstito?: 22%... El empréstito no es en realidad empréstito porque simplemente se trata de una moratoria en la forma de intereses cargados durante 3 años sobre el total de la deuda anterior, más los intereses de estos intereses prestados» (ídem, enero 6 y 7, 1891). «El ministro de Hacienda nos ha revelado ayer en plena Cámara lo siguiente: un Banco particular, en su último informe anual, ha hecho saber a sus accionistas de Londres que había obtenido un beneficio de 62 % sobre su capital en el período administrativo del año pasado» (ídem, enero 20, 1891).

Es de imaginar cómo impactaba esta última noticia entre los empobrecidos productores nacionales. Como se habrá advertido, toda esa prensa que agitaba el problema de la penetración imperialista y de la independencia económica era antijuarista y antiroquista, se identificaba con los revolucionarios del 90 y se proclamaba partidaria de Alem.

Contra la confianza ilimitada en el capital internacional, y frente a la apología sistemática de Inglaterra, que eran el catecismo de Roca y de Juárez Celman, se levantó una ola de desconfianza y de denuncias antiimperialistas.

Hasta un informante argentino del Economist londinense se pronunciaba en estos términos: «Se rumorea aquí en Buenos Aires en ciertos círculos que algunos capitalistas londinenses, que están profundamente interesados en los asuntos del Río de la Plata, están planeando generosamente alguna «ayuda» para nosotros... pero es una pregunta que queda muy abierta si el ingreso de nuevo capital extranjero en un país tan exhausto financieramente será beneficioso para él. Este país ha sido abrumado por los capitalistas extranjeros; sus 4 millones de habitantes no pueden soportar el peso colocado sobre ellos. Lo que el país quiere es la afluencia de capital privado en las manos de pobladores, para echar raíces en el suelo no el capital especulativo de los consorcios» (marzo 26, 1892).

En un manifiesto al país, Bernardo de Irigoyen decía: «En 1893 la deuda extranjera nos impondrá grandes esfuerzos y los haremos en honor del país. No es fácil determinar al presente el plan que deberá adoptarse para atender en esa fecha los enormes compromisos aplazados, pero no es en nuevos empréstitos (Manifiesto fechado en diciembre 20, 1891. Hoja suelta existente en el Archivo Biedma). Esa campaña —que con ciertas limitaciones puede ser calificada de antiimperialista— aparece incorporada en el programa de la Unión Cívica(1) y tuvo la suficiente intensidad como para molestar a los intereses afectados y provocar su reacción. «Es curioso —manifestaba el Daily Oracle— que exista en Buenos Aires una gran cantidad de envidia y hostilidad contra Inglaterra, y este sentimiento está siendo estimulado por algunos líderes de la opinión pública. En las revistas cómicas (que en este país tienen gran influencia entre las clases pobres) Inglaterra es representada succionando la sangre de la pobre República Argentina» (julio 3, 1891).

The Financial Review of the River Plate, en un artículo titulado «Muera el gringo», comentaba: «Especialmente violentos son los ataques contra los ferrocarriles británicos... Cuando un diario de tan amplia circulación como El Diario, cuyas tendencias anglóforas se han evidenciado netamente... Las compañías inglesas son absoluta y totalmente honestas, y sus representantes son selectos ferroviarios de larga experiencia, que merecen el caluroso

agradecimiento del público, por sus persistentes esfuerzos para servirlo eficientemente pese a la hostilidad del llamado Departamento Ferroviario, y a los crueles ataques de un sector de la prensa argentina cuya propaganda parece una resurrección del viejo grito gaucho de «muera el gringo», aunque no sería difícil probar que su propia prosperidad y el desarrollo de su país se debe fundamentalmente al incansable trabajo de ese «gringo» a quien ahora parecen estar ansiosos por arrojar del país. Podemos asegurar a nuestro colega que sería un triste día para la Argentina si este aparente deseo, y creemos firmemente que sólo es aparente deseo, de eliminar a los extranjeros, y especialmente a los ingleses, fuera posible de cumplir» (diciembre 19, 1891).

(1) «Hoy, la República Argentina, lo decimos con dolor, está hondamente comprometida, y algunos diarios europeos se han atrevido a indicar lo que en todo caso rechazara indignada la República Argentina, la formación de Comités Internacionales para intervenir en sus finanzas como se hizo en Turquía y Egipto»... «todas o casi todas las tierras públicas exploradas o mensuradas de la Nación y de las provincias han sido enajenadas por vil precio, concentrándose centenares de leguas en una sola mano o en manos de sindicatos clandestinos, que serán en el porvenir fuertes remoras a la distribución de la propiedad rural. En muchas partes, los grandes deudores de los bancos son los grandes compradores de la tierra pública a quienes en la situación actual ni se les exige el pago, ni se les hace devolver la propiedad territorial; creándose en este modo una gran perturbación económica, que sustrae el capital de la explotación agrícola». (Del Manifiesto de la Unión Cívica, declaración de principios, noviembre 1891).

## Los productores Nacionales Gravan a Las Empresas Británicas

Por otra parte, mientras la prensa alzaba la voz contra el imperialismo, los productores nacionales se resarcían parcialmente de las imposiciones del capital británico gravando indirectamente a las empresas inglesas mediante la desvalorización del peso — que reducía las ganancias de esas empresas cuando acudían a convertirlas de pesos a oro. Las empresas sabían dónde estaba el culpable, y Financial Times se pronunciaba así: «Aparte de los políticos corrompidos, el mayor enemigo de la moneda sana ha sido el estanciero. Como principal terrateniente y productor del país, su interés radica en poder pagar sus gastos con papel moneda, y obtener altos precios en oro por la venta de sus productos. Su noción del paraíso está constituido por buenos mercados en Europa y mala moneda en el país, porque de este modo el oro europeo le provee de tierra y mano de obra baratas. Si no fuera por el apoyo tácito de los estancieros y de la comunidad agraria en general, la degradación del peso argentino nunca hubiera sido llevada hasta un extremo tan ruinoso» (abril 9, 1892).

Las citas transcriptas —sólo una muestra entre multitud de igual tenor— revelan que, efectivamente, la crisis trajo un sentimiento de fastidio contra los extranjeros que habían embarcado al país en proyectos y deudas, cortando luego sus provisiones al surgir las dificultades; por reacción, apareció en la prensa y literatura opositora un espíritu

xenófobo, de exaltado chauvinismo» (Juan Pablo Oliver, en *Esto Es*, agosto 10, 1954) y revelan también que es incorrecta la afirmación según la cual «las críticas de carácter económico se limitaron a lamentar el descrédito en que había caído el país ante los capitalistas europeos» (idem).

Lo lamentado no era tanto el descrédito cuanto el endeudamiento. Preocupados ante todo por el crédito estaban Pellegrini y Roca —quiénes para restablecerlo se hallaban dispuestos a todo, sin excluir la entrega de la aduana a un comité de acreedores. Pero los violentos ataques de la oposición contra el imperialismo inglés estaban calculados para cualquier cosa menos para eliminar el descrédito, y revelan una perceptible falta de interés por la opinión de los banqueros internacionales. Este sentimiento antiimperialista —con todas las limitaciones que son evidentes— estuvo presente en algunos sectores de la revolución del 90, pertenecientes al ala Alem-del Valle. El coronel Mariano Espina, uno de los jefes militares del levantamiento, le decía a Alem antes del 90: «Che, Leandro, ¿no te parece que las cosas andan mal en el país, que el gobierno es un desastre y que no debemos tolerar que caiga en manos extranjeras?» (Declaraciones en *Crítica*, noviembre 5, 1925). Y el manifiesto de la Junta Revolucionaria llamaba a destruir «esta ominosa oligarquía de advenedizos que ha deshonrado ante propios y extraños las instituciones de la República», proclamando que «la deuda pública se ha triplicado, los títulos a papel se han convertido sin necesidad en títulos a oro, aumentando considerablemente las obligaciones del país en el extranjero; se ha entregado a la especulación más de 50 millones de pesos oro que habían producido la venta de los fondos públicos, de los bancos garantidos, y hoy día la Nación no tiene una sola moneda metálica y está obligada al servicio en oro de más de ochenta millones de títulos emitidos para este fin; se vendieron los ferrocarriles de la Nación para disminuir la deuda pública y, realizada la venta se ha despilfarrado el precio; se enajenaron las obras de salubridad, y en medio de las sombras que rodean ese escándalo sin nombre, el pueblo únicamente ve que ha sido atado por medio siglo al yugo de una compañía extranjera que le va a vender la salud a precio de oro... y después de haber provocado la crisis mas intensa de que haya recuerdo en nuestra historia ha estado a punto de entregar fragmentos de la soberanía para obtener un nuevo empréstito que también se ha dilapidado todo el caudal del Estado».

### Limitación de los planteos Estancieriles Ante La Penetración del Capital Internacional

Hemos constatado la existencia de una innegable corriente de opinión antiimperialista que conmovió a los productores nacionales en vísperas del 90, que acompañó al levantamiento y que fue exacerbada por él. Apresurémonos a señalar las limitaciones de este antiimperialismo, el cual desemboca inexorablemente en una vía muerta. Se trata básicamente de las limitaciones de la clase más poderosa dentro del conglomerado de los productores nacionales, es decir, los estancieros bonaerenses. El antiimperialismo cojo de esta clase era puramente defensivo y de signo negativo; consistía en tratar de impedir que el capital financiero internacional avanzara más allá de cierto punto en su control sobre el país. Y era además un antiimperialismo esporádico, ocasional, que sólo aparecía cuando

—generalmente a raíz de alternativas en el mercado mundial— los ingresos agropecuarios se contraían en beneficio de los acreedores y/o inversores extranjeros. Los estancieros eran totalmente incapaces de sacar adelante una política capaz de edificar al país como nación moderna sin subordinarlo al imperialismo. Sus planteos en este sentido nunca fueron otra cosa que añoranzas melancólicas o arrebatos literarios sin consecuencias reales. (La misma clase que protestaba ante la venta del Ferrocarril Oeste y se encrespaba por las exigencias usurarias de Baring era incapaz de construir un frigorífico propio, pese a los vastos recursos de que disponía) Semejante ineptitud histórica se reflejaba desde luego en la política. Y así vemos cómo el elocuente Aristóbulo del Valle, quien había denunciado brillantemente la penetración imperialista, proponía que en caso de triunfar la insurrección del 90 se confiase el Gobierno Provisional «al doctor don Vicente Fidel López, porque presumía el caos financiero en que nos íbamos a encontrar y confiaba en que su competencia y sus buenas amistades con los señores Baring Brothers nos ayudarían a salvar al país de la bancarrota» (Sommi, 90).

Del Valle conocía mejor que nadie adónde llevaba la política de sumisión a los banqueros internacionales. Que él propusiera como presidente a un amigo de la casa Baring está indicando con bastante claridad hasta dónde la clase en que se sustentaba del Valle era incapaz de construir una moderna nación independiente, por mucho que lamentara a ratos no poder hacerlo (aunque la revolución fue derrotada, el doctor López fue incorporado como Ministro de Hacienda del equipo Roca-Pellegrini: y entre suspiros y lamentos por la pérdida de la independencia económica firmó todo lo que impusieron Baring y Cía en detrimento de la economía y de la soberanía nacional).

El mejor legado del 90 fue esa campaña de denuncias antiimperialistas cuyos temas ya no desaparecerían de la vida argentina. Años después de la revolución, Terry los retomaba desde su cátedra. «La República Argentina decía en 1898— ha vivido 88 años de vida independiente. Ha sido dueña única y exclusiva de sus actos y destinos; y hoy, después de tantos años, si dirigimos nuestra mirada hacia el pasado y si juzgamos el presente, tendremos que confesar con tristeza que la República ha perdido lastimosamente tiempo y riqueza. Tengo para mí que si la República hubiera vivido honradamente, hoy podríamos presentarnos ante el mundo con 20 millones de habitantes en lugar de 4, con cien veces más riquezas y progreso moral y material y sin los ruinosos compromisos, causas de nuestras quiebras anteriores y de nuestras serias dificultades del presente» (Terry, 13) ... «Señores: Se dice y se afirma que los gobiernos no deben administrar porque no saben administrar, pretendiéndose por este medio justificar, en lo posible, al pueblo y Gobierno Argentino. No es cierto. ¿Acaso el Banco de la Provincia de Buenos Aires no fue bien administrado durante 30 años? ¿Acaso el Ferrocarril del Oeste, hoy en poder de una compañía inglesa, no fue modelo de administración en su tiempo?...» (idem, 16).

«Por nuestra parte y tratándose de la República Argentina, que ha sido y es país pobre, nos declaramos socialistas de Estado, en todo aquello que ni el particular ni la sociedad comercial o civil sean capaces de efectuar» (Idem, 34).

«Hemos establecido que el primer deber del Estado es vivir, y que para vivir es necesario progresar. Un estado que no progresa en medio de Estados que progresan, se expone a desaparecer por despoblación, por conquista o por anarquía nacida de la miseria... El Estado, cuando su vida y su progreso lo requieran, debe llegar dónde no pueda o no quiera llegar la acción particular. Los economistas y financistas ingleses y franceses protestan contra lo que ellos llaman nuestro socialismo de Estado, olvidando que Francia e Inglaterra fueron socialistas, acaparando muchas industrias aun con fines fiscales. Hoy que se encuentran aquellos países en la plenitud del progreso, es claro que no necesitan ya de la acción del Gobierno. Hay algo más que es bueno señalar. Esos economistas y financistas están vinculados íntimamente con los círculos de capitalistas y banqueros que negocian con nuestro país y con nuestro Gobierno, y en consecuencia, están interesados en reemplazar la acción del Estado argentino en todo lo que importe un monopolio o un gran negocio. Debemos desconfiar mucho de estos titulados sabios y de algunas de sus revistas, cuyas opiniones se publican en nuestros diarios, en lugar preferente y con el mayor respeto. Son opiniones que hay que tomarlas con beneficio de inventario. Debemos cuidar mucho nuestra independencia financiera, que es tan preciosa como la independencia política; y si bien conviene atender todas las opiniones, tanto extrañas como propias, sería criminal de nuestra parte constituirnos en serviles ejecutores de ideas que pueden ser perjudiciales tratándose de un país como la República Argentina (idem, 220-3)...

«Para la industria privada el ferrocarril es un negocio. Que el ferrocarril es un monopolio por su propia naturaleza, no creo que sea algo dudoso. El monopolio excluye la concurrencia y deja a la industria privada en la posibilidad de imponer sus tarifas y su voluntad omnímoda. El ferrocarril del Sud nos ofrece un ejemplo que no debemos desdeñar. Sus tarifas son elevadísimas, porque según la declaración de uno de sus agentes, necesitaba dar a los accionistas un determinado dividendo. Por otra parte, en países pobres como el nuestro, con Gobiernos casi siempre insolventes, se corre el serio peligro de la liga o de la refundición de varias compañías ferroviarias, formándose así dentro del Estado un poder decisivo por sus elementos y por su influencia. Entre nosotros es sabido que tres de las más poderosas compañías ferrocarrileras han formado en Londres un Comité común, y que hoy se requiere su visto bueno para reunir el capital necesario para la construcción de cualquier ferrocarril dentro de la República» (idem, 334-5). Terry arribaba a dos recomendaciones que de tiempo en tiempo acostumbraba también a expresar la Sociedad Rural, por cierto que sin muchas esperanzas: nacionalizar los ferrocarriles y desarrollar la industria fabril consumidora de materias primas nacionales. «Si alguna vez —decía Terry— el Estado Argentino iniciara una política tendiente al rescate de la red principal de ferrocarriles, fundado en su solvencia y con un plan bien meditado, merecería el aplauso de todos los que se interesan por el progreso de la República. Desgraciadamente es caso remoto» (idem, 349) ... «Se comprende en la República Argentina la protección a la industria harinera porque se produce el trigo, a las fábricas de tejidos porque se produce lana, a toda manufactura que tenga por base el cuero. Se comprende también la protección dispensada al vino y al azúcar, porque la República tiene extensos territorios aptos para esos productos (idem, 627).

Lejos ya del 90, los estancieros retomaron algunos de sus planteos antiingleses. En 1900 Inglaterra cerró sus puertos a la importación de ganado en pie, asestando un serio golpe a los ganaderos argentinos, que en 1889 habían exportado ganado en pie por más de 8 millones de pesos oro. El propósito de Inglaterra, interesada en obtener carne congelada, era forzar a los ganaderos a vender sus animales a los frigoríficos ingleses. Dijo entonces la Sociedad Rural: «La ley de las represalias en economía política es perfectamente lógica y honesta. ¡Y la República Argentina está en admirables condiciones para tomar represalias de la gran Inglaterra! Aparte de la masa enorme de productos que nos envía el Reino Unido, el capital inglés tiene colocados aquí, en bancos, ferrocarriles, tranvías, etc., no menos de 500 millones de pesos oro. Que se grave a las procedencias de Inglaterra y sus colonias, que se cierren los puertos argentinos para el ganado en pie y las diversas preparaciones de carne, que se establezca un impuesto a los pingües dividendos que las empresas bancarias, ferroviarias, etc., envían a Inglaterra» (Anales, 1901, 75).

En otra ocasión, la Sociedad Rural demandaba que fueran reformadas las tarifas ferroviarias a fin de posibilitar la industrialización de las fibras textiles nacionales, ya que las tarifas de los ferrocarriles ingleses «absorben más de un 60 % sobre las mercaderías en caso de tener que instalar las fábricas en parajes apropiados» (idem, 1908-9, 90).

## Significación de la Presencia Mitrista y Católica en el Movimiento del 90

Pero los productores nacionales no fueron la única fuerza propulsora del levantamiento del 90. El movimiento contra Juárez Celman fue un frente único, en el que actuaron sectores distintos y antagónicos, persiguiendo objetivos también distintos y antagónicos. Por eso mismo, para precisar el carácter del movimiento, es necesario tener presente —a la par que las diferencias entre las fuerzas integrantes— las tendencias antiimperialistas videntes en una de esas fuerzas. Mitre y su partido («Todos los políticos en disponibilidad» dijo Groussac) estuvieron en el movimiento del 90. Sintomáticamente llegaron tarde y se fueron los primeros, en tanto que Mitre salía del país para rehuir su participación en el estallido revolucionario y reservarse como candidato de unión nacional. Toda la actuación del ala mitrista se caracterizó por la persistente búsqueda de un acuerdo con el juarismo y/o el roquismo, tanto como por la conspicua ausencia de denuncias antiimperialistas como las que agitaba el ala Alem-Del Valle.

Esta política «acuerdista» correspondía bastante adecuadamente al carácter de la burguesía comercial porteña y de la pequeña burguesía céntrica que la seguía. En épocas de prosperidad se encontraba más cerca de la suboligarquía gestora y de los capitalistas extranjeros que de los productores nacionales, y en un momento de crisis aguda se acercaba a éstos provisoriamente y con reservas, buscando un acuerdo con aquellos a expensas de los planteos tímidamente nacionales de los productores. Los comerciantes alarmados que concurrían a la casa de Mitre a pedir consejo no aspiraban a más (Sommi, 90, 106).



Después de la revolución, en cartas a Bernardo de Irigoyen (1891), Mitre expuso la línea con la cual su partido participó en el movimiento contra Juárez. Su objetivo era la «solución nacional por el común acuerdo de los partidos» (Biblioteca, I, 1896). A esta solución, consistente en un acuerdo con el roquismo, Mitre aportaba un programa que era, precisamente, el que Roca-Pellegrini pusieron en práctica después de vencido el levantamiento. «Nuestra política —decía Mitre— es el Libre Cambio. Estamos profundamente agradecidos a las casas financieras y comerciales de Gran Bretaña por su ayuda en la reciente crisis. Creemos que nuestros inagotables recursos naturales pronto permitirán a la República Argentina justificar la confianza de los capitalistas británicos» (Standard, Bs. As., febrero 22, 1891). Desde luego, los intereses ingleses consideraron de inmediato que el acuerdo entre Roca y Mitre y la elección de uno de ellos como presidente era la solución ideal para los problemas del país. Así lo afirmaban el Times (marzo 3, 1891) y toda la prensa financiera británica (Financial News, abril 20, 1891).

(1) ¿«La revolución del 90 es antiimperialista»? ¿Entonces qué hace Mitre en la Unión Cívica?» {Osiris Troiani en Orientación, Córdoba, noviembre 20, 1957}. Este periodista apresurado no advierte que el movimiento del 90 tuvo un carácter de frente único, en el cual coincidieron momentáneamente intereses distintos que perseguían distintos fines.

Estos antecedentes del mitrismo definen el sentido de su participación en el frente único contra Juárez Gelman. Sería tan falso atribuirle al 90 un carácter exclusivamente de resistencia al imperialismo, ignorando la participación del mitrismo, como desconocer la presencia y los planteos nacionales de la corriente Alem-Del Valle. El «partido» católico —en realidad una corriente de opinión nucleada en torno a la Iglesia— también participó en el movimiento del 90. Desde luego había una motivación confesional y reaccionaria en esa conducta de los católicos, que clamaban revancha contra la política anticlerical y laica de Roca y Juárez Celman. Pero no se trataba sólo de religión. Los prohombres católicos estaban vinculados a los productores nacionales por intereses tangiblemente materiales. Manuel Gorostiaga, Pedro Goyena, Angel Estrada, se hallaban agrupados en poderosas instituciones capitalistas como el Banco de Consignación de Frutos del País y el Banco de Crédito Real (Sommi, el 90, 86). Estrada formulaba a veces planteos como este en pro de la independencia económica: «... es a la vez medio y fin de desenvolvimiento del país, suscitar sus aptitudes industriales en la esfera más alta, a imitación de la mayoría de los pueblos cultos que se esfuerzan por abarcar en la mayor extensión posible el círculo de la evolución económica. Reaccionando contra el régimen prohibitivo de la época colonial hemos exagerado las doctrinas y entregado al albur el porvenir de la riqueza general, viendo sin dolor la desaparición de industrias que un fomento oportuno y discreto habría llevado tal vez a una alta prosperidad en nuestros días. Tomemos un ejemplo al caso. La manufactura algodonera ha destruido la industria algodonera floreciente antes de la revolución en Misiones, Corrientes, Salta y hoy día sólo se cultiva el algodón en Catamarca para torcer pabilos. El mundo tiende por todos los impulsos y los móviles de la civilización moderna, a la solidaridad universal de las naciones; mas si los pueblos no pueden ni deben ser egoístas, tampoco pueden ni deben ser tributarios. Decimos que este es el fin del desarrollo

económico del país, porque sin capacidad para vivir autónomamente en todas las esferas de la actividad social, un pueblo no es una entidad perfecta y soberana» (Estrada, 211).

## La unión Cívica: Un Partido de los Productores Nacionales en Tiempo de Crisis

«Buena política quiere decir respeto a los derechos; buena política quiere decir aplicación recta y correcta de las rentas públicas; buena política quiere decir protección a las industrias útiles y no especulación aventurera para que ganen los parásitos del Poder; buena política quiere decir exclusión de favoritos y de emisiones clandestinas». Estas palabras de Alem en abril de 1890 resumen el meollo racional que puede extractarse de su arrebatada y nebulosa oratoria del 90. No es mucho. Pero se destaca la demanda de «protección a las industrias útiles y no especulación aventurera», pues este era el unánime lamento de los productores nacionales desfavorablemente afectados por la orientación que daba Juárez Celman al crédito oficial. Por otra parte, Alem rechazaba todo acuerdo con el roquismo, acuerdo que era precisamente la base de la política mitrista. Sus palabras al inaugurar en 1891 la Convención de la Unión Cívica no dejan lugar a dudas: «La Unión Cívica tiene que rechazar y combatir todas las composiciones calculadas para burlar el voto público defraudando las grandes esperanzas del pueblo argentino» (La Defensa del Pueblo, enero 16, 1891).

Antes y después del movimiento, la candidatura de Alem a la presidencia fue levantada como una candidatura de confusa resistencia al capital financiero internacional.

Como decía un periódico adicto: «A la enervación del pasado ha sucedido la resolución de entregar la honra de la Nación y la fortuna pública en manos de ciudadanos que no vendan la primera por coimas ni se apoderen de la segunda para su uso particular» (idem).

Tales planteos eran acogidos con simpatía entre las masas pobres, donde Alem gozaba de innegable prestigio. Esto le valía el desprecio de la suboligarquía juarista —la cual a su turno era despreciada por la tradicional oligarquía estancieril bonaerense como una avalancha de advenedizos. Alem «parecía un comisario de suburbio endomingado», según habría de decir la elegante y cortesana pluma de Paul Groussac. Juárez Celman, quien no encontraba explicación para «la absurda idolatría en que ha caído gran parte de la República Argentina, rindiendo culto a los pobres diablos como Alem, consideraba que su triunfo sería «una verdadera debacle», pues los dirigentes alemdistas eran «ilustres desconocidos o personajes sin valor político ni social» (Rivero Astengo, 445). Sin embargo, aun cuando quienes voceaban su nombre en la calle eran sobre todo los orilleros y pobretones del suburbio, Alem no era —como quieren creer sus apologistas— un caudillo de la multitud descamisada en lucha frontal contra la oligarquía. Las fuerzas de real peso social y político que se movieron tras Alem durante e inmediatamente después del 90 fueron los productores nacionales que aspiraban a una política de relativa contención frente al imperialismo. Observamos así que en la reunión de delegados de comités de la capital de la

Unión Cívica, donde se eligieron delegados a la convención de Rosario y se aclamó a Alem, salieron electos personajes como Tomás Santa Coloma y Carlos Zuberbuhler. Después de su discurso en la Convención, Alem fue felicitado por un importante núcleo de socios de la Bolsa de Comercio, entre quienes se encontraban hombres como Zuberbuhler y Martínez de Hoz, quienes alababan la patriótica y noble actitud de la Unión Cívica (La Defensa del Pueblo, enero 6 y 19, 1891).

Los intereses imperialistas guardaban una actitud reticente y hostil ante Alem. Cuando en 1892 el gobierno Roca-Pellegrini lanzó sobre el alematismo una violenta represión, el Times comentó: «parece que las rápidas medidas del gobierno han salvado a la República Argentina de los horrores de una revolución anárquica. En el caso presente hay varios hechos que tienden a indicar que los radicales contemplaban un movimiento insurreccional peligroso para la paz pública, aun cuando no pensaran acudir a los horribles crímenes de que se los acusa» (abril 4, 1892). «La enérgica actitud del gobierno —dijo el Statist— ha sido recibida con un aumento en la cotización de los valores argentinos, de modo que evidentemente su gesto fue interpretado como demostración de poderío» (abril 9, 1891).

### Ante la Crisis, Los Productores Nacionales, incluso la Oligarquía Terrateniente, Apoyan Reivindicaciones Nacionales y Democráticas

En el 90 «el pueblo no concurrió a la revolución» (D'Amico, 286) y en verdad la revolución no buscó la participación del pueblo. El del 90 fue un movimiento nacional, de defensa frente al capital imperialista, limitadamente democrático, en virtud de los objetivos que perseguía el alematismo. Se ha dicho que «la simple lectura de los discursos, manifiestos, programas y crónicas periodísticas de ese movimiento, demuestran la ausencia total, absoluta, de cualquier preocupación social o inquietud por el mejoramiento de la clase trabajadora o masa humilde criolla, o por cualquier reforma de tipo económico o institucional. No existió tampoco el menor programa constructivo» (J. P. Oliver). En realidad, tratándose de estas cosas la lectura simple no basta, y hace falta, además, una pizca de inteligencia. No cabe duda de que nada en el movimiento del 90 denuncia la preocupación por las masas trabajadoras. Pero hubo sí, como estandarte demagógico en el ala mitrista, como programa de lucha en Alem y del Valle, la reivindicación del efectivo sufragio universal. Esto era una contundente reforma en el área institucional, como lo era en el terreno económico el programa de no vender el país al capital internacional. La reivindicación del sufragio universal era un objetivo democrático y popular del movimiento. El manifiesto con el cual nació la Unión Cívica de la Juventud en el famoso Mitin del Jardín Florida proclamaba «levantar como bandera el libre derecho de ejercicio del sufragio sin intimidación y sin fraude. Protestar contra todo acto que turbe o impida el libre ejercicio del derecho electoral, y proseguir el castigo de los culpables por todos los medios legales» (Sommi, el 90, 92).

En igual sentido insistía el manifiesto de la junta revolucionaria firmado por Alem y del Valle. En 1891 el manifiesto del Comité Nacional de la Unión Cívica, que firma Alem,

expresa que «la cuestión fundamental que toca resolver a la Unión Cívica es la referente a la libertad del sufragio, cuya escandalosa supresión ha originado todos los males que afligen a la República. Hay que garantizar al ciudadano argentino en sus derechos electorales: en la inscripción, en la votación, en el escrutinio. El Comité Nacional, para ello, declara que considerando augusto el derecho de la ciudadanía, promoverá la reforma de la ley electoral, sobre la base del padrón permanente, castigando con penitenciaría y pérdida temporal de los derechos políticos a los funcionarios públicos que desde el gobierno o desde las juntas calificadoras o receptoras de votos, priven fraudulentamente de sus derechos electorales a los argentinos. Cree también oportuno buscar la forma de dar representación a las minorías». Sería fácil denunciar la «superficialidad de creer que todos los males que afligen al país se originaban en la supresión del sufragio universal. Pero más importante es recordar que en la Argentina oligárquica, como en la Rusia zarista, el sufragio universal era una importante reivindicación democrática.

Sin embargo, es por completo erróneo afirmar que «la crisis nacional del 90 enfrentó por primera vez a nuestro pueblo unido en un solo bloque con el bloque reaccionario que ya formaban la oligarquía y el capital extranjero» (Barreiro). El movimiento fue apoyado por la oligarquía tradicional. El tesorero de la Unión Cívica era un ex presidente del Banco de la Provincia, quien recibió aportes de personajes como Leonardo Pereyra, Torcuato de Alvear, Carlos Zuberbuhler y Félix de Aizaga. Por lo demás «la organización de los clubes parroquiales de la Unión Cívica demostró muy luego que esa fuerza política se apoyaba en las clases más distinguidas de la sociedad» (Vedia y Mitre, Unidad, XX). En efecto, además de los ya citados cotizantes, vemos entre los propulsores de la Unión Cívica apellidos como Beccar Varela, Martínez de Hoz, Ayerza, Anchorena. Y el militar que habría de dirigir el levantamiento —el general Campos— era director del Banco Nacional Inmobiliario (Sommi, el 90, 127). En fin, entre los hombres designados para ocupar ministerios en caso de triunfar la revolución estaban el doctor Lastra, director del Banco Agrícola Comercial del Río de la Plata, presidido por Bernardo de Irigoyen, futuro candidato de la Unión Cívica a presidente de la Nación y el doctor Romero, fuerte accionista del Banco Nacional (idem, 144). En el movimiento del 90 coincidieron pues la oligarquía y la reivindicación del sufragio universal. Sin embargo el sufragio universal significaba permitir el acceso al Estado de grupos sociales hasta entonces excluidos por la oligarquía. ¿Se trataba acaso de una maniobra puramente demagógica? Había algo más. Los productores nacionales percibían confusamente —Alem expresaba esta confusión mejor que nadie— que sin democratizar al Estado el control que la oligarquía nacional ejercía sobre el mismo se debilitaba en beneficio del capital financiero internacional.

El tradicional mecanismo consistente en pasarse el Estado de mano en mano entre camarillas oligárquicas tendía a independizar a los usufructuarios del poder de las fuerzas reales de clase en que se sustentaban; hasta llegar al juarismo, que se había distanciado increíblemente de la oligarquía en interés de sus negocios con el capital extranjero. En esos momentos de crisis el sufragio universal aparecía ante los productores nacionales como un medio para retomar un control más estrecho sobre un Estado que en gran medida se les había escapado de las manos. En general la oligarquía había sido enemiga del sufragio universal y de la participación de las masas en la vida política. Pero, en situaciones

críticas, una fuerte corriente de los productores nacionales, incluso los productores oligárquicos, se inclinaban por buscar un respaldo de masas destinado a consolidar su posición frente al capital extranjero. Hombres como Bernardo de Irigoyen proponían el sufragio universal no para acatar a la oligarquía, sino justamente para apuntarla con apoyo de masas, como había sido la criolla tradición patriarcal de don Juan Manuel de Rosas. Tal era también la política de Alem.

Es erróneo caracterizar al 90 como «movimiento democrático» o «cruzada democrática» (Ídem, 82 y 100) pues ello sugiere una participación y una dirección popular que no existió y disimula la decisiva presencia de la oligarquía en la gestión y en la conducción. En verdad el 90 tuvo un carácter combinado: fue un movimiento oligárquico, pero reivindicó la consigna democrática del sufragio para apuntalar a los productores nacionales. El afán por negar esto conduce a ingenuos juegos verbales como el siguiente, que desde luego no logran tapar la realidad: «Del Valle como Alem e Hipólito Irigoyen son la expresión de la pequeña burguesía urbana» (Sommi, prólogo a Del Valle). La pequeña burguesía urbana estuvo siempre particularmente mediatizada por la burguesía comercial porteña y su ídolo era Mitre. «Hasta último momento la pequeña burguesía porteña no fue yrigoyenista; las revoluciones radicales encontraban amplio apoyo en la campaña bonaerense, pero nunca en la Capital. Triunfante el yrigoyenismo, la pequeña burguesía porteña siempre tendió a votarlo menos que otros estratos sociales. La campaña —sobre todo la campaña de «la provincia» como llamaba Yrigoyen a Buenos Aires— fue en cambio el origen de los primeros planteos de resistencia al capital imperialista, sobre todo entre los poderosos estancieros, mucho más que en la entonces raquítica pequeña burguesía rural. Atribuirle a ésta la paternidad social de la política defensivamente nacional de del Valle-Alem es un caso típico de obnubilación, resultante del intento de mantener intacto el arbitrario esquema según el cual los estancieros fueron en todo momento meros títeres del imperialismo. Aferrado a ese esquema, el mismo autor escribe: «Carlos Casares y el doctor Luis Sáenz Peña asumen el gobierno de la Provincia de Buenos Aires. El nuevo gobernador, aunque es una expresión de la burguesía terrateniente ... designa al doctor Aristóbulo del Valle Ministro de Gobierno» (ídem, subr. nuestro). En realidad, Del Valle fue nombrado precisamente por ser un adecuado exponente político de la burguesía terrateniente en los momentos en que esta clase se enfrentaba parcialmente al capital financiero internacional.

### El Movimiento del 90 no Estuvo Dirigido Contra la Oligarquía

Es falso también afirmar que «el pueblo rodeó las tertulias» que originaron la Unión Cívica (ídem. 84), pues, como el mismo autor reconoce páginas más adelante, ese «pueblo» era «de manera particular la juventud pequeño burguesa y terrateniente» (ídem, 98). Y constituye una fantasía delirante aquella según la cual el 90 fue «el levantamiento del pueblo y de la clase obrera de Buenos Aires contra la oligarquía» (Puiggrós, el 90). Como dijo Aristóbulo del Valle, en el movimiento del 90 tomaron su dirección hombres de Estado, hombres de letras, comerciantes, hacendados, generales, coroneles, jefes y oficiales del Ejército de la República... Tal fue la revolución de julio. Eso no es un motín, eso no es

una asonada. La hizo la juventud de Buenos Aires, no esa pobre Juventud desheredada que vaga por nuestras calles vendiendo diarios, los humildes de la vida; no, no la hicieron los jóvenes sin posición social, o de espíritu inculto; no era ese el elemento de aquel movimiento; era la juventud de la Universidad de Buenos Aires. ¿Pero, era acaso un atentado contra el orden social? ¿Esa revolución venía a conmover las bases sociales sobre las cuales está asentada esta sociedad, y toda sociedad civilizada? ¿Había peligro de que si esa revolución triunfaba aquéllas quedaran comprometidas y los elementos conservadores del país fueran víctimas de un movimiento desesperado? Ah señor Presidente, aquella no era una conjunción catilinaría; allí no estaban los soldados empobrecidos y viciosos del ejército de las guerras civiles, allí no había libertos; estaba el pueblo de Buenos Aires, el pueblo de la República con sus más nobles representantes» (Sommi, el 90, 219).

En fin, no tiene asidero la afirmación de que en el frente único antijuarista se impuso «la hegemonía de la pequeña burguesía democrática» (ídem, 114). La fuerza real —dinero y armas— estaba en manos perfectamente oligárquicas, y por ello la jefatura del movimiento armado estuvo en manos de Campos, personaje del Banco Inmobiliario. Y es ingenuo afirmar que «no había ni una razón política ni de relación de fuerza» (Ídem, 129) para que Campos asumiera la conducción, porque obviamente la relación de fuerzas dentro del frente era favorable a quienes ponían los fondos y tenían poder social y económico, no a los orilleros de Alem.

Se ha dicho que el movimiento del 90 «trataba de suprimir el «régimen, desplazar a la oligarquía y crear un gobierno apoyado en la buena voluntad de la mayoría del pueblo» (ídem, 95). Otra versión similar dice que «en el 90 hubo un solo objetivo: derrocar la oligarquía» (Puiggrós, El 90). Que se trataba de suprimir al régimen juarista es innegable. Que se trataba de liquidar a la advenediza oligarquía gestora que sustentaba a Juárez resulta también evidente. Pero que se pretendiera desplazar a la oligarquía es fabulosamente ocurrente, a menos de suponer que los Anchorena, Zuberbühler, Martínez de Hoz, Pereyra Iraola, Campos, Alvear, Ayerza, Yrigoyen y tantos otros oligarcas habían decidido liquidar a su propia clase. En realidad, estos hombres apoyaban el programa de Alem sobre el sufragio universal, no para desplazar a la oligarquía, sino para fortalecerla, para darle una base de sustentación de masas y contrarrestar el peso del capital internacional y de sus comisionistas. En 1890, enfrentados a la crisis y a las estrictas exigencias imperialistas, los productores nacionales no tenían un gobierno de Alem, caudillo innegablemente popular pero que marchaba junto a ellos (las peonadas seguían fielmente a los estancieros, por otra parte).

Se ha dicho de Alem que «habla de la necesidad de una revolución social» o «llegó hasta anunciar la necesidad de una revolución social» (Sommi, el 90, 219). En realidad, Alem proclamó la conveniencia de «una revolución social que cambie las costumbres» para poder demostrar «nuestras virtudes republicanas». Que eliminar la corrupción en la época de Juárez Celman implicase una revolución en las costumbres políticas, o que Alem denominase a esto revolución social, pase; pero es poco decente tomar esta confusión al pie de la letra y teorizar en serio sobre la revolución social anunciada por Alem». Tan lejos estaba Leandro Alem de toda idea de revolución social que en ningún momento, en ninguno

de los varios planes que preparó para el alzamiento del 90, se le ocurrió repartir armas a las masas o solicitar su cooperación: al contrario, trató por todos los medios de restringir el movimiento a los militares y a un puñado de civiles (Ídem, 189).

Por otra parte, es abusivo decir del 90 que fue un movimiento «profundamente nacionalista» (Ídem, 219). Nacionalista sí, hasta cierto punto; pero no profundamente. En esto también el movimiento combinaba diversas contradicciones. Los productores nacionales aspiraban a una política de defensa de la economía nacional contra las más obvias exacciones imperialistas. Pero su nacionalismo era de un carácter puramente negativo, y resultaba orgánicamente incapaz no ya de realizar, sino de imaginar, una política básicamente distinta de aquella que el juarismo llevó hasta sus últimas consecuencias. Desde un comienzo el movimiento del 90 ganó adeptos en el Ejército. Es natural, ya que la intensa movilización de los productores nacionales, y posteriormente de la burguesía comercial, no podía dejar de hacerse sentir entre los oficiales, pertenecientes a esas clases ya fuese por origen familiar o por identificación psicológica. ¿Era acaso el «origen y la tradición muy honrosa del ejército» lo que le movía a pronunciarse contra Juárez? Esa tradición no era más honrosa que la de la oligarquía, la cual fomentó y sostuvo al roquijuarismo, y a su política proimperialista, hasta que ésta llegó a límites demasiado onerosos.

«La juventud militar —escribe Sommi— no podía estar ausente en un movimiento de resistencia a un gobierno que entregaba el patrimonio nacional al capital extranjero» (Ídem, 120). Sin embargo, la juventud en cuestión tampoco había estado ausente en el apoyo a ese gobierno mientras la oligarquía lo aceptó. Semejante idealización del Ejército procura desprender el sentimiento nacionalista de un sector militar de su ostensible contexto de clase. Sommi no se atrevería a escribir que «los estancieros no podían estar ausentes de un movimiento que resistía la entrega al extranjero»: pero lo escribe a propósito del Ejército, ocultando que, así como pese al estallido del 90 la política de la oligarquía ha sido generalmente no de resistencia sino de sumisión al imperialismo, la conducta del Ejército —de generales a cadetes— ha sido sostener esa política antinacional.

Del carácter oligárquico del movimiento se ha intentado deducir que tenía un carácter reaccionario. «El 90 fue un movimiento conceptualmente conservador —sin pueblo masa— provocado por las altas clases tradicionales porteñas contra el gobierno liberal, progresista, que representaba Juárez Celman. En términos actuales, cabría tildar aquel movimiento, sin exageración, de reaccionario o cavernícola (Juan Pablo Oliver, «La Revolución Conservadora del 90», en Esto Es, 1954). Proviene de un escritor nacionalista, estas líneas sorprenden por el absoluto desconocimiento del problema nacional y de la acción del capital imperialista.

Pues es indudable que el 90 fue un movimiento de las viejas clases dirigentes, y es cierto también que el de Juárez era un gobierno liberal. Pero se trataba, además, de un gobierno que remataba la soberanía nacional, hasta un punto intolerable incluso para esas clases dirigentes. El movimiento del 90, que logró en parte detener la completa entrega del país al capital financiero internacional, tuvo todas las limitaciones de la clase que lo

realizó, pero lejos de ser «reaccionario o cavernícola» fue progresivo en el sentido de que salvó un cierto margen de independencia nacional.

Apologistas póstumos del roqui-juarismo han pretendido establecer una igualdad entre la Unión Cívica de 1890 y la Unión Democrática de 1945 (Ramos, Revolución, 270). Ocurre, sin embargo, que la Unión Democrática del 45 fue organizada en torno al embajador norteamericano y se proponía acelerar el ingreso del país en la órbita imperial norteamericana, en tanto que el movimiento del 90 surgió de los productores nacionales para impedir que el país fuera íntegramente colonizado por el capital británico. Esta diferencia no es, sin duda, moco de pavo.

En procura de pruebas indirectas de que el movimiento del 90 fue reaccionario, los turiferarios retardados del roquismo afirman que Hipólito Yrigoyen «había participado muy lateralmente en la revolución del 90; se mantuvo deliberadamente en segundo plano» (Ídem, 276). La verdad es que el Gobierno Provisional que en caso de triunfo habría de surgir de la Revolución designó a Yrigoyen Jefe de Policía de la Capital, y ello a propuesta del General Campos, el oligarquizísimo jefe militar del movimiento (Sommi, El 90, 136); pensamos que colocar en segundo plano la función de la policía es una ofensa a tan benemérita institución.

He aquí un detalle a la vez curioso y sintomático: el régimen juarista es defendido, y el movimiento del 90 repudiado, a la vez por los comentaristas furiosamente nacionalistas y por los comentaristas furiosamente antinacionalistas. Nicolás Repetto, prototipo de estos últimos, se expresa así sobre el 90: «qué suerte que la revolución haya sido vencida... pues el régimen juarista era realmente un monumento de previsión, de progreso y de liberalismo» (Repetto, 328).

### El General Roca Derrota a La Revolución del 90, Elimina al Juarismo y Preserva lo Esencial del Statu Quo en Beneficio del Capital financiero internacional

Es un hecho comprobado que el general Roca fomentó el alzamiento, confiando aplastar de modo simultáneo al movimiento y al gobierno de Juárez —propósito que logró cumplidamente—. En vísperas del alzamiento, Roca se entrevistó con el general Campos, quien estaba detenido. Luego, la conducta de Campos durante el alzamiento, al cual condujo a un callejón sin salida con el evidente propósito de buscar un acuerdo, evidenció que entre él y Roca existía un entendimiento para lograr una «solución nacional» en torno a Mitre y a expensas del juarismo y del alemdismo (Noble e Ibarguren, Historia). Indudablemente Roca supo captar la corriente que tomaba cuerpo entre los productores nacionales, y dedujo la necesidad de acoplarse a ella en cierta medida para no ser dejado a un costado. Su recordada carta sobre la necesidad de no entregar todos los servicios públicos al capital extranjero indica un viraje en la conducta de Roca— y preciso es subrayar que se trataba de un viraje pues hasta pocos meses antes de esa carta Roca

afirmaba exactamente lo contrario y se solidarizaba por entero con Juárez Celman. El juarismo sintió el peligro y trató de anular a Roca, quién en cartas a Juárez expresaba que estaba en marcha una campaña sistemática contra él y que se le vigilaba su correspondencia (Rivero Astengo, 496-8). Desde luego Juárez Celman no dejó de advertir la indirecta participación de Roca en el movimiento que lo derrocó, y en ocasión de la revolución radical de 1905 comentó rencorosamente que «lo único que he lamentado es que el afortunado General Roca no haya sido arrestado en su mansión veraniega por sus cómplices del 90» (idem, 578). En fin, según el *Financial Times*, Roca deseaba la caída de Juárez y así lo hizo ver claramente» (febrero 24, 1891).

La fábula elaborada en los últimos tiempos sobre el antagonismo esencial y radical entre mitrismo y roquismo puede hacer dudar acerca de la posibilidad de que Roca haya buscado un acuerdo con Mitre, o viceversa. Pero por cierto que el tal antagonismo no era tan profundo ni mucho menos. Una carta de Mitre a Wilde, calificada por él mismo de «confidencial», expresaba que recordaba siempre «las muestras de espontánea simpatía con que el general Roca se ha servido acompañarme en mis desgracias domésticas, las que han obligado mi gratitud eterna, no borrados por ningún acto posterior (mayo 14, 1895, Archivo Wilde).

«Vencida la revolución armada —observó D'Amico— Roca y Pellegrini se pusieron al frente de otra revolución de palacio, y apoyándose en los vencidos, y azuzando las iras populares, consiguieron hacer el vacío alrededor de Juárez y le obligaron a renunciar» (D'Amico, 286). Así fue. De tal modo Roca salvó al roquismo. Y —lo que es tal vez más importante— salvó los intereses del capital financiero internacional, amenazados por el primer embate antiimperialista de la historia argentina. Quemado ya Juárez, el capital imperialista no vio con malos ojos su caída en beneficio de Roca-Pellegrini. «El cambio de gobierno fue indudablemente beneficioso —afirmó *The Economist*—, porque la banda de Celman estaba corrompida y podrida hasta la raíz» (febrero 21, 1891). Roca y Pellegrini llegaron en el momento oportuno para salvar los intereses generales del imperialismo en base a concesiones parciales a los productores nacionales, de cuyo programa nacional del 90 tomaron algunas consignas —como la anulación de la venta de las obras de salubridad, que se llevó a cabo indemnizando al imperialismo con una millonada de oro. De tal modo el gobierno Roca-Pellegrini, quienes derrocarran a Juárez Celman encaramados sobre el alzamiento del 90, implicó a la vez un triunfo del capital extranjero frente a los productores nacionales, y un reajuste general de las relaciones entre el capital imperialista y el país. En esencia, este reacomodamiento consistió en anular algunas de las concesiones más escandalosas del juarismo, a cambio de cuantiosas indemnizaciones y de nuevas concesiones a largo plazo.

El capital inglés consiguió: aumentar la deuda pública del Estado, que era de 115 millones de pesos oro en 1887, a 426 millones en 1893. Los títulos radicaban casi exclusivamente en Inglaterra. Los de la deuda externa por aceptación directa; los de la deuda interna obtenidos en pago de cauciones. Consiguió además la posesión de 4.046 kilómetros de vías férreas que habían sido construidas por el gobierno nacional o las provincias en las zonas más fértiles y valiosas del país. Además consiguió el capital inglés

la posesión de todas las cédulas hipotecarias a oro; la hipoteca de casi todas las tierras de pan llevar, cedidas en garantías de préstamos, y extensiones inconmensurables de tierra, adquiridas muchas veces a 20 centavos la hectárea. El capital ferroviario inglés pasó de 93 millones oro en 1887 a 478 millones en 1893. En poder del Estado quedaron las vías que cruzaban eriales. Era ministro de Pellegrini-Roca el doctor Vicente Fidel López, figura grata a Baring Brothers, y entre los personajes más influyentes estaba Ernesto Tornquist, íntimo amigo de Roca. «Depuestas las armas en el Parque, a lo cual había contribuido tan personalmente su primer acto es comunicarse con Londres y Berlín, para informar a los centros bancarios que representaba sobre la realidad del litigio. Su palabra tan autorizada desde tiempo atrás en el mundo financiero, fue necesaria para vencer la natural prevención que despertaron el disturbio de esta República de Sud América y las abundantes informaciones mal intencionadas que llegaban por medios noticiosos despreocupados, y que los amigos europeos del gobierno juarista propalaban con vengativa indignación... Se inician las gestiones para obtener una moratoria general en Europa, por medio de un empréstito de 10 años que se destinaría a pagar los servicios que se vencieran en dicho término. Tornquist pone su influencia personal ante los banqueros Rothschild y Morgan, y contribuye al éxito de las gestiones oficiales» (Tornquist, 43-44). En Londres, el gobierno argentino era representado por su enviado especial y agente financiero, el doctor Victorino de la Plaza, agente de la banca internacional y un verdadero amigo de Inglaterra. Años antes, cuando Roca lo nombró su ministro, la prensa inglesa había dicho de él: «El nombramiento del Dr. Plaza como uno de los nuevos ministros argentinos ha brindado gran satisfacción a todos los que aquí (en Londres) están conectados con la República, lamentándose tan sólo que no haya sido nombrado para el Ministerio de Hacienda... y si hubiera sido designado para este puesto en vez del Ministerio de Relaciones Exteriores el público estaría todavía más contento» (Archivo de la Plaza).

Los intereses británicos apoyaban calurosamente a Roca y a Mitre, su público aliado después del 90. «Otros hombres y otras políticas deben pasar al frente antes de que la pobre Argentina pueda tener una oportunidad de recuperarse de su presente enfermedad. La oportunidad puede llegar con Mitre como Presidente o con Roca como dictador.

Por mucho que Roca provoque la desconfianza y el disgusto de la masa del pueblo, todas las clases más inteligentes reconocen que en el supremo momento que se aproxima para la política y las finanzas él es el único hombre en todo el país que puede frenar a las fracciones políticas con mano de hierro — en una palabra, poner orden en su país» (*South American Journal*, julio 4, 1891). «Es lamentable que Roca y Mitre hayan retirado sus candidaturas», decía el *Financial News*, pues «sin ellos hay pocas esperanzas para la Argentina y para sus acreedores» (octubre 20, 1891).

Los Productores Nacionales Obtienen Algunas Concesiones. El Banco de la Nación es Fundado como Banco Estatal Pese a los Esfuerzos de Pellegrini para que lo Establezca el Capital Extranjero

Presionados por la corriente nacionalista imperante entre los productores nacionales, algunos tímidos pasos dieron Roca y Pellegrini tendientes a descargar sobre el imperialismo

parte de las pérdidas originadas por la crisis. «El último 22 de diciembre —se quejaba el Times— llamamos la atención sobre un pasaje del mensaje al Congreso enviado por el Presidente de la República Argentina que proponía una tasa de 2 % sobre los depósitos en los bancos extranjeros, con el objeto de dirigir los ahorros hacia las instituciones nativas» (enero 24. 1891). Y «esta discriminación impositiva, —agregaba The Economist— no sólo frena el ingreso de capital extranjero sino que ahuyenta al establecido» (enero 24. 1891). Pero las cosas no pasaron a mayores. «Los anunciados impuestos sobre los bancos privados y el capital extranjero invertido en el país —podía anunciar poco después el Times— serán suprimidos. Se cree que ya no serán aplicados, y la noticia de que su defensor, el doctor López, ha renunciado al cargo de Ministro de Hacienda, hace suponer que esa creencia tiene fundamentos» (marzo 9, 1891). (Recuérdese que el Dr. López era el hombre a quien Aristóbulo del Valle proponía como Ministro de Hacienda en caso de triunfar el levantamiento contra Juárez. Su incorporación como ministro del equipo Roca-Pellegrini fue una concesión de éstos a los productores nacionales, y su alejamiento del gabinete simbolizaba el paulatino fortalecimiento del roquismo y del capital financiero internacional).

El Banco de la Nación fue un intento más duradero, que permitió satisfacer a los productores nacionales, dotándolos de una fuente de crédito en cierto sentido similar al viejo Banco de la Provincia, el cual en la época juarista había desviado todo su crédito hacia la especulación en beneficio de la suboligarquía gestora. En atención a los mitos recientemente acuñados sobre el «nacionalismo provinciano» de Roca y Pellegrini, vale la pena señalar que el Banco de la Nación benefició, ante todo y por sobre todo, a la oligarquía porteña. Ernesto Tornquist —vinculado al capital imperialista como agente financiero, y al interior provinciano como productor de azúcar— manifestaba en 1894 que «es urgente dar otra organización al Banco de la Nación Argentina... En la ciudad de Buenos Aires está concentrado todo el capital líquido de la República, mientras que el resto del país, principalmente las provincias, carecen de los elementos monetarios mas indispensables para fomentar el trabajo en sus diversas formas. Esta tendencia, cada día mes acentuada a la centralización económica que se observa entre nosotros, debe llamar muy seriamente la atención de los poderes públicos a fin de que dentro de la esfera de acción de que los Estados disponen traten de contrarrestarla, no sólo para fomentar el progreso general del país, sino también para asegurar la verdadera autonomía política de las provincias que no se conquistará hasta que estas dispongan de efectiva independencia económica. Llega a tal extremo esta absorción económico-política de la capital sobre el resto del país, que en las provincias se carece del personal necesario para las funciones esenciales del Gobierno; porque todo hombre medianamente preparado por su fortuna o por su intelectualidad para descollar en un escenario más elevado, se traslada inmediatamente a la capital y se establece en ella» (Tornquist, 59).

En un país semicolonial como la Argentina era inevitable que todos los engranajes de la economía girasen en beneficio final de la Metrópoli, y por eso es cierto, en última instancia, que la creación del Banco de la Nación «aprovechaba sobre todo a quienes se convertían en dueños del país» (Palacio, II, 126). En efecto, la política del Banco de la Nación tendió a, y logró, perpetuar la estructura agropecuaria y dependiente. Pero es innegable también que constituyó un triunfo parcial para los productoras nacionales, y

para la Nación, el hecho de que el banco fuese una institución estatal —aunque de un Estado semicolonial— y no quedase directamente controlado por el capital internacional, como los ferrocarriles, por ejemplo.

Es sintomático y revelador acerca del «nacionalismo» de Pellegrini y Roca que sólo se haya arribado a ese resultado pese a ellos, en virtud de que el capital imperialista se negó a suministrar un solo centavo para el Banco. ¡Pues de lo contrario también el Banco de la Nación hubiera sido una empresa extranjera! He aquí el testimonio de Pellegrini: «Los grandes Bancos habían caído; la República entera no tenía dónde acudir para obtener un solo peso sobre su crédito para las necesidades de su comercio y de su industria; faltaba a la República ese órgano indispensable para su desarrollo económico; era necesario crear un Banco; existía el deber de crear un Banco. Se buscó el capital por todas las formas posibles, ofreciendo todos los halagos que podía solicitar; se llegó hasta declarar que si el capital extranjero venía a fundar Bancos se le darían los privilegios que pidiera. En aquellos momentos, señor Presidente, tristes y oscuros, todo fue inútil» (Pellegrini, 129).

De la estrecha vinculación de Pellegrini con los círculos imperialistas poca duda cabe. Según una revista francesa, «Cahen D'Anvers —banquero francés— es responsable de haber introducido en Francia todos los empréstitos argentinos en complicidad con el Presidente de la República, señor Carlos Pellegrini, a quien ahora se quiere hacer pasar por un modelo de integridad financiera, cuando ha sido el corredor y colaborador de todos los enjuagues argentinos» (La Defensa del Pueblo, enero 9, 1891.)

## Roca y Pellegrini Gobiernan Como Estadistas del Capital internacional

La conducta de Roca-Pellegrini al frente del gobierno que sucedió al de Juárez Colman suministra un material óptimo para apreciar la dimensión «nacional» de su política. Roca —dicen sus novísimos apologistas— «representaba un nacionalismo posible, una forma de adaptación a la situación general del país y del mundo» (Ramos, Revolución, 255). Podemos aceptar esta caracterización siempre y cuando agreguemos que era un «nacionalismo posible» sin lesionar los intereses del capital imperialista y sin hacer nada de lo necesario para posibilitar un real nacionalismo; es decir, algo así como el liberalismo de los esclavistas sureños, que era el mayor liberalismo posible sin suprimir la esclavitud. Un nacionalismo «posible» era el de un Aristóbulo del Valle o un Terry, quienes, basados en los productores nacionales, reconociendo la necesidad de elaborar una asociación con el capital imperialista, procuraban encuadrar a este dentro de ciertos límites mediante un sistema de controles y contrapesos. Pero Roca y Pellegrini, en el momento crítico posterior a la crisis del 90, encarnan la política contraria: ofrecer toda clase de concesiones al imperialismo y aceptar sus imposiciones. ¿Que Pellegrini era un estadista muy lúcido y «no se le ocultó que la razón fundamental de la crisis que castigaba al país era su excesiva dependencia del crédito extranjero»? (Ídem, 234).

Sin duda. Pero el remedio que buscó, consistió precisamente en incrementar esa dependencia. Como ya lo hemos visto, el Banco de la Nación nació como Banco puramente estatal, no en virtud de su deseo de emancipar al país del capital imperialista, según dicen sus más baratos apologistas, sino en razón de que el capital internacional le negó ayuda, como lo declaró el propio Pellegrini. En la persona de Carlos Pellegrini se estrellan los mitos elaborados por los historiadores y sociólogos que intentan dotar de un pasado plebeyo y nacionalista a la burguesía industrial argentina. Uno de los mitos dice que existió un neto antagonismo económico y social entre terratenientes e industriales. Pero Carlos Pellegrini fue a la vez defensor de la industria local, originador de la Unión Industrial Argentina, político de la burguesía terrateniente y fundador del Jockey Club, tradicional centro político-social de la oligarquía. Otro mito pretende que la demanda de una política aduanera proteccionista expresaba el nacionalismo y el antiimperialismo de los industriales criollos. Pero Carlos Pellegrini, estadista de confianza del capital financiero internacional, es proteccionista y reclama mayores tarifas aduaneras tanto como mayores inversiones imperialistas. En un intento por salvar los mitos a expensas de la verdad, algún historiador ha pretendido que Carlos Pellegrini sólo fue proteccionista en el momento en que supuestamente se habría alejado del capital imperialista (Puiggrós, Partidos, 108). Pero basta recorrer la obra de Pellegrini como político, como estadista y como periodista, para advertir que siempre fue, a la vez y sin contradicción alguna, proteccionista y hombre del capital internacional con intereses en la Argentina (1).

Se ha dicho que Roca es, «con toda precisión», nada menos que «el genuino jefe de la burguesía revolucionaria argentina» (Ramos, 297). Puede, desde luego, ponerse en tela de juicio la estabilidad mental de quien eso ha escrito; pero no de sus dotes humorísticos. Pues descubrir que entre 1880 y 1902 existía en la Argentina una «burguesía revolucionaria», y hallar además que su jefe era el general Roca, es una ocurrencia insustituible para obligar a la risa a cualquiera que conozca lo que eran Roca y la sociedad argentina de su época. De Roca sabemos ya bastante. Invariable candidato de la bolsa de Londres para la presidencia de La Nación Argentina, no lo era a título de líder nacional revolucionario (2). En cuanto a la burguesía revolucionaria argentina», ¿dónde habitaba? ¿a qué se dedicaba? ¿cuál era la revolución que impulsaba? y ¿qué la calificaba como revolucionaria? Existían en la Argentina una burguesía terrateniente, y una burguesía comercial muy poderosa; existían también una burguesía rural, cada vez más rica pero de menor peso social que los terratenientes, y una burguesía industrial apenas nacida y unida a los terratenientes por un fuerte cordón umbilical. Estas clases —sobre todo los terratenientes y la burguesía rural— exhibían arrostros tendientes a detener la progresiva colonización del país por el capital financiero internacional. Pero de ninguna de ellas puede decirse que era «revolucionaria» en sentido alguno.

Hoy sabemos que hacia 1890 estaba ya dada la necesidad de una revolución que contuviera la enajenación de la economía nacional al capital imperialista y que liquidara el monopolio terrateniente de la tierra. Junto con la democratización del sistema político, éstas eran tareas burguesas y también revolucionarias. Sin embargo, ninguna clase o grupo social del país, burgués u otro, aspiraba a tales soluciones. ¿Dónde estaba, pues, preguntamos otra vez la «burguesía revolucionaria argentina», y en qué consistía su

«revolución»? Erróneamente, pero con cierta verosimilitud, podría afirmarse que «burguesía revolucionaria» eran aquellos sectores burgueses que aspiraban al sufragio universal. Pero Roca se oponía a esta conquista. De modo que cerca de la fulgurante tesis según la cual Roca era «jefe de la burguesía revolucionaria argentina» puede con toda certeza decirse que es cuestión de fe.

Puede creerse que entre 1880 y 1905 había una burguesía revolucionaria argentina, como puede creerse en la Santísima Trinidad. Demostrar su existencia ya es otro cantar.

(1) Al iniciarse el presente siglo, el diario de Carlos Pellegrini, decía: «Lo elemental es no hostilizar al capital extranjero. Venga este de dónde venga el hecho es que quiere incorporarse como un factor poderoso en el progreso nacional, y nuestro deber es tratarle como a un aliado, no como un enemigo. Por mucho tiempo necesitaremos del concurso de los financistas de Europa y no será ciertamente con leyes y ordenanzas agresivas que conseguiremos su concurso» (El País, julio 16, 1900).

(2) En 1887 los banqueros ingleses con intereses en la Argentina ofrecieron una demostración en Londres al General Roca. Woodbine Parish, que ofreció la demostración, dijo entonces: «Dios quiera que el actual Presidente doctor Juárez Celman cumpla su misión y siga en el mismo camino de paz e industria y que su gobierno, como depositario de la confianza de todos, continúe prestando su apoyo a las empresas extranjeras y a los capitales que han puesto su fe en su administración. El general Roca, agradeciendo su homenaje, dijo: «Soy tal vez el primer ex presidente de la América del Sur que haya sido objeto en Londres, este vasto y clásico centro de la libertad, de una demostración semejante por su número tan escogido de caballeros. Qué mejor testimonio puedo presentar en este acto de la consideración en que está la República Argentina y sus hombres públicos, ante los gremios de las altas finanzas y comercio europeos ... He abrigado siempre una gran simpatía hacia Inglaterra. La República Argentina, que será algún día una gran nación, no olvidará jamás que el estado de progreso y prosperidad en que se encuentra en estos momentos se deben en gran parte al capital inglés (Rivero Astengo, 437-7).

## La Revolución del 90 y el Mito de la Oligarquía invariablemente «Entregada» a Gran Bretaña

Según un viejo estereotipo, los estancieros bonaerenses —columna vertebral de la oligarquía argentina constituyen una clase que invariablemente actuó en la historia argentina como mero agente de la metrópoli británica, oponiéndose en todo momento a cualquier paso tendiente a obtener un mayor margen de independencia económica para la nación.

Las víctimas de ese estereotipo han interpretado el movimiento del 90 desde posiciones simétricamente opuestas, pero idénticamente erróneas. Para unos, puesto que el movimiento agitó reivindicaciones nacionales de defensa contra el imperialismo, y también democráticas, el 90 habría sido una insurrección popular atribuida a una mística e

inexistente «pequeña burguesía democrática», o a una burguesía revolucionaria que resulta todavía más gaseosa.

Estos historiadores silencian o diluyen la participación hegemónica de la oligarquía. Para otros, puesto que el verdadero protagonista fue la oligarquía, el del 90 no puede clasificarse como movimiento nacional, y lo consideran reaccionario y cavernícola, silenciando sus evidentes planteos nacionales y democráticos. La verdad es que el del 90 fue un movimiento oligárquico y también fue un movimiento de defensa nacional frente al imperialismo. Defensa puramente negativa, que intentaba poner un límite a las concesiones en beneficio del capital internacional, pero incapaz de formular política alguna apta para impulsar el desarrollo nacional sin caer en dependencia ante el ascendente imperialismo británico.

## EL DILEMA DE CIVILIZACIÓN O BARBARIE

### El Pensamiento de Sarmiento y Alberdi Contra la Política Oligárquica

Cuando la crisis del 90 termina con el gobierno de Juárez Celman, la República Argentina estaba ya claramente estructurada como una nación capitalista semi-colonial, bien integrada, o mejor dicho, superlativamente integrada en el mercado mundial. Mucho se había andado respecto a la situación existente al caer Rosas. Mucha más población (cosa debida principalmente al flujo inmigratorio), ferrocarriles, telégrafos, obras sanitarias, puertos, tranvías, educación primaria, agricultura, etc. El gaucho había entrado a la inmortalidad literaria con Sarmiento y Hernández, pero su reino ya no era de este mundo. No quedaba ni uno en toda la Pampa. De los caudillos de poncho y lanza quedaba igualmente sólo el recuerdo. Sumando todos estos datos los historiadores, los maestrescuelas y los gacetilleros enseñan desde aquel entonces que entre 1863 y 1890 la Argentina había pasado de la barbarie a la civilización. Y señalan además que la transformación se había hecho cumpliendo el programa y llenando las aspiraciones de Sarmiento y Alberdi<sup>1</sup>.

En esa tradición escolar que se viene repitiendo generación tras generación lo único cierto es que, efectivamente, fueron Sarmiento y Alberdi los más lúcidos y consecuentes teóricos de la necesidad de transformar el país respecto a lo que era en 1853. Pero es enteramente falso decir que la transformación producida respondía al programa de Sarmiento y Alberdi, y todavía más falso es callar —como lo hace la tradición escolar y académica— que al contemplar la supuesta realización de su ideario Alberdi y Sarmiento repudiaron sin mezquinar la voz esa realidad cuya tutoría intelectual se les atribuye y comenzaron a revisar sus programas. Las fuerzas motrices de la historia argentina no se conocerán en oportunidad si no se estudia cuidadosamente ese proceso de revisión que emprenden Alberdi y Sarmiento, porque nada hay más iluminador sobre la naturaleza de las clases dominantes argentinas —y nada hay más condenatorio de las mismas en el plano teórico—

que el desencuentro cada vez más acusado entre ellas y los dos hombres que dedicaron su vida a elaborar un programa de desarrollo nacional que suponía la existencia de clases dominantes, pero —ahí está la raíz última del desencuentro— de clases dominantes menos bárbaras que las padecidas por nuestro desgraciado país.

Son bastantes conocidas las diferencias que separaron a Sarmiento y Alberdi, y la apreciable cantidad de animadversión que cada uno dispensaba al otro. Hasta sus últimos días Sarmiento calumniaba a Alberdi acusándolo de vendido al dinero de Francisco Solano López, de Paraguay. En su famosa polémica de Chile Sarmiento llegó a acusar a Alberdi desde afeminado y cobarde hasta abogado mercenario. Y por su parte Alberdi tuvo cosas parejas para su adversario, a cuyas actividades de fondo apuntó con envidiable puntería. Las características personales de ambos eran casi simétricamente opuestas: Alberdi : físico endeble, pura lucidez conceptual, incapacidad para la militancia política. Sarmiento ante todo un artista y un constructor, desbordante de fuerza vital, relativamente débil para el pensamiento puro y sistemático, aunque tremendamente fuerte y con frecuencia lúcido en la captación intuitiva de los problemas. Está claro que, como decía Lugones, decididamente Alberdi y Sarmiento habían nacido para no entenderse. Después de Caseros militan en campos opuestos, Sarmiento en un frente único con la oligarquía porteña, Alberdi en el bando de la Confederación. Después Sarmiento apoya la guerra del Paraguay, Alberdi la denuncia con voz que todavía resuena. Desde 1851 nunca los dos hombres estuvieron de acuerdo en las cuestiones del día. Sin embargo, los dos mueren divorciados de la oligarquía argentina, escribiendo cosas infaliblemente certeras contra ella, defraudados en sus esperanzas de construir una gran nación que pudiera equipararse a los Estados Unidos. Desde luego esto es reverendamente silenciado por la burguesía que gusta presentarse como la realización pimpante del programa nacional de Sarmiento y Alberdi. Y de otro lado los sectores oligárquicos y sus voceros pequeño- burgueses que, al entrar en decadencia ante el imperialismo empiezan a soñar con un retorno al pasado idílico —con mazorca y todo— de don Juan Manuel y a renegar del destino que tuvo el país después de Caseros, tomando al pie de la letra la calumnia de la historia tradicional y afirmando a pie juntillas que el país se rigió después de Caseros como habían programado Sarmiento y Alberdi. Por eso el país está dominado por el imperialismo, sin haber logrado cristalizar en una gran nación. De tal modo, rompiendo lanzas contra las ideas de Sarmiento y Alberdi, los revisionistas lavan de culpa y cargo a la oligarquía argentina cuyas taras de clase se oculta tomando de chivos emisarios a los dos únicos pensadores responsables que ha tenido el país.

### Sarmiento se Espanta del Olor —a Bosta— de la Oligarquía

Hay en Sarmiento una genésica urgencia por el desarrollo material —económico— de la Argentina, como base indispensable para construir una fuerte nación autónoma.



Sólo deficientes mentales bien amamantados pueden creer que un desierto sembrado con vacas puede ser base material suficiente para la independencia nacional en la segunda mitad del siglo XIX (La Argentina tenía menos de medio habitante por kilómetro cuadrado). Esto lo veía Sarmiento, y veía bien. Por eso quería transformar el país, porque los de América Latina eran países «que están obligados a transformarse para dejar de ser colonias hispanoamericanas». (XL, 162.) Y apunta asaz claramente el sentido de esa transformación el hecho de que Sarmiento proclamara que tenía tentación de fundar un partido republicano, inspirado en el partido republicano yanqui, el partido de la burguesía industrial norteamericana (XL, 189). Y su discurso de Chivilcoy confirma ese programa: «Heme aquí, pues, en Chivilcoy, La Pampa, como puede ser tratada toda ella en diez años; he aquí al gaucho argentino de ayer, con casa en que vivir, con un pedazo de tierra para hacerle producir alimentos para su familia; ... si el éxito corona mis esfuerzos, Chivilcoy tendrá una inmensa parte en ello, por haber sido el pionner que ensayó con el mejor espíritu la nueva ley de tierra y ha estado demostrando por más de diez años que la Pampa no está, como se pretende, condenada a dar exclusivamente pasto a los animales, sino que en pocos años, aquí como en todo el territorio argentino, ha de ser luego asiento de pueblos libres, trabajadores y felices. Digo, pues, a los pueblos todos de la República, que Chivilcoy es el programa del Presidente don Domingo Faustino Sarmiento. De hoy en más el Congreso será el curador de los intereses del pueblo; el Presidente, el caudillo de los gauchos transformados en pacíficos vecinos» (XXI, 260-67). «Tenemos tierra para dar hogar a los que nada poseen; mejoraremos las condiciones sociales de la gran mayoría y entraremos en la realidad de la república por la educación y el bienestar, a fin de que los hereditariamente desvalidos empiecen a mirar al gobierno y la patria como suyos» (Sarmiento Anecdótico, 245). Todavía en 1883 su programa seguía siendo el mismo que tuvo la ilusión de realizar cuando fue Presidente, cuando escribía que «mi plan de política tenderá a mejorar las condiciones sociales de la gran mayoría por la educación y por la mejor distribución de la tierra» (Cartas a Posse, I, 188). Recordemos estos dos puntos: educación y reforma agraria. En 1870 Sarmiento le escribía a su amigo Posse: «Desde el Fraile Muerto o desde las Tortugas cerca de Rosario y desde la frontera norte de Santa Fe, la Pampa ha sido acometida y surcada, habiendo dado este año pingues cosechas que alientan y enorgullecen. ... puedo asegurar que la revolución que nos hará norteamericanos, que destronará al estanciero que hace nacer el gaucho y la montonera no sólo será próxima sino realizada. Aquí en este pedazo de la Pampa hasta Córdoba, va a constituirse una nueva sociedad, una nueva nación, dejando a los muertos allá, que entierren a sus muertos» (Cartas a Posse, I, 283.) En realidad los muertos enterraron al país, a Sarmiento y a su soñada revolución que nos haría norteamericanos en el sentido, claro está, de ser una nación autónoma y moderna. Pero, atención a la preocupación de Sarmiento: destronar al estanciero que hace nacer el gaucho. En el mismo lugar, renglones más abajo, Sarmiento se exaspera contra Buenos Aires, «provincia de estancieros satisfechos de la seguridad de sus ganados, de extranjeros indiferentes a todo lo que no sea estrujar al país» (idem, 284). La educación era una palanca de Arquímedes en la transformación que proponía Sarmiento para el país. Tal vez atribuía a la educación poderes que por sí sola no tenía, como bien se la hizo notar Alberdi, aunque su programa de impulsión agro-industrial sugiriera otra cosa. Tampoco está demás recordar que la «instrucción general obligatoria» era consigna levantada por los

revolucionarios rusos en la revolución de 1905 (Trotsky, La Revolución Permanente, 100).

Y él se proponía aplicarla con criterio revolucionario. «Educación, nada más que educación; pero no meando a poquitos como quisieran, sino acometiendo la empresa de un golpe, y poniendo medios en proporción del mal. En una nota que envío a Mitre le sugiero la modesta idea de 3 millones de duros consagrados a la educación del año. Se me va a caer de espaldas» (a Posse, I, 153.)

Nada de la ansiada revolución que nos hará norteamericanos pudo ver Sarmiento, ni la vería si viviese hoy día. Por eso en 1886, ante la manifestación que acudió a su casa para festejar sus 75 años, dijo que: «Allí (en Caseros) terminaron los tiempos heroicos de nuestra patria. Lo que sigue es vuestra propia historia, compuesta de muchas esperanzas realizadas, algunas aspiraciones sobrepasadas por el éxito y no pocas decepciones y desencantos: con cientos de millones de pesos sobre nuestra conciencia, nuestro honor y nuestras bolsas; con altos salarios pagados para servirnos mal, a guardianes que no nos guardan sino que se guardan ellos. Podéis creerme si os digo que este es el peor pedazo de vida que he atravesado en tan largos tiempos y lugares tan varios, mas triste con la degeneración de las ideas de libertad y patria en que nos criamos entonces» (El Censor, febrero 16, 1886). Tales palabras las hubiera, por cierto, suscripto Alberdi. Había fracasado la soñada transformación porque los estancieros satisfechos y los extranjeros, que sólo pensaban en estrujar al país, seguían gobernando la nación, y cada vez con más seguridad. Sarmiento podía importar las ideas norteamericanas. Hasta cierto punto podía importar el sistema escolar yanqui. Pero no podía importar la estructura social que engendraba esas ideas y con ellas la grandeza norteamericana. Era el infortunio de Sarmiento y Alberdi que actuaban con un programa que sólo podía llevar a una feliz realización una clase social inexistente en la Argentina: la burguesía industrial.

Sarmiento no puede dejar de advertir que las clases dominantes argentinas, incluso la civilizada oligarquía porteña, eran una traba insuperable para sus proyectos de transformación del país. Y sin alcanzar nunca plena conciencia de este problema, ni sistematizar sus impresiones, dejó constancia de su animadversión con claridad suficiente. Ya conocemos su campaña contra Roca y Juárez Celman. Pero no sólo en ella se pronuncia Sarmiento contra la oligarquía criolla. Hay muchas otras páginas que no pueden dejarse en el desván. Todos los caudillos llevan mi marca, dijo Sarmiento. La oligarquía también. No olvidemos aquella concisa respuesta que le dio a un estanciero porteño que se oponía a la educación común en nombre de la muy aristocrática sociedad porteña: «Sí, aristocracia con olor a bosta de vacas» (Sarmiento Anecdótico, 810). «Toda su respetabilidad la debe a la procreación espontánea de los toros alzados de sus estancias», le advirtió a otro estanciero, y la definición vale para toda la clase (idem, 411). «...yo estoy hace tiempo divorciado con las oligarquías, las aristocracias, la gente decente a cuyo número y corporación tengo el honor de pertenecer, salvo que no tengo estancia» (Carta, al Presidente Avellaneda). El parasitismo de la oligarquía vacuna siempre mereció la burla de Sarmiento. Ya conocemos su artículo sobre «Carnes frías y estancieros calientes». Insistiendo en el tema, recordaba que «En el país de las vacas es preciso echarle agua a la leche para proveer de la necesaria

a una ciudad de 200 mil habitantes» (XL, 275). La democracia oligárquica, con que se llenaba la boca el mitrismo, era según Sarmiento, apenas «la democracia como lo entiende la oligarquía más pura que conoce a la raza blanca española en la América del Sur» (a García, 98).

«Te mando un opusculito sobre educación —escribe Sarmiento a Posse— en cuya confección he tenido parte comparando datos y mirando cómo avanza cual marea la barbarie del pueblo al mismo tiempo que más ufana se muestra la oligarquía docta a que tenemos el honor de pertenecer. Es uno de los hechos más notables que vengo persiguiendo y estudiando en Chile y aquí en Argentina, el desdén, el odio secreto de las gentes cultas a la educación general. Nunca he logrado interesar de corazón a nadie por más que a veces haya sido de buen tono político prestar atención» (II, 368).

No exagera Carlos Astrada afirmando que «no ha habido ni hay, dentro de la dinámica social e histórica argentina, nada más impotente e inerme que nuestra clase oligárquica, que no demostró nunca estar animada de energía creadora, de impulso constructivo, que carece de iniciativa operante y de verdadero espíritu de empresa» (El mito gaucho, 90). Rodeado como estaba por la oligarquía, Sarmiento tuvo sentido bastante para advertirlo así. ... «Aquí lo de que no hay leche en el país de las vacas... «Nuestra colonia argentina en París —escribió en 1883— es notable por la belleza de las damas y señoritas que la forman, llamando mucho la atención de los parisienses la distinción de su raza. Distingúense los varones por la elegancia de los modales que llevan de América, su afecto a la ópera, en cuyos escenarios encuentran a los mismos héroes y primas donnas que aplaudieron en el Colón un año antes, lo que les da el derecho, tan caro a los parisienses boulevarderos, de penetrar tras de bastidores al boudoir de tal o cual artista, antiguamente conocida en Buenos Aires. Los dandys argentinos toman así posesión de París. Lo que más distingue a nuestra colonia en París son los cientos de millones de francos que representa, llevándole a la Francia no sólo el alimento de sus teatros, grandes hoteles, joyerías y modistos, sino verdaderos capitales que emigran, adultos y barbados, a establecerse y a enriquecer a Francia. En este punto aventajan las colonias americanas en París a las colonias francesas en Buenos Aires. Estas vienen a hacer su magot, mientras que las nuestras llevan millones allá» (El Nacional, mayo 30, 1883).

El latifundio, columna vertebral de la oligarquía terrateniente, era uno de los odios predilectos de Sarmiento. (Ya vimos sus ataques a la política prolatifundista de Roca). Mas antes Sarmiento escribía: «el error fatal de la colonización española en América del Sur, la llaga profunda que ha condenado a las generaciones actuales a la inmovilidad y el atraso viene de la manera de distribuir las tierras (Estados Unidos, 51).

De rebote el sordo antagonismo de Sarmiento contra la oligarquía lo llevó a reconsiderar su actitud despreciativa hacia las masas populares criollas, manifestada en aquellas frases lamentables por el estilo de «no ahorre sangre de gauchos». En 1870 su amigo Posse le escribía: «Mi querido Sarmiento. No son los gauchos ignorantes y brutos los inventores de los crímenes políticos, son los doctores, los decentes con su impaciente ambición de llevar por delante, sin pararse en medios, todo lo que se pone de estorbo. Se

ha hallado cómodo echarle la culpa al pobre gaucho, que no habla, de las grandes barbaridades de nuestro país, y la verdad es que los crímenes odiosos, como sistema y como medio de partido, los han inventado siempre malvados sapientísimos» (a Posse, I, 295). Sarmiento tuvo que llegar a coincidir con esto, rompiendo su clisé sobre civilización y barbarie. «El partido liberal de Santa Fe inspirados por demagogos ha estado ha punto de hacerse mutilar; pero queda bajo el rencor de la plebe gaucha, a quien provocan con el desprecio de casta. Esto se repite en San Juan y donde quiera que el liberalismo y decencia sean sinónimos de gente docta blanca propietaria. El paisano es pícaro matador montonero etc., pero ignorante y pobre. Los otros tienen la tierra y el colegio—el paisano su destitución y su facón» (a Posse, I, 295).

Su enfoque del problema educacional revela meridianamente que Sarmiento inclina sus esperanzas hacia las masas populares, no hacia la oligarquía. De allí su énfasis en la instrucción general, elemental, para el pueblo, y su despreocupación y subestima por la educación académica y universitaria al servicio de la oligarquía. «La educación más arriba de la instrucción primaria la desprecio como medio de civilización. Es la educación primaria la que civiliza y desenvuelve la moral de los pueblos. Todos los pueblos han tenido siempre doctores y sabios, sin ser civilizados por eso» (Sud América, 112). Después de su muerte la Universidad canonizó a Sarmiento, para matar lo que de él quedaba vivo y podía perjudicar a la oligarquía, pero en vida la Universidad de la oligarquía jamás consideró oportuno darle a Sarmiento un título doctoral, ni siquiera de doctor honoris causa. Ni siquiera consideró el pedido de Sarmiento de que se le otorgara el título de doctor, formulado en 1863 en nota al rector de la Universidad de Buenos Aires (La Prensa, enero 1, 1928). «¿Doctor?... ¡Más doctor será usted”...» La edad media nos ha legado una fatal institución, el doctorado; y, vergüenza da decirlo, subsiste en la Argentina como un pasaporte, un privilegio y un título sin el cual no hay admisión en las regiones de la ciencia oficial” (Ídem).

## Sarmiento Comprende la Trampa de Endeudarse al Extranjero

Pero el desencuentro de Sarmiento con la oligarquía se extiende hasta un tema cada vez más decisivo para el país a partir de Caseros, como lo es la relación con el extranjero, y esencialmente con las metrópolis imperialistas. Mientras la oligarquía tiende cada vez más a acoplarse al capital, a los gerentes y a las ideas y modas extranjeras, Sarmiento tiende cada vez más a la defensa de lo nacional y a cuadrarse ante los desplantes imperialistas. Y cuando los sectores productores de la oligarquía y del capitalismo rural entran en relativo conflicto con el capital financiero internacional apoderado del Estado argentino vía Juárez Celman, es Sarmiento el primero y más brillante expositor del descontento de esos sectores, como hemos visto en su campaña contra el roquijuarismo. Estos son hechos que los apologistas oligárquicos de don Domingo Faustino ocultan o atribuyen piadosamente a reblandecimiento senil, y que los baratos detractores ocultan con mayor

celo todavía porque contradice su mito del Sarmiento beatamente extranjerizante y antinacional.

«Nuestro deber es reaccionar contra este espíritu de invasión sobre nuestra sociedad, y unir los elementos que la constituyen. No hagamos del título de extranjero un privilegio, si queremos formar una nación» (Condición del Extranjero, 4.4) ... «si tantas y tan poderosas consideraciones no bastan para desalmar la susceptibilidad de aquellos gobiernos, entonces, con el mayor respeto tendremos que hacerles presente, que estos pueblos también tienen la impertinencia de ser susceptibles, como si ellos se compusieran también de seres humanos, y que incapaces de enriquecerse, de fundar gobiernos estables y de prosperar, la única pasión que los reúne a todos y les da ser, es la susceptibilidad de raza, de nación; que Buenos Aires es hoy el mismo de 1800, el mismo de 1838, 1845, irreflexivo para medir las consecuencias de las resistencias a las susceptibilidades sin derecho, contra las legítimas susceptibilidades del país; que ha probado por actos auténticos que desea que los señores Klappembach y Mac Kinlay vivan en Buenos Aires tan seguros, tranquilos y felices como en Suiza o en Inglaterra, pero que nunca consentirá, y hará muy bien en ello, que insulten las leyes del país a fuer de ingleses o de suizos...» (idem, 67). «Estamos en plena corriente de inmigración y es la empresa del día evitar que degeneren en peligro para la integridad y soberanía nacional» (XXXV, 284). Ese era el programa de Sarmiento en 1882. ¡Cuidado! advierte Sarmiento, cuidado con «el espíritu de extranjerismo que se va radicando de tal manera que mañana tendremos que decir cuando se nos pregunte: ¿quién es usted? «Con perdón de usted, argentino» (XXXVI, 168). Y «Roca hace y hará todo lo que quiera, que para eso tiene una República sin ciudadanos, corrompida en estos últimos tiempos por la gran masa de inmigración, sin otro propósito que buscar dinero por todos los caminos, con preferencia los peores en el sentido de la honradez. ¡Qué chasco nos hemos dado con la inmigración extranjera! Estos gringos que hemos hecho venir son aliados naturales de todos los gobiernos ladrones por la buena comisión que cobran ayudándolos en las empresas rapaces» (a Pose, II, 566). «Con todas nuestras inferioridades, yo estoy por la idea de aquel que prefería la luna creciente por símbolo, a la luna llena. La Francia fue la luna llena ya... Tengamos fe en nuestros destinos. La América del Sur viene en pos» (a García, 63),

Esta es la reservada actitud de Sarmiento ante todas las maravillas del capitalismo europeo en sus últimos años, cualquiera haya sido su primitivo y no muy duradero deslumbramiento con la civilización imperialista.

Ya vimos al estudiar la campaña de Sarmiento contra el roquijuarismo cómo percibía el tremendo peligro de la política de empréstito sobre empréstito. Ya antes había escrito: «Somos muy pocos habitantes para abarcar tanta tierra como la que tenemos para el trabajo y la riqueza. La del país no se hará sino con el esfuerzo de los extranjeros. No queremos sus ahorros convertidos en empréstitos que muchas veces no podemos pagar. Queremos sus brazos, sus músculos, su inteligencia, sus iniciativas» (Rivero Astengo, 98.) Era una correcta política nacional burguesa para desarrollar el país sin entregarlo al imperialismo. Pero desde luego nadie hizo caso. En sus últimos días bien podía escribir Sarmiento: «Estoy ensordecido por el fragor de las instituciones que se derrumban. Juárez no será más que el instrumento de las fuerzas ciegas que están transformando la República.

¡Ya no puedo gritar! Estoy ronco después de 60 años de prédica estéril» (Astengo, 395). El mismo apuntaba cuáles eran esas fuerzas ciegas cuando reconocía que «es imposible mi rol en el mundo financiero que nos domina. Mi palabra es la voz en el desierto» (a Posse, II, 516). El capital financiero internacional era en efecto crecientemente poderoso dentro del país. La política del imperialismo estaba en marcha, y no era más que la exacerbación de uno de los aspectos de la tradicional política de la potencia capitalista más fuerte del siglo XIX ante los países atrasados, aspecto muy bien advertido por Sarmiento en 1841: «La política europea que en América no tiene principio fundamental, si no interés material, y no más que especulación mercantil, es saltona, versátil, e inconsecuente en todas sus operaciones. Le es indiferente la monarquía o la república unitaria o federal, el despotismo o la libertad; y por eso un mismo gabinete manifiesta simpatía en favor de unos gobiernos y antipatías por otros, cualquiera que sea su principio fundamental.

Es amiga del gobierno liberal si le conviene, y del despotismo al mismo tiempo si le hace cuenta, ... los mezquinos gobiernos de América o los mandatarios interesados en conservar un puesto del que los arroja la opinión pública, no hallando en su alrededor apoyos nacionales, simpatías populares y fuerza moral, las mendigan en los agentes consulares, en la opinión de los extraños, y para sostenerse no sólo sacrifican el principio político, sino también el interés material americano. He aquí el pacto que hacen: yo te entregaré, dice el gobierno, el principio económico y tú ayúdame a sofocar el político. Pactada y firmada esta convención, fácil es decir las consecuencias dañinas que fluyen contra la América y la organización de sus gobiernos». Y de allí sacaba Sarmiento una conclusión que debe haberle vuelto a la mente en sus últimos días, ante la realidad del juarismo: «...los americanos preferimos volver a la vida salvaje, vestirnos de pieles y plumas, errar en los bosques y renunciar a los beneficios de semejante civilización, si ella habría de traernos la pérdida de la independencia, las cadenas de un déspota y las barbaries de sus atrocidades» (Martínez Estrada, 149-50).

A la oligarquía porteña, a la cual sirvió durante mucho tiempo en su lucha contra el país, Sarmiento la tenía bastante bien fichada, y su complicidad con ella no pudo cerrarle los ojos a la evidencia de que con esa clase se podía hacer cualquier cosa menos una gran nación independiente según el modelo yanqui. «Es exagerado decir que Buenos Aires sea ni haya sido el baluarte de la libertad. Fue la cuna de la anarquía hasta 1820: fue el centro de la más innoble y brutal tiranía que hayan fomentado y tolerado pueblos modernos, desde 1831 hasta 1851, y diez años más tarde no era todavía un Estado digno de ser considerado como un gobierno constituido» (XL, 262).

Sarmiento se manifiesta «desencantado de todo, de Buenos Aires como del Paraná, cada uno quisiera tenerme de su lado para maldecir al otro, siendo yo en todo ello el pato de la boda, por tener la desgracia de ver un poco más claro. No hablemos de Buenos Aires. Nada hay que esperar de él, precisamente porque todo lo tiene, sino es inteligencia y previsión. ¿Qué podéis esperar de un pueblo que sin gobierno, sin prensa útil, sin administración, sin ejército, casi, emprende a la vez la construcción de un muelle, un camino de hierro, un alumbrado de gas, una aduana; varios templos, diez leguas de empedrado, 1500 edificios particulares, y que dobla las entradas de aduana, tiene 12 millones de

depósitos de particulares en el banco recibe 3 mil inmigrantes por mes que ganan 12 reales plata diarios, y los trabajos se suspenden por falta de brazos? ¿Qué vais a decirle de provincias, nación, Urquiza, y puterías, quienes tienen a la Ida, y a la Biscachianti en la Opera luchando con dobles entradas, a la compañía española y a la hispanoamericana en el drama, y a más de dos clubes una filarmónica, y exhibiciones de la Sociedad de Beneficencia, y comisión de los enfermos del Hospital a donde concurren por millares las señoras a derramar lágrimas de contento y de entusiasmo? ¿Qué contarle de miserias a un pueblo que amenazado por los indios que se arrebatan cien mil cabezas de ganado de un golpe, y deja que un complot de agiotistas compre 200 mil onzas de oro, las sustraiga del mercado y las haga subir de 335 a 367 en 15 días y bajar a 350 de ayer a hoy? ¿Vais a hablarle a este pueblo de Urquiza, el Congreso y todas esas majaderías? Estoy bien, me saludan, me agasajan, se complacen de que venga a habitar en este país. Si les digo que son unos malvados me hallan razón y me ofrecen un habano. En seguida se habla de la Biscachianti, de Pórtela, del precio de las onzas (carta a Posse, I, 61).

Que la oligarquía porteña distaba mucho de encarnar la civilización contra la barbarie del resto del país, Sarmiento lo advirtió, con tardanza tal vez, pero lo advirtió, a expensas de la oligarquía. Por eso se complace de que la traducción al inglés de *Civilización y Barbarie* prescindiera de este título, «porque no siempre se puede por los hechos saber de que lado está la barbarie» (XLVI, 208). Y ahí está el veredicto terminante: «Diréselo a usted al oído a fe de provinciano agricultor, el pueblo de Buenos Aires, con todas sus ventajas, es el más bárbaro que existe en América. Pastorea rudos, a la manera de los kalmukos no han tomado aun posesión de la tierra» (V. 290).

Y todos estos desencuentros de Sarmiento con la oligarquía porteña son más trascendentes todavía por la circunstancia bien conocida de que Sarmiento colaboró políticamente con ella contra el resto del país y hasta fue su apologista. En cierto sentido el lema mentiroso de civilización o barbarie tendía a representar a la oligarquía porteña, queriendo o no, como abanderada de la civilización, y esto era diáfano y falso, más todavía que presentar como barbarie a las actividades campesinas que constituían la mayor riqueza nacional. (Y agreguemos de paso que el estribillo de civilización y barbarie no lo inventó Sarmiento; flotaba en el ambiente de la inteligencia antirrosista, y ya en 1838 J. M. Gutiérrez le decía en carta a Alberdi que la cuestión entre Rosas y Francia no era «sino un detalle de la vieja contienda de la civilización y de la barbarie» (Póstumos, 13. 644).

Los peores momentos de Sarmiento son estos en que se transforma en aliado de la oligarquía porteña, en desahogado denigrador —y aplastador llegada la ocasión— de las grandes masas que estorbaban la marcha oligárquica hacia la acumulación capitalista y el acuerdo con la Bolsa de Londres. Pero por eso precisamente es tan incomparablemente valiosa aquella manifestación suya que resume toda su experiencia: «en los hechos no se sabe bien dónde está la barbarie y dónde la civilización».

## El Dilema del Gauchaje Bárbaro y los Hacendados más Bárbaros aún

Cuando Sarmiento se pone en porteño regurgitante de desprecio por el gauchaje resulta, por momentos, irreconocible. Así, en cartas públicas enviadas en 1858 para combatir a la Confederación, se refiere a Artigas como «el salvaje animal que enchalecaba hombres» y se exaspera contra Urquiza porque después de Caseros «se presentó en la calle triunfal ante el pueblo culto, ante las damas elegantes, con el sombrero al ojo y el rebenque en la mano, y el recado cribado de pinturas grotescas... El General Urquiza había traído de Entre Ríos sus mozas viejas y mozas, su manada, y a las madres de familia de la orgullosa Buenos Aires les impone en el Club del Progreso, en las recepciones de Palermo, el deber de acatar y prodigar respetos delante de sus hijas, a este desenfreno de inmoralidad y de barbarie. Esas matronas ultrajadas de Buenos Aires son las que encendieron el odio contra el padrillo inmundo, contra el gaucho insolente» (Cartas de Sarmiento a Salvador M. del Carril). Tiempo después, cuando las madres de familia de la orgullosa Buenos Aires empezaron a ponerle piedritas y montañas en su campaña por la educación común, y cuando Urquiza se transformó en principalísimo punto de apoyo de su presidencia contra las embestidas furiosas de los civilización mitrista, Sarmiento tuvo por fuerza que hacer el replanteo de estas barbaridades consignadas en tinta. Pero antes de que viera más claro, tuvo demasiado tiempo de escribir y perpetrar otros despropósitos que, por cierto, sólo aprovecharon a la oligarquía porteña. En 1853 por ejemplo había escrito, con motivo de la sublevación de Lagos: ¡Las campañas! Y después de 20 años, todavía intacta, sin modificación alguna, un día, al grito del primer venido, la tierra pastora se levanta, a hacer una razzia sobre la ciudad, ocupada en establecer sus derechos y defenderse... Buenos Aires es y será todo. Ella será el depositario fiel de la civilización y de la libertad; pero las provincias son poderosas para el mal; ellas encierran todos los elementos disolventes» (La Nación, mayo 15, 1911).

Y sus comentarios sobre la guerra del Paraguay, llenas de desprecio para el pueblo paraguayo. «Si aún quedan simpatías por López es preciso creer que hay aberraciones inexplicables en el espíritu humano... La guerra está concluida, aunque aquel bruto tiene aún 20 piezas de artillería y 2000 perros que habrán de morir bajo las patas de nuestros caballos. Ni a compasión mueve aquel pueblo rebaño de lobos» (Páginas, 118. a García, 50).

Todo eso era falso de pe a pa, y contradecía los intereses del desarrollo nacional en la misma medida en que beneficiaba a la oligarquía porteña. Sin embargo, hay que recordar que la inquina de Sarmiento contra las grandes masas del Interior y la campaña no proviene de que éstas dificultan el monopolio de la aduana por Buenos Aires —esto era lo que le dolía a la oligarquía— sino de que el atraso de esas masas desde el punto de vista de la estructuración de una nación al estilo yanqui, dificultaba la transformación nacional que Sarmiento anhelaba. La mayor falsedad de la posición de Sarmiento no estaba en plantear que era preciso revolucionar el modo de existencia de esas masas y barrer a los recalitrantes aferrados al pasado; la falsedad fundamental estaba en confiar en que una vez vencida la

resistencia de las masas era la oligarquía porteña la llamada a construir la gran nación. No era falso en sí mismo combatir lo que había de barbarie en la mayoría del país. Lo terrible fue suponer que la oligarquía porteña representaba la civilización. Por otra parte el error era inevitable, porque no había en el país ninguna fuerza social que representara realmente la civilización, es decir, el desarrollo nacional autónomo. Alberdi apostó a la carta de la Confederación, y en cuanto a resultados prácticos erró tanto como Sarmiento con su apoyo a la oligarquía porteña, porque ya hemos visto que en las cuestiones esenciales referentes al desarrollo nacional Buenos Aires y la Confederación coincidían.

¿Era justo exterminar al gauchaje? ¿Y en nombre de qué? Para construir una nación moderna e independiente era necesario transformar al gaucho —y en general a las grandes masas de la población criolla— y eliminarla si se mostrara incapaz de transformarse en el grado y sentido existido por la civilización capitalista. (Y en igual medida había que transformar, dicho sea de paso, a la inmigración italiana y española que en gran parte traía la herencia de las sociedades precapitalistas de cuya disolución y podredumbre huían). Desde luego, no había absolutamente nada en la «raza» criolla que le impidiera alcanzar un destino similar a la «raza» anglosajona establecida en Estados Unidos, pero había que cambiar la estructura social en que se desenvolvía —y es sintomática la insistencia de Sarmiento en la educación y la reforma agraria— y, correlativamente, modificar formas y normas de vida heredadas de la colonia. Pero esto solo podría tener la virtud de alumbrar a una gran nación en caso de existir una clase revolucionaria capaz de presidir esa metamorfosis de la sociedad. Esa clase, la burguesía industrial, no existía entre nosotros, ni remotamente. Por eso el exterminio del gauchaje no sirvió para crear una gran nación; aprovechó a la oligarquía y desde luego a sus socios extranjeros.

Tremendo era el error de Sarmiento y trágicas sus consecuencias cuando aconseja no economizar sangre de gauchos y aprueba la eliminación del Chacho facilitando que la oligarquía porteña se adueñara del país y lo negociara con el capital imperialista. Pero de allí no puede deducirse nada en contra de la elemental lógica histórica con que defendía la expansión mundial del capitalismo que, con métodos bárbaros a veces, arrastraba al régimen del mercado mundial a todos los pueblos recalcitrantes.

«Porque es preciso que seamos justos con los españoles; al exterminar a un pueblo salvaje cuyo territorio iban a ocupar, hacían simplemente lo que todos los pueblos civilizados hacen con los salvajes, que la colonia efectúa deliberada o indeliberadamente con los indígenas: absorbe, destruye, extermina. Si este procedimiento terrible de la razón, es, como la guerra misma, como la conquista, uno de los medios de que la providencia ha armado a las diversas razas humanas, y entre éstas a las más poderosas y adelantadas, para sustituirse en lugar de aquellas por su debilidad orgánica o su atraso en la carrera de la civilización no pueden alcanzar los grandes destinos del hombre en la tierra.

Puede ser muy injusto exterminar salvajes, sofocar civilizaciones nacientes, conquistar pueblos que están en posesión de un terreno privilegiado; pero gracias a estas injusticias América en lugar de permanecer abandonada a los salvajes, incapaces de progreso,

está hoy poblada por la raza caucásica, la más perfecta, la más inteligente, la más progresiva de las que pueblan la tierra...

Así, pues, la población del mundo está sujeta a revoluciones que reconocen leyes inmutables» (Comentario a la obra de Lastarria). Sarmiento se muestra aquí insospechadamente hegeliano y éste era el criterio por el cual pedía exterminar al gauchaje cuando lo creía inadaptable a la civilización, la cual era indispensable incorporar pronto al país si no queríamos ser suplantados en la posesión de la tierra argentina. Ahora bien, en la concreta situación argentina, la oligarquía sólo era conductora de civilización con grado mínimo y su predominio se sustentaba en la conservación de todos los basamentos del atraso y la barbarie nacional. Y además Sarmiento —hasta sus últimos años al menos— solo percibía un momento de la dialéctica histórica, aquel en que los pueblos civilizados cumplan la función progresiva de incorporar a la civilización a los países bárbaros como los denominaba el Manifiesto Comunista, aunque contra la voluntad y contra la sangre de estos. No veía Sarmiento que con el tiempo esa situación cambiaba y los países civilizadores se transformaban en parásitos que cerraban el paso a los que querían civilizarse, de modo que ante el juicio de la historia los civilizadores de ayer se transformaban en bárbaros y los bárbaros en los más esforzados campeones de la civilización. Esa fase imperialista es precisamente este momento histórico del desarrollo capitalista y en él fue apresado nuestro país. El antigauchismo relativo de Sarmiento sólo fue aprovechado por la oligarquía, por eso —no por razones sentimentales— es tan chocante. Pero ello no autoriza a negar el correcto énfasis en la necesidad de hacer todo lo necesario para incorporar al país a la civilización capitalista.

Por supuesto, aun cuando la liquidación del gauchaje hubiera abonado el nacimiento de una grande y moderna nación industrial según el modelo yanqui, habría quienes mantendrían el culto romántico del gaucho, esa orgullosa y libre criatura que según Sarmiento no estaba acostumbrada a soportar nada encima de su cabeza, excepto el sombrero (2). A estos hay que responderles con las palabras de Marx: el modo de producción capitalista «crea, por primera vez, al mismo tiempo que la alienación general del individuo frente a sí mismo y a los otros, la universalidad y la totalidad de esas relaciones y de esas facultades. En etapas anteriores del desarrollo, el individuo aislado aparece más rico, justamente porque todavía no ha desprendido la plenitud de sus relaciones sociales para ponerlas enfrente de él como potencias y relaciones sociales independientes».

Es tan ridículo tener nostalgias de esta plenitud primitiva como creer que es preciso detenerse en su total anulación. La visión burguesa no se ha elevado jamás por encima de la oposición a esta visión romántica y por eso esta la acompañará hasta el fin como una contrapartida legítima» (Revue D'Historie..., 182).

«Seamos francos —decía Sarmiento— no obstante que esta invasión universal de Europa sobre nosotros nos sea perjudicial y ruinoso, es útil a la humanidad, a la civilización y al comercio. Los pueblos ganan en ello; y el globo todo se enriquece y se puebla de naciones cultas merced a estas injusticias momentáneas. Los únicos que pierden somos nosotros, los pueblos de la raza española, que cercados por todas partes por la industria

europaea y estrechados por los focos de riqueza y civilización que se levantan a nuestro lado, permaneceremos siempre anonadados por nuestra propia inferioridad y nuestra impotencia... Es un hecho notable que se manifiesta a nuestra vista continuo, ascendiente y que sin embargo apenas llama la atención en América: el que la industria europea y la empresa europea nos dominan, nos cercan y nos explotan diariamente sin que nosotros tengamos parte en el movimiento, sin que participemos si no es de algunos desperdicios y migajas de su banquete. Si han de navegarse los ríos, los extranjeros son los primeros que vienen a descubrirnos que tenemos ríos navegables: si han de establecerse dos miserables vapores, los extranjeros son los primeros que saben cómo se obtiene un privilegio y se compran dos buquecitos para ganar millares de pesos. No hay una sola empresa, ni una sola industria de mediano valor que no esté en manos de los extraños, y no vemos la razón por qué a la larga y extendiéndose progresivamente esta situación de hecho, no sólo la industria sino la propiedad territorial venga a caer toda en manos de los extranjeros. No vemos por qué a la vuelta de algunos siglos no hayan descendido nuestros nietos a formar la masa ignorante e Impotente de la población sustituyéndose a los que hoy ocupan la cumbre de la sociedad con elementos mas hábiles más activos y más industriosos que cada día se introducen. No es nuestro ánimo suscitar aversiones estúpidas y brutales contra el elemento extranjero que se interne en nuestra sociedad. De él depende a nuestro juicio la civilización y la riqueza del país; de él nos viene el progreso del comercio y de la industria. Deploramos solamente una fatalidad que pesa sobre nosotros; nos quejamos de dolencias que están en la médula de nuestros huesos, que son crónicas, hereditarias y cuyo remedio no se nos alcanza» (Font Ezcurra, Universidad, 55).

Esta era la problemática que enfrentaban todos los países atrasados hacia la mitad del siglo XIX, cuando la expansión de la burguesía europea derrumbaba las murallas chinas e incorporaba a la civilización los países bárbaros —según las palabras del Manifiesto Comunista. Inútil era pretender conservar la independencia encerrándose en el aislamiento, que las mercaderías y los buques de guerra ingleses abolían inexorablemente; inútil y además antihistórico. Había que aceptar la invasión europea — «abramos de par en par las puertas. ¡Que Europa nos penetre por todos lados!» —decía Alberdi— como única forma de crear las condiciones reales para una posterior afirmación de la independencia nacional sobre un nuevo plano. La historia no ofrecía otros caminos. Sólo que requería para cumplir la segunda fase la existencia de clases nacionales y revolucionarias interesadas en el desarrollo autónomo de la nación, y tales clases no existían en la Argentina. Por eso fracasó el programa de Sarmiento. Es estúpido criticar su programa —también de Alberdi— de inmigración y abrir las puertas a Europa. Lo que hay que señalar es que al país le faltó una clase dirigente capaz de construir una gran nación en base a los elementos aportados por la europeización.

### Sobre la industria y la Posesión Territorial

No es de extrañar que Sarmiento, rompiendo con la opinión general de la oligarquía porteña, principalmente de su rama comercial mitrista, y con sus propias convicciones librecambistas, advierta y proclame la necesidad de sacar al país del monocultivo agrícola-

ganadero y desarrollar la industria. Allá en Facundo había escrito que «los españoles no somos ni navegantes ni industriosos, y Europa nos proveerá por largos siglos de sus artefactos en cambio de nuestras materias primas; y ella y nosotros ganaremos en el cambio» (290). Y todavía en 1854 afirmaba que «No soy de los que creen que puedan instalarse industrias fabriles entre nosotros» (Carta a Posse, I, 38). Sin embargo, ya en 1864 Sarmiento se dirige al presidente de la Sociedad Rural Argentina y le encarece la diversificación de la economía nacional desarrollando la agricultura y la industria porque «El ganado y sus productos como industria exclusiva y única del país, tiene el inconveniente de que su precio no lo regulamos nosotros, por falta de consumidores sobre el terreno, sino que nos lo imponen los mercados extranjeros, según su demanda» (XXIX, 152). Y después Sarmiento ya no olvidaría la necesidad de desarrollar una industria nacional. Siendo presidente, asiste complacido a la inauguración de una fábrica textil, y en la Exposición de Córdoba concurre vistiendo un traje de manufactura nacional. En 1886 señala que «la industria mecánica y manufacturera está todavía en las primeras luchas. Esta es la razón tal vez por la que en este mercado de lanas no tenemos todavía una fábrica textil, siendo enorme el consumo de paños y teniendo, salvo la maquinaria, todos los elementos del ramo en el país. Van a Inglaterra millones de arrobas de lana recargadas con fletes enormes por la condición en que se exportan y esa materia prima, de vuelta de aquellas lejanas fábricas, las pagamos a precios tan subidos que aumentan considerablemente nuestra cuenta de importaciones en la balanza de comercio» (El Censor, enero 9, 1886). Y no se dijera que la industria fabril era «artificial» porque necesitaba de protección, pues entonces el país no debería dedicarse más que a la ganadería, única actividad «natural».

«... La agricultura misma ha necesitado para desarrollarse y tomar el incremento que hoy tiene, de leyes protectoras y de colonización, ha necesitado italianos y franceses, irlandeses a miles por año... La ganadería es nuestra verdadera y única industria nacional, fundada sobre bases coloniales y desarrollada por la parte principal de la masa argentina. Todo lo demás es importado despues de 1860" (idem).

Por otra parte, hay en Sarmiento una conciencia bastante clara de la necesidad de tomar desde muy pronto recaudos físicos contra las posibles derivaciones coloniales de la europeización. Y esto con un criterio continental que lo hace doblemente correcto. La famosa actitud de Sarmiento en 1840, cuando defiende contra Rosas el derecho chileno a ocupar el Estrecho de Magallanes brota precisamente de su preocupación por impedir la colonización europea de esa región. Así surge netamente de los artículos de Sarmiento, que un rosista con cataratas publicó para desprestigiar a Sarmiento presentándolo como un descastado antiargentino, cuando en realidad sólo prueban que tenía una iluminada conciencia de los peligros que enfrentaba América latina.

Pero hay cosas que sólo pueden comprenderse utilizando un poco de inteligencia, y por tanto están fuera del alcance de los historiadores rosistas, que en insuficiencia mental casi logran alcanzar a los mitristas ortodoxos. En la época de Rosas la Argentina, que todavía no había logrado solucionar el problema del indio en la provincia de Buenos Aires, no estaba en condiciones de colonizar la Patagonia. Había para ello candidatos europeos, Inglaterra ante todo, y un candidato latinoamericano, que era Chile. Entre una

Patagonia inglesa o chilena había que optar sin vacilación por esta última alternativa, y así lo hizo Sarmiento.

«Lo repetiremos basta la saciedad, aquel punto (el Estrecho de Magallanes) está destinado a tener un gran papel en el comercio del mundo... ¿Se cree por ventura que intereses tan grandes han de quedar librados a merced de la naturaleza? La previsión europea que anda a caza de tierras para formar colonias, y que se anticipa en un siglo a la ocupación de aquellos puntos del globo que ofrecen la más leve importancia comercial, ¿se descuidará en aprovecharse de lo que nuestra incuria deja abandonado a la nulidad y el desamparo? Pero veamos lo que sucede en estos momentos. Inglaterra se estaciona en las Malvinas para ventilar después el derecho que para ello tenga. En cambio no faltará cada uno que transcurre en el Mensaje del gobierno de Buenos Aires, el párrafo obligado: El gobierno continúa sus reclamos, y espera de la justicia del gabinete británico que serán atendidos. Mañana se hará otro tanto en nuestras islas del Sur, en nuestro territorio del continente despoblado y en el Estrecho de Magallanes... Supongamos un momento que una nación europea, Inglaterra, que no ve una isla que no la llame su colonia al momento, supongamos una colonia extranjera en el Estrecho, con el poder de desenvolvimiento que tiene toda otra raza que no sea la nuestra, con los millares de enemigos que pueden reunirse en un día en derredor del pabellón inglés, con su marina, con sus industrias y su actividad, ¿qué viene a ser el comercio de Chile, la prosperidad de Chile, la importancia de su posición?; un recuerdo, un humo vano... El gobierno de Chile con los poderosos elementos que le presta su posición, su tranquilidad interior, y la riqueza del país, ¿no se ocupará un momento en probar y hacer un esfuerzo para asegurarse un porvenir colosal, y salvarse de la anonadación a que pueda reducirlo la anticipación de otra nación más calculadora, que le arrebatase de las manos los elementos de prosperidad que no ha sabido o no ha querido utilizar? ¿Quedan dudas después de todo lo que hemos dicho sobre la posibilidad de hacer segura la navegación del Estrecho y de establecer allí poblaciones chilenas? Pero ¿qué se hará para aclararlas o desvanecerlas? ¿Permanecer en la inacción meses y meses? ¿Dar por sentado lo que la tradición, el hábito o la falta de datos establece como cierto? ¿Abandonarse a discusiones estériles, porque carecen de bases sólidas y a la opinión de este o de aquel? ¿Aguardar que de las islas Malvinas venga un inglés y levante una cabaña en el Estrecho y nos diga, ya la Inglaterra está en posesión?» (Font Ezcurra, Unidad, 39).

Después de la organización nacional, cuando el país estaba efectivamente en condiciones de ejercer su influencia en la Patagonia, Sarmiento defendió intransigentemente este derecho contra Chile. Pero en la época de Rosas, cuando el dilema real era entre el derecho abstracto argentino y la posibilidad real chilena o inglesa, su actitud revela la correcta preocupación de que el sur de América Latina fuera colonizado o malvinizado por Europa, con las previsibles consecuencias para la independencia de Argentina y Chile.

En general, nunca aparece más pobre el pensamiento y la actuación públicos de Sarmiento que en el decenio 1852-1862 en que —sin identificarse plenamente con el mitrismo, que es la perfecta expresión de la oligarquía porteña— actúa estrechamente junto a ella, contra el resto del país alineado tras la Confederación. De entonces datan sus mayores desbocamientos, desde «no ahorre sangre de gauchos» hasta la aprobación del

asesinato del Chacho. Entonces Sarmiento olvida su campaña contra el monopolio aduanero porteño, que él había sindicado como la esencia del poder de Rosas (Carta al general Paz de diciembre 1845 en Papeles del Archivo). Entonces Sarmiento pretende justificar el golpe porteño de setiembre del 52 porque «todos los capitalistas de Buenos Aires, todos los ciudadanos notables, todos los hombres de Estado habían promovido o sostenido el acto» (Cartas a del Carril) olvidando que entre esos hombres de Estado se hallaban los mazorqueros Torres y Anchorena, sus enemigos de toda la vida. Y en su furiosa campaña contra Urquiza y los viejos caudillos federales que lo apoyaban, y contra Alberdi que defendía esa coalición como la fuerza más representativa de la nación, se olvidaba Sarmiento de que él mismo había opinado lo mismo que Alberdi (Carta a Paz en Papeles del Archivo). Este decenio en que Sarmiento y la oligarquía porteña marchan relativamente juntos, le suministró a Sarmiento capital para llegar a ser Presidente y a sus detractores profesionales de la escuela rosista el 99% de las citas y acusaciones contra Sarmiento. En realidad, es evidente que en 1852 ninguna de las dos fuerzas que se disputan el comando del país eran capaces de sustentar el programa de creación de una gran nación y Sarmiento prefirió apostar a la que tenía mayores posibilidades de triunfo y podía brindarle mayores probabilidades de pesar en la vida política. Alberdi eligió el campo contrario y terminó en el ostracismo. Pero mientras las ideas que Alberdi elabora y desarrolla en ese decenio son de lo más valioso que ha producido el pensamiento argentino, casi todo lo que Sarmiento escribe o dice para el público es una deplorable exaltación de la causa de la oligarquía porteña. Pero precisamente esta alianza con el mitrismo es lo que centuplica el valor de sus permanentes denuncias contra la oligarquía argentina y sus socias provinciales cuando al llegar a la presidencia de la república —y desde entonces, hasta su muerte— comprende cada vez más que con las clases dominantes argentinas no se puede ir a ninguna parte.

## La Mutilación de Sarmiento por los Panegiristas

Muerto, Sarmiento ha sufrido una persecución increíblemente mas completa y eficaz que la que sufrió por orden de Rosas. Periódicamente se tiran bombas de alquitrán contra sus estatuas, o paquetes de sucio papel impreso, maloliente a sacristía, contra su memoria. Pero no es esto lo que más lo afecta. El peor ataque contra Sarmiento está en sus estatuas y en el culto oficial de su memoria, en el significado que las clases dirigentes argentinas han querido imprimirles. Porque es casi inevitable que quienes se rebelan contra la oligarquía argentina y sólo conocen de Sarmiento (y Alberdi) la historieta que sobre ellos cuenta la oligarquía, empiecen por odiarlos como a otros tantos políticos oligárquicos. Sin embargo, el pensamiento revolucionario argentino tiene que arrancar a Sarmiento y Alberdi de las garras de la museografía oligárquica, demostrando que estas grandes figuras nacionales murieron denunciando y poniendo en la picota a la oligarquía argentina, incapaz de conducir a su país al gran destino nacional que ellos habían soñado.

Hay que demostrar cómo «esos dos hombres, que representaban el más alto grado de conciencia de lo argentino habido entre nosotros, tuvieron el coraje más difícil: el de reconocer el fracaso casi total de su propia obra y la existencia de una

dictadura social más honda e inacabable que la de Rosas, sin sentirse descorazonados por ello, sino al contrario, siguieron confiando a pies juntillas en el porvenir de estos países y batallando, por conseguir su logro, más porfiadamente que nunca» (Luis Franco).

Jamás vio Sarmiento con más claridad las fuerzas que estrangulaban al país que durante su campaña contra la familia Roca-Juárez. Ocurrió sin embargo que esos eran los últimos días en la vida del formidable combatiente y entonces los escritores asalariados por Roca fueron rápidos en el diagnóstico insultante. Sarmiento combatía a la oligarquía porque se hallaba «en los extravíos de una ancianidad agresiva» (Sud América, enero 8, 1886). Esto no era mucho, porque se dijo en medio de una durísima polémica y quedó perdido en la prensa de la época. Lo malo es que después Leopoldo Lugones, su primer y mayor biógrafo oficial, silencia en su ensayo esa postrera campaña de Sarmiento; y luego Ricardo Rojas, el máximo cultor de la erudición, el floripondio y la somnolencia entre nosotros, biógrafo patentado y aclamado por la cátedra oficial, no sólo vuelve a pasar por alto la más hazañosa salida del campeador sino que reivindicó los insultos que la prensa de Roca le endilgara. Y dice así el Censor, esa última hoja de Sarmiento, que arrojó una luz de mediodía sobre los más grandes problemas de la Argentina, ya comenzada a manejar por la Bolsa de Londres, fue «periódico de una propaganda negativa, injusta a veces y de injurias personales» (El profeta, 574). «Sarmiento después de 1880 no supo envejecer» (idem, 671) dice el profesoral profesor, y que «no tenía razón» Sarmiento en combatir al roquismo puesto que con Roca «la República encaminábase por sendas de paz, trabajo, progreso, inmigración y educación popular, es decir, todo el antiguo programa de Sarmiento» (Ídem, 669). Lo único que faltaba del programa de Sarmiento era un país donde no gobernarán las vacas ni los banqueros londinenses, y bajo Roca como después de Roca, la paz, el trabajo, la inmigración y la educación no eran más que alfombra para la democracia de vacas y banqueros, y por eso Sarmiento se volvía tan descomedidamente contra Roca. Ni decir que si el doctor Rojas hubiera dado muestras de entender esto no habría sido en 1945 candidato senatorial del embajador norteamericano... ni el gobierno Aramburu-Rojas hubiera apesadumbrado con su nombre a infinidad de escuelas, museos y otros lugares inofensivos.

Pero no sólo se silencian las denuncias de Sarmiento contra la oligarquía. Además, se lo pinta como un protopolítico oligárquico al lado de... Mitre, aunque un poquito más abajo... Lugones, en su biografía de Sarmiento, insiste continuamente en poner juntos a Mitre y Sarmiento. Claro, Lugones era escriba de La Nación, y así se explica que llegase a dejar escapar que Mitre era un «guerrero de vocación superior» comparable al General Paz (Sarmiento, 207) y que la guerra del Paraguay fue una de «esas guerras que immortalizan sin mancha» (idem, 253). Siguiendo esta escuela, el pintoresco Enrique de Gandía prologa unas Obras Selectas de Sarmiento y mientras proclama que «Las infamias que se han dicho sobre Sarmiento merecerían la cárcel para sus autores», el mismo supera todas las denigraciones sosteniendo que la política de Sarmiento era exactamente igual que la política de Mitre (Estudio preliminar, XXV). «Las figuras señeras coinciden» dice otro apóstol del lugar común oligárquico y por eso no hubo diferencias de fondo entre Sarmiento y Mitre, porque ambos estaban de acuerdo en la inmigración y en los ferrocarriles... (José Barreiro en La Nación, junio 19, 1956). Que jamás Mitre haya alzado la voz contra la

oligarquía argentina limitándose siempre a ejecutar su política, que Sarmiento plantease una política nacional opuesta a la política anglófila de Mitre, hecha a medida de la burguesía porteña, aunque ambas se desenvolvesen sobre la base inevitable de la inmigración y los ferrocarriles, todo eso son minucias que la historiografía oficial elude para mejor silenciar lo que hay en Sarmiento de corrosivo hacia la oligarquía.

## La Falsificación de Sarmiento por los Nacionalistas a la Vaticana

Desde un ángulo aparentemente opuesto atacan a Sarmiento y silencian sus posiciones antioligárquicas los historiadores eclesiástico-rosistas. Sólo aparentemente opuesto, porque en realidad aunque antiliberales, estos energúmenos eucarísticos son tan palaciegos como los mitristas, y cargan su ataque contra el programa de Sarmiento para convalidar a la oligarquía que tomó de ese programa lo que le convenía, deformándolo, y encajonó el resto, que era lo fundamental para hacer una nación. Los católicos no pueden perdonarle al autor de La Escuela Ultra pampeana su cruzada de medio siglo por la escuela laica, ni aquello de «que no haya sacerdotes junto a mi lecho de muerte», ni su defensa a ultranza del patronato argentino, ni que mandara arriar la bandera pontificia enarbolada en la Catedral un 25 de Mayo, porque siendo aquella «un edificio fiscal no puede hallarse bajo pabellón extranjero» (Lugones, 56, 248). Esta feligresía ataca a Sarmiento con el siguiente programa: la Argentina no es un país atrasado y semicolonial porque su clase dominante no daba para más; lo es —dice— porque el país fue mal orientado por masones, liberales, antiespañoles- anticatólicos-descastados- yanqueuropeístas como Sarmiento y Alberdi. Si la Argentina hubiera sido gobernada por buenos católicos españoles antieuropeístas como Rosas, todo sería hoy muy distinto, la ventaja de esta tesis es que no hace falta tomarla en serio, a menos que un día, con ayuda del neotomismo, logre demostrar por qué países como España, México, Perú, Chile, fueron absolutamente incapaces de eludir un destino de estanque y semicolonía pese a haber sido apacentados hasta bien entrado este siglo por gobernantes católicos y apostólicos, enemigos de la inmigración, del laicismo y demás lacras importadas por Sarmiento y Alberdi.

Estos críticos vaticanistas de Sarmiento y Alberdi despliegan la misma mala fe jesuítica que aquellos teóricos que en el siglo pasado criticaban las groserías de la burguesía en nombre de los idílicos encantos del feudalismo y se enternecían por las desgracias del proletario industrial en nombre del humanismo del señor feudal explotador de siervos. La encarnación mes beatífica del antisarmientista y antialberdiano profesional dice que ambos son inferiores a Mitre en quien «hay siempre un sentido nacionalista» mientras que para Sarmiento «todo lo autóctono es destructible... cuyo ideal consiste en dar vuelta al país hasta hacer de él la más perfecta imitación de Estados Unidos» (Sierra, 529). La reverenda miopía de este profesor del Colegio del Salvador prefería al país tal cual era bajo Rosas, es decir, demografía de vacas, estancieros y curas acunada por la campanas y los cencerros. Si el ideal de Sarmiento era hacer a la Argentina comparable a Estados Unidos, es decir, una grande y soberana nación moderna, cabe reconocer la superioridad de ese ideal fallido



sobre el de estos nacionalistas del Vaticano cuya estrella polar era España: la zaparrastrosa y mendicante España humillada hoy bajo el peso de las bases yanquis y la dictadura franquista.

Sarmiento atribuía a la educación primaria virtudes civilizadoras que por sí sola no podía tener si no iba acompañada por el desarrollo industrial del país, como lo señaló Alberdi —y como el propio Sarmiento no lo ignoraba. Pero pese a ello, el énfasis puesto en la instrucción primaria salvó al país del analfabetismo crónico. Ya en vida de Sarmiento, la Iglesia lo combatía en su programa de educación, alegando por boca de Estrada que «El Estado no debe educar. La educación es tarea que pertenece esencialmente a la familia» (57). Esto significaba que, como ocurrió desde la Colonia, solo recibirían educación los hijos de la oligarquía. Es afortunado que Sarmiento triunfara con su programa de educación común, que arrancó a los hijos de la oligarquía el monopolio del abecedario, aunque no pudo quitarles el monopolio de la tierra y de las vacas.

Estrada, pontífice criollo de los pensadores que reparten su corazón entre el Vaticano y la oligarquía Argentina, combatía la admiración de Sarmiento y Alberdi por Estados Unidos e Inglaterra denunciando las barbaridades de la burguesía yanqui y condoliéndose de la suerte del obrero inglés, por «el sacrificio de las clases obreras, instrumento de usina, mártir desde que nace hasta que muere, que inmola su juventud trabajando con hambre» (221). Estos eran los pretextos del jesuita laico. Lo que mandaba en el fondo era el sacro temor de que el programa transformador de Sarmiento y Alberdi tuviera éxito pleno, y junto con los apacentadores de vacas perdiesen sus privilegios los apacentadores de almas, con sus planteles en los convenios y seminarios desplazados por una pujante avalancha de pioneros. Qué extrañar que Estrada —como todo el catolicismo mundial con el Papa a la cabeza— dejara fluir sus simpatías hacia los esclavistas del Sur de Estados Unidos y condenase la higiénica dictadura que en los primeros momentos de la posguerra impuso sobre los esclavistas sureños la burguesía nortea libertadora de los negros. «Privados los partidarios de la rebelión del derecho político —decía Estrada— sus adversarios, evidente minoría en el Sur, reforzados con los negros admitidos a la ciudadanía, han imperado hasta que las contiendas políticas han tomado las proporciones de una cuestión de razas y de lucha entre la cultura y la ignorancia. El vencedor no retrocede y llegan los desastres hasta la escandalosa intervención del general Sheridan que acaba de dispersar a sablazos la legislatura de Luisiana» (319).

De este piadoso energúmeno de ayer dicen los neoenergúmenos de hoy que «era la voz de la auténtica argentinidad, la voz de la historia...» (Sierra, Ideas, 544). Ya sabemos de qué argentinidad se trata: de la argentinidad de las vacas pampeanas y los curas importados de toda Europa, protegida por los comerciantes ingleses. Por eso, estos apostólicos, que añoran al campesino español, que no sabe leer ni escribir, pero sabe bien su catecismo y va a misa, critican a Sarmiento porque «amaba la educación por la educación misma y cree que basta leer y escribir para dejar de ser inculto» (Sierra, Ideas, 535). Desde luego, el caso del propio escritor que lee, escribe, hasta es profesor, y estampa semejantes barrabasadas evangélicas, es una prueba concluyente de que se puede leer y escribir y seguir siendo un canguro intelectual. Pero eso no altera en nada el papel

progresivo de la instrucción primaria, una de las pocas tareas democráticas que la oligarquía argentina fue capaz de realizar en cierta medida, gracias a Sarmiento y pese a la fervorosa oposición de la Santa Madre Iglesia, en cuyo nombre se enfurece el profesor Sierra, autor de los siguientes pensamientos de ontología cavernícola: «toda civilización es enemiga de la libertad del hombre»... «nuestros antepasados eran mas libres por lo mismo que renunciaban a la libertad de querer el hijo gobernar al padre o los alumnos dirigir la universidad» (Cuadernos, 61). (Y el trabajador querer prescindir del patrón...). Parece que Sarmiento es condenable ante el foro de la tradición católico-vacuna porque era partidario de la inmigración, y el «inmigrante creaba una economía que rompía con el ideal de vida del criollo» (Sierra, Ideas, 537). Sin embargo, el ideal de vida del criollo, en lo que se refiere a la producción, puede contrapesarse tan tajantemente al inmigrante porque consistía en tomar lo que la naturaleza le brindaba con la menor dosis posible de esfuerzos y disfrutarlo así. Era un ideal romántico, casi edénico, pero que condenaba al país al estancamiento y a la colonización europea manu militari. China conservó su «ideal de vida» y fue colonizada y humillada por las escuadras europeas. Japón se salvó porque tenía clases que le hicieron modificar su ideal de vida en consonancia con las exigencias del desarrollo capitalista mundial. Había que impedir que la inmigración sepultara al país en vez de fortalecerlo, y por eso combatió Sarmiento a ultranza. Pero sólo a un ideólogo de cerebro occipital de una oligarquía que añora las épocas en que Don Juan Manuel obligaba a asistir a misa se le puede ocurrir criticar a Sarmiento porque apoyaba una inmigración que aceleraba el desarrollo material de la nación y obligaba a la población nativa a trabajar más enérgicamente que lo que exigía su ideal de vida. Sobre otras bases no podía crearse una nación soberana. Y si esa nación no se formó no fue por la inmigración sino porque hubo demasiada poca inmigración y la poca habida fue utilizada para producir renta agraria en pro de los terratenientes, no para colonizar el campo en beneficio de la nación.

### Las Piedras Contra Sarmiento Sirven Para Esconder la Mano Culpable de la Oligarquía

La oligarquía ha elaborado la fábula según la cual ella, pese a todos sus defectos, pese al fraude, etc, tuvo el mérito de hacer progresar materialmente al país. Los nacionalistas de mollera vaticana aceptan esta fábula con beatífica ingenuidad, pero —para zaherir a Sarmiento y Alberdi que fueron los grandes teóricos de esa necesidad de desarrollo material del país— se horrorizan afirmando que «esa oligarquía preside una era de progreso material, hace el progreso del país, pero en cambio de su independencia económica» (Ídem, 536). Semicegado por el incienso el eucarístico profesor no llega a sospechar siquiera el disparate que se le escapa. No cabe someter a crítica el desarrollo material y el énfasis de Sarmiento y Alberdi en conseguirlo porque haya sido a cambio de la independencia nacional. Lo que urge marcar a fuego es que la oligarquía fue absolutamente incapaz de realizar un progreso material como el que requería la nación y postulaban Alberdi y Sarmiento. La independencia económica no se consiguió a consecuencia del desarrollo material sino porque ese desarrollo fue completamente insuficiente. Si la oligarquía hubiera sido capaz de darle al país el progreso material que podía no se hubiera enajenado a la Bolsa de Londres. La independencia

económica se perdió porque la clase dominante vivía y se enriquecía «mirando parir las vacas» como denunciaba Sarmiento, no porque esa clase hubiera puesto en práctica el programa de Sarmiento y Alberdi de desarrollo material comparable al de Estados Unidos. Los nacionalistas de mollera vaticana no ven esto ni quieren verlo, porque su propósito es ahogar en agua bendita el recuerdo de Sarmiento y mantener a flote con repiques y kirieleysones el presente de la oligarquía vacuna.

Otro nostálgico trasnochado de las vaquerías critica a Sarmiento porque «identificaba civilización con progreso material (Chávez, 18). Por lo visto es posible la civilización sin bases materiales. Lamentablemente nadie ha explicado todavía cómo se realiza esa posibilidad, aunque es probable que el crítico considere que el catecismo es mucho mejor agente civilizador que la cartilla, el ferrocarril o la industria. Allá ellos. Tenían plena razón Sarmiento y Alberdi en cargar todo el acento de su prédica en la necesidad de un vertiginoso progreso material, al estilo yanqui. Esta es también la ardiente esperanza de Lenin, de Trotsky, de Mao Tse Tung, de todos los constructores de naciones autónomas sobre la base del atraso y el sometimiento en la época del imperialismo. Lo malo es que ese desarrollo no se consiguió, y la culpa no la tienen Alberdi ni Sarmiento. Por supuesto, no es de extrañar que el mismo aprendiz de zahorí reivindicó a José Hernández contra Sarmiento en esa lastimera majadería del autor de Martín Fierro según la cual «en nuestra época, un país cuya riqueza tenga por base la ganadería, como la provincia de Buenos Aires, puede no obstante ser tan respetable como el que es rico por la perfección de sus fábricas» (Chávez, 26). Esta apología del ideal bicornio de nuestra oligarquía, como diría Luis Franco, es la condenación al perpetuo atraso del país y su perpetua sumisión al imperialismo. Cuando los intelectuales que critican a Sarmiento en nombre del nacionalismo aparecen así, defendiendo las bucólicas bellezas de la Argentina dominada por las vacas y sus mentores, surge con bastante claridad que su nacionalismo no es más que la idealización reclusiva de la época de Rosas, idealización grata a una clase decadente como los estancieros argentinos, y es un nacionalismo oliente a torta de vaca y sotana, que nada tiene que ver con el auténtico nacionalismo (cuyos claroscuros de amanecer se perciben en Alberdi y Sarmiento antes que en nadie) que aspira a un desarrollo argentino capaz de hacer del país una potencia en el sustancial sentido de la palabra, comparable a Estados Unidos y capaz de enfrentarla sin desventaja desde el extremo sur del continente.

El más difundido y compasible de los sociólogos de sacristía que se tiran contra el programa de Sarmiento- Alberdi es Ernesto Palacio. El mismo se ha expedido patente de nacionalista y antioligárquico. Sin embargo, se subió al estribo y al volante de los golpes oligárquicos y antinacionales del 6 de septiembre de 1930, y del 16 de septiembre de 1955, que derrocaron a los dos únicos gobiernos populares y con amagos nacionalistas que tuvo el país en todo el siglo XX. Esta contradicción entre la rotunda conducta antinacional y la costura intelectual sedicente nacionalista dice bastante más que muchos libros sobre el descreído crcúo de como las golfas envejecidas añoran al chulo de su mocedad— estos nacionalistas a la vaticana que añoran a Rosas en nombre de la soberanía y cuando salen de sus catacumbas es para marchar detrás de los zancajos del imperialismo contra los gobiernos populares argentinos.

Todo esto no le impide afirmar con tonsurada mala fe que Sarmiento «dio preferencia en todas las circunstancias al extranjero sobre el criollo» (II, 224) bolazo aventado por las quinientas páginas meridianas de Condición del extranjero en América resumidas en su consigna: «No hagamos del título de extranjero un privilegio si queremos construir una nación», «...mientras los Estados Unidos, terminada la guerra de secesión, se afirmaban orgullosamente en el culto nacional, y establecían una rigurosa protección aduanera para sus industrias, nuestra generación organizadora imponía aquí el desprecio por la tradición, la sumisión inconsulta al extranjero y el libre cambio desenfrenado... El triunfo decisivo del partido de los emigrados fue para la patria una verdadera desdicha... los causantes de nuestra desgracia fueron escritores» (Palacio, II, 229, 232). Bajo este constante despliegue de lugares comunes de pacotilla hay el propósito nada angelical de salvar a «las viejas clases dirigentes» (idem, II» 227) que —¡pobrecitas ellas!— habían sido seducidas por Sarmiento y Alberdi que «no habían escrito en vano y habían transformado la mentalidad de nuestro grupo dirigente» (II, 263). Desde luego, cabe preguntarse por qué después de semejantes alardes de truhanería intelectual este apostólico cronista no ha sido admitido todavía en la Academia Argentina de Historia. Además se impone otra pregunta: ¿nunca se le ocurrió a tamaño crítico qué es lo que hubiera sucedido en Estados Unidos de triunfar el Sur? La interrogación es pertinente, porque el drama argentino reside precisamente en que el país fue dirigido por una clase dominante similar a la nobleza esclavista del Sur, no a la burguesía industrial del Norte. Y el drama de Sarmiento y Alberdi fue que elaboraron un programa apto para el Norte, y sólo contaban para aplicarlo con una clase similar a la del Sur. En cuanto a la culpabilidad asignada al «partido de los emigrados» y «los escritores causantes de nuestra desgracia», culpabilidad asignada para probar la inocencia de la oligarquía, cabe recordar que entre los puntales del mitrismo se hallaban muchos autóctonos federales no emigrados, como Obligado, Elizalde, Anchorena y Torres. Y que los federales de la nueva generación como Hernández fueron completamente incapaces de elaborar un programa equivalente y mucho menos superior al de Alberdi-Sarmiento.

Todo este antisarmientismo y anti-alberdismo encapuchado no puede disimular el aura a sacristía y frigorífico que lo inspira y todos los dilemas que agita como hisopos de exorcismo contra Alberdi y Sarmiento: «criollos sí; inmigrantes no»; «curas católicos, sí, maestros protestantes no», «patriciado argentino, sí; advenedizos extranjeros, no», etc., no son más que ejercicios verbales para descargar en chivos emisarios (Sarmiento, Alberdi, el gringo, el liberalismo etc.), la culpabilidad entrañable de los coleccionistas de vacas y latifundios, que prosperan con Rosas y luego se desprendieron de él y aceptaron el programa de Alberdi y Sarmiento lo que a ella les convino, dejando que el resto lo pisoteara las pezuñas. El problema real no era salvar al criollo del inmigrante extranjero sino salvar al criollo de sus viejas clases dirigentes para poder construir una gran nación con ayuda del inmigrante, porque la oligarquía sólo podía construir una gran semicolonia con ayuda de Londres. Los más incondicionales servidores de la oligarquía en el campo histórico son estos nacionalistas papales, que se lanzan con espada clerical en mano contra los resultados de la política de la oligarquía, pero los imputan a Sarmiento o Alberdi o «la masonería», y dejan en la sombra a la única culpable, intentando esconder sus manchas de jaguar cebado en carne de hombres.

Para mejor proteger a la oligarquía vacuna, sus apologistas vergonzantes han pretendido que el drama de Sarmiento y Alberdi originado en la carencia de fuerzas sociales autóctonas capaces de hacer de la Argentina una gran nación moderna era «ante todo un drama ficticio, de un problema inventado, sin asidero real. Pueblos existen desde que el mundo es mundo que fueron jóvenes en relación con sociedades más antiguas» (Chávez, 30). Así es, efectivamente. Pero durante 18 siglos, por lo menos, de la era cristiana esos pueblos atrasados podían vivir su vida independientemente y evolucionar por su cuenta, sin mayor peligro de conquista por parte de los más avanzados, de cuyo adelanto sólo tenían noticia neblinosa, si la tenían. Pero en el siglo XIX, sobre todo a partir de la segunda mitad, el atraso se pagaba con el invalorable precio de la pérdida de la independencia y con la sumisión, y amén de que el atraso se volvía perfectamente comparable con la situación de los países monitores. Por eso el drama del atraso, la urgencia por salir de él, la angustia por encontrar medios de transformación y ascenso, lejos de ser una fantasía, producto del descastamiento de Sarmiento o Alberdi, —como imaginan los buhos revisionistas— es característica universal en la intelectualidad responsable de todos los países atrasados después de 1850. Se lo observa en China (Rostow, 6), en Europa Oriental (Fejto, 18-21). Y también en Rusia, con Bielinsky y sobre todo con Herzen, que se exilia voluntariamente como Alberdi, y como éste sin ser perseguido, simplemente por el curso lógico de sus ideas (Falcionelli, 28). La tendencia que aquí se llamó europeísmo se llamó en Oriente «occidentalismo», y fue común a toda la intelectualidad revolucionaria, y a la clase obrera que marchó con ella hacia la construcción de grandes naciones modernas, como en Rusia y China. Para las clases dominantes de estos países —como para la oligarquía argentina— el europeísmo u occidentalismo (que para ellas consistía ante todo en las bellezas culturales y carnales bautizadas en champaña que brindaba el París finisecular), servía para gozar de una irresponsabilidad pasmosa frente al destino nacional. Para los revolucionarios era un compromiso el alcanzar y superar a las metrópolis. Este era el sentido del europeísmo o yanquismo de Sarmiento y Alberdi, y su drama de urgencia y de falta de medios reales lejos de ser un artificio era la tragedia de los mejores, de las cabezas más lúcidas y fieles al futuro gran destino nacional en todos los países acunados por la modorra y el atraso.

Casi no hace falta señalar que el gran mérito de Sarmiento está en su aspiración a un desarrollo burgués nacional estilo yanqui, y en su denuncia de la oligarquía argentina que se oponía a ese camino. Por todo lo demás era Sarmiento un sólido burgués liberal, lleno de santo horror ante el socialismo, que se exasperaba contra la Comuna parisina de 1871 —primer gobierno obrero que conoció el mundo— y hace la apología del carnicero Thiers, que «tuvo que defender la propiedad contra el axioma de Prohodom «la propiedad es el robo», con el cual se quería llevar, como un progreso, la sociedad a los tiempos de Adán y Eva» (XL, 33). Dato interesante: Sarmiento coincide en esto con Rosas, que también se exasperaba contra los ataques al capital y sus poseedores (Ibarguren Rosas, 356). Sarmiento, Rosas y Thiers, contra la clase obrera revolucionaria. Extraña trilogía en donde el que más pierde es Sarmiento, porque aquí queda al desnudo su limitación esencial, que no podía menos que tener, naciendo donde había nacido y vivido. Su condición de pensador burgués liberal le impedía advertir que el sistema capitalista ya nada bueno tenía que aportar al mundo, y menos a los países atrasados como la Argentina que Sarmiento

quería transformar. Desde luego, esto está muy claro hoy, pero ¿quién lo hubiera advertido entonces desde el Río de la Plata?

## Alberdi Contra los Demócratas Despóticos

Junto con Sarmiento, el otro gran sentidor y sobre todo, y más que Sarmiento, teorizador del desencuentro entre la tarea de crear una gran nación y la oligarquía argentina, fue Juan Bautista Alberdi. Esta coincidencia en denunciar a la oligarquía y percibir los problemas que planteaba el avance del capital financiero sobre el país es tanto más valiosa cuanto que se conocen la intensa hostilidad personal con que se favorecían Sarmiento y Alberdi, y es notorio que a partir de 1852 nunca coincidieron en la táctica política del momento(.). En las urticantes polémicas que mantuvieron, la debilidad de Sarmiento provenía de su alianza con la oligarquía porteña, alianza que Alberdi fustigó implacablemente, haciendo extraordinarios aportes al pensamiento argentino. Pero no hay que olvidar que su posición era más cómoda que la de su adversario, por cuanto él no era un político, y podía en cuanto intelectual darse el lujo de estar contra la oligarquía porteña sin confiar demasiado en la oligarquía entrerriana que encabezaba la Confederación, y sin taparse los ojos ante la inevitable esterilidad de los movimientos montoneros tipo Peñaloza. Sarmiento bien podría haberle respondido a Alberdi: sí, la oligarquía porteña es antinacional, debo romper con ella, pero, ¿al lado de qué clase actuaré? ¿Al lado de los estancieros entrerrianos? ¡Pero no ve usted, Alberdi, y no lo dice usted mismo, que con esa gente no se puede ir a ningún lado distinto del que se va con la oligarquía porteña? Y si ambos bandos son malos, ¿con quién marchar? O debo abandonar la política y dedicarme a la meditación? Esto último fue lo único que pudo hacer Alberdi, quien, demasiado consciente de las limitaciones de todas las fuerzas sociales argentinas, terminó exiliándose permanentemente de la vida política. Así lo dijo Sarmiento en uno de sus últimos escritos contra Alberdi: «Vio sucumbir uno a uno sus ídolos y prevalecer lo que detestó. Llegó a las puertas de su país después de 40 años de servirlo de lejos, y regresó al extranjero para desaparecer de la escena política. Yo no he desaparecido, y este es un mérito que alego» (Censor, enero 21, 1886). Era un mérito positivo sin duda, sobre todo en 1886, cuando Sarmiento escribía esas palabras en medio de su postrera batalla contra la oligarquía y su agencia roquijuarista. Pero el precio que pagó por ese mérito fue ciertamente elevado, más incluso que el destierro de Alberdi: fue la década de alianza con el mitrismo, los crímenes contra las masas que seguían al Chacho y a Felipe Varela, el crimen imborrable contra Paraguay, que lo fue contra el destino nacional. Nadie puede estar diez años coincidiendo con la oligarquía porteña sin mancharse con su negro tizne, y Sarmiento no fue excepción». «Tenga cuidado el señor Sarmiento, que hay una barbarie letrada mil veces más desastrosa para la civilización verdadera que la de todos los salvajes de la América desierta» (Obras, VII, 156). Así decía Alberdi, rebatiendo el insostenible esquema sarmientino de civilización porteña y barbarie rural. En sus últimos años Sarmiento llegó a la misma conclusión: «no se puede saber dónde está la barbarie y dónde la civilización». No era tanto el triunfo

póstumo de Alberdi como la derrota intelectual de la oligarquía que pretendía justificar su explotación del país en nombre de la civilización.

Los ataques y denuncias de Alberdi contra la oligarquía tienen la agudeza que caracteriza toda su obra, y preanuncian los ataques de Sarmiento al roquismo. La oligarquía —que tiranizó el país a lo largo de toda su historia— pretende ser liberal, pero Alberdi la desenmascara con palabras de rigurosa actualidad en este 1955: «Se abusa de la palabra tirano como del nombre de libertador. Lincoln fue asesinado como tirano; así lo llamó su asesino al herirlo» (Póstumos, VIII 145). «Si la libertad consiste en el gobierno de sí mismo, ¿cuáles son los hechos en que consiste el gobierno de sí mismo? Son dos principalmente: desde luego, en no ser gobernado por el extranjero, es decir, en ser independiente; en no ser gobernado por una entidad cualquiera, aunque sea nacional, con exclusión del país» (Póstumos, VII, 23). Los gobiernos que no han sido elegidos por el país son gobiernos extranjeros, aunque lo ejerzan nativos. «Es imposible que un gobierno de ese tipo pueda hacer el bien del país que le obedece. El es tan extranjero al país como el gobierno de España lo es para la República Argentina» (Idem, 473). «Sólo se entiende por gobierno libre el gobierno del país por el país —es decir—, el país independiente, o la independencia del país, no sólo de todo poder extranjero, sino de todo poder interno que no es el país mismo, o el fruto de su elección libre. Sólo es libre el país independiente; pero sólo es independiente el país que no depende de un gobierno extranjero, ni de un gobierno interno, extranjero a la elección del país» (idem, VI, 8).

La deshonestidad íntima de los gobiernos oligárquicos no se le escapa a Alberdi, que no necesita esperar a Juárez Celman para advertirla. «Hay patriotas para quienes la revolución es una cosa muy seria, en cuanto es una explotación tan fecunda como la agricultura. Nunca he podido tener la seriedad de darme a esa industria. Un patriotismo que produce 20 mil duros al año, palacios y ...? Yo creo que el patriotismo de Mitre es muy sincero» (idem, V, 16). «La política es cosa seria para ellos en calidad de industria que hace vivir, como la agricultura. Si son políticos de buena fe es en el sentido de negociantes de buena fe. No trampean sino que venden lealmente el país y la libertad» (idem, 260).

Alberdi era, desde luego, un ideólogo burgués liberal. La Constitución que él proyecta es una Constitución liberal, pero su liberalismo, es —en la intención de Alberdi— un instrumento, un medio para lograr la construcción de una gran nación moderna, no un fin en sí. Por eso cuando y donde se evidencia que el objetivo está en contradicción con el instrumento, Alberdi corrige y limita su liberalismo.

«La libertad es el medio, no el fin de la política económica de nuestra Constitución» (Obras XV, 175). «A veces la libertad misma se impone sacrificios transitorios con el interés de extender sus dominios. Tales son los derechos diferenciales que la Confederación Argentina acaba de establecer en favor del comercio directo de Europa con la mira de atraer las poblaciones y capitales europeos hacia el interior de América del Sur» (Obras, IV, 195). «Reconociendo que la riqueza es un medio, no un fin, la Constitución Argentina propende por el espíritu de sus disposiciones económicas, no tanto a que la riqueza pública sea grande, como bien distribuida, bien nivelada y repartida; porque sólo así es

nacional, sólo así es digna de favor de la Constitución, que tiene por destino el bien y prosperidad de los habitantes que forman el pueblo argentino, no de una parte con exclusión de otra» (Obras, IV, 253). Alberdi no ignoraba la traba que significaba para el desarrollo nacional la propiedad terrateniente, y por eso decía: «El art. 28 establece que los principios, garantías y derechos reconocidos por la Constitución (en favor de la propiedad territorial) no pueden ser alterados por leyes que reglamenten su ejercicio. He aquí una parte del derecho fundamental argentino en materia agraria, no toda. ¿Estas limitaciones son un obstáculo tan absoluto que quitan al legislador el poder de reglar la propiedad agraria del modo más ventajoso a la riqueza pública? No: todos los derechos asegurados por la Constitución están subordinados, o mas bien, encaminados al bienestar general... (idem, 284) ...En el interés de la población y del bienestar y prosperidad de la República Argentina, propósitos supremos de su Constitución, la ley orgánica, inspirada en esas miras, debe reglar el sistema del arrendamiento territorial, de modo que sirva para colocar la tierra al alcance de los inmigrantes y nuevos pobladores. Conviene reorganizar el arrendamiento territorial en provecho del arrendatario, y no del propietario ocioso y explotador, al revés de nuestro actual sistema de origen romano-feudal, antieconómico y estéril, que sacrifica el trabajo, la población y la riqueza al ascendiente de los señores de la tierra. Deben ser las bases del nuevo sistema de locación territorial, según los principios arriba sentidos: la posibilidad de arrendamientos por término ilimitado...» (idem, 287-89).

Recordemos estas palabras de Alberdi, que sintetizan la estructura de la oligarquía argentina: «nuestro sistema antieconómico y estéril que sacrifica el trabajo, la población y la riqueza al ascendiente de los señores de la tierra». Estas no son palabras de un marxista; las dice un burgués radical tan moderado como era Alberdi.

La famosa libertad de la oligarquía porteña, la famosa prensa libre que se ha exhibido en todas las épocas como demostración de esa libertad, merecería de Alberdi esta exactísima caracterización: «No pretendo desconocer que hay contradicción y debate en esa prensa. Lo que niego es que esos debates sean pruebas de libertad. Hay dos opiniones en choque, porque hay dos gobiernos incompatibles. Cada opinión es libre para atacar al Gobierno rival en defensa del Gobierno propio, es decir, que ambas son oficiales. Nadie es libre para atacar a los dos gobiernos, en defensa de la nación explotada por ambos» (Obras, VI, 394). En base a la experiencia del gobierno de Mitre extrajo Alberdi una breve conclusión válida para todos los gobernantes oligárquicos que vendrían después: «No hay sultanes en Sudamérica; pero hay demócratas más despóticos que ellos» (Económicos, 137).

## Alberdi Contra el Parasitismo y la Incapacidad Nacional de las Clases Dirigentes

El parasitismo rentístico de la oligarquía argentina, y su pronunciada tendencia a embarcarse con el capital extranjero en negociaciones perjudiciales para el país no se escaparon al ojo iluminador de Alberdi. «Los pobres de Europa están en América; los ricos de América están en Europa. Los primeros están en América para enriquecerse; los otros en Europa para empobrecerse. Así, América mejora a los europeos y Europa empeora a los americanos; lo peor es que no sólo material, sino moralmente (Póstumos, VIII, 495). Esta era, efectivamente, la dialéctica en que entraba el país en la época imperialista. Nada del colosal desarrollo que Sarmiento y Alberdi programaron para la Argentina habría de cumplirse, pese al relativo desarrollo económico, y el mismo Alberdi apuntaba hacia la causa de ello, aunque desde luego sin sacar todas las conclusiones: «El país está gobernado por el poder de los intereses económicos, que es el poder de los poderes, conocido por otro nombre con el del poder de la riqueza. Está mal gobernado porque esos intereses gobernantes están mal arreglados y mal dispuestos» (Póstumos, VIII, 581).

El endeudamiento al capital financiero, que alarmó los últimos años de Sarmiento, preocupa también a Alberdi.

«La dificultad no consiste en saber cómo pagar la deuda, sino cómo hacer para no aumentarla, para no tener nuevas deudas, para no vivir de dinero ajeno tomado a interés. El interés de la deuda, cuando es exorbitante y absorbe la mitad de las entradas del tesoro, es el peor y más desastroso enemigo público. Es más temible que un conquistador poderoso por sus ejércitos y escuadras; es el aliado natural del conquistador extranjero» (Póstumos VIII, 665). «En la historia de un empresario de obras públicas no están quizás fuera de su lugar las siguientes reflexiones, que nos sugiere el caso que acabamos de citar, menos raro infelizmente que pudiera creerse. En países nuevos en que la habilidad abunda más que el juicio, se da frecuentemente el nombre de empréstitos para obras públicas a lo que en realidad son obras públicas para empréstitos. Así tan pronto como el empréstito es conseguido la obra pública queda sin objeto. Cuanto más irrealizable mejor sirve la obra a su objeto, que es el empréstito en sí mismo, no la obra... Hay estadistas que van a Estados Unidos para aprender a copiar a Turquía. Conocida es la historia de los empréstitos recientes del gobierno otomano. Negociados en Londres, para ferrocarriles y obras públicas, fueron empleados en comprar buques blindados y satisfacer vanas necesidades de la corte. Wheelright quería remachar la unión de la República Argentina con Chile por el fierro de los caminos trasandinos; lo que necesitaba el Gobierno era un temor de guerra con Chile para justificar la compra de buques blindados y armamentos, con el dinero tomado para caminos trasandinos» (Obras, VIII, 111-17). «La América del Sur, emancipada de España, gime bajo el yugo de su deuda pública. San Martín y Bolívar le dieron su independencia, los imitadores modernos de esos modelos le han puesto bajo el yugo de Londres. Esta dependencia, por ser de honor, no es menos pesada que la que tuvo de España. En los dos casos es ajeno el fruto de su

trabajo y de su suelo. ¿Cómo salir de ella? ¿Cómo pagar capitales de que no se paga ni los intereses? ¿Cómo liberarse de sus acreedores, sus soberanos modernos?» (Económicos, 407).

Y no ignoraba Alberdi que en todo ese endeudamiento al capital internacional había una crecida porción de parasitismo oligárquico. «La concesión del banco de Trouve Chauvel, por ej., en que el general Mansilla y Belaustegui se ganan un millón de pesos, por el solo influjo que han ofrecido para obtenerla; esa concesión, nos ata las manos en materia de créditos, por el interés de introducir dos millones de pesos en el país. Si no me equivoco, sólo el general Urquiza tiene una fortuna de dos millones de pesos. En Chile hay muchos que tienen el doble» (Cartas a Gutiérrez 70).

Cuando todavía no estaba plenamente resuelto el problema de la unidad nacional, la Argentina comenzó a enfrentar el problema de la soberanía nacional, amenazada por la expansión imperialista mundial mucho más seriamente de lo que lo estuvo por los barcos franceses en tiempo de Rosas. Y fue Alberdi —el mismo que intentó justificar teóricamente la intervención extranjera en el país para asegurar el dominio de las minorías cultas— quien mejor y más completamente teorizó en torno a la problemática de la expansión imperialista y la defensa de la soberanía nacional.

«Se necesita detestar a la América del Sur para desear que se prolongue la suerte que le cabe hoy día. Yo que no puedo detestarla le deseo nuevos y mejores destinos. Pero desearía más bien la inamovilidad y la perpetuidad de su desgracia, si el cambio ha de ser con otras condiciones que las siguientes: sin conquista, ni protectorados; sin anexiones, ni recolonización; sin perjuicio, en fin, el más pequeño de la independencia, de la libertad, de la soberanía del pueblo, de la dignidad y honor de la América y de los americanos» (Póstumos TV, 18). «El derecho externo (es) la parte prominente del derecho americano. La política exterior, llave de su población, riqueza y prosperidad. Desierta y pobre, América tiene que recibirlo todo de fuera. Ese todo le irá, o bien por la fuerza de expansión del mundo moderno (conquista, anexión, protectorados, etc.) o bien atraída por ella, según el derecho de gentes». (Póstumos, IIT, 5). Por eso urgía determinar los «medios de poder y resistencia de las repúblicas españolas hacia el Brasil, hacia Estados Unidos, hacia Europa» (idem, 7). «Nuestra política exterior debe ser económica y comercial por excelencia. Debe buscar en Europa, no sus aliados políticos, sino tratados de comercio y de navegación. Se deben hacer tratados con todas las grandes naciones, para crear contrapeso a la influencia anglo-francesa que hoy prevalece sin resistencia.» (idem, 19). Francia tiene ideas muy falsas acerca de nuestra fuerza. Sus hombres públicos la estiman por el número de nuestra población. Nos consideran débiles porque nos ven un millón de habitantes. Situados en Europa seríamos realmente una nación impotente y débil. Pero protegidos por una distancia de dos mil leguas de mar y poseedores de un territorio cuyas condiciones lo harían inaccesible a un ejército de cien mil hombres que fuese de Europa con miras de dominación, nosotros no somos débiles con respecto a estas naciones. Esas circunstancias nos dan un valor respectivamente igual al que pueden tener aquí Rusia o Austria. Nuestras relaciones estarán siempre en mejor pie, cuando estos gobiernos sientan por nuestros actos que tenemos la conciencia de nuestra fuerza y que ésta es un hecho indudable y

evidente» (Póstumos, XIV, 95). «Los gobiernos de Europa solo se aperciben de que existimos en el mundo cuando sienten nuestra resistencia; de nuestros actos de deferencia hacia ellos no se dan la menor cuenta» (ídem, 611). «Debemos y podemos probar que si somos débiles por el número de nuestra población, somos fuertes por la distancia; y por el territorio que habitamos. Rosas dio esa prueba a los gobiernos de Europa y nuestra política no debe abandonar los ejemplos útiles aunque haya sido un déspota quien los diera» (ídem, 640). «La inmigración alemana nos conviene mucho, por ser de países que no tienen medios de molestarnos con reclamos, y porque necesitamos formar intereses europeos en nuestro país, para que sirvan de contrapeso a la influencia preponderante de Inglaterra y Francia en el río de la Plata» (ídem, 660).

Todo esto constituía el programa de una política burguesa nacional destinada a promover el desarrollo de un país atrasado en la época del imperialismo sin perjudicar su independencia.

Alberdi —que estaba enormemente lejos del patriotismo aldeano— sabía el valor de la independencia nacional reivindicada por las naciones débiles frente a las grandes potencias que se expandían por el mundo, y por eso escribió que en su guerra contra la Triple Alianza «El Paraguay representa la civilización pues pelea por el noble principio de les nacionalidades» (Obras, VI, 340).

Contra la expansión yanqui, contra el monroísmo después llamado panamericanismo, Alberdi alertó con particular agudeza. Su análisis de las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica es hoy más valioso todavía que cuando él lo formuló, porque lo que entonces eran hipótesis hoy son realidades que encadenan a toda Latinoamérica. «Entre la anexión colonial de Sudamérica a una nación de Europa, y la anexión no colonial a los Estados Unidos, ¿cuál es la diferencia? ¿Cuál es la preferible para Sud América? Ninguna. Es decir, ni monroísmo ni Santa Alianza (...) Así, la anexión colonial a Europa es la conservación de la raza y la especie, con la pérdida de la libertad. La anexión a Estados Unidos es la pérdida de la raza y del ser, con la adquisición de la libertad... para otros, bien entendido, no para los nuestros. Entre las dos anexiones, elija el diablo (...) Si estos tres ejemplos —Texas, Nuevo México, California— no bastan a convencer a los sudamericanos que el monroísmo es la conquista, su credulidad no tiene cura, y su desaparición como raza es su destino fatal (...) ¿Qué es entonces la doctrina de Monroe? La doctrina de un egoísmo, que se expresa por su mismo nombre casualmente: Mon-roer, es decir, mi comida, mi alimento, mi pitanza (...)» (Póstumos, VII, 122-23).

«En este concepto el Brasil es partidario de la doctrina de Monroe y aliado natural de los Estados Unidos, como acaba de llamarlo el presidente Johnson. Esto sería la Santa Alianza americana en concurrencia con la Santa Alianza europea, para la adquisición de los territorios acéfalos, desgovernados o ingovernables del Nuevo Mundo. Entre las dos alianzas santas preferimos la alianza no santa de las turbulentas repúblicas» (Obras, VI, 429). De este modo explícito rechazaba Alberdi terminantemente el pretexto civilizador

de cualquier colonización: mejor el desorden en la independencia nacional que el orden en la supeditación al extranjero.

## La Quimera Alberdiana de Repetir la Experiencia Yanqui en un País sin Burguesía Industrial

El único camino para el progreso real y la efectiva independencia de las naciones latinoamericanas es su unidad en una poderosa confederación. Esto es hoy más evidente y claro que ayer, en los días de Alberdi, pero este alcanzó a verlo. En su «Memoria sobre la conveniencia y objetos de un Congreso General Americano» escribe Alberdi que «la América del Sur ofrece tal homogeneidad en sus elementos orgánicos y tales medios para la ejecución de un plan de política general; de tal modo es adecuado para ella el pensamiento de un orden político continental...» (Obras, VI, 391).

«Antes de 1825 la causa americana estaba representada por el principio de su independencia territorial conquistado ese hecho hoy se representa por los intereses de su comercio y prosperidad material. La actual causa de América es la causa de su población, de su riqueza, de su civilización y provisión de rutas, de su marina, de su industria y comercio. Ya Europa no piensa en conquistar nuestros territorios desiertos; lo que quiere arrebatarlos es el comercio, la industria, para plantar ellos en vez de nosotros su comercio, su industria, de ella; sus armas son sus fábricas, su marina, no los cañones; las nuestras deben ser las aduanas, las tarifas, no los soldados. Aliar las tarifas, aliar las aduanas; he aquí el gran medio de resistencia americano... La unión continental del comercio debe comprender la uniformidad aduanera organizándose poco mas o menos sobre el pie de la que ha dado principio, después de 1830, en Alemania. En ella debe comprenderse la abolición de las aduanas interiores, ya sean provinciales, ya nacionales, dejando solamente en pie la aduana marítima exterior. Hacer de estatuto americano y permanente la unidad de monedas, de pesos y medidas que hemos heredado de España. Alemania está ufana de haber conseguido uniformar estos intereses, cuya anarquía hacía casi imposible el acrecentamiento de su comercio. Regidos todos nuestros Estados por un mismo derecho comercial, se hallan en la posición única y soberanamente feliz de mantener y hacer del todo extensivas al continente la formalidades de validez y ejecución de las letras y vales de comercio» (Obras, 11, 398-400).

Pero en Alberdi como en Sarmiento hay una conciencia clara —más clara teóricamente en Alberdi— de que la independencia nacional de las naciones latinoamericanas era inseparable de un vigoroso desarrollo material. Y esta era una tarea urgente, a realizar por las propias naciones o a realizar por el imperialismo en forma de protectorado u otra variante de la colonización. Lo tremendo fue que por incapacidad de la clase dirigente argentina solo se logra un desarrollo muy parcial e incompleto, dirigido por el imperialismo a través de la colonización financiera. Pero esto —que no escapó a la visión de Alberdi— no quita nada a la corrección básica de su insistencia en la necesidad de desarrollar las bases materiales de la nación. Porque «el peligro de Sudamérica no es la pérdida de su

independencia, sino la pérdida de su tiempo" (Póstumos, IV, 655). Había que desarrollar al país aprovechando la ventaja que —paradójicamente— representaba su atraso, que le permitía aprovechar la última palabra de la técnica sin tener que pasar por todas las etapas que precedieron a su elaboración. «Los pueblos de América no están exactamente en el siglo XIX de Europa en cuanto a su civilización material e inteligente. Importa establecer y discurrir en qué consiste la diferencia. Si no están en el siglo XIX para llegar a él no necesitan pasar por los siglos precedentes. Pueden ser mayores sin necesidad de haber tenido que ser jóvenes. Les es dado salvar el tiempo aunque no el trabajo de establecer allí la civilización actual» (Póstumos, III, 18).

Porque Alberdi no ignoraba que «sin industria fabril y sin marina propia, la América del Sur vive bajo la dependencia de la industria fabril y de la marina de Europa. ¿Está en su mano sacudir esta dominación, como ha sacudido la de España? A cañonazos y en campos de batalla no se hará nunca de un golpe una industria fabril ni una marina mercante americana» (Económicos, 85). América latina «es menester que empiece por salir de pobre para tener hogar, instrucción, gobierno, libertad, dignidad y civilización, pues todo esto se adquiere y conserva por medio de la riqueza. Luego su destino presente es económico; y son la riqueza, los capitales, la población, el bienestar material, lo primero de que debe ocuparse por ahora y por mucho tiempo» (Obras, IV, 149). Doblada ya la mitad del siglo XX sabemos ya hasta dónde fue incapaz la oligarquía argentina de realizar esta tarea. Como decía Alberdi, ella enriqueció a Europa empobreciendo al país en vez de aprovecharse de Europa para afianzar el desarrollo nacional. «Con propiedad puede decirse que la República Argentina es apenas el plano o planta de una nación» (idem, IV, 149). Sobre este plano Sarmiento y Alberdi querían inscribir una nación: la oligarquía apenas supo dibujar una semicolonía.

«¡Setenta años perdidos para nosotros y por nosotros! ¿En qué sentido? En que no estamos a la altura de los Estados Unidos, habiendo estado más alto que ellos, bajo el período de nuestra común dependencia colonial. En efecto, la superioridad que hoy nos llevan no la tuvieron cuando eran colonias de Inglaterra. Adam Smith hacía notar hace un siglo que las principales capitales de América Española eran más pobladas y más ricas que las principales de América del Norte. ¿Por qué han prosperado ellos? ¿Por qué nos hemos atrasado o quedado estacionados nosotros?» (Obras, VIII, 279). Hoy sabemos por qué. Pero sabemos también que hoy, más todavía que cuando escribía Alberdi, la necesidad de alcanzar y sobrepasar es para la Argentina, para toda América latina, la única alternativa, aparte de la colonización. Porque como Alberdi escribió ya en 1837, «un pueblo no es independiente sino cuando es civilizado» porque «tener libertad política y no tener libertad industrial es tener libres los brazos y la cabeza encadenada» (Fragmento, 52, 55).

Alberdi y Sarmiento (sobre todo aquél, que nunca pudo hacer nada en común con la oligarquía porteña) se movían en el vacío en el sentido de que el programa que ellos enarbolaban no encontraba clases sociales capaces de llevarlo a cabo. La oligarquía tomaba de él lo que le convenía, que no era precisamente lo que más le convenía a la nación. Por momentos Alberdi es plenamente consciente de esto, y puede percibirse en el algo así como la nostalgia de la burguesía industrial. Por eso su admiración

por el empresario yanqui, por eso su apologética biografía de Wheelright que es precisamente un empresario yanqui, el tipo social con que Alberdi deseaba ver compuesta a la clase dominante en América latina, y que era por cierto la antítesis del estanciero bonaerense o el importador porteño.

«La vida de Wheelright es todo un estudio social para Sud América. Ocuparse de él es estudiar el tipo de unidad individual de que debe formarse el agregado o conjunto de lo que se llama nuestra sociedad moderna en Sud América como está formada de él la sociedad de Nueva Inglaterra, en Estados Unidos. Estudiar los hombres de ese molde, imitarlos, repetirlos, proceder como ellos, ocuparse como ellos, es el modo de introducir y aclimatar en América del Sur la sociedad de América del Norte, es decir, la libertad y el progreso de la raza sajona en provecho propio; lejos de ser en detrimento de la raza latina. Es el método de transformación, de educación y de mejoramiento que conviene al progreso real de Sud América» (Obras, VIII, 144). "Para que la instrucción general y la educación gratuita produzcan el efecto que les atribuye entre otros la Constitución, de servir a la prosperidad y bienestar del país, será preciso que se contraiga a instruir a las nuevas generaciones en el ejercicio práctico de los medios de producción. La instrucción comercial, la enseñanza de artes y oficios, los métodos prácticos de labrar la tierra y de mejorar las razas de animales útiles, el gasto y afición por las artes mecánicas, deberá ser el grande objeto de la enseñanza popular de estas sociedades» (Obras, IV, 170).

Por supuesto, un admirador de la burguesía industrial yanqui del período heroico de la guerra de Secesión tenía y no podía menos que tener un soberano desprecio por la oligarquía argentina y sus figurones. Hay unas líneas de Alberdi que revelan transparentemente su opinión: «Los Estados Unidos hablan y escriben en el estilo simple, claro, corto, serio, que conviene a los negocios de la política y del comercio. Sus imitadores de Sudamérica no hablan sino cantan; no escriben sino pintan; no razonan sino declaman; no tratan los negocios en prosa, sino en verso no rimado; no usan de la lógica sino de la retórica; Para ellos una frase vale dos ideas. Para ellos no es nada lo que no es grande, sublime, espléndido, inmenso, atroz, excelso; lo vulgar, lo prosaico lo real como Dios lo ha hecho, empezando por nosotros, es como si no existiese. Todos se tienen por imitadores y discípulos de los Estados Unidos; a ninguno le ocurre averiguar dónde está, cual es el escritor de los Estados Unidos que escribe como Mitre, cual es el orador norteamericano que habla como Varela» (Póstumos, VIII, 56).

A toda costa quería Alberdi crear en Latinoamérica el clima del capitalismo industrial yanqui. «En este océano de territorio llamado América del Sur, donde los caminos, los puentes, y los medios de transporte son mejores instrumentos de civilización y libertad que las cátedras de filosofía y los papeles literarios, no tenemos hombres capaces de presidir y concebir al desempeño de grandes y útiles trabajos de esta naturaleza» (Selectas, III, 107). Todavía hoy, un siglo después de escritas estas palabras, en la Argentina hay varios centenares de abogados por cada geólogo o ingeniero industrial. «Sudamérica está llena de copistas políticos de las doctrinas y libros de los Estados Unidos; lo que olvida copiar al gran modelo son sus comerciantes y banqueros, sus ingenieros y marinos, sus empresarios y mineros, sus plantadores y agricultores, en una palabra, sus conocimientos

económicos y sus hábitos de laboriosidad, de economía y de sobriedad en la vida social, sin lo cual sus libertades serían meros mitos y abstracciones» (Económicos 465).

## La Primera Visión del Desarrollo Combinado en la Argentina

Como ocurrió en Sarmiento —pero más cumplidamente— en Alberdi el largo desencuentro con la oligarquía y la mejor comprensión de la realidad nacional condujo a una revalorización de la población trabajadora nativa. En 1852, cuando el sitio de Lagos, escribe Alberdi que «No sirven de ningún modo a la tranquilidad y organización de la República Argentina los que siembran odiosas divisiones en sus clases denominando chusma de campaña, semibárbara, gaucha, a la parte de la provincia que habita los campos. En países rurales, cuya riqueza y porvenir están en las campañas es insensato crear odios merecidos contra los signos de la civilización» (Póstumos, XVI, 217). «Habiendo agotado nuestros hombres, nuestros elementos, ¿qué más queda sino los gauchos? ¿Quiénes pueden ser los jefes normales de un territorio desierto, sino los gauchos? Si no nos valemos de ellos, ¿de quiénes nos serviremos para domar masas casi nómades, esparcidas en la inmensidad de nuestro suelo? ¿de abogados? ¿de maestros de escuela?... Mitre en el poder echará al país en una guerra de la que no veo salida en mucho tiempo. Su programa es el de 1827: guerra a los gauchos. Como si con lanza se pudiese acabar con el hombre que produce el suelo despoblado y desierto» (a Gutiérrez, 260, 268).

La historia oficial que rebosa desprecio hacia las masas gauchas y los caudillos tras los cuales marchaban los gauchos merecía el más profundo desprecio de Alberdi. «Por veinte años no se ha escrito ni hablado ni obrado sino contra los caudillos y el caudillaje. ¿Quiénes eran esos caudillos? ¿Qué raza de hombres forma ese caudillaje? ¿Qué motivaba la recrudescencia indecible del odio que han tenido por objeto, y los torrentes de oro y sangre del país derramados para suprimirlos? Basta citar los hechos de la reciente historia argentina para definir a los caudillos y a sus adversarios victoriosos ¿Quién derrocó a Rosas y su tiranía de veinte años? Un caudillo. ¿Quién abrió por primera vez los afluentes del Plata al tráfico libre y directo del mundo? Un caudillo.

¿Quién abolió las aduanas provinciales argentinas que duraban desde 1820 hasta 1852? Un caudillo. ¿Quién reunió la Nación Argentina dispersa en un Congreso Constituyente? Un caudillo. ¿Quién consagró los principios económicos de esa Constitución hecha para poblar y enriquecer al país con inmigrados y capitales europeos? Un caudillo» (Económicos, 220).

... «Se hizo un crimen en otro tiempo a Rosas que postergase la organización para después de acabar con los unitarios; ahora sus enemigos imitan su ejemplo, postergando el arreglo constitucional del país hasta la conclusión de los caudillos. ... Con caudillos, con unitarios, con federales, y con cuanto contiene y forma la desgraciada República, se debe proceder a su organización, sin excluir ni aun a los malos, porque también forman parte de

la familia. ¿Diréis que con los malos es imposible tener libertad perfecta?. Pues saben que no hay otro remedio que tenerla imperfecta y en la medida en que es posible al país tal cual es no tal cual no es” (Obras IV, 12-16). “Los campos fueron siempre el baluarte de nuestra independencia, el paraíso, el gaucho, su primer soldado...pudiendo decirse muy bien que España fue echada de esos países a lazo y bola. De los campos es nacida la existencia nueva de esta América; de ellos salió el poder que hechó a España, refugiada al fin del coloniaje en las ciudades, y de ellos saldrá la autoridad americana, que reemplace la suya, porque ellos son la América del Sur que se define—un desierto por regla, poblado por excepción” (idem, 67).

Después de Caseros la Argentina comienza a ser poblada por ferrocarriles, usinas, frigoríficos, etc. La nación se moderniza. El formidable desarrollo material programado por Alberdi queda reducido a un limitado y unilateral desarrollo de la economía agropecuaria y las industrias y servicios que la sirven. Pero este limitado desarrollo no altera la fundamental estructura de la Sociedad Argentina, basada en la propiedad terrateniente de la tierra; al contrario, la refuerza y la perpetúa. Es decir, se importaban elementos de progreso, pero se mantenía el atraso. Se producía así un tipo de desarrollo combinado que injertó elementos de civilización capitalista industrial en una sociedad articulada en torno al latifundio. Alberdi alcanzó a ver algo de este paradójico proceso mediante el cual las organizaciones económicas y técnicas en que las metrópolis habían cumplido una función progresiva y revolucionaria, aquí en la Argentina cumplían una función inversa, conservando todas las veteranas lacras nacionales. “Pero la prosperidad Argentina actual es como si la hubiese sido bajo Rosas, si el dictador hubiera hecho algunas concesiones liberales para mejor afirmar la marcha de su gobierno, confirmadas en su misma rutinaria dirección; por el método con que los déspotas de Asia y África se sirven hoy del vapor, de la electricidad, del gas, de la prensa, de las constituciones mismas, para mantener rejuvenecidos sus gobiernos atrasados e incivilizados”(Económicos, 12-18). “Se le puede tomar a la civilización su nombre y sus signos externos, para encubrir con todo ello un estado de atraso primitivo. Tal estado de cosas no es civilización sino exteriormente. Esa es la civilización del Japón, de Constantinopla, del Cairo, donde no falta el ferrocarril, el vapor naval, el acorazado, el cañón Krupp, el gas, el telégrafo, la prensa, los bancos, los grandes Hoteles, los clubes; todo lo cual existe, menos estas cuatro cosas vitales aunque invisibles; libertad, justicia, seguridad, verdad» (idem, 187).

En una ocasión Alberdi escribió unos apuntes en los cuales proponía como sistema más apto para las necesidades de América Latina... la monarquía. Después se rectificó, señalando que «si la República débil es el mal en Sud América el remedio en su concepto no es la monarquía si no la república fuerte» (Póstumos, IV, 40). Pero, ¿fue esa una claudicación de su pensamiento? No. Esa falsa solución era un intento errado de superar el problema de la dispersión y fragmentación interna de las naciones sudamericanas, Argentina incluso, que en los días en que Alberdi especulaba en torno a la monarquía amenazaban fragmentar toda América Latina al estilo centroamericano, con consecuencia fatales para su independencia nacional. Alberdi piensa en la monarquía como recurso centralizador, que eliminara el peligro de la dispersión, originado en la confrontación de intereses locales contrapuestos. Lo más instructivo en esta especulación de Alberdi es su rigurosa valentía



intelectual, que lo impulsaba a buscar soluciones concretas para los problemas fundamentales que enfrentaba el desarrollo nacional, prescindiendo del democratismo y el liberalismo abstractos, tan gratos a «los apóstoles de la libertad en abstracto y sin referencia a las circunstancias peculiares de la edad y del país en que se ensaya su realización» (Selectas, III, 110).

### Limitación y Alcances del Programa Alberdiano

Como Sarmiento, Alberdi no logra superar las limitaciones del pensamiento librecambista en que se habían formado y no advierten la necesidad de una política industrial proteccionista para efectivamente desarrollar una industria nacional estilo yanqui. Pero, en realidad, aquí en la Argentina del siglo pasado esa era una necesidad puramente abstracta, ya que no existía ninguna clase que reclamara una política proteccionista, como que la industria era prácticamente nula. «Con sólo producir materias brutas la América del Sud es capaz de la misma vida civilizada que lleva Europa, nada más que con cambiar aquellas materias por los artefactos en que las convierte Europa. Y no necesita Sud América sino trabar so pretexto de protección la libertad natural de ese intercambio que hace toda su civilización, para quedarse embrutecida y salvaje, entre sus cueros, sus cebos, sus carnes, que no son un elemento de civilización sino desde que pueden ser cambiados por las manufacturas que América no sabe fabricar» (Póstumos, VIII, 180-1). Esta apología estilo hernandiana de la Argentina agropecuaria condenaba al país al perpetuo puesto de semicolonía. Sin embargo, esto no era absoluto, Alberdi, era demasiado lúcido para no advertir de pronto que el librecambio era un instrumento inglés para la colonización del mundo, y así lo escribió, aunque sin desprender de allí las consecuencias.

«Los amigos de la libertad comercial, no lo son de la libertad política, lo que ya basta para hacer sospechoso su liberalismo económico. Al contrario, los proteccionistas son liberales en política, lo que basta para ennoblecer su divisa económica» (Así era, en efecto, porque mientras en Inglaterra eran proteccionistas los terratenientes y librecambistas los industriales, en el resto de Europa y en Estados Unidos las cosas ocurrían a la inversa) Pese a esto, Alberdi insistía en que «la industria rural vale bien la industria fabril. La producción de una vaca es tan peculiar y propia de la civilización más perfecta y adelantada como la de una máquina de vapor» (Póstumos, VI, 41).

Era la apología de la Argentina estancieril y la condenación al fracaso de todo el programa alberdiano de desarrollo nacional. Y Alberdi llegaba hasta denunciar «el afán ignorante y ciego de crear una industria fabril sudamericana, rival de la industria europea, por medio de una legislación protectora» (Económicos 113). Es notable que Alberdi no advierta que a menos de que la sociedad argentina se estructurase en torno a una industria fabril, jamás su clase dirigente estaría constituida por esos Wheelrights que él tanto admiraba. Las anteojerías librecambistas, sumadas al indiscutido predominio de la ganadería en la economía argentina, eran más fuertes que la habitual lucidez de Alberdi. Lo mismo cabe decir de las capitulaciones de pensamiento de Alberdi ante los problemas planteados

por la expansión del capital imperialista. Así por ejemplo en una ocasión, para solucionar la crisis de 1870 propone «la venta de las tierras desiertas de la Patagonia, del Chaco, de Misiones, de las islas fluviales, a sus acreedores extranjeros en pago de su deuda nacional. Es convertirlas en capitales extranjeros y fijar y establecer esos capitales en el país» (Económicos, 457). Era saldar cuentas con el capital financiero mediante un sistema de contabilidad grato al imperialismo y fatal para el país. Sin embargo, es preciso tener presente que cuando Alberdi propone estas medidas entreguistas, lo hace considerando que son un duro sacrificio que se debe pagar para acelerar el desarrollo nacional. La oligarquía consintió en tratos de esa naturaleza, pero sólo para provecho propio. No es en sí mismo malo aceptar un empréstito usurario para construir obras necesarias a la economía nacional. Lo malo es que se contraiga ese tipo de empréstitos para beneficiar a la oligarquía, como ocurrió en la Argentina. Otra cosa era la que tenía en vista Alberdi cuando decía: «Buenos Aires de cinco millones de pesos fuertes que tomó prestados en Inglaterra en 1822, sólo vino a recibir en efectivo 600.000 libras esterlinas, deducidos los gastos de negociación y los intereses que tuvo que pagar adelantados. Pero tal expediente es hijo de la urgencia y legitimado sólo por la necesidad. En tales casos, la prudencia no está en privarse del dinero ajeno que conviene a la necesidad de mejorar nuestra posición por no pagar un seguro exhorbitante; lo prudente está en aceptar las condiciones inevitables a trueque de salir del atraso, que es la posición menos económica» (Obras, IV, 430-1).

Alberdi repudiaba las calumniosas fábulas mitristas sobre la barbarie gauchicaudillesca, y repudiaba el aristocratismo antinacional de la oligarquía porteña. Pero no tenía confianza en las masas populares como agentes autónomos del desarrollo nacional. Su drama era que no existía en las masas nacionales ninguna clase capaz de encarnar su programa de estructuración de una poderosa nación capitalista moderna; por eso Alberdi, defendiendo a las masas contra la oligarquía porteña, vuelve su mirada hacia la inmigración para realizar su programa, y se opone a la democracia que pudiera dar a las masas un peso decisivo en la vida nacional. «Las constituciones que buscan la paz —dice— deben encerrar el poder electoral en el pueblo inteligente. El hombre del pueblo infimo vende su voto a la demagogia y sin saber elegir sólo sirve de máquina electoral. La división entre lo administrativo y lo político facilita el medio de aplicar el poder electoral... estableciendo para lo administrativo el voto universal y directo, y para lo político el voto indirecto y sujeto a condiciones de moralidad, de fortuna y de aptitud, que garanticen su pureza» (Obras, V, 59). Los mejores intelectuales del país no confiaban en las masas. Las masas no podían comprender ni sentir la necesidad del programa que formulaban los intelectuales. Aprovechando el trabajo de uno y parte de las ideas de otros, la oligarquía afianzaba su dominio y prosperaba. Tal era un aspecto del callejón sin salida en que se halló la Argentina al comenzar la era del imperialismo.

Casi no hace falta señalar que todo el programa alberdiano de desarrollo nacional se ubica en los marcos del sistema capitalista de producción, según el modelo liberal que tenía ante sus ojos en la mitad del siglo XIX. Como Sarmiento —o como Rosas— Alberdi era un fiel creyente en las virtudes eternas de la propiedad privada capitalista y sentía un santo horror ante el socialismo y la Comuna de París. Y no sólo ante eso, sino incluso ante la intervención del estado capitalista. «Gobiernos tan sólidamente establecidos como el de

Bélgica pueden construir y administrar ferrocarriles con utilidad del país y del comercio; pero los gobiernos sudamericanos, en formación, que imitan ese ejemplo, se dan una tarea que no es para ellos, en daño del país y del comercio» (Obras, VIII, 143).

Porque no existiendo entre nosotros el desnivel o desproporción que en Europa hace tan objetable el orden de su sociedad, que permite que unas clases sobrenaden en opulencia y las otras perezcan en degradante miseria, en Sud América son no sólo inconducentes sino ridículas y absurdas las aplicaciones, las doctrinas y reformas proclamadas por los socialistas de Europa» (Obras, XV, 254). «En Sud América hay riesgo de que el salario suba hasta el despotismo, al revés de lo que sucede en Europa, dónde el salario es insuficiente para alimentar al trabajador. El mismo hombre que en Europa recibe la ley del capitalista, viene a nuestro continente y se desquita viendo a sus pies a los tiranos que allá explotan su sudor. Allá es siervo del capitalista; acá es su rey y soberano» (idem, 259). Durante muchas décadas la oligarquía argentina repitió este cántico para justificar su jugosa explotación de las masas trabajadoras. Pero desde luego no se puede criticar a Alberdi por no haber sido un arrojado defensor del proletariado que apenas existía en nuestro país, y no era proletariado industrial. La crítica fundamental a la oligarquía argentina no consiste en que explotó con celo misionero a los trabajadores. Esa es la esencia del capitalismo. Lo funebre es que la explotación sirvió para engordar a la oligarquía y sus socios extranjeros, pero no reportó ninguna o casi ninguna de las tareas progresivas que el capitalismo cumplía en las metrópolis. Con el resultado de que hoy, pasada ya la mitad del siglo XX, los trabajadores argentinos se encuentran enfrentados a la tarea no sólo de liberarse de la explotación capitalista, sino de construir las bases materiales de la prosperidad nacional, que el capitalismo fue incapaz de realizar. Vale decir, que no sólo debemos terminar con el programa alberdiano de libre explotación del trabajador, sino que debemos realizar el programa alberdiano de desarrollo nacional.

### La Conspiración de los Apacentadores de Vacas Contra el Pensamiento de Alberdi

La oligarquía argentina ha silenciado y canonizado a Alberdi para que no se le conozca tal cual era, igual que hizo con Sarmiento. Pero además Alberdi ha sido perseguido en vida y después de muerto por la suboligarquía portuaria agrupada en torno a Mitre, con un celo mahometano que Sarmiento no mereció, y al cual el mismo Sarmiento aportó material. La conducta de Alberdi ante la guerra del Paraguay —tal vez el momento más lúcido y noble alcanzado por la *intelligentzia* política argentina— le valió el mote de traidor. Pero ya antes de llamarlo traidor el mitrismo, triunfante en 1862 sobre la Confederación, se había vengado con particular ruindad de Alberdi por su campaña desde 1852 contra la oligarquía porteña. «Uno de los primeros actos del «governador Mitre como encargado del Poder Ejecutivo Nacional después de Pavón fue declarar que todos los agentes diplomáticos acreditados ante las naciones extranjeras por el gobierno de la Confederación habían cesado de hecho y de derecho. El tiro daba precisamente en el blanco, que era Alberdi». (Canal, 496). Como no se le asignaban medios para regresar al

país, ni para pagar las deudas que había contraído en nombre de la Confederación, retirado sin recibir los medios para retirarse, Alberdi quedaba desterrado del país. Se trataba, pues, de una truhanería digna de un gran patricio.

Desde *La Nación*, y desde la pluma de todos los escritores conchabados a su servicio, el mitrismo organizó una predicación vitalicia tendiente a demostrar científicamente la insuficiencia mental y moral del tucumano, que no tenía prensa a su servicio (David Peña en «Atlántida» 1911 t. IV).

En 1880, ante el proyecto de Roca de hacer editar oficialmente las «Obras Completas» de Alberdi, «*La Nación*» tiembla y la reptilínea pluma de su propietario escribe que se trata de «un decreto que es un escándalo histórico, una reacción política y una ofensa a la moral y a la razón pública». Para el apóstol de los tenderos porteños no merecía ese homenaje «el publicista que en la guerra más justa y más fecunda que haya jamás sostenido nuestro país, estuvo de parte del enemigo extranjero, al lado del tirano más bárbaro de su época. Pero se levantan su nombre y sus libros, se preconizan lo que se llaman sus principios, su tradición histórica y política, en contraposición de las grandes obras y de los grandes principios porque hemos luchado, y tenemos fatalmente que aceptar la provocación en nombre del verdadero patriotismo, de la verdad verdadera y de la conciencia pública herida en sus más sagrados fueros» (*La Nación*, nov. 16, 1880). Al día siguiente la tribuna mitrista perfeccionaba el ataque poniendo al desnudo la orfandad intelectual de Alberdi. «Es oportunista, polemista, panfletista; pero no tratadista, ni teorizador científico o filosófico... armas de combate o de propaganda de principios buenos y malos, esos libros han hecho su tiempo y no hay en ellos nada que aprender» (*La Nación*, nov. 17, 1880). Sí: nada bueno para la oligarquía porteña había que aprender en los libros de Alberdi, por eso todavía constituyen una rareza bibliográfica. Por eso todavía en 1919, al proponerse el nombre de Alberdi para una calle de Buenos Aires, *La Nación* señala el nuevo atentado al pudor de la historia en un editorial titulado «Un premio a la traición» (*La Nación*, noviembre 30, 1919).

La acusación de que Alberdi era el Judas Iscariote de su patria basada en su apoyo político al Paraguay y a la enorme mayoría de la nación contra la oligarquía porteña, fue refutado por el propio Alberdi con la claridad que acostumbraba. En carta privada fechada en Francia en junio de 1878. Alberdi escribía: «El libro «El imperio del Brasil ante la democracia de América» es poco conocido en el Plata, por cuidado que tomaron los promotores de la guerra del Paraguay en suprimirlo. Fueron comprados de un golpe y destruidos todos los ejemplares que estaban en venta en Buenos Aires. Qué dirían los que por él me llaman traidor si supieran que es el escrito que he trabajado con más convicción y más desinterés, con más amor a mi país y a la verdad. Ni Solano López me escribió ni yo a él jamás. Ha muerto sin leer ni conocer los escritos míos sobre la guerra. Yo lo he sabido por Madame Lynch. Como yo a nada aspiro ni pretendo, no tengo interés en que estas cosas trasciendan al público; pero le respondo que cuanto le digo recibirá día por día la confirmación del tiempo y la sanción de la historia» (Sud América, enero 16, 1886).

Así fue, efectivamente. El caso más ilustrativo de este fenómeno del intelecto argentino (sobornado en su mayoría por La Nación para hacer de la por tantos aspectos afligente figura de don Bartolo, la del prócer más plural de nuestra historia, y hacer de Alberdi, primer adelantado de la inteligencia nacional, la de una especie de rufián de la pluma), no lo da un criollo sino un normaliano francés del tipo medio elevado por nuestra oligarquía a árbitro inapelable del saber y el buen gusto. Veamos: De Mitre: «la voz más autorizada... el primer estadista de su tiempo y su país... No se sabe qué es más admirable, si la lucidez de su espíritu que vierte palabras con tal eficacia y densidad, o el temple de un alma espartana que desdeña los oropeles del poder» (El Diario, enero 8, 1901). De Alberdi: «La originalidad de Alberdi -el gran sofista argentino- consiste en afirmaciones erróneas y arbitrarias... y en practicar metódicamente el plagio clandestino.. (Páginas de Groussac, p. 155, 307, 308, 316).

Eso por un lado. Por el otro los nacionalistas de horizonte sumergido es decir, de vizcachera, que cultivan como un malvón de patio casero la figura adorable de don Juan Manuel de Santos Lugares, se reparten el juego con la oligarquía mitrista; ésta acusa a Alberdi de traidor al servicio del Paraguay; aquéllos de traidor al servicio de Inglaterra. Filisteos de mentalidad irigoyenista, de la pequeña burguesía mesiánica como Scalabrini Ortiz que ni siquiera conocen seriamente la obra de Alberdi, han averiguado que Alberdi pretendía despoblar el país y poblarlo con ingleses: que Alberdi hizo una constitución especialmente para servir los intereses de Gran Bretaña y por eso «lo que ocurrió entre 1853 y 1945 fue una consecuencia directa de la perfidia siniestra con que fue concebida la ley básica de nuestra organización nacional» (Qué, junio 11, 1957). La verdad meridiana es que fue Alberdi precisamente el que se esforzó por encontrar contrapesos que redujeran la excesiva gravitación británica en el Río de la Plata, y nadie se mostró más lúcido que él en este sentido. Pero esto desde luego no interesa a los Scalabrini Ortiz que señalan a Alberdi como culpable del dominio británico sobre la Argentina dejando piadosamente en la sombra a nuestra oligarquía que pese a Alberdi hizo de la Argentina una semicolonía y persiguió y calumnió a Alberdi por oponerse a ello.

De tal modo los nacionalistas de trocha angosta se pasan la pelota con los ideólogos oligárquicos que proclaman con solemnidad académica que «la Presidencia de la República que Alberdi no alcanzó la ejerció en su espíritu el general Roca» (Korn, 207).

Los biógrafos de Alberdi, como los de Sarmiento, se han propuesto, ante todo, que no se conozca de ellos lo que puede perjudicar a la oligarquía. El más reciente autor del libro más voluminoso sobre Alberdi, pertenece a la sociedad de importación literaria que administran Victoria Ocampo y Borges, es decir, al grupo más oligárquico, antinacional y descalificado de la intelectualidad argentina. Sin embargo, el biógrafo se siente inesperadamente nacionalista a costa de Alberdi y dice de él que «desesperó del pueblo hispano-americano, lo desestimó, lo injurió» (Canal, 41). Estañoería la repiten desde largo tiempo los nacionalistas de sacristía, y no por eso gana en valor; ¿Que Alberdi desesperaba del pueblo? No, desesperaba de su inercia, y ante todo de su iscaríótica clase dirigente. Por supuesto Rosas no «desesperaba» del país y el pueblo que él manejaba, porque con el gaucho sumido en la miseria embrutecido poco a poco desmontado y arriado

hasta el peonaje, a él le bastaba y sobraba para manejar sus estancias y multiplicar sus patacones y sus adherentes. Pero a Alberdi ese material no le alcanzaba para hacer una nación poderosa y soberana. Su desesperación brotaba de la desproporción entre la tarea a cumplir y los medios disponibles, entre la urgencia de realizarla y los peligros que amenazaban si no se cumplía.

El desencuentro cada vez mayor de Alberdi con la clase prócer, su revisión del biombo ideológico con que la oligarquía transformaba sus trapisondas de pulpero en presas de patria y civilización, Alberdi lo volcó en sus Escritos póstumos. El biógrafo académico atribuye esto al «resentimiento» y pretende que «a la antigua garra del pensamiento sistemático se irá sustituyendo un superficial espíritu de generalización, más aforístico que coherente» (Canal, 504-5).

Con lo cual se libra del trabajo de analizar esos desvalorizados trabajos que son — ¡oh casualidad! —, los más iluminados y los más ensombrecedores de la oligarquía. Con igual circunspección, el trombonesco Ricardo Rojas se abstuvo de estudiar la campaña de Sarmiento contra Roca porque era un producto de «la vejez decadente...». Y la obra en que Alberdi desmascara al mitrismo y su fundador —Pequeños y grandes hombres del Plata— es puesta de lado porque «se aplica a un extraño desmontaje de las grandes figuras centrales del fervor patriótico argentino» (533).

Y la actitud de Alberdi ante la guerra del Paraguay, su valiente conducta de derrotismo revolucionario, de transformación de la guerra en guerra civil contra la oligarquía porteña, provoca un amago de desarreglo intestinal al contertulio de Victoria Ocampo. Las ideas de Alberdi «acaso encierran alguna verdad esencial del asunto», pero «iban demasiado lejos» y eran condenables porque «prácticamente su actitud y su prédica venían en el caso a encerrar una incitación a la guerra civil, en sustitución de la guerra internacional que atacaba» (Canal, 542-44). Si con tan alevosa confusión proceden los biógrafos, cómo extrañarse de las finezas de los detractores profesionales. Entre ambos logran que lo más valioso que hay en Alberdi, su pelea luminosa contra la oligarquía argentina, quede absolutamente silenciada e ignorada. Y para completar el cerco, un diletante de segunda categoría arroja también su dardo de papel contra Alberdi: comentando la mencionada biografía dice que «Este es un Alberdi trabajado con limpieza. Nada se oculta de él» (Dardo Cúneo en Esto Es, agosto 30, 1955). Nada, excepto lo más importante. Y como de esto el comentarista lo ignora inmaculadamente todo, puede afirmar con seriedad de mono sabio que Alberdi «no advertía que la civilización europea se expresaba a través de la interesada expansión de los imperios» y que por tanto su prédica se reducía al «colonialaje». ¡Sólo que fue Alberdi quien más limpiamente señaló el peligro de la expansión imperialista y los medios a que debía acudir el país para enfrentarla!!

La mayor parte de su vida la pasó Alberdi expatriado de su tierra, voluntariamente expatriado, como Herzen de la tierra rusa. Su extrañamiento puede deberse a debilidad de carácter, a temor físico o a lo que se quiera. En todo caso expresaba muy bien en su drama personal, el gran drama argentino: la falta de clases reales en qué apoyar el programa alberdiano para la construcción de una gran Argentina.

## BIBLIOGRAFIA CITADA

- ALBERDI, Juan Bautista, Obras Completas (Bs. As. 1887).  
 ALBERDI, Juan Bautista, Obras Selectas (La Facultad, Bs. As. 1920).  
 ALBERDI, Juan Bautista, Escritos Póstumos (Bs. As., 1895).  
 ALBERDI, Juan Bautista, Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho (Hachette, Bs. As, 1955).  
 ALBERDI, Juan Bautista, Cartas a Gutierrez en Correspondencia Diplomatica (Bs. As., 1900).  
 ALBERDI, Juan Bautista, .Escritos Economicos (La Facultad, Bs. As. 1950).  
 ASTRADA, Carlos, El Mito Gaucho (Cruz del Sur Bs. As, 1948).  
 BABREIRO, José P., La Revolución del 90 (Cursos y Conferencias. Bs As., oct-nov. 1940).  
 CANAL FEIJOO, Bernardo, Constitución y Revolución. Juan Bautista Alberdi (FCE. México, 1955).  
 CHAVEZ, Fermín, Civilización y Barbarie (Trafac, Bs. As., 1956).  
 D'AMICO, Carlos, Buenos Aires, sus Homõres, su Política (Americana, Bs. As., 1952).  
 DEL VALLE, Aristóbulo, La Política Económica Argentina en la Década del 80 (Raigal, Bs. As., 1955).  
 ESTRADA, Manuel, Discursos Selectos (Mundo Moderno. Bs. As, 1953).  
 FALCIONELLI, Alberto, Historia de la Rusia Contemporánea (Univ. Nacional de Cuyo, Mendoza, 1954).  
 FEJTO, François, Historie des Democraties Populaires (Du Seuil. París, 1948).  
 FONT EZCURRA, Ricardo, La Unidad Nacional (Coni, Bs. As., 1938).  
 FRANCO, Luis, Hudson a Caballo (Alpe, Bs. As., 1956).  
 GROUSSAC, Paul La Biblioteca (Bs. As., 1896-98).  
 IBARGUREN, Carlos, Don Manuel de Rosas (Frontispicio, Bs. As., 1948).  
 IBARGUREN, Carlos, La Historia que he Vivido (Peuser, Bs. As., 1954).  
 KORN, Alejandro, Obras (Univ. Nacional de La Plata, 1940).  
 LUGONES, Leopoldo, Historia de Sarmiento (Comisión Argentina de Fomento Interamericano, Bs. As, 1945).  
 MATIENZO, José Nicolás, La Revolución de 1890 en la Historia Constitucional Argentina (Bs. As, 1926).  
 NOBLE, Julio, La Revolución del 90 en Cursos y Conferencias (Bs. As. oct-nov. 1940).  
 PALACIO, Ernesto, Historia de la Argentina (Peña Lillo, Bs. As., 1965).  
 PELLEGRINI, Carlos, Discursos y Escritos (M. García, Bs. As., 1910).  
 PUIGGROS, Rodolfo, Historia Crítica de los Partidos Políticos Argentinos (Argumentos, Bs. As., 1956).  
 PUIGGROS, Rodolfo, La Revolución del 80 en Cursos y Conferencias (Bs. As., oct-nov., 1940).  
 RAMOS, Jorge Abelardo, Revolución y Contrarrevolución en la Argentina (Amerindia, Bs. As., 1957).  
 REPETTO, Nicolás, Mi Paso por la Política (Rueda, Bs. As., 1959).  
 RIVERO ASTENGO, Agustín, Juárez Celman (Kraft, Bs. As., 1944).

- RIVERO ASTENGO, Agustín, Navarro Viola, el Opositor Victorioso (Kraft, Bs. As., 1942).  
 ROJAS, Ricardo, El Profeta de la Pampa (Losada, Bs. As., 1948).  
 ROSTOW, Walter W., The Prospects for Communist China (MIT, Massachusetts, 1955).  
 SARMIENTO, Domingo F., Obras Completas (Luz del Día, Bs. As., 1948).  
 SARMIENTO, Domingo F., Facundo (La Plata, 1928).  
 SARMIENTO, Domingo F., Epistolario Entre Sarmiento y Posse (Museo Histórico Sarmiento, Bs. As. 1946).  
 SARMIENTO, Domingo F., Viaje a los Estados Unidos (Emecé, Bs. As, 1942).  
 SARMIENTO, Domingo F., La Condición del Extranjero en América (La Facultad, Bs. As., 1938).  
 SARMIENTO, Domingo F, Carta a Salvador María del Carril (en un folleto sin tapa ni indicación ninguna que está en la Biblioteca Nacional bajo el numero 260.783-260.787 bis).  
 SIERRA, Vicente, Historia de las Ideas Políticas en Argentina (Nuestra Causa. Bs. As., 1950).  
 SIERRA, Vicente, Introducción a la Historia Argentina en Cuadernos del Centro de Estudios Argentinos (Bs. As., N° 1, 1957).  
 SOMMI, Luis, La Revolución del 90 (Monteagudo, Bs. As., 1948).  
 SOMMI, Luis, La Estructura Económico Social de la Argentina en 1890 (Revista de Historia, Bs. As., N° 1, 1957).  
 TERRY, José A., Finanzas (J. Menéndez, Bs. As, 1927).  
 TORNQUIST, Institución, Ernesto Tornquist (Bs. As; 1942).  
 TROTSKY, León, La Revolución Permanente (Bs. As., 1938).  
 VEDIA Y MITRE, Mariano de, Historia de la Unidad Nacional.

Las citas de diarios, revistas y archivos particulares se presentan en el texto. Los diarios de sesiones se refieren por sus iniciales: DSCDN, Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación (o del Senado, o de la Provincia, según corresponda).

# Índice general

Palabras del Editor .....	5
---------------------------	---

## UNIDAD I ANTES DE MAYO

### Formas sociales del trasplante español al nuevo mundo

CAPITULO I: ESPAÑA Y AMERICA	
¿Porqué Estudiar a España? .....	7
Los Mitos Respecto a España .....	9
La Debilidad de la Burguesía y la Ausencia de una Política Mercantilista .....	14
España, Intermediaria Comercial .....	16
El Raquitismo Estructural de España .....	18
Los Reinos de España eran solo «Indias de Extranjeros» .....	22
Esquemas y Criterios .....	24
CAPITULO II: LA COLONIZACION DE AMERICA	
Sangre, Lodo y Civilización .....	26
El Mito de la Colonización Feudal .....	28
Característica del Capitalismo Colonial .....	30
El Mito de la «Superioridad» de la Colonización inglesa .....	33
Bases Reales de Dos Destinos Diferentes .....	36
Río de la Plata: Maldición de la Abundancia Fácil .....	39
Geografía y Estructura Social .....	41
Capítulo III: LA INDEPENDENCIA	
Los Movimientos de la Independencia buscaban el disfrute del Estado Propio .....	44
La Independencia no fue (no Quiso ser) una Revolución Democrático-burguesa .....	49
El Mito de la Participación Popular en la Emancipación .....	52
Los Hacendados y el Comercio Libre .....	57
El Programa Elitista y Oligárquico de Mayo .....	58
El Mito del Librecurso como Origen de Mayo .....	62
España, Agente del Imperio Británico .....	65
BIBLIOGRAFÍA .....	66

## UNIDAD II EL PARAISO TERRATENIENTE

Federales y Unitarios forjan la civilización del cuero

UNIDAD Y DESINTEGRACION	
El Mundo Colonial Americano no Formaba Una Nación .....	69
El Mito de la Balcanización Latinoamericana .....	71
Las Colonias Españolas No Tenían Bases Sociales Para Independizarse de Europa .....	73
DESPUES DE MAYO: UNITARIOS Y FEDERALES	
La Revolución Abrió las Compuertas a las Fuerzas Centríugas .....	76
Los Caudillos: Oligarquía Con Apoyo Popular .....	78
Oligarquía Antinacional y Democracia Bárbara .....	80
La Presencia de Inglaterra Refuerza a la Oligarquía Bonaerense .....	82
El Unitarismo: la Aduana al Servicio de los Intereses Porteños .....	86
Roces entre los Estancieros y sus Socios Federales .....	89
Límites del Federalismo Bonaerense .....	91
El Dilema ¿Estancia o Factoría? .....	93
ROSAS	
El Problema de la Independencia Nacional .....	94
Rosas, Paladín de los Estancieros Bonaerenses .....	96
La Acumulación del Capital Agropecuario en la Pampa .....	98
El Gobierno del Orden se Apoya en la Demagogia Popular .....	99
La Mazorca Garantizó la Futura Sucesión de	
Rosistas sin Mazorca .....	102
El «Nacionalismo» Rosista Sólo Propiciaba	
la Pacífica Explotación del Ganado .....	106
La Mano Fuerte del Restaurador	
se ablanda Frente a la Colectividad Inglesa .....	109
El Maridaje de la Intelligentzia con el Invasor Extranjero .....	114
DE CASEROS AL 11 DE SETIEMBRE .....	118
En la Argentina de Rosas se Consolida	
Una Sola Institución Capitalista, la Estancia .....	118
El Mercado Mundial Desgaja el Frente Único	
de los Estancieros Porteños y del Litoral .....	120
Caseros Salva al País de su Desmembramiento .....	123
La Oligarquía Porteña, Aferrada a su Aduana,	
Desintegra el Frente Antirrosista .....	125
Liberales y Rosistas Porteños se Unen Contra Urquiza .....	127
Roces Entre la Oligarquía Rosista y la Unitaria .....	132
BIBLIOGRAFÍA CITADA .....	134

## UNIDAD III LA ERA DE MITRE

ENTRE URQUIZA Y MITRE	
El Golpe del 11 de Setiembre:	
La Restauración del Rosismo sin Rosas .....	137
Las Armas del Liberalismo Mitrista	
Consisten en el Fraude y el Terror .....	140
El Ideal Mitrista era la República del Plata	
Antes que compartir la Aduana .....	142
Las Finanzas Europeas Apoyan la Secesión de Buenos Aires .....	144
El Oro de la Aduana Porteña Deshace la Oposición .....	146
Urquiza Acepta el Puesto de Socio Menor	
de la Oligarquía Bonaerense .....	148
El Mitrismo Declara la Guerra a las Provincias Interiores .....	152
Los Ganaderos Entrerrianos Tenían	
Horizontes tan Pobres como sus Colegas Porteños .....	154
Atraso con Apoyo Popular o «Progreso»	
tras el Carro de la Oligarquía y el Imperialismo .....	157
LA GUERRA DE LA TRIPLE INFAMIA	
El Ultimo foco Rebelde Ante la Oligarquía Porteña .....	159
Origen del Aislamiento Paraguayo .....	159
Paraguay: Monopolio para el Desarrollo .....	161
Despotismo Progresivo y Democracia Colonial .....	163
La Burguesía Portuaria Contra el Paraguay de López .....	164
Las Necesidades de Expansión del Imperio Esclavista de Brasil .....	166
La Primera Infamia: Invasión y «Revolución» en el Uruguay .....	168
Argentina y Brasil Aprenden a	
Balbucear una Política Imperialista .....	170
La Segunda infamia: Alianza Contra el Paraguay .....	172
Mentiras y más Mentiras para Justificar la Infamia .....	174
Los «Civilizadores» Barren a Sangre y Fuego el Paraguay .....	176
La Deserción en el Ejército Argentino	
era un Voto en Masa Contra la Guerra Infame .....	180
La Impotencia Histórica de la Ultima Montonera .....	182
Alberdi, el Intelectual sin Pueblo Contra la Guerra Oligárquica .....	184
Sangre Empréstitos y Negociados .....	185
Los Apacentadores de Vacas se Quejan	
de los Apóstoles del Libre Cambio .....	188
En el Paraguay se Acaban las Quejas y los Quejosos .....	189
Los Agentes del Imperio de Opereta Festejan su Salvaje Triunfo .....	191
BIBLIOGRAFÍA CITADA .....	193

## UNIDAD IV DE MITRE A ROCA

LA ARGENTINA EN LA EPOCA DEL IMPERIALISMO .....	195
CONSOLIDACION DE LA	
OLIGARQUIA ANGLO-CRIOLLA .....	200
La Situación Argentina Según los Financistas Británicos .....	200
El Fecundo Consorcio del Capital Inglés	
y los beneficios de la Oligarquía .....	202
Mitre Precursor de Todas las	
Lacras de la Política Oligárquica .....	204
Indiferencia de la Clases dominantes Argentinas	
Frente a Latinoamérica .....	208
La Presidencia Sarmiento, Ilusiones sin Base .....	210
Los Nuevos Partidos al Asalto del Poder .....	211
Variantes de las Actitudes Proimperialistas;	
Mitre y José Hernández .....	213
La Política Estancieril de José Hernández .....	217
Roca es Apoyado por las Oligarquías del Puerto	
y del Interior Además del Capital Extranjero .....	220
En el Ejército se Aprende a Ganar Elecciones	
y Apoderarse de las Tierras Públicas .....	225
Los Ganaderos se Enriquecen Mirando Pacer las Vacas .....	227
El Ideal de los Usureros Internacionales (Crecimiento Progresivo y Endeudamiento	
Explosivo) .....	231
La Conquista del Desierto por el Latifundio .....	235
La Corrupción y el Peculado Favorecen al Imperialismo .....	239
El Estado Argentino Contra la Nación.	
El Caso del Ferrocarril Oeste .....	242
La Racionalización de la Vida Civil .....	246
Persiste el Dilema Sin Solución .....	249
BIBLIOGRAFÍA CITADA .....	251

## UNIDAD V ALBERDI, SARMIENTO Y EL '90

LA REVOLUCION DEL 90	
Cada Argentino Nace Debiendo Más de lo que Pesa en Plata .....	253
La Suboligarquia Intermediaria	
Retratada en el Archivo del Doctor Victorino De La Plaza .....	254
Banqueros Europeos, Intermediarios Criollos	
y un País en Remate .....	256

Los Banqueros Europeos Reclaman una intervención en la Argentina Similar a las	
Ejecutadas en Egipto y en Turquía .....	258
Se Difunde Entre los Productores Nacionales la Aspiración a una Mayor Independencia	
Frente al Capital Extranjero .....	259
Toma Cuerpo una Fuerte Corriente de Opinión Antiimperialista .....	261
Los productores Nacionales Gravan a Las Empresas Británicas .....	265
Limitación de los planteos Estancieriles	
Ante La Penetración del Capital Internacional .....	266
Significación de la Presencia Mitrista y	
Católica en el Movimiento del 90 .....	269
La unión Cívica: Un Partido de los	
Productores Nacionales en Tiempo de Crisis .....	271
Ante la Crisis, Los Productores Nacionales, incluso la Oligarquía Terrateniente, Apoyan	
Reivindicaciones Nacionales y Democráticas .....	272
El Movimiento del 90 no Estuvo Dirigido Contra la Oligarquía .....	274
El General Roca Derrota a La Revolución del 90, Elimina al Juarismo y Preserva lo	
Esencial del Statu Quo en Beneficio del Capital financiero internacional .....	277
Los Productores Nacionales Obtienen Algunas Concesiones. El Banco de la Nación es	
Fundado como Banco Estatal Pese a los Esfuerzos de Pellegrini	
para que lo Establezca el Capital Extranjero .....	279
Roca y Pellegrini Gobiernan	
Como Estadistas del Capital internacional .....	281
La Revolución del 90 y el Mito de la Oligarquía invariablemente «Entregada» a Gran	
Bretaña .....	283
EL DILEMA DE CIVILIZACION O BARBARIE	
El Pensamiento de Sarmiento y Alberdi	
Contra la Política Oligárquica .....	284
Sarmiento se Espanta del Olor -a Bosta- de la Oligarquía .....	285
Sarmiento Comprende la Trampa de Endeudarse al Extranjero .....	289
El Dilema del Gauchaje Bárbaro	
y los Hacendados más Bárbaros aún .....	293
Sobre la industria y la Posesión Territorial .....	296
La Mutilación de Sarmiento por los Panegiristas .....	299
La Falsificación de Sarmiento por los Nacionalistas a la Vaticana .....	301
Las Piedras Contra Sarmiento Sirven	
Para Esconder la Mano Culpable de la Oligarquía .....	303
Alberdi Contra los Demócratas Despóticos .....	307
Alberdi Contra el Parasitismo y	
la Incapacidad Nacional de las Clases Dirigentes .....	310
La Quimera Alberdiana de Repetir la Experiencia Yanqui	
en un País sin Burguesía Industrial .....	313
La Primera Visión del Desarrollo Combinado en la Argentina .....	316
Limitación y Alcances del Programa Alberdiano .....	318
La Conspiración de los Apacentadores de Vacas	
Contra el Pensamiento de Alberdi .....	320
BIBLIOGRAFIA CITADA .....	324